

Alejandro Estivill

alfil

LOS TRES PECADOS
DEL ELEFANTE

I Premio de Novela Negra AKRÓN 2017
PREMIO ESPECIAL DEL JURADO



OBSEQUIO DE LA CRÍTICA
A SUS LECTORES
(PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN)

LA CRÍTICA

ALEJANDRO ESTIVILL

ALFIL

LOS TRES PECADOS DEL ELEFANTE

I PREMIO AKRÓN DE NOVELA NEGRA
PREMIO ESPECIAL DEL JURADO
2017

Akrón **N**ovela **N**egra

ALEJANDRO ESTIVILL

ALFIL

LOS TRES PECADOS DEL ELEFANTE

EEC & CSED

Madrid (España), 2017

© *Alfil. Los tres pecados del elefante*, Alejandro Estivill, 2017

© EDICIONES EL CRITICÓN & EDITORIAL CSED, 2017

Avda. de Brasil 29

28020 Madrid (España)

administracion@edicioneselcriticon.com

ISBN: 978-84-947522-0-9

Depósito Legal: M-28950-2017

Impreso en España

Ilustración de la portada: Verónica García

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra sin permiso previo escrito del autor y de los editores.

Todos los derechos reservados.

COLECCIÓN AKRÓN DE NOVELA NEGRA

2017

ALEJANDRO ESTIVILL

ALFIL

LOS TRES PECADOS DEL ELEFANTE

LA CRÍTICA

ALEJANDRO ESTIVILL (1965)

Fue capturado por la literatura por afición y la diplomacia por azar. Dedicado profesionalmente a la representación a su México natal, ha viajado constantemente y vivido en Costa Rica, Reino Unido, Estados Unidos y Canadá, donde actualmente funge como Cónsul General de México. En su persona se rescata esa tradición de escritores diplomáticos mexicanos que la tecnología y las exigencias modernas se han empuñado en extinguir.

Realizó estudios en el campo literario en la Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio de México con especialización en literatura mexicana del Siglo XX, lo que le ha otorgado la base para escribir en diversos medios con colaboraciones sobre cultura, expresión literaria y relaciones internacionales.

Alfil, los tres pecados del elefante le ha permitido, usando las armas del thriller y el relato de crímenes, reencontrar la veta de obras de más largo aliento, como la que planteó en su primera novela *El hombre bajo la piel*, Plaza y Janés, 2002, centrada en la temática migratoria. Ganador del Premio Nacional de Cuento, San Luis Potosí (1999) se ha distinguido como cuentista. Publicó el volumen *En la mirada del ave-truz* y otros cuentos y el libro colectivo *El Crack, instrucciones de uso*.

Diversos críticos lo asocian con la llamada generación del Crack, en razón de la constante interacción y la forma en que contribuyó al inicio de este grupo literario en México. Con ánimo liberal, se orienta con frecuencia a revivir la historia desde un punto de vista sardónico y especialmente reflexivo, como el resultado de una tensión entre la peripecia individual y el contrato colectivo, confabulados para polemizar sobre los hechos reales de nuestra vida.

*A Vladimir Estivill,
nacido también un 11 de septiembre*

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

ALFIL

LOS TRES PECADOS DEL ELEFANTE

PRIMERA PARTE			pág.
1	Peón cuatro dama <i>Peón cuatro dama</i>	1954	15
2	Peón cuatro alfil dama <i>Peón tres rey</i>	Agosto 2001	23
3	Caballo tres alfil rey <i>Peón cuatro alfil dama</i>	Febrero 1967	37
4	Peón de alfil dama por peón <i>Peón rey por peón</i>	Agosto 2001 / 1971	46
5	Peón tres caballo rey <i>Caballo tres alfil rey</i>	Octubre 1967	55
6	Alfil dos caballo rey <i>Alfil dos rey</i>	Agosto 2001	70
7	Enroque <i>Enroque</i>	2 Octubre 1968	79
8	Caballo tres alfil dama <i>Caballo tres alfil dama</i>	Agosto 2001	90
9	Alfil cinco caballo rey <i>Peón por peón</i>	Septiembre 1971	105
10	Caballo de tres alfil rey por peón <i>Peón tres torre rey</i>	Septiembre 2001 / 1973	120
11	Alfil tres rey <i>Torre uno rey</i>	11 Septiembre 1973	135
SEGUNDA PARTE			pág.
1	Dama tres caballo <i>Caballo cuatro torre dama</i>	Septiembre 2001	159
2	Dama dos alfil <i>Alfil cinco caballo rey</i>	Enero de 1974	175
3	Caballo cinco alfil <i>Torre de dama uno alfil</i>	Septiembre de 2001	193

4	Alfil cuatro dama <i>Alfil cuatro alfil dama</i>	Julio de 1977	211
5	Alfil por alfil <i>Torre por alfil</i>	Septiembre de 2001	229
6	Caballo tres rey <i>Alfil tres Rey</i>	30 de julio de 1983	250
7	Torre de dama a uno dama <i>Dama uno alfil</i>	Septiembre de 2001	262
8	Dama cuatro torre <i>Torre uno dama</i>	Noviembre de 1983	276
9	Torre tres dama <i>Peón tres torre</i>	Septiembre de 2001	293

TERCERA PARTE

			pág.
1	Torre de rey a uno dama <i>Caballo cinco alfil</i>	18 de agosto de 1991	307
2	Caballo por caballo <i>Torre por caballo</i>	Septiembre de 2001	325
3	Dama tres caballo <i>Peón cinco dama</i>	Septiembre de 2001/ Diciembre de 1992	339
4	Dama seis caballo <i>Caballo dos dama</i>	Septiembre de 2001	357
5	Torre por peón <i>Caballo por dama</i>	24 de marzo de 1994	370
6	Torre por torre en uno dama (jaque) <i>Dama por torre</i>	Septiembre de 2001	383
7	Torre por dama (jaque) <i>Rey dos torre</i>	5 de septiembre de 2001	399
8	Alfil por peón <i>Alfil uno alfil</i>		418
9	Alfil por alfil <i>Caballo por alfil</i>	Septiembre de 2001	433
10	Peón cuatro rey <i>Torre dos alfil</i>	10 de septiembre de 2001	455
11	Caballo cinco dama <i>Las negras abandonan</i>	11 de septiembre de 2001	463

El hombre va como los peones: de casilla en casilla sin poder atrapar a la dama.

Francisco de Quevedo

Una partida de ajedrez se divide en 3 etapas: la primera cuando piensas que tienes la ventaja, la segunda cuando crees que tienes la ventaja y la tercera... ¡cuando te das cuenta que vas a perder!

Xavier Tartacower

LA CRÍTICA

PRIMERA PARTE

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

1
Peón cuatro dama

1954

Fue entonces, la noche de su peor borrachera, cuando lo cruzó una bala de piel a piel, de pecho a espalda. Una sola; abriendo, desgarrando y limando con sangre ebria un conducto corto y carnoso. Un túnel que podía, de seguro, atravesar un lánguido rayito de luz. Blasfemia y asco; dejó sobre un muro el enorme escupitajo de su color encendido, de sus entrañas. ¡Pobre muro! Convertido ahí, al instante, en el laberinto de una extraña celosía. De lo que fue planicie de yeso sin historia, transformado en un fuego inmóvil que se estira con la intención de palpar cada esquina a su alcance: garabato rojo y ennegrecido. Y desde entonces, todos ellos, los elfos, los duendes, las pitonisas —creo—, o cualquier bicho o alebrije que se apalabre a ratos con los relojes empeñosos para definir el tiempo, como partícipes de un coro sarcástico, recordaron y revolcaron el rumor de aquella leyenda breve: la que habla de la mala y desgraciada suerte del Gitano de Oria. Porque así se habían acostumbrado a nombrarlo: el Gitano; el Gitano de Oria, sin mayor indagación.

Era una historia tensa, corta y no asequible: quizá repulsiva y añeja como tabú en los barrios lejanos de provincia, pero única, inamovible y firme para quien la vivió: un tumor de cristal en la médula; una historia de un niño que se dedicó a ocultar esos pasajes antiguos hasta convertirse, él también, en hombre achacoso, porque eso no hay modo de evitarlo; hombre entrado en años, maduro y reseco como gravilla. Alguien que vivió sin comentar palabra alguna sobre aquel día, el más importante, que fincó sus pies en el suelo así como su forma de caminar la vida. Callando, siempre callando, tornó su más grande tragedia en una remembranza colectiva, quizá quimera con patas de madre, cabeza de amigos y pensamientos adornados con las voces ambiciosas de los

extranjeros, güeros que llegaron al Parque Vélez; fantasía para acompañar apenas el pasado de las calles, su barriada, la plática de la abuela dispensaria semi-muerta que en un vecindario lejano de pueblo le extendía la mano desde una estrecha portezuela con una paleta que allá hacían de sabores contradictorios como leche quemada o merengue. Era una mujer que pedía a cambio dos monedas; sentada en el mismo nicho, hondeando al viento, estirada como las telarañas que a veces rompen contra nuestro rostro. En ella, el niño Sustrai veía y entendía qué mirada tiene la muerte. Para él, la vendedora de paletas y el Gitano de Oria pasarían a ser con el tiempo, juntos, el riachuelo que aún, muy de pasada, lo unía con “aquella gente”, dicho de corrido y sin divisiones: “aquellagente”, “la gente del Parque Vélez”, barrio desconocido de una población muy apagada, rincón de provincia... Apócrifa cofradía de la que ya nada queda.

“La noche de su peor borrachera, lo cruzó una bala”. Historia de una frase sin final y, peor, sin sujeto explícito que nadie necesitaba repetir; frase que daba entrada a un recuerdo tan concentrado como el mismo disparo, ¡Bang! Grueso bufido que le hizo poner ojos de abeja al Gitano: vomitar poquito, muy poquito en la oscuridad, como una tos que rápidamente se controla, pero que hace brotar hacia el tablero, sin ruido, algo más grueso que un coágulo de engrudo fuerte y rojo: encajarlo entre el caballo, la reina y el alfil negro y arransarse en el piso de pálida loza española, cerca del sillón de su despacho donde alguna vez sintió que quería quedar dormido, dormido para siempre, como todas las noches, entre whisky, maldiciones extranjeras y sus amargas flautencias.

“Viejo maldito, el Gitano, esta vez quedó callado con un silbido tan apestoso como largo en el culo... La noche de su peor borrachera lo cruzaron eternamente”. Eso decían y poco habría que añadir, porque la frase no daba espacio para preguntar si fueron unos u otros, si fue por dinero o por mujeres. Tal vez sólo confirmaba que fue el odio... el odio en sí mismo; odio por nadie y a

nadie en particular; el odio del barrio que es envidioso y camina y deambula y avasalla; odio que quisiera borrar su fama, su poder y su estirpe. Aquella sentencia entera era melnuda, y sería difícil destrenzarle las implicaciones por los años que ya pasaron: “fue el odio”—decían—, palabra corta e inexplicable que siempre se empeñó, con poco éxito, en picotear los dedos de un niño, tembloroso y callado hasta llegar a viejo, como llegan los árboles de esquina abriendo imbatibles el pavimento con sus raíces, poco a poco, y sin que nos demos cuenta. Ese niño, ante el Gitano muerto, quedó callado esperando un rato, para que en cada una de sus horas de ensueño (un sembradío de cebada que recorría su mente como un terciopelo perfectamente emparejado), brincara sobre su rostro la máscara de una nueva verdad:

Recordar es apestar. Es manchar un sentido puro, aún más distinguido que el propio olfato, que está atrás de las narices, de los ojos y las orejas, de la garganta y la mollera. No es fácil cerrar las fosas nasales como se cierran los párpados. Más bien es imposible. Nadie, nadie puede realmente estrangular los canales que apuntan al recuerdo. Recordar no es un acto que implique liberarse de estorbos; esos montículos arenosos que perforan los sabios durante sus excavaciones en Egipto, Etruria, Tula o la montaña Yarinacocha para llegar a la médula del pasado. Es despertar herido, imbuido de las rancias sensaciones y las mentiras gastadas. Recordar es oler de nuevo y estornudar como antaño. Hacerlo sin callo y sin costumbre; dolorosamente. Recordar es dar pasos de mentiroso con aires de obstinado. Manos al bolsillo para extraer un premio y repetir, ¡oh, sorpresa! Yo recuerdo. ¡Qué mentira! Recordar es atreverse sin guantes y con el tufo que surge de uno mismo. Recordar es oler y generalmente oler fétido.

Aquí recordamos los pasos de un niño de apenas ocho años, que baja la escalera con una pausa siniestra. Sí, tal vez... si ustedes quieren, el niño huele a nervios. Todo en él huele a la inquietud y el enigma; caminar de escuincla apagado y excluido como para conocer —y saborear— los gustos de la existencia, zanco a

zanco, escalón a escalón. El niño dejó una saga enferma de marcas de sudor en los peldaños libres y, siguiendo el gris extendido en sus ojos opacos, entró al despacho de su padre como murmurando una lección de la escuela y acariciando un peluche que amaba. Lo hizo pidiéndole perdón por igual a dioses, a duendes y personajes de los Grimm, no por lo que iba a hacer, sino por la inseguridad de sus decisiones. Y el Gitano de Oria, al ser recordado ahora –tantos años han pasado– reculó en su sillón antes de pararse tambaleando, revisar el tablero de ajedrez con la única caricia de ojos que guardaba y empezar a balbucear algo inaudible mientras se apoyaba endeble contra la pared.

No es que sea molesto recordar, pero toma su tiempo arreglar a patadas el archivero, por tantos años abandonado, decenas de años desde que aquel Gitano existió, como existieron sus manos, el niño, el revólver, la bala... los resplandores, porque ellos construyen los fantasmas que andan como heridos, pero hieden a humedad en casa de familia, a gente lejana, gente de Europa, que alguna vez y sin mayor razón, vino por estas tierras a conquistarlas con los ojos del paisajista Mauricio Rugendas. Entonces el niño, vestido con una pijama roída y parchada como tendadero, cargando con desgano un “su oso de felpa preferido” con todo y chaquetín descolorido y sombrero de vagabundo, abrió el cajón de la estantería de hacendado, porque hacendado era su padre en esta imagen. El Gitano de Oria, como lo nombraban, estaba demasiado borracho para impedirlo: tal vez apenas pensó en aquella primer vez en que llegó a la casona del Parque Vélez y se mandó hacer ese pesado mueble imposible de cargar, el mismo día que empezaron a llamarle “Gitano, hijo de puta, Gitano de mala muerte, Gitano rico, roto y desgraciado”.

–¡Deja eso, Imbécil! ¡Déjalo donde está!

Pero su hijo, hilado por un recuerdo, podía ya repensarse como un hombre decidido; así que encontró con facilidad el paquete envuelto en esa tela grasosa. Se arrinconó con su tesoro y empezó a desplegar las hojas de trapo –“un tamal” pensó en su re-

cuerdo— hasta sacar del paquete un revolver de cañón largo, pulido y severo por la dureza de su cacha. Entonces vio, como si fuera tras un lente cóncavo, entero ese despacho de tan perfecto avaro, de corte ilustrado, que se había construido su padre; lo recorrió entero y regresó sobre sus muros encañonándolo.

—No toques eso; ¡niño, estúpido, deja ahí!

Pero su hijo no soltó nada ante la voz de padre que cobra sus deudas a tiempo, y elevó el arma helada y dura, con sorprendente fuerza y con el monopolio de la fiebre a sus manos diminutas.

—¿Qué estás haciendo?

¡Tantos años! La voz y aquel olor se mantenían adentro como algo casi imperceptible pero insoslayable. Si alguna vez fue un olor suave o un recuerdo lento como el deambular nocturno de un niño que se ha quedado solo en casa, ahora evoca el grito atollondrado del Gitano acercándose borracho, cada noche borracho y cada noche empecinado, soberbio e iracundo. Dios, los astros, el diablo le habían dado dinero y poder para ser una especie de cacique —al menos el más exitoso— del Parque Vélez, alejado barrio en un pueblo sin importancia. La puerta se azotó. Cuando el Gitano llegaba, la puerta se azotaba y su hijo —algo inusitado— ya no tenía aquel sobresalto de otros días, ya no más sustos guardados en el cuerpo, ni llanto... ya no. Es fácil ver llegar al Gitano cada noche a la recámara infantil y extender el vaho del whisky, apoyarse con la cabeza inundada, el labio inferior extendido y los ojos saltones orillando los párpados hacia afuera, queriendo atrapar un pájaro al otro lado de las persianas. El Gitano no iba a buscar a su mujer —la madre reducida a esponja— y en cambio se sentaba en un claro de la colcha que debía cubrir el cuerpo de su hijo, como tantas otras noches en que se sentía imbuido por el alcohol.

Pero en la bruma de su última noche de ebrio, cambió sus rituales. Entró primero al despacho atraído por alguna magia de ésas que hay en las historias de pueblo y que le impidió ir a vomitar en otras habitaciones, cocina o el mismo cesto de la ropa su-

cia. Menos habría de dirigirse a la recámara de su hijo o de la esposa y dejarles ver sus ojos grises y perdidos. Venía enamorado de algún fantasma de mujer o niña que vio en el camino. Dicen que algo lo saciaba: la más alta certeza, la que permitía a su carácter de siempre, siempre violento, guardar la pausa necesaria de un animal que evita morderse la carne abierta de una herida.

Amor es ese beso suave en las entrañas que te salva de saltar cuando has perdido el miedo en lo alto del risco: un sueño que se preserva aún en la edad avanzada –oreja floja, arruga, saliva y un diente más débil que la gota a punto de caer desde la punta de un cable empapado–. Cuando creciera, el niño debería estar dispuesto, quizá, a entender la inusual actitud que su padre traía consigo cada noche, pero no lo hizo así. Desde entonces hizo poco o nada por entender la parsimonia del viejo para esquivar sin tumbos las cercas del patio –algo glorioso–, asegurar los candados sin hacer ruido –extraño–, fluir como la piel de una mujer desnuda en las sábanas, sin acercarse al niño como tantas otras veces y sin buscar calentarse tentujéandolo como tantas otras noche. En aquella, por el contrario, atrapado por un enigma que no lo dejaba tranquilo, se fue a seguir sin más la enorme borrachera, única y sagrada, con tragos expectantes en su despacho, mientras movía y removía lentamente posibilidades, caballos, peones y torres en el tablero de ajedrez.

Al recordar al Gitano después de tantos años, Sustrai Oroitz, el niño Sustrai, tuvo la discreción del maestro que, muy exigido, sabe atornillarse el mentón como una perilla de tecnología avanzada y callar. Y en el ajedrez, el maestro le enseñaba las mil y un veces que se puede pasar la ficha del rey a la derecha o a la izquierda, al frente y atrás, en espera de que el rival descarte su ofensiva. Él dejó suspendido el olor de los recuerdos sin respirar. Lo logró. Pudo postergar con alguna tonada de olvido la única certeza de aquella noche: el Gitano de Oria no lo llevó hasta el sobresalto con el pulso de sus manos ebrias que tantas veces lo acercaban a su cintura: olvidó serenamente desde entonces la

tosca pierna de su padre que tantas otras veces había caído entre sus telas de lana pañosa y olvidó el cuerpo entero de ese tozudo insoportable que se deslizaba con fuerza como para montar su caballo con la rudeza que se reserva, para sí, el dueño del rancho...

Olvidó las cosas tan fácilmente, dicen los que no saben, que pudo convencerse de que ése no podía ser su padre, y así le fue más sencillo, con la dulzura de un niño de ocho años llegar al despacho, ir al cajón, desenvolver el arma y cruzarlo de piel a piel con una bala, abriendo un ducto de sangre que vomitaba los últimos latidos del Gitano en la pared de enfrente. El Gitano murió estallado, como estatua que se quiebra. Su hijo limpió el arma, la dejó caer y regresó a la cama. Desde entonces se dedicó a crecer. Tan sólo eso, pensaba: a crecer, antes de morir. Y muy de vez en cuando, ante preguntas muy precisas, se ha tomado la molestia de recordar un poco y hacerse de pensamientos un tanto más enredados. Sólo entonces se regodea imperceptiblemente en el flujo de olores y voces que le vienen de muy adentro, abriendo los ojos con pupilas de sorpresa. Todo puede ser borrado por su experiencia: el sonido violento del disparo, la cara del viejo, el tablero de ajedrez o la sangre; pero el olor de la pólvora no muere. Y, entonces, sin convencerse absolutamente, deja caer los brazos, y las piernas le hormiguean un poco como poseídas por una máquina diminuta que lo recorre empeñada en pulir su piel áspera. Una imperfección en la máquina maravillosa de su cuerpo. Aun así, no pasa del tintinear imperceptible de su párpado y entonces, sereno, sentado en los millones de minutos que ha vivido, contesta... sí, contesta con toda tranquilidad:

—¿Amor? Imagino que se refiere a las mujeres... Cuando joven, recuerdo, tuve desvíos y obsesiones por cierto tipo de mujeres. No por todas, sólo por cierto tipo.

----0000----

Peón cuatro dama

Al centro de un diminuto valle, una bayoneta en el paisaje, están las casas de los aldeanos: un curioso engaño a la vista sobre la derecha de la ladera verdosa; un acertijo a descifrar entre la selva rasurada. La foto muestra a la distancia esas cabañas de tabla, lodo y hierba con el color del líquen que ataca oscuro la corteza de un árbol; foto del paraíso, de la tierra inmaculada, podría creerlo así un turista; foto que no se coge con el desdén de una mano simple y los ojos divididos entre la revisión de rutina, ¡bah!, y el olvido para pasar rápido la página. No... Obliga a que, con nuestra mano libre acariciemos el ondulado avance de una loma hacia su nudo, hacia ese culo como el del nudo en un costal atado con pita delgada. Obliga a suavizar lo que es tierra atacada por las pisadas continuas de los lugareños que han abierto un camino de caliche más blanco que el resto de la montaña. Gente temerosa, apenas despertando esa mañana. Un chiquillo pequeño, muy pequeño ha volteado como un arbolito, pero con una camisola que lo rebasa y se muestra como su follaje púrpura. Vive tieso, erguido como lémur. Él quizá pueda dar la voz de alerta; el grito de “han llegado”, pero aun si lo hiciera, ya es tarde. La foto la tomó alguien en avanzada que bien podría ser la nariz del enorme lobo que con lengua, colmillos y la densa saliva de su rabia, tomará esas casas en una tarascada. La foto de un paisaje en calma puede ser también la mirada matemática del estratega militar que hace cuentas, define su ventaja, reconoce el punto de debilidad de su enemigo y por dónde atacarán los mercenarios. La foto hace pensar en las ramas de los árboles y las hojas de los arbustos chaparros que buscando la luz invaden el camino de los aldeanos: la rápida carrera de los soldados hará vibrar ese follaje, lo doblará a su paso, lo cortará con machete y con la pisada dura de sus enormes botas. La foto de ese paraíso, a la par, te hace pensar que una oruga gruesa, de hule producido en China a gran escala, puede pisar cualquier tierra en un guiño, en un instante.

Recuerda el olor de Nueva York, del ángel erguido con sus brazos al cielo... Sustrai salió ya avanzada la mañana de entre los marcos de un edificio viejo y elegante, carpa en forma de lengua y solapa de mujer mulata. Lo cubrió la marquesina con la que los productores del séptimo arte adornaron las historias de la Gran Manzana para darles vida ante las masas... Y el Oroitz, tan Oroitz, estiró los brazos, viejo y achacoso, pero tan Oroitz; se transformaba así, a ratos, en artista que devora con su pisada un trozo de la enorme alfombra roja que es Nueva York. La verdad es que, aunque el reloj le gritaba, no podía abrazar la prisa de esas baldosas: se relajaba para admirar la ciudad y repetirse “es Nueva York, carajo”, con su vocerrón barítono que le surgía de las mañanas claras y ventosas cuando se cierra el verano; voz de gran señor fumador, voz que se convierte en ojo y goza incommensurablemente como aquellos que ven la ciudad en dosis pequeñas, homeopáticas...

Nueva York, el sueño de los extranjeros; el viaje que vibra; la jornada de un Sustrai Oroitz que salió temprano a comerse las calles; caminó apenas buscando parecer un hombre con pausa tras su bocanada; un tanto siniestra y aterradora, una rasgadura sobre el horizonte, que lo divertía. El alma entera de la ciudad estaba hecha de vapores cálidos, apenas perceptibles, que se eructaban desde las coladeras, desde los escapes y los transeúntes. De seguro, un dragón bajo la tierra aún dormía. El sol de la mañana no era generoso; apenas mostró a la distancia un vendedor de panes para embestir contra el hambre, bagels esponjosos que salían de un horno improvisado en paquetes de cinco. Mientras pagaba por dos paquetes – ¡goloso! –, Sustrai estornudó. Estornudó y estornudó varias veces destartalandó su rigidez, y perdió la

gracia de artista consagrado que había impuesto a su salto sobre la ciudad. Estornudó con más fuerza; igual que una cachetada fantasmal haciendo caer sus espejuelos sobre la mano húmeda. Estornudó una vez más. Diez... cien estornudos convertidos en la pelea de Louis contra Schmeling que hace tantos años cimbró la manzana. Estornudó y sudó en el rumor de una mañana, primeros atisbos de la terminación del verano, a 18 cuadras de aquel Madison Square Garden, ahora vacío, esperando apenas la temporada de basquetbol. El cielo y el aire se burlaban de él, lo instigaban a punta de tenedor con un dolor seco y penetrante. Ya por el cruce de Lexington y la cuarenta avenida, apareció una carriola dejando crecer sus propios fantasmas. Sustrai quiso admirar el rostro de un bebé, silenciando el crujir de la suela entumida de sus zapatos... Pero estornudó. Frente a él, una matrona de las que no había visto desde su estancia en Rusia le encajó el hombro para impedirle el paso: madre, mujer de goma, cubierta con el terciopelo oscuro de un rompecabezas de telas palpitantes, más cuando empujaba huyendo y sufría con el pequeño carro convertido en yunta. Sustrai terminó de limpiar su nariz. Refunfuñó con el tema de siempre: ¿por qué ella no enfermaba? ¿Por qué Sustrai Oroitz, artista de Broadway, genio del beep, catcher in the rye, porque Sustrai, o El Vasco Galiano, como lo apodaban, moría entre alergias cada mañana?

Buscando alivio, Sustrai encontró una tienda de migrantes indios o pakistaníes, indescifrables en sus formas y palabras. Pidió Ebastel, una vieja amiga para enfrentar sus achaques que ya poco efecto le hacía. Al pagar, frente a su mirada herida, apareció un letrero anunciando una edición de aniversario de la lotería estatal de Nueva York. Millones y millones de dólares danzando con sus ceros como crías recién nacidas. Sustrai compró un boleto: un acto reflejo, como el estornudo, porque el cambio que llevaba era poco y tenía vergüenza de pagar la cajita de medicina con un billete de 20 dólares... o porque, quizá, se sintió con suerte.

Antes de salir, tragó el Ebastel con la pura saliva y acarreó sus estornudos de regreso al hotel con la cabeza encogida, jalando el

cuello para meter la vista lo más profundo entre los hombros. No levantó su periscopio ni para atentar contra la mole despechugada del edificio de Naciones Unidas. Le aburría como un símbolo de corrupción soviética, mientras pensaba que toda la ciudad, en especial el lado oriente, era una caja de zapatos, muros infranqueables, buenos para un experimento skineriano con ratones. Los ojos del extranjero en Nueva York pueden elevarse sobre la ciudad o morir apantallados para rendirle reverencia, sometimiento absoluto, desde entonces y para siempre... esclavitud. Y Sustrai temió ser un derrotado, caso insalvable, porque sus mejores ratos en la ciudad los pasaba ligado de moco en moco, de liana en liana, de rinorrea en rinorrea, y encontrando agujeros para ver a ratos la desembocadura del río entre aquella cristalería interminable. Sustrai, El Vasco, celebridad donde los vencedores se vuelven omnipotentes –lo sentimos mucho– anda en decadencia. Y con resfrío... ¡sin alivio! Sólo deseaba volver al hotel y encerrarse por el resto del día con sus paquetes de bagels calientes bajo la gabardina.

El Marriot Marquis es un buen hotel; ni tan “Marriot” porque las bebidas que ofrece son pocas y malas, ni tan Marquis porque las celebridades lo han ido despreciando y ya son diez años desde que William Goldberg gustaba visitarlo para reuniones de negocios o alguna fechoría. Pero aquel hotel aún sería espléndido si lo hubieran construido para Budapest y no en una avenida desbocada con espectáculos. Esta vez, lucía increíblemente tumultuoso, como panal desquebrajado. ¡Qué cosa! Sustrai cruzó lo que pretendía ser una fila de delegados internacionales convocados a una llamativa, importante, tumultuosa conferencia internacional dedicada a ponerle banderillas a los grandes problemas en el oeste de África, fuente de sangre, tierra, recursos. Todos ellos, hambrientos, se amontonaban contra el comedor en busca del desayuno; entre sus estornudos, se escabulló abrumado por el espectáculo obsceno de una mezcla interminable de lenguas en rebelión, miradas negras, que al momento de buscar la primera co-

mida del día no respetan límites y se alejan de cualquier conciliación. Un maître, torpe, rígido, invitaba a tantos y tan desavenidos a la concordia debajo del letrero de entrada al restaurante que decía La Bonne Promenade. Sin sacar las manos de entre los eternos pliegues de su atuendo, escurriendo humedad de su nariz roja de reno, Sustrai se dirigió con prisa a los elevadores. Atestados de espera y desesperación, le vomitaron: abrieron sus puertas y desbordaron gente hacia los ceniceros. Sustrai alcanzó a ver que uno, un cenicero, caía regando arena, y que un mozo latino, el único ser vivo con sumisión en las venas, se acercaba para barrer. Los rostros de aquel mar humano lo confundían: ropajes de grecas negras y ocre, textiles nigerianos, corbatas a la moda de Milán, flores, mitocondrias y escudos trepando hacia sus cuellos, y varias mujeres en traje sastre o ropaje de tres vueltas, embrolladas por el color del tabaco y el fucsia.

El buen Sustrai, contra todas sus costumbres, prefirió la escalera. Cruzó dos puertas contra incendios y comenzó a subir absorbido por una deliciosa burbuja de silencio nuevo, sin siquiera pensar que estaba obligado a atacar cinco o seis pisos de alta escalada neoyorquina. Hombre maduro, de pantorrillas débiles y apenas acompañado por su soledad, al primer descanso y libre de sus estornudos, no resistió más el hambre. Con rabia ligera –aún incontrolable a sus años–, sacó sus manos con sendas bolsas de pan, Five Pack Bagels; un abuso adolescente. Comenzó a devorar como un depredador, harina y ajonjolí lloviendo sobre su pecho...

–Si me vieran; si me viera el “pendejo” –murmuró grave con la imaginación clavada en tantos otros distinguidos diplomáticos. Perfiló un mundo de rencores hacia algún embajador, jefe de la misión, ante la primera reunión preparatoria de una comisión de las Naciones Unidas sobre algo que al mundo debe preocupar.

El segundo bagel, uno con chispas de anís, le provocó hipo. La magia del día se quiso venir al piso y él escudriñó en su saco como los ratones cuando se limpian, hasta que sacó una botellita

metálica, alcanforera. Pasó un trago de salvación. Sonriente y travieso, sorbió el moco y atacó contra el pan mordido. El hipo arreció... ¡Maldición! Sobresalto: “El Embajador... la conferencia... aliento alcohólico”. Guardó la botella al subir hacia el que suponía sería el tercer piso, pero un portazo lo asustó.

Cinco o seis hombres elegantes irrumpieron en la escalera, ¡qué trajes de seda, claros para un día de vientos que anuncian el primer frío del próximo invierno! Sustrai reconoció de inmediato al primero: Mister Krisnksting, el noruego incorruptible, el vicepresidente de esa Comisión especial del Consejo de Seguridad, resolución 1343 (2001), quizá uno de los hombres más importantes del momento.

—¿Usted es el delegado Oroitz? —así lo escudriñó la alta figura color zanahoria del noruego, hombre de memoria prodigiosa, mundialmente reconocido por sus capacidades de contorsionismo mental. No era una verdadera pregunta, sino exquisita presunción de control— su “magia” le precede.

Sustrai Oroitz, insólito en él, calló, dudó, tragó y... ofreció finalmente un bagel desde su silencio, desde su estupidez, mientras asentía incapaz de hablar.

—*Le dernier nourriture dans le ruisseau* —dijo uno de aquellos hombres: un delegado francés que según recuerdan respondía al nombre de Monsieur Pangés y que se daba bien cuenta del estropicio que la reunión preparatoria de la Comisión especial, con su falta de previsión, causaba en cualquier punto donde llegara la brisa del East River.

Mister Krisnksting tomó el pan, jaló con la mirada las bolsas en manos de Sustrai, abusó a todas luces de su desfachatez y osadía tan naturales, y de una vez extendió el desayuno para sus acompañantes. Pronto hubo convivencia y varios siguieron el ejemplo del noruego para sentarse en la escalera. Él ocupaba dos escalones, patas de payaso, zapato que alardea como un tiburón la torcedura proveniente de una humedad intensa y la gran hospitalidad que reina alrededor de aquellos pies infinitos. Y El Vas-

co apenas gesticulaba con un “ajá”, sonoro murmullo, al que lo limitaba el hipo. Sólo un chino se mantenía de pie, semejando un muñeco de ventrilocuo: clara soledad ideológica al costado de la compañía. “Ajá”.

El noruego mandaba. “Ajá”; y su palabra y su cuerpo eran la orden de una batuta truncada tres veces, como bastón de ciego. Los ángeles son callados y sólo observan a ratos. Aquí registraron el ingenio entre el barullo: la interrogante al acecho y la sutileza, el hueco y el vacío sin posibilidad de reseña, triunfadores de una breve pero rabiosa competencia. Todos hablaban, todos sabían más de lo que aparentaban, todos se hacían los imbéciles; y Oroitz decía “ajá”. Krisnksting preguntaba entre bocados sobre la probabilidad de que el delegado senegalés cambiara su posición “neo-apocalíptica” –dijo–, punto clave. Con ello, arrastraría la voluntad de los países norafricanos en un debate que parecía tener dos frentes: aquellos empeñados en extender desde Liberia, a toda nación vecina, las prohibiciones, el control de vuelos de contrabando, los sistemas de seguridad imposibles de aplicar en repúblicas debilitadas por años. En su contra se erguían –como era tradición– los pragmáticos liberales que detestan el verbo “prohibir”. ¿Más sanciones? ¿Más candados? Arrojarán la corrupción en borbotones a otros países de la zona, la transmutarán en infección, porque los recursos y la corrupción están ahí: alguien vende, alguien paga. La tierra, sus rocas y las almas de hombres y mujeres, adultos y niños, son baratas, tan baratas... Son hermosas también. La pureza de Dios en la tierra se expresa en un terruño, en una piedra; se expresa cuando la mano humana, que ya no es humana, recoge maravillas preciosas y la mano que es divina las pule para que las mujeres sucias y vejetas, así como las industrias sucias y energéticas, las carguen en su cuello.

“Ajá” se escuchó entre bocado y bocado. Y ya ello había convertido la primera reunión preparatoria de la Comisión especial, castillo de Nueva York, en un paralelo de ejércitos en trinchera agazapados e inamovibles, esperando que el enemigo asomara la

cabeza para invocar toda suerte de ataques y desplantes: “Ajá” porque Japón, la Unión Europea, Rusia incluso, los países caribeños y algunos americanos, China y otros... eran los más insistentes promotores de una resolución que obligara, al igual que se obligó a la Liberia del Presidente Taylor, a que los demás pusieran controles a sus operaciones de venta y compra de diamantes en su versión de sangre. Marruecos encabezaba a los países del Magreb para que no se firmara tal disposición a menos de que se acompañara con recursos para toda nación que pudiera verse afectada. Senegal dudaba y, mientras, los contrabandistas se convertían en savia que inundaba todas las venas del oeste africano: Mali, Burkina Faso, Ghana, Togo y más al norte, la gran región imbuida por el comercio bereber.

Estados Unidos, “ajá”, boicoteaba sistemáticamente las conversaciones con el viejo tema del financiamiento: “in God we trust, but once; only once, no more”... No más dinero entrando a ayudar a los incontrolables mercados: el Ministro de Tierras, Minas y Energía de Liberia afirmaba que la exportación supuestamente oficial de diamantes en su país, la que se difundía en los reportes, había sido calculada en 8,500 quilates un par de años antes y con valor apenas menor al millón de dólares; pero la verdad es que esa cifra era menos del 10% de lo que realmente salía del país. Krisnksting repetía y repetía esas cifras. ¿Quieren, realmente quieren llevar ese problema más al norte como ya pasó con Sierra Leona? ¿Quieren que ahora las más violentas mafias dispongan de la avalancha de violencia, sangre y explotación que se vive en el norte de ese país? ¿En Kambia? ¿A lo largo del pequeño y el gran río Scarcies?

Las sanciones a Liberia, impuestas un año antes, habían tenido algunos resultados y los delegados no dejaban de mencionarlas uno a uno, en sus pomposos soliloquios de la semana: la Comisión especial limitó la salida de diamantes ilegales; al hacerlo exhibió que muchos países, incluyendo Rusia, habían usado la etiqueta liberiana para vender a unos y otros postores; ahora trafi-

caban por otros mercados más al norte. Cualquier nueva prohibición, los haría brincar de nuevo: quizá hasta Guinea y Senegal.

Esa mañana, ante el estancamiento de los intentos, ante los intercambios de miradas, frases y convencimientos, los senegaleses marcarían la pauta, “ajá”, con el arribo de su mismísimo canciller: una incógnita. Dueño por jerarquías de la próxima sesión, presidiría al centro de la mesa elevando una especie de manifiesto: la más evidente dislocación entre culpables y víctimas. Al leerlo, su dedo se alzaría para señalar a unos y otros, porque era buen conocedor de horribles crímenes cometidos en la lucha por ganar los mercados podridos del África. “Ajá” musitó finalmente Sustrai Oroitz; “son ya las 10 de la mañana, pasadas... las 10 de la mañana” –recuerdas bien Sustrai, porque el pan, la sequedad y tus gesticulaciones sonoras te hicieron revisar varias veces el reloj en busca de salvación–. “Está usted tarde ¿verdad?” insinuó con ironía el noruego porque él era el atrasado, pero lo dijo convencido de que el mundo entero debería moverse, borrar de la memoria el entretenimiento del desayuno para escuchar al senegalés, quien daría un discurso fuerte, esperado y, por ser tan obvio, a pocos sorprendería.

El presidente de la Comisión quiso ponerse de pie de prisa, pero no pudo. Miró con terror, amenazado por inconfundibles espasmos de su diafragma –“ajá” dijo Oroitz como si fuera una nota severa–. El espigado vikingo pretendió responderle, pero el hipo sonó como una extraña palabra de la Laponia que bien podía significar “muerte”. Monsieur Pangrés, que así suponen que se llamaba el funcionario francés, se sintió conminado a buscar algún líquido, o a recurrir a la respiración boca a boca también, pero en aquel momento vestía elegante. En lugar de ello, bajó presuroso por la escalera, a saltos y cabriolas, convertido en un fauno amoldado al ruido de su fuerza, enfrentada a las puertas contra incendios.

Al momento de su repentina salida, sólo Sustrai notó que dentro de los muchos papeles que aquel hombre cargaba, caía un

sobre grande y profesionalmente cerrado. La atención que ponían al delegado noruego les impidió percatarse del percance. Sólo Sustrai, con la agilidad de un colegial tramposo, aprovechó el momento para sacarse la gabardina y ponerla a un lado; soltarla con desparpajo donde aquel paquete había quedado y así tapanlo.

Mientras, el gigante noruego luchaba ampulosamente por eruirse y entre risas y angustias trataba de controlar los últimos espasmos de la mala experiencia. El chino le daba golpecitos en el lumbago. “Ajá” dijo Oroitz.

–Buen desayuno, delegado Oroitz; –Mister Krisnksting espetó tratando de reír, extruyendo palabras y aceites, con un pañuelo contra la boca como signo de su apenada situación–. Buen desayuno, no lo olvidaré.

Aquella comitiva, rotas las conciencias sobre una cofradía y los sentimientos apaisados de cualquier culpa en los espíritus, decidió continuar su viaje descendente por la escalera. Con ayuda de unos y otros, Mister Krisnksting podía caminar y recobraba a cada paso la imagen de un líder alto, superior. Pronto el francés, Pangés según nos dijeron, se les unió con un par de vasos de agua que Mister Krisnksting bebió rápidamente. Sus voces alegres aunque forzadas, se perdieron en el hueco de la escalera.

“Ajá”. Sustrai sacó su anforita, se ajustó los lentes, dio dos tragos, satisfecho, una gloria en los perfumes del alipús, y empezó a subir envuelto en un extraño vuelo, ligero y alegre. Bajo su gabardina había quedado aquel sobre que él sentía sospechoso, ineludible; un sobre “caído por un terrible descuido”. Sí, caído como caen los pañuelos de las damas coquetas y él lo levantó pensando que quizá, algún día, lo devolvería. Así juraría después, cuando lo cuestionaran otros inquisidores en la mente del buen Sustrai Oroitz... y él sólo recordaría el sonido de su garganta aclarándose con el sonido “ajá” y la vaguedad del nombre del delegado francés que sonaba a algo como Monsieur Pangés.

El paquete era común, como todos en su clase, pero parecía importante; olía a grasa y a trascendencia. Sin ningún recato, Sustrai lo fue explorando para otear en su interior y encontrar

algunas hojas sueltas, algunos dibujos: apostillas de un dibujante o ladrón antiguo de los rostros del demonio, secuelas de una veta benedictina que nadie hubiera imaginado en el difuso Monsieur Pangés. Su dueño las había hecho compulsivamente, garrapateando con el vibrar de una mano intensa, devorado por el aburrimiento de las reuniones. Junto a esas hojas, aparecía una carpetilla del color de la madera del encino, apretada, tímida –diríamos– y con un sello oficial pegado y su extraño título:

Document ETIENNELLE impérativement confidentiel. Représentation de la France. Domaine exclusif, haute sécurité, uniquement pour l'attention de la DGSE.

Más al fondo del sobre, se guardaba una película enroscada de negativos de fotografía: difícil de captar su contenido entre claros y oscuros dramáticos, humanoides; quizá una veintena de fotos. Y junto a ellas una llave de forma extraña, ancha, satinada, llave de banquero, con la forma de la cabeza de un lobo, forma de alta tecnología, para ser usada en una cerradura sin igual. Tal etiqueta, tan firme, tan elocuente, tan de rey con cetro y máscara en tiempos de los mosqueteros, colocada en portada y reverso, hizo que Sustrai cerrara el paquete y lo pusiera atrapado en su axila; que acelerara su caminar, que bufara, repitiera un último “ajá” y mirara el entorno como si todo desprendiera un fétido y vigilante aroma mortuario; como si la bala de un cañón largo apuntara a su cabeza mientras moqueaba y huía dejando que sus atuendos revolotearan sobre su cuerpo quejumbroso y decidido a entrar en la vejez. La capa ligera de un superhéroe pasó a ser su sombra y, a lo lejos, una voz y unas pisadas francesas se empeñaban por peinar de vuelta la escalera en busca de su rastro.

–¡Merde, merde! –subió el grito del demonio por los escalones del Marriot Marquis.

Sin oír, Sustrai entró a su habitación, ya sin bagels, ya sin la alegría que ofrece la intrascendencia y el anonimato, ya también librado de estornudos y guardando unos atisbos de aliento. Cerró con cuidado a su paso y se sentó para beber y atreverse a leer sus hallazgos en el sobre. Las ansiedades son deleznable en manos

de hombres fatigosos. Convierten toda astucia en torpeza, la brillantez del nerviosismo en caricatura del propio infantilismo. ¿Esperaba sacar dinero de aquello? No. Tal vez saciar su curiosidad con una carta con buenos datos sobre cabezas nucleares. “Francia ha cruzado la barrera de las 500 ojivas de alta capacidad, armadas y listas para su detonación”, recordó echando cuchara a la sopa que traía en mente con datos espumosos de algún estudio sobre desarme que escuchó durante su juventud. Quizá habría detalles sobre gastos utilizados para algún innecesario cabildeo por la delegación francesa ante la Comisión especial. Quizá los diplomáticos galos tuvieron una reunión, propia de bestias sin colonizar, quizá la noche anterior, en el “Sonesta”, un Smart light, night club de moda; el vino, porque no habría sido Champagne, pudo correr regando las bocas de muchos que no se esperaba estuvieran ahí. Algunos quizá jurarían que el mismo Krisnksting bebió Cart de Nimbe por cuenta de las tarjetas de la Banque Nationale de France. Y al pensar en ello, Sustrai vertía tragos de saliva en su garganta con nueva ansiedad.

Afectado por el temblor de sus manos, Sustrai se abalanzó hasta el baño, transformado en brujo; giró grifos afanado para provocar tremendas bocanadas de vapor desde la regadera y el lavamanos. El sello, duro y necio que cerraba aquella carpetilla cedió finalmente cuando ese vapor envolvió también sus lentes convirtiéndolo en hombre inútil. Desde ese instante Sustrai comenzó a hablar del contenido de aquel sobre como de un informe “ETIENCELLE” que, emisario del más allá, debería –¿por qué no?– cambiar el desenlace de su vida, “cincuenta y cinco años y varios chistes” –se dijo persiguiendo los acentos de algún líder en complot que ensaya ante el espejo.

Entre cientos de datos técnicos que repasó con una agilidad sorprendente, podía leerse la comprobación de una gran chapucería. Sí, la gran fractura en los comités de inspección de Liberia encabezados por varios europeos. Lo que se temía: algunas figuras de los gobiernos más engreídos ofrecían entregar su voto, su pensamiento, su fuerza, a cambio de una tajada en el negocio; un

negocio que ahora, gracias a la prohibición, se había trasladado a Sierra Leona para alimentar ejércitos y rebelión. Kukuna, Konta, Kamatwie –poblados lamosos del norte de aquel país– se mencionaban a la par de personas y visitantes. Aquellos papeles eran una guía para vender y comprar con ganancias inusitadas, a sabiendas de que cada novedoso euro a lo largo de los ríos que bajan cargados de historias desde las montañas Wara Wara llegaba a las manos del Frente Unido Revolucionario, un grupo militar sañoso, dispuesto a matar, raptar, violar vidas sin límite alguno. Sustrai se sintió mareado, pero contento: la Comisión especial dedicada a analizar el flagelo humano, pagado con diamantes de sangre, estaría reventada por dentro. Su aburrición, a partir de ese instante, cedía... cedía igual que sus alergias. Podía descifrar y sentir el rostro de payaso que a partir de ese momento tendría cada participante en las reuniones del día: quizá por ello, el booroso señor Pangés había dedicado tanto tiempo a dibujar pequeños rostros, mitad diablos, mitad bufones: todos mentirosos... unos salvando cara, otros deseosos de llevar regalos únicos a sus familias con los colores brillantes del vidrio. Él no reconocía a simple vista los nombres ahí escritos, pero la nobleza del documento colocaba cargos y fechas: algo delicioso. Principalmente, describía los momentos en que esa gente se habría conectado con lugareños de la región dispuestos a llenar para ellos pequeñas bolsas de cuero curtido, famosas como recuerdo turístico o ficha de cambio en el occidente africano por su contenido en diamantes.

–¿Por qué no?

La mano temblorosa y embriagada de aquel hombre, El Vasco Galiano, repasó con la dulzura de un amante de novela los cueros del asiento, en el escritorio de trabajo de una habitación en un alto hotel de Nueva York y sonrió.

–¿Por qué no?

----0000----

Peón tres rey

La foto muestra unos jovencitos –diez, doce, quizá trece años– saltando en un cuarto de paredes de madera entreabierta. Están desnudos. Niños y niñas morenos; de varias edades... Varios niveles en el océano de su inocencia. Los más negros se perciben más asustadizos. La sonrisa apagada redirige el interés hacia el blanco de sus ojos. No han llorado. A veces para llorar hay que entender. Ellos son pasto, del que se come. Una niña, desarreglada del pelo y con labios pintados, se ve sucia; aunque no hay mugre en su rostro, está mugrosa. Al fondo, fuera de foco, como en un cuadro barroco que juega con espejos, está un hombre vestido con ropa fina, impropia para este lugar húmedo. La usa floja, saco gris, camisa blanca y su corbata roja, impensable en el calor del trópico, como una gran lengua. Difícil de reconocerlo. Lo rodean algunos militares. Su falta de rostro lo convierte en una aparición: entró rápido, se irá pronto. Él mira los reflejos y los reflejos miran a los niños; pero ellos se distraen buscando la cámara. Supuestamente deben estar jugando; sin inhibiciones, sin recatos artificiales o distracciones como si la naturaleza los abrazara. Supuestamente, así: encuerados y retozando. Pero para jugar hay que imaginar; para imaginar hay que tener opciones: un futuro con opciones. Ellos sólo saben que no les irá bien. Están seguros de que son pasto, del que se come, y juegan porque se les ordenó hacerlo para que estén tranquilos. Ahora su sonrisa es como la de los animales. La esquina de la foto está avasallada por una sombra: es el borde de otra cabeza. Una niña de cabello más largo cuyo rostro, por estar tan cercano, no fue captado. Desaparece para morder –quizá– la mano que sostiene la cámara. Violencia. Sus cabellos rizados, atrás, parecen dibujar órbitas oscuras para las otras cabezas pequeñas de los demás niños que saltan. Expansión de planetas en estampida; huyendo. Huyen de la sombra del fantasma al fondo, pero regresan atrapados por una fuerza gravitacional que los condena. Sólo entonces entendemos que

el hombre al fondo ríe y lo hace a carcajadas. Le parece increíble estar en una barraca disfrutando con tantos niños saltarines. Sus cuerpos están capturados; sus cabezas, sus pensamientos y sus ilusiones; atrapados dentro de la foto. Incluso su secreto –creo que el secreto de estar riendo así, tan grande la carcajada– también está atrapado en la foto y no puede salir.

LA CRÍTICA

3

Caballo tres alfil rey

Febrero de 1967

Eres un hombre maduro que recuerda. Te dicen que la experiencia encerrada en tus neuronas, ya aletargadas, compensa la fatiga de todo músculo. Eso te dicen y ríes. Entonces piensas que el mundo, tu nación y quienes te son cercanos necesitan esa sabiduría. Para desdeñarla. Pero no, realmente eres un simplísimo hombre, de esos que Lawrence Sterne describió con aquello de una pantorrilla de venado que es devorada por un león... Hombre viejo de los que han aprendido que uno no hereda, de parte de los ancestros, su minuto y su parcela, su misión y sus maneras cultas o burdas de andar el camino; tan sólo las pide prestados para transmitirlos a sus hijos. Pero no tuviste hijos y eso, paradójicamente, te hace, por igual, aceptar con pausa y llorar con plena compostura tantos años que han pasado. Ahora estás sentado, quizá, ante una posible diosa o ninfa que estará convertida en la conciencia o la impericia de un espejo por acuerdo de algunos exégetas. Imaginas que podría ser tu hija y actúas, finges el letargo de la mente, como si se tratara de un acertijo que toma tiempo descifrar. Así ha sido: haces como que te esfuerzas por recordar tu vida y esa “tu vida” no da más que el tufo de mil colores que hoy atrapa el racimo de tus nervios, tus emociones, tus razones, las de hoy... Nunca tuvieron peso ni gracia en el pasado. Ahora, tomas tu barbilla elegantemente como te enseñó la alegoría del disimulo, sorbes de una bebida bien preparada y amasas los pliegues de un rostro caído. Te muestras interesante como la puerta de un gran palacio derruido que cubrió de arena sus tesoros, pero en lo profundo sabes que está vacío; estás vacío. Pujas frunciendo el ceño y haces que los recuerdos, libres animales prestos a la mordida y el vituperio, trepen hacia la superficie. De pronto te viene a flote la imagen del Gitano muerto, ¿la imagen o el olor

de su vómito sobre un tablero de ajedrez? Parece que te espantas, pero no se nota... o simplemente no hay miedo auténtico que te acalambre. Has aprendido a tapar aquella cloaca que llevas dentro como cuando se cierra una bolsa de basura: los olores de la noche, la borrachera, la bala que va de piel a piel abriendo la carne... se recubren, se diluyen o te invocan la costumbre. Son entonces retrato y no peste, fotografía sin tacto, sin sabor, sangre o pestilencia. Sientes, quizá, con un poco de soltura; pero el velo limpio de la imagen permite dar un paso atrás, sacar el cuerpo y el alma de la porquería, y así, lo que se entiende con los ojos apacigua esa incomodidad y la vuelve la hoja de un libro que cualquiera puede cerrar, la pintura del museo se abandona con dos pasos a diestra o siniestra. El Saturno devorando a su hijo de Goya asoma su horror caricaturesco entrelazando las puertas y pasillos del Museo del Prado, pero no te persigue como antes convertido en serpiente, como un verdadero recuerdo en la piel, en el oído o en el olfato.

Eres un hombre maduro –dices– y recuerdas a pedazos. Cuando lo haces, ocultas; siempre ocultas desenvuelto como una señora de sociedad hace lo propio con las manchas en la alfombra que pisa mientras admira los cuadros coloridos de la pared, fingiendo distracción. La angustia de tu rostro, el que te mira desde el espejo, no cae en cuenta... en cuenta de nada. Es un estúpido o quizá tú sabes fingir mejor. Tus ademanes, tus esfuerzos lo convencen; tus concesiones lo aniquilan:

Al tocar la fría superficie del cristal perfecto que te refleja, le aseguras que ya, muchas veces, te has prestado a esto: a la tonta tarea de recordar, lo que te fastidia. Pero –sin más– te quedas a jugar el juego. Relámpagos con sonrisa entre tus colmillos de amarillo matinal. Tantas veces fue humo nocturno entre cigarro y cigarro. Y entonces, has de contestar con alguna vaguedad. Contestar, tan sólo en caso de que alguien, allá detrás, le importara tu voz; pero no desdeñas el reto porque sientes que el Gitano muerto te observa desde el pintoresco paisaje que encierra tu pupila.

–¿Amorosamente? –te preguntas...

¿Qué más habría de pedirse a las arcas de un donante tan austero como Amor? ¿Egoísta fuerza con sustancia... o simple invención? ¿Pileta de ahogados que hierve y hierve mostrando desdichas al flote? Tan sólo no morir y respirar representa ya bastante mérito, lo demás es vanidad. Afirmas ante el espejo que tuviste una familia estable. ¿Acaso no? ¡Increíble! Evidente jugada de tiempo, fundamento histriónico de aquél que no quiere dar más de que hablar. Pero de golpe reviras contra ti mismo con la pregunta más estúpida y antigua: ¿has estado enamorado? ¿De verdad, lo que se dice “enamorado”? Quizá ahí radica el problema. Los tentáculos de la mediocridad comienzan a tejer una telaraña de respuestas con aquello de que tuviste pocos romances: en verdad pocos, tres que fueron limpios, quizá intrascendentes, que no dieron para más; tres grandes oasis para interrumpirte en el camino que te habías trazado, para distraer al hombre repleto de atributos profesionales. Sin embargo, esa breve y certera respuesta –tres– parece falsa; por igual, una más de tus distracciones de maestro evasivo. Por supuesto, quedó en evidencia que no había espacio para que nadie, ni siquiera para que tu imagen de angustia en el espejo interfiriera con los artes de marqués, político y maquiavélico depredador que te hicieron indetenible.

–Vamos, el peor pecado es engañarte a ti mismo. Confiesa... Al menos di, ¿qué prefieres en las mujeres?

Bueno... Contestar no reflejaría la propiedad caballerosa e intachable de tu persona; pulcra siempre, aunque siniestra: no levantas la ceja, no tintineas. Una célula duda. Las demás se encaminan a repetirte la historia de que eres “chingón”. Todas se alinean a tu modo para repetir “qué chingón”. Y el Gitano, ahora en una nube, bebe harto y admira la podredumbre de su piel: beber y saborea el hedor de esa podredumbre sin inmutarse... las únicas mañas que te heredó.

Cuando chico, recuerdas, tuviste un especial afecto por cierto tipo de mujeres. Y aquí habrías de hacer un paréntesis de esos iracundamente impertinentes (impertinentes por freudianos): tu cercano y flemático Sigmund, en un mundo donde cada emoción

—si es bien controlada— guarda su íntimo Freud, hablaba de los hombres que se dispersan amando las cosas, los árboles, su trabajo, sus papeles, unos recuerdos... Más aún, amor excéntrico que cruza las cosas, que va más allá y se concentra en las cajas, los envoltorios, las arcas o paquetes que las contienen, y no en su contenido. Amar los libreros, los planos, los pisos donde se ponen las patas labradas de los muebles. Las pieles claveteadas de herrajes negros y grandes que forman sillones, butacas, mecedoras, siales, tronos y dormilonas de hombre serio e importante. Amar al trago, tanto como el cristal de las licoreras. Amarlo todo; el amor fetichista, cuando encontramos un hombre abrazado del marco, del dintel de su puerta... lo acaricia, lo palpa y masturba como un gran perverso; sin esperar nada a cambio más allá de su fiel permanencia. Pasión de altura, arrítmica y despojada de esperas; amar la piel tersa de las mujeres y los efebos, los dioses de marfil y su escultura. Amar la cosa muerta, la que nació para existir sin alma y caer inerte: la madera, su liso barniz, su bronceado. Un Pedro cualquiera que sabe de bellotas, aromas, resinas y pulimentos, mientras su mente se fuga a los patios espirituales que le han sido vedados por una María, su esposa, la que ata su envión fálico contra las vetas.

Luego —te diría el padre del psicoanálisis tallando la fina madera briar italiana, drycool de una pipa reluciente—, luego está el amor al sexo opuesto, quizá tan sólo a “lo opuesto”. Las formas del primer humo erótico que se desprende al fumar así lo confirman: el fatal acercamiento a todas ellas. “La etapa adolescente”, nos precisa ese humo. La vida de los don Juanes, los Casanova, los Bayron y Paganinis entre las féminas venecianas se complementa al cruzar con ellas, con las Cleopatras, Herodías, Mesalinas y Borgias, Ninon de Lenclos y Cristinas de Suecia. Pobres seres incompletos, enfermos en semejante etapa de crecimiento truncado. No les queda más que entregarse a todas y a todos. Motivan piedad por falta de reserva; el alto discernimiento, el bastión de la elegancia y el buen gusto, termina por serles ajeno.

Más al fondo vienen los que aman un único y exclusivo tipo de mujer: el ideal sería amar a una sola por única, por mía... Quizá porque ella ingresa ajustada en mi reserva como la zapatilla de cristal en nuestros relatos de niños. Por eso calzaba tan frágil la niña gris e indescifrable, la Cenicienta; porque su pie habría de ser incomparable entre los pies de un reino.

Dentro de tu aburrida normalidad, en un instante, ruegas por ser amante de la tercera etapa. La célula rebelde se exaspera y tu mirada flaquea: ¿un tipo de mujer? ¡Qué tipo ni que nada, una existencia! Un funcional sistema único de órganos y tejidos en conexión que pide tener nombre, que exige ser ella.

–Diana –el nombre se te escapa.

Hoy, ya viejo y acabado, no te sería difícil definirlo. Pero con tu franca osadía, como si fuera un tratado teológico, elevas la transposición de tus gustos materiales por algo más intangible: por la inocencia aunque no te quieran creer; por la “inocencia”: la que nunca creíste haber conocido. Contestas sencillo:

–Fui hombre de una sola mujer, porque una es lo bastante difícil como para enredarnos la vida.

–¿Las mujeres lo complicaron, señor Oroitz?

–Usted –respondiste con la pausa que te daban los ensayos de miradas intensas frente al espejo, postura de conquistador, auténtica victoria que dan los años–, usted nunca ha jugado ajedrez ¿verdad?, pero si conociese una apertura muy apreciada por los grandes maestros, la que llaman “Gambito de dama”, empezaría por evitar la palabra “complicado” en torno a lo que es, y será, una dama. Hablaría mejor de magia.

*

Diana; te contaré de Diana Basay.

Cuando tú, Sustrai Oroitz, ibas a la universidad, viviste dos o tres años de genuina entrega por ella, su irrefrenable presencia en forma de patetismo. Diana. La conociste, no faltaba más, en un suceso político como si las estampas del poder, la trifulca, el engaño entre poderosos, fuera desde entonces parte inseparable, sin

descanso, de tu ser. Una vieja institución académica llamaba a elegir representantes. Una farsa. Al fondo del pasillo, largo y ventoso como pocos, se colocó una mesa mal embellecida con un paño azul. Sobre ella, la urna de la elección. Por añadida y por hermosa, por ser nadie y ser muy deseada, Diana Basay ocupaba una silla tras esa mesa. Los pocos votos que llegaban a la urna de cartón eran por ella, por su belleza. Así se sumaban a su planilla; la boleta de los rojos, los “jóvenes políticos rojos” que se simbolizaban con la imagen de un búho estilizado: una figurilla de encenques patas y violenta masa corpórea, apenas suficiente para albergar dos enormes ojos. El birrete, ridículo por rojo y por con sabido en ese tipo de cartelones, era la coronación de la mascota sabia, diligente. Junto a la imagen, Diana parecía enteramente distinta: la piel viva, sombreada con perfección de maquillista experto, cabello contrastante, luminoso; fachada de artista que mira a Espartaco sobre la cruz.

Sustrai, la observaste como cuando se está en presencia de una agresión en los pasillos del metro: boca crispada de león, pero fingiste. Fingiste de inmediato que lo tuyo era tan sólo leer las duras consignas de la planilla roja, entre las otras. La recorrías buscando entrever los mensajes de los más convencidos y radicales estudiantes de izquierda: “sin otro interés que el tuyo y el del pueblo”, “por la excelencia académica para todos, la inteligencia y la democratización”. “Mayores espacios para el diálogo, recursos para el estudio, vayamos a los reclusorios, a las instituciones que necesitan una nueva sangre...”. “Por la justicia, por el cambio, por la participación”. Como dirían los franceses: “l'état c'est nous”.

Por un instante, Sustrai recordaste la lucha libre que se había organizado en pleno patio de la Facultad de Derecho. Los organizadores trajeron a El Sombra y al... otro que no recuerdas; dos enmascarados sebosos y acaramelados que disputaron con sus coloridos trajes por los chiflidos de la muchedumbre. Fueron apenas un par de escarceos de lucha lenta y pesada. De inmediato sacaron aplausos incrédulos y los insultos más soeces del estu-

diantado. El gran evento de la planilla roja fue una reverenda putería... Planilla "rosa", se rumoreaba y Diana se fotografió en medio de los afeminados luchadores aguantando papelazos, una que otra hamburguesa destripada sobre sus muslos y hasta un chisguete de refresco o jugo que, hilado con pésimo tino, fue a escribir arabescos al periódico mural, donde colgaban horarios y calificaciones. La mano se escondió.

Fue un buen momento para admirar de fijo a Diana; tan sin gusto por su ridículo, ahí, parada, penosa, usada. Pobre niña, un títere en los hilos que manejaba el más activo y conocido líder estudiante del momento: Rogelio Ramírez Karp; barbón, rojo entre los rojos, un genuino comunista enemigo de los que quieren ser políticos o abogados de corporación. Era el más perseverante de los rebeldes y el más convencido de que llegaría a gobernar al mundo. Habría jurado que nada, con excepción de la propia Diana, quedaría más fijo en la memoria de los aspirantes a licenciados, que aquella pelea sobre un ring portátil que ocupó el centro del recinto universitario. Manipulaba a Diana Basay, y lo hacía sin recato alguno, al exigirle mostrarse el día de la elección, sentada hora tras hora sonriendo tras la mesa de urnas, soñando con un respiro, soñando con un café.

—¿Ya sabes por quién vas a votar? —Diana te despertó.

—Contigo aquí... —contestaste, incluso con ambigüedad: palabras bailando entre la obviedad del sufragio y la fuga. Ella asomaba irreverente, señalando como flecha, hacia la papeleta con nombres rojos, pero hacía irresistible el apego, el avanzar hacia su ágil cintura, escasa como eran escasas las faldas en la facultad, facultad de aspirantes, pasantes, abogados; facultad de hombres. Lo demás fue su beso sutil en tu mejilla que dejó una huella delicada de humedad fresca, aromática, para recordar.

Desde entonces, Sustrai, supiste que un ángel te haría hablar bien en cada momento en que tuvieras dudas.

Todos sabemos cuándo nuestra presencia gusta. Debiste saberlo, pero lo escondiste en lo más remoto de tu elocuente raciocinio.

¿O no?... Simplemente no llegaste a darte cuenta de ello mientras sentías tu cuerpo abotagado, tibio y nervioso, con excepción del punto donde ella te besó. Su plática sobre ideales de enseñanza, no la escuchaste en absoluto. Tan sólo, ante el estupor de otros contendientes, exhibiste la irrelevancia de no introducir el voto en la urna. Quedó ahí sobre el lienzo, blanca papeleta de borrosos argumentos a favor de quien Diana quisiera para que ella misma le pusiera en su lugar. Tan mal anda nuestra democracia en la facultad.

Sin embargo, Sustrai, sabías que ella dudaba de esa compra sensual de tu voto y elevaba sus propósitos. Lo atribuía a una nueva amistad. Regresaste por el pasillo, saludando conocidos, repitiendo frases amables y haciendo bromas por el simulacro electoral en el que poco creías. Diana te miró un buen rato y su enternecido carácter acabó de ablandarse con la aparición de su dueño:

—Platicabas con Sustrai Oroitz, ¿verdad? —preguntó Rogelio Ramírez Karp sin mirarla; —es bueno que lo jales de nuestro lado. Sabe pensar... Y tiene mucha influencia entre los estudiantes. Todos lo quieren.

Diana, la niña de la familia Basay, esperó que la interrogaran sobre la conversación. Pero olvidaba que Ramírez Karp nunca hacía preguntas. Lo que sabía lo sabía el Fuché, como alguna vez quiso que lo apodaran. Aparentaba que nunca nada de este mundo había pasado a oscuras de sus ojos. Ella quiso aclarar sobre el voto perdido en la mesa al verlo tintinear con un aire que parecía venir del dominio que Ramírez Karp, como un sacerdote telequínético, ejercía sobre las cosas. Después, la papeleta, como en una película que anunciara un distante desenlace en la inocua vida estudiantil de los futuros abogados de la nación, murió arrugada entre los dedos morenos de Rogelio Ramírez Karp.

----0000----

Peón cuatro alfil dama

Al padre lo tienen amarrado de rodillas, negro de cara y mirar chato, como una bofetada. Tiene puesta la camisa de tela tosca, pero le bajaron los pantalones al suelo. A lo largo de su cuello corre un líquido como la savia de una planta. Él no es el centro de la foto; apenas un poste en el extremo. Quien opera con la cámara quiere que veamos –mejor– lo que él observa. ¡Qué ilusión! Es obvio que no ve nada más allá de su futuro certero: ni las paredes de esa barraca de maderas mal ensambladas que disparan hilillos de luz compitiendo con los dientes de los mercenarios, ni los caires y taburetes, ni las pisadas que han mascullado la tierra húmeda. Tampoco ve a los niños jugando... obligados a jugar frente a los soldados en su fiesta de la victoria. Sabemos que es el padre porque llora y nadie más lo hace. Los niños son pasto y no lloran. Les han dicho que si son valientes y se toman de las manos para hacer una rueda; que si caminan en círculo y cantan, quizá no verán como le meten a aquel hombre otro culetazo de los que doblan a cualquiera, de los que rompen un mástil, un poste, un encino. A cualquiera.

Peón de alfil dama por peón

Agosto de 2001/1971

Recuerdo que Enrique Piedra hojeaba y hojeaba, una y otra vez los papeles que Sustrai le había mostrado. Veía las fotos y jugueteaba con la llave como si alguna habilidad tuviera para descubrir el significado de su brillante autopista de círculos magnetizados. Se detenía en minucias. Levantaba las hojas y los espacios para escudriñar a contraluz las marcas de agua. Revisaba las firmas con la esperanza de que, en algún detalle, no parecieran auténticas.

—¿Dónde encontraste esto? —preguntó sin levantar la vista.

—Los tomé de la tercera sala de reuniones —mintió Sustrai sintiéndose codiciado y especial.

—¿Te atreviste a robarlos? ¡No puede ser!

Mostrando un peso excesivo, cayó una losa de recriminaciones obvias que Sustrai podía predecir como si tales reclamos fueran un álbum de canciones rancheras que hubiera repasado cientos de veces: que si la honradez, que si la institucionalidad, que si desde hace tanto tiempo, Sustrai, y tu afán por la ruptura; lamentable la forma en que tanto talento se había dejado escurrir por un desagüe aceitado por la frivolidad...

Pero la palabra del distinguido Embajador Piedra fue más impersonal (miedo rebasando el reproche, temblor que mina la contundencia):

—Te crees capaz de iniciar un gran lío, un gran lío internacional. Aún si esto fuera original, no demuestra nada, y con tu sutil forma de tomar estos papeles, estos negativos, una llave extraña... Lo que impliquen habrá quedado descartado para siempre. Hay que ignorar este incidente. Por ningún motivo sacarlo a la luz.

—Embajador Piedra, Enrique, mi amigo... Permíteme decir algo —Sustrai se irguió en el aire, acomodándose las gafas y alargando

la mano para recoger los documentos con una sutileza que le hacía parecer irónico y hasta mordaz—: eres el coordinador de nuestra delegación en esta asamblea. Yo soy un agregado, un político sin fuerza; venido a menos. Un viejo y un simple asesor. Tenemos la misma edad. Yo soy vejez y deterioro... mírame. Tú eres madurez, perspectiva. Me tienen aquí, porque no hallan cosa mejor que hacer conmigo. Consideraré mi deber mantenerte informado de todo detalle que concerniera a nuestra posición durante las conversaciones. Mi objetivo no ha sido otro; solamente eso: informar. Y mira... Si yo pretendiera un conflicto, no habría recurrido a ti, sino a la prensa; y conozco a varios que les gusta el escándalo a partir de este tipo de papeles. Es obvio que mi deseo es lograr lo mejor para nosotros, para el país. Tus instrucciones son claras; destruiré los papeles o los devolveré sin afectar a nadie. Nada ha pasado. Y aun así, es bueno saber que las autoridades francesas saben que están infestados de corruptelas en sus esfuerzos por ayudar en África. Lo positivo es que a partir de ahora, ni tú ni yo veremos con los mismos ojos a los que nos quieren dar lecciones allá en las audiencias... Ahora, si me permites, debo asistir a otra junta, algo sobre acuerdos en política de seguros: sala 4. Si me necesitas, ahí estaré.

El Embajador Piedra era un hombre delgado y quebradizo; incluso amanerado. Había escuchado las palabras de Sustrai profundamente extrañado. Sabía que algo estaba mal, en aquella respuesta, en la densa réplica de su colega, pero no podía actuar frente a ello. ¿Por qué? Se levantó de la silla con la mirada consternada. Más allá de los cristales, las nubes llamándose sutilmente comenzaban a impregnar el espacio de un tono azulado que parecía meterse con arduos soplos hacia los muebles, el cortinaje y hacia la corbata del embajador.

—¿Es cosa de los franceses? No nos metemos —sentenció Piedra.

—Sí, imagino que toda Francia estará detrás, arreglando el asunto.

—Sus agentes, sus espías, sus trampas. Ya tuvimos... en el pasado algo de eso. No nos metemos. Recuerda, Sustrai, ya una

vez... conocimos la parte fea de estos, cuando nos tocó juntos en París.

Sustrai sintió el molesto estremecimiento de sus timideces. Les llamó así, en plural, como las vergüenzas, en plural... que al fin y al cabo tenemos genitales y partes pudendas, en plural, sin importar que aludamos a su unicidad. Se estremeció en músculos y huesos; aun así sabía que aquello ocurría en sus humores más arcaicos, recordando algo impreciso que era el estado compungido, quizá el inicio de su decaimiento; el susto y el pismo. Su mirada se cruzó con la de Piedra y lo reconstruyó como una caricatura, un payaso: inamovible, encorvado hacia el espejo pretendiendo ser preciso con su apariencia, como si eso fuera lo más importante de la vida. Un imbécil con el rostro atrapado en una suave, elegante cobardía.

–Ya... tuvi... estuvimos en a... algo de eso –Piedra tartamudeaba.

Entre ellos hay mucho que platicar, pero las palabras no llegan. Sustrai piensa en los franceses, en los agentes de la DGSE, una Dirección General de Seguridad Especial, la secreta, según la conocían algunos, la encargada de arreglar problemas como ese, asunto de seguridad nacional. Piensa en la imágenes desordenadas, como bultos, en la negrura y la sorpresa; lo que alguna vez llamó “demonio”, quizá un demonio alado, quizá un demonio que se confabula. Un rostro al que se le teme... y al que se le guarda especial admiración.

Mientras, Enrique Piedra, famoso por su elegancia de nacimiento, no aprendida, congénita, termina con la corbata: admira su madurez y su perspectiva. Él ha cambiado. Su conciencia está consumida en la propia imagen como un fantasma, un halo en su rostro. ¿La barba? cada vez más cana, decadente, por muy simétrica que la hubiera dejado con sus tijeretas inglesas de pédicure. Ve sus ojos enrojecidos y siente muy presente la sonrisa atorada del colega, el viejo colega Sustrai... Su compañero de escuela, quien ahora, solemne y ampuloso, le hablaba igual de usted y lo

tuteaba; le restregaba el cargo de Embajador o incluía la voz “mi amigo, Enrique, mi amigo” para burlarse. Mira al espejo; escucha cuando Sustrai cierra tras de sí la puerta de la habitación y corta el rumor lejano de las voces del pasillo; ambos capturan su propia sonrisa, la controlan, algo que no ha cambiado en treinta años: treinta largos años que el silencio les permite exorcizar.

*

El joven Enrique Piedra, su compañero de estudios en aquellos años de la Sorbona, lo había notado y seguramente se sentía molesto. Ni cuando en París, al fin París, cuando ellos eran los maestros del Rock & Roll, se montó a su alrededor en un ritual de cánticos franceses para demostrarle tal tono de burla, de falsa aceptación... Ambos eran jóvenes llenos de ilusión. Pero tampoco entonces Sustrai pareció inmutarse. Así fue, en la Rue Dormey, perfecta calle para las chicas modelo que cruzaban a centímetros de la barandilla que las separaba del Café Boulain. Cinco estudiantes, aficionados a las fiestas y los bailes, sentados en una mesa metálica de sombrilla amarilla, con sus pantalones a la moda y sus camisas satinadas, se mofaban y hacían chistes obscenos jugando con la gracia de las rubias francesas que se paseaban frente a sus miradas. Sustrai Oroitz era el único que se podía sentir con un residuo de aire francés, al menos esa vida de estudiante era un tributo a la que podía entenderse como su Europa de origen. Pero él tan sólo sonreía y guardaba silencio. Ahora, el viejo embajador Piedra recordaba aquello con claridad.

Las clases de Charles Bonnet, los paseos por el Divant, los cafés y las francesas, las francesas, mujeres tan mujeres en la mirada, en la tersura soberbia de su piel; francesas como una tal Vivian que en ocasiones acompañaba a los cinco estudiantes del Café Boulain después de clase de derecho internacional privado. ¿Quién sería el primero en enamorarla? Enrique Piedra, frente a la intolerable elocuencia de Sustrai Oroitz, apostaba a su victoria irrefutable. Tenía fama de conquistador. Su galanura iba en vanguardia tratando de derrotar virtudes y defectos. Y él la compar-

tía todas las mañanas con el espejo y gastaba los excesos de dinero que recibía de casa en buenas camisas y corbatas de boutique. Se sentía irresistible y atrevido como nadie y con tales adjetivos puso sobre la mesa los doscientos francos que retaban el valor de cada uno de sus compañeros. Un estudiante peruano de economía, puso otros doscientos. Alguien se sumó a favor de Enrique, de Enrique el Gallardo; Carlos de Mucha prefirió ir en su contra. Y Martín Losada, estudiante de teoría del arte y pintor de vanguardia, un creador que hablaba y hablaba y poco hacía con los pinceles, la arcilla o el engrudo, aseguraba que habría victoria enriquista colocando su apuesta de doscientos más. Sustrai Oroitz, siempre el líder de cualquier acuerdo, levantó el dinero, apuntó las cantidades y los nombres en una servilleta y fungió como depositario; flemático e imparcial, guardó el dinero en el bolsillo de la camisa.

Dos días después, Sustrai Oroitz comenzó a extrañar la forma en que su compañero Enrique acostumbraba pasar por los campos de la universidad saltando decidido a olfatear sin saciedad la magia de la tal Vivian Coquet mientras el dinero de la apuesta permanecía guardado en un sobre en su escritorio; pronto el dinero pasó al olvido, hasta que una mañana se presentó Martín Losada con cara de espanto:

—¿Sabes algo de Enrique? —preguntó—. Parece que lo encerraron en un manicomio. En uno de las afueras de París que se llama Sainte Briseide.

Sustrai era un joven más práctico que sus compañeros. No esperaba que en los corredores de la universidad estuvieran escritas las respuestas. Tomó su gabardina, arengó un poco a un buen camarada como Martín para que soltara más rienda y se lo llevó en busca de un taxi. En efecto, después de arreglar dos trámites engorrosos, Sustrai y Martín se convirtieron en la primera visita que recibía el atolondrado Enrique Piedra. Lo encontraron empecinado en mirar por la ventana de un segundo piso hacia el patio desierto de un hospital, muy de los cincuenta, muy Le Corbusier,

que las hojas muertas empezaban a alfombrar. Enrique, en su inconmensurable pasmo y desconcierto, apenas tenía valor para referir lo sucedido:

Una tarde, en la larga secuencia de sus intentos, había entrado a la habitación de Vivian Coquet con el pretexto de una tarde de estudio. “Tu portes le vin, je porte le pain et le jambon”, le había comentado ella sin metáforas en el aire. Enrique había llevado dos de vino y una de Champagne que Vivian miró con desprecio y que nunca terminaron de beber. “Pour qua as-tu dépenser tant?” fue la breve sentencia que Enrique pudo recoger con su firme cortesía. Lo demás habían sido fríos ratos de estudio hasta la noche... Ni la cabellera sobreengomada, ni el mirar herido, ni el porte que se daba al caminar un poco de lado, imitando a Gardel; no, no habían servido.

Cuando Vivian habló de ir a la cama y cuando Enrique preguntó dónde estaba esa cama, la primera neblina del otoño se clavó frente a cada francesa conquistable; incluso frente a ésas que Sustrai alguna vez vio, apostado en un crucero cualquiera de aquella capital, y que viajaban en moto hacia las ciudades-habitación llenas de árabes con fama de amantes insaciables que ellas debían conocer antes del matrimonio. Vivian Coquet le explicó claramente a Enrique que esa no era su cama: “Mon lit est ici, je ne sais pas où est le ton”.

Lo otro fue aún más difícil de contar: que se puso impertinente, que Vivian no se conmovió; que le gritó; que se sintió con derechos; que la vio tomar el teléfono y fingir una llamada a la policía; que la tomó del codo impidiendo su evasivo deambular entre simpático y seductor por cada esquina del pequeño apartamento. “¡La police viendra!”, le decía ella jaloneándose y moviendo el cuello de una manera que ponía a Enrique en el entre-dicho del arrebato total o la rendición. Pero él volvió a tomar fuerzas, se arregló el cabello con un zarpazo bien ensayado y se atrevió a asegurar con gran certeza: “¿cuál policía?, si tan sólo marcaste cuatro números”. “En France, on à besoin de quatre chiffre pour téléphoner à la police, imbécile”.

Dos agentes de seguridad llegaron finalmente con sus sacos cortos, faltos de moda. Enrique no pudo contener su ira. Así, la noche lo vio bajar entre gritos atropellados, entre empujones. Lo metieron a un auto oscuro, lo encerraron una noche en la comisaría. La mañana siguiente presentó declaración ante un juez del quinto barrio, muy bien vestido y pomposo y rebuscado en su palabra. Fue enviado a Sainte Briseide, hospital psiquiátrico. Entrar a un domicilio por la fuerza, con violencia, es un “allanamiento de morada”. Estar dentro y negarse a salir cuando el anfitrión lo demanda es un allanamiento de morada, también, un delito de importancia y, por consecuencia, una entre las 27 causales para perder la beca del gobierno y verse obligado a abandonar la Belle France. Por uno u otro lado, Enrique Piedra, el futuro embajador ante los principales foros del mundo, debería ser deportado.

Por eso lo metieron ahí, porque su única salvación estaba en alargar un breve y corregible rapto de locura: todo se compondría con un breve tratamiento en manos de un especialista, buen amigo del juez del quinto barrio, quien ya sabía de estos casos; de jóvenes impulsivos que rompen jarrones y mesas a su paso, que ignoran el rigor de la ley, que le clavan las uñas a las francesas. Una nota del doctor, estableciendo los remedios que habría de tomar para contener sus impulsos maniacos era lo necesario para regresar pronto a clases y olvidar el incidente. Enrique entró al manicomio por unas horas, pero permaneció dos meses hasta que sus compañeros, Martín y Sustrai, le convencieron de que dejara de gritar, independientemente de cualquier medicamento, “¡la mato, puta maldita, yo la mato!”. Cuando se tranquilizó, pudo contestar el cuestionario de rigor y dejar una limpia impresión de salud emocional. Los doctores rieron mucho cuando salía doblando su saco bajo el brazo: “¡Bon étalon, garde tes pas!”.

Para Enrique Piedra, desde entonces, la deuda, la maldita deuda con Sustrai le parecía una carga insoportable; imposible de borrar. Ofuscaba su mente y llevaba la espiral de sus recuerdos a un eje único. La voz obsesiva de los doctores que reían, y el silen-

cio apabullante y oprobioso del Vasco Galiano quien pasaría a decirse su amigo por siempre para no serlo nunca; por bondadoso, por callado. El embajador sacudió la cabeza frente al espejo en una habitación del séptimo piso del Marriot Marquis en Nueva York, ni tan “Marriot”, porque las bebidas que ofrece son pocas y malas. Habían pasado muchos años desde que Sustrai Oroitz le salvó la carrera y aún estaba tratando de entender. El aroma de sus licencias de juventud huyó, excepto el agazapado pero horrible sentimiento de impotencia: un asco guardado a la altura del esófago, que nunca había podido evitar.

----0000----

Peón rey por peón

Esta foto muestra más claramente al hombre: un funcionario, un político, un rayo. Su cabeza parece una pera al revés, despegando; erigida a partir de la fuerza del escorzo que lo inclina hacia atrás, aspirado, cuando está buscando ingresar entero en el marco de la cámara, toda una escotilla hacia el placer. La toma podría estar en manos de alguno de los diminutos niños o de un perverso enano. Los capta desde abajo, muy abajo. Atrapa el conjunto: él y por igual la niña desnuda, brillante como el chapopote fresco, desde sus piernas, hasta la amargura de su frente apenas compungida, pero traviesa. No nos fijamos mucho en ella, la verdad. Su tersura la cristaliza como caramelo, quizá la convierte en obsidiana, botellón iluminado y una hacienda; pero al fin, ella surge como aquello, lo más distante de la carne humana, material inorgánico y estatuilla de artificio. En cambio, el funcionario que está detrás es un camino por la hombría misma: desde lo animal que insinúa con la camisa suelta, espumosa, y los pantalones desalineados, hasta la conversión de su cerebro en un remolino enfermo, demente. Ha vomitado al cielo su peinado; pero es feliz. Él ha sacado una mano hasta la vagina de la niña, para cubrirla;

incluso para defenderla; contra los morbosos espectadores, los soldados. Con el otro brazo pretende cubrir las tetillas, mostrando que ella es pequeña. Una sola manga tozuda y corpulenta, médula y elegante saco de casimir, basta y sobra para cubrir ese pecho en un latigazo. La inexistente resistencia de esa piel muestra que ella, como los otros niños, aun no tiene pechos sobre las costillas rebeldes. Incluso solo su pelo tupido de caireles con listones verdosos en los reflejos de la foto, nos convence de que algún día será mujer. Aun pertenece al espacio intermedio de los angelitos saltarines. El funcionario predica con la risotada los alcances del desenfreno, pero mantiene la elegancia maldita de las oficinas, piso cuarentaitantos y más, en alguna ciudad de los negocios llevada ahora al corazón de las tinieblas. A fin de cuentas, la foto es para incitar y no para asustar. Eso hace que no salte de nuestras manos; que los dedos la adhieran; que entiendan: ese papel satinado no es tejido tóxico. Y la pregunta es clara: ¿quién dijo que debería repugnarnos? ¿Quién lo dijo, si es carne de carne, quizá padre sobre retoño o la misma relación de la joya dura y perfecta cubierta por el tiempo largo? El funcionario piensa cuando ríe que, quizá, si se olvida de lo que queda en las conexiones neuronales que explican el dolor de sus cautivas y cautivos, de la aldea destruida —el dolor mismo de esos niños— solo estaría haciendo arte.

Diana Basay vivía en una casa de campo, “disfrutando la fértil campiña”, decía el joven Sustrai a la mitad de su huida. Lo suspiraba apenas al vuelo frente a su madre, vaporosa y destellante bajo el cono de una lámpara de pie. Ella se mantenía aferrada a las agujas de tejer. Se lo insinuaba con gracia, con apostillas de políglota, porque eso la hacía sonreír y porque, a pesar de no haber nacido en Londres, París o Budapest, ella no le había negado a su hijo “las avenidas que los idiomas abren”. Esperaba así que algún día ganara derechos y éxitos con la filosa arma del lenguaje, *la bonne dissertation française... the perfectibility of man towards progress... l'abilità degli illuminati*. Una extraña suerte de reconquista contra Europa que creía necesaria para su desagravio y su descanso. Así pensaba doña Marcela García viuda de Oroitz al oír a Sustrai; y se repetía: “me habré equivocado de marido, brutal monstruo, él y sus pestes, mas nunca me he equivocado con mi hijo”. Parecía que devolvería los golpes importados desde Lasarte-Oria, donde el Gitano nació; y lo hacía con su ambición por los horizontes donde solo su imaginación y un hijo la podrían llevar. Ella se quedaba silenciosa, pero alegre, mientras el joven intrépido tomaba las llaves y sacaba del garaje el viejo y ruidoso Buick Roadmaster verde olivo, gritón al viento, que había conservado por años. Lo tenían desde que la familia, desmembrada, había salido de Parque Vélez; desde que los agentes de la policía municipal decidieron no llevar más el caso en contra de ella o sus familiares por la extraña muerte del Gitano de Oria.

Sustrai manejaba en medio de la lluvia hasta las afueras de la ciudad con la nariz al sur y la melena ondulando al norte. Adelantaba por las vías del tranvía; adelantaba la estación más lejana en la calle de Ferrocarril hasta tomar la carretera vieja, húmeda y

a penas iluminada, que aquel carrazo convertido en rugido de tigre subía entre humo y vapores. Trepaba de nueva cuenta por El Mirador, sin mirar lo que ya conocía. Llegaba a una oscura bocacalle o aguda desviación –paso rural– donde la familia de Diana se jugaba diariamente la vida saliendo y desapareciendo en el punto más ciego del camino. El Buick Roadmaster era una máquina feroz, hambreada con ocho cilindros enormes como dientes de camello mascando a destiempo cinco mil y tantos centímetros cúbicos de gasolina oxigenada. Sustrai se lucía reparando semejante armatoste, metiéndole llaves, pinzas y destornilladores, presumiendo su peso, su tonelaje, su caja Dynaflo, su parrilla de barracuda de labio prominente, cromado... Ajustando con el marro sus muelles helicoidales. Lo meneaba intrépido, lo moldeaba a golpes y nalgadas a la hora del baño, del trapazo, del encerrado, de la mecánica y también al conducir. Le concedía a su enorme volante los vaivenes necesarios para engullir, ya transformado en oruga que se balancea, las irregularidades del camino; un camino que esa noche se construía con la luz de los grandes faros ojerosos del auto, su fetiche, su deporte... Con tanta defensa, tanta parrilla brillante y rabiosa, era el vivo retrato de quien había sido su padre: El Gitano de Oria.

Recuerdo que cerca de Diana, de su casa y su fiesta, el camino era más sinuoso y el lodo lo convertía en riesgo. Sustrai era el escándalo, la bulla y el histrionismo. Maniobraba rodeando aquella casona de campo con vista elevada, dominante sobre la ciudad. Al frente... ahora atrás, tuerce, derrapa, baja la ventanilla, apunta el faro buscador, embiste y halla el sitio para tanta lámina entre los pocos espacios libres que había dejado la madre de Diana sembrando rosales y pinos. A ninguno atropelló. Hizo resonar la palanca del freno, dos acelerones antes de apagar el auto y salió pisando una negrura empapada y aterradora. *Nous entrons dans la zone du jamais vu.*

—Los pinos de mi madre acabarán por enfermarse y morir; todos —decía Diana las veces en que paseaba con Sustrai por ese jardín haciéndose la huidiza—. Ella los puso muy cerca y un botánico le dijo que los pinos necesitan por lo menos algunos metros de distancia para que no les llegue la avispa o, peor aún, la “banda roja”, un hongo que los mata cuando sus troncos se acercan demasiado. No hay nada que hacer, ni siquiera arrancando los de en medio, porque ya tienen las raíces tocándose y eso los debilita. También los rosales acabarán mal, míralos. Fue por no podarlos a tiempo: se hicieron ramosos y difícilmente dan una buena flor.

Cuando Sustrai rodeó la casa, recordaba esas conversaciones desprovistas de los acomodos, de la pose y la hipocresía. Dios nos dio dos orejas y una sola boca; para escuchar al menos el doble de lo que hablamos. Y en esas tardes hubo mil oportunidades para amar en la frescura del extraño bosque de rosas y pinos, cuando los jóvenes se sentaban en las enormes salpicaduras del Buick Roadmaster con un metro sesenta y siete centímetros de distancia entre llantas, a sentir las bocanadas de aire con tufo de mercadería de una mancha urbana tan majestuosa: mercachifle y verdulera. Podían asomar a su cacariza pero pujante efervescencia, sin envidiar lo que veían los aviones que en las tardes de verano habían adquirido una regularidad admirable, un sonido afinado que no alberga confusión al dirigirse al aeropuerto en el este de la ciudad. Ella, Diana Basay, hablaba de esas cosas, incluso del olor a cilantro que les venía de algún lugar, y que podía percibir en batalla con los pinos enfermizos... Pero la verdad es que por dentro, ella gritaba; algo que no salía. Lo que se le quedaba tan adentro, se consumía como un petardo cebado, dejando solo al final el sonido de su respiración y la necesidad de cobijarla acortando los 167 centímetros. Ella cargaba en su interior gitano una carrera profesional equivocada (nunca quiso ser abogada y menos acabar como joya deseada en la selva de los hombres solos); hermanos mayores; madre que decide pasar de la sobreprotección a una suerte de fascismo síquico desde la primera noche

que Diana no llegó a casa antes de las nueve... Como la madre experimentaba entonces con la psicología social de avanzada que le llegaba de las ideas de un amigo del amigo del primo del hijo de Fals Borda, no expresaba su preocupación con castigos; había preferido una larga explicación, serena y cariñosa, llena de fantasmas sobre los atroces efectos de la Loumbina y el sedante que ponen los hombres en las bebidas de las mujeres para excitarlas, desquiciarlas y fornicarlas. Decidió entonces la estrategia de organizarle a la niña las fiestas en casa, donde ella podía ofrecer Coca-Cola que libere un chasquido de gas al abrirse y así tenerla vigilada desde el ojo de buey de la cocina. Más taimada se sentía Diana viéndose acosada a la distancia por el ojo perpetuo de reprobación, silencioso, que equiparaba al de la novela 1984, su libro predilecto y que Sustrai le había conseguido.

El padre de Diana era comunista y gran bebedor. Una mitad comunista y la otra alcohólico; pero correoso. Siempre ausente, se comunicaba con su hija mandándole amigos, viejos como él, para que la intentaran convencer... Nunca, ni ellos ni ella sabían de qué se tenían que convencer. También usaba mensajes paternales en criptografía a través de su artículo semanal en el enquistado *Diario de Afrenta*. Ese tabloide era lo mejor que le quedó a los miembros radicales del Partido para sobrevivir ante las nuevas dudas sobre Lenin, Stalin y Marchlevsky, sobre todo cuando la alta imagen de Khrushchev se vino abajo para ellos. Sus lectores no tragaban la traición soviética, la traición de haber cedido ante los gringos con “secrecía”, decían; traición por no haber seguido avanzando los buques con los misiles hacia Cuba, armarlos y tirarlos sobre Nueva York y, en cambio, haberse conformado, ¡carajo!, con el simple retiro de los proyectiles-cohete Júpiter instalados en Turquía que temerosamente quitó Kennedy, así de fácil, claro, si tan barato le salía cuando ya, ya Estados Unidos estaba de rodillas.

Sustrai atravesó la lluvia. A su izquierda quedaba la puerta de servicio que conocía: llevaba a la cocina y a sus luces agazapadas. Pero la fiesta era al frente con su latir fortalecido: un jolgorio en honor de la niña y de su victoria en las elecciones de representantes estudiantiles como lideresa núbil de la Facultad, la primera mujer, la primera; y él... llegaba tarde. Podía entrar por atrás, pero su misión era al frente. Tal vez los duendes, amansados con ese ritmo de música africana, le habían puesto en boca de jarro una entrada triunfal entre los leguleyos imberbes, los estudiantes de Derecho, los futuros defensores y jefes de los sindicatos, que se sentían triunfadores con la planilla roja. ¡Los rojos ganaron! no faltaba más. Diana Basay y Rogelio Ramírez Karp, mujer y hombre, primigenia equidad que más asqueaba como sorpresa que como igualdad; él, hombre, y ella la única mujer candidata... juntos habían elevado el slogan: “sin otro interés que el tuyo y el del pueblo”. Desde entonces, Sustrai Oroitz supo que algo, más allá de los tiempos terrenos, le cuidaba cuando no planeaba sus asuntos.

Llegó a un porche de madera sin pulir donde muchos brillos fugaces brotaban con endeble esfuerzo para cruzar la noche. Igualmente salían las voces, apagadas, y el golpeteo de una música indescriptible de cajas y tambores, porque la fiesta ya rasgaba lo más nuevo: el ritmo Mozambique, como le explicaron, a través de la guitarra de un comensal mejor educado en el canto y de varios que golpeaban a cuatro tiempos todo lo que pareciera sonoro: cajas, sartenes, botes, cubiertos, vasos y uno que otro florero convertido en tumbao ante unos ojos fieros, los de la madre, desde el ojo de buey.

“Suena a conga, a conga y comparsa” le dijo Sustrai a sus adentros más salvajes al romper el encanto, abriendo a la puerta y dejando en el piso trazos gruesos de lodo. Entró sin respetar el ritmo del Mozambique pinareño, el mismo sonsonete que bajo los focos bailaba con perversidad una mujer frondosa, regordeta, corta de nariz, corta de pasos, ancha de caderas y larga con las

tetas. Atrás de ella, Diana amó a Sustrai... lo amó al ritmo del Mozambique que había devorado aquella casa ante la furia del ojo de buey y alguna ausencia del padre. La música la practicaba Gilberto Izquierdo (ve tú a saber) que era, según rumores, hermano del mismísimo Pello el Afrokán, el percusionista cubanísimo que algunos decían tenía más madera y fuerza y grito y vigor y espasmo que Pérez Prado, si los pinches gringos lo hubieran dejado salir de la isla y mostrar su calidad. Los tambores improvisados estaban a cargo de los amigos de Izquierdo o de los amigos del señor Basay, quienes andaban de gira mostrándose en las fiestas de los jovencitos, hablando del nuevo ritmo que aplaudían en Cuba e inyectándole dinero –no mucho, por cierto– a los grupos y a las movilizaciones con tufo de revolución. No sabemos si en política, pero en eso de la música, el Mozambique funcionaba y, según decían, ya tenía que hacernos olvidar a Lucho Bermúdez, los Billo's Caracas Boys y a Pedro Laza y sus Pelayeros, aunque la verdad es que aquella noche eran músicos “relativos”, más bien puros miembros de la Sociedad, ahora empeñados en acabar con la cumbia, con el porro, con los putos, con el capitalismo y, primero que otra cosa, con Mike Laure, para lo cual planeaban un ebrio atentado.

Y el ron circulaba. Los que se decían del Abakuá, la Sociedad Abakuá, eran juguetones. Gustosos de apostar y decir y atreverse sin pensar en las consecuencias.

Ese día Diana amó a Sustrai más que nunca por llegar así, envuelto en una gabardina arrugada como saliendo del Partido Anarco-reformador, después de haber planeado la revolución holista y el atentado, y la bomba y el renacimiento social, y ser, con la facha de Poulantzas, lo que los comensales, arremolinados entre tanto cubano y tanto rebelde, querían ver. Ella lo guió mientras la música se apagaba. Izquierdo dejó la guitarra para acercarse al recién llegado, al que Diana paseó delante de él y de un greñudo grisáceo, medio ebrio, que fumaba cigarros fuertes, cigarros de picadura de tabaco corajo, y que vociferaba sobre la

revolución y la contrarrevolución. Ella quebró las normas de la indecencia que ahí, entre los rojos, prevalecía: escupió decorosas presentaciones y uno por uno, todos ellos, tuvieron que escuchar el grave nombre de “Sustrai Oroitz”. Ella le entregó el mejor cigarro y el mejor sillón; el único individual y el de la mejor esquina, el que Rogelio Ramírez Karp había dejado libre entretenido con la intención de servirse otra cuba libre, cuba de Baraima (o quizá se tomaba su tiempo para admirarle la carrocería a la niña regordeta de baile intenso, patas cortas y ancho trasero). No faltaba más, la barba del gran Ramírez Karp se erizó cuando vio usurpado su trono de rey en la única zona de la sala donde se discutían cosas serias en lugar de avocarse al baile lujurioso. El negro guitarrista jaló una silla y el greñudo, entre humo, harto humo, vociferaba de nueva cuenta su argumento, traído de alguna conversación perdida. Rogelio Ramírez Karp se contuvo y saludó a Sustrai; en el ademán ofreció incluso su trago al recién llegado que se metía con facilidad a la conversación ante los silencios presidenciales que había dejado a su paso. Los tambores habían callado, el baile murió a lo lejos y Sustrai, cruzando la pierna, aceptó la cuba de la mano de su peor rival, siempre bajo el ojo vigilante del buey.

La historia del momento iba mucho más allá de la victoria de la planilla roja en una remota Facultad de Derecho, entre estudiantes radicales y en un país con economía emergente: El Ché había muerto, quizá. Se decía que al Comandante Ernesto Guevara lo habían matado en Bolivia, quizá en la batalla de Quebrada del Yuro, o en la Higuera o en el hospital de Villagrande o no lo habían matado aún... Qué difícil saber la verdad... Y los comandantes bolivianos andaban difundiendo fotos de un cadáver semidesnudo con rostro de hombre vivo para que nadie dudara que ya no había Ché, sin notar que la misma mirada del Comandante, con los ojos enormes y el pelo mojado en aquel lavadero del hospital semejaba a Cristo, el Cristo revolucionario que adoraba la

feligresía de 125 millones de latinoamericanos, poco más de la mitad de los pobladores del mundo.

—Cincuenta por ciento más uno lo adoran, lo siguen a donde él les diga, se mueren si él lo pide, cincuenta por ciento más uno —explicaba el cubano de los pelos indomables, fumador insensible, blandiendo un periódico entre tragos, bocanadas azarosas y ademanes—. Y por eso les digo que no puede estar muerto. Es más inteligente que los generales que lo exhiben.

—¿Dices que no ha muerto porque sus ideas están allá en Bolivia y acá en esta casa, o porque el cadáver en la foto es de otra persona? —preguntó Rogelio.

—No ha muerto, te digo, y dejémonos de ser ilusos que lo que nos jode es que estamos atrapados por el cerco de la prensa imperialista, ¡la puta prensa yanqui! La que quiere decirnos que él ha muerto, acabado, finito y, en el intento —vociferó con el humo entrecortado tomando el cigarro y haciéndolo girar entre el dedo medio y su pulgar con un pulso de mago entrenado— ...en el jodido intento, esa prensa muestra la vulgaridad prostituida de su ridículo.

—¿Y qué? ¿Nos queda revolución o ya se acabó? ¿Tú qué opinas Oroitz? —insistió Ramírez Karp pedante buscando el traspie de su interrogado.

—Más que nunca —interrumpió el cubano tembloroso—. La semilla está sembrada. La semilla en los niños y las niñas. Bolivia es otra y el regadero de sangre está dispersándose. Es pólvora. Los miles de Chés que están ahí metidos te aseguran tu revolución. No vale la pena emborronar cuartillas.

—Hasta la victoria siempre, Patria o Muerte.

—En Kinsasa la revolución se secó. O nadie la está regando ya —advirtió Ramírez Karp muy seguro de su espíritu confrontador.

—La puta te pare. La revolución latinoamericana tiene mecha latinoamericana; que allá en África hagan de su culo una cometa. Verdad que necesitan que la mecha sea africana y ya el Ché les dejó varios valientes, bien entrenados, que pueden encenderla, como el Kabila y otros muchos.

–Yo creo que está seca –insistió Ramírez Karp.

–O el agua que se usa es mala –dijo Sustrai con satisfacción.

–La puta te pare. El Ché es agua pa’ rato, pa’ milagros por muchos años –añadió la voz emocionada y obsesivo para hacer girar su cigarro como si de ello dependiera una extraña conexión con el más allá–. Es cosa de recordar cómo se hizo Radio Rebelde, cómo construimos La Mesa. El Ché está vivo, joder, ¿por qué lo estamos discutiendo? La foto es una foto falsa, un impostor. El Ché no moriría con esta cara. Han buscado un pobre que se le pareciera, lo han maquillado. Es evidente...

Sustrai tomó el periódico arrugado de manos del cubano, lo extendió apenas para dar un vistazo, luego leyó con cuidado partes de la nota..., y sentenció:

–Mira, el problema del Ché es haber andado llevando la guerrilla de los sheges por el río Ñan-ca-hua-zú; sí, Ñancahuazú –reiteró mostrando dificultad para leer–. Con esos nombres no se puede tener éxito, no sirven para exportar la revolución. Por eso digo que el agua es mala. ¿Cómo andar de sublevado en el lago Tanganica y el Río Lukuva? No, el Ché debió avanzar por el otro lado, buscarse un río que se llamara... Aluvión, Río Rojo, un verdadero Sturm Fluss. Las revoluciones correrían bien en algo como el Río de la Plata o el Danubio. Verán si no es cierto.

–Yo me voy de aquí; que necesito un ron –Gilberto Izquierdo, si es que acaso era Gilberto Izquierdo se puso de pie más negrecido por un vaporoso berrinche y avanzó hacia la puerta.

El cubano despeinado buscó su recorte de periódico, furioso, como decidido a pelear, y Diana amó a Sustrai ya no con el ritmo del Mozambique, sino con la pausa circular en el ritual que viven los machos carneros de Dangshan, midiéndose antes de una embestida. Ella lo amó al ver que había convertido una sesión interminable de alabanzas a Ramírez Karp en una seria plática sobre política.

–Y aquí, ¿cuál río sería bueno? –la voz era de Ramírez Karp que no veía mejor oportunidad para empujar una situación en la que Sustrai estuviera en problemas–. Porque ya habría que ir

pensando en dar color y dejarnos de sólo esperar que vengan a ayudarnos.

—A esto hemos venido, pelao. A esto justamente nos mandaron los Abakuá —casi gritaba el cubano y al hablar sacaba humo, aunque ya hacía rato que su cigarro fuerte estaba despanzurrado, engordando una marca de madera chamuscada sobre la mesa que el ojo de buey desde la cocina vigilaba con odio antes de que fuera incendio—. Y ¿a qué has traído a este revisionista que viene a decirnos que el Ché ha fracasado y no sé qué tantas boberías? Eh, tú, ¿qué aportas tú a la causa?

De momento, nadie se sentía muy cómodo en aquella sala, ahora que albergaba un vulgar reto, sillones de lana burda y co-mezón, pisadas de agua puerca en la duela vieja. Las voces se encadenaban como eslabones, ruidosos y pesados. Iban y venían como los comensales en busca de alcoholes. Un delgado periodista, que llamaban Jorge Baldo, reía sin entender por qué. Y entre sus risotadas, hablaban unos y después de pensarlo, contestaban otros. Los tiempos del habla habían pasado a ser los de un partido de fútbol inundado de faltas y reclamos; lecturas profundas en cada mirada, señales y guiños interminables que nadie cubría, circunloquios de contorsionistas: la diatriba de un parlamento sobreactuado y Sustrai al centro sin que pareciera importarle. Sin la música del que parecía hermano del Afrokán (todos decían que lo era), sin los movimientos de la bailarina exótica, las goteras, con su síncopa animal, los rumores habían sitiado la sala. Dos cubetas de lata, recién cambiadas, daban resonancia a cada molécula de agua estallada, llegando constante desde las goteras, mientras Sustrai oía y replicaba sin dar su mano a torcer hasta que engrandeció al máximo su escepticismo:

—En lo que hay que ir pensando, ya de una vez, es en qué van a hacer ustedes, sí, ustedes, con la Facultad de Derecho, con el Director Flores Zavala y sus porros —insistió Sustrai con mucha calma—. Los estudiantes ya votaron y el color es evidente: ahora es rojo, es la planilla roja. Ustedes han ganado y bien saben que eso no gusta. El río no es el Mississippi, el Obi o el Nilo, el río está en

los drenajes de la Facultad, en los charcos, en los baños, en los miados escurridos. En las filtraciones del techo.

El periodista Balbo se reía y reía convirtiendo la velada en una burla.

—¿De qué estás hablando? —lo increpó Ramírez Karp que paseaba y paseaba con las manos en los bolsillos (una de ellas, quizá, en una pistola que sabían que existía y nadie había visto) y dejaba huellas negras sobre el amarillo Congo de la duela—. No hay que ser cerdo... ¿Cuáles baños? ¿Cuáles charcos? Aquí hay mujeres y no tenemos que aceptar lenguaje...

—Estoy hablando de los enemigos, porque no somos una revolución grande —aclaró Sustrai atajando la incomodidad de su nariz—, y en Derecho somos más pequeños, inútiles aún. Débiles, aislados y enfermizos. Fuera esto Filosofía, Veterinaria, alguna preparatoria que poco les importa. Pero en Derecho, ¿a quién le importa, entre los compañeros, lo que piensas tú y tus subversivos venidos de la Isla? Somos la única facultad invadida de limpiabotas que nos permiten llegar con los zapatos bien lustrados a los despachos y las notarías, para luego ir a dar regalos a los secretarios de actas en los juzgados: no luchamos contra la diferencia de clases, la fomentamos, la alimentamos con nuestras famosas propinas; la hemos convertido en nuestra esencia. Los salones están llenos de ambiciosos, vacíos de ideales como los que oigo aquí, que únicamente quieren jefaturas de departamento en el gobierno o huesos en los tribunales. Tus caminos son apenas charcos secándose, acéptalo; y tus enemigos son muchos. Deberías pensar en eso.

—Con la ayuda de las brigadas mexicanas, apenas llegadas de Cuba —contestó Ramírez Karp—, vamos a ensancharlos. Pronto... Pronto se va a notar...

—Preocúpate de quién les paga a tus amigos —dijo Sustrai levantándose del insoportable sillón que, al calor de la conversación, le hacía sudar el trasero—. Preocúpate de quién puso para sus boletos de avión y sus casas de huéspedes. Quizá el propio

gobierno los trajo. Quizá luego serán los soplones. He oído cosas raras del Abakuá, de la Sociedad. Algunos la apodan la suciedad.

—¡Te mueres, gusano! Si es que no antes me encargo de cerrarte la boca —gritó el greñudo, enrojecidos dientes que mostraba al ladrar.

Y hubo bravuconerías y escarceos de empujones que hubieran puesto nervioso a cualquiera, pero extrañamente divertían y fascinaban al de las risotadas y a Diana. Ella se había convertido en una dama libresca, objeto del rapto de algún príncipe atacado de amor, sobre el que Sustrai creía haber leído algún pasaje, visto de lejos, quizá, bajo su eterna condena a desconocer la locura.

—Necesito otra cuba libre, más libre que la anterior —se oyó que Sustrai hablaba desdeñoso, estirándose y caminando hacia la cocina, convencido de que nada de lo que había venido diciendo por largo rato, desde hacía dos o tres tragos, había sido entendido—. A ver si por acá alguien me la puede ofrecer; una con sabor.

Y jaló la puerta abatible de la cocina, para descubrir a la madre de Diana tras el ojo de buey, no sin antes dar su primer “buenos noches”, de la velada. La señora se apresuró a poner la pequeña botella de Coca-Cola en sus manos con una extraña complicidad como queriendo saber detalles de la conversación que había puesto a los muchachos tan en tensión, matando el Mozambique y el bongó. Al fondo, junto al refrigerador, Sustrai descubrió la mirada del padre de Diana, maestro y señor Basay, flanqueado por sus botellas de Baraima. Él fue quien le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿De qué discuten con los de la Abakuá?

—De que tarde o temprano, “todo va mejor con Coca-Cola” —contestó Sustrai con la sonrisa del rinoceronte.

Pero de pronto, desprendido de las húmedas tinieblas de la noche, apareció por la puerta trasera el negro Gilberto Izquierdo; y ya pocos hubieran creído que realmente era el precioso hermanito del Pello el Afrokán, porque los genios del chekére, los ritmos, la guitarra, las batas, el tres, las congas, las claves y los bongós no andan empapados con una enorme navaja en mano, entrando por la trastienda de las casas y con esa cara de estúpidos que a

veces espanta más que un grito y un demonio. Y Sustrai lo vio entrar así, antes que los otros; y mejor se fue regresando rápido, muy rápido y de golpe y carrera sobre sus pasos.

Abatió la puerta de regreso, con un manotazo y sin ver (que para eso sirve el ojo de buey). Y la fue a estrellar en la cara del cubano de las greñas que quizá venía por pleito o quizá también buscaba una Coca-Cola en consideración a que “todo va mejor con Coca-Cola”; o tal vez iba tan sólo a echar un párrafo con el padre de Diana, el comunista que se ocultaba tras las botellas, acaso para decirle que Sustrai Oroitz no jalaba bien con ellos.

No lo sabremos, como nunca sabrá Sustrai si el Gilberto Izquierdo, el que había tocado tan bonito la guitarra, era realmente el músico hermano del Pello el Afrokán. Nunca sabrá si dejó muy mala espina aquella noche en que algunos de la Sociedad Abakuá habían venido desde Cuba a planear la revolución y a dar la victoria democrática de los estudiantes más rojos de la Facultad. Nunca sabrá si Ramírez Karp, mientras acariciaba con insistencia su pistola Smith & Wesson modelo 39 bien oculta en el bolsillo, lo odió desde entonces o más bien se divirtió viéndolo medio borracho trastabillar de salida mientras varios, al tenor de las interminables risotadas del pequeño periodista, levantaban al cubano atolondrado, desmayado, que tenía el mismo rostro del Ché; el mismo rostro de cuando lo fotografiaron los bolivianos en el lavadero del hospital Nuestro Señor de Malta, en Vallegrande, una imagen que andaba escondida en el recorte de periódico que los de la Abakuá traían consigo. Así lo arrastraron a un sillón y Sustrai lo alcanzó a ver un instante con los ojos abiertos, pero mirando para adentro, toda la historia, las batallas, el monte, la pipa, el tabaco, la lluvia, la lucha de clases, el socialismo, la causa y las razones... toda la crítica y el análisis de los pueblos y las reencarnaciones necesarias para haber llegado a aquella casa.

Lo que Sustrai supo en medio de la lluvia es que el enorme rayón que le habían propinado a su Buick Roadmaster verde olivo, una marca quebradiza como boca de cocodrilo que iba de una

salpicadera a otra, medía 167 centímetros exactos; y sabía que, sin duda, se lo había hecho el negro con aquel cuchillo que llevaba en mano al entrar a la cocina. También estaba seguro de que Diana lo amó esa noche porque juntos, admirando el zigzagueo de aquella muesca hecha con saña... ambos empapados hasta el tuétano y dejando escurrir fácilmente toda esa lluvia de la noche, murmuraron con suavidad al unísono “¡qué poca madre!” y luego rieron y se dieron un beso, un largo beso.

Mientras tocaba esos labios fríos y tiesos, Sustrai pensó en la evocación de mil enjambres que parecen vestir el paladar con lo más sofisticado, pero realmente su encanto proviene de los más elementales matices. Son nuestras bocas, convertidas en deseo, por el deseo mismo, el origen de esa imagen de diversidad desconocida e ilimitada. Una dama..., una dama en verdad conquistadora, te ofrece un camino, pirotécnico si así lo deseas, pero claramente básico: hacia tu madre, hacia la tierra, hacia el vacío, hacia el placer desnudo, hacia tu hogar y tus adentros; hacia la niñez; hacia la cueva primigenia. Somos nosotros los que las adornamos de mil y más mañas, y ellas, en su silencio, aceptan esos afeites que se originan en el gusto por empezar a quitarlos.

Sustrai regresó mudo a casa, con una parte de su existencia acallada y con un beso inmortal y enquistado en algo más que la memoria.

----0000----

Caballo tres alfil rey

Las jaulas fueron construidas para las bestias. Los niños caben fácilmente en ellas. Han metido una caja grande a la barraca y en ella apenas sobresale un leopardo pequeño, pardo como la madera del abebay. Está agotado por la captura; de tanto resistirse a que le pongan precio, porque los gatos tienen precios maravillosos en este rincón. Los niños también están apagados, de tanto

moverlos, de tanto bailarlos. Pero tal y como apostó el funcionario, se aceleran con nueva e inusitada batería cuando los meten acurrucados a esa prisión para compartir el aire de la fiera. El funcionario ríe; “Et... n'est-ce pas?”. A estas alturas también algunos entre los mercenarios ríen; y ríen más cuando el funcionario, girando, muestra su dedo como un Cesar romano. Abajo, hacia la condena. ¿Lo entenderán? ¿Los que lo miran y reciben sus órdenes? ¿Sabrán lo que significa su broma precisa y cortante; su versión del circo y la subyugación del caído en las fauces del leopardo hambriento? Este no está hambriento; no parece bestia. Está en el hastío, el colapso. Es un animal macilento, pequeño y difícilmente atacará al aterrado chiquillo que se arrincona contra la puerta de la jaula de barrotes metálicos y malla de gallinero. El niño está histérico, poseído. Costó mucho meterlo a la caja que ahora transforma la piel de su espalda en un quilt negro, rojizo, mórbido: cuadros perfectos. No será devorado y el funcionario lo sabe. Es su versión del circo. Pero más parece una de esas fiestas de toros patéticas, en pueblos patéticos, en las que los flaquillos chaparrastrosos se ponen a los trapazos con vaquillas ridículas de poca monta. Nos preocupan más las patas de las vacas reventándose contra el empedrado. Así que el mejor momento es apenas cuando el animal estira la pata y el niño se queda tieso, en un grito. Seguramente lo sacarán así, tieso como momia, como feto momificado, con la piel a cuadros, pintada de rojo. Hecho bola. Será más fácil pasarlo por la puerta de la jaula de regreso.

Las calles de Nueva York, sin viento, parecen zambullidas en la turbulencia. Sustrai Oroitz, aplastado bajo esa fuerza, prefiere dejar caer la mirada y concentrarse en sus pasos hacia el inframundo: evitar el registro de los reflejos y los contornos de alambrista que marcan pasillos, bocacalles y marquesinas. Observa por el contrario la avanzada de cada una de sus pisadas, la punta del zapato en un embrollante vicio repetitivo; evasión frente a los entablamentos, frente a la ardid arquitectónica que sin duda nace como una nueva decoración mural. Se niega a admirar los lazos de estípite “pipédica”... “pipédica” le hubieran dicho sus maestros de arte cuando trenes, cables y ventanales parecen atravesar la ciudad de lado a lado, sumergidos por debajo de la mugre del aire, convertidos en un tejido de dedos de robot, tejido sogueado de gruesa plumada, una que otra pechina más bien horizontal que niega la magnificencia de los rascacielos. La vista no puede ir alto: desconoce las agujas y los aleros del superhéroe, donde Batman vigila la paz de la urbe; y Sustrai evade lo que pesa sobre su cabeza y termina palpando su cuerpo con golpes suaves de imaginación; por igual su saco, sus lentes, su paraguas, su rancio portafolio negro de esquinas dobladas, atrapado con una mano tiesa, momificada: sus papeles ahí contenidos, el informe sobre Francia, las atrocidades en Konta y el temblor de las víctimas, la llave y su novela de ocasión, *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño, reciente publicación.

Por minutos, el viejo se ve solo e ínfimo en la Gran Manzana. Quizás él tampoco esté ahí; tan sólo sus zapatos cruzando por debajo del aire espeso de siniestra omnipresencia; ni siquiera sus manos le pertenecen, también trastocadas ahora en brillo: se rebelan, dejan de ser las arrugadas extremidades de un viejo y se

traducen en una fascinación clara, penetrante y filosa; manos independientes y agudas que de golpe surgen como una sonrisa de pianista latino y relucen como una fuerza difícil de resistir, como una mirada vigilante: una gran mirada inolvidable.

De pronto, la sacudida. La misma de un tren que frena por emergencia. Frente a Sustrai un hombre, rasgos de hispano, enredado en pieles sintéticas, chamarra que reconforma, gorro tejido, guantes sin dedos y manos gruesas y azulosas como la mezclilla, se prende de su portafolio. Tira, vuelve a tirar. Sustrai gira sobre su eje, los pies cristalinos de los edificios aparecen y desaparecen, pero no suelta prenda, ni cuero, ni cartera o vademécum. Jalones. No suelta prenda; ni una bocanada de aire con aquel sucio aroma por malpasado, por los malos alimentos, pretzles, bagels. Sus manos tibias pero blancas de tan poca circulación no dejan ir el maletín; no sueltan prenda. Jalones. El vuelo de su movimiento, convertido en aplausos, espanta la niebla; y el ladrón, el latino, alma de historia profunda y sin brillo, piel dura como madero, surge brillante mostrando dos gotas precisas de sudor en los extremos de la cara. Y la rojez de sus ojos se clava en el pecho de Sustrai. Pero él, —¿quién sabe cómo?— no suelta y no suelta su portafolio ya entreabierto, al tiempo de su colosal derrumbe: la caída de un hombre árbol.

—Jódete. ¡Puto!

—¿Qué? ¿Qué es esto? —grita Sustrai.

—Jódete. ¡Escoria! Suelta. Nosotros te vamos a quemar, escoria.

Desde el suelo y sin lentes para distinguir sus propias acciones, Sustrai acude a su paraguas, lo quiebra en cuatro con golpes contra los tobillos de su agresor. El hombre, asaltante torpe, levanta el vuelo, se pierde huyendo herido, fracasado. Alcanza a gritar:

—¡Tenemos palabra! ¡Te vamos a quemar, escoria!

Sustrai se reencuentra abrazando sus hombros; dislocado —caderas del traje sucias y desgarradas—, entumido y duro como un cartílago. Reencuentra igualmente a la muchedumbre neoyorquina haciendo un círculo periodístico, pero sin atreverse a extenderle una mano. Ve a uno y otro lado hasta dar con los pedazos de su paraguas maltrecho, algunos de sus papeles desparra-

mados sobre la humedad de la acera en la segunda y la cuarenta y tres y avanzando con sutileza hacia la cuarenta y cuatro. El portafolio reposa con las bisagras torcidas y comparte el dolor de los agrietados dedos del viejo desbarrancado; dedos que aún aprietan inútilmente la agarradera en el difícil proceso de ponerse de pie.

Sustrai comienza a recoger aquel tiradero; nadie lo ayuda y no encuentra piedad para sus contusiones, para sus calambres y sus movimientos o para la tragedia de agacharse con dolor. Los papeles milagrosamente están completos, y Sustrai hace poco caso a un policía, también latino, puertorriqueño, Gonzales se llama, que le pregunta con desdén si quiere levantar cargos.

–Fue uno de los Insane, –comenta una señora envuelta como queso de gajos en las largas hojas de una exótica chalina y el policía rezonga.

–Fue uno de los Insane, los Insane-Kings –repite un hombre de nariz ganchuda que asegura haber visto todo desde el principio: jura que vio bien y en detalle, sobre las ropas del asaltante, tanto la pirámide con media luna como una estrella estampada en un parche sobre su hombro y la inconfundible corona tatuada en el antebrazo apenas arriba de la muñeca.

Sustrai ha oído de esa banda, de los Insane-Kings, originarios de Chicago, o quizás querrá haber oído de ellos y de sus lealtades. Ya dentro de una comisaría recibe explicaciones: un grupo bastante inexpugnable, sectario para la conveniencia, vulgar, sin sofisticación alguna. Tiene muy metidas las narices en la baja sociedad, en el hampa mercenario del este, desde Chicago donde nació, en Columbus y Cleveland, hasta Pittsburg y Trenton. Se ha clavado finalmente con una célula muy latina e independiente en Nueva York. ¿Los Insane? Jóvenes; muy jóvenes, principalmente puertorriqueños y centroamericanos. Los reconocen por desquiciados: pocas reglas, poca usanza, poco control por parte de sus líderes. Hacen de todo. Empezaron en los setenta como club en la Illinois State Training School for Boys que está en St. Charles. El grupo luchó años por un espacio al oeste del Chicago Loop, pero cuando empezó a cruzar la Western Avenue tomó la multiforme mascarada de varios líderes locales a los que, más que otra cosa,

les gustaba el nombre: los Insane aunque no se ayudaran. ¿Habrá sido por desconocidos, por embaucadores? Otros adoptaron el nombre por renegados, viajeros, verdugos cuando convenía, quizás por ultrasecretos, pero, más que otra razón, porque así sonaba bien ser de los Insane.

Dicen que Troy Martin Tercero inventó lo de Kings. Claro, después de aprender el estilo insane de Troy Martin Segundo. Y más aún del Primero. Ese realmente se había llamado Tarsicio Martínez. Era originario de alguna isla... Siempre la ocultó. Estirpe de malos padres, de los que despreciaban sus criaturas tan pronto les brotaban, como verrugas. Su abuelo había sido un chico desnutrido; un fideo al que apodaban la Mamba Verde o the Green Mamba; abandonado desde su nacimiento en la cornisa del servicio público; el futuro asesinado a insultos, pero sorprendente como líder y guía. Se asentaba en raudales inagotables de resentimiento caribeño de secta y vudú; veintiséis de sus años regenteó su banda desde la prisión. Arrabaleros de los más atrevidos en el Chicago hispano. Mató a varios reclusos: dicen que a más de 10. Eso es leyenda. En el Graham Correccional Center, la Mamba Verde acuchilló (o mandó acuchillar con un guiño) a varios: en la cocina, en el baño, en su propia celda. Arrancó la vida a los enemigos; a los que llegaban instruidos de fuera para atacarlo; ni uno más y nunca falló. Sólo se defendió; solo calló a quienes venían a callarlo. Querían que ya no diera la instrucción semanal; la que viajaba por boca de su hijo o los acólitos más leales; la palabra maldita en Hillsboro que ordenaba asaltos, chingarse a un tendero, traficar pastillas. La voz de sucia para trabajo sucio: por ella pagaba cualquiera. Así se sacaba del negocio a un competidor negro, se incendiaba un despacho, se rompían los dedos de un niño cuando su padre no obedecía.

El nieto de la Mamba, Troy Martin Tercero, nunca pisó la cárcel. Eso sigue haciendo feliz al abuelo en el infierno. Murió antes de eso. Supo entender la esencia de los Insane-Kings: reclutar a los más ofendidos, recordarles sus golpes y volver a golpearlos. Humillarlos y convertirlos en el odio por el odio mismo. Rompió con las reglas del costo de oportunidad; rompió con las teorías de los criminólogos y los libros de Alex Piquero. Hizo crecer un nue-

vo tipo de mafiecilla maldita y vulgar. Antes, en las calles de Chicago se inhibía a un asaltante cuando le decían que podía ir cinco años a la correccional; sí, por robar un auto. Troy echó mano de gente dispuesta a jugarse la vida, matar y morir a balazos, por una rebobinadora de videos hecha en Taiwán. Su grupo siguió adelante aun cuando aumentaron los años de condena a menores de edad. Incluso cuando empezaron a amenazar con la pena de muerte. Pobre George Ryan, representante local de Illinois acólito del castigo capital: terminó siendo gobernador arrepentido del estado. Fue famoso por exonerar 167 casos de convictos en la ruta final; se le vino encima el temor a todos los fantasmas que se encarnaron en Anthony Porter, un asesino que traía la magia consigo: dejar a tantos dudando, ensimismados y deambulando, al momento de debatir sus juicios en el camino hasta la silla eléctrica y la inyección letal. Y Troy Martin reía a carcajadas viendo cómo senadores, representantes, policías y organizaciones de amnistías debatían acaloradamente. Él, mientras, aventó a las calles niños de manos heladas que no sentían nada sobre el crimen, la cárcel o la muerte; su único disfrute provenía de caer... Sí, pero caer siempre que se hubieran llevado a un maldito policía blanco y brillante, un fiscal con historial de trampas, un pendenciero negro de las bandas enemigas o una mujer traidora, de aquellas que hacían tratos con las patrullas del decimotercero distrito con tal de quedar encargadas de la Oak Street y los multifamiliares en Cabrini-Green donde bullían pirujas y bandas como hongos en la humedad.

Muchos de esos niños de sangre hispana y rasgos caribeños, eran sus propios hijos. Troy tuvo muchas mujeres. Quería que ellas lo llamaran el Mamba Tieso, como nieto del Mamba Verde. Irresponsable amante, irresponsable padre, eterno buscador. Y dio a sus huestes el título de Insane-Kings porque sonaba magnífico: ellos lo sentían como un bautizo que les cambiaba la sangre; los hacía diferentes, hijos de alguien. Troy decidió que se tatuaran la pirámide con la media luna. También una estrella en el pecho y los hombros. ¿Por qué? Porque le gustó. Él les enseñó el tono ligero, la locura. Entregaba, como gene, el desenfreno: no tener reglas y desbocarse. Si el objetivo se cumplía y el dinero se cobra-

ba; no había empacho. Los chicos en desbandada aventaban por las escaleras del metro la carriola de la hija del dueño de las tiendas Freemann's para cobrar \$5,000 dólares del sindicato de repartidores de periódico. Ocurría un lunes. Y el martes, cortaban el rostro al líder del sindicato para meterle en la herida pedazos del papel de los periódicos que estaba deteniendo antes de su venta. Él los concibió magníficos desde la demencia. Imposibles de detener como las mareas; flexibles, aptos.

Él, Troy, mantenía una cara eternamente joven pero entristecida a pesar de sus ganancias, sus mujeres y su larga descendencia. No iba a la cárcel. Nadie los denunciaba. Menos sus hijos. Los trabajos criminales quedaban en las manos de los perpetradores: las avispas, soldados, que sabían actuar y callar. “¿Por qué lo hiciste?” “Porque sí”. “¿No te da pena?” “No”. Algunos patrulleros y detectives los apodaron “Felters”; enjambres de adolescentes que ante toda pregunta no pasarían de decir “I felt like”. Mientras, el dinero llegaba a Troy, hombre de vida austera. Lo usaba en beneficiar a otros: viejos delincuentes y nuevos desarrapados que se desvivían por ser Insane-Kings y después morir.

Necesitaban de nuevos reclutas. En la vorágine de su éxito, tenían que crecer o desaparecer. Y creció: los orfanatos e iglesias de Columbus, Cleveland, Pittsburgh y Trenton fueron sus semilleros. Lugares inmejorables para traer gente a Chicago. Y Troy, la Mamba Tiesa, viajó, inseminó las aceras. Fue entonces cuando sus huestes se vieron involucradas en una secuela de muertes por la trifulca del 85, la que diezmó a cuatro reyes del tráfico de drogas, enemigos entre sí. Eso puso las cosas coloradas como para que los Insane-Kings pudieran compartir espacio en el oeste y el norte de la Ciudad de los Vientos. La hégira comenzó. En su cruzada hacia el este, Troy pasó a ser un perseguido: se fue quedando igualmente sin área para gobernar. Tenía muchos, muchísimos enemigos, que no necesitaron más que enterarse que el nieto de la Mamba Verde, un desarrapado como su abuelo, había estado detrás de un asalto, una extorsión o un asesinato para poner precio a su cabeza. A la mitad de esa cifra, quedó tasado también el cuello de sus allegados más fieles. Lo denunciaron a la mala con los fiscales y lo incluyeron en todas las listas de solicitudes de apoyo que Illi-

nois mandaba a otros departamentos de policía. Huir, huir y huir: Troy Martin Tercero, desde una estación del Greyhound en Pittsburgh, aseguró que volvería. No queda muy claro a quién se lo aseguró. Después, alguien, quizá uno de sus muchachos o una de sus mujeres, conservó una foto: se ve a Troy consternado, replegando la mirada sobre un hombro, al pie del autobús 622 estacionado en Trenton, Pennsylvania. Junto a él una parrilla que igualmente muestra su destino: Nueva York.

Empezó a ocultarse y cambiar de nombre. Pero ya no fue lo mismo. Trastocó sus especialidades. Se volvió el más feroz y un prosaico mercenario: cualquier trabajo, cualquier cosa que significara dinero, atraía el interés de sus Kings, de las deterioradas mesnadas de Troy. Su nombre se fue apagando. En ocasiones, tuvo que recordarle a uno que otro que era el nieto de la Mamba Verde, el que acuchilló a “40 o 50” en el Graham Correccional Center de Illinois; para que lo respetaran.

Comenzó a serle muy difícil mandar sobre su gente en Nueva York. Sus cinco lugartenientes funcionaban siguiendo su propia voluntad, de contentillo. La venta de cocaína en Nueva York le dio algo de dinero, pero no... era negocio de otros. Se concentró más bien en cobranzas, pequeños pagos faltantes entre otras bandas mejor organizadas. La amistad con una reina de las drogas le salvó la vida algunas veces: por ejemplo, cuando lo ocultaron en el refrigerador de un barco cargado de langostas, propiedad de ella. Las langostas son tranquilas en el agua helada que cubría a Troy hasta la cintura; sin embargo, Troy quedó muy afectado después de dos horas. El frío le entumió para siempre todas las glándulas bajas. Los malhablados inventaron una historia en la que las langostas le devoraban los genitales a la Mamba Tiesa.

Poco después, a Troy le vino el milagro de reunirse, a su modo, con su abuelo: calculó mal las consecuencias de acuchillar a un policía por la espalda, sin piedad. Fue por no aceptar un triste soborno de 300 dólares. Puro enojo. Por robar la placa y guárdarsela en el trasero lo descubrieron. Antes de ir a prisión, huyó y se encerró en un edificio abandonado. Estaba perdido; se colgó. Dicen que, aún suspendido en el aire, no perdió su mirada de niño fiel, “yo-no-fui”. Lo encontraron desnudo, mostrando la

pirámide con media luna, una estrella estampada en un hombro y los signos de \$, los hartos dólares que quiso tener, en el envés de las muñecas. Si estaba sexualmente mutilado es algo que los policías se guardaron, como se guardaron la nota que escribió antes de morir y que no decía otra cosa que “Just felt like.”

Muerto, como los tiranos en las leyendas, fue más importante: los mafiosos latinos, seguidores de Troy Martin continuaron vendiendo cualquier tipo de servicios: tráfico de drogas a la par de accidentes, suicidios obligados, robos, incendios... en ocasiones le salvaron el pellejo a un evasor de impuestos, a un corredor de bolsa endeudado, a un político sin respaldo. No había límite. Aunque Troy ya no disfrutaba con esas ganancias, se convertía inmediatamente en el hombre más feliz de un infierno especial que compartía con su abuelo.

*

Sustrai Oroitz, saliendo adolorido del vestíbulo del City Hall, recordó haber leído alguna nota novelada sobre Troy Martin en la revista semanal del New York Times. Miró de nuevo su portafolio lleno de documentos, arrastró una mano raspada, sucia, sangrada, por un costado de la gabardina y sonrió antes de seguir caminando para pillar un taxi rumbo al sur... “Al sur”, “al sur” repetía obsesivo, explorando sus recuerdos. “Al sur” insistía mecánico al pakistaní tras el volante, piloto con habilidades de fórmula uno que aceleraba fascinado de ir hacia el sur como el fuego.

----0000----

Alfil dos rey

De pronto, como un refugio, encontramos la imagen clásica: la niña que es provocación absoluta con el atuendo de la inocencia; “la hija del granjero”, la escolar con sueños de adulta. La han vestido para su satisfacción. Una falda de escuela, más corta de lo común, tradicional tela a cuadros acomodados con distintos tonos

de rojo y verde oscuro. Sigue la insignia de algún clan escocés; insignia apócrifa en tierras africanas. La camisa blanca está totalmente desabotonada para cerrar con un nudo sobre la cintura; muestra la eficiencia de un vientre perfecto y la provocación de la línea de piel negra descubierta desde el cuello hasta el ombligo. Con la misma pretensión equívoca, usa trenzas contrarias a su pelo crespo: un tanto descompuestas y revoloteando para mostrar su pretendida sorpresa al momento de la toma. Pero esas trenzas son parte, evidentemente, de una peluca que en ella pasa de lo innecesario a lo ridículo. Aun así, están para mostrar que aquello que la madre debió atar con cuidado en la mañana se ha convertido en desorden por la perversidad latente en el espíritu de la niña. Lo inocente vale más; lo virgen se confirma con candor. Pero los labios están maquillados de rosa brillante, el color perverso que se requiere para resaltar en los rostros negros. Creo que las calcetas blancas fueron elegidas con el mismo objetivo: contraste sobre la piel. La postura, aunque forzada, es igualmente clásica. Una mano al rostro, ¡oh, me atraparon! La otra con la palma abierta como defendiéndose de la llegada de un golpe delantero, pero yergue el culo lo más alto que puede con la rigidez del golfista. Una mano militar la obliga a inclinar el torso y girar para que la mínima falda se levante y muestre. La escena fue armada para que surja una pregunta única frente a semejante objeto humano tan consabido: ¿usa ropa interior? Por supuesto que no. El paquete se vende con falda escocesa, blusa y calcetas.

2 de octubre de 1968

Recuerdo que era un ser poderoso, jugador maestro, agresivo. Fue Ramírez Karp como muestra de una ascendencia austriaca y quizá aristocrática, recordando que alguna vez su país fue parte del imperio Augsburgo. “Primos, sí, somos primos” repetía muchas veces cuando lo tildaban de extranjero o sus compañeros más prietos y anacados veían con desconfianza sus greñas güeras. Pero ellos no dudaban cuando lo oían hablar; no dudaban cuando los ganaba con la mirada y nunca imaginaban que Ramírez Karp, el de apariencia extraña, se había unido al moviendo estudiantil porque creía, en lo más profundo, llegar a dominarlo. Era austriaco... Primo, sí, primo, pero el primo austriaco que guardaba en cartuchera las mejores conexiones con los cubanos, el Centro de Investigaciones Médico Quirúrgicas del Hospital Almeijeiras, la Asociación Cubana de Artesanos Artistas y grupos más ocultos como los Illuminati Cuba y la Sociedad Abakuá. Al menos así lo presumía; y si las voces de tantos admiradores prietos no hubieran sido enfáticas y elocuentes en automático, para asegurarle un liderazgo único, tal vez lo hubiéramos visto atrevido, azuzando con vehemencia y desparpajo, subiéndose a los balcones, gritando consignas con altavoz en mano... Pero no, Ramírez Karp era tranquilo, ataviado con un sayal de Chiconcuac, que atizaba con diminutas hilachas su barba rala. Luego se calaba como ninguno la boina negra, ladeada, enarbolando la pinta de uno más entre los Ches Guevara que se reproducían sin límite aquí y allá, como pecas inconfundibles en el fluir de la marcha, la interminable marcha de aquella tarde, que comenzaba a enfriar los nervios de sus amigos sin excepción.

Pero la de Ramírez Karp era una pinta más profunda. No caminaba en la parte delantera del contingente. Más bien se había

colocado sereno en la parte retrasada de esa larga caravana. Era el andar de un pastor como Laakov al que sólo le falta la gayata larga y ovalada, pero los amigos lo veían así, enorme y chingón, más bien por el porte y no por su altura, porque no era alto... y menos por el pelambre rubio que ocultaba bajo la boina. Lo que sí es que parecía buscar en cada punto del horizonte el lente de 90 milímetros montado en una vieja Leica que alguna vez manejó Alberto Korda, el dios de la imagen. Y al observar, de tan magnífica manera, tal vez quería que lo consagraran también las miradas en la esquina de 23 y 12, en La Habana.

—Una gloria y un martirio —eso pedía Rogelio Ramírez Karp en un murmullo lento y sentido—, un martirio para comenzar el incendio que purifique esta tierra.

Ramírez Karp miró hacia el balcón y no encontró a nadie; nadie como Simone de Beauvoir o Sartre. Pero sí escuchó las voces de los primeros oradores del edificio Chihuahua, ondeando con una rítmica adormecedora, bajando contra la plaza repleta de seguidores y, por igual, muchas hormigas que abundaban en octubre. De seguro, él se creyó entrando a un lugar maravilloso, desbordando historia de miel y sangre para que la bebieran los rapaces: ¿qué tal... entrando a Hebrón, cortando las arenas con su paz y su parsimonia? ¡Tanta seguridad que tenía el pinche primo austriaco! ¡Tanta! Era un día para conmemorar y recordar, para exigir la existencia misma de los caídos, de los desaparecidos en la lucha, de los prisioneros; para sacar del bolsillo, como quien saca tabaco, la voluntad divina, para ponerse bajo la protección de la shejiná y joderse a los engreídos y hocicones del gobierno.

—A ver cómo la ven, chingada madre, estos cerdos —dijo Diana y su voz se perdió adelantada, paralizando los pensamientos de Ramírez Karp, imbuida del aliento de miles de voces que se unían en una consigna incomprensible hacia el corazón de la trifulca; —¡que somos un chingo!

Y entre ellos, tal vez Ramírez Karp estaba destinado a un retrato de estatua en las alturas: su mano recogiendo una nube oscura

como paloma y la mirada en un horizonte de la historia lejana, de aquel país trabuco, fortaleza y arrastre, raíces infinitas de mala hierba, y lleno de indulgencias... Ese país que siempre ha querido ser enorme, sin alcanzarlo. Pero la Plaza, el islote de sangre enterrada que inició Tlacatéotl, hervía con el crispas de un periódico arrugándose entre llamas. Era el crisol de una reunión que había alimentado durante horas el arribo lento y sentencioso de los estudiantes. Rogelio atrapó y aisló aquella voz única, estirando su atención sobre los hombros de la delgada muchacha que lo provocaba con irrefrenable atracción. Al intentar subir, caía. Ser espíritu... sentir la carne. Era por culpa de Diana. Ella lo distraía; le hacía mezclar las fases estudiadas que hablaban de la impostura americana que oculta un codicioso imperialismo y voracidad por los bienes de la nación herida, con comentarios del subconsciente que lo atosigaban traviesos; le hablaban de la figura curvada de una mujer, de suavidades, de calor... Puso su vista en aquel torso delgado, tan delgado y joven como la mente de un recién nacido, donde la mano de un hombre, de otro hombre y no él, se apoya para morder caderas de piel tan sana.

En cambio, especialmente ansiosa, la propia mano verde, la que sentía cerca y controlaba, se prendó en el interior de su bolsillo caliente con puño de general furioso. Veía a Diana saludar a lo lejos a los amigos, una enumeración sin fin de lo entrañable, gente que él desconocía, rostro de algo que a Ramírez Karp no le pertenecía por más que había intentado inmiscuirse en los ojos de Diana. En sus dedos, sintió el metal sedoso de su pistola. Todos los amigos suponíamos que, sin duda alguna, llevaba esa Smith & Wesson, nunca disparada. El pecho se le inflamó, ave en pleno cortejo. Creyó por un momento que sus pies se elevaban como si su camino tomara una cuesta de distinción. Subía una loma insinuada de pasto largo para alzarse entre los treinta, cuarenta o cincuenta mil jóvenes que ingresaban por uno y otro costado en el laberinto de edificios y patios, jardines de la cuadrícula de un cuento de Lewis Carroll. Tal vez él era único... el único capaz de

sorprenderse frente a la locura; lo era al percibirse como los muy pocos muchachos que habrán llegado a ese sitio armados con una pistola. En su mano, estaba la ironía de poder asesinar.

Pero no estaba solo; y eso aun cuando su altivez hacía que el orgullo de su rostro destellara de una forma, por igual sublime como inútil; algo sin paralelo. En aquello de sentirse distinto, heroico, tampoco era “el único”; a la par de rebeldes y revolucionarios, sentía que por una extraña razón empezaba a labrarse la historia en su palma, en la pistola asida con voluntad de macho. Sin embargo, Diana no habría de concentrarse en ese acto de señorial orangutánés. Ni siquiera cuando, sin poder contenerse, él levantó la otra mano libre, cerró el puño y golpeó su pecho tembloroso tratando de que alguna mágica fuerza lo acallara.

Soltó una larga bocanada de aire y miedo, y se detuvo en lo alto de la ofrecida cuesta. Las ramas podían elevarlo hasta un cielo distinto, pero la hembra era distante y su cintura esbelta cargaba por compensación la mano de otro joven, un sujeto que Ramírez Karp llegó a percibir perfumado; aroma pastoral en lucha con el sudor que empezaba a devorar Tlatelolco.

Desde su atalaya, detenido y sin poder caminar por la consagración que lo invitaba a una pausa, a una taza de café en la jornada de trabajo, vivió ese despertar electrizante que se encuentra en algunos puntos selectos de la tierra. Provenía de la energía de las rocas prehispánicas, de una leyenda de tumbas o la juerga interminable que alguna vez ahí se albergó entre bailes de mascarada y asesinato a la memoria. Pensó en Monte-Albán, en pirámides descomunales hechas a tambor, piedra y zumbido de conchas, sin un solo grito. Vio a su alrededor y reconoció un extraño movimiento en la hacinada reunión de los estudiantes. Él, Diana y Sustrai (sí, siempre Sustrai) estaban apenas atrapados por la última parte del contingente desde donde una lógica de insectos con hambre empezaba a seguir sus instintos. Creyó distinguir a las obreras, los insectos más nobles e ingenuos, animales de la resignación que se enfilaban por sus caminos preestableci-

dos: los estudiantes hacían eco de ese pensamiento. A la par que el sol replegaba sus luces, la gente perdía el tono de revoltosos manifestantes. Se mostraban como los transeúntes de una abigarrada calle de ciudad victoriana; exhibían y guardaban sus velos, se pavoneaban lentos, llenos de esa sutil frivolidad que Ramírez Karp empezó a ver, cierto y perspicaz, como estupidez ante el engaño: ingenuos.

Se negó a dar más pasos por aquel escenario que la casualidad le había montado como único rey con merecimientos para entenderlo: ¡oh!, ¡la ananké de una noche parda! A los extremos, emulando los escuadrones de ataque en una amplia bahía del Pacífico Sur, varios grupos de fornidos se acomodaban apenas dejando ver, no sus rostros, sino sus facies de orientalismo, corte tibetano en sus cabezas, cejas y ademanes, y, sobre cualquier otra seña, espectrales y vaporosos por el uso de iguales gorras de lana clara y un guante blanco en la mano. Parecía que, a cada señal de un minuterero, cercaban el conjunto mismo de toda aquella marea. Ramírez Karp rechazó ser un insecto más entre la masa, una hormiga del grupo que percibe la amenaza de las termitas, que grita con la flama de un espasmo inaudible..., que se sabe incapaz de hacer nada. Aquellos distinguidos seres, tan raciales y enigmáticos, se colocaban con acierto a la espalda de cada columna de estudiantes al tiempo que su paso se acompañaba y sus hombros encontraban la línea perfecta de un diálogo hecho de miradas o guiños mudos e imperceptibles.

Ramírez Karp rugió inmóvil. No pensaba con claridad y su voz se apocaba irremediabilmente tragada por un murmullo como de altavoces abatidos por los discursos, por un sordo parlotear de alameda. Supo en menos de un segundo que a pesar de sus sueños, de la pistola en el bolsillo, no era un revolucionario. Si alguna vez alzó la voz en la Asamblea del Consejo, ahora callaba un grito de auxilio necesario: “a mí no me vienen con la falacia de que es la ley sin ideologías la que condena, ha sido ella misma la que ha mantenido a los poderosos en el poder, la misma que ha

robado la tierra, las herramientas y el corazón del pueblo”. “Qué gran frase, ésa con que cerraste tu discurso”, le había dicho Diana con ojos de foca.

Pero esta vez, ella callaba...

Quizás porque tenía miedo, pánico, como él. Cruzado por una ráfaga de oxígeno ante el peligro, Rogelio clavó la vista en el bamboleo huidizo de aquella mujer que ya le sacaba 10 o 15 metros de ventaja en su andada: ella se alejaba cada vez más con la silueta del hombre a su lado que la tarde entintaba profunda, aunque omnipresente.

Sacó su pistola. Lo hizo controlado por la noche o por el mismo repiquetear de nervios y angustia que alimentaba su mano. Quería matar la cúpula del horizonte, la gran burbuja de imágenes que lo rodeaba. Encañonó el cuadro del este, después al norte, para girar al sur sorprendido de su insignificancia y del reptar inconvencional de las cosas. Nadie notó sus ademanes de bailarín acrobático acercándose a las visiones de un alcohólico.

Y entonces comenzó la nueva noche de los cristales rotos. La estupidez del tiempo, de mucho tiempo; la osadía de los cabrones, la fermentación... eternos días de gestión, de parloteo. Se preguntaría retórico por toda su vida de dónde surgió una centella que fue un cielo entero y un ruido de sirenas y generadores en plena arrancada.

Él siempre creyó que su pistola fue la culpable.

Un rugido de motor anunció el comienzo de muchos pistones que movían fierros y engranes con la más militar de las sincronías. Un tren de rabia. Pero Ramírez Karp no estaba distraído como otros y soñó y se convenció y rogó por simple repudio al anonimato que fuera un fogonazo de fuego entre sus manos el que marcara la hierba con sangre y caída. Que fuera su arma la que asesinara a un joven delante que le devolvía el rostro con esos gestos y esa maldita calma tan propios de Sustrai Oroitz diciendo:

—Creo que están disparando.

Ramírez Karp no fue capaz de distinguir la figura que le llegaba corriendo: un soldado, cara negra y escurrida, acostumbrado a ocultarlo todo –la ira, el rencor, la sabiduría, el despecho, incluso el complejo social y el dolor por los rechazos–; soldado de puerta, de los que vemos como cariátides en las entradas de los templos y los palacios de los poderosos, maniquís en las oficinas del Presidente, como basureros o escupideras, como torpezas de la arquitectura. Vestía con cualquier harapo, pero en él parecía guerrera y ahí estaba su modo suave de subir la loma y de mirar a Ramírez Karp y de decirle con los puros ojos: “¡no chinges, guarda eso y huye!, ¡no chingues, te van a chingar, no chinges...! ¡Tú no eres de los nuestros! ¡No te metas! ¡No chingues, te van a descubrir!”.

El cielo tenía una tarde roja encima, como jerga sucia, y la empezaron a cruzar fogonazos más rápidos que el grito y la angustia destilada. Ramírez Karp sintió el empujón del soldado que lo echaba a un lado y la voz de un hombre, uno de tantos que se acercaban con un guante blanco, uno solo e innecesario, calado hasta las remaches de su muñeca, que le ordenaba al soldado cualquier tipo de improperios, y lo hacía con una voz que tenía miles de años de haberlo ofendido, subyugado... Por un instante, Ramírez Karp se sintió soldado, uno real. Podía gritar en su mente consignas fáciles de intercambiar como los paradigmas de un juego de letras “mueran cochinos”, “mueran cochinos”, “mueran”.

–¡Comunistas de mierda, gringos! –escuchó a su espalda–. ¡Extranjeros, putos malditos, recuerden Puebla y el Álamo, su reputa chingada madre!

Levantó su arma, por primera vez con puntería. Al fin que tenía la mira certera hacia Sustrai quien buscaba desviar su camino como el que rompe escurridizo hacia la tangente de un desfile. Desviaba la ruta llevando a Diana con algún argumento de payaso ridículo, alguna habladuría supuestamente orientada a tranquilizarla. Ellos escapaban de la trifulca a contracorriente y Ramírez Karp los siguió girando hasta topar con las manos del sol-

dado que quiso detenerlo cuando el arma llegó frente a su mirada lánguida, casi llorosa, que le repetía: “tú no eres de los nuestros, te van a chingar.” Pero una nueva fuerza lo gobernó y lo transformó por igual en una autoridad capaz de jalonearse y ganarle el puesto al soldado que se empeñaba –contra toda predicción– en salvarle la vida. “Pendejo, tú no entiendes”, le murmuró Ramírez Karp tan pronto sus caras estuvieron cerca.

–Yo sólo tengo que chingarme a ese jodido –inventó de pronto–, sé que es un cabecilla, un pinche comunista.

Traidor, felizmente traidor. El soldado, tan joven, se convirtió en espuma convencido de que aquél era un guardia secreto, un importante agente infiltrado, halcón con encargo especial. Manos atrás, postura de sacrificado: “adelante, maestro, enséñeme”, pero la andanada de gente ya se había desbocado empezando su conversión en avalancha de guijarros. Unos a la diestra, otros entrecruzados dejándose torcer de la cintura, quebrados por no saber a dónde se les huía el refugio. Gritos, hombros que corren, manos que detienen una caída, y Oroitz junto a Diana se enfocaba de regreso, un tanto a la izquierda, certeros en un claro frente a la pupila de Ramírez Karp.

La bala salió lenta, ¿cómo no? Si cargaba tantísima intención. Más viajó como una flecha que como una roma de acero blando en estallido homicida, calibre 9 milímetros. Acertó al cuello y cortó la médula para una muerte instantánea. Uno más entre muchos caían, por mala suerte, por atravesar a destiempo, por estar ahí, en la plaza, en mal día y una mala hora; una pésima trayectoria humana. Pésima fortuna, apenas coincidente con el marco de una estrategia paramilitar tan bien planeada... por andar en el fuego cruzado: miles de balas llevando el camino recto de los estudiantes y tan sólo la de Ramírez Karp en sentido opuesto. Mató y desplomó, cortándole los hilos al títere y sacándole el peor grito a Diana que veía a un hombre de guante blanco deshacerse en los brazos de Sustrai.

Ramírez Karp quedó petrificado al ver que uno de aquellos fantasmas semi encapuchados se había cruzado con su disparo.

Reaccionó y se sintió humano, débil y extrañamente cansado. No reaccionó hasta que Sustrai –ya casi hincado– soltaba el cuerpo que al caer le dejaba la prenda blanca entre sus manos. Se la puso de inmediato, se la empezó a calar, surgiendo dudoso entre la desbandada, y a la distancia le hizo una seña a Ramírez Karp: “gracias”. El mismo “gracias” que usaban un héroe de película, un vaquero ante su amigo indio por salvarle la vida contra uno de su calaña.

Entonces corrieron y ya la historia fue otra cosa, porque pronto llegaron frente a unos tablones, puerta de un depósito de botes de basura, donde otro soldado, flaco y estúpido, se había apersonado. Ahí, los disparos no llegaban. A Ramírez Karp y a Diana los llevó Sustrai con sus manos de ying y yang (toda la sabiduría junta en ese símbolo, mando enguantada y brillante, otra oscura y grisácea, cubierta de mugre y sangre); manos en los hombros de Diana y Ramírez Karp. Ellos llegaban pasmados, con un rictus que tardaron mucho tiempo en quitarse desde aquel disparo, único entre la balacera. Sustrai le ordenó al soldado que abriera el basurero: se lo dijo con voz de acto, voz que obliga. Ahí metió a Rogelio Ramírez Karp y a Diana más certero de lo convencido que está un santo de su propia iglesia.

–A estos dos me los dejas ahí guardados –reiteró Sustrai al soldado– y que no salgan. Si alguien te pregunta le dices que ahí no hay nadie. Los de la secreta tienen que interrogarlos, ¿entiendes? –y el soldado asintió.

–Si me preguntan quién me dijo que me quedara aquí...

–¡Les dices que el Vasco... que el Vasco te lo ordenó!

Cuando Sustrai se volteaba y los tablones caían por encima de las cabezas de Ramírez Karp y Diana, ya había varios cientos de muertos en la plaza. Las ráfagas habían cedido aunque todavía se oían balazos certeros, acompañados de un grito. Antes de quedar cubierto por una noche profunda, Ramírez Karp empuñó de nueva cuenta su arma pero sintió que era tarde: ¿por Diana, por el soldado...? No. Fue porque quien había quedado transformado

en la estrella y cima de la noche era otro: el niño había ganado la sensación de ser distinto entre la masa y con el guante blanco bien acomodado daba órdenes, corría y sutilmente se iba perdiendo en dirección contraria de donde una marejada de avispas, llamadas por su hambre extraña, se estaban apretujando para tomar las órdenes dulces de su comandancia.

----0000----

Enroque

Toda la pornografía, las fotos, los videos y demás productos, los aditivos y menurjes, máquinas estimulantes, juguetes y relatos, lo que coloquemos en la canasta, se puede dividir en dos: lo que salpica y lo que no salpica. Es simple. Lo porno se expande y mancha o se recata y seca... sana. La misma escena de los atrapados, los ensartados, los cohibidos, los atorados, los amarrados, los golosos, los sometidos... unos y otros, estrellas del sexo que arde, pueden estar en ese torrente de salivación gotosa. Sus fluidos –su sudor, su semen, su baba, lodo y sangre– parecen mancharnos y a ellos no les importa. Pero pueden estar haciendo lo mismo, las mismas posiciones, y parecer que su piel –recatada antes de ofender– captura sin equívocos el espectro entero de la segregación. Someter a los niños es eso: no salpica, nunca salpica. Hay pornografía masculina y femenina, pero estamos hablando de géneros lingüísticos, mecánicos, y no humanos, ni siquiera biológicos; como los barcos y los aviones que en otras lenguas son sustantivos femeninos (the ship, “she” sank... the airplane, “she” crashed), o como los ensamblajes en las armadoras de autos o las conexiones de las tuberías donde las piezas son “machos” o “hembras”. Lo que salpica, lo que eyacula, es masculino independientemente de actores hombres o mujeres, o incluso hermafroditas. Lo que recoge y capta, por igual recibe y absorbe para liberar el aire de olores e impregnaciones; eso es femenino. Hay

mujeres que sudan, eyaculan, liberan, hieden... son muy mujeres y el sexo con que impregnan los lentes de las cámaras es masculino. En ocasiones, el humor del espectador está para sentirse salpicado; en otro momento, ese ánimo ha cambiado y se prefieren las escenas enjugadas, brutales pero astringentes. Y no sólo la piel de las damas del sexo nos confunde: hay hombres que aparecen en las fotos como si fueran de arena fresca, encendidos pero talqueados... secos. Incluso su gesto es flemático y con ellos se logran escenas que no salpican. Lo que veo en el acercamiento a la piel de los niños –a la piel de alguno de ellos– es la suavidad de lo que nunca salpica, lo que no ha de bañarnos con su queja. Sobre un muslo perfecto, fuerte y tenso como tela nueva, una gota de agua brillante camina erguida. Podría ser sudor. Lleva consigo, muy oronda, su espectáculo: acarrea su estrella de brillo y no deja rastro; exhibe un diamante en la capilaridad de sus moléculas y, si te acercas con una lupa atrevida y admiras su interior, notarás un reflejo dibujado con detalle que captura cabal todo aquel campamento de guerreros, sus pecados, su poder.

8 Caballo tres alfil dama

Agosto de 2001

En la vida corporativa de Nueva York, tan convulsionada, es difícil que Sustrai encaje. Golpeado, adolorido... él se enreda en la puerta giratoria de 2 Williams St., Manhattan 10004, barrio de Wall Street, mostrando la cicatriz, sucia y ennegrecida, de su mano; y ahí detiene el alma para que lo desprecien mientras espera... Espera la hora que lleguen por él al vestíbulo y lo guíen al piso 22, rodeado de la desconfianza que causa su aspecto de viejo abusado, robado, ahí cerca, en la esquina, quizá. Facha de soldado veterano, héroe asustadizo ante las perturbaciones del ambiente: un silbido, una bocina o el tintineo del elevador anunciando su arribo.

Sin embargo, respira hondo y repite “There must be something between us, even if it's only an ocean” porque ha decidido convertirse en Nick Ferrante, el playboy que interpretó Cary Grant en *An Affair to Remember*. Ahora sonríe y reconoce frente a sí a Ferry McKay, la divina mujer a quien dio vida Deborah Kerr. En estos tiempos, ella no perdería su cita por un inoportuno atropellamiento al pie del Empire State... Hoy la perdería por una mala respuesta frente a un guardia de seguridad.

2 Williams es uno de los edificios más hermosos de la zona sur. Un talud severo adelgaza su estructura y la redondea para dominar la cuadra que le ha sido reservada en exclusiva. Hasta ahí, hasta la sala de juntas a donde lo han guiado, se cuela entre los cristales azulados la vista del muelle 14. Muy al fondo Sustrai reconoce los apachurrados edificios de Brooklyn Heights. La puntualidad de las citas en el mundo de negocios no le permite buscar por más rato en los paisajes; observar más, hilando la mirada en la apertura de la Gouverneur Lane y la Old Slip, a la caza de algún bote pintoresco o un carguero en camino al Bronx Termini-

nal Market. Pero Sustrai tiene que concentrarse y los minutos, así como el dolor de su brazo estirado, dislocado quizá, apremian.

—Si yo estuviera desesperada —le dice pausadamente la voluptuosa Inanna Panditah—, muy desesperada por obtener unos papeles confidenciales... unos papeles, mi amor, que solamente conciernen a..., digamos... Venezuela... y si yo estuviera dispuesta a cualquier cosa por obtenerlos... ¿qué tendría que hacer? Curiosa pregunta la que me traes, Sustrai, más cuando no te has dignado siquiera enviarme una tarjeta en más de 15 o 20 años, muñeco. ¿La verdad, qué pretendes? Dime algo más. Algo que me convenza.

Él se ha sentado en un cómodo sillón ejecutivo de algún vinil insuperable de fuerte tono violeta que pocos reconocen artificial y distinto a la más fina piel. El lujo lo rodea; cuadros coloridos de ojos enormes de Lisa Botero y Lara Branca... Otro, al fondo, es un retrato en tonos azules fríos de la propia Inanna Panditah, su anfitriona, una pintura que él recuerda desde hace mucho tiempo aunque sus colores han abandonado algo de su gracia por el retoque, esa insatisfacción de algunos artistas que se vuelve exageración. A su alrededor, hay cristalería elevada con garrafas de coñac que surgen de nichos que extienden su bandeja como la lengua gentil de un monstruo limpio, geométrico, sereno; cortinajes de rafia en tono pastel apaciguando la mordida de los muros lisos de colores básicos. Tal precisión decorativa hace difícil pensar en la respuesta de su amiga. Ella ha repetido la pregunta de Sustrai y él continúa el juego de los torpes que insisten en la misma locución:

—Eso es: aquí en esta ciudad: si yo estuviera dispuesto a todo por obtener un papel muy importante ¿a quién recorro? Legal o ilegal —así reiteró Sustrai controlando los ojos, en un acto que parecía evitar que apareciera su mirada amorosa, un poco burlesca, atada a esas frases condicionales tan elaboradas. Pero su esfuerzo era inútil: olía, olía como los cáñamos que se tateman en avanzada aun cuando les soplamos y los pisamos; olía a que Sus-

traí estaba en dificultades y tuvo que clavar la vista en ella –y perdona, perdona por no mandarte siquiera una señal en tantos años, 20 y medio para ser exactos.

Inanna Panditah era una diosa de la madurez o una lamia nacida en Karachi, la única ciudad pakistaní que adoptó una población abundante de Bene Israelís. Pero, emigrada de niña a Israel y a Estados Unidos, se convirtió en hija adoptiva de los rascacielos de Nueva York y, poco después, en ciudadana nacionalizada texana. Sustrai supo de sus dotes de seductora desde que la conoció 20 años antes cuando era una joven, una profesional de las finanzas exenta de emulaciones, una estrella, que te tiraba el trasero sin perder la compostura; y por eso decidió no frecuentarla desde entonces; no caer en su canto de sirena y ser absorbido como tantos otros. Su imagen era inconfundible: una dama elegante y sensual, enormemente inteligente, máquina de preguntas vivaces, exigente, pero dadivosa con sus ironías, su aroma, su cabello y su escote; perfil de labio crecido y melena rubia pintada al viento que hacía resaltar los ojos más negros y brillantes del medio oriente. Aunque tres veces divorciada, ahora eternamente soltera, tenía subalternos o amantes, ninguna otra categoría entre los hombres que la conocían; íntegramente fascinante a partir de una piel blanquecina y sorprendentemente perfecta para sus eternos cuarenta y tantos años, terminaba siendo cruel con todos, con todos los seres vivos y con la naturaleza... Excepción de su pasión por cuatro gatos ashera de nombres impensables que mimaba en ésa, su soledad de 12:30 de la noche a las 8:10 de la mañana, transformada en pura dulzura: Baalzephon, Agramon, Asderel y Balban, con caras de leopardos hipócritas se habían reproducido y seguían haciéndolo, únicamente entre ellos, a lo largo de esos años; sus hijos adquirirían sus nombres y suplían a sus padres en una especie de eternidad incuestionable. Ahí, la edad moría.

–Si yo tuviera que hacerme de un papel, pues..., lo obtendría –dijo Inanna riendo–, lo obtendría, y ya. Todos ven en mí un ma-

quiavelismo inusitado; no soy para tanto. A ti, querido Sustrai, te lo puedo platicar: no tengo grandes planes, no pienso las cosas. Voy y ya, sobre la marcha suelto sonrisas, pido las cosas, aviento descaros y generalmente me resultan mis deseos. Después, no sé bien cómo, pero me odian. Eso es. Fin de la historia.

Inanna había heredado y vilipendiado tres fortunas de tres esposos. Y vivía de su trabajo: una de las mejores consejeras para inversionistas en Nueva York, especializada en mercados petroleros, era la horma del zapato de los magnates del oro negro a quienes hizo por igual ricos y felices, pobres y felices. Manejó su dinero y su pasión con inspiración délfica. Ellos la llevaron a Houston, Bryan y Navasota, a la cama y a las cortes, y a tratar mundanamente con toda la descendencia de multimillonarios como Joseph Culliman o Philip Finigans Rott, así como a convertirse en una figura famosa de las finanzas y el comercio de acciones.

—Pero dime, Sustrai, mi amor ¿qué traes en el portafolio o qué guardabas ahí antes de que te lastimaran esa mano? ¿Qué traes, que tanto preguntas por un robo que, imagino, no ha ocurrido?

Dueña de una consejería sin paralelo, una de las más cuestionadas por atrevidas y heterodoxas, había cruzado sin mella acusaciones de fiscales e inspectores de la Securities and Exchange Commission. Quizá, los comisionados prefirieron preservar a la ciudad ataviada con una de sus figuras más enigmáticas, necesaria para su vitalidad, o simplemente la perdonaron: tal vez adoraron su risa por sutil, por perfecta y pausada, por empeñarse en surgir y surgir en el horario público de esa señora Panditah y nos hacía creer que había nacido eternamente feliz.

Inanna rio a sus anchas e hizo temblar su talle cuando escuchó a Sustrai decir que en aquel portafolio no había “nada”...

—Bueno... Una novela, unas plumas... Nada importante; aunque algunos piensen que podría tener algo con valor, pero no es el caso.

Inanna parpadeó coqueta. Lo había visto todo o tenía fama, no de haberlo visto, pero sí de haberlo provocado. Era la más experta

maestra en el cabildeo, acompañante exquisita de políticos y empresarios; dispuesta a embriagarlos con su labia y sus labios, capaz de iniciar borracheras interminables en las costas de Florida. Maestra coctelera graduada en Daiquiri a la Hemingway, la mujer de origen exótico con más contactos en el Wall Street Journal, podía vanagloriarse de ser temida incluso por algunos de los más duros senadores.

—Y ¿todavía está ahí el documento en cuestión, en ese feo portafolio? ¿O has venido a consultarme para recuperarlo porque te lo arrancaron a jalones? —dijo Inanna Panditah cuando juntos bajaron para compartir el almuerzo en el exclusivo Fifty-five-Wall, lugar carísimo, al que Sustrai la había invitado. Quería ganarse la oportunidad de platicar un rato con su antigua amiga, a la que abandonó remilgándole hasta las tarjetas de navidad. Juntos caminaron en el bullicio de un día de activo mercado en Wall Street hasta el Fifty-five-Wall; un lujoso sitio al que Inanna llegaba recomendando en voz alta comprar acciones de Fannie Mae o del sector telecomunicaciones. Así evitaba perder su prestigio, aunque más la encumbraba el beso sonoro en el cachete de un altísimo sommelier de poco menos de siete pies.

Al entrar, Sustrai volvió a pensar en esa edad difusa. Muy joven, Inanna se volvió madura pero, mejor aún, hermosa y totémica. Desde entonces, desde siempre —decía Sustrai—, era una mujer sin edad, perpetuada en la reproducción incestuosa de sus gatos. Y él, tan acabado y fibroso... Alta, rubia falsa, crecida en todas sus formas, los perfiles y planos; las capas de Inanna, como las mejores ciudades, se colocaban de mil modos para resultar invariablemente seductoras. Preciosa Inanna, diosa, invariablemente atrevida, capturada en la jaula de un elevador en 2 Williams Street, Manhattan 10004, o en el encierro de un NYC Yellow Taxi Livery; con sus pechos tan bien formados, había pasado a ser Citlalmina o Ishtar, y había que besarla y de una vez violarla porque cualquier otra opción sería derrota. Así pensó Sustrai, con sed al tomar su asiento; pero en cambio bajó la vista como hom-

bre viejo hacia la herida de su mano mientras se arrepentía amargamente de los 20 años y medio perdidos en la estupidez de su decencia y la inhibición hacia Inanna. Se controló apenas respondiendo:

–Todavía lo traigo conmigo... mi brazo, así como lo ves, aún es fuerte, mi Zvezda.

–¡Oh, mi amor! –dejó ella caer un leve gemido–. ¿Recuerdas que así me decías? Zvezda. ¡Qué dulzura!

Y desde ese momento Inanna Panditah difícilmente le quitaba el ojo, la sombra y el rímel al rancio portafolio negro de esquinas dobladas.

–Vuelvo a empezar –insistió más tarde Sustrai, ya sentados a la mesa y con un trozo de jurel a las setas de un aroma que se empeñaba en ocultar su descuido y sus pobres modales–, ¿podrías pensar que en Nueva York hay gente que contrata bandas de rufianes, ladrones, tipos de poca monta, para robar un papel cualquiera? En este caso se trata de unos que se distinguen por una pirámide con media luna, a veces tatuada, a veces en su ropa...

La Panditah miró a un costado y se llevó las pupilas de Sustrai a la calle, bulliciosa como debe ser en un día ventoso de otoño, donde un par de transeúntes discutían despertando sospechas.

–¿Aquí, en esta parte de la ciudad? ¿En mi mundo? Eso es frecuente, muy frecuente; como sacar dinero de un cajero automático –dijo Inanna quebrando un movimiento de cuello que le acomodó su pelo rubio y que semejó un beso en el aire–; solo que preferiría hablar de maneras más elegantes de hacerlo. Es el segundo negocio indirecto de las finanzas americanas. Mil gentes pagan y mil se venden para andar robándose datos, metiéndose a las computadoras, buscando interferir con tu correo electrónico, acechando tu más reciente Research & Development. Los empresarios atacan con base en las nuevas tecnologías, los agentes de bolsa se roban informes financieros, los vendedores de autos usa-

dos se aventuran por hacerse de un reporte sobre modelos que se piensa discontinuar... Indetenible.

—¿Los Insane-Kings, por ejemplo?

—¡Uy! Lo imaginé. Que bajo has caído, amorcito —la enorme señora Panditah silbó en un largo gesto de tormento, obligada a llevarse a la boca una mordida succulenta de torta valentina, pecaminosa como pocas, y así pasar el trago—. ¿Cómo sabes de ellos?... Yo no tengo idea. Solo de oídas. Aquí son como el lumpen. Sólo un asistente de un burócrata torpe, un consejero inexperto del distrito 15, podría pensar en ellos y luego se estaría arrepintiendo por haberlos usado. Se dedican a la prostitución. Ya nadie los controla, se dice que hacen lo que sea y quizá por eso siguen en el negocio; pero son los perros de Acteón. Sí, los Insane... bueno, piensa que son la cola más baja de un tráfico vulgar, lo más burdo. No son de fiar.

Inanna se levantó de su elegante asiento: una contorsión erótica la llevó a rodear la mesa en dos pasos con el propósito de ausentarse un minuto, “tan sólo un minuto” que ella podía convertir en 10 o 15 sin que se sintiera, y arreglar su maquillaje perfecto. Antes susurró algo al oído de Sustrai, lo inundó con su perfume e hirió sutilmente con el roce del mentón.

—Son peligrosos. Los Insane son un paquete de puertorriqueños y salvadoreños, perfectos para joderle la existencia a un empresario, un político o un viejito extranjero que llega a Nueva York. Yo no los llamaría...

La mente de Sustrai redibujó su encuentro de la mañana; reencontró al golpe de un flechazo, el rostro del hombre de la chamarrá negra como el chapopote, corpulento y de piel parda como la de un madero. Repasó lo que había registrado su mente de aquella pirámide con media luna, de la estrella estampada en un parche del hombro y el signo \$ tatuado. Eso no lo había visto, pero masculló lo que habían sembrado en su cabeza. Más aún, la imagen del pobre fuereño que llega como turista amando la enorme urbe, mirando para todas partes como imbécil los cristales infini-

tos, los rascacielos... Se le pierden en la imaginación hasta toparse con un drogadicto, que en un empujón le lleva la maleta: “what an adventure!”, le parece: una atracción más que pueden contar en Osaka o Singapur.

Tras la ventana, Sustrai descubrió la imagen serena de un hombre de negocios con rostro oriental: un Kagaku Sentai de pelos largos y mantecosos al estilo Manga, elegante y distraído. Tras él, un par de fantasmas, siluetas encorvadas, mirando el horizonte y mirándose también entre ellos en formación tal que parecían parte de un ritual; quizá concentrados y tomándose a ratos de las manos con sus guantes sin dedos. El japonés desorientado siguió caminando, pero el grupo se mantuvo cerca: podían ser ellos; podían ser.

Pelo chino, barba rala y sucia rodeando sus grandes fosas nasales decididas a respirar entero el mundo de Sustrai... Parecía que aquella pandilla podría estar merodeando la puerta asumiendo su papel de gatos de hostería. El Vasco, agazapado, no necesitó más que una oteada para entender cómo aparecían y desaparecían tras los ventanales, y quedaban a ratos detenidos contra las piedras del edificio, mal protegidos contra el nuevo viento de septiembre. Sustrai notó algo en sus chaquetas: ¿una pirámide? Difícil decirlo. Fingían pedir insistentes un cerillo para prender su cigarro, al moverse como homeless respetables y volver a apoyar espalda y hombro en el filo de las piedras grises de la esquina.

Sustrai notó también cuando recibían una señal: movieron la cabeza asintiendo, mostrando que entendían, que atrapaban el mensaje que les llegaba de lejos, que lo tenían claro, que actuarían; aunque también exhibían la lentitud de su cerebro afectado, parte de una máquina, de un delincuente colectivo. El espasmo se apoderó del aire, en el reflejo de los aparadores.

Sustrai resintió el dolor de su brazo, pero no mostró miedo. Llamó con un chasquido de dedos al mesero para ubicar la oficina de correos más cercana. Tenía una idea, de las que le cantaban

los duendes de su pasado como activista, y recordaba por igual que era un hombre, a pesar de todo, un hombre casado.

—El 73 de Pine Street —le respondieron—. Pero el restaurante puede enviar un sobre por usted, si así lo desea.

Sustrai no tomó ni siquiera un segundo para pensar. El ofrecimiento del mesero, acostumbrado a resolver cualquier preocupación de sus clientes por las caras cuentas que pagaban, le era dulce en el paladar.

—¿Y... el restaurante podría facilitarme uno o dos sobres?

—Con gusto.

—Y perdón, abusando. ¿Servicio de mensajería? Más rápido que el correo.

—Desearía enviar algo en servicio exprés, en overnight. Podemos colocarlo en nuestros paquetes. Es eficiente.

Mientras su mesero buscaba el sobre, Sustrai abrió su portafolio destartalado, extrajo una hoja que rasgó en tres o cuatro tiras y comenzó a escribir hileras de letras. Se detuvo un segundo. Sonrió como si de pronto le llegara un aroma, caricaturesco pero delicioso. Regresó al papel con cierta ansiedad, enojado de no tener la agilidad de otros años como para alcanzar sus atrevimientos. Recordó los principios básicos de un codificador primitivo, útil entre las huestes socialistas. En algún momento le fue tan natural como andar en bicicleta o barajar los naipes; un método para transformar lo obvio en clave como le habían enseñado los de la Sociedad Abakuá, bastante llano pero igualmente difícil de descifrar. Los místicos negros de Cuba y lugares de la Cuenca del Congo decían que esa gama de claves y enigmas se basaba en el Ekeniyó: el sistema que fija los pensamientos en ideogramas evolutivos, capaces de dialogar unos con otros y modificarse. Las claves antiguas, las simétricas, responden a un flujo que transforma datos, frases enteras o, en este caso caracteres específicos tantas veces como sea necesario.

Colocó sus tiras de números y letras sobre la mesa deseando que Inanna Panditah, como acostumbraba, tardara en arreglar

las imperfecciones imperceptibles de sus mejillas o hiciera las llamadas usuales a abogados y amantes, o consejeros empresariales, por igual; y así deseaba que los perros que olfateaban los visillos de puertas y ventanas del Fifty-five Wall no percibieran el aroma de su portafolio y se lanzaran al interior.

Recordó bases específicas de la criptografía: basado en una clave o código, número de tres cifras que no es necesario transmitir con el mensaje y que puede variarse a conveniencia. Se construye con una fecha de nacimiento, generalmente del receptor o el emisor, o la fecha en que el mensaje se envió. Sustrai siempre había usado su propia fecha de nacimiento, pero esta vez dudó. Las unidades del día generan el primer número de la triada, así como el número de las unidades del mes y del año para la segunda parte del encriptamiento. Recordó algo sobre la repetición de algún número en esa secuencia clave que obliga a usar el número inmediato superior. Lo importante, pasados tantos años desde que usó esa clave, sería encontrar al receptor que recordara; que entendiera y poseyera esa astucia. En ese momento, atravesado por un extraño temblor hilado por la travesura y la venganza, pensó que sólo había una persona en quien podía pensar: su viejo compañero de andadas, Rogelio Ramírez Karp... El maldito Ramírez Karp, convertido ahora en un figurín de la política... ¡Maldito! Un Senador. Sustrai no sabía dónde encontrarlo. Para llegar a él; oh ironía, requería de alguien... Quizá su propia esposa: quizá Regina.

Siguió adelante, recordó que los de la Sociedad indicaban usar una lista de 10 números arábigos y las letras, más el punto, la coma, y el guion que corresponde a los espacios entre palabras; ello daba una gama de 39 caracteres, suficientes para cualquier comunicación. Las secuencias básicas quedaban agrupables en paquetes de 4 y 8 eliminando la posibilidad de que, quien encuentre la clave pueda deducir el tamaño y la cantidad de las palabras.

Y recordó, como si fuera reanudar la misma infancia que, en tiempos previos a la computación, esa construcción criptográfica se trabajaba con dos procesos de codificación y un proceso inverso. Cadencias que se modifican de manera distinta si los números de la clave son par o non, lo que multiplica exponencialmente los posibles resultados, con la ventaja de que elimina cualquier conjetura posible sobre la cantidad de letras repetidas.

Sustrai trabajó con habilidad inusitada; recordar es como oler y nada detiene los tufos de sabiduría del pasado cuando avanzan hacia la conciencia. Oh, Vasco Galiano, eterno asmático, estornudaste; pero eso no te impidió construir tus 2 columnas de símbolos para obtener un mensaje codificado –chingá y ¿cómo se hacía esto de cifrar el pensamiento?–; y luego le salió un buen papiro de garabatos que apuntó claramente en la portada del Documento ETIENCELLE:

XSKU PXRK X0LJ P3JO WJOS LLWY KP3K
YMO3 KVWK XKK1 6OK1 60XK KVLJ P3NY SL

Después, como dominado por la ironía que invade al nervioso, Sustrai miró al frente, sonrió como demente y añadió una frase:

Cuando nació Abakuá

Con aquel documento adornado con los añadidos, la intervención de su artística imaginaria, y sin darse espacio para la pausa, tomó una tarjeta aparte y escribió:

Regina, Amor, Importante que hagas exactamente lo que te diga.

Divide lo que te mando en tres sobres:

El documento escrito, envíalo pronto al Senador Rogelio Ramírez Karp. Él sabrá entender. Será fácil encontrar sus datos.

Las fotos envíalas de inmediato por mensajería a la Post Office 73 Fine St - 10005 New York. A mi nombre.

Y la llave te la quedas en lugar seguro. Por ahora no sé qué hacer con ella.

Te quiero; destruye este papel y guarda el secreto con tu vida.

Envuelto en un curioso temblor, destruyó las pruebas sumergiendo sus apuntes en la hielera repleta que preservaba los siete grados que requieren los vinos blancos de Lomazzi & Sarli. Su mente imaginó y rogó por la dilución de la tinta desprendiéndose de aquellas tiras blandas. Llamó al mesero para aceptar el sobre grande que le habían ofrecido y antes de que Inanna hubiera regresado, ya había colocado la carpeta café y el olor a pan que de ella aún se desprendía. Contenía apretados en su interior los papeles del Document ETIENNELLE impérativement confidentiel, tan de otro tiempo, tan propio de un affaire international. Metió con trabajos la tarjeta, cerró el sobre, escribió la dirección de casa, algo natural, como un gesto nervioso o una reverencia entre familias de abolengo, y la entregó al mesero con la insistencia de acompañarlo de un billete de 50 dólares que hacía incuestionable su instrucción:

—Espero que con ello alcance para un envío preferente y para garantizar la discreción.

Inanna volvió poco después de que Sustrai hubiera pedido la cuenta de tan succulento almuerzo. Se sentó mostrando desconcierto por la urgencia vibrante que percibía en el rostro de su acompañante. Habló alargando lo más posible el momento:

—¿Sabes, muñeco? Una vez, en Hunts Point, en el Bronx, pasó algo con los Insane... No recuerdo bien, pero ellos venden stuff, envían prostitutas, particularmente las bellezas latinas de Venezuela, las Guyanas y esa zona. Esa es su especialidad. Putas que te sacan mucho más que lo que tienes allá abajo. Te acuestas con ellas, te toman una foto. Estás frito. Y lo peor, no son nada especiales en la cama. También los Insane roban y logran que la policía se convenza inmediatamente de que lo hicieron por repudio al sistema, por agresivos, porque detestan a los yuppies de corbata, a los blancos, a los negros, a todos. Pero luego, la cartera y el teléfono celular que le pillaron a un corredor de bolsa aparecen curiosamente en manos de su enemigo, en manos de quien más

soñaba con tenerlos. En fin, pueden ser muy estúpidos, pero muy molestos.

Sustrai se mantuvo en su asiento: comenzaba a murmurar. Su rígida figura podía provenir de la forma en que Inanna ajustaba los bordes entallados de su blazer o de algo muy profundo en su mente. De pronto, sacó su ánfora de licor y dio un breve sorbo. Ella resistió la tentación de insultarlo: ¡beber como pordiosero en medio del Fifty-five-Wall!

—Dicen —Inanna comenzó a exponer con voz académica acercando su cuerpo sobre la mesa— que el representante local Garrett tenía cuentas con los Insane y un día le cobraron en pleno puente de Brooklyn. Lo sacaron de su coche convertible, junto con una asistente alta, rubia, como un tornado; una mujer que te la comías. La gente creyó que era puro revanchismo racial, pero siempre hay algo más... Sí, Garrett es un conservador incorregible, antiinmigrante, y parecía que era venganza u odio a la mujer que tenía al lado; se supone que todo provino del odio a los ricos y poderosos, odio a los que pueden comprar un Volvo XC70 de contado y tenerlo con una güera a la par. Por eso los Insane escriben sus símbolos en Madison y Park Avenue...

—¿Su pirámide y su media luna, su signo de \$ —Sustrai lo dibujó en el aire—, sus borrosos grafiti? Ya he aprendido a reconocerlos. Son como los que usan esos tipos en el ventanal.

Cuando Inanna volvió el rostro entregó más que el principio de sus enormes senos para que él los oliera, pero la mente del macho otoñal estaba cansada.

—Tenemos que salir por atrás —dijo ella en tono agudo levantándose de la mesa, aunque no había visto nada de pirámides o medias lunas, signos de \$ o algo así. Mientras, Sustrai, con su angustia reprimida apenas, daba otro largo trago al alcohol de las emergencias.

—No, no, no —respondió él y tomó su portafolio—. Lo mejor es salir frente a ellos con serenidad, con la cara de póquer; como si nosotros hubiéramos asaltado el banco y no ellos, es lo mejor.

—¿Cómo? ¿Hacia dónde?

Inanna y Sustrai salieron tomados de la mano como no habían paseado desde hacía 20 años y medio. Primero fingiendo: tranquilos y hasta enamorados; de inmediato tomaron a la derecha y, quizá, los vándalos de acera se fueron tras ellos. Quizá. Buscaron cruzar la calle para escabullirse entre unos autos estacionados, balanceando con dificultad su falso andar de amantes. Creyeron ver de reojo que los dos muchachos cruzaron la calle también. Las piernas de Sustrai fallaban, su paladar volvía a pedir: hambre del que acaba de comer. Su mirada parecía caer severamente sobre las baldosas grises y detenerlo antes de tropezar. Inanna no lo soltaba volviéndose sudosa y pesada a su lado. En una mano, la dama de hierro de Wall Street se había convertido en temblor intenso; en la otra, el portafolio negro, trescientos treinta gramos más ligero parecía petrificarse en denso granito. ¿Los rostros latinos y enfermizos los seguían?

—¿Siguen atrás? Tú y tu maletín —reclamó Inanna buscando ayuda, buscando un policía, un amigo o un amante antiguo en la frialdad de las calles vacías—... Tú y tu maldito maletín los trajeron hasta aquí como el pescado a las moscas.

—¿Y qué quieres que haga?

Treinta metros más adelante Inanna y Sustrai caminaban aprisa y con gracia liviana, ya separados, quizá hasta sonrientes... ya sin el portafolio negro de esquinas desgastadas. Él lo había aventado con todo y su novela de Bolaño en el interior a la bocacalle de Hanover Street. Estaba seguro de la distracción de sus dos perseguidores de dientes enormes como los que alguna vez, tras sus gafas empañadas, vio en la boca de los lobos de los cuentos: blancos y picudos para delinear el rojo de la rabia y la giardiasis. Ellos se quedarían para rodear aquella cosa extraña y oscura, otear con desconfianza, olfatear salivando dudas y huir al fin hacia el sur con la que creían era su presa entre las manos.

----0000----

Caballo tres alfil dama

Los periodistas llaman a estas fotos “instantáneas”. Demuestran una suerte de accidente, un asomo intempestivo en la cotidianidad; el brinco del diablo cojuelo en esa parte de la vida que no pidió ser pública. Muchos piensan que son las primeras tomas que deben desecharse: carecen de orden, de composición. Otros les dan el mayor valor. ¿Será porque muestran a la gente en plena naturalidad? Lo natural se puede construir; el fotógrafo Anton Corbijn nos lo ha enseñado. Pero las instantáneas son apreciadas porque nos permiten pensar en otras cosas. Se alejan de un tema, entregan su parafernalia, su propia distracción. Por ejemplo, permiten hacernos entender que el calor arrecia y los soldados sudan; también se cansan, se adormecen. Ahora solo vemos a varios de ellos, al fondo. Se han relajado y en sus manos surgen botellas de agua Evian. Agua traída desde Évian-les-Bains para que el funcionario no tenga problemas de diarrea. Él generosamente ha permitido que sus ayudantes repartan entre los soldados negros esas estivas de botellas que acarreó con su equipaje. Sin embargo, no vemos si alcanzan para los niños. Ninguno de ellos está bebiendo. Uno de los soldados, con su botella y con rifle Heckler & Koch G3 por igual, los arrea a un lado de la barraca... para que hagan espacio. Su gesto es inequívoco: “para que hagan espacio”. Otro soldado más fastidiado no parece beneficiarse de la pausa. Su trabajo es tomar el espacio. Jala una manguera que nos desvía la vista hacia otro lugar, hacia el sol fuera de la barraca. Con la punta de la manguera amenaza con que tiene algo que enjuagar. Los soldados se enjuagan por dentro con las botellas de Evian.

Recuerda la incomodidad de una despedida... es como una comunicación telefónica obstruida. Quieres hablar, quieres pausa, quieres decir lo importante. Algo te jode y te jode. Ni Sustrai ni Diana lo sabían; pero aquel momento en el aeropuerto fue un martirio de golpes a la conciencia, de ruidos, pensamientos en polvorín e interrupciones. Los acosaban los altavoces sin tregua; los anuncios de salida de vuelos; uno tras otro y la premura de los horarios. Él había llegado solo; solo con sus maletas. Y se fingía muy frío; como a la mitad de un trámite. Volaría en minutos a Francia; sí, a cursar su beca y, por eso, se empeñaba en ser racional, muy racional. A su madre la dejó en casa. Dijo que corría peligro acompañándolo al avión; ya sabes, por su edad, por sus distracciones. Diana, en cambio, fue a la terminal pertrechada. Fue con Mari Sol y Remedios: dos de sus amigas, de las chicas de avanzada que conocían a Sustrai. Ellas se quedaron aparte. La miraban de lejos; buscaron un lugar en la cafetería para matar el tiempo a sorbos y cucharadas de malteada. Diana sabía que podía desmoronarse; podía ver desquebrajada su armadura, tú sabes, la incomprensión. Tenía encima la pregunta insalvable: ¿por qué se iba Sustrai? Cualquier razón golpeaba severa contra esa pregunta.

“Por la beca a Francia, amor, es lo mejor para tratar de cambiar este sistema; el pinche sistema y quebrarlo desde adentro”; ella sabía que, tarde o temprano, Sustrai le saldría con ese argumento. Le diría que ahora estamos jodidos y no podemos hacer más... Nos están copando por todas partes, nos persiguen, están apresando compañeros... y a otros los están matando. Y esto sólo va a cambiar si hacemos nuestra causa un asunto internacional. Sí, le decía, tenemos que salir a conectarnos con otros y, sobre todo, con los europeos; ahora hay becas y hay que aprovecharlas.

Sustrai tenía beca; de las becas que repentinamente surgieron y que favorecían a estudiantes o profesores rijosos... Una beca a la Sorbona... A Ciencias Sociales. Algo muy atractivo. El Vasco Galiano era uno de los pocos que podían alcanzar ese privilegio. Y eso, a pesar de que muchos decían que era una nueva táctica del gobierno: “nos están comprando con apoyos, para que sintamos que le debemos algo al gobierno represor; pero les va a salir mal, se las vamos a voltear y vamos a ir a las universidades extranjeras a difundir las barbaridades que han hecho con el pueblo”.

Sustrai viajaba a Francia cuando los periódicos estaban partiéndoles la madre, llenos de artículos y disertaciones muy sesudas, porque los pinches intelectuales de entonces estaban muy preocupadas por la juventud: “son desenfrenados, perdidos, descarriados, sin guía y moral... les falta entender el concepto de autoridad”. Y la prueba de ello, decían, es la música: música malsana, enajenante, escandalosa y sin orden o sentido que escuchan los jóvenes. Sin armonía y sin melodía; puro tamborazo... Y las letras... Unas obscenidades... Y caían en analizar lo que, según esto, había ocurrido en ese concierto, en el gran desmadre que organizaron los comunistas infiltrados en Valle de Bravo, en Avándaro. Se dice que hubo mujeres desnudándose que subían al escenario, y muchas drogas, inmoralidad y quizá muertos al igual que en Woodstock. Sí, hubo una chava que se sacó la blusa, pero la gente decía que pasaron muchas cosas más y, luego venía la paradoja: no se sabe lo que pasó porque las autoridades de acá ocultan como es... Pero si estuviéramos en Estados Unidos —nos decían—, se sabría cuánta gente se enfermó, cuánta se golpeó, cuántos asesinatos... Acá se oculta todo, pero lo que más me molesta es que tengamos que imitar una costumbre ajena, impropia, indecente que viene de los gringos o los ingleses; de los degenerados gringos o los más degenerados ingleses que ya se pudrieron... Eso sí, allá, al menos, no ocultan lo que pasa en un concierto de chavos descarriados. Tienen chance de salvarse.

En el aeropuerto, Diana no quería oír palabras sobre el sistema... el enfermo sistema, la represión, el gobierno y los grupos fascistas, ni de los descarriados sin rumbo. No quería oír de la internacionalización del movimiento, como nos habían enseñado los maestros: Campa, Pereyra, Gershenson. Ella... pues, quería hablar en otro tenor, de algo que sentía adentro. Incómodo. Sustrai la enfrentaba como una ecuación: hoy me voy pobre y perseguido, mañana regreso poderoso a dominar el mundo, ¿no?

Desde la cafetería, me cae: con sendas sonrisas bien estúpidas, las amigas de Diana, la Mari Sol y Rosario observaban y observaban; embobadas, pero maldicientes. Quizás lo hacían por joder o quizá Diana se lo imaginaba, porque así era ella: el caso es que las amigas tarareaba suavemente aquel éxito de Mari Trini... ¿o sería una rockola? No lo sé. “Yo no soy esa, esa que tú te imaginas, una señorita, tranquila y sencilla que un día abandonas y siempre perdona...”. Pero Sustrai no parecía inmutarse, nunca había escuchado a fondo la canción; no conocía la voz de Mari Trini, ni cuando besaba a Diana en los asientos del Buick, porque ese carro estaba fregado y no tenía radio. El Vasco era distinto: por mucho que ella lo deseara, no le iba a hablar bonito; no le salía... ningún pinche verso romántico, ninguna parafraseada sutil, buena para las despedidas como en las de las novelas de Victoria Holt... No le hubiera quedado esa canción, recuerdas, de Nino Bravo: “dejaré mi tierra, por ti dejaré mis campos y me iré... viviré pensando en tu sonrisa que alumbra en mi destino”.

No..., Sustrai era implacable en temas de música de moda: si lo presionabas mucho te podría expresar algo de gusto por A Horse With No Name de América, pero párale de contar: hasta la bailaba al estilo de un gurú poseído, fingiendo tocar cada curva del halo de Diana en las fiestas clandestinas. Pero a cambio odiaba a muerte a Los Diablos, un grupo que todos oían: él no los bajaba de maricones y, peor aún, si escuchaba algo de este irlandés que usaba ropita de niño, Gilbert O’Sullivan ¿verdad?, se ponía a fingir y fingir que le daban náuseas y luego vomitaba de verdad.

Sí, le salía el vómito asqueroso y el sándwich y los buñuelos que se había tragado hacía un rato. Cuando vomitaba, lo hacía tan bien que Diana se moría de la risa y, la verdad, lo amaba más: entendía que era diferente y que ella también lo era. Lo veía, así intenso; entre gestos de inocencia feliz y miradas perversas... Lo veía entrar a las reuniones y, de inmediato, en un tono altamente mamón, ponerse a citar las complejidades creativas de la última canción de King Crimson, *In the Wake of Poseidon*. No había escuchado esa obra, pero ¿qué importaba? Nadie la había escuchado aún. Eso sí, Sustrai podía mencionarla porque leía *The New Republic*. Le encantaba y se la conseguía, en números atrasados, un librero del centro.

Insisto, el sentido del recuerdo es como el olfato: es indómito. A Diana le llegó de golpe el sonido del sencillo *Who Loves the Sun* y, mejor aún, su lado 2 con *Oh! Sweet Nuthin*, de Velvet Underground. Ese fue un regalo que Sustrai puso en sus manos de novia; y juntos lo disfrutaron una y mil veces tirados en el piso y convencidos de que el raspar de la aguja sobre el vinil era como el oleaje de la playa Carrizalillo; un paraíso de película que ambos conocían... por separado: él, en una excursión con amigos de la Internacional; ella con su padre, y los compañeros de su padre, que eran unos perversos y la hacían correr en bikini para tener pensamientos malos comparándola con Rachel Welch, *One million Years B.C.* ¿Te acuerdas?

Sustrai le regaló también la novela de Orwell, otra vez; creo que ambos la repasaron y repasaron en sesiones de unas hojas tú y otras yo. También le dio un poemario de Attila József; sus versos pasaron a ser claves únicas entre ellos. Él empezaba a recitar y ella le seguía, y se pasaban la bolita como magos. Y otra obra que perpetuamente los unía fue ese océano que entonces nos encantaba nadar: *El retorno de los brujos*. Incomprensible. Muchos predicaban con sus fantocherías cuando trataban temas serios en las sesiones de debate político. Eran sesiones ocultas y como estaban asustados, salía el sentimiento de persecución y las socieda-

des ocultas y la tenebra. Éramos muy tenebrosos cuando hablábamos de ese libro; bendito ...retorno de los brujos.

Diana y Sustrai fumaron juntos su primera mota; fue a escondidas de la madre de ella. Cuando estaban pachecos se pusieron a contar como autistas, aunque tosiendo, y a estudiar en detalle la textura de los pétalos de todas las rosas del jardín. Se reían como pendejos cuando completaban cada docena. Cuando lo de la marihuana, les daba por entrar juntos a los estadios, al fútbol americano, pero a burlarse de la pasión por el deporte: un opio más para desconcientizar a las masas. Allá en la montaña, juntos encendieron fogatas para trasnochar... y acababan albureando sin variación alguna; juntos se hicieron fans del espresso ristretto, era muy europeo y únicamente lo servían en las cantinas viejas del barrio de periodistas. Ahí dominaban los patrones gachupines y había que cuidar lo que uno decía. Juntos le mentaron la madre en cada minuto en que les trabajaba la inteligencia a la fuerza embrutecedora de la televisión. Juntos creyeron que había que romper con todo y se fascinaron con la psicodélica de los pintores Vlady, Lilia Carrillo, Felguérez, que empezaron a ponerse de moda... sus obras sí les llegaban y los hacía sentir bien, porque esos artistas veían lo que existía como si estuviera mal, muy mal. Y, ¿sabes? juntos disertaron también sobre el amor sin tocarse, una onda muy loca que les venía de leer cachos de Erich Fromm. Más aún, juntos inauguraron las caminatas de Real de Catorce, que se hacían para encontrarse a uno mismo, y soñaron que algún día emularían a John y Yoko en el Hilton de Ámsterdam. Juntos, muy juntos.

—Entonces... Adiós, ¿no? Nos vemos —le dijo Sustrai a Diana en el aeropuerto.

Diana entendía. Entendía porque había cientos de acuerdos reales y otros tácitos establecidos con Sustrai: así de simple, así tendría que ser cuando él tomara el avión, el bus o una Harley Davidson hacia el norte y le dijera “Nos vemos, mi amor”, sin más. Pero entendía también que eso era como si le mentara la

madre. Pasaron unos minutos, pero de pronto la garganta le empezó a estallar: tenía agolpado un grito de “no chinges, pinche Sustrai” que no le salía. Igual se atascaba el decirle “te voy a extrañar”, “mejor no te vayas, no quiero que te vayas”... Cosas de esas: “me va a llevar la mierda, Sustrai; te lo he dado todo, pinche Sustrai”. Pero no le dijo nada.

—Bueno... —se estiró el Vasco como muy tranquilo—. Me tengo que ir al avión. Igual y... Bueno, te escribo pronto.

Ella se acercó para darle el beso de rigor, pero sentía pena con las amigas que la miraban. Y no era morbo o curiosidad; la miraban como si quisieran entrar de polizontes en su mente. Diana se sentía observada, sabía que su porte y el pelo lacio y deslucido, así como los ojos húmedos, la hacía verse cercana a la Ali McGraw, la de Love Story. Y ¡cuánto odiaba verse como ella! Y cuánto deseaba nunca morir de forma tan burda... Y cuánto, Diana, te parecías a ella y a todas éstas, las de mezclilla gastada, con pierna de campana, cadera corta y horizontal, blusa entallada, cinta apache sobre la frente y bota de plataforma... como Cher, sí, parecida irremediablemente a Cher.

Ahora; Diana notó que la frialdad de Sustrai también era falsa. El abismo de sus ojos mostraba que en el fondo estaba escuchando todas las frases contenidas que ella quería hacer explotar; las percibía y se aguantaba. Se aguantaba con gran rigor; tenía algo más grande para taponear y ponerle un dique al dolor... Algo más grande que la frivolidad, que los augurios pretenciosos del típico niño que se cree hombre de mundo y quiere controlar las avenidas que lo rodean como si flotara en el aire de las aves que no manchan su plumaje: un dique enorme que quizá había surgido semanas atrás. Diana y Sustrai habían recorrido muchos trayectos juntos y se contaban las cosas sin miramientos. Pero ahora Diana supo que la frialdad de su novio, al despedirse, era distinta.

—¿Sabes? —terminó diciendo ella—. Odio ésa, tu pinche puta beca. Es una mamada, es una mentira y no por lo que ustedes ar-

gumentan, cuando gritan que el gobierno los quiere comprar. La odio porque te enseña a ocultarte, porque te convierte en un irresponsable jodido. Tú y yo pudimos haber seguido... Avanzar por este camino juntos... Ahora sabes que la beca nos vino a partir y eso te conviene.

—No es eso. La beca va a ser buena... ¿Dónde...? ¿Dónde quedan los ideales? ¿Las ambiciones que tenemos para nuestra gente? Esto no lo hago por mí. Te lo he dicho... Lo hago porque es la ruta...

—¿La ruta? Que chinge a su madre la ruta... Podíamos haber seguido luchando juntos —insistió Diana.

—¿Dónde? ¿En las calles para que nos disparen o desaparezamos? ¿En la sierra, para que perdamos y nos vayamos pudriendo? Igualito que la maleza. ¿O qué? ¿En las escuelas de provincia para que nos maten como a los compañeros?

—¿Hubieras querido seguir luchando juntos? ¿Unirte a mí para eso?

Diana le dijo algo que sonó a unirse ahí mismo, en el aeropuerto. Algo místico; una unión profunda. Algo sin nombre. Pero ya sabemos que recordar es como un chispazo entre los aires de la gasolina evaporada. Diana se dejó de pruritos y se abalanzó para abrazar a Sustrai y doblarlo con un beso especial; un beso distinto, pero quizás el mismo beso enorme y entregado que le había propinado hacía un par de semanas, en el día más especial de su vida juntos. El chispazo llegó a ambas mentes enamoradas con la misma fuerza.

¡Madres! Un latigazo.

Y con él, les vino el rugido de ese grito de “Avándaro”. Sí, “Avándaro, cabrones” que era lo que habían gritado juntos. “Avándaro”, el mejor lugar de encuentro. ¿El concierto? Ni modo que no. Lo de Avándaro lo tenían ambos bien metido en el cuerpo. ¿Recuerdas cómo se hablaba de ese día? Limpia nuestra mente a todo dar; hemos esperado esta ocasión, así que libérate, para alcanzar la paz en tu interior y vívelo con todo fervor.

Ambos novios, al filo de una despedida, supieron que el 11 de septiembre habían encontrado en el concierto una nueva versión de su vida juntos sin querer aceptarlo. Ahora, en el aeropuerto, aquello se les venía encima, a pesar de que Sustrai se empeñaba en romper con lo que había sentido tomando una beca de estudios a Francia.

Es posible que el berrinche de Diana viniera de que Sustrai no le mencionó la beca cuando viajaron con toda clase de incomodidades: primero en el Buick, y luego, cuando las carreteras atascadas de autos y desmadre les bloquearon el paso, en un camión de redilas de la Cochinita Flux Inc. Apeataba a madres, y así hasta llegar al concierto y a las carreras. Sustrai no le habló de la beca cuando bajaron la colina en medio de una lluvia que alegraba a los enemigos de la gran tocada del rock and roll nacional: “Rock y Ruedas”, porque habría también carreras para el gusto de los riquillos. Pero a todos queremos por igual. Iban levantando dos dedos en son de paz, “peace and love”, a la menor provocación: al estilo de Woodstock, “que viva Yasgur”. Y el Vasco no le dijo nada de la beca. El beso trajo Avándaro entero consigo... Pero también la culpa, porque Sustrai no tuvo el valor de mencionar la maldita beca cuando tocaron los Tequila de Micky Salas y Mari-sela... No importaba.

¿Te acuerdas de Avándaro? Pues cuando tocó el turno a El Ritual, el extraño y muy gringo grupo de Tijuana, Sustrai y Diana pasaban de los besos al ritual de los animales que siguen sus células. Entre los gritos de la gente, ya muy entrada la noche y oyendo tocada tras tocada, palomazo a palomazo, Diana sí se atrevió a decir “te amo; vámonos a vivir juntos”, porque nunca se habían dicho algo así. Eso no era de gente de avanzada. Pero peor aún, lo dijo como no lo hubieran hecho las generaciones de su madre, su abuela y su bisabuela... Lo dijo para que significara que se quería casar con él bajo algún ritual supramundano.

—¿Qué quieres, Diana? ¿Como canción de La Plaga? ¿Como los pinches Teen Tops? No mames...

–Te lo digo en otro sentido –dijo Diana sin ocultar el paso equívoco de un insecto, así jodido, rastrero, por un sendero de decepción en comparación a un amor que había crecido, hasta ese día–. Te lo digo por lo que puede significar que ya no existo si no es contigo. Lo digo porque quiero cantar... quiero bailar... quiero seguir adelante para siempre contigo... Lo digo porque estoy dispuesta a entregarme si tú estás dispuesto a lo mismo. ¿Quieres unirme a mí, Sustrai, unirme de verdad?

Sustrai escuchó el resto del concierto metido con ella en una improvisada tienda de campaña; incluido el grito de ¡Avándaro! del joven Lora y el cierre de Three Souls in my Mind, enredado en Diana: así lo recuerda, una perfección de diseño de vísceras y mente, finamente envuelta como un regalo con la perfección de su piel de princesa; estuvo como nunca, tejido a sus músculos palpitantes... percibiéndolos con el trajinar de los cinco sentidos. Y ambos, derramados así sin más, en un terreno mohoso, no sintieron frío ni dureza, ni raspones, ni olores y eso que, seguro, olían mal, olían a chivo y a puerco. No sintieron pena, ni sorpresa, y se fueron tocando muy entrados en lo que cada minuto les indicaba. Más bien estaban como navegando sin ninguna inhibición un río tenue del paraíso, un arroyo costanero y sin piedras. Sustrai no sintió algarabía, ni rabia cuando ella estaba decidida a que él la penetrara, pero no encontró la fórmula y no pudo y le intentó y se quedó en molusco. Eso sí, un molusco enamorado, que, tan sólo con un guiño muy lejos de la culpa o la dolencia, la convencía de que era mejor así: amor de ángeles; amor sin sexo, amor de luchadores, profetas o héroes; de los que van a continuar debiéndose mucho, para que dure y sea para de aquí hasta el infinito.

Arrancada la mitad de su ropa –la mitad que importa para hacer brotar la seducción de hombros y muslos–, de pronto, se acabó Avándaro. Se acabó de golpe. Sí, muchos gritos, más que aplausos. Y la extinción de las luces del escenario. Para Sustrai y Diana, desde ese momento, todo en sus vidas fue... como de regreso. En el extraño silencio nuevo, cuando los coros se iban, se vistieron apenados, salieron de la tienda de campaña y eso que

estaba oscuro y los drogadictos no los distinguían diferentes al pasto. Nadie los veía, ni siquiera las tribus enervadas de ecos estirando el silencio después del rugido del concierto. Ellas no los miraban, entretenidas en atrapar sus alucinaciones, retorciéndose como serpientes en pilares de viento nuevo y refrescante. Sustrai y Diana anduvieron el camino de persuasiones de inocencia: puro complejo. Emprendieron la nueva jornada como penitentes hacia una nueva verdad: su diálogo se había acabado y no lo sabían: ¿qué te pasó? No, pues la importancia de estar aquí, donde se hace la historia. ¿Pero qué sentiste? Lo que significa tanta gente en comunión, en paz y amándose; miles y miles de jóvenes cantando aunque no entendieran las canciones, ¿verdad? porque estaban en inglés. Y frases como, ahora sí, Diana, la Revolución está en marcha, y ella en silencio en otra parte, pensando que aun faltaban las carreras de coches del domingo... Porque es Revolución cultural, y la cosa ya va a ser indetenible ahora que invada los medios masivos. ¿Viste las cámaras de televisión?

Pero... ella callaba o por convicción o porque ya no tenía ánima para lo que él repetía y repetía sobre el cambio verdadero que estaba avanzando con pasos de gigante... En fin, hicimos lo correcto, para organizarnos, tomamos las calles y los pusimos nerviosos, tocando nuestra música, poniéndolos más nerviosos; hubo muerte y sangre en varios lugares y más se pusieron nerviosos... Pues sí, como siempre tiene que haber un poco de sangre, aunque no nos guste, pero el que de verdad estaba nervioso era Sustrai.

—¿Me escuchaste —le increpó Diana—, pendejo? ¿Oíste lo que te estoy preguntando? ¿Qué te pasó?

La pregunta en el aeropuerto fue igual a la que atacó a Sustrai unas semanas antes cuando ambos salían de Avándaro... Lo pensó una vez, lo pensó dos. No había salida. Tomó de los brazos a Diana y la miró como algo único en el mundo. La besó como en las películas y soltó el cuerpo.

—Sí... ¡Carajo, sí! Sí quiero echarme al pinche rueda contigo a mi lado y seguir adelante... Tengo una beca del gobierno de Francia... Sí, que ha costado mucho conseguir. Muchísimo. Tam-

bién la quiero para ti; es verdad... Diana, deja que me instale; unos días, quizá unas semanas. Te lo juro, te lo juro sólo por decir que soy Sustrai, Sustrai Oroitz. Después mandaré por ti. Irás a Francia. Estaremos juntos y desde allá volveremos a planear y, sí... lo haremos juntos.

Diana lo volvió a besar.

–Escúchame bien –insistió Sustrai, el Vasco Galeano–, te juro que la batalla la vamos a dar juntos. Te lo juro hoy... Pronto sabrás de mí y viajarás allá conmigo.

*

La impertinencia de los altavoces arrancó a Sustrai de los brazos de Diana. Aquellos aparatos ininteligibles lo robaron insistiendo en su nombre y en que era la “última”, “última llamada”. Diana salió rápido, acongojada, a buscar el ventanal de la cafetería donde los cursis de aquel entonces acostumbraban quedarse hasta ver despegar el avión donde viajaba su ser querido. Y peor aún, hacían signos de adiós con las manos al vuelo hacia los pájaros de Iberia, PanAm, Air France, Varig y Lufthansa. Como si algún pasajero los pudiera ver.

Mari Sol y Rosario la siguieron con sus miradas de furia. Esperaron con ella; la vieron elevar su mirada al cielo; la vieron llorar y desmoronarse, pero no la consolaron.

–¿Cómo puedes llorar por ese traidor? Puta madre. ¿Qué te pasa, pinche Diana? Por cualquiera, pero no por él. Ya que se vaya... Ya. Al carajo. Que se largue de una vez.

Diana quiso recomponerse, secando mejillas y acomodando el pelo, para no parecer tan azotada, tan ridícula, tan igualita a Cher.

–Es que al final me habló tan bonito –les dijo–; me hizo un juramento. Me voy pronto a Francia a acompañarlo. Juntos la vamos a hacer, y creo que vamos a cambiar esto.

–¿Sabes? –le insistió Mari Sol–. No queremos hacernos las pendejas... ¿Un juramento...? No sirve. Ha de ser como el que le hizo a otros.

Y le explicaron pronto:

–¿Sabes que Sustrai le robó la beca a Rogelio Ramírez Karp? No te lo dijo ¿verdad? Es un maldito. Pero lo mejor es que se largue. Lo mejor para ti, para Rogelio, para nosotras.

Todos, y antes que nadie las muchachas, sabían que la beca traicionaba a esos que predicaban a favor de las chamarras y en contra de las corbatas, que alegaban que ir a la tocada no era cosa de un desenfrenado, sino de gente que sólo quiere bailar y vacilar y ser feliz, de gente que entiende de fraternidad, de la igualdad y esas cosas, y que por esas ideas está dispuesta a lanzarse del risco.

Había otro mundo más serio que Mari Sol y Rosario le querían mostrar a Diana, porque ella no había querido enterarse de las cosas de verdad mientras andaba de beso en beso y pendejada en pendejada con Sustrai. Algunos se la han pasado muy mal desde hace meses, le dijeron, porque las persecuciones siguen y los arrestos nos están acabando. Ya se habían fregado a varios en provincia, varios asesinados...

–Hace tiempo –insistieron despreciando sus lágrimas de enamorada– que nadie sabe ni ve, ni habla de Rogelio, ¿verdad? ¿No te has preguntado dónde se ha metido? No, si tú estás tan acaramelada con el traidor. Él no fue a Avándaro como muchos otros. No lo notaste, ¿verdad, pinche Diana? Y seguro ni te imaginas por qué. Hace meses que anda con el pellejo enchinado, porque sabe que lo buscan. Lo quieren agarrar, especialmente a él. Está en las listas de la secreta. Quizá el número uno. Se ha estado ocultando porque hay muchas amenazas en su contra y ya no confía en nadie. Recuerda que estuvo cerca de los compañeros de Puebla... los que asesinaron; y eso asusta a cualquiera. También a uno de sus parientes se lo cargaron a la cárcel y no se ve para cuando lo podrían soltar. Dejó la casa de sus padres. Sé que se anduvo escondiendo con unos sacerdotes dominicos de algún lugar lejos y que venía a ratos para platicar con los del movimiento, sólo en pulquerías y parques. Pero luego empezó a reci-

bir mensajes raros: se los dejaron en su casa, en la universidad y con muchos de sus amigos. Los mensajes eran que un señor, un joven militar distinguido de la unidad antimotines, menos quemado, conciliador, el teniente Florentino Ventura, quería hablar con él: que supuestamente era conversación de amigos para decirle algo que le iba a gustar. A ese teniente, Diana, le encargaron hablar con los muchachos más difíciles del movimiento, ahora que el gobierno quiere cambiar... O eso dicen. Por eso Florentino Ventura le mandó varias señales a Ramírez Karp y lo buscó también personalmente en casa de sus padres. Eso, para que me creas, me lo dijo su hermana. Finalmente Rogelio fue un día a buscar a Sustrai, alguien a quien los policías y los del gobierno no estaban buscando, alguien más neutro, como lo ha sido Sustrai... Uno que se acomoda mejor. O quizá más maricón. Si hubiéramos sabido que era un cabrón, lo hubiéramos impedido. Rogelio no lo quería, pero no podía mandar a otro sin correr el riesgo de que se lo chingarán. Y le pidió que fuera en su nombre a ver a Florentino Ventura, que le preguntara qué era eso de que quería ayudarlo. Sustrai fue a ver al teniente y salió lo de la beca: la famosa beca como una señal de paz; una bandera blanca que Sustrai se guardó en el bolsillo. La Dirección de Promoción Educativa había decidido apoyar a los jóvenes distinguidos sin importar su ideología. Así que le pidieron a Sustrai que le pasara el dato a Ramírez Karp de que, para arreglar las cosas, había una beca del gobierno de Francia para él: estudiante de derecho, con la carrera terminada, algo de currículum como asistente de profesor en la universidad... Y el caso es que le pagaban todo. Eso sí, le dijo Ventura, es cosa de que acepte y se tranquilice. Si no le gusta la beca, lo vamos a seguir buscando y lo vamos a meter a la cárcel por los cargos de sedicioso y delincuente que tenemos en su contra. “Ve y díselo”, le pidieron a Sustrai y el pinche Vasco se tomó su tiempo para pensarlo. Se fue a Avándaro contigo y lo estuvo pensando. A su regreso, lo siguió pensando hasta que se fue a ver a Ventura para transmitir que Ramírez Karp no quería “la pinche be-

ca”, que no le importaba y que no se iba a dejar comprar por el gobierno. Pero eso sí, no se tardó en preguntar si la beca no podía ser para él: también era abogado, buen estudiante, algo de experiencia... ¿Por qué no? Florentino Ventura tenía instrucciones de mandar líderes a Francia, así que no dudó y le dio la beca a Sustrai: arreglaron los papeles rápido y ahora lo tienes allá arriba, volando y dedicado a ver cómo se le olvida lo que te juró.

—¡No! —dijo Diana—. No puede ser. Y ¿qué? ¿Qué dijo de esto Rogelio?

—Ya lo informaron un par de amigos, pero no quiso cambiar las cosas. “Que se vaya”, “y que le aproveche la beca...” Pues qué iba a decir. Él, la verdad, no se quiere vender tan fácil, aun cuando le puede costar ir a la cárcel o que lo maten. Muchos andan empeñados, como perros, cebados tras él.

—¡No, no puede ser! ¿Y tú como sabes eso? ¿Conoces más a Sustrai que yo?

—No, ni loca —dijo Mari Sol—; tú eres la que mejor conoce a Sustrai Oroitz. Yo lo sé por otro lado. ¿Acaso nunca te has fijado en mi apellido? Soy Ventura, Mari Sol Gutiérrez Ventura. El tiente es mi primo... Un primo que ha jurado cuidar de nosotras y que creo que, al menos, sí lo va a cumplir.

----0000----

Peón por peón

Las gotas rebotadas contra el cuerpo de los niños construyen un arco y los más pequeños se agachan para librarlo mirando al techo. Los están bañando con la fuerza del chorro de una manguera y un cepillo. Una de las más hermosas pinturas de la vida es la combinación del agua y la piel: convierte el descaro en nuevas esculturas; incluso en reto que solo la fotografía puede atrapar. La luz se rompe, las imágenes se rompen y las formas más bizarras se articulan como candelabros barrocos, recubiertas de

una especie de cera ligera y volátil. Toda una explosión. Lo que cuesta entender es que el cepillo tiene adosado el largo mango de una escoba. Quizá más largo, para limpiar ventanas en un segundo piso. Curioso que sobreviva un instrumento así, tan largo, en un país donde ninguna construcción rebasa la elevación de un brazo humano en alto. Con semejante escobajo, un soldado atrapa jabón con espuma desde una cubeta y lo lleva a los cogotes, las nalgas, las axilas y las bocas de los niños. Lo hace a la distancia, como si tocar esos cogotes fuera un inaceptable matrimonio interracial. Las sectas, las tribus, las castas, aquí, se repelen como los imanes; y limpiar aquellos niños resulta un trabajo de fintas, giros, estocadas y mucho esfuerzo. Cuando alguno escapa, merece un coscorrón. La escoba larga también sirve para ello. Pero nunca hay que exagerar. El funcionario los quiere bañados antes de ponerles la mano encima; pero no los quiere enrojecidos o descalabrados. Tampoco se entiende por qué los bañan ahí, al interior de la barraca de piso blando. El agua se estanca; genera lodo aguado que salpica pintando las pantorrillas con un gris pálido, como sal. Mejor sería sacarlos a la explanada donde el agua corre libre. Afuera, los más pequeños al escabullirse del arco de agua y del constante flechar del jabón, mirarían arriba, al cielo y quizá una nube les podría contestar.

La esposa de Sustrai, Regina Martínez, comenzó a garrapatear con angustia los datos: extraña matemática frente a lo imposible. Tomó papel y varias hojas. También lápiz y goma para intentar, arrepentirse y borrar. Pero su mayor dificultad no estaba en conseguir los materiales o la energía para intentar: mínimos recursos al momento de emprender el trabajo de Sísifo. Regina, con el único ojo que le quedaba funcionando, tenía suficiente para las cuentas que nunca, o quizá sólo de oídas, había escuchado mencionar a su esposo hacía ya algunas décadas. Se sentía necesitada en verdad, impulsada a usar la magia o aprovechar el ojo de vidrio; explorar por vía de su ojo izquierdo sobre la piel pulida de su rostro ante el detallado y oneroso enigma de la mañana. Tenía que inmiscuirse en lo profundo de su memoria. Esforzarse y recordar.

Regina, a pesar de los años y las capas sobrepuestas de amargura y desaliento, mantenía un rostro de singular perfección. Lo sostenía sobre la belleza que se fue y se evoca. Sus amigas se lo decían con frecuencia. El manto de poco menos de dos milímetros de polvo y colorete sobre su piel no terminaba aún por destruir del todo su humanidad. Sobre esa pista corría y regresaba su ojo manejado magistralmente entre el índice y el pulgar. El peinado y el maquillaje, tan cuidados, se alzaban empeñados en luchar y vencer el crecimiento de cada folículo, de cada cana, de cada distorsión, protuberancia o colguije tan asiduos después de los cincuenta. Lejos de mecanizar su existencia, le otorgaba una historia completa que confirmaba esa existencia.

Tomó su tiempo. Elevó un largo suspiro y dijo con rudeza al espejo:

—¿En qué estará metido el idiota de Sustrai?

Era una mujer delgada. Bien formada para su edad. Cientos de masajes, cientos de recetas y harta magia la preservaban. No se había privado de ninguna apuesta: religión, esoterismo, herbolaria, menjurjes, medicina alópata, homeopática y altermundista. Su fisonomía, especialmente en razón de sus alargados anteojos de diseñador –un Cartier para los días comunes y corrientes; De la Renta para ocasiones especiales en que debía ocultar la inexpresividad de su ojo falso–, emulaba las numerosas fotos de su juventud en una batalla de miradas esquivas; retratos y más retratos que se multiplicaban en cada repisa o mesa en los rincones de la casa. Su historia triste, duplicada especialmente sobre la pátina perfecta del piano donde los retratos invertidos lograban mostrarla perversa.

¿Fue hermosa? Ella misma se lo preguntaba; y aunque detenía el historial de belleza más ampuloso, ya no alcanzaba respuesta. Y así, dudosa, le clavaba la mirada a esa pléyade de imágenes de su pasado: muy pocas de ellas en compañía de su esposo, de Sustrai Oroitz. Varias décadas casada porque ella fue, y quizá aún lo era, un ser especial; sobre todo al invocar una dulzura infantil que sólo podía provenir de su constante fascinación por la existencia misma de las cosas, las casualidades y, más que nada, la potencia misteriosa de su suerte. Sólo así se pueden soportar varias décadas de casada.

–¿En qué estarás metido, pendejo? –repitió buscando el rostro de Sustrai: fotos grandes o pequeñas, marcos labrados o elementales de plata, con colores o sin ellos, que edificaban su egolatría. Había más muestras, demasiadas, de ella sola, “sola y sin hijos”, pensó con ese dolor subyugado por no haberlos parido; más veces retratada en compañía de su maestro de yoga, zodiaco, nigromancia y otras artes del espíritu.

Y pensar que había sido Sustrai quien, en su noviazgo parisino hacía treinta años, le enseñó algunas de las artes de la intriga política, el suspenso e incluso la santería. Eso evidentemente fascinó de súbito a una jovencita, medio mojjigata, prototipo entre

las dulces estudiantes del Sagrado Corazón. Él la fascinó con eso y con muchas palabras más, pero Regina apenas tenía el tiempo para emprender ahora la limpieza de su duro pasado; empalagosos momentos de noviazgo.

Frente a sí, abriendo espacio en su tocador entre algunos perfumes, figurillas de Lladró y cremas, “sin duda de Elizabeth Arden”, Regina colocó todo aquello que le había enviado Sustrai. Revisó muy extrañada el código de letras y números sobre la portada del Documento ETIENCELE, con un inconfundible sentimiento de consagración: esa era letra de Sustrai; una clave.

—¿Qué travesura andará haciendo el cabrón de Sustrai?

Por eso, deseosa de un milagro, comenzó a trabajar, ya no nerviosa porque no se tienen esos nervios de antaño cuando se cumplen los 50. ¿Habría olvidado las pocas pistas para descifrar mensajes que él le ofreció alguna vez? ¿Qué tanto tendría que zambullirse para reencontrar los pasos de una clave perfecta? ¡Carajo! No; imposible para quien no lo practicó desde las entrañas del juego: ¿estás dentro del frasco o fuera de él?

Cuando Regina terminó la preparatoria en el colegio de la Plaza Fernando Beladiez, “el mejor de la provincia y de muchas provincias”, sus padres no cabían por las puertas, los corredores ni los salones de los teatros y edificios que frecuentaba la alta sociedad. Era una hermosa niña, la más deseada del Occidente, educada bajo los preceptos de “amor, verdad, justicia y libertad”. Ellos sabían que eran dueños de “una joya de valor incalculable”. Su hija Regina había ganado en los retos de habilidad impuestos por las monjas francesas del colegio, sin excepción: ortografía, geografía, disertación, dibujo y oratoria. Regina iría becada a Francia. Continuaría con una profesión; quizás arquitectura o la que más le gustara, con tal de que sirviera para volver a casa y formar una gran familia. Sus padres la imaginaban a su regreso con educación francesa, profundamente católica y aprovechando su belleza e inteligencia, como el mejor cargamento de telas y gobelinos que jamás hubieran movido —“importado”, aclaraba su pa-

dre— desde el Viejo Continente. Una inversión inmejorable. Ellos sabían que era cuestión de ganar o ganar. Emparentarían con alguna de las mejores familias, las que nunca sucumben, las que se colocan como los gatos, erguidos ante cualquier caída, cualquier crisis, para seguir reinando. Los pretendientes deberían ser muchos; ser, por igual, los mejores. Así que la beca, la despedida, el paseílo del brazo de su padre, el baile que costó millones por la orquesta y el catering, las lujosas invitaciones color salmón con numeración precisa para la crema de la sociedad, la más alta sociedad, fueron colocados únicamente para alcanzar ese objetivo: Regina tenía que ser esperada; Regina tenía que ser deseada, cotizada, valorada, buscada, quizá incluso negociada y subastada para que los Martínez pasaran de ser simples comerciantes de telas, introductores de mercancía, de no oscura alcurnia o reputación, pero tristemente “gente de trabajo”, a ser “gente de sociedad”.

Ella los decepcionó. Sí. Por supuesto. Y ahora se empeñaba en recordar cómo se mastica eso de la criptografía básica e infalible; se concentraba en las cuentas que hace tantos años le había enseñado Sustrai en tardes de risa, cama y regocijo, vino y máximas políticas. Ahora, pensando en las reglas que se imponen cuando la clave maestra tiene una secuencia de números: primero par, después non y cerrando con otro non, ella vuelve a ver, involuntariamente, el rostro de don Damián Martínez reprobando su regreso de Francia “casada con un comunista”, sin prestigio, sin valía, sin fiesta, sin baile, sin invitaciones, sin virginidad, sin salto social, sin reconocimiento, sin orquesta, sin paseílo, sin iglesia, sin bendición de Monseñor Orihuela, el decano de los obispos... Sin nada.

—¿Qué se traerá entre manos el imbécil de Sustrai con esto de jugar ahora al espía, ahora que estamos jodidos y acabados, jugar al caballo, jugar al alfil?

¿Al caballo y al alfil? Cuando estaban en Francia, Sustrai le había comentado a Regina: “hay dos tipos de espías: el que traba-

ja como caballo y el que lo hace como alfil”. El primero tiene que estar al centro de las cosas, brincando travieso, provocando y a punto de ser capturado, a diferencia del alfil que está lejano, quizá en una esquina con aplomo y fuerza, dominando un ángulo de la acción, pero con su certeza y su visión aguda. El caballo tiene opciones para agredir, para escapar. Es molesto, imposible de obviar; lo rodean y salta como una trucha. Sólo muere, es derrotado, cuando se han agotado sus escapatorias, ahogando sus alternativas. Lo encierras, lo limitas y termina acogotado, casi siempre, aceptando su derrota con un sacrificio. Come y cambia su valor por otra pieza. Si te descuidas frente a él, genera dobles: sí, el caballo muere, pero a un alto precio. Pone en jaque al rey, al tiempo que amenaza la dama o una torre. El caballo es hombre de riesgo, de campaña. El alfil es hombre de paciencia, de compostura y equipo. Saetero, el alfil apoya otras piezas; no lleva directamente al jaque, o sus jaques se pueden bloquear con candidez. En cambio representa “la fuerza del apeo”.

—¿La fuerza del apeo?

—Sí —decía Sustrai—, con los alfiles hay que pensar en las patas anchas de los elefantes de donde toma su nombre. No son ellos los que conquistan, pero dan el sustento a la victoria. La dama, la torre o un peón llegan hasta el rey contrario; “¿qué hace esta pieza aquí?” pregunta el rey agraviado; “destruyámosla”, dice; pero he aquí que el alfil, desde lejos, al otro extremo del tablero y por una rendija, apoya esa letal incursión. Yo soy un alfil, Regina, yo soy un alfil blanco... Hace tiempo conocí a un verdadero caballo, un provocador activo. Un verdadero luchador que se batía a diestra y siniestra mientras yo lo admiraba. Se llamaba Rogelio y por nada muere en una manifestación de estudiantes. Un día terrible; juntos fuimos a caer a una cueva de locura y un soldado bueno nos salvó.

—¿En qué líos andabas metido, amor?

Los simplistas del ajedrez dicen que un caballo y un alfil valen lo mismo: tres puntos, tres peones. Es común cambiar alfil por

caballo o viceversa. Pero esto puede matizarse: preservar los dos alfiles puede ser más importante que jugar la partida con alfil y caballo o con dos caballos. Los alfiles juntos valen más que la suma aritmética de tres más tres. Eso sólo lleva a una conclusión: cada alfil en este mundo, vale más si tiene un buen alfil aliado.

–Creo que tú, Regina, bien puedes ser mi otro alfil; el otro limpio y brillante alfil.

Regina pudo volver a escuchar la voz grave de Sustrai, mil cigarrillos la esculpían, cuando creyó enamorarse de él, allá en Francia, y negar la satisfacción de sus padres. Ahora no podía resistirse al ridículo de empeñarse en descifrar un escueto mensaje de poco menos de 60 caracteres que tenía apoyado en la elegante mesa “estilo regencia” que usaba, ya no para su coquetería, sino para la diaria preservación.

En materia de criptografía clásica, la clave base para descifrar debe ser cambiante y Regina no entendía de eso. La mejor, en este tipo de escritura, es una fecha; puede relacionarse con personas distintas, con efemérides o con el momento mismo del encriptado... Y ¿a qué fecha podría referirse Sustrai, cuando se usa la de nacimiento de una de las personas, emisor o receptor, involucradas en el mensaje o el día en que se cifra? Regina construyó así su clave pensando aún en las labores del alfil blanco, pero el intento era vano. Maldito mensaje, malditas palabras de Sustrai...

XSKU PXRK X0LJ P3JO WJOS LLWY KP3K
YMO3 KVWK XKK1 6OK1 60XK KVLJ P3NY SL

Y la codiciosa frase:

Cuando nació Abakuá

La palabra Abakuá era la que más robaba su aliento. Lo que venía después tan solo molestaba por el tono imperativo:

Regina, Amor, Importante que hagas exactamente lo que te diga...

Al menos, puso un “te quiero” para pagar su favor; favor de alfil.

Regina deseó con enorme fuerza que aquel mensaje, quizá sólo como juego, dijera “tú, Regina, mi vida, tú has sido mi otro alfil, sustento de mis éxitos y mi fuerza de vivir”. Alfil como el ayudante de un reino... Como el elefante que carga un estratega, un arquero y un infante con lanza; Alfil que dirige las flechas en diagonal y causa los estragos mayores al enemigo. Máquina poderosa y fuerte; colosal. Pieza clave de batallas ancestrales, precursora del tanque, del Sherman, del Croucier y el Sturmgeschutz. Más importante por sus torretas de altura, su visión elevada, sus picas y dardos hacia cada encrucijada. Alfil, mejor alfil que caballo, torre o dama, porque el caballo es un exhibicionista y puro orgullo de artesanos, la torre sólo firmeza y rigidez, y la dama vanidad solitaria. En cambio, enmarañados en la masa de las huestes chaparras y amedrentadas, el alfil se eleva entre peones listo para soltar su flecha, sólo una vez quizá, y herir de muerte a su rival.

—¡Maldito Sustrai!

Regina, resignada, buscó tres sobres grandes en el cuarto contiguo. Regresó para palpar por un rato el *Document ETIENNELLE impérativement confidentiel. Représentation de la France*. Las fotos y la llave de forma insólita. Hojeó cada parte de nueva cuenta: 28 páginas que demostraban cosas terribles, quizá falsas, quizá ciertas.

—¿En qué estará metido el idiota de Sustrai; él, Sustrai, que nunca ha hecho nada fuera de su control?

El buen Sustrai, El Vasco Galiano. El buen alfil.

Devorada por el tufo de los recuerdos y un mal sabor de boca, llamó a la criada Constanza: ya tan afeada, prototipo de lo que no era occidental. Le ordenó ir a la papelería, sacar copia del legajo que su marido había robado (ella no tenía duda al respecto). Mientras, seguiría las instrucciones de Sustrai colocando nombres y direcciones en los sobres: el documento francés sería en-

viado a un viejo Senador de izquierda, generalmente odiado por su marido. Las fotos de regreso, volverían a Nueva York por mensajería. Tardaron apenas día y medio en llegar, tardaría otro tanto en regresar. Y la extraña llave... Pues nada, al cajón. Lo siguiente fue buscar, por teléfono, la oficialía de partes del Senado.

Regina terminó la faena. Su rostro era menos interesante. No había resuelto un burdo acertijo de Sustrai y se sentía decepcionada, derrotada de nueva cuenta. El Vasco ganaba, así que se sentó en el borde de la silla, como hacen las personas mayores, llenas de incomodidades, apoyando las manos en las rodillas, apretando el vientre y con una cadena de suspiros a punto de ametrallar el espejo. Tenía que recordar:

*

Recordó, como quien huele la podredumbre, la voz y el mal francés, la mala pronunciación de su marido:

—Ils sont les cadeaux de la vie déraisonnable, de la vie fou, de la vie terrible, de la vie affolée, de la vie étourdi, de la vie désordonnée... Ils sont les grandes cadeaux.

Recordó cuando se encontraron treinta años antes en compañía de Martín Losada: “el pintor sin lienzo” como le llamaba Sustrai. Cuando aquel artista que no producía más que palabras en el aire, bien conectado con los peores círculos de vanguardia de toda Europa, la invitó a viajar a Saint-Jean-de-Luz, un puerto de novela en la costa atlántica y punto de reunión de todas las mafias de la época. Ahí fueron todos, sí, todos los que Regina podría mencionar y todos los que Martín Losada conocía, porque se decía que en esa reunión les hablaría Pierre Broué; un mito; un mito el que les hablara y un mito como personaje que querían oír. Pero no; no iban por las palabras empalagosas del crítico trotskista ni porque Bleibtreu, André Marty, Lequenne y Messali Hadj pasaban sus veranos en los bares de Saint-Jean-de-Luz y otros pueblos sureños, bebiendo el armañac.

La verdad es que iban por las fiestas de las sorgiñas. Una bacanal ancestral, que los alcaldes y los guías turísticos negaban, más cuando se trataba de enfrentar preguntas de mujeres, muje-

res jóvenes, mujeres casadas escépticas sobre los viajes de sus maridos. Regina fue convencida de que el arquitecto Julio Vitullo-Martin, daba seminarios de verano, en la vasconia francesa a los constructores de una nueva realidad: “la architecture vers la construction de la nouvelle société”. La engañaron y no lo supo hasta que se vio sudando gotas inmensas en medio del bosque, tremendo verano, al caminar en busca de las sorgiñas de Saint-Pée-sur-Nivelle.

Recordó que aquel día en que equivocó el camino, la jornada fue larga como pocas, primero en un autobús destartalado. Luego, sufrió más de una hora a pie repasando la campiña húmeda, vaporosa y ardiente. Recordó, o más bien se le vinieron de golpe, las imágenes, detrás de sus anteojos y su antifaz (a las bacanales de las sorgiñas se va con antifaz), entre los insurrectos que fueron a reunirse en una cueva buscando el corazón de la Vasconia, de los ritos de indescifrable origen, mitad celta, mitad caucásica, quizá bereber: pero buscando un desenfreno maravilloso entre hippies y comensales tántricos de avanzada. Por eso se le aparecieron, sin mayor prelude, los senos brincadores de una chiquilla totalmente desnuda, con excepción de su máscara agresiva, al fondo de aquella cueva... El ritual sin introducción había comenzado. Con el fresco de la tarde y la sombra de la cueva de las sorgiñas en Saint-Pée, las huestes de rijosos que habían caminado por largo rato pudieron beber vino y con el vino descansar y, con el descanso muchas de las invitadas se arrancaron el brasier y empezaron a bailar.

Regina se asustó. Escondida tras sus lentes contra la miopía y una máscara de caballo con plumas, se escurría hacia un costado para, desde ahí, buscar primero a Martín Losada (tarea difícil en un mundo enmascarado), el único que conocía y el único que parecía tener mente para explicar el gran aquelarre de las sorgiñas. Recordó vivamente la bota de vino negro que pasó de mano en mano en la oscuridad, y la mano conspicua en vello lupino que se la extendió. Y encontró a Losada, pero él andaba en otra

cosa: apretaba y exprimía hambriento los pellejos goteantes de otro odre contra su boca como si se tratara de vaciar el deseo que sentía por aquellas tetas que las doncellas poseídas le restregaban contra la mirada, alumbradas por fogatas mal encendidas.

—¡Qué mujer! —la voz ahogada de Martín acabó de absorber con furia todo el licor que los pellejos de cerdo pudieron eructar.

Regina se sintió aludida cuando su compañero de la escuela de arquitectura mencionó que aquellos desmadres ponen la mente de la monja más mojigata en tono de sodomía. Decidió huir por toda la cueva hasta la parte alta. Pudo ver a un joven que, con un antifaz de elefante, se chupaba un nudillo como carne deliciosa: había descubierto una paradoja entre tantos encuerados que al mismo tiempo decían buscar el sustento equitativo de los pueblos: “casa, sustento y vestido para los pobres del mundo”. La verdad es que ese joven, el inconfundible Sustrai en los recuerdos de Regina, pensaba en fuerte si ésa sería la fisonomía de las nuevas comunas que se habían propuesto crear. A la distancia parecía que analizaba insolente, pero con precisión matemática, la compleja relación entre la fuerza humana y el tiempo de los bailes interminables al son de tambores monótonos. ¿Habría tiempo, con tanto baile, para la siembra y la cosecha dentro del modo de producción asiático? Le impresionaba, de seguro, que las mujeres descamisadas y otros personajes semidesnudos pudieran seguir bailando después de la caminata que habían dado en pos del tambor, desde el pueblo de Saint-Pée: tras las sorgiñas que habían guiado al grupo de novicios; tras los sapos, gatos y zorros malditos; contra el viento vaporoso y luchador, dispuesto a no ser traspasado; malmirando el difícil camino, entorpecidos por los antifaces de carnaval, único requisito para asistir a esa misa.

Incluso Sustrai Oroitz, a pesar de su aire de sereno estudiante, había aceptado unirse a una de las fiestas nigrománticas medievales de los Pirineos. Bien adosada al desenfreno: sapos con traje de fraile, lagartos sangrantes de un cuello florido como corona de

claveles; gritos, antorchas, procesiones en comitiva con invocaciones a los lobos, mujeres barbudas, brujas y conjuros...

Poco de esto imaginaba cuando tomó el autobús desde París, cuando durmió a medias en un hotel antiguo, cuando se colocó el antifaz al llegar al bodegón desolado de una antigua y abandonada fábrica de confites donde supuestamente encontrarían los discursos sindicales, trotskistas y dispuestos a la organización activa en boca de Pierre Broué y el joven Jospin. Él también se sentía engañado. Poco de todo aquello imaginó al caminar sin pronunciar palabra, entre regaños de las viejas sorgiñas vestidas de sucio púrpura y brillos grises en los costados, con su rostro y sus manos opacas. Qué decepción, pero pronto entendió que se trataba de una locura para fornicar en los ocasos del verano y dentro de una amplia pero no menos tenebrosa cueva campirana. ¿Cuál aquella? Se trataba de fornicar y ser fornicado sin saber con quién, sin saber por qué. Para eso los antifaces. Lo demás fueron excusas que servían para que fuera palpable y prístino el mensaje a los 30 mancebos y las 30 muchachas que siguieron enfilados por siglos en la brujería.

Desde su esquina, totalmente agazapada, Regina vio a Martín arrancándose las últimas prendas, corriendo y deteniéndose para aflojar el cinturón y volviendo a la carrera tras una de las muchachas de tetas emprendedoras al ritmo de los tambores. Un gordo siniestro tocaba aquel instrumento irremediadamente, tan sin descanso, que bien podía parecer una industria del mejor fascismo progresista. Su hermano, otro gordo vestido con túnica de fraile mendicante y antifaz de murciélago, vio a Sustrai haciéndose el distante, sentado y ya un poco aburrido del espectáculo de la cueva, totalmente aparte, totalmente tranquilo como un profesor de Théories de morphologie social.

Gaudeamus igitur, juvenes dum sumus!

Post jucundam juventutem

Post molestam senectutem

Nos habebit humus!

Así gritó el frailecito de poca sana figura, y Regina lo escuchó a la distancia con enorme temor. Agitaba la cabeza frente al impávido Sustrai de la máscara de elefante y ella lo veía helada. Al terminar su grito de guerra latino, se levantó los hábitos mostrando lo horrendo de sus testículos y su miembro flácido. La primera vez que Regina, tan en vivo y de cerca, veía algo que pertenecía al mundo de las fotos didácticas, que en sus verdades sólo le habían contado, descrito y dibujado decenas de veces en los baños del colegio de la Plaza Fernando Beladiez. Aquel gordo se empeñaba en ponerlo a bailar, pero sus blandeces, que lo aporreaban, se lo impidieron. Pronto invocó de nuevo su poema en latín de cocina que Sustrai, al parecer, entendió sin saber una palabra de aquella lengua franca.

Abúlico, antagónico al vibrar enfermizo del fraile, el elefante se levantó entumido por lo fresco y filoso de las rocas. Se estiró un poco, miró a uno y otro lado y entendió que el flácido gordito le estaba cubriendo la salida. Ambos sonrieron, Regina miraba; el fraile se fascinó e invitó a Sustrai a seguir sus pasos sin detener esos saltos parkinsonianos y sin dejar caer la túnica que debía cubrir su culo. Sustrai no lo pensó, era el único feliz poseedor, en aquella orgía, de unas botas... botas de pico, botas “El Canelo” que sólo hacen para los rurales acostumbrados al trabajo duro y que a Sustrai le daban un elegante aire proletario en la Francia setentera: le ensartó la derecha con todo lo que se puede encerrar en una patada. Hay que pensar en las patas anchas de los elefantes, las que dieron origen a los alfiles, y ver cómo estos animales inconmensurables se elevan entre peones listos para soltar su flecha, sólo una vez quizá, y herir de muerte a su rival.

El gordo cayó para no levantarse más. No, mientras no le practican una suerte de himenoplastía reconstructiva o su similar.

Regina, rio perversa. No corrió hacia Sustrai, no corrió aún, pero moría por hacerlo. Buscó por última vez a Martín que dormitaba entre unas piedras, quizás después del peor vómito de su

vida. Notó que Sustrai iba en su búsqueda, le hablaba en un español de acento inconfundible y lo ayudaba a levantar sus ropas.

–Esto es una gran mamada.

Lo jaló a la salida. Su amigo agitaba la cabeza tratando de librarse la nube difusa que el alcohol le mostraba frente a los ojos. Sustrai lo empujó con un gentil odio, con asco, pero antes de acabar de cruzar aquel mar de piernas, de bolas, de pelos, la mano blanca de Regina lo tocó en el pecho por primera vez.

–Ayuda, tengo miedo –le dijo ella que se veía chiquita, hundida en su antifaz.

–¿Quién vive detrás de esa máscara de caballo? –respondió Sustrai.

–Conozco a Martin, él me invitó pero yo no sabía que esto... –balbuceó Regina dejando ver un rostro hermoso; inconmensurablemente hermoso, cuando decidió también, inocente, apartar sus lentes disparejos.

–Vámonos, que al buen Losada... lo van a violar.

La caminata de regreso sirvió para que el joven Sustrai Oroitz se levantara la máscara de elefante y platicara de los círculos de poetas, de latinoamericanos, de los sediciosos que mandaban cartas a los amigos ofendidos en sus países, mientras se preparaban para administrar nuevos gobiernos socialistas una vez que triunfara cada revolución. Incluso Sustrai le habló a esa nueva diosa que ahora descubría. Le hablaba de todas las estrategias y claves cuidadosas que tendrían que hacer los agraciados, los de conciencia social en este mundo, para impulsar proyectos muy concretos: trabajamos en cosas “muy precisas”, le decía, como apoyar con todo a Roy y Joan Bates para lograr la soberanía del montón de hierro que constituye Sealand en la costa británica, impulsar la independencia de Zanzíbar y después la de los melanesios de Ceram, Ambon y Buru, y de todas las Molucas del Sur. Dar reconocimiento al movimiento separatista de la República de Saugeais en el corazón de Francia, ¿por qué no? y algún premio

de arte para Henri de St Ferjeux por haber creado la más bella bandera del mundo con todo y su escudo. Libertad para los Sajones del Sur, los saharauis, los habitantes del estado libre de Fiume y el pueblo rom.

Martín Losada sirvió para repetir mil y más veces que sí, que Sustrai cambiaría al mundo; que lo que Sustrai decía era “médula pura”, la verdad misma de los filósofos proveniente de la fuerza de los dioses.

—Gracias, señor Losada, favor que usted me hace. Gracias.

Y Regina recordó enamorada que, para ella, una niña del Sagrado Corazón llegada desde Langres, todo aquello era miel y ganas de rasparse contra la greña larga y sebosa al estilo de Poulantzas, la greña al viento de Sustrai, coronando su larga figura, envolverse en ella y vestirse con ella, vestirse para de ahí en adelante.

----0000----

Peón tres torre rey

Intentan que dejen de ser hombres y en cambio sean danzantes; que renieguen de lo humano, que lo rechacen, que lo eviten, que no lo sientan; que eso de morir y vivir sea lo único, pero sin vanidades; que sea el dilema más simple: el de existir o no existir el que los absorba, como a las cosas duras que resisten y resisten hasta que se quiebran; las cuerdas, los chicotes, el cuero. Intentan que coman con el estómago, como un sedante; que beban cuando los odres quieran vaciarse y no cuando ellos lo piensen. Intentan que miren fijo al mismo punto, que no volteen, que no pongan su ojo sobre el ojo de la cámara; que se coordinen como marionetas. A puro golpe del fute, intentan que no se rasquen, que no se distraigan y no sepan si hay otro día después de este; que saliven menos, que no suden aunque se muevan hartos y con ritmo; pero que no se detengan; que sus uñas y cabellos no crezcan... Allá va

otro latigazo y con él intentan que ellos mismos, como niños negros, relucientes, hechos de la laja de volcán, nunca crezcan y se queden niños. Se queden danzarines. Y por eso los obligan a que bailen y bailen y bailen todo el día hasta la caída; no la del sol, no la del día, del látigo o la manta de cansancio sobre la barraca: nada de eso... bailan hasta el colapso, hasta ser trapo, pasta, baba.

LA CRÍTICA

11
Alfil tres rey

11 de septiembre de 1973

Cuando los jóvenes de los partidos y movimientos socialistas y favorecedores de la destrucción de la propiedad privada en estos años en París, tienen que comunicarse con los líderes de Europa sobre asuntos delicados lo hacen con un inserto en *Le Monde*. El mercado de las propiedades anda a la baja y pocos se interesan por proyectos de venta, por inalcanzables casonas sin ubicación; enormes, soleadas, pero inexistentes en las playas de Navarrose. Esa palabra es la clave: “Navarrose”. Con ello, con esa palabra Navarrose, empieza un anuncio y luego se añade algo como: “très luxueux, au calme et proche des plages, six pièces agréablement aménagé avec une belle gran terrasse...”. Se paga el anuncio con descripciones grandilocuentes para asustar a los compradores de buena fe; se completa con un número telefónico que significa una hora en una fecha y una dirección, generalmente un café en las inmediaciones de la Plaza Colonel Fabien. Los que saben, los iniciados, acuden a la dirección en el momento señalado y el tendero les dice con quién hablar y en qué mesa.

Recuerdo como Sustrai, Martín Losada, Carlos de Mucha, entre un grupo de ocho o nueve amigos de Uruguay, Chile y Perú llegan al café Longchamp. Uno de ellos pega su boca al oído del tendero:

–*Si quelqu'un demande Navarrose, vous l'envoyez à notre table?*

–*Bien sûr, monsieur.*

El tendero con una nariz deforme como los olores de trastienda, sabe del negocio; no se mete en lo que no le incumbe. Pronto da la señal a quien debe recibirla: hombre delgado, con chamarra untada que pregunta por Navarrose, y todos conocen entonces a quien llaman “Le Collecteur”: voz especial entre sindicalistas. A

pesar de su mote francés, es mallorquín con la sangre parda, como lo delata un acento catalán; exilado, correoso, vulgar como su chaqueta purpúrea de vinil.

—Soy el compañero Flavio, Flavio D’Alexandre —dice.

Uno por uno, lo saludan de mano, sentados y sin erguirse, como lo hacen los obreros... Manos flácidas, inhibidas; bocas apretadas. Nadie se quita la gorra, todos piden café; prenden sus respectivos cigarros sin ofertas, sin gentilezas; cada uno su cajetilla y su fósforo. Se cruzan de brazos para platicar: un chileno entra en materia, parece atizado por la prisa.

—Usted sabe de qué trata esto; es delicado. Nos dijeron que el trato final es con usted; con el señor D’Alexandre, con el “Collecteur”, ¿prefiere que lo llamemos así?

El mallorquín lo deja continuar sin respuesta.

—Pues bien —retoma su alegría ante la fascinación de las sillas—. Nos hemos reunido y uno de nosotros tiene oportunidad de hacer el viaje pronto. Puede llevar el dinero. Muchos allá están desesperados por recibir este apoyo; algo que agradecemos mucho. Las cosas se están poniendo difíciles, sobre todo en mi país.

—El dinero está listo —responde el de Mallorca mientras los jóvenes se dirigen miradas y guiños reprimidos. Luego siente inevitable continuar aleccionando—. La plata espera que la tomen; pero yo no tengo mucho tiempo. Tan sólo me dicen a quién se entrega. Debe ser algo en lo que todos estén de acuerdo. Nosotros no queremos inconformes. Los ayudamos, nos gusta hacerlo, sin riñas, consecuencias.

—Muy bien, muy bien. Entonces... Hacemos la consulta, lo citamos aquí y le pasamos el resultado de la Asamblea. ¿Conformes?

—Compañeros, creí que lo sabría hoy, aquí... Es mucho dinero —el mallorquín bebe café rápido, baja la taza y comienza a manejar su cigarro haciéndolo girar con certeza; dedos medio y pulgar. Sustrai siente ese juego como propio, pulso rápido, controlado.

—Estamos agradecidos ¡muy agradecidos! De verdad —de nuevo el chileno habla como queriendo dominar la camada; ser enfático, sacar emoción desde abajo, de entre sus piernas—. Muchos en Uruguay, en Argentina y en México van a lograrlo ahora, como nosotros hemos triunfado con Allende en Chile. Pero hay problemas. Nos aíslan, nos joden todo el tiempo. Es algo difícil. Y su dinero servirá para que ya no puedan detenernos... Mejor aún: ¡muchos otros van a salvar su vida! ¡Y van a poner a temblar a los milicos...!

—¡Baja la voz! —le ordenan.

Los muros delgados se vuelven confesionario, arroyos fluidos para dejar correr el murmullo de borrachos y libidinosos, que obligan a cambiar el tono.

—Cuando habléis de dinero, al menos conmigo, no hagáis política —sentenció Le Collecteur sacando otro Gauloises Blondes que gira entre sus dedos con magia—. Soy gente sencilla. Soy el que se encarga de la plata. Pienso poco, recojo lo que muchos aportan y, cuando tengo órdenes... lo entrego. Lo que me importa, si bien lo entendéis, es que se sepa que yo hice mi parte. Sólo eso. Olvidaos conmigo de cualquier otra cosa: ponedme un lugar, una fecha y un nombre. Eso será todo. Los sindicatos esperaban que aquí me lo dijerais. Ahora veo que no lo habéis decidido; pero la plata está lista.

Sustrai y los compañeros sienten un temblor ante la palabra, ese peinar de calvas que proviene de la dureza metálica de la plata. No saben cuánto dinero, pero pueden ser miles, centenares de miles... miles y miles de francos, o dólares o marcos. O quizá, todo es palabrería... y no hay fortuna. Pero ninguno pregunta; ninguno tiene idea de cuánto sumarían los donativos de las asociaciones sindicales comprometidas, numerosas, modernas; y en su afán de agradecer, los muchachos en el café Longchamp temen omitir alguno entre quienes los favorecen: callan. Pueden perder un recuerdo, como un ratón que huye de sus manos; y mejor callan como si se tratara de recorrer en postración un pan-

teón de dioses severos, en esos lugares sacros que terminan por marear...

A pesar del vértigo, temores soplando vaho contra sus sienas, terminan jurando en su pedantería que se han convertido en genios; quizá. Por ello merecen tener esos billetes gastados que entrega la clase trabajadora, ración de las federaciones poderosas, de los generosos cabecillas de grupos celulares y funcionarios de las cajas de ahorro. Toda esa gente de Europa, por el deseo de cimentar el gran cambio, conceden parte de sus sueldos... y poco importa que se confunden aun entre dónde queda África y dónde la Amazonia, entre los crueles palos de Strossner en Asunción o los de Omar Bongo Ondimba en Libreville, *tout aussi salauds*. Ellos dan tajada –así se impone en sus negociaciones– a las ganancias de las empresas. Ahora, ese dinero podría volar a otros continentes, según los sueños de exportar la emancipación del trabajador, la mano fibrosa que subyuga a la máquina: la fuerza del obrero universal. Desde los portafolios de lona y cuero curtido con cromo de la Toscana, emblema de la clase que hace rotar al mundo, desde ahí saldrá la pasta amasada para internacionalizar la revolución.

Pero Sustrai, entre ellos, duda. No puede dar el paso al frente. Amarrado por una fuerza que semeja el ridículo, el miedo por la hipocresía, no puede compartir el canto de la victoria; tampoco siente gloria tras semanas de ablandar a los sindicalistas con historias sobre el terrorismo de Estado en Uruguay y Argentina... No puede compartir. Su voz y su encanto han sido trascendentales, parte del embeleso, del baile sensual –repite–, que extrae como espuma contenida los deseos del europeo por apoyar América Latina, orgía del idealismo; pero a él no le nace subir a ese podio tras el éxito; tras devolver simpatías. Ya los Tupamaros no calan como antes y los muchachos recurren a hablar largas tiradas sobre la gente de Leonel Brizola y a desplegar ejemplo tras ejemplo –como mapas en la mesa, reales e inventados–, para revivir los ideales de una revolución foquista, de cualquier revolución que

debía ser la mayor y la imparable... ¡Han ganado! Han dado el paso enorme para desertar la calidad de expatriados de mierda, y ahora pueden recoger apoyos y aprecio. Han ganado, gracias a fotos, anécdotas de mujeres apresadas, violadas y desaparecidos; niños huérfanos y un retrato bien hecho de las atrocidades de Juan María Bordaberry. ¡Maldito Collecteur, cumple tus compromisos!

–Yo podré cumplir cuando tenga el mensaje claro.

–Haremos una asamblea –aclara el chileno.

¿Asamblea? ¿Cuándo? Implica tiempo. Convocar: ¿a quiénes y cómo? ¿A cuántos y dónde? ¿Con qué discreción? ¿Quién debe saber? Implica hablar y discutir, dividir y confiar, llegar a consensos y respetarlos. Y después, el fin de año puede devorarlos: el maldito tiempo enemigo de los amores y los acuerdos. No es asunto de ruido y mayorías; es asunto de elegidos, de sentencias firmes y de silencio, de hablar rápido como un cañonazo que ensordece. Pero tantas mentes jóvenes y aventureras abren la barra de los sueños, de lenguajes y proyectos.

Sustrai observa al mallorquín: duro como un monigote. Sustrai, en el rito del té en *Alicia en el país de las maravillas*, abandona la mesa para fumar y escuchar:

–Hacedlo como queráis, pero pronto.

La discusión persigue a Sustrai mientras deambula; mientras se mira en un espejo mugroso colgado en el pasillo del lavamanos. Sabe que no hay posibilidad de acuerdos. Pone su gorra a un lado, se remoja la mirada pensando que esa noche irá de farra con su nueva conquista: Regina Martínez. Le prometió mostrarle uno de los sitios más fascinantes de París: un salón de sótano en la Rue Cognacq-Jay, cerca de la Universidad Americana... Cuando escucha el raspado de las sillas, la sesión se levanta: no hay resultados. Enfoca los dedos de mago de Le Collecteur, ya de pie: su cigarrillo es un diminuto bastón en el desfile.

Ese hombre delgado, acomodándose la chamarra de vinil, no oculta su desprecio por los militantes que aun discuten encaramados al fondo del café. Sustrai le ofrece la mano y, bromea:

—¿Dónde aprendió a jugar así, con el cigarro entre los dedos?

El hombre no le presta la menor atención; una sombra ennegrece aquella piel con reencarnaciones bajo el sol de Ca's Saboners.

Sustrai, enfadado, y con los arrestos de esa inminencia, de la oportunidad de estar solo frente a Le Collecteur, insiste:

—¿Habrás sido en África? ¿O fue con los amigos cubanos?

Pero Le Collecteur ya ha abandonado el café sin haberlo mirado siquiera. Carga auestas su nerviosismo, su molestia y las flechas de hastío que llevan aquellos que se sienten superiores. El chileno, al fondo, habla de hacer consultas con los camaradas, con los amigos de los montoneros y los paristas. Sustrai va despidiéndose de todos y todos lo ignoran, incluso García de Mucha y Losada... Con el sabor del resentimiento, aspira el aire, ansioso por alcanzar un alivio que podría venir de la piel de Regina. Sale del café y siente prisa: motor ligero por un vacío en sus venas y vísceras. Toma la Rue Meaux evitando el camino lógico hacia la plaza del Colonel Fabien y la imponente cúpula enterrada del edificio del Partido Comunista que se ha convertido en atractivo turístico desde apenas unos años. Alguna vez, merodeó con su admiración en pleno despliegue en torno a ese extraordinario espacio, pero ahora no quiere ser visto ahí. Así que elige llegar y desaparecer por el lado este, usando la estación Bolívar. Le sorprende ver a la distancia una sombra, no reluciente pero imborrable: Le Collecteur ha tomado una decisión similar, clandestina ruta para quizá no ser visto frente a la sede comunista; su obscuridad púrpura se pierde por Cité Le Page, para quebrar en Boulevard de la Villette. Lo sigue, primero por curiosidad y luego como si recogiera fantasías revoloteando en el camino, mariposas de ilusión. Y cuando lo ve cruzar el río hacia la Rue La Fayette imagina que ese hombre dibuja una ruta extraña, circundante y evasiva, para diluirse como el veneno en las calles de la ciudad hacia la Gare du Nord. Una cuadra después, lo ve entrar a un bar diminuto y pedir el teléfono. El Vasco Galiano se oculta en una ta-

baquería; observa la modulación agresiva de los labios en una llamada breve. Sustrai tiene que esfumarse agachado tras un ventanal para ver la chamarra salir del bar. La marcha continúa con mayor certeza hacia la zona de trenes. Le Collecteur avanza como perro altivo, pero aún asustadizo; como un afgano. Sustrai es un reptil.

La zona de casilleros a la renta para belices y ropa queda, lo recuerdo bien, en el extremo norte del edificio. Desde los kiosques, Sustrai puede vigilar al mallorquín mientras se sienta en una banca y enciende un Gauloise: manipula, mira en todas direcciones, pero, tal vez, con más frecuencia hacia ese guardarropa. También le interesan los trenes, origen de oleadas de gente sudorosa. Ingenuo, Le Collecteur apunta a un hombre gordo con una maleta de lona gris. Aquel visitante fuma por igual y toma su cigarrillo para darle dos giros cuando pasa al frente. Quizá, sí, quizá se entiendan.

Sustrai siente una señal; un espasmo. Piensa en un grito largo como el sonido de las nuevas guitarras de Aladine Sane. A su espalda queda la oficina de servicios de información al usuario de la estación. Camina ágil hasta allá y pide ayuda para llamar por los altavoces a una persona perdida. Da un nombre: “Favius Alexandris”, sí, “Favius Alexandris”. Requiere que lo vocean, urgente, rápido, que le pidan acercarse... Finge prisa, finge angustia, impotencia. Cuando escucha a la estación entera hablar, llenarse con ese sonido cupular y eléctrico repitiendo Monsieur Faviu Alexandri, *s'il vous plaît se présenter au bureau de service d'information de cette station*, se escurre por un costado, atrás de varios revisteros, postales y suvenires para colocarse atrás del hombre gordo y su maleta gris. A lo lejos, Le Collecteur, molesto, se levanta; pasos de desconfianza, dubitativo. ¿Será a mí a quien llaman? Sustrai sonrío un instante nadando en su río de malicia. Juega al estilo de un maestro de magia y se acerca como cualquier otro viajero al pasillo de los guarda-maletas, lugar con arquitectura de mausoleo: cada hueco rectangular con su llave roja,

desgastada. Algunos ocupados no tienen llave y, ya sin esa luminosa insignia, rompen la magnificencia sacra del lugar. Finge entonces de nueva cuenta: joven de buena estirpe que debe viajar, joven que no se inmuta, joven que tiene mundo, joven que va a lo suyo y a nadie importa; joven que, por lo mismo, no merece atención.

A su izquierda, el hombre grueso destraba la llave de un casillero para maletas insertando dos francos. Sustrai saca sus monedas y las usa para obtener la llave de otro casillero, abrir y callar; casillero 94. Le parece ridículo meter su rostro hasta ahí para no guardar nada; se arranca la gorra y la arroja al fondo: un lance... Un albur. Cierra, y aprieta la llave en lo profundo de su mano... El gordo pasa a su espalda, ya sin maleta: guardada también, igual que el suspiro y la gorra de Sustrai, en algún casillero más allá en el pasillo. Mira de reojo como se mira a los perros bravos; especial discreción, nervios al temple. Las manos de aquel hombre, despreocupado, irreverente, salen y entran de sus bolsillos del saco, cigarrillos, fósforos, pañuelos... Seguramente su llave queda en uno de ellos. ¿Cuál? Flácida, pluma de toque colorido, ¿caería a lo profundo?

Sin equívocos, Sustrai apuesta. La filosofía de quienes le hablaron de la Sociedad Abakuá impone jugar así: “crea confusión, quizá con ello ganes”; juega a las probabilidades, aunque en el juego se tiente al destino. Con caminar apenas a las espaldas del corpulento sujeto, le es fácil dejar caer la llave del casillero 94 en el bolsillo derecho; ¿qué más da? Otro lance. Como banderillero, vira de inmediato hacia los puestos de revistas para no ser visto por Le Collecteur. Seguramente regresará enfadado de haberse distraído visitando y preguntando por el llamado en los altavoces. Las posibilidades de Sustrai son del 30 por ciento. Quizá menos, mucho menos. Pero en esa, su apuesta, no tiene nada que malgastar. Desde su escondite puede ver el encuentro entre ambos sujetos. No está previsto que hablen mayor cosa, pero el mallorquín muestra reservas. Sustrai lee en sus labios, repletos de palabras

francesas, los reclamos y preocupaciones. Posiblemente pregunta si el hombre gordo ha notado algo extraño al guardar la maleta. Difícil que tal reconocimiento exista en un francés sobrado, tan inflado, tan pedante. Finalmente nota la mano en el bolsillo, la llave... la entrega. Ahí está ahora una de las llaves con el catalán: ¿maleta o gorra? ¿Quién sabe? Al recibirla, aquel hombre parece preguntar lo más estúpido, lo más increíble: ¿quedó bien guardada, *bien enregistré*...?

Se separan. Ninguno camina hacia los casilleros, ninguno se ocupa de revisar. Para Sustrai, la primera parte de un prodigio se dibuja: aquel hombre no sacó dos llaves y en consecuencia, no se sorprendió de su embrujo; sólo ha entregado una y, quizá, sea la llave equivocada; la otra, la que agachó su cuerpo, permanece en su saco. La gordura toma su camino hacia la Rue Maubeuge y Le Collecteur, en contrario, hacia el Hospital Lanboisiere. Sustrai tendrá que seguir al primero tratando de saber el resultado de su juego ilustre de esgrima de estocadas con el destino. A caminar, pues, y a rondar por París... Y a escurrir por los relieves de los muros y entre los autos que los pasos de aquel individuo con historia de buen vivir, buen comer, buen beber, terminan en un comedero cercano a la Place St. George. ¡Ideal!

Cuando el sujeto saluda a un grupo de amigos, parientes quizá por el parecido de rasgos y las diferencias de edades, y cuando cuelga el saco en el perchero de una esquina, la adrenalina en la sangre de Sustrai enfebrecer con efectos delicados. Él pide entonces su mesa, prefiere el lado de la ventana, con insistencia, y pasa a colgar su chamarra al perchero deseado, junto al saco deseado, junto a la llave deseada. Con facilidad mete la mano en el bolsillo donde hay papeles, servilletas arrugadas y mondadientes. También ahí se esconde la llave. Tarda un poco. Nadie lo nota. Al fin la saca veloz y la lleva bien empuñada hasta su mesa. La pone entre sus piernas, baja la vista, la mira: 107... Distinta. ¡Perfecto! La guarda. Se tranquiliza: pide vino —el que le recomiendan y que convierte su sangre en plomo— y pide de comer. Admira al gordo

francés; incluso lo admira mientras besa a los muchachos más jóvenes que lo acompañan. En su imaginación, Sustrai está seguro que son sus sobrinos, que aquel sujeto es de provincia, de Rouen, quizá, y viene de visita a París y lo aprovechan para que cargue con la maleta desde las colectas del norte y los bancos de Kenokke-Heist donde es natural cambiar dinero, comprar dólares.

Ahora, para el denso y apabilado Vasco Galiano, solo hay que ir a recoger esa maleta.

Vuelve caminando esa misma tarde a la Gare de Nord, no sin antes pedir el teléfono prestado a la cajera para llamar a Regina y decirle que se aliste; que esté como golosina, dice, ahora que vayan al baile en L'Ambre Cellier, bajo la Rue Cognacq-Jay. El juego está por comenzar. Avanza pensando que para los oídos de los jóvenes de entonces la moda son los *nouveaux philosophes*, voces altas de Bruckner, Gluckmann, Lévy, paladines de Francia, pero ninguna voz habla del Abakuá, de su tufo misterioso a ébano y brea que le aparece a veces desde aquella, la casona de campo de la adorable Diana Basay. Tiene ojos de intelectual progresista y en cada resbalón de la memoria rencuentra sus travesuras lidiando con músicos, con revoltosos, con comunistas cubanos.

Cuando llega a los casilleros, el aire se percibe con rareza. Él piensa en los esfuerzos que todos los jóvenes han hecho con tesón para rascar apoyos, dinero, donativos y regalos, en el buen nombre de la causa, de La Internacional, de renovados movimientos de derechos civiles y fuerzas amplias y batalladoras; todos contra la discriminación y la injusticia, la segregación y la pobreza. Piensa en su entrega personal para echar la palabrería por delante. En las veces que se comportó como conquistador e impuso su voz vulgar, quizá sin sustento, ante las bellezas reiteradas, artísticas, de Francia: “ni tan alta la Torre Eiffel, ni tan bonito el Palacio de Cristal o solemne el Arco del Triunfo, que nosotros tenemos... no sé, Ingapirca y el Cristo Redentor”.

Abre el casillero 107 y saca la maleta. Pesa como agua. ¿Qué habrá adentro? No repara en abrirla, sino en ir rápido a la estación del metro y escabullirse como roedor. Su propia paciencia lo sorprende; es como haber comprado una revista prohibida y tener la pausa para esperar a llegar a la intimidad del baño y abrir su foto central. Imagina la palabra Abakuá. La sola palabra lo viene guiando, pero su sonido es tan raro como eufónico: ritos, claves ocultas y sobreentendidos. En lo profundo de su madriguera de trenes, comienza una larga meditación sin destino. Se instruye, se arenga, incluso se regaña por momentos. Hasta ese día, “Abakuá” nunca ha semejado cosa seria; un sonido en busca de su partitura, de sentido. Pero también, en la práctica, un antiguo método para cifrar, jugar con los destinos, atreverse a la provocación sin un objetivo preciso. Transformación por vía de los monstruos de las grafías más anormales.

Sentado en ese ruidoso vagón del metro, con la enorme maleta creciendo sobre sus rodillas, reconoce que está cerca de la estación Port Royal: se sabe ubicado, reconoce las letras y los ladrillos, y la ansiedad es devastadora. Sustrai ya no la resiste. Desata las amarras y corre la cremallera de la maleta. Ve... Ve a Dios mismo...

—¡Dios mío!

Los pasajeros no hacen caso de su agudo suspiro. Todos leen, todos estrechan sus corazas. Algunos hablan entre ellos. Pero para Sustrai, desde una rendija los billetes de 10, 20 y 100 dólares acurrucados con rostros de próceres americanos lo retan por ladrón. Cierra. Y... ¿si debajo de los que ahí lo insultan hay otros tantos como parece? La jugada de aquel día ya no es una broma; se transforma, como indican las apuestas del “Abakuá”, en un quiebre en la vida: falsa y maldita entrada a un comic para iniciados; a la tienda sombría de los que se reconocen en un lenguaje inútil, tal y como lo hacen los apasionados del esperanto; o los amigos de algún deporte exótico —Korf o Tchoukball—; o como se miran a los ojos los masones en tiempo de vehemencia e inter-

cambian un toque con el dedo índice en la muñeca al momento del saludo, el guiño y la sonrisa.

Pero una vez adentro, no hay vuelta atrás. Lo que semejó broma te doblega; lo que fue relajo de unos cubanos y unos africanos, maniobra para bailar y escapar diciendo la frase sin contenido, tiene la fuerza de las mareas que unen continentes: hierbas de vicio, embriaguez, vértigo.

Sustrai mira su entorno. Cerca, recargados contra el fondo del vagón, dos jóvenes estudiantes comentan las noticias. El Vasco Galiano entiende a medias, reconoce que ha habido algo raro en Chile, contra el Presidente Allende, que alcanzó a hablar en la radio pero hay ataques al palacio... también atacaron su casa. Lo que era de esperarse ha sucedido: no podía llegar a su destino –comentan–; quizá era imposible.

Baja al andén en Denfert-Rochereau como si se quemara; se arrincona tembloroso en el nacimiento de una columna, lo más empuqueñecido que puede. Ante las sombras rojas, siente la necesidad de enterrarse bajo la arena; siente la electricidad de los enfermos, que no pueden seguir, pero quieren permanecer vivos. Vuelve a otear en la maleta y la cierra en una convulsión. Los muros de ladrillo le hablan nebulosos. Se marea nauseabundo. Cerca del vómito, trabaja con su cuerpo apenas por perseverarse dentro de ese juego, como lo ha hecho con las ideas de la Sociedad. Pero no puede seguir porque le arde el miedo; el espanto que no tuvo nunca frente a los comités de estudiantes franceses cuando citaba pensadores, ideas, armas –¿qué sé yo?–, cuando repartía al final de una plática artículos de Rogelio Frigerio o Mandorino, y añadía que para mantenerse unidos estaban las provocaciones de los rituales de la Sociedad y nadie lo entendía. Los jóvenes no reconocían la palabra y él reía; un juego más. Bueno, quizá les parecía familiar apenas como cuando tú o yo mencionamos, por causa de una golondrina en un cable, la “zinnia”, que es una rara flor de primavera: hemos oído de ella, pero no alcanza la memoria entera y todo lo aguado que tengamos en la cabeza para decir algo concreto sobre ella.

Sustrai parece diluirse desposeído de entereza. Estremecido traga saliva como buches de un jarabe victoriano. Pero sabe que no puede mostrarse así, mórbido en las tripas del metro. No puede llamar la atención. Se yergue lentamente y afloja sus músculos. El maratonista tiene que volver a correr, salir a la superficie. Ahora la maleta pesa el doble, el triple, pero hay que arrastrarla... y volver a hacerlo con normalidad. Calcula la cantidad de dinero en ella: imposible. Su mente no deja de recordar los dedos de Le Collecteur jugando con el cigarrillo; eso fue lo que le hizo pensar en la Sociedad Abakuá para intentar el robo que carga ahora sobre los hombros. O sea que la Sociedad sólo existe para él. Pero las manos del gordo que trajo la maleta, de seguro desde alguna estación del norte, también le hablaron de eso... dedos de los cubanos en la casa de Diana Basay, dedos de la Sociedad que muestran que ellos no son una simple cajita de trucos de espía aficionado que se venda en una tienda para niños: habilidades para redactar con retruécano, la tinta invisible, el criptógrafo casero y la escisión de la verdad; mínimas gracias para saber acariciarse la mejilla a contrapelo con dos dedos y decir: “tú y yo nos entendemos; somos del equipo”.

Sustrai cree que no debe regresar a su habitación en la Cité Universitaire con ese paquete. Lo estarán esperando para cazarlo. Le lanzarán redes, lanzas, dardos. Escuchará el batido de antiguos maderos sonoros, buenos para despertar destinos. Le aplicarán la Regla del Palo, un rayo de energía venida desde la cuenca del Congo hasta las islas del Caribe y terminará como estaca, duro y desollado.

Cuando sale a la superficie, la luz lo hace reaccionar: los rituales y sus demonios no gustan de la vida cuando los lastima el sol. Así se lo indican los rostros de los franceses y las francesas, blancas y “civilizadas”. Le insinúan desde el silencio que debe mantenerse tranquilo, que todo es ciudad, que algunos compañeros de la Unión Internacional de Juventudes Socialistas, como Matuso y Celeste de Oliveira, eran los únicos locos y petulantes

que habían convencido a los Cienfuegos y los Moran Losilla de que, en Cuba al menos, se necesitaba aportar a la causa coincidencias con el ritmo africano y la magia, en honor a lo que corría por las venas de los negros. Sin embargo, en aquellos minutos, la maleta es para Sustrai un lastre empeñado en bajar a los oscuros infiernos donde se baila al ritmo del Congo o de Calabar, cuna de la Sociedad; donde dominan los espíritus de rebeldía con el tambor de Eku.

En una banca de los jardines del Observatorio, apenas entrando por el Bulevar Arago, Sustrai tiene un minuto para sentarse y explorar con detenimiento la maleta: puros billetes, los esperados, diversas denominaciones pero la mayoría son grandes; imposible sumar. Su juego ha concluido. La maleta gris está en sus manos, y ya no es cuestión de decidir si puede devolverla. Ya es un ladrón. Y en su febril mente, un nuevo juego comienza:

Cierra la maleta y la echa sobre sus hombros. Con inusitada energía eleva aquel paquete: un ogro fuerte y la mirada de un ave, un tanto dislocada. Y con saberes sin conexión alguna en la mente, se dirige a buscar a Regina. Ella comparte con unas amigas una casona más allá del 14e arrondissement, en Montrouge. Es lejos pero Sustrai no volverá a permitir que ese bulto lo entierre en los infiernos del metro. Camina. Sabe que la tarde y el sudor de la marcha no lo harán presentable a su arribo con una señorita tan educada, alta sociedad, y que seguramente se acicala para una gran noche; niña hermosa, objeto de una pensión familiar generosa, segura, suficiente y regular.

Regina, la muchacha que estudia con afán en su propia mesa reclinable, donde dibujaba ejercicios arquitectónicos simples, puros, como se espera que sean las mentes de los seguidores de Piano y Rogers, come poco y saludable: una entre las escasas mujeres conscientes en aquella época de los beneficios de la verdura y el pan con fibra. Eso la eleva limpia, liviana como un ángel para abrir la puerta a quien suda porque carga semejante peso. Pero ella no se molesta. Aquella tarde, ha puesto los lentes aparte y sus

labios, con sabor a sal, piden vino. El estómago se le ha despertado de forma poco común, cosquilleando con vacíos desconocidos. Ante sus sorprendidas compañeras, sus *colocaters*, quienes también estudian estructuras, covachas y legados urbanos, lo que padece Regina parece amor irresistible y genuino; amor del que cruza razones como las que ellas quieren prestarle –¡pobre desposeída!–. Ellas se consideran primeras, vanguardistas, en el feminismo de Luce Irigaray.

Imposible, ellas ya son parte de la trama: la han ayudado a probarse uno tras otro todos los vestidos, propios y ajenos, y la han escuchado refunfuñar por haber traído un ajuar incompleto. La creen irreconocible, pero han reído con ella haciendo bromas pícaras, así que callan y no les extraña que Regina abra la puerta a Sustrai Oroitz. Elegante y hermosa, ella no va a reclamar porque él parezca ser inoportuno. No resulta ilógico que ella lo invite a pasar comprando entero el temblor que él le trae, en lugar de chocolates o rosas. Juntos pasan a la sala.

–Podemos ir a tu cuarto –pide Sustrai sin soltar la maleta gris, sin separarse de su piedra ni por un segundo.

Su propuesta no parece malsana. Las compañeras piensan que algo importante ha ocurrido y los ven subir al piso de las recámaras donde una puerta se cierra.

–Te voy a cambiar los planes. Un poco.

–¿No iremos a bailar? ¿Pasó algo malo?

–¿Supiste que hubo un golpe de estado contra Allende?

La maleta y una suerte de desilusión amarilla por no poder conocer aquel Cellier de la Rue Cognacq-Jay, caen sobre las duelas; hacen un ruido mohoso sobre las cabezas de las *colocaters* que se empeñan por escuchar. Regina sueña aun con ese salón prohibido que carga sus mitos de clandestinidad, donde mil Barbarellas se convierten en cobras por la nueva música; tonadas interminables, importadas de Inglaterra.

–¿No iremos entonces a bailar?

–Será en otra ocasión.

Regina queda en silencio. Debe ser asunto grande. Que supere al mundo de revuelos indescriptibles. Eso que ella ha deseado y escuchado sobre L'Ambre Cellier; el lugar que los gringos crearon cerca de la Universidad Americana, bodegón para refugiarse de sus largas sesiones de lengua francesa. Ahí, le han dicho, acuden cuando ya no pueden con la *syntaxe et la prononciation* que imparte Madame Paquette, profesora omnipresente de tantas y tantos empeñados en dominar *les manières de la langue* de Voltaire. Sus amigas le han comentado que el lugar es diabólico, pero que también ahí puede ganarse un cadete o un funcionario riquillo que acabará engrosando las filas de la Embajada de Estados Unidos, la General Electric en su French branch o la propia CIA.

–Dime, Regina. ¿Te regresarías ahora, conmigo?

–¿A qué te refieres?

–Regresar –insiste Sustrai–. Dejar todo esto.

–¿Dejar París? ¿Dejar los estudios?

–Sí, dejar todo. Tengo lo necesario, lo que tú o yo podríamos pedir para empezar una buena vida –la insistencia de Sustrai tiene algo de místico, de pregón a cargo de un antiquísimo sacerdote–. Sólo te necesito a ti. Solo me hace falta “algo” como tú.

Regina no nota que se refiere a ella como “algo” y no como “alguien”, pero está distraída, ensoñada; de golpe la invade un pesado cansancio. Esa mañana, había amanecido creyendo que imitaría a las francesas de coleta que, en los bares de lo ignoto, se convertían en obras de arte en un mundo indescriptible de colores: muñecas de trapo, levantadas con fuerza como pasta de pizza blanda. Se veía obsesionada preguntando cómo ellas comían y se perfumaban deliciosamente la piel; o sobre el uso de la tela emplastificada en los pantalones de valencianas tan anchas como las catedrales que mostraban los chicos mejor vestidos a la moda. Ahora ya no tiene energía para más. No, ni siquiera para pedir un poco de tiempo para pensar, porque sabe que no lo hará, ella no va a pensar, sea cual sea el tiempo que le concedan en este juicio a su integridad. Una vez tuvo mucho miedo y Sustrai lo disipó. Ahora siente que las manos de él toman su cabeza y abren sus

huesos para limpiarla de un líquido denso que no le ha permitido volar.

—Sí... creo que sí. Sí me iría contigo. Es muy bonito. Muy bonito lo que me dices.

—¿Ahora?

Regina tarda un poco, pero mueve lentamente la cabeza con ojos que no ven y sonríe como un ángel de la confianza. Sustrai no se atreve a besarla. Ambos quedan atorados, como haber olvidado el final de un chiste. El ridículo los hace reír; y los minutos pasan. Él, quizá por distracción, intenta mirar y entender la habitación de Regina: ve los rostros del Río Sena pintados por artistas cursis y el diseño floreado, retruécano de un tapiz de tonos pastel. Tan sólo la maleta de lona gris, de sucia lona gris, interrumpe un paisaje magnífico...

—¿Dónde vamos a vivir? Porque mis padres... —Regina pregunta interrumpiéndose con una risa inocente.

Ella cree que estamos jugando, piensa Sustrai. ¡Qué dulce! Viene porque hacerlo es bonito. No tiene malicia y en este cuarto nada, ni siquiera las sombras en los marcos de las ventanas, son oscuras... Nada toma el color de los demonios.

—¿Me prestarías tu teléfono para hacer una llamada? —Sustrai habla ahora con timidez—. Quizá yo deba avisar.

—Está en el corredor, sobre la pared...

De pie, Sustrai marca cuidadosamente escuchando el tintinear rasposo de cada regreso del disco del teléfono y pensando en el rostro y las expresiones que tendrá su madre. Pensando por igual en cómo, en las ocasiones tranquilas, asoman los buitres en un mundo de cera y naipes, donde colocamos nuestras ilusiones.

La voz que escucha es inconfundible. Distinta, aun cuando Sustrai no la ha tenido cerca en años. Pero no es la de mamá. Es otra voz: es su tía Amanda, Agatha o Andrea; Sustrai no recuerda con exactitud.

—¿Eres tú, Sustrai? ¡Te he estado buscando desesperada! ¡Desesperada! Todo el día...

Mujer inoportuna, prima lejana de su madre que a veces le mandaba postales indescifrables sobre viajes o museos cercanos que ella consideraba increíbles, exóticos y casi lunares.

—¡Mi prima se nos fue! Y tú, Sustrai, y tú tan lejos. Ah, mi prima. ¡Se nos fue!

Ella, ahora, le informaba que su prima está muerta. O eso ¿es lo que debe entender? No dice “tu madre, Sustrai”, sino “mi prima”, y rompe a llorar. A Sustrai se le aparece el ridículo en forma de un ruido (o sea que ya no tiene que avisar de nada a nadie): pero qué ridícula la forma en que se lo decían, el llanto mismo, el eco de los cables al momificar aquella respiración lejana, jadeo entre abismos. Y como si ésta fuera la decisión de un consejo de 16 hombres sabios en su cerebro, resuelve que no... no va a acompañar a la tía en su dolor. No. No tiene por qué tomarla del alma a la distancia, menos abrazársela, acariciarla por un dolor que debería ser propio, único. A fin de cuentas, es su madre.

Por unos instantes, Sustrai piensa en el costo de un ataúd.

—¡No sabes cuánto, cuánto lo siento! —la tía alcanza a repetir—. No sabía cómo decírtelo, mi hijito. Pasó anoche, pero como tú has estado tan desaparecido. Y ahora, ¡lo que me ha costado localizarte! Nadie sabía de ti, mi hijito...

Sustrai calla, espera como los meseros cuando los clientes buscan dinero para pagar la cuenta: rígido y apagado, pensando en que la tía podría ser un fantasma, o no ser nada, pero con dotes sobrenaturales. Mejor cuidarse de ella. Más le pasma el disparate de escucharla lejana llamándolo “mi hijito”. Espera e imagina que al otro lado del Atlántico, un poder que le han conferido ponga en jaque a toda una... ¿Cuál familia? ¿La tía Agatha o Águeda...? Eso no es familia.

—Tienes que venir cuanto antes —se alcanza a escuchar.

—Tal vez, es que... Tía —la voz de Sustrai se empeña por ser la de una máquina—, tal vez me sea difícil.

—¿Es cosa de dinero, Sustrai? Si tuviera algo te juro que te lo enviaba... Pero mi situación es tan difícil y tu mamá, Dios la re-

ciba plena, parece que vivía sin nada... Sólo los santos viven del aire. No creo que haya dejado nada. Quizá vendiendo algunas cosas se podrá sacar para el entierro y las misas.

Sustrai sólo puede pensar que la voz de su tía se vuelve costosa en la distancia, un exceso.

—Sí, tía —dice pausado Sustrai—. Yo también tengo un poco de problema de dinero, pero haré lo posible para conseguirlo.

—Pero, mi hijo, tienes que venir.

Sustrai cuelga después de insistir en que hará lo posible; después de pedir que no lo esperen, que el velorio, los rezos y el entierro se inicien porque difícilmente... Lo demás es ruido. ¿A qué ir? Además... además..., acaba de caer Allende. ¿A qué ir?

Cuando regresa al cuarto de Regina, ella ha estado explorando el contenido de la maleta y varios fajos de billetes, dólares y más dólares, están sobre su cama. Sustrai no le reclama. La sorpresa, mezclada con su credulidad la embellecen.

—Iremos a donde sea —susurra—. No tenemos que avisar a nadie.

Luego, como si no existieran, se sienta sobre los billetes. Ella quiere decir algo... algo como que siempre pensó en él... por otras razones. Él la jala. Ella trata de explicar que Sustrai le parece maravilloso por todo, no por el dinero. Él la besa, sutil. Ella duda por un momento si debe viajar con él en esa alfombra de dinero, pero es penosa: mejor reír y además: siente que ya ha dado su palabra.

—¿Quién es Allende?

—El Presidente de Chile —contesta él.

—Ah.

—Imagino que ya lo mataron... Es como decirte que ya se chingó todo.

----0000----

Torre uno rey

Las mujeres y los diamantes se parecen mucho, pero recorren caminos opuestos. Ellas son la pureza de inicio y se van corrompiendo. Ellos, los diamantes, nacen en bruto para que después los corten, los pulan, los monten en un ropaje que los muestra espléndidos. Decimos que son puros, muy puros, cuando pasa el tiempo y los vemos en contraste con la historia de porquería que los rodea. Los diamantes de Cullinan, adornando la joyería real, son más impresionantes gracias a su permanencia impoluta, muy por encima de la historia de fatiga, de los errores y bajezas de los reyes y sus descendientes, de sus batallas y sus ennegrecidas decisiones. A la mitad de sus respectivos caminos, mujeres y diamantes se encuentran. Ellas, núbiles, al cierre de su inocencia; ellos al lucir su primera montura, aún sin ser lucidos, después de ser roca, lodo, mugre, en su culminación del trabajo tan largo y artificioso. Vienen del manoseo constante que fue construir la perfección de la joya y su lucimiento. Ahí se hablan con sus dueñas con entendimiento perfecto. Después... cada uno toma su propio destino. Pero ese momento es mágico; es la declaración de amor, la gran petición de entrega y todo lo que implica: ellas, después de eso estarán saltando al marasmo absurdo, para ser desfloradas... destronadas de la blancura que las ha rodeado; y ellos pasarán a burlarse y a brillar, agazapados desde el anillo en la mano, el collar en el cuello, en forma de brazalete, o a la distancia, recostados en un joyero o mesa de cama, admirando la forma en que la niña es usada y empieza a marchitarse. Esto lo capta el fotógrafo en una instantánea juguetona donde la chiquilla, usando únicamente un velo de novia como tocado alto, recibe desnuda un regalo de manos del funcionario. La foto es un intento que no logra su objetivo. Quizá quieren convertirla en joya para que valga más en el mercado. Ella no entiende nada, nada en absoluto... lo cual es comprensible; la acaban de arrancar de su madre. Pero él se está riendo, ¡carajo! Algo inaceptable. Nada les hubiera costado guardar un segundo de calma, sabedores de que en foto-

grafía, se puede engañar a toda la gente, al menos por un instante. El funcionario se ha agachado y su corbata recuesta flácida sobre su pierna; la niña está de pie sobre un taburete para incrementar su altura. Él tiene que estirarse para entregar el regalo que suponemos será un anillo. Ella extiende apenas su mano flácida y temerosa. Él no está conmovido ni nervioso; lejos de eso, oculta su risotada apoyando la quijada, sin amarras, sobre su brazo y negando su rostro. Su gesto es demoniaco. Siendo conciso, la foto quería reflejar el momento en que se elige una afortunada, entre muchos. Buena idea, pero la burla en el rostro nos hace dudar de todo, incluso de la pureza del diamante en el anillo; una baratija.

LA CRÍTICA

SEGUNDA PARTE

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

Estaba acostumbrado a clavar la vista en largas sesiones de lectura durante el trabajo de oficina (tan sólo el supuesto trabajo). Era lectura disparatada; la lectura que día a día realizaba el doctor Emile Buté; el mismo que antes de concluir su lectura repitió parsimoniosamente las últimas frases del capítulo:

Chaque officier détenteur doit remettre le sien après les manœuvres. Si donc vous voulez y prendre ce qui vous intéresse et le tenir à ma disposition après, je le prendrai. A moins que vous en vouliez que je le fasse copier in-extenso et en vous en adresse la copie. Je vais partir en manœuvres.

Cerró el libro.

Lo embargó la clarividencia del guerrero que ha terminado de afilar armas, seguro de su estrategia para la batalla. Con la calma en el corazón, podía dar paso al sueño, hartado sueño convertido en bostezo, asco, salivación. No estaba dispuesto a derramar más minutos de su ingenio en la ardua tarea de mantenerse consciente a lo largo de la cuesta que significaba otro capítulo en las memorias de De Gaulle.

Por el contrario, estaba listo: listo como hombre que ha sido, por años, todos los encargos, toda posición y geografía, dentro de la corporación: desde un simple analista, cadete, brigadier e inspector, a veces relegado como asistente del mismísimo Comisario Principal de la DGSE; ahora envejecido, grueso de carnes pero renovado. Con algo que él mismo entendía como “afectado por las Delicias de Capua”, Buté se tornaba dispuesto para deslumbrar nuevamente, pero ahora desde lo que consideraba su infinito exilio.

“Je vais partir en manœuvres, brûler les scories”, pensó como si aquella pudiera ser una fórmula para citar delante de su jefe,

un burócrata menor que le prestaba atención a cuentagotas, y con ello comenzar su nuevo ataque contra un recuerdo que le endulzaba la boca, regalo de demonios borrachos gritando entre brindis: ¡qué jodido, qué gran y jodido amor tenemos todos en el mundo por el gordo Emile Buté!

Cosas por cambiar: a sus 50 años, convertido en un prematuro asistente sin rumbo en una Embajada francesa, lejana misión sin importancia, debía repensar su manera de citar clásicos de la política. Reencontrar momentos cumbre, donde el estadista, el general, el monarca tuvieron que decidir... y al hacerlo acertaron o erraron para torcer la historia. Eran su fuerte y por igual su manantial de admiración, fastidios y odios. Pero en su plática interior le acarreaban la más personal de las recompensas.

Dejando el libro atravesado por su lápiz bicolor, ritual de perseverante lector analítico, recontó los tiempos de su batalla: quedaban minutos, suficientes para dormir sin que podamos saber, bien a bien, dónde llegaría su mente. Difícil averiguarlo en un hombre intempestivo, especialista en ciencias militares; un truculento desde los tiempos en que la DGSE era el *Service de documentation extérieure et de contre-espionnage*, dependencia a la que ingresó simple y llanamente por ser niño aplicado, donde tomó el camino ascendente por su atrevimiento, pero que pronto descarriló por ansioso; Buté invitaba a que todo aquel que alguna vez hubiera sido su superior, los distintos directores de región, los comisarios y agentes, se preguntaran sin remedio: ¿Emile Buté, es indispensable? El respondía diciendo: soy indispensable como Vicente Filísola o, por qué no, como lo fue Hefestión Amintoros el Macedonio, y sonreía sin llegar a tierra. ¿Es realmente indispensable? ¿Es necesario tener a mano a este ocioso, ávido lector, marica, sobrepeso, gigantismo, sudor amargo, parásito que deambula por los peores tugurios locales, labio de Brigitte Bardot bajo el bigote de Obelix y palabra imprudente como dardo bañado en veneno?

Buté no era realmente docto, sino un genuino fanático de la guerra y su temblor. Se sentía un místico en acecho. Escudriñaba

en la búsqueda de algo, un brillo de navaja en el horizonte de la imaginación que pocos pueden definir: ¿la deducción propia de una epifanía en momentos de crisis? ¿La crueldad de la batalla que, de un modo u otro, crea vida? ¿Los ritmos artísticos, una música interna, en la estrategia? ¿La descripción nítida del alma guerrera, cuando se pierde o cuando se gana ejerciendo el perdón o el sacrificio sobre el enemigo? ¿La extracción pura del honor, la furia, la belleza, la sensualidad sin cortapisas que se encuentra cuando un soldado rabia hundido en una trinchera pestilente junto al cadáver del mejor amigo?

Emile Buté, a pesar de haber nacido en un poblado de gente tosca, cerca de Bressuire, siendo un bárbaro en su juventud, había recuperado todo el terreno de la elegancia y la sofisticación. Desde joven, se vanagloriaba de una biblioteca única, de escogidos volúmenes incomparables, y de haber sacado sabia especial a los textos que, según él decía como sabio de la estrategia y la política, no podían haber sido escritos más que en circunstancias extremas e inigualables. Sus acervos iban mucho más allá del Clausewitz o el Sun Tzu, o aquel, indispensable entre galos, *Livre de guerre*, traducción al francés, de la sabiduría de Marc Weitzmann; una edición príncipe que consiguió inmaculada, aún con sus hojas unidas por los folios que él mismo tuvo que cortar cuidadosamente con su atesorado cuchillo que apodaba “llama”; “mi llama de servicio”: un Botero Black con camuflaje que atesoraba desde adolescente. Nada de eso. ¡Más profundidad!

Decía que odiaba a los consabidos Ludwig Emil o Calvet que han dibujado las batallas de Waterloo, Leipzig y el Nilo. No, por el contrario, en la mesa de centro de su casa se codeaban sin pudor una publicación original de la Real Ordenanza para el Establecimiento e Instrucción de Intendentes de Ejército y Provincia de esta Nueva España, 1786, original, que hubiera merecido una incautación nacionalista a la que nadie que conociera a Buté se atrevía (y eso que eran muchos sus invitados a beber el vino de Burdeos que prefería)... Y junto, el Tratado de Táctica Moderna

para la Infantería de un tal Barón de Calafuerte, incompleto, porque Buté sólo había conseguido la sección dedicada a la instrucción de Reclutas y Compañías, volumen del siglo XVIII, “deliciosamente insigne y efectivo”, según su dueño. Y decían los chismosos que en algún lugar de su casa se guardaba un manuscrito de Pedro de Lagasca que, de estar referido a la verdadera relación de aquel héroe español con Gonzalo Pizarro, odios y amores en las batallas de Jaquijaguana, cerca del Cusco, podría cambiar nuestra visión de la conquista peruana. Pero su mayor tesoro, mencionado entre muy allegados, era una cartografía original de Pedro C. Sánchez que no se atrevía a mostrar seguro que ésa, sí, se la confiscaría el gobierno, el amigo, el adversario. Y a partir de ella, toda la fascinación por los mapas: por los de Hiparco, los de Claudio Ptolomeo o Sebastián Cabotto y el amor por el trazo limpio y endiosado de Juan de la Cosa —el mejor según decía, incluso por encima de Vespuccio.

Sí, el doctor Buté, que de doctor nunca tuvo nada ni en grado ni en habilidades clínicas o quirúrgicas (pero así se hacía llamar), cultivaba su predilección por los soldados ibéricos, los conquistadores del XVI y XVII, los mejores, los más valientes y los que tenían rumbo cósmico, orientación, idea divina... así decía. Tal pasión no le impedía haber aconsejado personalmente a Gérard Chaliand, para armar su *Antologie mondiale de la stratégie*, en torno a la cual se empeñó en meter tantas alusiones al espíritu de cofradía como pudo a partir de las *Instructions militaires du roi de Prusse pour ses généraux* de Faesch que ponen a Federico II por las nubes. Creía en Henri Levêque; se vanagloriaba de ser amigo cercanísimo de Pierre Ducrey... falso. Y entre tanta sabiduría, aseguraba que lo mejor que había leído, por encima de Tocqueville, DUBY, Béranger, el que fuera, eran las Memorias del almirante Guillermo Brown sobre las operaciones navales de la escuadra argentina de 1814 a 1828. Un largo suspiro lo cruzó como la flama al demonio, con subsiguientes y odiosos olores.

En medio de su océano personal, Buté sabía que lo llamarían en menos de cinco minutos y que sería un admirable pasaje en su

propia crónica. Bostezó entonces deseoso de que su mente rondara libre en ese breve lapso: una droga que frecuentaba, común y maldita; divagación autocomplaciente. En esta ocasión, sus memorias comenzaron en las fuerzas especiales de la DGSE en París, equipo antiterrorista, para luego transitar a Laponia; de Sapporo allá en Japón hasta la isla de la Reunión; lugares que conoció joven en su extraña carrera de eterno asesor y consejero; genial, molesto.

Buté era un funcionario “retirado”, de facto, que no de jure, porque resistía como linfoma el rechazo de los que sí eran operativos, manteniéndose en el servicio apenas como un libro de consulta. Todos los directores regionales lo toleraban y terminaban por aislarlo; percibían en él una inexplicable y latente violencia, la de los torcidos y los dementes. Por ello lo colocaban lejos. Hacía tiempo que el ritual sobre Emile Buté se repetía irremediable en el cuartel general de la DGSE: se discutía, se pensaba en tramitarlo en automático como se hace con el mantenimiento de los equipos y automóviles, o la compra de materiales de limpieza. Este año, Buté irá a... ¿a dónde? Dejen a Buté donde está; donde ha estado los últimos años. Allá... En algún lado... Sin importancia.

Emile Buté ya no opera, “ya no sirve” dicen los que lo odian. Sólo deambula y la fosforescencia de sus palabras, viperinas y maliciosas podrá ser deslumbrante, pero obscenamente impráctica: alumbra, generalmente para que uno se dé cuenta de que no puede cambiar nada. Reducido a la oficina del rincón, a aquella que se improvisó incómoda bajo la escalera, Buté sólo existía como agregado en la Embajada francesa, donde más lee y piensa, y donde menos daño hace: un reconocimiento a una cabeza que se comporta como una maraña de conexiones y batallas antiguas, aleatorias, a veces resplandecientes, en ocasiones estúpidas y sin duda imprudentes. Así se le marcó el destino desde que le fue imposible físicamente emprender una investigación en forma, demasiado aterido, citando estrategias inútiles de Aníbal, aburriendo a sus compañeros con campañas del Duke of Marlbo-

rough y anécdotas de rapiña del Comandante Edén Pastora. Ya no podía pasar esas largas noches sin dormir, agazapado en un auto como todo agente que se precie, y vivir de panecillos Tagada sabor zarzamora o Croquebouches, lo que comen los policías en sus largas horas de espera, figoneando apartamentos, celando adulterios.

Ahora, tras su escritorio, higo maduro y adormilado, Buté se entretenía confirmando su existencia como la más pura función del asesor: tener ideas, motivarlas, encender el estallido de la creatividad, alrevesar lo obvio en tres minutos, vulgarizar lo místico, transmutar lo simple en confabulación milenaria y usar el esgrima verbal para herir la opinión ajena con el comentario único e inédito, su estocada; pero sin falla... evitar la solución. Vivía de leer noticias y tratados académicos por igual, aunque todos creían que era asiduo de le Carré, Ludlum y Forsyth (mejor Fleming, Len Deighton y Daniel Silva), autores que Buté era incapaz de reconocer; rechazo total. Nunca una novela, nunca un cuento o un libelo de espías, sólo historia porque leyendo historia—que siempre le pareció la mejor ficción—, se empieza a moldear la escultura del futuro. Devoró la gran épica, el Mahābhārata, para concluir que todo en el mundo literario era su heredero:

“Des compositions comme L’Iliade et l’Odysée, l’Énéide, tout admirables qu’elles sont, palissent devant le Mahābhārata comme le Pinde et les Sept Collines devan l’Himalaya”.

Leía por igual a Heródoto que a Trevelyan o la revista *Time*, a Tucídides que a Richard Hakluyt, Guideon Rachman o William Hickling Prescott, quizá su favorito. Y merecía ser reconocido por procesarlos en una especie de tubo digestivo mental, el más retorcido, prolongado, malsano y veloz del servicio secreto francés. Tal vez por ello lo alejaron, lo exiliaron; porque a lo largo de su mente, pasa toda la historia importante, hasta volverse parda.

Gran conecedor de política, de varias lenguas, de la cultura del vino, podía mantener a su director entretenido y mantenerse entretenido a sí mismo. Pero lo imposible: “que no piense Buté, al

menos que no piense en cosas importantes”. Y en verdad podía ser incomprensible; él mismo se perdía en sus pasos, pero sabía bien que nunca se detendría. No entendía la palabra “error”, extraña en él; inexistente cuando se refería a cosas pequeñas como el tiempo que faltaría ahora, según sus cálculos, para que el Comisario Regional lo volviera a poner en acción. ¡Al fin! Era tiempo insuficiente para volver a sumergirse en los recuerdos, en París, Laponia, Sapporo o Juneau. Y en cambio tenía que volver la mirada sobre su oficina, impropia para una Embajada francesa en país pobre. Sacó unas llaves francesas, las metió en la chapa francesa del cajón francés y sacó el fólder francés que le habían enviado con la nota confidencial proveniente de París y leyó algunos pasajes por última vez: algo que daba a entender con barrocos alegatos que allá, en capital, había fundamentos para suponer que documentos altamente comprometedores habían sido robados por algún delegado diplomático; incidente ocurrido durante una Cumbre en Nueva York. Buté releyó sonriente aquel pasaje, plasmado en la portada de un expediente más extenso que conocía por obvio y predecible. Miró su reloj y esperó que el teléfono sonara, ya sin poder soñar con Laponia. El teléfono timbró. Al fin.

—¡Buté!

—¡Buté, venez!

El Comisario Regional, como era previsible, llamó a Buté con un tono incómodo. Él ya había visto la película; se había visto a sí mismo, encajado con su enormidad, entrando en la oficina reservada a la DGSE, la que cuenta con cámara de televisión, caja fuerte, trituradora de papeles y los elevadísimos estándares de seguridad para encender una computadora, un celular o un cigarrillo. Ya se había visto cuando su jefe, su mayor de plaza, le preguntaba si había leído el informe, si sabía algo de lo que ahí se mencionaba, si podía pensar en acciones, en propósitos ulteriores —la estrategia detrás de todo aquello— y si conocía alguien entre las autoridades para saber algo más sobre el asunto, pero sin co-

rrer riesgos. “¿Quién nos hizo esto? La batalla estaba ganada”, pensó Buté, como en todos los casos en que la estrategia ha sido clara. Así que su voz eficiente y afeminada, ya sintiéndose Cesar en Farsalia con la simple tarea de contar muertos, contestó a todo con artificio, sin dejar nada en claro... Finalmente añadió:

–Je voudrais gérer personnellement ce cas; partir en manœuvres. Comme le disait De Gaulle.

Buté se explicó; añadió que algunos de los primeros pasos en la intrusión, ya se habían dado, con equívocos preocupantes, sin desencadenar la alarma, gracias a Dios. Extendió la mano entregando con soberbia una lista de delegación obtenida por algún arte de seducción –no, de inteligencia–, y de inmediato solicitó al Comisario Regional evitar la pérdida de tiempo de leerla completa. Buté es como el líquido aceitoso que usan para lubricar cañones con estrías después de tratarlos a fuerza de gratas y paños con solvente: brillante y de caída espesa y compacta; sus luces ocultan las verdades de su color, pero su engaño lo preserva coherente, simétrico. Y con esa armonía, aclarando que ya había hecho indagaciones sobre esa lista que le permitían confirmar que los avances sobre quién podría ser el culpable, el enemigo, se habían hecho sobre bases correctas, lo cual no impidió que destapara el tufo de su verborrea:

Con ademanes de oficial de campo, eliminó dos o tres nombres de aquella lista. Argumentó que no viajaron a Nueva York, porque sólo eran la reserva, pertrechos estratégicos, que se usan apenas para asegurar lugares en las listas de ingreso a los recintos. Pasó a descartar a un científico, Urbina: porque la sola mención de Urbina imponía respeto. Era un sociólogo muy laureado, en Estrasburgo, en Berkeley, en Carlton y en el propio París, pero poco productivo y más bien dedicado a la difusión. Buté señaló su nombre sobre el papel, como lo hizo con otros, usando el meñique en un circunloquio manual de ilusionista que ocultaba su anillo, falsa imitación del distintivo de la Orden de los Tres Toisones de Oro que consiguió con un orfebre habilidoso de oriente. Al

señalar añadió que Urbina había viajado únicamente para acallar a los vociferantes de la sociedad civil, y aunque se desborda en frases y cifras en torno a temas de injusticia... en su alma entien- de a África como a una mascota que se acaricia en las mañanas, un encargo para observar hasta reconocer sus disímbolos hábitos, sus brotes enfermizos, sus callos: “jamás robaría... ni un tene- dor”. No está en esto.

¿Quién queda para la sagaz mente de Buté? ¿Paulina Sosa? ¿Enrique Piedra? ¿Sustrai Oroitz? Los tres resaltados con un círculo rojo y agresivo. Sobre la primera, Buté tenía poco que decir, así que habló hartó. La consideraba un enigma difícil. *Je la connais; oui, je la connais*, repitió en su único tartamudeo del día, viejo zorro del desierto, ahora un Buda bigotón, y especulando comenzó a tomar la confianza de los gurkhas desenfrenados en los terrenos de su emoción; iba al galope en avanzada. Sosa pla- nearía el robo de un documento solamente por algún precepto constitucional y la Constitución no dice nada sobre ir y robar. La ley la rige y la hace equivocarse, el trabajo la embriaga y la justi- cia ideal que se plasma en documentos –sólo esa justicia y no otra de origen distinto– le habla al oído. Estudió bien su carrera de abogada, para volverse un libro, un código, una oradora; ambi- ciosa, pero a fin de cuentas una fanática religiosa de los tratados, una inútil espía, sin malicia y sin criterio. Ella no está en esto.

Su brinco para mal-hablar del Embajador Enrique Piedra fue más sencillo: inocuo; atornillado por sus propias ambiciones, ese jefe de la misión. Cree, al igual que 90 por ciento de los diplomá- ticos estúpidos, que todo beneficio se logra siendo agradable, siendo sumiso, siendo lambiscón gratuito; su cobardía es, enton- ces, tridimensional; un cubo perfecto de pavura, insinuó Buté. Ha llegado lejos, porque nunca ha tenido en sus manos nada de va- lor, una joya, una corona, una decisión que le hubiera quema- do... Tarjetas de opinión sobre temas intrascendentes: una vida sin oportunidad alguna para cometer un error que no provenga de la simple estupidez; no porque la oportunidad no le llegara,

sino porque rechazaba atraparla. Sus miedos le impedirían buscar un robo así y menos le dejarían usar el botín: planearía una operación como esta, quizá, pero antes de actuar se iría a su habitación a ducharse con agua fría.

—Et?

Al elevar su pregunta, el comisario de la DGSE levantó también la vista impresionado, ya con sus defensas aplastadas, en línea de capitulación. En su lectura no había alcanzado la meta parcial de entender una sola página del expediente y ya Buté le hablaba con el tono de haberse subido a un antepecho labrado en la pared de su propia oficina, púlpito de profeta, del soberbio bardo o exegeta que ya vio los resultados de la historia y pasa a traducirla. Buscó ayuda en el propio Buté murmurando agresivo “attends, attends”. Pero Buté ya cargaba en bajada y llegaba al blanco.

—Seulement Oroitz, Sustrai Oroitz. C'est l'acte d'un seul homme. Un hombre solo; Laissons-nous les autres au calme.

Porque Oroitz, para Buté, era asunto aparte. Sentía un poder sobre él, el del secreto compartido, el de la cofradía y los mensajes minimalistas que unen las razas afines: un guiño, un temblor nervioso, el desplome instantáneo de una mirada que encierra un peso de sanciones y acuerdos. Buté, sin saludos o copas de por medio, sin haber estado jamás en la misma mesa compartiendo pasta, vino o viandas, ha cruzado miradas con Oroitz en uno o varios eventos sociales, en algún punto de la historia que incluso se le borra para esconderse más allá de sus capacidades conscientes: ¿la fila del check-in en el aeropuerto? Quizá. Un tren o una antesala... o un elevador; y ahí, en donde haya sido, habría podido descargar dos o tres vidas con todo y sus reencarnaciones: “yo sé que sabes y tú sabes que yo sé”. No sé bien por qué, pero nos vemos y nos reconocemos.

Buté llegó a estudiar la importancia de Oroitz en la política nacional. Sí, así lo dijo. Incluso, hace tiempo, garrapateó algunas

líneas como apuntes en su cuaderno personal con la intención de redactar un informe, pero nunca lo concluyó. Su historia, la que ahora trataba de ordenar en tres o cuatro mensajes básicos para el Comisario Regional, le parecía inasible por alguna incómoda sensación. Y por la forma en que se empeñaba en invitarlo al silencio, la parsimonia, la inacción, concluía que Sustrai, el Vasco Galiano como lo apodaban, era el símbolo mismo de la nación entera; su espejo, su explicación o, por el contrario, la imposibilidad misma de entender al hombre y al país por igual.

Es corrupto e inteligente, Sustrai es como todo aquí; lleno de sabores y obscenamente al borde de la podredumbre. Fanático de la exclusión, de eliminarle los accesos al prójimo; es jodido, retorcido, pero con la fisonomía de un ser muy simple y pragmático, que fluye como la bebida endulzada con melcocha. Sabemos que salió pronto de un pueblo sin importancia: Parque Vélez, un lugar desconocido ahora, cuando las manchas urbanas lo devoran todo. Una infancia mala, sacrificios de su madre, una viuda joven que trabajaba desviviéndose para sacar al hijo adelante. El despegue social le llega gracias a la universidad. Estudia derecho, se convierte en político. Se distingue por moderado; ¡qué va! Acomodaticio. Coquetea con unos y con otros. Durante las pugnas entre socialistas y duros de derecha, es capaz de llevarse con ambos. Pronto todos entienden, Sustrai Oroitz es práctico, es útil, cae parado como los gatos. Todos lo usan y él se deja usar. Se hace amigo de los cabecillas de los movimientos estudiantiles, él nunca encabeza. Probablemente ofrece a cambio algo: todos piensan que información, porque cuando calla parece rebosante de sabiduría. El país es igual: arrancones de frases hermosas y fatuas, y luego silencios que, como todo el barroco, capturan de moho verde hasta los sueños del enemigo. El Vasco sabe lo que es saber o al menos aparentarlo. Corre con suerte. Deambula, se viste ganador. Pavonea. Tiene el ingenio del tenista maestro del bote-pronto. Entonces el gobierno decide becarlo, sorpresivamente: quizá para tenerlo lejos como a muchos de los líderes estu-

diantiles; quizá para premiarlo y usarlo. Sus compañeros, muchos de ellos, terminan en la cárcel. Él logra un Diplôme d'Etudes Ap-profondies. Como muchos entre los rijosos de los sesentas y setentas. La beca es a París, entre 1972 y 74: muchos de ellos iban a ciencias políticas, economía... sociología. Lo de él fue derecho comparado; *Droit des Affaires* et *Droit Economique*. Oroitz sabe distinguirse, y desde la Cité Universitarie conoce por igual a todos los del Movimiento Revolucionario Latinoamericano. Se cartea con ellos, enviando hartos mensajes ambiguos; los convence, trabaja con ellos y aparenta serles de gran utilidad. Encabeza los contactos de los partidos, con el Partido de los Trabajadores y con los Movimientos Internacionales Revolucionarios de Chile y Perú, con los sindicatos franceses. Parece que negocia subsidios, dinero; quizá mucho dinero... Nunca se supo que pasó con ese dinero; pero nadie lo reclamó. Eran apoyos numerosos para el gobierno de Salvador Allende. Ese año Pinochet se levantó y derrocó al Presidente; natural que nadie preguntara.

Buté explica con agilidad que Sustrai Oroitz regresó casado, con una mujer devota, Regina Martínez; infinitamente devota a Dios, más que a él, e infinitamente hermosa, aunque ella no lo reconociera o no lo sintiera. Regresó poderoso. No sé cómo. Lleno de fortuna. Joven hábil en los negocios, decían. Con un olfato único para toda transacción exitosa. Tuvo trabajo de inmediato, en las empresas públicas, su espacio vital. Tomó un excelente empleo, con poder, con auto, con chofer y compinches, muchos, cerca de los elegidos, aunque se mantuviera discreto, cerca de los contratos, de las ventas más exitosas de acciones y propiedades... y cerca del dinero. Además se encarga de temas de inteligencia: bajo la pantalla de un funcionario en el área de recursos hidráulicos, de concesiones, repartición de tierras y finalmente energía y petróleo. Vive muy vinculado al petróleo. Fue por años la mano derecha del ingeniero Salomón Rodríguez Gómez y cuando Rodríguez Gómez fue a la cárcel, Sustrai Oroitz no fue con él. Todo hubiera indicado que Oroitz debía acompañarlo. Su firma apare-

cía en todos los contratos con buques de petróleo, compraventas falsas; en las pólizas de las empresas perforadoras, algunas sobrevaluadas... Pero nada, su nombre es parte de cada tubo en ese auge del mercado petrolero hasta que llega 1983 y el nuevo gobierno hace una purga, muchos huyen y otros caen: Rodríguez Gómez es el chivo expiatorio, pero Oroitz, nada... Desaparece unos meses, viaja, hace negocios, se cartea con sus amigos socialistas y, después, lo nombran Embajador. Así, no más, Embajador.

Sí, quizá pensaron que sus contactos con las redes de izquierda facilitaron su designación a la Unión Soviética. Sí, allá en Moscú, descansa, bebe y sonríe. Vivió la caída del muro de Berlín... parece que volvió por algún problema con la salud de su esposa. Siguió bien vinculado al gobierno. Trabajó en procuradurías: la general, la de la capital, la fiscal, la electoral. Y lo más sórdido de su historia, es lo más oscuro. Cuando mataron al candidato a la Presidencia... sí, a don Luis Grande de Suárez, todos pensaron que Oroitz sabría algo, pero salió limpio. Estamos seguros: él sabía algo, pero salió sin un raspón.

Su carrera se apagó: sola. Asesor en temas de derechos humanos... ¿Quién lo creería? Por ello está en esa lista, por ello viajó a Nueva York: un último favor de aquellos a quienes no agravió; un espacio en el último rincón del gobierno; un regalo de consolación para su ego. Ahora, el anonimato y la rutina hacen de Sus-trai Oroitz algo inasible. Es un perro, con todas las artes del perro: el olfato, la salivación, el estómago resistente, la lealtad única, aunque es un perro sin dueño. Puede morder cualquier mano.

Buté se contuvo y pensó con seriedad: cómo definir a Oroitz. Volvió a contener la elocuencia. Sí, pensó, Dios se empeñó y logró crear un hombre tan escurridizo como para esconderse entre vagón y vagón, entre vías y andenes de los rápidos trenes que apabullan ahora el devenir de nuestra época. Es por igual formidable por sus maneras oblicuas (por eso digo que es la nación encarnada en un sujeto), hasta hacer contacto con la malicia. Una contradicción con zapatos: hombre símbolo de la lealtad y

materia de los mejores chismes sobre traición; arrogante, inseguro, brillante, sociable pero tímido; cacarizo para dar sus amores... ¡carajo! Firme y resistente, pero también de piel extremadamente fina, irascible, explosivo, pero irónico. Cortante por claridoso, pero colusorio a contentillo. Un hombre sumamente perspicaz; excelente consejero, pero ciego si de observar la propia conducta se trata. Vanidoso, narcisista y aislado, enfermo quizá cuando se trata de hablar de amor propio. Generoso y cálido en momentos de exhibición: dispuesto a sacrificarse a sí mismo una y otra vez, y quizá también por un jefe o un líder que nunca encuentra. Reconocido por su tenacidad, pero también un chivato.

—Est que je peux commancer à travailler comment il manque, Monsieur le intendant? Est que je peux partir en manœuvres? —en las preguntas de Buté había más que una solicitud, había una orden inevitable para su superior en la DGSE, convertido en pasmo, en baba hacia el abismo. Buté, al hablar pensaba en su cuchillo de servicio guardado en el cajón del escritorio. Le quemaba la mano ira a tomarlo para entrar en esas maniobras, ya decididas. Y su palabra era una orden para quien desde ese momento pasaba a ser ya su subalterno en toda la historia de la jerarquía militar desde la batalla de Qadesh hasta que Norman Schwarzkopf ganó la Guerra del Golfo. El comisario tenía que obedecerlo.

—Oui; vous y pouvez.

*

Antes de dejar aquella oficina, aquel imaginario baño de sangre, el doctor alcanzó a insistir con sutileza desde la puerta:

—Me permetre le demandé quelque chose?

—Oui?

—Qui a-t-il eu la bonne idéé de porté ce document a Nueva York, a ce conferance?

Buté abandonó la oficina del comisario de la DGSE convencido de que había que buscar a alguien que operara sus grandes ideas a la distancia en Nueva York, y por igual de que sus pensamientos se abrían paso como una lámpara brillante en una cueva hú-

meda y llena de telarañas. Sus invenciones no salían de un archivero fatuo e inestable; al contrario... al contrario: parecían provenir del mismo mundo mágico, aunque desencajado, que él supo percibir en la mente de Sustrai Oroitz.

----0000----

Caballo cuatro torre dama

La foto muestra a los niños cuando los suben al camión, rentable pieza de verticalidad, potencia y engranaje para el transporte de víveres. Están en fila. Llevan la ropa nueva que les han dado y que los convierte en flores exóticas, mesetas con orquídeas, monopolio del color. Lo demás es pardo, grisáceo... a pesar del sol de la tarde. Unos soldados los levantan, otros los atrapan en lo alto del camión. Están mansos, deshuesados y apenas se sostienen en pie. Es fácil acomodarlos. La foto es propia de un registro; sin alma, sin mayor mensaje. El funcionario no aparece. Los soldados se alinean simétricos; niños arriba y niños abajo. Son menos de una decena en total, pero no podemos jurar que son todos. Quien registró la carga del camión lo hizo únicamente para dejar evidencia de que los subieron en buen estado, sin queja, sin moretones, heridas o magulladuras. Son mercancía valiosa. Y eso mismo se hace cuando se carga madera o, mejor dicho, cerámica de la que aquí hornean. La diferencia es que la madera o el carbón no tiene un mundo de padres llorosos, gritones, que han iniciado su camino en otra dirección. Ese ruido molesta. Pero la foto no tiene ruido. Es sencilla y clara como el libro de balance de un contador. Los soldados hacen la lista, toman las fotos y queda evidencia que los desperfectos, si los hay, ocurrieron después; culpa de otros en el trayecto al puerto y desde ahí a los mercados del norte. En este lugar, con poner las cosas en blanco y negro se demuestra que se sabe tratar la mercancía.

2 Dama dos alfil

Enero de 1974

A Gastón Duchat lo acusaban de ser un negro pretencioso, un escalador, brinca-trancas; pero nada de eso era cierto. También los compañeros lo veían como el bufón contorsionista que aceita esa red de dádivas, prebendas, amenazas... Así es el departamento de policía... todo departamento de policía.

Se decía que sus ascensos en la corporación fueron veloces, costales de tramoya que ascienden al caer de los telones; a costa del hundimiento de amigos y colegas. Pero también se conocía que, abultado en cada rasgo, con esa nariz de poema y labios de goleta, Gastón nunca conoció el miedo, desde niño lo ignoró y eso lo hacía diferente... Trepador, negro que creía que todo el mundo era árbol; no topó con límite alguno ni por fusiles o pistolas, y eso sin importar de qué lado de ellas se encontrara. Y quizá esa era su ventaja: estúpido frente al fuego, el chiquillo Gastón disparaba con su pistola imaginaria, dedo índice enhiesto y certero en las correrías que adornaban como oleaje las chabolas reservadas a su raza. Negro de muchos tintes empalmados, por igual ganaba sus batallas o moría... y fingía las más estrepitosas caídas en las escalinatas de su piso en la Rue Messenger. No había niño que muriera como Gastón Duchat en los barandales y entrepisos. Ahí se hizo grande como llevado de la mano de los arcos y se hizo como una roca de río: sin quiebres, sin palabras, sin dudas, sin abolladuras: era el oso negro, enhiesto y de rugido tácito que había querido ser: matón, jefe, comandante, aventurero.

Gastón se inscribió –se alineó con la presteza de las lascas puras, atraídas por un imán– en aquellos equipos de élite, los que enfrentaban primero el peligro: oficiales especializados o *Groupes d'Intervention*, que así llamaban mis amigos a los primeros SWATs franceses en los sesenta, tan llenos de gadgets y ciencia,

como de osadía. E imitando la energía de un dálmata con pedigrí, se mostró con ganas de romper, primero entre todos, las puertas con el ariete; presumió voluntad para deslizar su mole por cables recontra-delgados, confiado en un diminuto sistema de poleas... o rodar en cornisas, recorrer canaletas como ardilla y arrestar argelinos y doblegarlos con el tolete. Con tales historias, a la par de su arte para halagar los oídos adecuados, pudo blanquear las barras de sus insignias en el uniforme de gala, ganar laureles a puños, en ceremonias breves y serias de reconocimiento al valor y –con la suavidad del arácnido– trepar y trepar de brigadier-major a chef, y de gardien a stagiaire, y de inspecteur divisionnaire a capitaine, officier de la paix, lieutenant y directeur des services actifs.

Con los años de acción constante, sin familia, sin hijos, sin distracciones, ganó para sí técnicas sin paralelo y para su rostro la mirada del margay fiero; esa que es permanente sorpresa... pero precisión y panorama al mismo tiempo. Ojos de margay que lo hacían único, ojos que le atraían adeptos deseosos de tenerlo bajo su mando o, por igual, de trabajar bajo su ala en los equipos de reacción inmediata. Los agentes especiales son los que primero ascienden, más en aquel tiempo en que las cosas palestinas y las egipcias, por igual, se habían puesto rojas y peliagudas en el complejo navegar del Primer Ministro Messmer y su fiel vasallo Marcellin: un hombre efervescente que suelta chispas a diario entre lamento y lamento porque las amenazas y los bombazos tienen en la mira aeropuertos, estaciones y vías del ferrocarril.

Gastón, un croupier, ofrece respuestas mezcladas con insultos, y sus hombres rien a regañadientes con él y saben de los pasos que deben andar. Aun en las noches más siniestras caminan por carriles iluminados. Él les prevé escenarios, anticipa, alerta y gana. Sus pupilas se abren a un noble alef: mirada del maestro que repite a cada paso el incurable “dèjà vu”; ojos que llevan a Gastón y a su equipo a estar alertas a las afueras de la Gare de Lyon, la que les tocó resguardar en esta mañana de invierno que algu-

nos de mis amigos recuerdan a detalle por su aire tan frío, pesado como la cal gris en una cubeta de agua. Ahí, en la estación más concurrida, el oso policía pone su nariz, con las alforjas llenas de ideas difusas sobre posibles atentados a los trenes de París.

La Gare de Lyon, ¿cómo atacar la Gare de Lyon? Un pitazo desató la movilización; efectivos repartidos en traje de civil... quizá sea la Gare de l'Est, la du Nord, Saint-Lazare, Austerlitz o Montparnasse; otros cuidarán Orly, por si acaso, quizá le Bourget; y por ser mucho menos probable, solo enviarán novatos a hacer rondines entre los trabajos avanzados en la construcción del nuevo aeropuerto, en París-Nord.

Ahora, apostado en su esquina de la Place Luis-Armand, Gastón cruza, como con una epifanía, al ver la figura esbelta del joven Sustrai. Él baja de uno, entre el tumulto de taxis humeantes, quizá para alcanzar un tren a Suiza: un pasajero más, sin color, sin relieve. Gastón no parpadea siquiera mientras lo selecciona entre la multitud y detecta sus aires de carabina ansiosa... Pero no es un terrorista; se lo dicen sus ojos de margay frente a aquel muchacho de gesto atrevido que, flaco, sabio, conduce tras sus enormes lentes a su enamorada hacia la puerta central de la estación. Ese jovenzuelo, arquetipo del que ligó novia en París, lleva la enorme carga de un bulto grande y pardo que pesa como cubeta de lodo y porquería; la petaca del dinero, germen de dolor en los hombros y topo de cavernas en sus vísceras. No lleva más piezas del equipaje, ni siquiera un par de bultos con unos esquís, en razón de temporada o, como debería ser, bolsas y bolsas para los ajuares de su novia y otras bagatelas. Ni siquiera un espacio para las mil cremas, champús y barnices, foulards, couvertures, pashminas, colgijes, chales, corsés y combinaisons. No cuidó traer consigo libros que le hablan de los ideales anarquistas de la Rote Armee Fraktion, la RAF, y de la forma en que ha crecido en Alemania; kilos de fojas que se consiguió con un dispensario que trabajaba en el sótano de la librería de la Metropole... ¿qué más da?... nada de ello le ocupó al joven Sustrai al momento de viajar.

Los maleteros quieren ayudarlo. Los deja refunfuñando. Pe-dante; pilar de esa pareja de enamorados que pretende aristocra-cia entre la marea de gente, psicodelia de miradas escondidas tras lentes de sol, para un sol inexistente. Pero no es un terrorista. A la distancia, Gastón busca en sus adentros, observa. Encuentra otro rostro: un joven árabe, ágil como gacela de Grant, sospechoso, severo pero con prisa: otro estudiante que sin razón alguna le recuerda su propia juventud. Se compara. Se sabe viejo. Zambu-llido en un rompecabezas, el policía mordisquea su uña y deja pasar. Aquel gesto no es nervio ni vicio, sino que al vestirse se levantó media cutícula del meñique mientras arreglaba la crema-llera del pantalón y no hay Dios que le quite la molestia. Y en la sadomasoquista sensación de exhibir una cavidad de su carne, despierta su mirada de nueva cuenta, convencido de que hay algo en el joven Sustrai, el que carga aquella maleta, algo que no deja de atraerle. Reencuentra al árabe en la acera sembrada de los cervatillos débiles, manada de la pradera; víctimas, quizá. Los compara, los revisa ¿cuál de los dos, latino o árabe, sería el terro-rista? Ninguno... y muerde su pezuña.

Gastón sabe dirigir el cerco de una cacería y lo haría como la leona más astuta y más madre: habilidad no le falta, si no tuviera que lamerse la garra. Al roer su dedo ofrece señales confusas a su equipo de agentes apostados –estrategia de los setenta–, punza-das, guiños entre el tenso ascender de vapores de fumador en una sabana convertida en salón de bienvenidas y adioses.

*

A la distancia, el pasajero Oroitz percibe la tensión de la Gare: el tufo del acoso. Hay algo desigual en el terreno, pero no tiene conciencia de los cazadores. Se tranquiliza, seguro de que el aire enrarecido nada tiene que ver con que, quizá –no lo sabe–, lo estuvieran buscando por días; él cree que por semanas. Nadie lo puede decir de cierto. Desde que tomó la maleta repleta de fajos, le sobrevino el miedo y la cautela ante el silencio; ¿por qué no? Así, semanas; eso dilatan los agentes avezados en echar el guante

a los sediciosos, a los que construyen la delincuencia internacional. Quizá habrían estado escuchando sus llamadas, metidos en sus movimientos de bohemio inconstante, sus paseillos de flâneur. Por eso ya no sale, ya no camina, no llama; ya no se sienta a observar en las bancas de los parques de pasto perfecto, o en los cafés, ni a recorrer las tiendas y galerías.

Sustrai tan solo pasa días y más días enjaulado en la habitación de Regina del 14e arrondissement, en Montrouge, hablando de nada; gimiendo. Persiguiendo una espiral de esperanza para lograr su inmersión en el sexo... maldita cosa, enfermo de sexo; balbuceando en círculos desde sus adentros en torno a un futuro juntos, asonada de caricias que debería explotar una vez que esté casado. Difícil esperar. La mano de Regina vive ahora entre las de él, la de él como mariposa retocando a la novia que debería ser y seguir siendo respetable. Ella, a ratos, dibuja los trazos de la arquitecta que le imponen sus estudios; él ya no discurre en la política y prefiere, entre merienda y merienda, leer novela negra, *Le Casse-route de Pierre Siniac* o una coleccioncita de las obras de Thomas Narcejac conseguida con su amigo de la Metropole. Confabulados, amantes de besos tibios, pero insistentes, ambos llevan su eternidad como si fuera a escondidas en el París de la quinta república de Pompidou. Se han convertido en monje y monja edelweiss, recogidos junto al tesoro de su secta, introspectivos, escudriñadores de su ombligo y su sueño de libidine, pero ignorantes del afuera, tan sólo esperando el regreso, el día de su boda; cargando su maleta parda, íntegra, sin haberle tocado un solo centavo, porque todo es ahorro, puerta hacia la vida nueva y eterna, sueño y riqueza.

—Tenemos que hacer algo con la maleta, nos está matando... Nos secuestra la mente, nos pervierte, nos llena de una horrible lujuria. Es como el anillo de Tolkien y yo me estoy convirtiendo en el Golleem.

—¿Qué quieres que hagamos? No podemos...

—Salgamos, llevémosla algún otro sitio... A Suiza. Tengo amigos que me han recomendado donde podemos depositar dinero y dejar de cargarlo.

*

Ese oso negro que a ratos habita en el policía secreto, en Gastón, se convence de que Oroitz, como la gran mayoría de las almas que ingresan hacia las taquillas, no engaña su olfato. Ha pagado su taxi. Aunque... no es común encontrar estudiantes de semejante conducta: jóvenes que arrastren un enorme maletón, basurero íntegro de Francia, en alguna helada mañana de enero. Generalmente, al contrario, en invierno las estaciones se atiborran de los que regresan de sus lugares de origen después de vacaciones.

—Lá? Regardez! L'homme avec pantalons en velours côtelé —señala su subalterno forzado, trenza de nervios temblorosos, rendido en la incertidumbre por los gestos de su jefe—. La valise; la valise brun; il ne peut plus avec elle.

—Laissez-le passer —responde Gastón.

Emile Buté, ahora lo reconocemos en la pintura de trazo ágil: lo vemos joven y arrogante, policía novato que nunca dejará de serlo, pero devorador de voluntades, ágil, silbante, fuerte, salivoso y siniestro como serpiente, aunque ya da señales del hombre estreñido en el que se convertirá; apretado por lazos de congoja. Él insiste esperando recibir la orden. Tiene su argumento: nadie normal carga semejante paquete engomado al hombro. Algo anda mal...

—Laissez-le.

Emile Buté desespera, vibra... No lo tolera. Trata de comentar que no es normal, que bien podría ser peligroso, algún artefacto grande, arcabuz, mortero, y... y... ¿por qué no permite que le ayuden los maleteros...? Su jefe le pide calma, le explica de nuevo, como cada día, que debe ceñirse a lo que le piden y no cargar en las entrañas lo que no le compete. Fluir, delegar, dejar discurrir la mente asidua al atasque.

—Laissez-le passer. Ce n'est pas. Peut-être, mieux, l'arabe...

Emile Buté y otros que lo secundan tienen dudas ante la actitud de Gastón, su maestro, su jefe y responsable en turno. ¿Por qué no reacciona más certero? Saben que el mensaje, aquel que dio sustento a su despliegue, refería un probable nuevo golpe de terror de la mano de Wadi Haddad, el “doctor terrible”, y de su grupo de maniobras externas, tentáculos largos y curvos: Frente Popular para la Liberación de Palestina. Con ellos no se juega. Son implacables, crueles. Al inicio de ese año, 1974, un amigo disidente de Jacques Lasage, “el enamorado”, como le decían los infiltrados en la revista *Marge* (ese sí era un idealista del anarquismo puro y no eufemismos), quiso conciliarse con las autoridades: tomar un rostro menos rijoso y, por contraste, constructivo. Para mostrar su voluntad de cooperación, comenzó a vender datos, filtrar voces inconexas sobre los apoyos a los palestinos y, entre ellos, la noticias de días elegidos para un bombazo a las venas de la nación, merecido o no, quizá. Un bombazo certero, rápido, sin mayores preparativos. Y qué mejor que hacerlo, como indica la moda, en los trenes.

¿Por qué el jefe Gastón no nos indica detenerlo, revisarlo? Tan fácil que sería. Extraño. Buté, esencia del ansia, sabe y quiere brillar. ¿Por qué dejar entonces pasar a aquel joven si la pura maleta lo exhibe, lo vence? La novia que lo acompaña puede ser apenas una excusa. Tal vez el artífice de una fechoría indescriptible. Todo estudio psicológico dice claramente que las mujeres son las peores. Ellas se sacuden más fácilmente los escrúpulos, si acaso los tuvieron. Un comando ingresa a un banco, a un supermercado, toma rehenes y amenaza. La primera que le volará la cabeza a un niño, cuando los de afuera no respondan, será la mujer del grupo, la Jefa Juana, la Compañera Sofía, la Camarada Constanza; ella no se detiene, grita, se baña entera en su histeria, en la sangre, y cumple inflexible: corta dedos, dispara, decapita... Ella, en un instante, cambia el nervio y la osadía de *EL* comandante por la locura y el desenfreno de *LA* comandante.

El Apóstol San Pablo pide que las mujeres callen, que obedezcan; y las lecturas de Buté, nutridas por neurólogos, dicen que ellas, a diferencia de los hombres que hablan, no aprendieron a negociar en la infancia usando y sintiendo los puños y la fuerza de los otros chicos. Unas veces sí y otras no, los rivales hombres pueden revolcarnos en la gravilla y partirnos la cara. Eso es bueno. Ellas no lo viven. Terminan en los extremos: sin experiencia, sin esa sinapsis cimentada, se alejan de la agresión, de la pelea y el delito —sí, ¡santas palomas subyugadas!—, lo que explica que haya menos mujeres en la cárcel. Pero cuando cruzan el umbral y expresan la fuerza subversiva y emancipadora de su sexo, se arrojan al abismo; rompen hacia la violencia en la agreste pendiente, sin límite. Lo desconocen. Son las asesinas, las suicidas, las peores, las Irene Goergens, las Ulke Mainhof. Son las poseídas. Y esa Regina que Buté no sabe que se llama Regina, esa novia que camina con lentes de avispa, ésa que Buté observa y persigue, podría... sí, podría quizá devorar un león.

El jefe Gastón está en total desacuerdo con la actitud de su subalterno, del novato Buté. Y a regañadientes reacciona. Se introduce a la estación hilvanado tras la oruga de inquietud que causa la enorme maleta. Toma a Buté de un hombro, lo suelta, muerde su uña. Pide más discreción. Al oído, Buté tan solo habla constreñido de echar un vistazo, conocer el destino, nada más. Un segundo. Revisar... Gastón lo detesta, lo ha detestado desde que lo conoce, quizá porque le recuerda una mala versión de una figurilla de barro, obscena y demoniaca. Pero accede:

—D'accord, et rien d'autre.

Buté saliva; también odia; y odia con la fuerza de sus músculos retenidos, con las vísceras recargadas, pero explica: apego y desapego; promete que únicamente la petaca le importa. Aunque... Algo más lo consume desde adentro. Las manos frías, la efervescencia. El bolo alimenticio convertido en rabia. Allá, en la línea del horizonte, Sustrai Oroitz no baja su carga ni siquiera frente a las taquillas. La chica está sonriente, aletargada aún por

las ofertas de una vida junto al miliciano. Ahora lo besa. Él no responde. Es metal. Dejan la taquilla y se dirigen ahora, boleto en mano, al restaurante Train Bleu, tradición; y Buté se desprende para soltar preguntas al dependiente de los *chemine de fer*. Lo amedrenta empañando el cristal con su aliento y la placa de policía especial.

–En Suisse, en Suisse, Zurich, à dix heure pile –informa Buté a su jefe–; ils ont acheté des billets pour là, pas de retour.

Gastón ha visto mucho: la maleta es extraña, y es explicable que Buté, novato, la persiga emulando al mastín. Piensa en sus sobrinos estudiantes y en los hijos de sus amigos que llegan de países pobres: allá están hambrientos de la experiencia y la investigación europea; los libros técnicos escasean. Es común que acarrean grandes maletas. Algunos, piensa, envían paquetes pesados por correo... es común: servicio de segunda clase y en cuestión de semanas, la sorpresa navideña del reencuentro con las lecturas de las clases en Francia, un placer único.

*

Sustrai y Regina apenas tienen tiempo para un café; beben revisando sus pasajes con nervio frágil; Buté los vigila desde una mesa aislada donde ha colocado una triada de Croquembouches para devorar con la rapidez del macaco. La calma nos lo daría todo, si no fuera una utopía. Prueba un botón, rituales de viento, manejos de sibarita. Come, se sabe lleno, pero come sin desahogo. Saca un cigarrillo y sin encenderlo lo coloca como una espadilla de duelo para ensayar; gracia entre sus dedos, inicio de sus intentos para aprender a golpear en la mesa con curiosa insistencia, mientras Regina lo admira. Alguna ciencia inexacta explicaría la habilidad que tiene inserta en la piel y que le queda calzada, como enjabonarse la axila primero, luego el cuello, el hombro.

Pero deben salir. Al dejar el restaurante, Gastón los encuentra con la mirada esquivando reflejos de contraluz: los que disparan los milagros angelicales desde las puertas que llevan al amanecer y al invierno. Duda. Emile Buté camina como buey de tiro tras los

jóvenes enamorados mostrando las blondas del ridículo. Habría que detenerlo, pero es difícil encontrar las corazonadas que han convertido a Gastón en un maldito-bendecido dentro de las unidades de inteligencia y contraterrorismo: listillo, inspirado. En un reflejo, lleva su dedo a la boca exasperado y avanza contra el tren, andén 8, tras ellos, rumbo a Zúrich.

La asonada de pasajeros toma la plataforma. Algunos pocos turcos, árabes, ningún gitano; predominan los blancos y güeros por demás cargando largos paquetes con esquís y equipo. Gastón puede ver como Sustrai avanza molestando gente con su enorme petaca. Ha montado por el vagón E, y de ahí cruza al D, y luego al C. Buté tras ellos... Los maleteros gritan, la gente desespera, enervada para acomodar largos bagajes, chamarras, vaho, tiza. Buté sube al tren entre silbidos. Gastón monta también.

Los vagones franceses toman velocidad en cuestión de segundos; son vanguardia; y antes de que todos encuentren sus asientos, el acomodo perturbado y denso de las ruedas está convertido en tremor; comienza su labor de adormecer a la mayoría y elevar excitante a los niños y los temerosos. Buté es, para entonces, un monstruo, una bocanada de niebla en los pasillos. Sustrai no parece haberlo notado mientras acomoda la petaca en la repisa superior: embutido que se desborda obsceno como el intestino del destripado. Pero algunos pasajeros si huelen la abrupta presencia del policía, se molestan... más cuando se desploma en el asiento vacío más cercano que encuentra a sus espaldas y resopla con la convicción del redentor.

El tren se desliza ahora hacia Maisons-Alfort. Emile no espera. Antes de que Gastón pueda detenerlo, frente a sus ojos, se levanta y avanza hacia la petaca con la excusa de arrancarse el abrigo. Pretende ser sutil, pero también desea sacar una granada... imagina la melinita o el tetrítol, pasta grisácea como yeso húmedo, intrincada entre cables verdes, rojos y uno solo amarillo que sus dientes de héroe deberían mascar primero: quizá una unidad de control engañosa que él conoce como *exploseur*, unido a la pareja inevitable de detonadores bien aislados, con sus respectivas

espoletas limadas, libres de óxidos que pudiera poner en riesgo el chispazo de muerte.

Finge que acomoda el abrigo; lanza sus dedos sobre la cabeza de Sustrai para intentar recorrer la cremallera de la maleta y ver... Retuerce, pule el gesto. La mano de Gastón lo atrapa. Un momento, ¿qué hacen? Enfurecen. Forcejean en silencio. Mano contra mano: cuero nuevo y cuero viejo. Vencidas de leones marinos: sin palabras. Gastón le pide ir atrás. Alguien levanta la voz; el árabe, molesto. No se le entiende. Buté cede. Durante su recorrido hacia la portezuela de entre-trenes, cree en la ingenuidad de su presa. Sustrai parece haber permanecido ausente, conciencia en otro mundo, de aquella extraña lucha. ¿Distracción? O simplemente el peso de la maleta, que si no está más sobre sus hombros, pesa al lado de la fuente de su miedo. Pero varias miradas, encabezadas por el joven árabe, flechan la escena con desprecio.

Buté argumenta el exceso de parsimonia, el otro la imprudencia; uno insiste de nuevo con palabras sobre la imbecilidad de dejar pasar cualquier cosa y no hacer el trabajo, y en contra le espetan miles de años de haber visto mundo para atajar desgraciados y saber cuándo actuar. Es ridículo: a Gastón le parece inaudito que su agente, por novato que sea, no se dé cuenta de que ninguno en esa pareja de enamorados posea la maldita cara de un fanático, ni puede estar pensando en volar, secuestrar, descarrilar un tren. Cruzan la puerta, pero no cierran. Son años de odio. El maestro no cultivó admiración, tan sólo inquina.

El ruido de las ruedas insiste chasqueando contra el metal, pero no acalla sus voces en alegato. Acusaciones de loco, de poseído, de necio y obcecado; de estreñido. ¿Quién es el jefe? ¿Quién da las órdenes? Eso es lo que debe prevalecer y ahora, por la estupidez... ¡por tu supina estupidez – têtú, têtú, constipé, Buté–, repite y repite el director principal, ve lo que ha pasado! La fuerza del equipo antiterrorista de la Gare de Lyon está dividida, el jefe y uno de subalternos subidos en un tren de mierda que vuela hacia Suiza y que no se detendrá quizá hasta tocar Troyes o algún

otro poblacho para americanos amantes del champán Larmandier y de frívolas representaciones medievales.

–Qu'est-ce lá? Qu'est-ce discussion?

El frío en el entre-tren es filoso; entume sus mandíbulas de perros, abate sus gruñidos, pero no calma dos entrañas rabiosas, en especial la de Buté, quien acalambrado sujeta al otro por los hombros. ¿Al otro? Su mirada se conmueve ante un grupo de pasajeros que se les ha acercado. Algunos traen consigo sus abrigos, armaduras, pero es la intriga la que los llama. Han pedido que venga el garrotero: ya en estos tiempos, un elegante hombre uniformado de azul y vivos rojos, alto como no es prudente ser entre los vagones y sus portezuelas. Acabará encorvado como todos los cobradores, con cuello de dragón.

Los agentes de la DGSE, jefe y testafarro, no quieren enfrentarlo. Callan. Se agolpan, chocan entre sus dudas. Un largo suspiro, como la fuga ansiosa del aire dejando una olla de presión. Gastón recula de repente con el rostro atrapado por un raudal de imágenes sobre su vida que le gustaría expresar en un solo gesto. Imposible. Va hacia el frente del tren, vagón B, alejándose del asiento de Sustrai, de la maleta, de la acción. Quiere evitar el disturbio. Quiere paz. Por primera vez en años, quiere diluir y esto es sólo porque la masa que es Emile Buté, un tótem, una plasta, le parece indigerible...

La gente regresa elevando sus narices, cada quien a su lugar. Pero Sustrai, en cambio, decide levantarse. De reojo mira su petaca, enorme, desbordada, en lo alto del pasillo. Teme por ella. Teme por sí mismo.

–Voy a ver qué pasa– Regina, a su lado, estira la mano tensa... pero concede.

Las voces del joven árabe van de vanguardia. Tampoco está tranquilo. También quiere saber. Él abre camino, mientras el Vasco busca el paso de vagón a vagón pensando en defenderse de lo imponderable. Al otro lado, la espalda gruesa de Buté estorba la vista. Vocifera algo hacia la huida de Gastón, pero Gastón no huye, solo quiere diseminar la mancha de desorden que infecta el

tren con la fuerza de succión de una jeringa bebiendo sangre. Quizá entre más lejos, más calma... quizá.

Surge el penetrante silbato del cobrador y los rostros de Gastón y Buté se exhiben: miran desde su furia. Sustrai los registra; para siempre. Descubre en un guiño la erupción de un infierno en el joven Emile Buté; inolvidable. Sabe que hay algo animal entre sus ojos, un rugido que no se escucha, pero que ha ahuyentado a Gastón; ese rugido que en los bordes del río Mara hace que un león deje de ser el amo, para que otro asuma su lugar, sus planicies y montículos, sus hembras y cachorros. Un nuevo rey finca la otra sumisión. El duelo ha concluido.

Entre los silbidos del conductor, llegan al siguiente gozne entre vagones. Gastón se recarga contra la puerta del vagón A, primera clase. Le es imposible abrir. Las fuerzas lo abandonan, como lo abandona un riachuelo de sangre cuando, débil, su mano deja de cubrir la herida que viene ocultando... Los trenes de Francia eran los más modernos en esos años de 1970, 71, 74. Alguien accionó la palanca de seguridad para intentar frenar y todos se sienten tropezar: unos atrapan las esquinas de los asientos, otros trastabilan. Solo Gastón termina sin voz en el piso. Luego levanta su mano queriendo señalar y deja libre a la vista una fontanela de sangre, chistosa, ridícula. Rojo orín en una gran meada.

El tren se aliena para tomar la estación en un poblado sin importancia. El conductor se agacha; registra espantado... la sangre, las mangas del director de la policía. Flácidas, púrpuras. Revira a uno y otro lado buscando otra mano; algo real. Solo encuentra la garra con una placa de policía secreto, fuerza dominante, león en su cúspide, de Emile Buté. Él comienza a dar las instrucciones, a bramar:

—Domaine exclusif, haute sécurité, uniquement pour l'attention de la DGSE.

Han herido a su compañero y jefe, que nadie salga del tren, esto es una misión encubierta, hay un sospechoso. Alguien aquí lo ha apuñalado. Mira a un lado, mira a otro. Encuentra a Sustrai y

entre muchos otros, inconfundible, su rostro de ingenuo. Tampoco le será fácil olvidarlo, aunque lo desconoce. Sabe que algo sabe, que algo vio; tal y como ocurrió con el muchacho árabe que es menos valiente y tiembla frente al rojo del salpicadero empeñado en sucumbir como mancha espesa. Buté compara, explora ¿cuál de todos sería el terrorista? Ninguno... Quizá es algo que ellos deberían decidir.

Cuando el tren parece frenar ya por completo, la portezuela de primera clase se abre de improviso. La curiosidad la ha abierto y tras ella aparece el mirar estúpido de Enrique Piedra, tan bien vestido y fumando los cigarrillos más caros: el mismo Enrique, el mismo abandonado de la fortuna, mantenido; reconoce a Sustrai y saluda con alegría. Eleva la voz sonriente con un sumiso canto:

—¡Pero, Vasco! ¿Tú por aquí? ¿Vas a Suiza? ¿También? ¿A esquiuar? No sabía....

Sin esperar respuesta, revisa a unos y otros. Encuentra al compungido Gastón muriendo, sin habla; se asusta y se pasma... y calla. Las miradas se entrecruzan como un juego de retratos de castillo tenebroso con pupilas móviles capaces de seguir tus pasos por donde vayas; la paradoja de la quietud. Las miradas los seguirán en cualquier sitio; los seguirán aún mejor en el tiempo, por muchos años. Todos lo saben y todos se cuestionan cuál sería el siguiente paso: y, como Gastón no levanta porque ya no tiene alma, Buté se sabe seguro de ondear su placa y decirse agente de la DGSE, la secreta en misión especial; algo que ellos nunca hacen porque lo tienen prohibido... prohibidísimo. Este es un asunto muy delicado, uno de esos que se dicta como seguridad nacional. Nadie pregunte, nadie hable, nadie. Buté está solo entre los que no saben que los de la secreta no hablan y no muestran su placa. Le es fácil incriminar a unos u otros. Hablar y señalar entre las ovejas confusas. Quizá pueda apuntar su dedo contra Sustrai y así echar mano a la maleta. Quizá... Lo piensa. Así... Pero eso implica tiempo y apoyo. Quizá explicar. Instruye. Él es el jefe. Por joven e inexperto que parezca, él es ahora el jefe. Pide al con-

ductor apoyo. La DGSE está a cargo, aclara. Explica y vuelve a mostrar su placa. La DGSE es superior y su agente, convertido en profeta, nervio erizado, recupera esa postura; revisar con ansia como si pensara, como un Hércules al punto de descubrir la veta invisible que ata las causas. Sonríe, piensa...

Gastón intenta hablar por última vez. Bufo. Silbido suave. Sustrai se inclina a ayudar al herido: ¿cuál herido...? Un bulto de ropa ensangrentada... Buté mira a Sustrai con los ojos del diablo; ojos que observan y creen escuchar que Sustrai escucha el estertor sin sentido paladeando los labios del policía moribundo. ¿Dijo *II*? ¿Dijo algo sobre *la flamme*? ¿Algo así como “llama” que consume el cuerpo? ¿Dijo *larne*, por su dolor, por su llanto? ¿Dijo Islam? Buté no se preocupa mucho. Espera un instante. Percibe el silencio: sabe que sabe bien, con mano natural para su juventud, encajar su cuchillo Botero en una ingre blanda, y no se preocupa, el negro no hablará más. Pocos lo notan, pero el hombre ha caído con la vena más vital cercenada, con un picotazo firme: una estocada que también muerde el nervio isquiático, duele, obliga al quiebre; a jalar la pierna con la contorsión de los glúteos y destapar un torrente que moja como cubetada. El espacio abierto es tan solo una avenida para la muerte. Los que miran al herido, a Buté, al muchacho árabe... no lo saben. El cuchillo está oculto en el sobretodo del monstruo francés, donde él quiere; donde lo palpa; inteligentemente escondido; Buté, liberado, eufórico, reitera con su placa que el asunto está en sus manos, en su control: él es la inteligencia y empieza repitiendo atropellado como un sermón milenario, como si quisiera sacudir la tensa calma del incidente.

–Je l'ai entendu. Oui, mon collègue a dit était “l'Islam”. Vérité? Merde lignage.

Islam, Islam, Islam... Emile Buté levanta la voz. Tensa el arco. Habla de limpiar la Francia de los terroristas... de esa escoria. Habla de que la llama del conocimiento, la que porta consigo la división más selecta de agentes de la policía secreta, está ahí para quemar por completo esa escoria, esa escoria, esa escoria.

Antes de acusar, de señalar con sus dedos de asesino, y ante la fuerza de sus ojos enrojecidos, el joven árabe siente la presión insostenible: pobre niño; con la ligereza de su mano delgada, carcomido por el temor, saca su brazo por la ventana y abre la portezuela. Brinca.

–Il... Est il!

El grito es del conductor y con él su silbato y los chillidos del horizonte.

–Il... –repite el conductor–. Il s'enfuit, rapide! Il est la scorie!

Bute debe saltar, saltar tras el muchacho y con ello salvar su carrera en la corporación siguiendo las enseñanzas del fiambre maestro, aguado, que deja atrás.

–Domaine exclusif de la DGSE. Eh! Eh! –termina sentenciando al momento de abandonar el tren.

La sorpresa. Sustrai mira correr a la distancia, sobre taludes de pasto seco, a la sorpresa misma y desde entonces la llama “demonio”; quizá un demonio alado, gabán al viento, quizá un demonio que se confabula. Graba su rostro, sus maneras, su paso tortuoso, pero eficiente. Su tono de omnipotencia. Le teme... Profundamente. Le temerá, por largo tiempo; eterno. Pero también le guarda una siniestra admiración. Lo graba como un animal de hombro, un loro imposible de esquivar que puede hablarle desde adentro de su cabeza. Lo tendrá metido y sabrá eternamente que es la mejor expresión que encuentra de su suerte, de su sino, de su propia locura: opaco, devorador de los colores de la vida como el transcurrir mismo de un reloj en las noches en que el insomnio pervive victorioso.

Enrique Piedra, en cambio, es una caricatura; un payaso. Sigue inamovible, encorvado y con el rostro atrapado en su cobardía más allá de la entrada al vagón de primera clase. Emerge al viento, ante la blandura de Gastón caído, un costal... Y tan solo pregunta sin preguntar... Payaso tartamudo; pide le expliquen. Quiere ayudar. Cede.

–Espera, espera... No lo toquen –responde Sustrai–. ¡Llamen a un doctor! Está mal herido, está muy mal herido.

Enrique repite como un autómeta:

–Pero Sustrai, la verdad que qué casualidad. ¿Ibas a esquiar?

El tren se detiene definitivamente.

Alfil cinco caballo rey

Hay fotos vacías; sin algo que contar, sin personajes, sin ritmo, sin que unas partes se conecten con otras; planas como juegos de geometría. Pero algunas, entre esas, parecen gritar: vemos el piso sin mella, sin rastro, sin más; la pared al fondo elevada también con tablones que ajustan mal y ofrecen mirillas para que espíen por ahí tanto la luz africana como los ojos de los curiosos y los dolientes. Pero el despertar del muro de la izquierda, donde los tablones parecen ensopados, como recubiertos de un humus longevo, es casa de millones de colonias de diminutos bichos, hongos, moho, podredumbre, pasta..., textura de tela que vibra sobre la madera, y semeja un tapiz, vello de caballo oscuro, tolerancia. Nos queda al centro la esquina ennegrecida, pero elocuente: dos tazones de plástico rojo y una cubeta de metal picado. Los tazones tienen la palidez del desgaste, raspones, tallado, patadas de los chiquillos y masculladas de los perros mordelones; sobre todo los cachorros lombricientos, insaciables. La cubeta no puede más después de mil acarreos, acida, agreste, se quiere desmoronar. Estos trastos no están aventados; al contrario. Si alguna mente pudo pensar en colocar diseño, arreglo, decoración en ese calabozo, puso esos tres únicos objetos con especial dedicación. En el último día, son lo posible, el tesoro amado, el acervo final de los capturados; los que aún están por llegar o ya se han ido. Si clavamos la vista, sabemos que se trata de lo segundo. Sus dueños, si alguna vez fueron dueños de algo, los dejaron ahí acomodados... cuidadosamente colocados, pero sucios: uno de los tazones rojos,

con restos de bazofia; el otro tintineado con el agua verdosa de la tarde. Sobre la cubeta no podemos decir más. Oculta penosa su contenido. La esencia simple y fluida de los que se fueron se queda ahí: la vida es el fluir de la comida y el agua, hacia el excremento y la orina.

LA CRÍTICA

3 Caballo cinco alfil

Septiembre de 2001

El inquilino es alimento. Sustrai lo sabía. No se asustó. Ya lo había visto. Lo había enfrentado en la oscuridad de los cines; gritos de terror. Lo había sentido en los hoteles de ciudades impenetrables: en Terán, como negociador petrolero, en Stavanger. Ahí, el miedo cala cuando se asoma el rostro a las calles de incompreensión; no por ser carne de maleantes u objeto de asaltos, estasas de mercachifles y pendencias de navaja. No. Asusta cuando se es distinto; inevitablemente distinto. Te llevan en limusina a covachas subterráneas. Ahí, las pieles bailan. Ciego; imposible remontar el camino. Deambulan los cuerpos más exóticos, como serpientes, como antílopes tersos. La debilidad sublima. Eres deleznable desde que te señalan distinto: el que se oculta distinto, bebe distinto; el que toca y paga distinto; sufre distinto. Sustrai lo había visto también en sus sueños, soledad alucinada, chateo con sus demonios, con sus gorilas y máscaras; animales que rujen cuando les hablaba educado. Y lo había visto en borracheras, cuando las paredes se acercan; los retratos se descuadran nebulosos. Señalan con risotadas.

Distinto, señalado inquilino... Inquilino quimérico. En el departamento de Inanna, Sustrai Oroitz pasó, en un segundo, de ser un hombre de negocios, a comida. ¿Comida de los gatos? Agramon, Baalzephon, Asderel y Balban; reinantes en alguna de sus encarnaciones. ¿Comida de las plantas de mirada torcida? Colgadas y florecientes en todos los pasillos: no sólo orquídeas, sino cycadas, pakistakis; aves del paraíso asomando entre la herbolaria.

Era alimento; del que se mueve despacio, del que se pasa con reserva y disgusto... ¿Medicina? No. Como todo bolo, como toda masilla, se transformaría en lo que le rodeaba o sería expelido,

defecado. Sustrai sensible, difuminado, constructivo; aminoácido y sustento proteico, vitamina y sustancia... Podía transformarse en pared; en tapiz y sus pelambres; cortinajes rojizos y sus texturas; o rebotar por sucio, por impropio, execrable. Para lograr la aceptación debía congratularse con las miradas, las puertas de fino lustre, las mirillas, sus elegantes números dorados, sus habitantes: anticuerpos dispuestos a saltar; los ácidos y los expectantes devoradores del quilo; magia de la acetilcolina y los jugos gástricos; apretones, cierres y extrusiones; histamina, ojos convertidos en fibras simpáticas: pantallas, píloros en complicidad, saliva y enzimas, quimo, bilis, berrinche, lipasas.

También se reconocía notable, distinto, en sus movimientos lentos a lo largo del entripado de pasillos clásicos del edificio neoyorquino. Se detuvo admirando la escalera altísima, oval, como un resorte, lujosa en maderas y brillos: un orificio viajero capaz de marear una pirámide de base ancha. Deambuló largo como parte de esa lenta digestión de lo que no es propio, de lo que no es atracción; lo que se aleja goteando de la blanca estalactita. Paredes –pensó en las paredes–, enormes muros: escurrir con ellas, manchas y gotones, como si pudiera convertirse en su propia composición hasta integrarse a sus vellosidades intestinales, sus alfombras y cuadros.

Deglutido, Sustrai comenzó a observar de más: oler, paladear. Se empeñó en sentirse al centro de la mirada de Inanna y las propias de los vecinos; receptor de sus sonidos, sus lamentos, y del crispas de las chapas cuando giraban cerrojos. Y el portero: ese era su preocupación mayor; hombre de color, Adrian Dioz de nombre, intenso en su mirada, viejo aun cuando los años le quedaban ocultos en una piel de almendro, herencia milenaria de su raza; avatares de la covacha en la que se metía, aguzando los sentidos tras elegantes rejillas que limpiaba con denuedo. Todos los días se le encontraba ahí y era la principal razón para los chismorreos, los chispazos en las relaciones entre elegantes damas y adinerados banqueros para hacer saltar un comentario de crítica

o una ironía, las más de las veces contra la sensualidad de Inanna Panditah; contra ella que ahora traía un amigo, amante sin duda, de aspecto decadente.

Quizá por ello Inanna instruyó al portero a no comentar con extraños su presencia. Lo presentó como “el señor Oroitz, invitado extranjero”. Dijo que pasaría “unos días en el apartamento”, pero mucho agradecería que no lo comentara con nadie. Es más, también agradecería que, ante cualquier pregunta, la respuesta no pasara de un “no, no se encuentra aquí”. Tal solicitud despertó en el señor Dioz miradas de esponja que se infla; quizá zozobra. Y Sustrai sintió que los habitantes abrían entonces sus puertas al unísono, para cerrarlas de inmediato confirmando la sensación submarina del vestíbulo.

Se sentía débil, aunque correoso. Y miraba a Inanna con el recuerdo de la lujuria de antaño: pero más que postrada en su memoria, la rencontraba descomunal y apetecible; quizá más ahora que 20 y medio años atrás, en sus visitas a Texas, a la mansión de Frygies en Royal Oaks. Ella, viuda, divorciada varias veces, convertida en ejecutiva neoyorquina, se mostraba como esas reinas que han tenido heridas y de todas han sanado fortalecidas: poderosas y dispuestas a arrancarse coberturas y vendajes, y hablar en claro, consagrada.

—Ahora me lo tendrás que explicar todo, Sustrai —lo amenazó al cerrar la puerta de su apartamento y botar como bailarina la elegante chaqueta en un sillón entre dos altas vitrinas con caballos chinos de arcilla—. Yo no acostumbro andar corriendo como delincuente. Salir de restaurantes a las prisas.

Para Sustrai, ella cambiaba de improviso la magia seductora por la crueldad de una salvadora, una dueña. Ahora, quizá, ya poseía su alma. Se sintió ahogado; más ahogado ahí que con todo el desasosiego que hubieran causado los Insane-Kings, y las carreras por las calles Wall, Perl, Hanover y Water... Percibía en la piel irritada de esa enorme mujer el palpitar mismo de las paredes a su alrededor. Se sentía dentro de ella, en el inicio de una

molienda. Avanzó entonces a buscar una ventana. Encontró una boca a la avenida 38, con rudos barrotes blancos, que codiciaba con envidia la luz. El edificio que alguna vez se llamó Ramdford, “Ramdford Place”, creo, sabía que sus claraboyas –como las de un barco centollero– no le otorgaban respiro. El poco arresto o empuje le surgía de adentro, como en los mundos de la ciencia ficción: envuelven y satisfacen desde una fuente subterránea de energía; respiraderos de un sinfín de paradojas, pasajes de intimidad obsesiva, vaporizadores y calefactores y la necesidad del escape hacia los rascacielos. Adentro, la luz era de bombillas indirectas, ventosas entubadas, temperatura artificial, sin naturaleza y sin aquel carrito de los licores con alguna botella de Buchanan Special Reserve de 18 años para tomar ventaja. Sabía que tenía que hablar y hacerlo desde su silueta sin rostro, silueta a contraluz:

–Sé lo mismo que tú –balbuceó con una angustia fingida que lo hacía despreciable.

–¡Bah! ¡Eres imposible! Mira, me daré un baño –alcanzó a responder ella y señaló una habitación–. Ve pensando tu historia. Mientras, te quedarás en este estudio. Es agradable, tiene la luz de la mañana. Enfrente está su baño. No creo que puedas regresar a tu hotel con esos tipos buscándote. Quizá debas guardarte unos días. Ahí hay un futón. Ábrelo.

–No creo que nos sigan buscando... Aventé mi maletín...

Ella no lo escuchaba.

El Vasco se supo atrapado, obligado como soldado frente a su sargento. Tomó su celda; contrastaba con el resto: estrecha, fría como la ducha de los cuarteles, sin mayores detalles que la madera parecida al cuerno de venado del sillón-cama. Se abría y cerraba con preciso balance: una dama lo manejaría con un dedo. Un librero con revistas sobre subastas de arte para inversionistas, el *Oxford Handbook on Credit Derivatives* de Alexander Lipton y algunos cojines completaban el lugar. Acompañaban una mesita de noche única, una antigüedad, con sábanas limpias y aromáticas en su cajón: amarilis y jazmín.

Sustrai no soportó estar ahí. Pronto recorría el resto del apartamento, grandilocuente y poderoso, espacios, inciensos y coloridas cortinas. La colección más penetrante de vitrinas con jarrones orientales y estatuillas con rostro de conejo, gallo, pato y buey. Disminuido como hombre, encontró las llaves y salió dispuesto a largarse definitivamente: “por qué carajos había buscado refugio en la matrona de 20 años y medio de recuerdos”. Tan pronto asomó, sus oídos se llenaron de un murmullo silencioso donde despuntaba la voz del portero de nombre Dioz que explicaba: horarios, trenes, direcciones y costumbres... y la seguridad de que la señora Panditah no había llegado aún. El sonido de esa voz difusa fue, en su piel, igual que un aroma a sudor rancio o el nauseabundo olor de los perros viejos cuando les ha llovido.

Regresó con el temor que se tiene ante un ángel desconocido, aquel que sabe bien de tus pasos. Regresó al departamento y ahora buscaba en los cajones de su imaginación algo que decirle a esa mujer, en cuanto saliera de bañarse y acicalarse, arremetería con reclamos. Sólo entonces, como pocas veces en la vida se sintió poseído de una gran necesidad... Impulsado por la falta de aire, tal vez, sus mejillas captaron en contraste un sutil aroma de humedad distinta: mujer; perfume que llegaba desde el cuarto principal. Y así, le era imposible retirar la mirada de aquella puerta blanca, imposible dejar de acercarse, de escuchar en su profundidad, como un radio que pretende encontrar su sintonía, el agua reventándose en su festín contra el cuerpo maduro de Inanna; contra su piel con color de licor caro. Imposible no acercarse el oído, la nariz y la lengua. Imposible no imaginar y volver a imaginar.

La puerta del dormitorio no tenía cerrojo. Tan cerca, tan cerca... Un suspiro del Vasco la hizo ceder y mostrar el colosal refugio que ella tenía ahí: sala interior blanca sobre una duela aún más clara que en el resto del departamento, espejos franqueados por arte arábigo y el enorme lecho acolchado en los tonos de la leche más pura para que los cuatro gatos contrastaran como bes-

tias de cuento, surcando la nieve. El banquete. Ella apareció desnuda, Olympia; chispazo; pero de inmediato su carne quedó en su sortilegio reflejada en un biombo de vitrales como imaginaria de Willem de Kooning. A Sustrai lo partió un rayo. Las llaves cayeron de su mano. Chasquido de culpa. Pasmado, regresó súbito sobre dos de sus pasos. Terreno propio. Ella lo enfrentó con una toalla ligera entre sus senos, una larga caricia central hasta sus pies. El cabello húmedo, ennegrecido y enredado, se le había convertido en hidra. Madre que sabe, carne y silueta de otra tesitura; Sustrai no se había sentido así antes. Nunca. Ella debió gritarle, escupirle por mirón, o por intentar huir, pero no lo hizo. Tan sólo empujó la puerta frente al guerrero derrotado y hambriento.

*

Minutos después. Ambos estaban sentados en los altos bancos de la cocina. Ella, aún sin maquillar, vestía con una blusa de algodón verde, sin más, y un pantalón ligero, amplio y colorido con estampados circulares como para recorrer una playa. Su bambolear rítmico, por igual, seducía el silencio de su invitado: un movimiento que no le impedía mostrar ligereza al cortar naranjas con un cuchillo filoso y ponerlas en manos de Sustrai quien tenía que exprimir las en un moderno artefacto que emitía quejas y gorjeos eléctricos.

—Debemos beber jugo fresco, recién exprimido —le explicaba—. Así no pierde los antioxidantes. No sabes lo malo que es andar comprando los enlatados y otras porquerías que venden aquí. Y no es fácil encontrar estas naranjas en Nueva York. Son brasileñas; de Araraquara. Carísimas.

Inanna era ahora un retrato picassiano, irreconocible, con aires de Dora Maar. El agua aún trenzaba su cabello en gajos y su sonrisa envalentonada se empeñaba por brincarle del rostro. Brotar como un borbotón de leche. Por alguna razón, que Sustrai escrutaba con afán, ella no podía dejar de sonreír, sonreír y seguir sonriendo... Quién brincó fue, en cambio, un gato. A saber

cuál. ¿Baalzephon, Asderel? Se arropó en su lecho. La silla tembló, aguda en sus aristas; Inanna parecía acostumbrada.

Con esa señal, ella, de pronto, encajó el cuchillo en la madera apenas entre los dedos de Sustrai.

—¿Qué querían esos tipos? ¡Dime!

Sustrai controló su susto. Admiró con tiesura el caer de media naranja hasta estampar el piso con una suciedad erótica. Resistió.

—No... No...

El cuchillo volvió a picar... Sin lastimar. Sorteando bien para evitar la carne entumida. Un apuntador de miedos y una ecuación destructora de relaciones; otros gajos más de naranja cayeron como escupitajos grotescas.

—Bueno, te lo diré —Sustrai tomó aquella muñeca armada. Al tacto, parecía engordar en una inmersión en su realidad tangible, abandonando el artificio—. Es por un billete que guardo aquí conmigo. Te parecerá extraño, ¿verdad?

Le extendió el billete de lotería que había comprado unos días antes en Lexington y la cuarenta. Maltratado y rugoso papel que aún mostraba su danza de ceros, su colorido.

—¿Un billete? ¿Un simple billete de la lotería?

—No es cualquier billete, puedes ver que se juega hasta el miércoles de la semana que entra... Falta. Pero su valor es otro, quizá sea difícil explicarlo.

—¡Ah, una larga historia, amorcito! Estoy dispuesta —y la mano libre de Inanna, con el aroma cítrico de una mañana en Alboraya alcanzó la mejilla de Sustrai. Acarició con su pulgar. Aun cuando él la tuviera asida, cualquier atisbo de violencia que pudiera brotar en él sería fatuo: Inanna podía reaccionar atrapando el cuello y encajando una larga uña contra su aorta—. Comienza.

Con el boleto de la lotería desdoblado sobre la mesa, Sustrai luchó contra las imágenes del día; a mentir, mentir con coherencia. Y si ella no le creía, mentiría más hasta que el paso digestivo de la palabra inventada ganara su legitimidad por acumulación; por osadía. Ella, mientras, rodeó la mesa para respirarle en los hombros mientras él construía su historia:

El Vasco dijo que podía parecer insignificante, así a simple vista, pero el boleto valía millones, más millones de lo que el premio de esa edición de aniversario estaba anunciando; al menos un 20 por ciento más porque es un boleto premiado; sí... Por adelantado. Bueno: es EL BOLETO premiado. Aunque el sorteo sería el miércoles siguiente, ya se habían hecho los arreglos para que ese fuera el número ganador. Ella sonrió con los ojos de la carcajada; rostro transformado en una alegre fotografía.

—No te rías —continuó Sustrai—. Vine a Nueva York a recogerlo. Porque lo necesitan algunas personas para explicar de dónde tienen dinero. Es algo que ha surgido en los últimos tiempos. Negociaciones... extraños acuerdos entre gente muy poderosa con los organizadores de sorteos para lavar dinero. Algunas organizaciones, algunos políticos, mucha gente... quizá más de la que imaginas, necesita poder ingresar cantidades fuertes a sus cuentas de banco y tienen miedo de que los vigilen o que les pidan explicaciones. Tú sabes que Al Capone no cayó por asesino o mafioso, sino porque sus cuentas bancarias y los impuestos que pagaba no cuadraban. Al final es un problema de explicar a los auditores fiscales. ¿Me sigues? Tú sabes más de estas cosas. Yo soy un simple intermediario. Pero en fin... Eso hace muy valioso un billete de lotería de estos, lo suficiente para pagar sobornos, y pagar a los abogados y a otros como yo, que sólo somos mandaderos.

—¿Intermediario, mandadero?

Para Inanna, las palabras que escuchaba tenían una fascinación oculta. Celestial. Pensó en Sustrai como en uno de sus gatitos; el más travieso e incorregible: Agramon. Pensó que el viejo amigo que tantas trampas había hecho para sacar ganancias personales a los contratos con su difunto esposo —el bien amado señor Rott— seguía y seguiría metido en líos. Pensó en tocar a Sustrai más profundamente mientras hablaba, en tratarlo como un pequeño muñeco de juguete al que se le cambia la ropa. Más aún, entre los cosquilleos que le causaba aquella piel contra sus dedos,

ya piel barbuda, ella escuchaba: escuchaba cómo los gánster y pillos se competían un boleto premiado; lo hacían con desesperación. Cuando ya te han pagado con dinero malo. Cuando ya sabes que es cuestión de días que los investigadores financieros caigan a tu oficina. Cuando sabes que te harán preguntas, estás dispuesto a perder una parte importante de lo ganado; a comprar una explicación creíble. Estás dispuesto a invertir en una mafia local neoyorkina para que te consiga un premio de antemano.

—Entonces, mi amor, ¿esos concursos que yo veo en la tele, no son reales? Están arreglados.

Sustrai ya no contestó. La estaba besando con un torrente desde la parte cardinal de su interior.

“Me gustaría que tú tuvieras el billete, el billete premiado” fue la frase convincente; la frase ganadora que nunca pronunció. Pero ella sí se refirió a su cuerpo de flor abierta como un premio a la suerte de algunos pocos, muy pocos.

Sustrai imagino que cuando Inanna cayera al piso para dejarse tocar completa, con la fuerza y el dominio que da el peso a los machos, su rostro sería otro: el de una mujer convertida en planta, con raíces en algún recodo de estiércol y con moho en la parte más baja de su tronco. Soñó que ambos se envolvían mutuamente: amor y lucha por demostrar las teorías de que el placer viene de una suerte de tortura indispensable, sacarle con torceduras qué sé yo a los jugos del tuétano. Pero en todo ello, atrapada entre sus propias prendas restiradas por las manos de Sustrai, ella preservaría un ojo en la incredulidad de su mano: a las espaldas de quien ya se creía lobo y oso y depredador; Inanna sostendría el billete de lotería a ser sorteado el 12 de septiembre y con un premio de 300 millones.

¿Será cierto?

—¡Basta! No soy una puta que comprar.

*

Sustrai durmió en el sillón transformable recuperando los peores momentos de la víspera. Revolcado por los orcos, se decía. Pero su cuerpo no le dolía. Pensó que la buena pornografía es la

que conlleva recuerdos fluidos. La que no engaña, la que saca tu realidad. Él estaba incompleto; se levantó sintiéndose sucio, ennegrecido, aunque quizá más joven, con la juventud que da el intento irrealizado. Abrió la puerta reconociendo su entorno. El silencio lo aturdió con sus imprecaciones mecánicas. Portaba una bata de baño para mujer que resaltaba el laminado tosco y el vello de sus piernas: venas inflamadas, huesos ensayando gritos bajo la carne. Buscó el lugar y orinó sin dejar de pensar en el billete de lotería. No entendía por qué. ¿Cómo se le ocurrió decir que el billete estaba arreglado? ¿Cómo pudo lograr que Inanna dudara?

Se vistió con las ropas del día anterior, inflamadas de su peste: como si el agua de las cañerías regresara hacia arriba, hacia nuestro rostro. Deambuló. Vio las llaves. Volvió a intentarlo. Volvió a salir.

Esta vez sí bajó varios escalones, pero el ángel lo enfrentó con más osadía. El portero de apellido Dioz limpiaba cuidadosamente barrotes y marquetería y lo hacía con un producto nuevo capaz de sacarle brillo a la arcilla de las ruinas de Urutz. ¡Qué olor! Cuando Dioz lo miró con su rostro tosco, el Vasco sintió cómo la química de tantos luchadores contra la mugre lo penetraba entero. Subió sobrecogido y temeroso buscando, cómo negarlo... buscando alivio en su madre Inanna.

La encontró, retrato del salvajismo en ropa y greñas. Y tenía el billete consigo, lo sujetaba como si pringarse los dedos con su tinta fuera una obscenidad. Se atrevió a preguntar con sorna si Sustrai estaba buscando. ¿A ella o al billete? Lo agitaba como la muleta frente al toro: ¡increíble! Sustrai tenía que seguir fingiendo: “Sí, no puedo irme sin él”. Quería el billete. ¿Por qué no? Lo quería. Rugía por él. Ella huyó jugando. Él corrió tras ella porque correr le quitaba 20 años de encima, porque era fácil resbalar en el piso mil veces pulido y botar esos años que le estorbaban, los que ella había guardado en las latas de jugo malo que no consumía... Forcejearon en la puerta del cuarto de Inanna, con riesgo

de herirse. Ella tuvo que ceder y su escapatoria fue cercada por un esfuerzo único de un Sustrai, lanzado al piso, para capturar los pies y hacerla caer. La jaló como una soga. Besó la soga. Comenzó a besarla como un adagio hasta tranquilizarla. Intentó arrancar su ropa de odalisca contra la falsa defensa que le imponía. Ella atrapó las sábanas blancas e hizo saltar a los gatos con ojos de sorpresa. Entregó sus muslos, cubrió el rostro de Sustrai con esa carne tratando de torcerle el cuello y la mirada. Su desnudez comenzó a ahogarlo.

Sustrai soltó. Jaló dos largas bocanadas. Las sábanas cayeron sobre él como el último y ficticio recurso. Pero aún pudo nadar unos minutos en ellas.

—Espera, espera un poco. Aún no. Hueles sucio. Déjame hacer algo que tanto he deseado. Báñate. Y necesito que te afeites bien. Muy bien antes de que me uses.

Él obedeció y no deja de arrepentirse de ello. Volvió al baño de visitas, donde apenas gastó jabón. Una pequeñísima navaja para dama hizo el duro trabajo de devastar la cosecha de su rostro. Regresó sin pena de sus flacideces y bolas para que ella lo recibiera de nuevo y le pidiera sentarse en el blanco, blanquísimo tocador.

—Voy a maquillarte. Déjame maquillarte.

—¿Qué?

Sustrai no podía negarse. Era un precio a pagar y ella comenzó con los ojos, imitando en aquellos párpados el ocre de sus vasijas de colección: degradó con los brillos dorados de una faraona. Puso máscara al estilo de la antigüedad alargando la apertura de sus párpados cansados con un filo labrado como una profunda cortadura. Levantó las pestañas, dedillos en súplica, y repasó con detalle los pómulos para matar su sobresalto de calaca. Al final, Sustrai era patéticamente hermoso.

Lo giró en el banquillo. Y ella, imbuida de burlas, se sacó lentamente la ropa. Subió a la cama, sorprendentemente ligera. Danzó de rodillas, movimiento convertido en humo que asciende.

Hizo que sus grandes senos colgaran, que su vulva asomara sumiendo el vientre frente al atónico marica del espejo. Al final se recostó abierta, entera como Inanna hubiera querido hacerlo con él, quizá, hace 20 años y medio cuando el miedo de Sustrai los separó. Quedaría así saldado un pendiente en el sexo de aquella mujer que, por momentos, se sentía una pitón tibia, iluminada. Para Sustrai fue un rito atormentador, necesario para despertar el soñoliento monstruo de su libido. Cuando comenzó a avanzar hacia ella, con su rostro de payaso, buscó su miembro y lo notó inexistente, ceniza de una quemazón. Creyó que, fácil, metiendo los dedos en el embudo de esa mujer, le crecería la verga. Pero no... Creyó que era cosa de lamerla y embarrar el maldito maquillaje en ella que se abría y abría riendo. Creyó que era cosa de olerla y hacerle sentir que, atorada, el destino del billete de lotería y su supuesto resultado predestinado ya no tendrían importancia; ¡maldita madre tierra, maldita nube que levanta el gran culo entero! Creyó que si la follaban bien, por un largo rato, con la normal batalla de dos cuerpos bien terminados en su centro, de los que olvidan que alguna vez tuvieron piernas, podría dejar de estar a la zaga y gozar. La lamió y la lamió pero su palo había desaparecido, papiro quemado. La lamió como un maestro convertido en líquido, en molusco sin hueso. La lamió en un escurrimiento insensato.

—Ahora dime la verdad, puto —le exigió ella jugando acrobática, elevada sobre sus hombros y talones; labios muy abiertos, evitando venirse en la lengua del Vasco.

—Carajo, amor, ¡déjame concentrarme!

—Dime... Dime cosas.

—¿Palabras obscenas?

—Dime quién... ¿quién te dio ese billete? Dime dónde está el secreto de esto.

—¡Déjame...!

Sustrai no pudo más con su intentona: ¿sus mentiras? ¿El maquillaje? ¿Los enredijos de la Sociedad Abakuá, la llave, las fotos y el documento? ¿Enrique Piedra? ¿Los Insane? ¿Las carnes de

Inanna que en su perfección comenzaban a gotear como algunas paredes por la humedad? Se sintió abrasado, terriblemente incómodo. Frío por dentro y abochornado en una alberca de sudor. Se separó de ella y prefirió arremedarse hacia el piso para envolverse en las sábanas tiradas. La pornografía, oyó a su conciencia decir, es una trampa: juega con un mundo que supuestamente desconocemos y nos provoca como un trampolín frente al abismo. Después nos abrumba la horrible normalidad biológica del sexo: es tan del carajo que coger a una mujer sea así, no más, algo físico. Un émbolo y su pistón, una tuerca y su tornillo, el falo de Shiva, la vagina de Shakti... El espacio de nuestro morbo se vuelve a alejar para ser deseo, allá, en otro cuarto, otra estancia; para ser un nuevo sitio oscuro por alcanzar. Sustrai jadeaba más y más, sentado en el suelo al hablar:

—Es una fórmula vieja. ¡Mierda! ¡Ya te lo dije! ¡Mierda! ¡Mil veces mierda! Ese papel le quita muchos problemas a la esposa de un político. ¿Por qué tiene usted todo este dinero en su cuenta? Siempre preguntan eso. ¿Cómo es que con un salario de funcionario, mal pagado, lleno de gastos, pudo usted hacerse de estas propiedades, de tanta casa y joyas y mierda? Las respuestas son las que se dan en estos casos: una donación; buenos movimientos en los negocios; compré unas acciones de una empresa pequeña y tuvo mucho éxito... Esa es la más común.

Sustrai se limpió el rostro cubicado en las sábanas y vio cómo dejaba marcas iguales que los gajos de naranja apastados en el piso de la cocina.

—También he ayudado a que algunos escapen por ahí —continuó—. ¿Sabes lo que valen unos contratos fechados tramposamente antes del momento real para que parezca que alguien compró acciones que se multiplicaron milagrosamente en un año? Se ha usado mucho. ¡Vamos Inanna, hace muchos años, yo también tuve que participar! Me gané un dinero. Mucho dinero que venía de unas cuotas de sindicatos que ya no podía entregar a nadie... ¿Sabes por qué? Porque se cayó el régimen en Chile, lo

puedes creer; ese mismo día se cayó el régimen de Chile. Lo recuerdo muy bien, perfectamente. Y yo con ese dinero en la mano. ¿Cómo iba a explicar que lo tenía? Unos amigos me dieron la oportunidad de mostrar que había comprado valores, bonos de petróleo... Lo hicieron por una parte pequeña de ese dinero. Luego tuve mucho éxito. Fue así, en cierto modo, que me forjé un buen futuro. Sí, creo que fue mi primer encuentro con el mundo del petróleo y, poco después, ya metido en eso, fue que me conociste... Y... Y ¡carajo, Inanna!

Ella se puso de pie. Colosal. Su cuerpo maduro parecía sutilmente dividido por un dibujante entre muslos, cadera, cintura... El vientre terso de quien no lo ha prestado, egoísta, para crear vida, uno y otro pecho redondeado y desprendible como un juguete. Su maquinaria de goznes y carnosos pistones, devota de la creación sublime, llegó hasta Sustrai. Poco a poco fue colocando su vagina contra el rostro del hombre que temía llorar. Levantó sus brazos, enroscó suavemente los dedos en su cabello, bajó acariciándose, se apretó los senos y osciló suavemente para pedir que terminara con su entrepierna brillante, adornada de la libido insaciable y el atrevimiento. Los ojos llorosos de Sustrai se elevaron. ¿Podía ser hombre de nuevo? ¿Le daba permiso? Levantó también sus manos contra las nalgas de la diosa... Y ella se retiró.

—Tengo que salir —dijo recogiendo su ropa para vestirse—. Compraré algo de comida y creo que tú necesitas ropa. Esta es la casa de una mujer sola. Los hombres que llegan acá, traen sus propios recursos. Pero yo te buscaré algo bonito que puedas ponerte. También imagino que querrás un periódico o un libro; ¿algo de política o de chismes del corazón? ¡Ja! Mientras, puedes cubrirte con esa bata, a menos que quieras volverte travesti y ponerte mis medias.

Sustrai quedó en silencio con la cabeza entre las manos hasta que la oyó salir.

—¡Sí! —gritó—. Un periódico de los de acá; un periódico. Y, si puedes ¡una revista porno! ¡Con mujeres de tetas duras, muy duras...! ¡Mujeres de las que saben hacerte una mamada...!

Sustrai regresó al cuarto de visitas. Rumiaba con dolor el juego de Inanna. Con el pecho hundido de desánimo, no encontraba fuerza para siquiera bañarse de nuevo y quitar de su rostro los brochazos de pintura ridícula que le habían aventado. Sabía que no podía salir entre lobos. Ellos terminaban de comer el portafolio vacío y quizá ahora querían volver sobre su carne. Pero ¿qué importaba eso? Con dificultad podía él separarse de los sillones, vistiendo aquella bata corta, atajándose tras aquellos... sus ojos negrecidos. Sublimación de su cuerpo que pesaba inundado de mercurio; mirando el talante torcido de sus piernas, mirando sus manos agotadas, decidió apagarse como un carbón.

La pornografía, maldita ciencia de los solitarios reflexivos, no tenía respuestas más allá del hastío, sólo el hastío de los testículos ante la mano que masturba explica ese estado de la vida. El mundo de los polígamos es más simple: deben fornicar y lo saben; no dudan; ensartan el falo en el hoyo sin cara y el mundo venera el falo.

Se consumieron las horas, quizá los días. No supo bien a bien si Inanna volvió a seducirlo en ese tiempo. Lo seguro es que él no hubiera podido responderle. Veía especialmente que ella regresaba sonriente de sus salidas, tal vez de su trabajo. Traía consigo ropa de marca, envuelta en portatrajes gruesos, para animar a su gatito Sustrai. Le trajo un par de corbatas de lujo, Hermes y Ralph Laurent, pero él no se inquietaba. Seguía los movimientos de Inanna con los puros ojos, conservando su forma de toalla húmeda, aplastada entre los cojines del departamento. Inanna trajo bebida, no sólo whisky y buen tequila; también Rakia Peshterska que dicen puede con los muertos. Él consumía el alcohol como las plantas el agua que necesitan.

Ella le trajo una maravilla comprada supuestamente en el Metropolitan: unas mancuernillas de baño en oro, grandes y simbó-

licas, con la forma del Lingam con rostro de libidinoso, pequeño pero constante para mostrarse como un boludo pito erecto. Sustrai no las usó, ¡por supuesto! Miró aquel regalo y estuvo seguro de que era un insulto. No dijo nada. Supo meter al departamento el silencio que perturba; hasta que ella, convencida de que el juego terminaba, salió a la compra con prisa y trajo consigo la revista porno que puso frente a sus ojos. Eso fue ya mucho.

–Esta es a cambio del billete de lotería –pidió con rudeza.

–¿Tiene fotos de mujeres que agarras? ¿Mujeres que no te devoran? ¿Mujeres que no te envuelven, sino que puedes doblar y no te doblan? ¿Mujeres de verdad?

–Mujeres en dos dimensiones –respondió Inanna–. Planas, de plástico... de papel y plástico. Abre tu asquerosa revista.

Sustrai no lo hizo. Ni por asomo. Sabía que la revista podía ser cualquier cosa: mums, milfs looking for a cock, switchers o herms. Pero más claro le quedaba aún que, en ese instante, su derrota era también la de ella. Comenzó a moverse, a tomar las más modestas prendas entre las que ella le había traído. Fue al baño a ducharse, afeitarse de nueva cuenta con cuidado. Se arregló con parsimonia y avanzó hacia la puerta sin que ella pudiera decir mucho.

–Si sales podrán comerte.

Sustrai dobló la revista bajó su brazo. Tomó el billete de lotería para mostrarlo en toda su evidencia y colocarlo en su bolsillo. ¿Debía entregarlo a Inanna? ¿Una cosa a cambio de la otra? No... la revista era mala.

–Tú también corres ese riesgo –contestó Sustrai tranquilo–. Tanto como yo... Pero no lo creo. No creerán que traiga el billete conmigo después de este tiempo. Pensarán que lo dejé bien escondido en algún agujero, quizá en algún rincón de este lugar.

Ambos se miraron por un rato largo. Nadie iba a detener a nadie. Pero de igual manera, trataban de olvidar lo próximo y recordar lo lejano, los ratos que pasaron juntos en mejor época y acomodar a conveniencia lo que sería su conclusión. Ambos op-

taron por borrar esas horas y esos días juntos para regresar 20 años y medio a la primera vez en que se conocieron. Su recuerdo sería como una pintura terminada, seca y barnizada, compuesta hábilmente por la mano de un artista incuestionable, donde nada podrá añadirse. Nada más..., entendiendo que mancillarla sería el peor de los delitos, jugarían a preservar el rostro de un retrato fino que guardarían con cuidado. Él sonrió... Ella también.

----0000----

Torre uno alfil

Jugaban golf con pichones. En el camino, sobre un terregal tiraban granos o pan. Los pichones ingenuos y pendejos bajaban a picotear. Un oficial, con sus enormes botas negras, tomaba un madera tres que le extendía un soldado, entraba discreto y cuidadoso al plano, cargaba el tiro —unos pasitos—... concentración. Y con un buen swing le cercenaba la cabeza al ave, la demolía, la convertía en coágulo de pasta. Nunca usaban el drive, porque no sirven para sacar golpes quirúrgicos que dejan cuerpo y patas trastabillando abajo antes de fallecer. Con un buen golpe, la cabeza puede alcanzar las 30 yardas. Pero el reto es la discreción y la rapidez. Si el pichón desconfía y se mueve en el último instante, puede salir un mal tiro: el pájaro se despanzurra en plumas y tripas volando; sangre y cebo. A veces su cuerpo queda atrapado en el bastón y la risotada estalla con él. Un pájaro convertido en plasta, paquete de deformidades, dificulta que otros pichones confíen y bajen para seguir jugando. Por eso, si bien hay risas y burlas cuando el golfista falla y revienta al animal, este es un deporte sofisticado que llama a la seriedad. Cuando los pichones no quieren bajar, aterrados por la sangre y los fallos de inexpertos matadores, se tiene que recurrir a las gallinas robadas a los vecinos de la aldea: a padres y granjeros. No es lo mismo. Estas deambulan mucho, suben y bajan la cabeza. Difícil sacar un gol-

pe que corte y no aplaste; que escupa contra los que se dicen soldados enemigos, traidores, que han hincado con los ojos bien abiertos frente a la galería de los golfistas. Un “hoyo en uno” –bromean– sería incrustar la cabeza de un pichón en la boca de un prisionero. Nunca ocurre, pero mencionarlo hace que los desgraciados arqueen el cuello, giren el rostro y suban y bajen la mirada con una violencia tal que, de rodillas y con sus manos atadas a la espalda, imiten perfectamente el picotear de las palomas.

LA CRÍTICA

Julio de 1977

Recuerdo que el pintor era joven, vanguardista, atrevido. Había colocado marco y tela sobre un caballete al final de la terraza abierta de la Frygies Rott Residence, una mansión de lujo sin rival en el oeste de Houston, incluyendo los condados de Harris y Ford Bend. A su espalda, se aprovechaba la mejor luz, capturada por los jardines, galerías y arreglos renombrados entre toda la sociedad de petroleros, industriales farmacéuticos y genios en finanzas que inyectan su energía a Texas. Todos ellos comentaban que Philip e Inanna Rott, los dueños de Frygies en Royal Oaks, habían logrado lo imposible: colocar juntos microcosmos caprichosos, ecosistemas únicos en sus parcelas de arbustos que separaban unas de otras a especies exóticas que, de no vivir ahí, quizá estarían destinadas a la extinción; semillas traídas de lejanos parajes que germinaban engañadas, como la victoria regia de flor azulada que sólo florece en la amazonia peruana y el cactus strausi del Medio Oriente.

Dos flamings blancos, sin primos ni parientes fáciles de reconocer, se paseaban en el lago artificial. Un enjambre de círculos de agua, a lo largo de pequeñas cascadas, donde las aves pisaban con recato, como si el lodo y la gravedad les asustaran. Aquella vista era un verdadero orgullo para los arquitectos que cumplían los caprichos del matrimonio Rott, porque habían intentado construir, con sutiles bombeos y riachuelos controlados, algo parecido a las paradojas matemáticas de Escher.

Pero el pintor no prestaba atención. Desde ese punto, hubiera tenido que girar en extremo su rostro para admirar aquellos paseos de animales pedantes o buscar con cautela al rey del paraje de más de 4000 acres: el jaguar. “Tigre mariposo” –le decían– ya inofensivo y convertido con drogas y dedicado entrenamiento en

un sedentario vago de jardín, obeso y aletargado, que había perdido la voluntad de cazar, de rugir, de asediar. El pintor se veía mal si se distraía a la mitad de un trabajo que le pagaba su mecenazgo con tanta generosidad y que aún no se dignaba iniciar. No se veía bien que dedicara demasiado tiempo a una distracción, por enorme, sorprendente y especial que fuera aquel edén, el jaguar, los flamingos y el agua engañando la lógica de su descenso. Ahora trabajaba: su pincel debía concentrarse en el retrato, en las facciones del alma, de la inteligencia, del pasado de mil y más años expresado en la armonía única de los átomos que tuvieron que juntarse, después de todos los ciclos imaginables dentro de la cadena alimenticia, para construir el rostro altivo y el cuerpo perfecto de Inanna Rott; algo que él no podía aun entender.

Al menos, si no pintaba, debía mirarla, captarla toda y en sus partes. Nadie lo criticaría por centrar la mirada en esa belleza, en las laderas de unos senos voluptuosos, en el esqueleto exigido para convertir a la mujer en garza y en fruta al mismo tiempo; piel erguida en cada tajo, en cada corte, desafiante incluso por una tranquilidad que desdoblaba al dejarse fundir sentada cómodamente en una cheslón del tono de las perlas. La ataviaba un vestido de colección, más bien velo de ninfa conteniendo el azul verdoso del Giotto en los frescos de Asis. Y nadie criticaría al pintor por convertirse en un maestro Sikh imbuido en el acto de iluminación que es mirar y mirar la belleza, sin más, sin acción; sí, la belleza iluminada. Nadie lo criticaría por detener el arte, el tiempo, la rotación del planeta y dejar en suspenso y goteando el pincel; aquietar la técnica de Pollock, Cuixart o Guayasamil antes de aventar pintura... Preferible abandonar, por pura y natural cobardía; mejor desistir del mal intento de tratar de imitar lo perfecto por perfecto, lo sensual por esencia, lo único que él veía. E Inanna, sin caer jamás en el abismo de la rigidez faraónica (que para ella era una zanja pequeña), sabía que él la admiraba abrumado, cohibido y sin poder pintar.

Ella y su rubio cabello teñido se sonreían sutilmente en espera de que algún día, maestro joven de núbil fama, pudieras terminar

tu obra de vanguardia: el “Retrato de Inanna Rott”. Un lienzo de uno veinte por noventa centímetros que la pared central del segundo hall de la mansión, abierta entre dos ventanales con cortinajes únicos de seda de twill, esperaba para predicar que Inanna podía ser eterna. Frente a ese muro, estaba el retrato del viejo Philip Rott, todo un Zeus, el Júpiter del petróleo, terminado hacía pocos meses. El pintor había hecho un trabajo satisfactorio para captar hábilmente los pliegues de la experiencia del patriarca Rott, el magnate incontenible y sus cincuenta y ocho, sus sesenta, quizá más de setenta años. Lo había encuadrado con toda su severidad y aspereza, celoso, esperando ver a Inanna tan joven y hermosa; verla eternamente y, quizá, devorar su lozanía frente a frente y de retrato a retrato.

De momento, al girar, Inanna era perfecta. Sí; ella no dudaba ni reprimía la entrega de su medio perfil, de su cuello liso como columna sin una garganta que trabaje y trague bajo la piel; ella desplegaba un aroma convertido en guiño y su guiño —ya más al viento—, siendo estúpido, podría parecer filosofía. Se sabía admiradora de su jardín reflejado a cada instante en sus pupilas negras y brillantes, lo que convertía sus ojos en un misterio verdoso de vaivenes orgánicos, vivos, que significaban uno de sus grandes logros y el mayor lujo de su esposo. Mister Rott le había construido ese jardín al superar sus irreconocibles veinticinco, quizá treinta años de edad. Inanna era, cuando así posaba, Lady Rott —a la inglesa— y así pensaba que debía llamarse su retrato. En esa obra, debería semejar, tal vez, una jovencita inocente de novela para escuela de señoritas, capturada en el fino paño de la casa Windsor & Newton; y al verla, nadie pensaría en su origen pakistaní, en la Inanna Panditah Tall de familia sefardí que salió rápido, cuando aún ella era niña, de las persecuciones a su colonia, hostigada por quienes detentaban la nueva política religiosa intransigente, empeñados en amedrentar a los negociantes independientes de Karachi. En el retrato no tenía que hablar de su paso infantil por Israel y España, de cómo encontró albergue en

la casa de sus tíos en Nueva York y el tiempo que pasó estudiando finanzas, a pesar de ser ese largo aullido de sensualidad, presionada por poseer un físico reventando de sugerencias que ella no podía acallar. Nadie tenía que pensar en el pasado cuando, hoy, se es tan perfecto y cuando un pintor puede convertirte en inocencia, lienzo nuevo: sin un rasgo que recuerde dolor o cicatriz o arruga o resequedad frente a las inclemencias. Inanna era foto. Como foto, recorrió su momento al tomar lecciones en las aulas de la Universidad de Columbia; y como foto asistió a las entrevistas de los corporativos donde los directores de Human Resources se empeñaban en imaginarla lejos de los números, fuera de los libros y cerca de los mostradores de recepción para mejorar la imagen de sus logotipos y sus marcas.

Ahora, con la esperanza de convertir la foto en una pintura con chispa, con un destello de arte que la pudiera develar genuinamente, Inanna esperaba tranquila, postrada en su mueble de diseñador, esperaba la pincelada de arranque. Así que, con su calma de foto, presintió la llegada del butler, un profesional traído de Colchester, Inglaterra, quien le entregó en bandeja la tarjeta de Sustrai Oroitz, secretario particular del director de la empresa petrolera que tantas veces había oído mencionar.

—Hágalo pasar.

Inanna Rott, como entonces la conocían, había pasado a ser la más hábil y veloz mujer de negocios de todo Texas. Daba audiencia en diversas circunstancias: acompañando a Míster Rott en alguna cacería, recorriendo el lago Houston en un yate de agua dulce que había diseñado el arquitecto Dubois específicamente para tal entorno; incluso había firmado contratos, dicen, recorriendo las praderas texanas del Big Bend en una camioneta que ella misma manejaba para mostrarle a sus clientes bellezas únicas como el correcaminos o la iguana con camisa, animales imprevisibles, oriundos de las montañas Chisos. Sin embargo, sólo a Sustrai le tocó encontrarla en postración, disfrutarla como duquesa frente a Velázquez, esperando que el pintor lograra la idea del

retrato que –ante su belleza y ante su guiño– imponía sacar de la tumba a Leonardo para hablar de sonrisas o a algún maestro sin paralelo para discutir si Inanna era modelo para el esbozo al vuelo del estilo futurista, o para la magia del Art Autre de París. Todo indicaba que Inanna era para los artistas antiguos holandeses... y el pintor dudaba; dudaba quizá a causa de los flamings, del jaguar, de las rosas damascenas y los castaños de indias y del ahuehuete traído de Puebla... y dudaba porque quería ser Picasso frente a sus modelos Françoise Gilot o Sylvie, o impersonar a alguno de los clásicos de Francia que podían conocerlas y poseerlas y penetrarlas para medir el alma que había que llevar al lienzo.

–Sustrai A. Oroitz –pronunció ella con dulzura frente a él, marcando tanto familiaridad como desprecio y, desde ahí, empezó a tutearlo–, agradezco que hayas podido venir a verme esta tarde.

–Su esposo, el señor Rott, sugirió que debíamos presentarle a usted nuestro proyecto en mayor detalle. Y mi jefe me pidió venir a hacerlo.

–Entiendo..., pero... Podría ser una confusión. No te desgastes –manifestó ella, sin dejar de ofrecer mejilla, labio y pestaña a las exageraciones poéticas del pintor–; empecemos por poner en claro una cosa: los tubos, las válvulas, los ingenieros, la casa, el jaguar y ese cuadro que están pintando son la propiedad del buen señor Philip Rott; sin embargo, las decisiones son mías. El proyecto que ustedes han traído es interesante, como pocos, y por eso lo vamos a tomar muy, muy en cuenta. Pero la parte que Philip no entiende, es la que me toca a mí; y para eso no necesito, en lo más mínimo, que empieces hablando de fierros y taladros. ¿Eres un hombre de fierros y taladros?

–No... Y usted... ¿es acaso, usted... una mujer de taladros o de finanzas?

La mano de Inanna surgió sonriendo y elocuente, ya que sus labios, posando para el retrato, se sentían impedidos para asumir su papel. Giró lo dedos, entregó su envés, le dio cuerda a la mu-

ñeca... Pidió que el Vasco continuara explorando, intentando definirla. Él cumplió:

—¿Una mujer de apuestas? ¿Atrevida en los casinos o el hipódromo? ¿Una casa de cambio? ¿Una mutual, una banca, una tycoon financiera indetenible?

La mano seguía adelante con una perorata de ademanes de fascinación.

—¿O... mejor la versión femenina: una Mi-Dokuro?

—¡Mi-Dokuro! ¡Mi-Dokuro! Qué lindo, mi amor. El señor Rott se fascinaría de saber que se casó con Mi-Dokuro.

—Pues bien, Mi-Dokuro —se atrevió a insistir Sustrai decidido a enfrentarla con cierta rudeza, porque si bien había roto la primera verja hacia el enigma de aquella mujer, Inanna no le manifestaba ninguna deferencia, ningún reconocimiento—, me permites hablarte de tú, ¿verdad? Y así, mejor aún, ¿podemos ir al grano? ¿Debo entender, por lo que me dices, que contigo el tema es... dinero? No hay problema; puedo asegurarte que mi área es esa: las buenas relaciones, las buenas ganancias y, si es el caso, la violencia de los perros o la codicia de los cerdos.

Inanna no se ruborizó. Aguantó la que parecía una pedrada. Y el pincel cayó por primera vez sobre la tela blanca. Azul.

—Sí —reaccionó ella—, puedes hablarme de tú, pero no puedes ir tan rápido... Sustrai, extraño nombre. Te diré. En fin, hay dudas. Como suele ocurrir, hay dudas. El consejo de la empresa, después de oírlos, se quedó con dudas.

—Los expedientes están completos y ustedes son una más entre las firmas de ingeniería que estamos contratando —dijo él mientras comenzaba a recorrer con su paso despreocupado la amplia terraza, adosada a una espectacular piscina con pisos acabados en lajas de pizarra donde destacaba un carro de copas y botellas con los mejores licores del mundo—. Todo lo necesario... lo entregamos con más información de lo que se coloca generalmente al momento de contratar gente como el señor Rott y su equipo. Nos hemos abierto de capa; expuesto todos los detalles de nuestro

programa de crecimiento, de nuestro plan maestro, de nuestra política general de hidrocarburos y de los nuevos descubrimientos que pueden transformarnos en un productor muy poderoso... Y no sé por qué... Mi jefe, el ingeniero Rodríguez, decidió darles todo, aun cuando ustedes no corren riesgo. Ahora dice que hay dudas. En fin, el pago para ustedes es independiente de los resultados... Así, yo no tendría dudas. De que ganan, ganan. Pero tengo órdenes. Por eso viajé hasta aquí. Le garantizo que mi gente está dispuesta a prolongar su estancia en Houston para lo que se necesite, pero...

–Todo eso es correcto –interrumpió la dama de la cheslón sintiendo que la pintura comenzaba a robarle algo del filoso carácter conforme el pintor aventuraba un bosquejo amplio, robusto–. El señor Rott me dijo que los asuntos de la perforación quedaron claros, que se trata de documentos sólidos, bien armados. Suficientes para que él proporcione el equipo y la gente y se llegue al destino allá abajo, donde la riqueza los espera, lucky guys. Pero, tú y yo, mi buen señor Sustrai, tendríamos que hacer algunas cuentas... Lo que me inquieta es el monto de dinero que se establece en el Plan General de Explotación para algo que llamaron “evaluación y validación del proyecto técnico”; algo que quedará en manos de tus ingenieros, Sustrai, cuando la verdad es que el señor Rott es quien hace todo el trabajo. Y lo hace bien; es famoso por eso.

–Tenemos, por nuestra ley...

–Conozco esa parte de la historia –Inanna habló con un silbido petulante en sus labios y el pintor detalló los rasgos gentiles de su boca–. Todos los países nos dicen eso: que se requiere tener la seguridad de que la ingeniería del señor Rott está calculada considerando las características del terreno en específico y la viscosidad del petróleo que se espera obtener. ¡Bah! Lo hemos oído varias veces. Es por eso que el equipo del señor Rott necesita tanta información; no es lo mismo clavar el barreno en la arena de Iraq que en los lodos de Rusia. El señor Rott tiene mucha experiencia.

–No creo que podamos escapar de una revisión a nivel nacional...

–Eso es lo que el señor Rott escuchó –interrumpió Inanna–. Pero, te pregunto, ¿a los auditores no les resultará extraño que esa “revisión... y evaluación... y validación, y...” todo lo que ustedes hacen con nuestra ingeniería sin entenderla, todo lo que intenta tu gente sin añadir un número, una idea, una prueba o el balanceo de una maldita ecuación, cueste tres veces lo que cobra la mejor ingeniería de Texas, la que hace el señor Rott?

Sustrai se dio cuenta que la mujer que comenzaba a surgir entre azules y veladuras verdosas en la tela frente a sus ojos, tenía la capacidad de insultarlo con una eficiencia superior a sus defensas: entre los mil balines que su pecho estaba dispuesto a recibir, ella tenía fuerza para lanzarle el único dolor posible, no en el pecho, ni en la cabeza, sino en los huevos. Caminó incómodo. El problema era que la inquina provenía de una mujer perfecta, evidentemente más lista que él, reclinada en la cheslón, retorcida sin dulzura para respingar sus pechos y sus caderas, sus pómulos y pestañas, al punto que el pintor había optado por el cubismo, por flechas, vectores y balones para atraparla, ingenuo, en el rectángulo de uno veinte por noventa centímetros.

–No lo creo –dijo para ganar tiempo.

–Haz las sumas –insistió ella acomodando su pelambre rubio–. Yo las hice de nuevo esta mañana y las revisiones y validaciones y aprobaciones de lo que nosotros hacemos te cuesta eso. Más de tres veces la sustancia que pone el señor Rott. Alguien lo va a notar, Sustrai A. Oroitz. Pero no te sientas incómodo. Siéntate a mi lado; tengo fama de que todo lo soluciono. Vamos, quítate ese saco y siéntate aquí.

Sustrai tomó posesión del espacio que ella abrió recogiendo sus pies ataviados con zapatos de infinito tacón e infinita agudeza. Recordó que era sábado y se apenó de haber llegado a la mansión Frygies Rotts con traje de calle, impropio para el calor de Houston, y la corbata Armani que Regina, su preciosa esposa, le

recomendó por haber visto una película sobre gigolos, producción de gran revuelo y música pegajosa que él, de nueva cuenta, se perdió.

—Creo que tu respuesta —continuó Inanna— debió ser algo como: “ese costo no es asunto de la firma Rott”. O qué tal decirme “¿si nosotros regalamos el dinero, es cosa nuestra? A ustedes les vamos a pagar completo ¿no?” Y yo tendría que estar de acuerdo y limitarme a insistir en que será bueno aclarar este tipo de detalles.

El pintor se tranquilizó. La condescendencia de Inanna era sorprendente. Oír hablar a Inanna con toques de dulzura le quitaba algunos gramos de diosa que dificultaban ese arduo camino hacia su retrato. Oírla hablar de dinero, incluso, la hacía humana.

—Siempre estuve en contra —recordó Sustrai en voz baja—, en contra de que mi jefe entregara el diagrama completo de costos de todo el proyecto, incluyendo nuestra parte; pero me dijo que el señor Rott lo consideraba indispensable. ¿Van a juzgar los costos de nuestros ingenieros? Quizá. Pero tengo algo muy presente: si ustedes buscan incrementar sus precios, nos obligarían a buscar otro proveedor.

—No hay otro proveedor, Sustrai —corrigió Inanna sin parpadear y el pintor lo agradeció—; lo que ustedes buscan, nadie se los puede dar con la velocidad que han pedido. Pero no te inquietes. No pretendemos incrementar lo que ya cotizó cuidadosamente el señor Rott. Además, debes saber que fui yo quien pidió el diagrama de todo el proyecto. La razón: no nos gusta estar en medio de los escándalos.

El pintor encontró un tono, una pincelada suave para la parte alta de las cejas de Inanna que en la tela parecía morir o convertirse en cráneo liso cuando él trataba de ofrecer un rigor realista, lechoso, sacado de la técnica de los fauves. Así que decidió completar velozmente con manchas planas del azulado brillo de las perlas que lograba con el blanco de zinc y un robo de talo, casi imperceptible, aplicado aparte con la punta de la espátula.

—Aquí es un problema de nuestras leyes. Todo tiene que ser sobre una base nacional. Tenemos que usar, para la evaluación, los servicios de nuestra gente; aun cuando se entiende que con este tipo de proyectos petroleros, por su novedad, por lo difíciles que han resultado, estamos en terreno desconocido...

—El problema no es de habilidades; sólo el costo. ¿De dónde salió ese precio? —Inanna preguntó tomando la mano de Sustrai para diluir su rudeza—. No es verosímil. Hagamos un ejercicio de cariño entre tú y yo. De sinceridad amorosa entre gente que nunca pretendería lastimarse. ¿Cuánto es para ti, amor? ¿Cuánto para el ingeniero Rodríguez Gómez...?

—¿Perdón?

Sustrai sintió como Inanna, casi de manera imperceptible, había colocado también un pie sobre su regazo.

—El ingeniero —aclaró Sustrai con más fuerza—, él no toca eso. Yo menos. Pero quieres cariño... Pues bien. La respuesta tiene que ser más complicada: el sobreprecio es para la empresa, para el sindicato, para el conjunto de la gente, para que las cosas fluyan, para todo... Para todo el sistema. Simplemente es algo que... que así tiene que ser.

—Sustrai —Inanna era un dulce y el pincel corría en la pintura como en las olas de Schlitterbahn Beach —, he oído tanto de ti; de tus capacidades, de tu fuerza. Incluso, aunque no lo creas, nos hemos carteadado. Los oficios que nos has mandado los recibo yo: son elegantes en el inglés, porque contratan buenos traductores y tus ingenieros fueron buenos alumnos de la Universidad of Manchester, de Aberdeen y lectores del *Handbook of Petroleum*. En cierto modo nos conocemos. Pero nunca habíamos hecho algo tan grande... juntos. Yo me casé con Mister Rott hace tres años. Durante cinco fui su secretaria y él no tardó en darse cuenta que yo le convenía, que yo le podía arreglar estos asuntos mundanos que van más allá de medir la presión y el gasto en una plataforma, de fabricar bayonetas y conductores que tomen en cuenta las distintas densidades y el flujo irregular de los malditos subproductos;

los que causan los accidentes. En fin, él necesitaba alguien que cautive esta parte de los intereses veleidosos... Para todo lo demás que hacía una secretaria, pues ya están las nuevas computadoras... Es increíble lo que han hecho por nosotros; por nosotras.

El pintor pudo captar cuando Inanna, acariciando la mano de Sustrai, lo acercó hasta tocar con sus labios su oreja: le explicó que estaba contenta con semejante proyecto, uno de los más grandes de la industria petrolera, pero que sólo quería algo sencillo; tan sencillo como “entender”; y para entender hay que explicar. El pintor escuchó que ella se había casado con el señor Rott y, a partir de entonces, el señor Rott le dejó decidir los contratos, con lo que su empresa no sólo pudo convertirse en la número uno en ingeniería de perforación y mantenimiento de conectores, inyección y transporte primario, sino que destrozó rivales hasta encenderse como un astro de luz inevitable, molesta para los deslumbrados. Ella acarició las mejillas de Sustrai antes de explicarle que hace años era una simple contadora y ahora tenía acciones y era consejera principal en King and Rott, Inc..

Le aflojó la corbata y puso sus dedos en su pecho para decirle que ella tenía muy clara su función al lado de un hombre mayor, un padre, cúmulo de sabiduría en torno a aireadores, compresoras y drenes; sobre estabilizadores, brocas de martillo y bombas de lodo; un hombre único, un genio, zensei... Su función era cuidar el estómago de su esposo; del corazón se encargará ese retrato que están pintando ahora. Por ello, no podría poner cosas difíciles que no pueda digerir plácidamente. Algo difícil de digerir será entender por qué alguien va a gastar enormes sumas de dinero, sólo para evaluar lo que el señor Rott seguramente hará muy bien.

—Está bien, mi Sustrai —terminó armando su diatriba la hermosa rubia falsa, Inanna Rott, en aquel momento llamada Rott y no Panditah—, ésta es una estrategia igual a la que hace unos meses nos presentaron los venezolanos para justificar unos millones de pérdida. Les dijimos, no lo hagas y lo entendieron; pero les dimos una opción. Les explicamos que acá en Texas y en Estados Unidos

hay leyes raras y luego un legislador misterioso, que nadie sabe de dónde sale, pide un hearing y los del gobierno vienen a pedirnos información. Nosotros nos equivocamos y se las damos; les damos tus datos, Sustrai, tus cifras y tus menjurjes; tu pestilente sopa de excusas y complicaciones administrativas que apesta... Todo eso que ha adquirido el tono de una nebulosa de gases; todo sale a la luz pública. Hay escándalo y todos nos sentimos mal, muy mal. El señor Rott enferma... Yo no quiero que enferme. Quiero que muera feliz un día, de un infarto; así veloz, como el chistar de los dedos.

El pintor era joven y parecía un ratón electrificado. Su borbotón de color rodaba en grandes avenidas por toda la tela; había abierto el carmesí, el rojo de cadmio y el cerúleo, el amarillo Nápoles, el ocre y todos los azules; más de quince pinceles usados para dar brochazos de angustia, sabiduría y regocijo, o para atajar los más nimios detalles que hacían surgir el brillo de la carne de Inanna, su elegancia, su petrificación.

—Pero —continuó ella tan rígida, aunque entreteniéndose en recorrer el pecho de Sustrai, sus botones, su cabello con un índice estilizado, maleable y extrañamente largo—, ¿sabes lo que le propusimos a los venezolanos? Esa puede ser la solución. Les dijimos que pidieran otras cosas al señor Rott, cosas fáciles de hacer, pero que parecían muy importantes en materia de seguridad, para evitar daños a las playas y los peces. Parece que las hacemos y no las cobramos, y tú haces como si nos pagaras un dinero que termina en un banco de acá de Texas o de las islas; dinero que tú puedes usar. Lo hacemos bien, sabemos de qué estamos hablando. Pero... no trates de engañarnos. Estamos de tu lado.

El pintor puso una raya roja en la sien de Inanna y su imagen se tornó cruel. Era lo que él quería aunque no sabía si el señor Rott apreciaría ese rasgo. Esa libertad poética en su trabajo. Quizá sí, porque bien sabía que la hermosa dama lo seducía cada noche, caminando serena con un velo blanco atado apenas sobre un solo hombro, marcando su cuerpo. Caminaba descalza y sin peso, sin

dejar huella sobre las alfombras. Y cuando el señor Rott callaba inmóvil en esas noches arrinconado en el cauce donde brota el dolor de los viejos, ella, sin equivocarse, hacía comentarios helados sobre las finanzas, sobre cómo el área de ventas había reducido su impacto en el mercado.

–No necesito el dinero en ninguna isla.

–Pero Sustrai –ella ya lo había obligado a erigir una barrera de pulsaciones aceleradas, temblor y tartamudeo–, ¿no te parece burdo lo que estás intentando? Cuando tus ingenieros cobran de más en un proyecto pequeño, resulta posible... pero en grandes obras, los precios acumulados nos hacen ver como unos estúpidos. Yo no puedo avalar este insulto al trabajo matemático, tan profesional del señor Rott. Veinte generaciones de prestigio, veinte generaciones desde un relojero suizo que mereció todas las cédulas de los comuneros en su tiempo. Piensa que él es mi devoción.

Inanna tomó el cuello de Sustrai para ensayar un pellizco suave con índice y pulgar.

–Necesito repartir –respondió él mirando hacia la hierba, hacia el jaguar o hacia el carrito de los licores sorprendido de la paradoja que estaba por soltar–; necesito repartir muy bien... no es para mí... no es para el ingeniero... es para todos. Fuenteovejuna tiene hambre, necesita comer. En mi país, lo que roba uno, a veces es para todo y todos. Es eso: Fuenteovejuna necesita comer.

–Hagamos entonces como lo hicimos con los indonesios –insistió Inanna sin soltar a su presa–. Ellos fingieron que compraban equipo de más; no lo recibieron y no lo pagaron. Se ahorraron el dinero y quedó para sus pequeñeces, sin que nadie ofendiera al señor Rott.

–Si subes tus precios, no puedo continuar.

–No te estoy pidiendo eso. Compra algo diferente. Tu proyecto necesitará refinar.

–No puedo; mi ley obliga a que nosotros refinemos.

–Tu proyecto necesitará mover, compra unos tubos.

–No puedo; eso ya se pensó.

–Necesitas vender en el mundo; compra unos barcos...

Sustrai atrapó con valor la mano de Inanna; la puso aparte. Se levantó para caminar hacia las botellas; el whisky de una vieja botella tenía el color de la piel de aquella dama.

–Con el permiso del señor Rott –dijo sentenciando como gran senador para servirse la copa de Buchanan Special Reserve de 18 años, edición de coleccionista, único en su tipo–. La idea de los barcos suena bien. Nadie sabe de barcos, ningún financiero, auditor... Los congresos aquí y allá no entienden de fierros y tala-dros; menos entiende de lo que pasa en un barco. Yo juraría que un barco es necesario; dos quizá son doblemente necesarios. Us-tedes los venderían baratos, pero con papeles caros...

–No vendo barcos, sé quién los hace y me puedo encargar.

–¿En verdad? Me harías ese favor.

–Claro... A ti y al señor Rott.

–Que sean entonces... unos barcos. Dos.

–Siempre supe que sería bueno invitarte a casa.

–Unos barcos –repitió Sustrai sintiendo el placer del trago en las encías–; y lo mejor de todo es... mi querida señora Rott, que los barcos se pueden hundir en lo más profundo del Atlántico.

–Seguro, mi amor. Si también quieres eso...

–No, no, no. No vayas tan rápido.

El pintor encontró su tono en la cúspide de una montaña. Inanna era una cima: y todos los colores que necesitaba estaban ahí, en el cielo, las nubes y los bosques, en los blancos de nieve rala que desvía los rayos sangrientos del sol.

–Con un par de buques –reiteró Sustrai junto a una botella de un elixir que a partir de entonces le pareció atado a su vida–, un par de bellos buques petroleros que parezcan caros, chingones, que tengas que cambiarles el nombre por el de próceres o recuerdos patrios, que nos hagan repetir en nuestras reuniones: “indispensables para la industria petrolera nacional”, ¿podríamos hacer un balance aceptable, cerrar el trato y comenzar a expresarle todo nuestro cariño al señor Rott y a su inteligencia?

–Podemos amarlo como lo hacemos. Hago las cuentas y se lo encargo a la gente del señor Rott que sabe del asunto. Tú despreocúpate y disfruta de este momento, el momento en que los perversos adoramos a los genios que han asesinado la gramática... Algo así dijo Nietzsche sobre hombres sin religión como mi amado Philip Rott.

–Que Dios le dé larga vida al señor Rott y lo preserve para ti, la mujer que tanto lo ama.

Durante los próximos meses, Sustrai fue invitado varias veces a las propiedades del señor Philip Finigans Rott a cerrar suculentos negocios; invitado a conocer las caballerizas en Perdigans Mall o el embarcadero en el lago Houston, pequeño océano texano que recorría velozmente el yate de agua dulce que había diseñado el arquitecto Dubois y que Inanna Rott manejaba; sí, ella sola, como si fuera la mismísima Corsaria Anne Bonny, luciendo un bikini de esmero que nunca mojaba porque no sabía nadar y que había copiado de las películas de tormento que protagonizaban artistas como Laura Antonelli, mujeres de playa y cubierta, en naves espectaculares; mujeres que raras veces se atrevían a nadar. Fue entonces cuando le dio por bautizar a Inanna con nombres sensuales como Zvezda, Taringa o Gina. Al señor Rott ya nunca lo vio frente a frente. Nunca. Tan sólo lo escuchaba mencionar en momentos de firmas millonarias, las que arreglaba sólo con Inanna o sus abogados; pero lo reconocía mirando desde aquel severo retrato de la sala este de la Frygies Residence. Philip Rott reclamaba desde ahí, en lo alto, la vida misma, el negocio, las cochinas, las tranzas, el desasosiego, las noches de celos y quizá, por encima de todo, su convencimiento de que los dos buques petroleros eran, de un modo u otro, indispensables para el futuro de ese mocoso, niño de selva; quizá obligatorios para su existir... Barcos que se le volverían eternos en su oído y míticos como el Vliegende Hollander o el Adventure Galley de William Kidd y eso que Sustrai sabía que, bribonamente, había comprado chatarra con forma de buque-tanque, basura con la eslorra de una flecha al

averno de los bellacos. Sustrai dudaba frente al retrato, sacudiéndose incluso la sonrisa del gato de Cheshire que le rondaba el pelo alborotado, y se consideraba su aliado cuando le decía que Inanna era una mujer como un destino, como la magia de los perfumes de Venecia y que tendría que cargar su rostro en algún rincón perenne de cada neurona cuando bebiera un trago de más. Pero no, la verdad es que el viejo Philip Finigans Rott lo veía tranquilo. La severidad era cosa atribuible al pintor. Tan sólo lo odiaba un poco y retenía su parpadeo, reclamando por otra cosa: porque aquella tarde de verano, tan calurosa, la primera en que el Vasco Galiano conoció su casa, su edén y su jaguar, salió lleno de mil culpas y arrepentimiento... pero nada de eso importaba. Lo grave era que envuelta en su saco se llevaba, seguro de que, de no hacerlo, su vida podía pasar a ser muy miserable, la botella de Buchanan Special Reserve cuya fina y única malta había adquirido el color de la piel de una mujer o quizá el tono soleado de una diosa.

----0000----

Alfil cuatro alfil dama

A un costado del sendero o calle principal, se encuentra un triángulo equilátero formado de gruesos troncos de encino; tres por lado, atados con varias lazadas de cuerda fuerte y tensa. Forman un pesado potro; un punto de apoyo para diversas maniobras técnicas; tareas rápidas y espontáneas en el camino. Para acarrearlo y acomodarlo, ardid que tienen que hacer varios soldados, se usa una barreta de hierro larga y fuerte; de las que los obreros llevan para hacer palanca y levantar cualquier cosa: un camión, una roca que pudiera estorbar la caravana de los milicianos recorriendo la Riviera de los Scarcies. Es una barra de más de dos metros, imponente. Se ensarta libre en uno de los amplios espacios entre los troncos; permite generar asas, extensiones, y

así mover el pesado armatoste a fin de encontrar su mejor acomodo donde convenga a la maquinación de los ingenieros militares: un puente, un contrapeso, una rampa que compense la agresividad de la vereda. Esta vez, el conjunto de troncos ha sido echado de lado, pero no abandonado, ni arrumbado sin cuidado. Quizá —especulan los que quieren penetrar la foto con ojos maliciosos—... quizá sirvió para dar un ejemplo de poder frente a los campesinos que no querían hablar; que se negaban a revelar el secreto de sus tesoros, de sus hijos, sus armas y sus lealtades. Es fácil levantar el triángulo de troncos y encaramarlo, centrado, sobre las pantorrillas de un adulto a quien se obligó a bajar sobre sus rodillas. Queda atrapado, inmóvil: tobillos en V, claramente arqueado por el dolor y la incomodidad. Pero, en términos de su queja, lo que el prisionero está sintiendo no es nada. Nada comparado con lo que vivirá cuando se tome la larga barra de metal, se le acomode en cruz sobre su espalda, se use para atar sus brazos abiertos y descienda llevando el cogote hacia su propia espalda baja, envolviendo los mismos troncos que atrapan las piernas. Los soldados, dos a cada lado, apoyan su peso en la barra y obligan a la víctima a convertirse en vertebrado invertido aplicando toda la presión sobre los últimos de sus discos torácicos. Es un dolor indescriptible, tanto en la columna y las piernas como en diferentes partes del cuerpo afectadas en momentos diferenciados por la separación paulatina de los nervios respectivos: las ingles, los riñones, el abdomen, las tetillas. Más peso o tiempo del aceptable —algo común en el desorden de los mercenarios africanos— y el torturado termina, en un solo y agudo grito, con escoliosis severa, irremediable, parálisis desde el medio pecho hasta el inframundo nebuloso de sus piernas... silencio: curva secundaria que lleva sus glúteos a los pulmones, en ocasiones con parálisis cerebral y total distrofia muscular, mielo-meningocele, reuma omnipresente, plasta, molusco. El espectáculo es muy aleccionador, al punto que la sola presencia del potro de troncos en triángulo, a la entrada de la villa, da una clara señal de que los inge-

nieros vencedores tienen los medios para superar cualquier obstáculo, cualquier silencio.

LA CRÍTICA

Sustrai, eres un flaneur. Te lo repites y repites. Un flaneur entre aquéllos que ponen los pies en el mercado, o en un parque público; aquéllos que miran a su alrededor y legitiman su paseo ocioso en la palabra deshilada, a partir del tejido de la geografía. Leíste en Nietzsche que los mejores pensamientos llegan en la jornada de los pasos, cuando nuestra mente recorre ciudades, campos, praderas, una playa y se vuelve visión esférica, panorámica, cósmica... Atrapas el mundo, no sólo en tiradas de 180 grados, también hacia adentro de ese halo craneal que construye un paseo: el boulevard es la vivienda y los muros tu pupitre donde apoyarte para tomar notas, los kioscos de periódico son tu biblioteca y las terrazas de los cafés son balcones desde los que, hecho el trabajo, se contempla el negocio.

Sustrai, has sido un flaneur de manos en los bolsillos; manos que se interrumpen en su reposo intrascendente al lado de la anforita de alcohol, ahora extinguida, que tu palma mantiene caliente. Leíste en aquella *Enciclopedia de la Salud Familiar*, esa Humanis Corporis Fabrica de tu temprana afición, que la máquina humana –magnífica e imposible de revelar– fue diseñada para mantenerse caminando, al menos en lo que respecta a sus venas... también las arterias, ventrículos y coronarias: caminando, disfrutando el mayor tiempo posible sobre la andada. Y con el andar del flaneur has impuesto tu manera peculiar, única, de construir familia y perpetuarte... La contemplación. Eres de los que no aprendieron a compartir, ni siquiera la carne de su soberbia; ni siquiera el placer corrupto de verse en el espejo del vanidoso.

Han pasado varios días desde que huiste de tus enemigos, de la mano de Inanna y ahora has huido de la propia Inanna y su cau-

tiverio de sirena. Te has mantenido oculto caminando como un felino enjaulado en su lujoso departamento; tus heridas sanaron y tus pensamientos vuelan. Inanna, amiga de la arquitectura que besa a los hombres tranquilos, te prestó refugio y quizá te devoró el aliento. Ambos sabían que los Insane tardarían un buen rato en averiguar dónde vivía esa misteriosa dama de cabello rubio, perfecto. ¿Les molesta que ella, ahora, te ayude? Estarán furiosos. Pero podrán averiguar tu paradero tarde o temprano. Además ignoran que ella también se erige como un sufrimiento para ti. Que te ha ahogado con sus piernas y senos. Ignoran, malditos delincuentes, la ansiedad de tocarla; comezón que poco a poco te carcome, que te otorga toda razón para no volver a tu hotel donde los mafiosos acechan, donde la policía merodea batiendo serenamente sus sospechas, pero que también te aniquila. La Afrodita de carnes incontenibles también sabe castigar por los 20 años y medio años en que la evadiste. Ninguna ofrenda, carajo; ningún cofrecillo con las hierbas, panes y dulces que ella merece; apenas la tarjeta navideña o el mensaje estúpido y general en el que das parte de lo bien que has pasado tu cumpleaños en compañía de los seres queridos. A Inanna, nada de eso le importó. Te dio vida nueva. Un elegante traje de Brooks Brothers que luces impecable por las calles de Nueva York. Te regaló ropa íntima, ropa de jóvenes y celebridades, que nunca te habías atrevido a usar y una camisa de mancuernillas que parece moldear toda tu fuerza para hacerte importante. Su incontenible osadía de mujer que abraza te colocó en su apartamento, a la par de los altos cielos sobre el Soho donde ella tenía esa habitación para visitas, fría como la ducha de los cuarteles, a pesar de cojines, colores, cortinajes y tapices. Ahí, ella te lo pidió, te encerraste a la espera de una transformación: quizá la de tu ser de oruga en mariposa; quizá, dadas las circunstancias, a la espera del fin.

Ahí macerabas todos pensamientos eróticos por ver a Inanna pasarse entre la cocina y su recámara, vestida con velos que algún diseñador consideró que podían pasar por cómoda pijama;

salir elegante, vestida de dominio. Llegar cansada, vestida de victoria. A tu refugio, la recámara del lado oriente, ella no entraba. Tampoco llegaban sus gatos y nunca su aroma. En su ausencia buscabas el dulce aire de los afeites de Inanna pero aquella habitación de excelente vista estaba dominada por otros olores químicos que usaba una mucama polaca eficiente, quien cobraba por hora y hacía la limpieza como enfermera. Vivir en aquel Olimpo e imaginar más allá de lo razonable, comenzó a ser intolerable. El contacto con esa mujer se limitaba a una sensación, como un vaho de fantasma a tu espalda, que sólo tienen los seres que han convertido su madriguera en parte de su ser y la sienten invadida: cada color en las paredes, cuadro, trabe, escultura, sillón y mostrador de mármol era parte de la diosa que te acogía, pero ella, como una abeja reina desaparecía por la mañana y no volvía hasta tarde sonriendo con tu presencia como si estuviera convencida de que así, en su regazo de paredes y lujos, te dominaba en espera de colgarte como un trofeo.

Sustrai, te hartaste; agotado del lujo de jaula para gatos finos. Ella comenzaba a tenderte como si te conociera y fueras el marido aburrido y fastidioso que se ha convertido en sillón, televisor y cerveza. Te llevó alcohol y cigarrillos buenos, un par de revistas y todos los periódicos que deseabas; pero tenías que salir. A sus espaldas, cuando sentiste que el sol estaba lo bastante alto, abandonaste su olor, sus imágenes y su cruel dulzura, recorriste Nueva York lleno del calor que describe a un flaneur irreverente con las obligaciones de admirar todo aquello que el diario paseo le puede acarrear. Ya muy tarde, tuviste la disyuntiva de volver con ella o atreverte a regresar a tu hotel. No podías dejarte atrapar de nuevo por su telaraña; estar con ella te dolía y sentirte olvidado por ella te dolía por igual, así que como flaneur que se atreve a recibir lo que el mundo le depara en cada esquina y cada bocacalle, sin defensas ni recatos, recorriste los caminos conocidos de los delegados, los guardias y los conocidos para enfrentar tu hotel. Fuiste sigiloso, discreto como los maestros chinos del andar

que parece brisa y se confunde con las paredes, penetra las puertas de servicio y evade todas las miradas. Sin embargo, te sentiste vigilado; ¿quién sabe desde dónde? ¿Quién sabe con cuáles ojos diminutos que bien podrían ser aquellos de la imaginación de alguno de tus enemigos, los Insane-Kings? Ganaste el lobby donde esperaste un rato midiendo los movimientos de la noche, apacible como pocas; ganaste el elevador y el pasillo de tu hotel, del Marriot Marquis de pocas y malas bebidas, donde recordabas el ataque de un maloliente aroma de cocina, que, a pesar de todo, era incapaz de vencer los recuerdos insertados en cada uno de tus sentidos que provenían de Inanna.

Recordar es como olfatear siempre que la mente esté limpia: te atrapó la colación del atardecer, la gran dinner americana que parece haber sido de puchero con pringá, extenso en tocino, chorizo y morcilla, y que te ha traído a la nariz un sendero de viajes añejos de fermentación y asco: una visión de carroña en tu mano herida, sanando con la humedad de los tejidos que lloran; pero que no han vencido a Inanna.

Esa noche de septiembre, Sustrai Oroitz, el cansancio te alimenta la desidia sobre cualquier señal del futuro: ya no te cuidas, ya no das un rábano por si te acosan o te quieren aplastar. Los tiempos presente, pasado y futuro, y la mano del silencio en el hotel son un mismo chaleco de plomo sobre los hombros, que te dificulta revisar bien el entorno. Lentes empañados, sientes que te miran: por mugroso, por diferente. Una diminuta mucama, latina y oscura como las plantas de la selva lluviosa te observa antes de que entres a tu habitación y baja la mirada para derramar una extraña y ácida culpa. Adentro, tu saco cae jalando tus pensamientos sobre un sofá azul del pomposo hall. Tu sed, ansiosa palpación en el vacío de varias horas sin alcohol, comienza a irritarte. Sólo entonces tu vista ambiciosa recorre con esmero los rincones de aquel, tu cuarto. Los cortinajes de color pastel, invadiendo todo espacio, son tan diferentes a los que observaste por horas en el departamento de Inanna, viven al golpe de las lámparas indi-

rectas que anuncian un público inexistente más allá de esa suite convertida en escenario.

La ves. La lujosa hilera de luces sobre un mueble, equipado con dos botellas de vino y copas grandes como tetas adolescentes, encamina tu vista. Recorres ese mostrador con ojos y manos. Allá, al fondo, hiere la armonía del cuarto la pierna desnuda de una prostituta sobre tu cama. No es Inanna. No es cualquier juego anatómico de músculos, sino la pierna de una joven única, casi niña. Es de las que hacen caminar a la juventud y la vuelven engreída: prueba de que la gran Naturaleza ha unido todo lo que en su momento le hubieran devuelto las carnes de la muerte. Y ante esa piel lisa, Sustrai, te ves obligado a revisar tu mano herida: el raspón de hace días que, comparado, abre de modo negligente y cínico su bandullo de exhalaciones.

Te acercas: poco a poco, la esquina del muro va entregando la hermosura de esa dama recostada: bata entreabierta, toalla sobre la cabeza, olor a humedad y esencias de shampoo exótico, agradable: todo lo que la noveleta puede incluir. Ella sonríe y tú no puedes más que hacer lo mismo sintiendo que comienzas a sudar venenos.

—Soy Monique —dice y extrañamente, como si necesitara confirmarlo te extiende una tarjeta de plástico, fucsia cincuenta y cuatro.

Monique. Ladies Escort Agency; whatever your imagination wants and more. (212) 217-6464

—Un regalo —continúa—. Un regalo de unos amigos. ¿Verdad que no me despreciarás?

Sustrai, no duda: despreciarla, nunca. Pero antes, lo que realmente deseas es un trago.

Monique está al pendiente y se apresura para anticipar tus intenciones. Viejo diplomático, te dispones a aflojar tu corbata, mientras ella, pone una copa vacía en tu mano y avanza para encargarse del trabajo de desenredar ese nudo en tu cuello. Y pensar, Sustrai, que tanta tersura proviene de lo que Monique, la

perfecta Monique, se comió y digirió como bolo alimenticio, albúmina y nutrientes hacia su vientre: su sistema digestivo, su metabolismo con tres horas diarias de gimnasio, lo convirtió en curvas tersas y lisas. Antes fue sangre y músculo de vaca, y antes hierba y tallo de pasto y semilla y estiércol y moscas sobre algo pútrido, negros batallones, larvas, líquido espeso o aliento vago. Ahora es perfecta.

Pero la firmeza de los senos de Monique atrapando su bata para evitar el descaro total es materia de mayor reflexión. Sientes pena, por tu propia flacidez, por tu olor a oficina, a reuniones interminables, a casa de mujer ajena, a panqués matahambres y a calle con esencias de sauna tumultuoso, promiscuo. Pena por tu mal afeitada barba, por muchas cosas indescriptibles que se empeñan en hacerte sentir mal y poner tu alma con el flanco débil hacia la flechadora. No dudas; única y exclusivamente necesitas un trago y después..., después otro.

—Soy un regalo que unos amigos..., muy buenos amigos que te lo mandan para ti —repite la chiquilla esbelta que ves mitad como una hija y mitad como un demonio que te empuja contra la cama, justo cuando la mayoría relativa de tus neuronas en plena asamblea democrática y tus glándulas en coalición desean que te empuje y te aviente y te domine y te fornicar.

¡Sustrai! Tienes miedo y tus últimos dotes de frialdad te han pedido que reflexiones con seriedad sobre los pechos perfectos, siliconados para alcanzar esos tres y medio joules de fuerza, coeficiente de restitución elástica del 73 por ciento, apretados contra tus pellejos: piensas que tus lentes son una molestia y, de inmediato, la mano de uñas rojas los desprende de tu cara. ¡Caray! Sustrai. La niña sabe su trabajo. ¿Por qué tienes miedo? Y quisieras beber hasta las heces... Entregas el vaso para que ella lo llene; tu espada en prenda; tu escudo, el guardián de toda tu existencia.

Piensa, Sustrai que el sol brillará alguna vez sobre esa joven perfecta convertida, cuando muera, en carroña, como para co-

cerla en su punto, y el cielo mirará su espléndido esqueleto como flor blanca.

–Quieres probar el vino, ¿verdad? –te anuncia ella al atrapar una de las botellas oscura de etiqueta como portada de incunable.

Sólo entonces baja del cielo aquel ángel precioso que te cuida, porque ella, la perfecta Venus, la sinuosa Genevieve, falló. ¿Cómo puede ser tan pedestre una puta así de perfecta, inocente y niña? ¿Cómo puede traer a tu cuarto del Marriot dos botellas de Moulin-à-Vent sin pensar en cómo abrirlas? Sí. ¿Cómo puede sufrir ahora tanto por no encontrar un destapador que jura y jura haber colocado ahí en la repisa o allá en el buró, o quizá sobre la misma cama del cuarto del Marriot Marquis de Nueva York, ni tan “Marriot” porque en él sirven bebidas y refrescos baratos? ¿Cómo puede ser tan burra la pijuja?

En tus tiempos de revolucionario, Sustrai, cuando se mandaba un anzuelo de tantas curvas, de tanta belleza y sensualidad, ella recibía al magnate y al político con las copas servidas. Recuerdas que así se hacía porque todos sabemos, entre rojos, guerrilleros y revoltosos, que las hembras son más arriesgadas. Sí, mandábamos hembras como leonas, así como nos enseñaron los amigos, aquellos negros de la sociedad Abakuá, los enemigos de la cumbia, las drogas, los putos, el capitalismo y que –según esto– habían traído de Liberia y Sierra Leona, de la sociedad secreta “poro”, la fuerza de las mujeres “sande” y “bundu”, como cazadoras irreductibles, maravillosas, vencedoras y demoníacas. Las irrefrenables féminas que, en términos de la revolución, no tienen límites hasta la victoria.

El error de Monique –de seguro pensó que temerías que te estaría ofreciendo tragos envenenados si no veías cómo se destapaba el vino– ha sido, para ti, un último resquicio de lucidez ante su cuerpo: un camino de retórica que te trae tropezando cuadro por cuadro, de luz en luz, de ilusión en ilusión o esperanza, de cosa en cosa; pero aquella botella y el temblor que exhibe las primeras imperfecciones de Monique te da el pie para la huida.

Sustrai, lo buscas. Sí, ¿el descorchador o el sosiego...? ¿Dónde carajos está el tirabuzón? Y tú también, Sustrai, botella en mano, haces de su inexistencia un gran problema y gritas y jodes con el tema, porque nadie puede beber a gusto el vino si está tan ansioso; y buscas y buscas junto a Monique armando un gran desmadre. Ella, semidesnuda, se vuelve torpe, se agacha y muestra mal cubierto el culo, deja de ser diosa y pasa a ser una máquina de huesos y movimientos, un robot incómodo, una prostituta real; puta de pueblo, de Sussex Mills, por muy neoyorquina que se precie de ser. Abre gavetas y nada; nada asoma en planos y costados de los pocos muebles...

Cuando Monique ya no es mujer pulcra, cuando ya aseguraste que tiene pelvis picuda que resalta como percha bajo el terso mantel de su piel, cuando ella descuadra sus caderas, o que carga carcañales como tuercas que arquean sus tobillos, es entonces que buscando, abres un cajón de un buró donde se guarda una Biblia. ¡Solución! Las hormonas están sosegadas, y Monique muestra un frío enojo; tiene vellos asomando bajo una tanga oscura y una mirada que algunos llamarían “portada de novela de terror”. Levantas la Biblia contra ella, ¡por vampiro! Y eso te convierte en un artista trascendente tocando con su dedo al alma verdadera de la prostituta. Eres el renacentista, el Caravaggio, eres pintor del periodo Tokugawa; eres romántico cuidando a Jeanne Duval, eres hombre sufridor, clarividente, místico elevado por el arte, viejo consciente, agradecido para recibir la vida que da el Creador y resignado ante los límites de su cuerpo marchito.

Esa Biblia es inconfundible: una King James Version, que tiene castillo y bosque al frente. Al recordar ese libro de libros, también recuerdas que las putas que mandabas a engañar a tus enemigos en tiempos de la revolución tenían la botella de vino descorchada, las copas servidas y los tirantes del brasier a punto de caer, pero aún sobre los hombros. La Biblia del Rey Jaime la tuviste en casa por muchos años, un regalo de la Reader’s Digest cuando adquiriste una Enciclopedia gorda en cuya compra se empeñó Regina:

Universal Health Care. La Biblia de Jaime, el dador de leyes, te mantuvo a flote cuando enfrentaste por primera vez a Regina convertida también en robot, en mujer de caderas que se quiebran: no fue mujer de vellos, imperfecciones, estornudos, granos, quejidos y ronquidos; no, nunca; pero sí un cuchillo que te perdió el respeto, la admiración y decidió ser el dolor en tu camino.

*

Frente a Monique, blandiendo aquella Biblia, te ataca el recuerdo. Recuerdo como tufo irrefrenable: rememorar tu trabajo para Rodríguez Gómez, el ingeniero petrolero; tu trabajo fiel, hasta que dejó de ser trabajo. ¡Putal! ¡Monique pirusa! La fidelidad más fuerte es de hiedra: la que amarra con vida y sabía, la que se ata sobre sus propias ramas y ahoga. Esa es la fidelidad que tú encerraste por el ingeniero, el honesto ingeniero que tantos favores te pidió y tú, por lo que él significaba, los habías cumplido uno a uno como se cumple con un destino. Y recuerdas ahora muy bien aquel día en que él te llamó a su oficina para hablarte de la pugna electoral, de la terminación del mandato del Presidente y la necesidad de influir en su decisión.

—El Presidente no es un hombre cansado, al contrario —te dijo—, y el tema de dejar el poder le será difícil. Es un buen amigo y yo puedo saber que guarda aún mucho dentro de sí. Pero ya no es como antes. Muchos se fijan en su semblante deslucido, friolento y desencajado. Todos a su alrededor, hombres de su gobierno, lo reconocen ya vicioso; fácil de adular y colérico.

Recuerdas que decidiste callar frente al escritorio de tu jefe, mientras te hablaba de los regalos que recibía el Presidente, de su paranoica afición por los chismes y su deseo natural por pagar con canonjías. Pero el ingeniero Rodríguez Gómez no iba al grano, a la médula de su petición. Dio muchas vueltas antes de confesar que todo se centraba en lograr que la volubilidad del Presidente se inclinara en nombrarlo a él como candidato y sucesor a la Casa Presidencial, lo más favorable para él y para ti, para la yunta imbatible para despuntar.

—El Presidente necesita un regalo muy especial —concluyó con el tono amistoso y pausado que es común en las bocas embriagadas—; necesita algo muy importante que cambie las cosas, que se signifique como el fiel de la balanza de nuestras vidas. Mi futuro y tu futuro, Sustrai.

Seguiste en silencio frente al ingeniero cuando te comentó sobre la forma en que Germán Adonías, el Secretario del Presupuesto, un tipo despreciable, empezaba a actuar como el elegido: algo que tú y él, tan cerca de la gloria, no debían permitir. Seguiste aún más callado y duro cuando llegó a su meta comentando, como si fuera por casualidad, aquel día en que se quedó a solas en el auto presidencial y escuchó de voz del Presidente un comentario sobre esa damita antojosa y brillante, un tanto solitaria y de enorme misterio en su belleza. Se llama Regina, Regina Martínez de la Rosa, esposa de Oroitz, y tú, Sustrai, no chistaste ni por la fracción más imperceptible de un segundo.

—Tu mujer, debes reconocerlo, es extraordinaria —te dijo el ingeniero ya más suelto del cuerpo porque había cruzado al punto de no regreso—; es una belleza diferente. No es una más. Es algo... ¿Quién soy yo para describirla? Pero ese no es el tema. Lo que importa es que no creo que podamos encontrar en todas las mujeres del gobierno, las niñas preciosas que andan pidiendo trabajo de meritorias, en todas las esposas de funcionarios, secretarias, intelectuales... sea lo que sea que me menciones... No vamos a encontrar a alguien con ese espíritu de inocencia, alguien que el Presidente pueda sentar a su lado convencido de que no le llega como seductora, vampiresa, con los kilos de maldad, la malquerencia de la burocracia, que no dejan de preocuparlo. No te pido que concedas... No... No te estoy pidiendo el adulterio, no... ¡Jamás! No me vayas a malinterpretar por mi despreciable sinceridad, mi palabrería. El Presidente ya es un hombre maduro. Sólo necesita una acompañante grata y Regina, tu esposa, puede hacerlo. No habrá más que eso; nada más allá que su compañía; su piadosa compañía.

Tu silencio era único, Sustrai, porque sabías que el Presidente significaba peligro: entrado en años y con desgaste, pero también famoso por activo; sabías que era mujeriego y callabas porque ante tus ojos se te aparecía y volvía a aparecer el rostro de Regina con velo y sin él, con sus gafas gruesas y desquiciantes como la conociste, con toda su largura de ademanes y su miedo y su valentía en aquella cueva durante las fiestas de las sorgiñas en Saint-Pée-sur-Nivelle; se te aparecía, te adelantaba los lazos verdes de las hidras de fidelidad y parecía hacer eco a las palabras del ingeniero Rodríguez Gómez.

—Eres muy afortunado teniendo una mujer así a tu lado, Sustrai: una joven inteligente, muy inteligente y tentadora. Alguien a quien, en estos meses clave para la sucesión, podamos confiar una alta misión. Si hablas con ella, entenderá. Yo sé que entenderá.

Tu silencio no fue el de una tumba, pero sentiste la forma en que se bajan los peldaños de la tierra, y que un fuerte hedor surgía de entre aquellos muebles elegantes... Y sentiste las sienes calientes y creíste desmayarte, pero no por dolor sino por la extraña ansiedad de pronunciar las palabras “sí, ella entenderá”.

—Y Sustrai —insistió el ingeniero con una parsimonia inigualable que usaba al recorrer con pasos suaves su propia oficina—, si tuvieras alguna duda, sólo te pido que leas con cuidado un pasaje de la Biblia: el Primer Libro de Reyes, donde Betsabé se sacrifica. Es algo muy edificante y te dará la paz, si es que alguien como Sustrai Oroitz, que no lo creo, anda en busca de algún tipo de paz.

Leíste la Biblia con avidez: el Libro de los Reyes y no sólo eso sino Salmos, Cantares y Eclesiastés; y te metiste completo con Job, Amós y Ageo por días y días, desvelado, sin dormir... repasando cada línea, porque Regina había entendido, entendido muy bien su misión. Se quitó los lentes, cambió el ajuar por telas entalladas y cortas y se dedicó a entender.

Ahora deseas que Monique entienda y le muestras la Biblia. Hasta has pensado en explicarle por qué la King James Versión es

tan importante. Piensas por un segundo, imbécil, que Monique entenderá que alguna vez te fue difícil convertir a Regina, tu esposa, en la amante o la devoradora: la cazadora que se envía como en secreto porque todos sabemos, entre los revolucionarios y guerrilleros, que las hembras son más arriesgadas y su locura encierra los grandes logros posibles de la causa.

Estás a punto de soltar una lágrima. No ocurre. Monique no es mujer para que le cuentes de tus noches cruzando pasajes de la Biblia y tragos de Buchanan Reserve, noches largas y cargadas como una intoxicación de salsas ácidas indigeribles; lecturas y bebidas para ayudar a pasarlas. No puedes relatarle (como Regina lo hizo contigo) cuando estaba ayudando al trance de Rodríguez Gómez, tu jefe, de convertida en la asesora preferida del Presidente y motivo de varias columnas sugerentes en los diarios. Morías despacio, te enmohecías en el sillón de cuero tipo Chester, color caldera; y no porque Regina jugaba perfectamente el juego, sino porque dejaba de platicarte las intrigas de palacio, la forma en que llegaban los empresarios y los aduladores, los de la policía y la secreta a mostrar informes confidenciales y presentarse como los indispensables. Ella te negó esa sabia necesaria para pasar el rato.

No volvió a hablar contigo “a corazón abierto”, como te gustaba decir. Se tragó hacia una barriga insaciable todas las anécdotas y las pesquisas, calló cuando los petroleros, los maestros y muchos otros en el poder celebraban como un hecho la designación de Germán Adonías, el Secretario del Presupuesto, como próximo candidato del Partido. No te comentó que ella, tu Regina, había entrado al despacho del Presidente, para decirle: “¿has oído que Adonías, ya se presenta como Presidente sin que tú lo sepas, cuando yo juraba que tu voluntad se inclinaría por Rodríguez Gómez, tu fiel amigo, la persona que ha construido todo el país, sus montañas y sus agujeros tal y como tú le instruiste, hasta que todo a nuestro alrededor se parezca a ti y a tu estirpe?”. Y tras ella, otro amigo del ingeniero, un tal José Nathán, asesor en algún

asunto vago, habrá entrado al lujoso despacho de la casa Presidencial reiterando que los actos de Adonías eran una vergüenza, una prepotencia, y que tales desplantes rebajaban el poder como un pan mal horneado; te hacían inexistente, diluían el prestigio, la firmeza y el orgullo –lo máspreciado– que poseía el Presidente.

En aquel sillón esperaste saber de los labios de Regina, con dos gotas de sinceridad, cómo el Primer Mandatario escuchó que los ojos de todo el país lo miraban para que ya les indicara quién iba a sentarse después de él en la gran silla alta de escudos y alegorías en el respaldo. Y José Nathán, astuto, pero con mirada de idiota, habrá recurrido a la retórica diciendo: “Señor Presidente, disculpe, pero acaso yo habré omitido saber que usted ha declarado que el Secretario Adonías, se sentará sobre esa silla en el próximo mandato; y yo hago mal, terriblemente mal, en cuestionarlo cuando él invita a todos al bar Escorial, destapa botellas, comparte con generales y líderes sindicales, paga viandas y mariachi y hasta sus enemigos le abrazan diciendo ‘en hora buena, mi licenciado’”.

Morías, Sustrai, ante el silencio de Regina, porque tenías que especular sobre todas las historias de la corte. Ella llegaba en la noche, acomodaba cada una de sus partes: ropa, maquillaje, pañuelo, aretes y collares en cada sitio, en cada cajita, con la parsimonia de un ángel que se sabe bueno y bendito. Te ignoraba silenciosa y aún te ignora y no soltaba rienda de cómo era el Presidente, qué hacía con ella, cuándo y cómo la tocaba con su reprimida y ansiosa madurez, de cómo la adulación y la fantasía le hacían perder las funciones elementales de su mente. Ella no se dignaba revelarte que el Presidente, colérico y buscando en el aire su poder a bocanadas, juró para los oídos amorosos de Regina, para su esbelta nariz de artista de Hollywood, para su talle suave y provocador: “vive Dios, quien libró mi alma de toda angustia, que como yo ya lo había decidido, Salomón Rodríguez Gómez, el ingeniero, el descubridor del petróleo, mi fiel amigo,

dirigente de la riqueza de la nación, quien tanto ha ayudado en el duro trance de gobernar, prevalecerá después de mí y él se sentará sobre esta silla en mi lugar y así lo haré saber mañana mismo”.

¿Mañana mismo? Tú supiste que habló de ese mañana, pero no por boca de Regina. Tú tan sólo gimoteabas en el sillón de cuero color caldera y Regina y Nathán y el ingeniero Rodríguez Gómez se habrán enviado una sonrisa allá a lo lejos en algún rincón de la Casa Presidencial.

El Presidente, con la serenidad magnánima que le imbuía una extraña furia que fluye por canales marcados, se sintió lúcido y vital a partir de ese momento, fuerte y ansioso, quizá porque pasaba noches despierto acompañado de Regina, redactando decretos y tomando grandes decisiones. Pero no llegaba aquel “mañana” en que designaría a su sucesor. El tiempo era corto. La fecha en que el Partido elegiría al candidato era inaplazable. Muchos deambulaban con ansiedad y tú, Sustrai, leías pasajes de la Biblia que no dilucidabas del todo, pero que más y más aseguraban a tus adentros que algo, más allá de los tiempos terrenos, cuidaba, tranquilizaba y posponía tus preocupaciones. Regina, aún en silencio, se mostraba convertida en una red de nervios en asonada, y tu jefe, Rodríguez Gómez, hablaba misticamente de resignación.

Una tarde, sin embargo, antes de que Regina llegara a casa, antes de que Rodríguez Gómez pudiera llamarte, te serviste un whisky de maltas finas, abrazaste la Biblia del Rey Jaime, caíste en el sillón de cuero tipo Chester, color caldera y frente al televisor escuchaste la crónica del día... la designación de Germán Adonías, Secretario del Presupuesto, como candidato del Partido. Fue el día en que ganó los libros con su frase más famosa: “Habló mi Partido y habló el pueblo, por lo que no me queda más que aceptar este enorme reto; el reto que surge realmente de un llamado de mi Dios, que no es otro que mi Patria”. La multitud respondió gritando: “viva Germán”.

Parecía seguro a todas luces que el Presidente había actuado con firmeza, mucha: habría llamado a sus allegados, al líder del

Partido, al máximo representante obrero, con tiempo a cuentas para ser todo un sacerdote, y al líder del gabinete económico y les habrá indicado sin lugar a dudas que durante la celebración del Día de la Libertad de Prensa, esa misma tarde, llevarían a Germán Adonías a su auto. Él le daría indicaciones, le pediría que aceptara, le brindaría todos sus apoyos, y después, todos podrían decir que el Partido tenía un nuevo candidato.

La imagen quedó grabada para la posteridad en las pantallas de televisión: por la gran plaza de armas, los políticos reunidos, los que recibieron el pitazo, los apercebidos y los sorprendidos, los organizadores de la ceremonia y los periodistas que poco sabían..., todos daban palmadas a Germán al recibirlo desde el auto del señor Presidente; lo abrazaban con fervor hasta parecer que le ungían como en una ceremonia antigua, pero no por ello menos alegre.

Tú esperabas en casa, Sustrai. Tranquilo admirabas las paredes claras de tu mansión en el barrio aristocrático de la ciudad, observabas el subido ámbar de tu whisky y una página de tu Biblia donde habías anotado un número de teléfono. Apagaste satisfecho las noticias y, aunque era tarde, marcaste aquellas cifras con parsimonia. Contestó uno de los guardias personales de Germán, del candidato. No tardaron en pasarte con el nuevo y flamante candidato del partido, Germán Adonías. Era un Germán eufórico que desde aquel día era el seguro próximo gran y máximo mandatario de la nación y que estaba en algún sitio de mucha juerga, comiendo, bebiendo y departiendo en una recepción privada, para celebrar con sus más allegados, los cercanos al nuevo rey. Tú, por supuesto, no estabas invitado.

–Sustrai, mi querido Sustrai. Acepto con mucho agrado tu felicitación –la voz de Germán en el teléfono era insoportablemente jubilosa–. De aquí en adelante, te ofrezco todo mi apoyo, todo. El Presidente me explicó el gran servicio que le prestaste al Partido y a mí en lo personal. Te estoy agradecido.

Qué responderle, te preguntabas, qué: pedir por tu jefe Rodríguez Gómez sería inútil; pedir por ti... paradójico. Así que dejaste que las palabras salieran solas.

—Yo soy el agradecido —dijiste tratando de sonar temeroso o quizá sumiso ante el nuevo gorila, jefe de la manada—. Tu honorabilidad, Germán, tu bondad te precede, yo sólo admiro tu carrera, como siempre la he admirado.

—¿Deseas algo? Este es el momento para escucharte.

—Habiendo llevado una vida tan cerca de un hombre tan ingrato y difícil, casi me atrevo a decir, maligno, como lo ha sido el ingeniero Rodríguez Gómez, poco puedo pedir —mencionaste al ingeniero con rapidez como si quisieras que su nombre no se escuchara entre aquellos cables—. A veces el destino es así, no todos tenemos la suerte de estar en el lado adecuado de la carretera.

—Tienes razón. La cercanía con el ingeniero haría un tanto difícil incorporarte de lleno al nuevo equipo. Podría generar contratiempos.

—Lo mismo mencionó el Presidente —le recordaste con tono severo aunque mentías—; esas palabras exactas usó él cuando le dije que el ingeniero, por diversas razones, podría ser un riesgo para el futuro de la nación. Puse en sus manos algunos datos; corruptelas que pondrían la institución presidencial al alcance de los chacales. Sobre todo el caso de dos barcos petroleros cuya compra fue un lamentable fraude. Era mi deber hacerlo así.

—La verdad, con dos barcos que no eran barcos, lo hundiste —te dijo bromeando—; es gracioso... Y con ello me ungieste. Ja, ja.

—La decisión que tomé fue algo obvio, sin alternativa. No hay valor en ello. Sólo consistencia con mis valores. Nunca dudé.

—¿Tendré oportunidad de conocer esos datos?

—Por supuesto. Yo no tengo razón para impedir que conozca... Señor Presidente Electo, esa información. Estoy seguro que sabrá manejarla para que se entienda que yo o mi familia no debemos salir afectados.

–Fue una decisión sabia –te consoló–. Cruzaste a tiempo al lado bueno de la carretera y por ello estoy para apoyarte. Quizá estés dispuesto a aceptar una embajada; eres un hombre con trayectoria internacional. Al menos tu nombre así lo indica.

–Esperemos –lo interrumpiste–. Esperemos un poco a ver cómo evolucionan las cosas. Por el momento, tan sólo deseo seguir apoyando su proyecto, Señor Presidente. Sólo eso, y asegurar que desde su memoria guarde perpetuamente fresco este momento.

–Eso, Sustrai, lo tienes por seguro. Tan sólo guarda cerca del corazón este número de teléfono por si algún día lo necesitas. Sólo eso. El número lo responderá el Comandante Florentino Ventura. Él está a mi lado y lo seguirá estando.

No habías terminado de colgar el teléfono, cuando escuchaste los pasos de Regina entrando a la casa. Se la veía devastada; aún reina entre las gracias, pero destronada. Como en tantas otras ocasiones, no dijo nada, pero en sus miradas encontraste un discurso desarticulado que ataba hilos de incomprensión y desasosiego. “¿En qué momento cambió de opinión el Jefe Máximo de la nación? ¿Por qué? Si ya nos había dicho cuál era su decisión. Estaba a favor del ingeniero... Pero todo se torció como si se hubiera vuelto loco. Fue como si algo le inyectara un raudal de desconfianza por Salomón Rodríguez Gómez. Pobre ingeniero, caído en desgracia; quizá obligado a buscar ahora una candidatura, un puesto de diputado que le ofreciera un fuero –mientras le durara– contra la rapiña de sus enemigos que nunca tolerarán haber pretendido llegar tan alto. ¿Quién iba a pensar que cayera así en desgracia? Si ya nos había dicho el Presidente cuál era su decisión ¿qué fue lo que cambió su mente? Tan sólo necesitabas revisar sus ojos alicaídos para notar que esas preguntas estarían en ella, ahogándola, por muchos meses.

Fue entonces que cerraste el cajón, para ocultar aquella Biblia que a Regina ya poco importaba. Ella, convertida en un río de nostalgia liso e impenetrable, se fue al cuarto, al tocador, a dejar

cada ceja, cada uña, cada anillo, pulsera, collar y reloj en su lugar preciso y al cerrar la última caja suspiró; el último y larguísimo suspiro que tú, Sustrai, le oíste entonar.

Creo que esa vez susurraste algo como: “adiós, Regina”, y te fuiste a caminar porque, tú Sustrai, has sido un flaneur, y como buen flaneur te vas a caminar en esos momentos difíciles.

*

Ahora, pretendes susurrar algo al oído de Monique: ¿Qué tal algo como “te quedas en casa, linda, espero que encuentres con qué abrir la botella de vino”? Pero antes de que lo entiendas ella saca un arma, una pistola pequeña, pero letal.

¿Dónde la traería? Un acertijo.

El brillo del metal breve pero suficiente, lo oscuro del ojo que escupe balas, el temblor de esa preciosa mano, todo te es insuficiente... Sustrai, no brincas, no temes, no te contraes en piel y pliegues, en huesos y cartílagos.

–Es bonita, ¿verdad? –dice ella, o más bien “otra ella” porque está irreconocible, como si la dulzura que la ha maquillado durante esos minutos se hubiera escurrido hasta el tenue gris de la alfombra.

Te rascas la nariz; lo digo porque eso es muy notable, y Monique parece estar a punto de reventar soltando un gatillazo que acabe con todo y con esta historia. Pero alguien toca a la puerta y tú Sustrai, posiblemente por la última vez, salvas el alma. No está planeado que alguien llame tan noche a la puerta de un hotel elegante donde cohabita gente elegante... Menos aún, después de que un alto funcionario de un país remoto ha entrado a su suite con una chica hermosa. No es room-service porque ese cuarto cuenta con todo lo necesario y, menos aún, Sustrai, jamás te has dignado llamar por cenas de salmón o paté, queso y Champagne, en situaciones como ésta. No es room-service porque en las películas son los héroes los que tienen los recursos, los ases en la manga. En las historias fantásticas, en las aventuras, la interrupción llega después; incluso la chica saca su pistoleta de dos tiros,

muy de ópera, muy de aristocracia, después de que se ha refocilado en la cama con un Sustrai musculoso y resplandeciente, después de que le ha oído decir que ella es la mujer más apasionante que su Sustrai ha tenido entre los brazos.

Pero no... En las historias, en las novelas y leyendas, no se te ve tan demacrado; serías a lo sumo un amante otoñal, hasta macarrónico en tus afeites, pero no un viejo, acabado y consumido burócrata de los que al despertar arrastran su figurilla afligida y su panza tras el pijama, las aflojan en el vapor de un club deportivo y las componen con el corte tradicional del traje, mucha tela y muchos rellenos. Sustrai, te das tiempo de revirar al espejo: tu piel color invierno te da mala espina y, más aún, cuando Monique, ya una perra inquieta que mira con ojos enfadados, aprieta la quijada de una manera que parece quebrarse. Vuelven a tocar.

—¡Abre!

Las instrucciones te parecen innecesarias.

Tras la puerta están ellos: hombres latinos de chamarra devorando la luz, con la pirámide y la media luna, y el parche del hombro y el signo \$ por varias partes. No te sorprende ver a los Insane-Kings ni sus enrojecidas sonrisas contra tus narices. Te molestas porque Monique les habla con familiaridad, te fastidia que les diga que no encontró nada en tu habitación y no pudo sacarte palabra útil sobre dónde pusiste los documentos. Te apabulla el alma el hecho de que, sin más discreción, te colgarán una de sus horrendas chamarras sobre tu cabeza.

Monique queda a tus espaldas custodiando la puerta de aquella habitación del Marriot Marquis de Nueva York, con su belleza esbelta y sin tacones, su crueldad manifiesta en un rostro enjuto. Y tras ella, desde algún rincón del pasillo, a lo lejos..., se asoma Enrique Piedra, el diplomático de carrera. Tu desencanto, una vez entrada la luz de los pasillos, parece gritar “no molesten, estoy ocupado”, pero su escasa inteligencia le alcanza para notar que algo anda mal, que tu paseillo custodiado por tan hediondos acompañantes es cosa de recordar. Tú, no puedes siquiera hacer-

le una señal. Tus manos están ocupadas, recuerdo: una custodiando la pequeña ánfora de whisky, quizá sin whisky, y la otra acariciando a la altura de tu pierna un sacacorchos, con diminuta navaja y también tirabuzón, que desde hace rato pusiste el fondo de una bolsa para bolígrafos del saco.

----0000----

Torre por alfil

Esta es la imagen de un miliciano mal vestido, severo y molesto por el robo de su rostro en la fotografía. Sus manos están ocupadas: una en el fusil viejo, raspado; la otra jala la cadena de un leopardo que se agazapa, retrato mismo de la desconfianza y el hastío. El animal está igualmente avejentado. Ha perdido esa mirada que descubre mundos en un vistazo, la esencia de la curiosidad que pervive desde que se inventó la palabra curiosidad en alguna cultura de reyes egipcios adoradores de los gatos. Están al borde del camino, quizá al final de una larga caminata. Larga jornada a tirones, sinuosa y sembrada de malos momentos. Caminan interrumpidos por escaramuzas en que deben cuidar que, en su hartazgo o aterrado por los perros que le ladran, el leopardo no deje su huella de tres cortes en la piel del soldado. Junto a ellos, se alza otro mercenario (este no porta camisa); cree divertido poner cara de fiera frente a la cámara, incluso levanta las manos floreadas para el ataque. Parece querer recordar el efecto que en el país tiene aún la presencia de ese felino en la mayoría de la gente pobre, la gente de a pie: ¡supersticiosos! Si ven al animal, se llenan de las historias que aún se cuentan sobre los “hombres leopardo” que mataban poseídos por la sangre de aquel felino. Ellos asolaron los cacicazgos de Sherbro y Mende en el distrito de Bonthe: en las noches vestían piel de fiera y, exigidos, comían carne humana de sus víctimas. Los soldados de la caravana no quieren dejar nunca el cadáver de alguien que haya muerto por

herida de bala. A esos los entierran, pero antes les cortan la mano o una pierna, y dejan la marca de tres cortes severos a fin de que parezcan restos del ataque de un leopardo; buena manera para que la magia de la fiera continúe, irradie el pánico de su rugido, en una selva donde ya nadie explica y nadie habla.

LA CRÍTICA

6 Caballo tres rey

30 de julio de 1983

Recuerdo que quiso gritar: “querida, querida, ya vine”. Pero la voz de Sustrai quedó suspendida contra una asonada de dimensiones acuosas, traslúcidas, pertinaces contra sus pupilas. No abrió la boca, y prefirió dejar guardado el monstruo de aliento alcohólico que acechaba por saltar y arrancar de su lengua toda la correría de la noche. Tragó su eructo y miró a la joven sirvienta, Constanza, que atacaba las escaleras en precipitada caída con rostro lívido, aplanado como cripta; ella ya se había transformado en su personaje. La horrenda y diminuta bocina de un televisor, allá en lo alto, interpretaba con chillidos *La Traviatta* de Verdi. Nadie oía música clásica en casa, sólo que la novela estelar de la noche comenzaba y terminaba con *La Traviatta*: era *Bodas de odio*, la historia inevitable en revistas y corrillos; historia de época con caporales, hacendados autoritarios y la pasión volátil de Magdalena Mendoza Dimitrio.

Recuerdo que la mente aturdida de Sustrai hacía esfuerzos por encontrar la posición adecuada entre el barandal y el filo de la mesita Chippendale del teléfono, evitar el lladró que se dilataba a cada mirada con la pretensión de atrapar su saco y suicidarse. Y así, Sustrai pretendía elevar el rostro sin humildad, para conservar su parte como patrón, como el jefe de la casa, como el que manda con un gruñido. Oteó con detenimiento el uniforme de Constanza: indefensa, débil, adorable; de inmediato supo que algo grave ocurría. Eran las 10 de la noche y le extrañaba que la sirvienta corriera aún despavorida por las escaleras circulares, los pabellones y frontispicios estucados de la lujosa mansión, sin que él, fauno en las noches, la persiguiera.

La Traviatta elevó el canto; alas para la mariposa líquida del volumen que volaba con el abrir y cerrar de puertas; abanicos

que empujaban luces en choque y la voz de la Christian Bach en pomposo recital decimonónico.

—¿Qué pasa? ¿La señora? ¿Se puso mal? —dijo Sustrai, afectando la garganta para controlarse y detener los demonios de la sensación que había decidido llamar “obnubilecencia”. Quizá, quizá exista la palabra impronunciable. Su tono melancólico le recordaba su segundo nombre, más propio para la ocasión: “Sustrai, Don Sustrai Oroitz; es decir: el patrón obnubilado”. Sustrai Oroitz había escupido su pregunta.

—Recibió una llamada y está como loca —respondió Constanza, la inmejorable, la fidelísima—; ¡ay, señor, no sé qué le pasa! No suelta el teléfono, puros gritos y anda rompiendo papeles por toda la casa.

Él sintió un enorme apego, paquete de su bien resguardada generosidad, por la muchacha: un enamoramiento de tres segundos que expuso su risa de dientes cremosos. La tomó del brazo y le dio un beso equívoco: mitad abuso y mitad compasión. La tranquilizó mucho con su calma olorosa, con su ligereza ante el incendio, su imagen gelatinosa capaz de recibir sin quebrarse los cuchillos del día, de la historia. Luego despachó a Constanza hacia la cocina como limpiando la casa y de pasada la baba de su labio. Enfrentaría a solas a su esposa. Empezó a subir.

Abandonó la telenovela, aun cuando el melodrama escurría por la angostura de los escalones circulares dispuesto a atraparle un tobillo. Recordó mejor las películas que vio de niño y que le ayudaron a odiar su infancia: Cary Grant, Deborah Vincent, *La gran llamarada*. Alcanzó la parte alta con la mirada miope: desde lo alto, lo esperaba su mujer o quizá una diosa con ojos ahogados en el reproche o la condena; le apuntaba con el clásico “¿dónde has estado, cabrón, hijo de la rechingada madre?”, con el “¿con quién me engañas, puto?”, con el “¿quién te crees tú, carajo?”.

Ella vestía un traje de cóctel color turquesa, y... no es broma, porque Regina, desde hacía siete años, ya se arreglaba y exaltaba sus encantos en todos los minutos y segundos, y en todos los luga-

res y rincones; incluso se perfeccionaba piel, cabello, cejas, ojos y labios para simplemente seguir la telenovela de la noche, *Bodas de odio*, como esperando encontrar a cada instante, aún en el lado izquierdo de la King-size, un lente de una cámara de sociales del *Excelsior* o *El Heraldo*. En la mano, una taza de té de tila y también algo de valeriana, lavanda, Hierba Luisa, Poleo-Menta y quizá hasta perejil. La pizcaba apenas con dos dedos: muy sensual para cualquier otra ocasión menos ésa; para cualquier otra mirada menos la que tenía, imitando a Viveca Lindfords en *Backfire* o –mejor– Joan Crawford en *Possessed*.

Sustrai, Sustrai Oroitz la admiró: hermosísima y sin falla, y quiso quedarse ahí quietecito en el espacio de caída que tiene un grito antes de golpear: cachar su reclamo, cacharla a ella con su esplendoroso cuerpo; pero ella no gritó.

–Al fin llegas... Borracho; no esperaba menos –le dijo Regina, suave y apresurada, con una voz baja y decepcionante, mientras daba media vuelta para indicarle el camino a seguir–. Estamos en problemas.

–Estás hermosa.

–Estás pedo, pendejo.

Entraron al estudio; todo desordenado. En dos o tres cajas enormes, la hermosa señora Oroitz, la violable y apetecible Suzanna Willis de *El Club de los Monstruos*, que atraía y por igual castraba en cada movimiento las manos de Sustrai, había estado destruyendo todos los papeles que consideraba... ¿Cuáles? Los que ella decía. ¿Por qué? Porque ella decía...

–Hay que quemar todo eso, antes que ellos lo encuentren.

Con la luz sepulcral de una lámpara de mesa y el reflejo de una luna intensa o un farol indescifrable y nebuloso tras las cortinas, Sustrai Oroitz tuvo que modificar sus referentes cinematográficos: pensó en Cagney, en *Come Fill the Cup*. Incluso se asomó a la calle para localizar un Ford T retacado de gánsteres con sombrero: sin su rostro, tan sólo mentones iluminados en escorzo, comisuras de labios y palillos entre dientes.

—¿Ellos? —y esta vez sí brincó el sapo en formol que guardaba entre dientes—. ¿Quiénes son ellos?

—Eres tan pendejo, que no te habrás enterado de lo que pasó hoy en el juicio de Rodríguez Gómez; quizá ni lo has seguido, ¿verdad? —Regina había reencontrado su rostro de fugaces expresiones bajo aquella extraña iluminación y lo creyó un sirviente inútil, un cargante o una mosca, tal vez la misma ausencia, invariable, que terminaba convertida en una pared manchada como escupitajo imposible de lavar, laberinto o extraña celosía.

—¿Qué pasó con el buen Rodríguez Gómez? Ya sé, hoy se lo acabaron de joder, ¿no?

El trajín empezó; todo más rápido, demasiado rápido para los nervios remojados de Sustrai: él tuvo que romper las amarras del día que lo mantenían erguido para clavarse en el sillón de cuero tipo Chester, color caldera. Supo de golpe que Regina había recibido una llamada de Samanta, la esposa del ingeniero Salomón Rodríguez Gómez, su ex jefe y ex director de la gran empresa petrolera donde Sustrai había empezado a “despuntar” (decían los que saben); a forjar su gran carrera. Samanta lloraba, se desgañitaba, gemía y se retorció en reclamos, llamaba entre gritos “traidor” a cada grano de polvo en la tierra, al aire y al subsuelo. “Todos lo traicionaron”.

Supo lo que ya le era conocido, lo obvio: que al ingeniero Rodríguez Gómez le había ido del carajo en el juicio de desafuero en el Congreso; de poco le había servido, después de ser director de la enorme y poderosísima empresa, después de meterse de legislador para tener inmunidad... Pero supo que el ingeniero había llegado al Palacio Legislativo como un valiente —siempre fue valiente—, con la confianza de un patriota —siempre fue patriota—, no la de un delincuente acorazado; había pensado que habría un tiempo entre el desafuero, que seguro dictarían sus congéneres, traidores y malaconsejados diputados... entre ese triste momento ineludible y alguna acción del gobierno para acabárselo de joder ¿no? Pero al contrario... Los policías lo esperaban ahí, con orden

de aprensión y todo el expediente de actas y oficios escurridos de tinta fresca. Hartos policías judiciales con sus pistolas ocultas en las rabadillas. Y pensar que para enfrentar a los diputados, Rodríguez Gómez sólo llevó su traje azul, a sus abogados, su agenda azul y a sus colaboradores; con la excepción de Sustrai Oroitz Altolaguirre, el más allegado y el más distante en el momento, que prefirió pasarla bebiendo en un bar, soñando el vacío de sus sueños; fue en el Bar Tijuana, lugar excelso en botanas, con excelente róbalo y extraviado, y en pulpos a la gallega, donde los políticos jóvenes construían sus castillos de hielo.

Supo –o más bien supuso– que su ex jefe no preguntó por él y que se limitó a esperar con la seriedad y el gesto de un alce de montaña que mastica la serenidad misma, el momento en que el Presidente de la Cámara, un desconocido de apellido Pérez, dijo lo de cajón: que había quórum... Y cuando así lo cantó, Rodríguez Gómez se sonrió por primera vez pensando que “cómo no iba a haber quórum si todos tenían órdenes de nuestro primer mandatario de simplemente chingárselo”.

–¿Pero no vino público, verdad? –dijo el ingeniero lentamente jugando con un lápiz al ver que las galerías estaban vacías.

–Hoy, 30 de julio, la Cámara de Diputados se erige en jurado de procedencia– declaró el tal Pérez y logró un primer sobresalto de Rodríguez Gómez.

Sustrai Oroitz, medio muerto en su sillón de patriarca, fue decantando la borrachera hacia sus tobillos; supo –porque Regina se lo recordó– que la lectura de las acusaciones al ingeniero, quien tanto apoyo le brindó, había sido larguísima y que Rodríguez Gómez había escuchado con una creciente efervescencia, lo que muestra que los hombres buenos, eternamente buenos se doblan como cualquiera. Buscaba rostros conocidos, gestos amables, sin encontrar a Sustrai.

–No sabes la cantidad de cosas que dijeron ahí, Sustrai –le insistió su mujer y Sustrai ni se inmutó–, y tú apareces varias veces, hasta parece que tú fuiste el que se robó los millones del sobre-

precio de los barcos de petróleo. Samanta me lo contó todo. Tenemos que irnos, nos van a meter a la cárcel. Samanta dice que si Rodríguez Gómez cae, todos van a caer en fila; y ya cayó el ingeniero. Se lo llevaron directo a la cárcel. Nos van a meter a todos.

“¿Nos van a meter? Me meterán a mí... A ti no te pueden tocar, aunque la solidaridad se agradece...”. Así pensaba Sustrai, convertido en el Daniel Augusto de *La Colorina*, una novela sobre una puta de época tan buenota como Regina que hace que le perdones cualquier putería, cualquier mamada. Se puso de pie y miró los reflejos del carro en la calle que ya no era un Ford T, sino un Ford LTD, crecido, agazapado, lanchoso y capaz de ocultar a seis o siete gañanes de mala ralea.

Volvió de golpe, caliente, hacia Regina que seguía hablando incomprensible: “tu esposa ya no te deja poseerla”, insinuó con harta crueldad. “Ya no te entrega más que olores y tentaciones...” porque en ese preciso instante, más que nunca el aire revoltoso en la mente de Sustrai deseaba a su mujer, ya convertida en heroína. Intentó atraparla con un zarpazo, al que ocho o 10 whiskis habían convertido en una lenta brazada submarina en la aceitosa densidad de su pecera de ebrio. Tropezó patético:

La palabra sexo se borró de su mente.

—Lo convirtieron en Sócrates a punto de tomar la cicuta —dijo Regina con una elegancia única, sin notar el tropezón de Sustrai. Ella, como Juno, subía enérgica al Olimpo—. No lo dejaron defenderse; habló unos minutos al final. Samanta me lo contó. Habló con mucha ecuanimidad, entereza; un hombre hecho y derecho, en las buenas y en las malas. Abotonó su saco como acostumbraba; un saco sin una arruga, elegante también en la desgracia. Pidió que le dieran más tiempo para hablar y... ¿sabes que no se lo concedieron? Lo interrumpieron, pero dejó bien clara esa frase de “No tengo un centavo mal habido”.

Sustrai se levantó desde muy abajo, sorprendido del efecto sedante que inundaba sus labios; y quizá también sus oídos porque perdió la nota y el tono de Regina que hablaba de la burlona car-

cajada de los zares del sistema, del ingeniero haciendo una elegía improvisada al país al que tanto amaba, algo sobre la verticalidad, la dignidad y la inteligencia como los pilares que hacían imposible que cometiera –o siquiera imaginara– el delito por el que lo acusaban... y nos van a meter a la cárcel.

–Sabes que no le aplaudieron –insistió Regina–. Un silencio que mata. Se fue a otro salón, un cuartito cualquiera: una pocilguita aparte del salón de sesiones. Ahí escuchó el resultado de la votación, el veredicto: le quitaron toda la protección. Lo jodieron y con él a todos nosotros. Ahí llegó el comandante Florentino Ventura ¿lo recuerdas? Acompañado del militar chaparro y cacarizo que acarrea como títere a todas partes. Alguna vez que comió en casa de Rodríguez Gómez, nos hablaba así muy igualado; y ahora se da el lujo de arrestarlo. De seguro está planeando cómo venir acá a llevarnos.

“¿Nos van a llevar? Me llevarán a mí... pero la solidaridad se agradece...”. Sustrai no sintió que aquel pensamiento surgiera de la película que estaba viviendo. Revisó de nuevo la ventana. No había Fords T, pero ya eran dos los autos enormes y lujosos, los LTDs, clásicos en “La Secreta”, con miradas furtivas tras sus cristales.

–¿Qué? ¿Está Florentino y su gente allá afuera? Dime –preguntó Regina.

Sustrai sonrió; su primer acto sobrio de la noche y pensó: “quizá vienen en serio”. Regresó sobre sus pasos para buscar entre la penumbra a su esposa que volvía apresurada a revisar papeles para aventarlos en las cajas. La encontró y buscó tomarla del torso. La inclinó y ella escapó horrorizada.

–¡Mierda, pendejo! ¿No entiendes en lo que estamos?

–A ver, a ver... Haz una maleta para un par de días –contestó Sustrai al caer de nuevo en su sillón como un boxeador que alcanza el décimo round–; y pon tu pasaporte y cosas así. Sólo lo indispensable. Aquí, en casa, no hay nada que pueda preocuparnos. Nunca traje un papel importante.

La dejó ir: apresurada en su paso hacia la recámara para encontrarse con *La Traviata*. Su mujer estaba divina y lejana como una especie de ninfa que cruza, no digo los pasillos o la casa, la vida de Sustrai y la historia misma, dejando velos quebradizos en la imaginación. Él buscó un cigarro imposible de encontrar en su desorden que llama al escepticismo como el de un Melvyn Douglas, *There's Always a Woman*. El alcohol había bajado unos milímetros. Con un esfuerzo volvió a la ventana un poco emocionado. En aquel momento era James Holden en *The House Across the Street*, así que regresó al escritorio a sacar del cajón el viejo revólver de cañón largo, pulido y severo en la dureza de su cachapa—¡ah, qué madera tan olorosas, brea y qué carbón!—. Le parecía cargado con balas, eternas, bellas, asesinas y fugaces, pero buenas balas de salva de las que se usan en el cine. A la par, sacó de ese mismo cajón una Biblia que hojeó con rapidez como si él, nunca católico practicante, conociera muy bien cada pasaje.

“¿Por qué no?” Inmerso en el vaho caliente que surgía desde su pecho... no desde las piernas, Sustrai se aventuró a ser el animal atrevido y depredador que nunca había sido: con el revólver y la Biblia sobre el regazo extendió la mano hacia el teléfono, la otra hacia la agenda del abogado, gorda, sabia y útil (la agenda y no la mano), hasta encontrar el teléfono particular del comandante Florentino Ventura.

Le dijeron que no estaba; por supuesto... A esa hora. Así que se concentró en dejar un mensaje simple y claro (pidió que lo apuntaran):

—Teniente Moreno, apunte bien porque sé que el comandante Ventura está con usted, a su lado. Dígame que no intente nada, nada contra el de la voz; contra el licenciado Sustrai Oroitz Altolaguirre. Dígame, mi teniente, que no lo intente, si no quiere que de este lado me ponga a decir cosas desagradables que a nadie le convienen; ni a Florentino, ni a usted, Moreno, ni al actual gobierno. Que si tiene dudas, pregunte arriba y le explicarán. ¿Lo apuntó así como se lo dije? Muy bien, entonces sólo me queda decirle que pase buena noche”.

Colgó... Colgó el teléfono como lo haría Cesare Danova en *Mean Streets*. Y como el mismo Cesare, se quedó dudando, con esa duda que se niega a cruzar por las venas y los músculos de los asesinos más despiadados; sólo petrifica y abre, desuella la piel, jalando con dificultad el pasado armatoste que es nuestra voluntad, una barcaza enorme, ahora atorada en el pantano.

Una hora después, en lo más denso de la noche y sin *La Traviata* en los tímpanos, Sustrai pudo comenzar a planear su futuro. Su lujoso auto de político joven, político exitoso, de alguien que fue alguna vez el más cercano asesor del ingeniero Salomón Rodríguez Gómez, ahora encarcelado por corrupción durante la compra de dos buques petroleros, salió de la casona en el barrio aristocrático de la ciudad. Lo manejaba Mario, el chofer, con la paga de dos meses adelantada en sus bolsillos y con instrucciones de perderse por varias horas girando despavorido por toda la ciudad; por los lugares, barrios y carreteras, menos el aeropuerto. Los enormes Ford LTD no avanzaron tras él a pesar de la ansiosa torpeza con la que Mario maniobró para parecer el vehículo más misterioso sobre el planeta. Eso no trajo la calma a la casa, así que, mientras tanto, Sustrai y Regina –hasta parecían una feliz pareja–, buscaban cruzar la puerta de servicio enclavada entre las enredaderas y pocos metros atrás de las voraces defensas de aquellos autos.

Sustrai fue el primero en sacar un pie a la calle. Una mano, no era la suya, sino otra allá abajo y a ras del suelo, lo atrapó; una mano dura apretó su tobillo. Y como si acuchillaran la garganta de Regina, su aullido se disparó contra el oído de Sustrai.

–¡Ah!

–A la casa, regresa a la casa –la interrumpió la voz de Sustrai.

Con aceleradas sacudidas, él desprendió su pie de aquella tenaza, puso su mano sobre el rostro de Regina y cerró tras de sí la puerta. La borrachera ya era un recuerdo lejano, muy lejano e inadmisibile, como materia orgánica de hace veinte años. La agilidad inundó sus brazos, sus piernas, sus almas. Y ambos recorrie-

ron el pasillo, salieron al jardín trasero, se brincaron una tapia alta, increíblemente alta, pero eran ya dos atletas entrenados para los próximos Juegos Olímpicos de Los Ángeles, campeones del holístico decatlón. Regina y Sustrai, transformados en Fedra e Hipólito, treparon ayudándose sin reservas por las rebabas y grietas de aquel muro hasta caer en el jardín de los señores Krausen-berg: nobles vecinos; sus casas estaban espalda con espalda.

Ellos vivían podridos en dinero por un negocio de ventas privilegiadas al gobierno de equipo de alta tecnología para estudios de geotecnia. Ya estaban viejos y dormían temprano. Apenas, entre sueños, escucharon los pasos de dos sombras abriendo el cancel de su jardín; apenas entre otros sueños escucharon el ladrido de unos perros a lo lejos, el desatorar de pestillos y el girar de chapas mientras aquellos espíritus cruzaban su casa: podrían ser Sustrai y Regina, como dos ráfagas de viento, como los aires que a veces bañan esta parte de la ciudad. A los Krausen-berg, entre sueños, les llegó el nuevo silencio, una vez que sus visitas se fueron a pillar un taxi a la esquina de Goethe con Darwin. No sería hasta la mañana siguiente que descubrirían extrañas pisadas de lodo y un par de huellas de manos apretadas contra el cristal de su cancel. El señor Krausen-berg encontró pruebas de que alguien había abierto la puerta de la cocina y tomado una manzana golden delicious (no puso mayor atención a ese hecho, quizá por miedo a los fantasmas o a su propia vejez).

Arriba del taxi, Sustrai Oroitz Altolaquirre y María Regina Martínez de la Rosa tomaron una extraña decisión: pidieron que aquel auto diera vuelta y pasara frente a su casa: los autos Ford LTD seguían ahí acompañados de muchos otros de finas marcas: Córdoba, New Yorker y hasta un Dodge Mónaco violeta con techo de vinil. Un ruido lejano, el sonsonete inconfundible de Thriller de Michael Jackson, les confirmó que había fiesta en la calle y que tanto auto era por la llegada de los invitados. Al mirar la fachada de su propia casa y al revisar la entrada al área de servicio, una estrecha puerta entre las enredaderas, los sorprendió el ros-

tro perdido de un borracho acabado, un paria, tratando de dormir en el piso con los movimientos de un león marino herido. Sólo un borracho; qué ganas de andar pedo a esas horas.

Rieron.

Sustrai se sintió Apolo. Ya no había personal de “La Secreta” merodeando su casa, no había gánsteres con sombrero y sin rostro, y quizá, no había operativo alguno para arrestar a Sustrai o a su esposa. Quizá nunca lo hubo, pero no pensaron en eso; sólo rieron y rieron desbordando una estupidez extraña y pujante que habían guardado por años...

—¡Un borracho, un pinche puto borracho! —decían los dos y apenas se daban tiempo para morder obscenos una manzana golden delicious tomada al vuelo de la cocina del señores Krausen-berg.

Con el sabor de la fruta entre labios, Sustrai ya había alargado las manos para meter mano entre la ropa de Regina como no lo había hecho en años; y ella le correspondía entregándose, devolviéndole sin seducción de por medio, los senos, el sexo, la boca, los muslos, el vientre para complacerlo como nunca, para ofertar su deleite; también trabajaban sin saberlo para el deleite y el anecdotario del espejo retrovisor del taxista ajustado con cuidado desde que las risas habían comenzado.

—Al aeropuerto... ¿sabe? Quizás podamos llegar a tiempo, quizás.

----0000----

Alfil tres Rey

En esta foto el funcionario está lejos, pero reconocible. Es cosa de fijarse un poco. Acepta desde una esquina lo que los rebeldes milicianos harán con una mujer flaca; magra y aguada como el escurrimiento del petróleo crudo. La cargan hasta el claro de la aldea, la acuestan, se paran agachados sobre ella y se proponen,

de un machetazo, cortarle una mano. Al menos eso es lo que quisieran hacer si alguien no los detiene. ¡Ah qué gente tan obstinada! Tienen tan metido en el alma eso de cortar el aire y lo que se presente a su paso. Es un vicio. Caminan cortando: ramas, hierba, columnas, barras, tiendas, casas. Cualquiera cosa la prueban a machetazos. La comida, la fruta, la manejan con el filo de esa arma, sin importar su tamaño; y los ves en ocasiones llevando una mora a su boca, chiquita como canica, con la punta de la panga, enorme y filosa. Con un estornudo, con una palmadita cariñosa que les diera un camarada, podría crecerles la sonrisa como sandía. ¡Ah! ¿Que no habrá nunca manera de cambiarlos? No. Entendieron la vida desde niños como tajos en la palma de la mano... Toman el machete lo alzan para sembrar los caminos con las protuberancias de lo que encuentran a su paso. Para cortar una mano, se requiere del machete y un golpe usando ambos brazos, desde lo alto. Cuando la mujer está viva y respinga, se retuerce, entonces se requieren como ocho manos.

Torre de dama a uno dama

Septiembre de 2001

Cuando Emilie Buté llegó a recargar su enorme cuerpo contra la barandilla de piedras de la balconada del Palacio, sede de las reuniones de los senadores, su mano jugaba displicente con un sobre amarillo convertido en el komboloi turco de su jornada, tal y como su mente lo hacía con una sola pregunta: ¿por qué carajos amo a este país de mierda?

*

–Porque se ha salvado del imperio del localismo –dijo, y al hablar adjetivaba aquel imperio, imperio del localismo por sus temores, “insufrible” y “repugnante”. Las grandes naciones han dejado de ser “epopéyicas” para volverse “popéyicas”, pensaba; “han pasado a tragar espinacas y a salvar a Oliva Olivo en su maldita intrascendencia; siderúrgica. Al gesticular con sus grandes labios, como sosteniendo una pipa entre dientes, Buté enarbolaba su ascendencia latina, su propia existencia como un grano de arena en la playa; una contribución a formar la “raza única”, la que ha preservado –en su decir– la capacidad de admirar el cosmos:

“Ineficaz raza latina”.

–A veces, si no es que siempre, los latinos nos atrevemos a nadar por las fuentes del saber universal con una humildad de admiradores cobardes; falsa modestia. Aunque sea, hemos de sentirnos poca cosa, pero sentirnos al menos embebidos por saber, reconocer, entender y valorar más que muchos y más de todo, sin sublimar la intrascendencia del detalle.

*

–¡Cielos!... –Emilie Buté se impresionaba desde la barandilla del Congreso, abanicándose con aquel papel rígido en mano, a causa del calor y de ese gusto floreciente que detenta cultura y

datos inútiles sin que podamos distinguir la una de los otros. Veía el entorno complaciente: hombres públicos que reían con falsedad, los caballeros políticos acomodándose para no dar la espalda, para encontrar al jefe, al importante o al sagrado en cada instante. Buté los miraba desde la barandilla de esa balconada y bostezaba. En ocasiones recordaba algunos principios básicos de su vida guerrera— ¿qué principios?

*

Amaba las cantinas de este país irredento; las amaba desde que arribó para admirar el color de ídolo de barro de sus bebidas y el fraseo vocálico y chillón de su música; amarlo como un ratón ama el almacén desordenado; la covacha y su abandono. Y la puerta de entrada a las vísceras ciudadinas había sido la conversación de los comensales en las cantinas, gente que escuchó embebida: hombre enorme, labio grueso, especialista en los calibres y grosores de toda arma de fuego imaginable, dentro del embalaje ilimitado de la estrategia. Pero débil ante dos copas de fermento de Merlot y miles de orejas dispuestas a leer las almas, las arrugas, los ademanes, los insultos sin ofensa y las blasfemias sin impiedad de su acento gutural de la región de Champagne. Por ello, además de su acumulación de lecturas, Emile Buté atesoraba las tertulias como sabiduría épica: surtidas y sin pretensiones de nobleza. En ellas (decía él, con ese sentido pragmático y didáctico que los sabios dan a cada momento y preferentemente al momento inútil), en ellas aprendemos las razones que impiden en estos países, por igual el “desarrollo eficiente” de la técnica de la fisión nuclear, como la muerte; a pesar de ello, son gloriosos. ¿Qué les impide acceder, cavilar, habitar, vivir y retozar en la burocracia profesional y servicial, y no morir? ¿Cómo pueden arropar la ineficacia deliciosa en nuestra forma de practicar el deporte universal, el juego del hombre, el fútbol? Y Buté sonreía:

*

Entonces lo vio: era un chico de piel morena y muy tersa; alto, ingrávido, como una suerte de finas y estilizadas formas que

pendían del techo; un tanto africano o caribeño; andar perdido en los salones del Congreso.

*

Una final del campeonato mundial, absurda como pocas, se decidió, escuchaba Buté en aquellas pláticas de cantina, a causa de la amonestación que amedrentó la furia de Simeone, un defensor más preciso que el bisturí y más irreflexivo que una asfaltadora. Pero el director técnico, Bilardo, tuvo que cambiarlo por culpa de esa tarjeta amarilla. Así que por primera vez se reblandeció la marca infranqueable que el equipo de Argentina había mostrado a lo largo del Mundial de 1990, por vía de un stopper convertido en mastín de avance y retraimiento ejecutado sin descanso cada cinco segundos.

*

Vamos hombre, bastante difícil es ser puto... no voy a andar pagando los costos a menos de que sea por alguien que valga la pena. He ahí una buena diferencia entre la homosexualidad sincera y los supuestos machines como tú. Acaban embarrándose en las carnes más sórdidas, porque creen que olvidan.

*

Las cosas, en los últimos minutos de la gran final contra Alemania, ya no fueron lo mismo, y sobrevino el pase filtrado sobre Klingsman, el dudoso marcaje de árbitro Alberto Codesal, el penalti, cobrado por Matheus, que finiquitó el torneo: ¡Alemania campeón!, Maradona se dopa, Valdano filosofa, Pelé construye el retruécano y el oxímoron de la gambeta: si Garrincha fue el Góngora de las canchas, el Willy Gómez fue un buen Garcí-Medrano. Stielike redacta la retórica de la aristocracia, Dino Zoff se evapora como fantasma, los Van der Kerkhof se duplican, los Flores se triplican, la Tota rompe récord, algunos imposibles de recordar, y llora como epiléptico convulsivo el gol de Peiró en el Sausalito, y Chávez Carretero o el Tarzán Palacios inventan la novela bizantina del fútbol: desde intendencia, limpiando los pasillos con jerga y limpión, hasta el heroísmo de defender la portería de los cremas.

—La verdad, compadre, es que he comenzado a extrañar aquellas tardes de discusión ¿Por qué nosotros, los latinos, perdemos el tiempo en miradas únicas, borrachas pero cargadas de cosmogonía, sobre los momentos en que nos convertimos en el trastruécano del universo? ¿Por qué? Pasamos la vida explorando sus recodos, permitiendo sus imperfecciones para repararlas y señalarlas una y mil veces. ¿Por qué? ¿Por qué Bachramov vio como gol el fuerte tiro de Weber en la final del 66? En el fondo sólo a nosotros nos importa. ¿Por qué lo discutimos acá hasta la náusea y al infinito a sabiendas de que no hay verdad en su trasfondo? ¿Por qué perdemos el tiempo? Por perderlo simplemente, que si no ya nos moriríamos.

¿Has notado que este mundo de estrellas y goleadores, volantes, zagueros, armadores, duritos, guardametas, barredoras, medios-escudos, interiores, extremos, contenciones, líberos, laterales, arqueros que se atajan en el marco y atajan las pelotas, escudos y carrileros, goleadores, medias-puntas, pícaros y técnicos... forma un santoral percedero, un borroso altar... o como le llamen al corazón de las iglesias? Es un halo de querubines y ángeles bullendo con colores y atributos característicos, elegantes y reverenciabes. Los amamos como otros —en reflejo del espacio celestial al que aspiramos, espíritu en la tierra, orden infranqueable con luces de razón— amaron a sus dioses y héroes, monstruos, gigantes y traidores.

*

Buté atacó. Había que darle sentido a su presencia en ese lugar. Se acercó, y sus ojos pudieron leer con rapidez los detalles del joven que cruzaba apresurado el pasillo con varios papeles bajo el brazo: la timidez de un ave matizada, palpitante, que rebosa de esa frescura que acompañaba su traje desalineado y su corbata chueca, barata.

*

¿Por qué avergonzarnos con lo que pasa en las reuniones de negocio y lonchería, en nuestros sucios locales carentes de la so-

fisticación del Café de París y de la Langosta Termidor? Al calor de unos tragos, alcoholes abaratados que apenas superan la química democratizadora del Ron Bacará, se dan las mejores conversaciones, los hombres gritan, perjuran, ajustan. Las pláticas están llenas de arbitrios, en ocasiones intachables, inteligentes, nunca practicados, pero eso sí, muy atrevidos, como para que, con la simpleza del populismo, se pueda arreglar la extensión entera, horizontal, de todos los males. En nuestras cantinas, se sublima ese airecillo sobrehumano, que puede penetrar en las profundidades de los temas, desde el fútbol hasta el Evangelio Ebionita.

*

Recuerdo que el joven moreno, un macizo de maderas de melina apenas barnizado, miraba a uno y otro lado, nervioso. Era Bambi, el venadito, y era fácil abordarlo por el cabo de alguna de sus dudas geográficas u onomásticas. Buté ensayó un instante con su ingeniosa mente deductiva: ha de ser un muchacho independiente que vive mal, gana poco, pero está dispuesto a cualquier argucia por un ascenso rápido... Rechazo a la figura del padre, odio a su marginalidad y al tono verdoso de su rostro... se sabe bello, pulido por las eras de exclusión, bello y exótico como terminan siendo todas las víctimas del estúpido racismo, pero no sabe aprovecharlo. Se inhibe porque vive en un mundo de edecanes entallados y burócratas panzones donde tal belleza no trasciende hacia el mundo de los reparos oficiales y las razones explícitas del éxito. Su voluntad, sin embargo, es indómita y busca verse dirigiendo una nación o, al menos, una oficina grande de ésas con más de 20 secretarías que le signifique atrapar el poder para restregarlo a sus detractores, tal y como sueña cada mañana ajetreado dentro de un autobús.

*

Él se extrañaba sobremanera del espíritu cosmopolita, universal –decía–, que puede verse en las clases medias latinoamericanas. Qué diferencia del primer mundo donde las familias suspenden su vida, encajonadas en la lectura de un periódico que com-

pleta sus páginas con una mirada: a fuerza de lupa, indaga en los avatares más precisos del jardinero derecho de un equipo local de béisbol, los Toledo Mudhens... Mikey, el bárbaro Oquist bebió mucho, fue visto con una pechugona, Deana Kay Carter, cantante demacrada del decadente country de su condado. Enterró a la abuela, invadido de tristeza, en un suburbio de Savannah, Georgia. Para ello, viajó un día entero en autobús. Se resistió irreverente a entrenar los últimos 5 minutos de la mañana bajo las órdenes de Blue Moon Odam, quien fuera pitcher de los Atléticos en tiempos de gloria y quien poseyera por años el entrañable récord de bateadores golpeados a la altura de la sien izquierda.

*

—Soy el nuevo asistente del Senador Ramírez Karp —aseguró el joven encogido como una tortuga en su caparazón —lo estoy buscando.

Buté tenía tan clara la fachada de ese Senador Karp y su relación con el joven, como una foto perene en cada muro del congreso: oposición, partido de izquierda radical, dos o tres escándalos irrumpiendo los debates con malsanas palabras y máscaras de caricatura, una de cerdo y otra de cabra; gritos pueriles contra miembros del gabinete y otros legisladores; casos adaptables para un capítulo en las memorias de Maurice Thorez.

Allons-nous inaugurer par des déchirements cette République qui déjà pourrait faire dire qu'elle, aussi, était belle sous la Résistance?

*

Atrapado por la piel de aquel joven, Buté tuvo buenos pensamientos... Ideas de juventud y un duro impulso de celos; enormes celos bélicos que le fascinaban —se decía—, como los azotes entre Aida y Amneris. Nada que ver con el monstruo de ojos verdes de Otelo que niebla y atrofia la vista: ¡pobre moro que gana en la batalla y pierde en el camastro de paz que debe acoger el corazón del hombre sano!

No, Buté paladea los celos que le causa el joven y que lo llevan a la acción; convierten a cualquiera en un príncipe malvado como Humperdinck; sirven para denominar enemigos y acelerar las guerras. Los mismos celos que cambiaron a Saúl y contagiaron a David hasta transformarle su rostro y su paciencia de sabio.

*

¿En razón de qué malditos privilegios merecería el Senador Ramírez Karp gozar de aquella piel de Bruno Santos, de Alain Delon? Los mejores celos no son los que pierden la voluntad en busca del ser amado y únicamente el ser amado..., sino aquellos que, lejos de formas y relieves, se convierten en combustible puro, materia abstracta para la máquina que llevamos dentro; para que se revolucione como el V12 del Ferrari Scaglietti y estallemos irreconocibles a devorar y depredar nuestro entorno.

*

Buté sabía que el Senador Ramírez Karp estaría otros minutos encerrado en el salón de sesiones entre los miembros de su partido: preparativos para un dictamen difícil, reforma tributaria, una más porque nadie quiere pagar impuestos y todos quieren que al vecino se le imponga la vara más severa de Julio Ñato, el cobrador insensible, aguzado en las cuentas y demonio en los flagelos contra el moroso. Quizá estaría hostigando señoritas, abriendo su ala, apuntando la vista y el tono de su parloteo hacia una, la más tetona. Repitiendo que pronto, apenas el martes de la próxima semana, sería su cumpleaños y deseaba que ella estuviera presente: “lo celebraremos un grupo selecto de amigos en confianza, aquí en un restaurante bonito, nada caro; yo te invito, bonita... personalmente, para que no tengas pena”.

*

—¿Papeles importantes? —preguntó el doctor Buté al joven de aroma provocativo sin esperar respuesta y tomando su codo para guiarlo por la escalinata que llevaba a las oficinas, tercera sección, del Congreso—; recuerdo mis años de *méritant*. Época sensacional; ¡cómo se aprende escuchando! Escuchando las voces del

mundo. Convirtiéndolo realmente en nuestro maestro. Así que... escucha. Palabras históricas que alguna vez escribió mon comandante René Bertrand, alias Beaumont: “Le nouveaux bureau nationale, considérant que la défense de la démocratie et le redressement national exigent une solution urgente, décide qu’une telle solution doit nécessairement consister dans la formation d’un gouvernement plus stratégique et intelligent, avec le sans étioologique du terme; cet a dire, avec la formation du programme du DGSE...”

*

—Ni una gota de francés ¿verdad? —Añadió Buté como un chasquido de dedos largos y filosos que no poseía más allá de su angustiante deseo—. Te entiendo. ¿Tampoco sabes lo que es la DGSE ni lo que pasó con ella en el 82? Una gran institución, sabia, efectiva y estimulante. Y lo mejor es que yo ayudé a fundarla.

Recuerdo que Buté dudó. Su palabra fue flechada por un mal recuerdo que al sacudirle la mente, le hizo perder la magia del momento. Los recuerdos, como moscas tras el olor estancado de los charcos viejos de la mente, le trajeron aquel canto que escuchó en un viaje donde conoció a Iván Cabalzeta: Besa mi piel, / para no researme con la aridez del / machismo. / Protégeme, / Porque soy débil / ante el insistente / Liderar de todos los hombres, / Y su estúpida extinción...

La efervescencia del Palacio Legislativo le hizo reaccionar.

“Los hombres estamos en extinción, ¿verdad?”.

*

—Muchacho, te puedo ayudar. Tus ojos muestran ilusión, ganas de triunfar, valor y osadía. Sólo necesitas alguien que te guíe, alguien que abra puertas.

El bullir de la gente en aquellos pasillos se extinguió; era quizá el aroma de la carne en los calderos de la cocina.

—No sé bien que me pasa —continuó—, pero tengo debilidad por el vigor de los que empiezan; me merecen tal respeto...

Mientras caminaban hacia la escalinata del Palacio del Congreso, viejo francés y chamaquillo de color salud, un guardia mal

galardonado, blasones, pliegues y mantecas en rebeldía al ritmo de una gran polaina en sus zapatos, inquietos y desgastados por horas de pie, pretendió detener su paso. La agilidad del viejo Emile Buté fue certera, y sacó una credencial que parecía llevar treinta años guardada para la ocasión.

–Diplomático francés acreditado –dijo–. Tenemos cita con el Senador Ramírez Karp, gracias...

*

Ves lo que te decía: “faire écrouler les portes”.

Los pasos resonaron al adentrarse en el pasillo de duela entintada, sin alfombrar, apuntando hacia los cubículos alineados bajo uno de los salones de reunión, decoración de algún discípulo de Ramírez Vázquez viajado por las escuelas americanas que crearon a Louis Kahn y que sabía necesario usar los recovecos de la escalinata colonial. ¿Estarían caminando bajo el salón blanco, el de cristales? Buté lo ignoraba porque en aquella media luz, la seguridad sonriente y maliciosa de su alma retorcida iba en aumento. El joven dudaba: saber si debía hallarse con el Senador Ramírez Karp comenzó, lejos de ser una duda, a sentirse como un soplido tenue en su oído; sonido que se alejaba de cualquier instrucción clara. Sobre él, las butacas del auditorio se suponían repletas, vibrando con la turbulencia de una discusión álgida, seguramente bajo la elocuencia del propio Senador, la cual apenas llegaba a los cubículos como un rumor opaco.

*

Buté le hablaba de crecer, del instante en la vida en que el Hombre de Estado, el indiscutible líder explota; y una palabra, una frase lo transforma entero. Cuando los otros detienen sus pasos y apuestan a ser tinterillos; el gran hombre cruza una nube de riesgo, nido de la aventura y la insensatez, aparición única en la intrascendencia de su vida. “Hay que asesinar esos momentos o morir en la entropía; la mort dans le vomit de l'entropie”. Y Buté repetía modulando la voz con cuidado: “tú debes cruzar el umbral que te llevará a ser eterno”. Las palabras parecen sencillas

cuando pasa el tiempo, pero las recordamos porque fueron dichas justamente, sin dudas, libres y exactas: cuando una Emperatriz Teodora salvó a Roma con aquel rechazo a embarcarse diciendo: “yo creo en el adagio que eleva el púrpura real como la capa más noble”. ¿Y qué te parece aquella manera en que Lincoln disparaba los pensamientos de Theodoro Parker: “and the government of the people, by the people, for the people, shall not perish from the earth”? Recuerda, mi joven aprendiz, al juez Lerner diciendo: “the spirit of liberty is the spirit which is not too sure that it is right...”

Y aquí estuvo la palma levantada en el momento adecuado. El joven parecía entender...

En otros, su cabriola ha sido el acto mismo de morir, acompañado de la palabra. Ello te lleva a mirar en los ojos de Dios: muerte y voz compran juntos el espacio en la cadena eterna del recuerdo: así murió Garcilaso, por un grito del emperador pidiendo un valiente que sacara a los franceses de la torre en Le Muy, más allá de Gonfaron; así murió recitando su gloria en compañía de Jerónimo de Urrea y el capitán Guillén de Maldonado.

—Sutil fue Obregón cuando ganó la gloria: “qué vista tendré que vi la silla presidencial desde Huatabampo”... —añadió Buté descarrilado—. Gloria del idioma en su momento: “yo gobierno con pulque y saliva”; “soy responsable del timón pero no de la tormenta” y “dejemos de vernos en el espejo negro de Tezcatlipoca”. En un momento, Buté se convirtió en una especie de corazón desnudo y palpitante que con ambos brazos orilló al joven contra una pared.

*

—¿Es usted espía? ¿Un espía francés?

—No, mi amor —respondió Buté—, soy un magnífico amante y un generoso maestro.

*

¡Oh, mi Henry Darnley, que llevó el rocío de los campos a la corte inglesa y engendró un Jacobo, Jacobo I como tú, pero que murió estrangulado en brazos de su verdadero amor, su paje,

poco antes de que la explosión nocturna de Kirk O'Field ocultara el oprobio de sus asesinos! ¡Oh, cisne de Padua, conde Francesco Algarotti, de ingenio y desbordada lucidez que cruzaban como sable las mejores mentes del mejor siglo... dejó lívido a Voltaire, pero más aún, provocó la ruda competencia entre amantes: John Hervey se derritió en sentidos poemas por él; lady Mary Montagu, no pronunció un barato “qué desperdicio de hombre”, porque el conde fuera puto, sino porque se sintió más digna de compasión por sí misma que la pobre Dido y abandonó riquezas, títulos, vida... para seguirlo a Italia a sabiendas de que ella nunca podría gustarle, nunca ser robada, atrapada, penetrada, poseída como su carne lo añoraba! ¡Oh, mi niño, qué no ves que no pudo haber un gran Káiser Guillermo II, sin un príncipe Felipe zu Eulenburg, el poseedor de intensos ojos magnéticos, los únicos que doblaron el acero del mismísimo Bismark! ¡Ah! Si el neurasténico del Káiser hubiera escuchado la finura política, los ideales democráticos de Eulenburg, Alemania hubiera dominado al mundo sin la pesada afrenta de hacer el ridículo en dos guerras.

Emile Buté no le quiso soltar al joven la trillada perorata que cruza por Maugham, Wild, Lawrence, Gide, Whitman, Cocteau, García Lorca y Mishima; ¡esos son poetas! Prefirió acercarse a su redonda mejilla, húmeda y ansiosa, sus enormes labios amoratados al cuello del chico que temblaba como un conejo. Entonando la voz con el mayor cuidado, hilando el sonido en una magia que Charles Fourier no pudo entender en sus análisis del poder alquímico que sustenta cada palabra, le dijo algo que nadie oyó, pero que tuvo la magia del *tu est certment belle, mais Blanche Neige est la plus belle du roiyome*. Nosotros creemos que le habrá dicho algo distinto como: “tengo el poder, acéptalo y llegará con un gran premio”.

*

El sobre amarillo persistió esperando su turno en las manos de Buté. Era una carta; una petición de cita con el Senador Rodríguez Karp por ser un viejo amigo de Sustrai Oroitz... pero nunca

llegó a su destino. El atajo del bosque se abrió pleno para el francés.

–Bueno, yo... yo... alguna vez tuve dudas... Pero no me lo permitiría. Es... es... bueno...es... muy precipitado.

–Vamos muchacho, parezco viejo, pero puedo ofrecerte más de lo que imaginas –habló en un sutil tono bajo, el ensanchado doctor Buté y al hacerlo una nube de ternura quiso abrazar la pareja del depredador y el herbívoro–. ¿Qué te parecería llegar con tu jefe, el Senador Ramírez Karp, y contarle una historia de un político desaparecido en Nueva York que a él mucho le inquieta, que le ha preocupado irremediablemente? ¿Le darías ese regalo, porque yo puedo dártelo primero? ¿Alguna vez te habrá mencionado a Sustrai Oroitz? ¿Al más filoso y escurridizo de sus enemigos? Y mira que el Senador Ramírez Karp fue muy cercano a este malnacido. ¿Lo debes recordar? ¿Sustrai Oroitz... o el Vasco Galiano porque también así lo conocen? Tiene apodo, como los cacos y los golfos. Ese tipo es peligroso: un piojo muy molesto; pica y pica y no se muere. Y yo esperarí que el Senador esté hasta el cepillo de Oroitz.

*

El joven asentía; temblor de quien sigue una triste tonada.

–¿Y te habrá mencionado un papel grande con etiqueta de las que jalan la vista? Algo sobre un Documento ETIENCELLE ¿verdad? Según sé, el tal Oroitz le escribió algo: algo que hablaba de cuando él y Oroitz fueron amigos y jugaban a ser subversivos. Le puso algo en una lengua extraña, claves y misterio, que ellos aprendieron de sus amigos cubanos.

El joven entendía y en sus labios, sin pronunciarse, estaba la frase “cuando nació Abakuá”.

–El asunto es intrigante, ¿verdad? Tu jefe deambula encajando las uñas en la barba y piensa y piensa en ese mensaje como si fuera más pesado que mil dictámenes y votaciones. Pues yo puedo hacer que tú le ayudes a encontrar la explicación de esas palabras –insistió Buté–. Y puedo facilitar su deseo de premiarte por

ello; por saber, por ser preciso, por ser su certero apoyo en el momento de la duda, cemento de las grandes amistades.

La mano sobre el hombro y el caminar pausado del viejo y el joven, como en melodrama de argentinos, tal vez un tango, ya empezaba a parecer estatua fundida, bronce para el recuerdo.

—Inmerso en la duda, a tu jefe quizá le intrigue ese mensaje porque no estás para saberlo pero Sustrai Oroitz ya no aparece. Unos dicen que se oculta; otros que habrá bebido hasta quedar tirado en un nicho de beodos que practican el blues, o que desertó aburrido de sus altas funciones como delegado... Mentiras, mi amor, mentiras. ¿Qué pensaría de ti el Senador Ramírez Karp, si le dieras la información suficiente para que interpelara a los más altos poderes de la nación, encendiera el escándalo, metiera videos y grabaciones en los noticieros de moda y le dijera a toda la sociedad ávida de novela que hay datos fidedignos de que Oroitz, ese que ya a nadie le importa, fue raptado?... Sí, mi pequeño, raptado por orden del gobierno francés... y nadie hace nada. De estas cosas he de darte mil... he de darte más que mil porque como dije: “Tengo el poder y llegará con un premio”.

----0000----

Dama uno alfil

La foto se acerca a un ojo, desorbitado, blanco. Muchos dedos se abalanzan contra ese ojo, compulsivos y serpenteando para abrir el párpado, detener el pómulo, someter el maxilar. Muchos dedos negros. No ocultan que abajo del ojo, las venas sangran; una o dos manchas que ya no son lágrimas; que toman un color intenso, muy oscuro, ocultándose en el empalme amoratado de la piel. Mala luz, movimiento; estancado forcejeo. Esa mirada de terror sangra a pesar de que todavía no la han tocado. No ha llegado hasta ella un largo tirabuzón para sacar corchos con que pretenden, en un solo instante, botar el ojo fuera del semblante

capturado. Los rebeldes, en este caso los del Frente Revolucionario Unido, tienen esta obsesión por mutilar, separar lo que nazca unido. Como los niños insoportables que desarman cualquier juguete entre sus manos; ellos, a la menor provocación, desarman a sus víctimas. No hay mejor placer que el de sacar un ojo y no hay mejor forma de sacarlo y mostrarlo al público que con un sacacorchos, así con sus nervios colgando, vibrantes, como hilachos de un huevo mal cocido en el caldero. Elevado entre esos dedos danzarines –ahí está el secreto– el ojo nos sigue mirando. Ve mejor, entiende, aprecia, se vuelve sabedor de quien ha salido victorioso. La mujer que a tanto se ha negado queda taponada, por burra: sin rostro y sin vista.

Recuerdo que si no fuera un flaneur, no hubiera salido a caminar esa noche con el estómago apenas contenido, con el asco y la Gorgona envalentonada, a punto de estallar... Con ese animal, inquilino de nuestros adentros que a veces se reprime con el ejercicio impetuoso, pero que es hijo de la gula y el alcohol. Si no hubiera sido atacado por esa imprevisible enfermedad cuando el hígado no quiere entenderse con el esófago y la vena aorta se insulta con el bazo, cuando todo es sinsabor y discordia...; si no hubiera despreciado su propia existencia como se desprecia el aire flatulento, y no hubiera renegado del sentido de orientación como si fuera un grano de arena raptado por la brisa, el pedazo del jirón de la bandera..., Sustrai Oroitz, el Vasco Galiano, simplemente no hubiera realizado ese juramento irreverente.

Agobiado por el sabor acre que le causaba el nombre de su jefe, del ingeniero, Sustrai sintió aquella tarde un proceso linfático único, tan agudo, tan de novela: constricción que hizo alguna vez surgir a Hyde de las carnes exprimidas de Jekyll. Sintió la petrificación de su sagacidad como si su mente girara descontrolada en torno a un único pensamiento, atrapada en un tornado de polvo insalubre, basura y fetidez, castigo natural pero indestructible, maldición para el hombre inteligente que quiere pensar variado: como si pensar variado se pareciera a comer variado. Quería toser con dolor en el pecho, para reaccionar y escapar de la obsesión, de las palabras del elegido:

“Sustrai, mi querido Sustrai; acepto con mucho agrado tu felicitación”.

Así le había hablado Germán Adonías con la voz de los que trepan nubes y avientan salvavidas:

“La verdad, lo hundiste y con ello me ungeste, ja ja”...

Sustrai no podía zafarse del yugo de aquella voz que entorilaba hacia el matadero lo que él entendía por sentido del humor. Pero más difícil le era sacudirse el paseillo de Regina, desposeída de sus lentes y entallada, que lucía sin par al entrar a la casa pintada en el rostro con el verde amarillento y vesicular que le daban los ojos celosos, pervertidos, de Sustrai: devastada, violada, abierta en carnes, infecunda y sucia; ella le repetía algo que sonaba a cantaleta de niña:

“¿En qué momento cambio de opinión el Presidente? ¿Por qué, Sustrai? Si ya nos había dicho cuál era su decisión”.

Sustrai entendía que la venta de su jefe, de su esperanza pública, su carrera fue a cambio de cortar las alas seductoras de ese pavorreal en el que se había convertido su esposa. Intolerable. Esa claridad le daba fuerza para aceptar que el ingeniero Rodríguez Gómez pudiera llegar a la vulgaridad del reclamo, de unas sonoras mentadas de madre que recopilaran los chacales de la prensa. Pero el ingeniero era de los que preferían transformarse en Jesús frente a sus Judas, mirar a Sustrai con gracia, pasarle el pan y la copa de la concordia intemporal y hacerle sentir que el bien, a pesar de todo, había triunfado.

Si Sustrai no hubiera sido un ser necio, tan necio como las tumbas y sus letreros de “aquí descansa eternamente...”, “aquí yace en paz...” Si no hubiera caído en un carrusel de los que hay muchos a la mitad de la vida y no hubiera montado en cualquier taxi, para ordenar bien clarito que le manejaran a cualquier sitio y no hubiera pedido que lo llevaran a cualquier cantina, a cualquier tugurio, a cualquier barra donde hubiera el licor de la noche profunda, el más sospechoso, impuro, verduoso y aventurero, para hacer estallar la irreverencia de las alucinaciones... Si no hubiera buscado emborracharse rápido, dañando al monstruo de adentro, y si no hubiera sido un día tan raro y difícil, tan atravesado por nubarrones tempraneros cuando no era época de lluvias, sino de harta luz que te ciega en los atardeceres, Sustrai no hubiera llegado a un tugurio al sur de la ciudad que algunos in-

geniosos habían bautizado como Comala. Una cantina progre, decían otros. Ahí se hincaba el codo en cualquier mesa para repetir en voz muy alta “¡vine aquí, chingada madre, porque me dijeron que acá vivía mi padre!”; y así los clientes reían y el mesero apresuraba los tragos... Si no hubiera clavado al primer licor la mirada al fondo en la pared en una mala copia de las aves exóticas y conquistadoras que pintaba Juanito Soriano, y si a la segunda copa no hubiera llevado los ojos a los espejos; y a la tercera no hubiera alcanzado la planicie y con la cuarta su propia barbilla para quedar nulo: como un hombre que llora, claro que llora, calladito y apretado, aunque no suspire, aunque no se mueva... Sustrai no llora; sólo el monstruo se le muere.

Si no hubiera bajado el rostro hasta apoyar la frente en la mesa y desaparecer para los comensales del mundo... Si no hubiera pasado varias horas como un adorno que no es más que ése, el que todos entienden que no hay que mirar o sólo mirar poquito porque se ha convertido en “el de la esquina”, el que debe incluir toda cantina, uno que no importa, a quien nadie extraña, que los meseros sacuden como mueble, que hay que checar de vez en cuando tan sólo para llevarle la cuenta, para estar seguros de que no huele, que no pudra, que no se orine; y si no hubiera pasado horas con el switch apagado para que creyeran que estaba dormido o muerto, aunque él bien supiera que, por encima de lo que otros opinan, estaba revisándole los vellitos más diminutos a las obsesiones de su noche.

Si esto no hubiera sido así, Sustrai no hubiera reconocido la entrada de Arnoldo Martínez Verdugo, Rogelio Ramírez Karp, Luis Antonio Chávez y los otros dicharacheros de la noche, todos en fila, comunistas, fajadores emputados, contra el gobierno y contra la vida y contra su mala suerte; levantando quejas hasta por la pinche puta hierba rala que nace en las suturas de las baldosas. Y El Vasco Galiano no los hubiera escuchado hablar con ese odio fino, elevar la voz como guerreros calientes contra las designaciones de funcionarios, iracundos contra el país, contra la

democracia incompleta e injusta, contra la inequidad para la contienda. Si no se hubiera quedado como dormido, ellos lo hubieran reconocido, porque pocos son los que no le han clavado un ojo escéptico a su inconfundible rostro, delgado y extranjero, rostro famoso por ser el amigo del ingeniero y, más aun, el esposo de Regina Martínez, la muy cuero, guapísima que se rumoraba que a ratos como que cohabitaba con el señor Presidente y a tantos dejaba con dudas. Las preguntas que se empeñan en resolver las revistas de farándula y ocasión, las que nada saben de Maquiavelo y Tlacaelel, poco especulan sobre un tal Oroitz, político, nervioso, cúmulo de alergias y estornudos, hombre surgido de la rabia, de la ambición por la ambición misma, sin límite de copas, conspirador eterno, enfermizo, silencio y pausa, suerte y demonio que en él son tinturas que se reúnen a instigar.

Pero no, ellos, los que no podían verle el rostro clavado en la mesa, entraron con sus asuntos guardados en el pecho a devorar botana, a escupir arbitrios, a manosear jovencitas que se atrevían a denominar “damas de compañía” y a echar maldiciones nortañas contra el sistema, ¡contra todo el putísimo sistema! Y en sus sentencias no hicieron caso del hombre borroso que allá en la esquina había clavado el pico en el horizonte despostillado de la mesa, por pedo, por vacío.

Y si una mosca no hubiera venido a joderle a Sustrai su posición Shaolin Tsu, inédita y extraordinariamente relajante, apacible estado de su cuerpo y alma, alcanzado con increíble simetría... Y si él hubiera escogido el brazo izquierdo y no el derecho para espantar el insecto y acallar su zumbido... Y si no hubiera elevado la cabeza, la greña y los humos de esa pesadez de aceite grueso, grueso y pastoso cuando se derrama, quizá no hubiera reconocido el perfil inigualable, aguileño, barbado y petulante de Rogelio Ramírez Karp a quien no había visto en casi 15 años.

“¿Rogelio aquí?” Pensó y lo pensó lentamente y agradeció que el interfecto no lo hubiera reconocido.

Y si no hubiera callado su voz antes de mirar bien el universo de discípulos, planetas y planetoides, que hay en órbita alrededor

de un tipo como Ramírez Karp, y si no hubiera reprimido un loco saludo —¡qué sentido tendría!— para mejor reservarse y observar de reojo a los del partido comunista reconociendo poco a poco sus voces y sus sentencias sin que ellos supieran de él... Si no hubiera guardado la calma, quizá Sustrai no hubiera recordado lo que aún sentía por Diana, su Diana, la mujer que prefirió casarse con Ramírez Karp por pura ideología o porque él no supo “hacerse de ella” como decían los amigos de batallas en el sur. ¡Hacerte de ella! ¡Mierda! ¡La tuviste!

Y si no hubiera sido todo tan difícil, azul, brumoso, en ese día preciso, no se le hubiera venido al alma la ansiedad de los mocosos de veinte años, de los ilusionados, de los insaciables que están solos y en prórroga perpetua, y no lo hubiera invadido la envidia y los malos recuerdos, no hubiera sido tan bobo y recurrente como uno asoma frente a una mujer como Diana... Y tan tímido e imbécil como para, sin tener asidos los cordeles de su propio títere, volver a clavar el rostro en la mesa.

Aún borracho, Sustrai se había convertido en un espía.

Y si hubiera sido distinto, Sustrai no hubiera tenido la fuerza y la temeridad para esperar paciente a que le bajara la temperatura del cuerpo, le regresara la lógica de los grandes filósofos que te dicen sin complicaciones lo que está arriba, lo que baja, lo que gira y lo que desaparece, lo que es hoy y lo que ya es pasado. Sólo así pudo dedicarse a esperar. Y esperó sereno, como cuando uno se pasa la tarde revisando el panteón; aguardó a que los compañeros y camaradas de Arnoldo Martínez y Rogelio Ramírez Karp terminaran aquella juerga de ocasión doliente, y salieran para, entonces... seguirlos.

Sustrai fue hábil para espabilarse lo suficiente y volver a ser persona. Tenía un motivo. Y fue astuto para pagar la cuenta con una increíble exactitud: el precio justo y su propina. Los meseros quedaron sorprendidos y con la convicción de que Sustrai era un demonio; un demonio que fingía, que aguantaba el alcohol, robele de raíz penetrante y profunda, que había aguardado tanto ha-

ciéndose el teporocho constitudinario para asediar a su presa, que regresaba de un delirio previsto, intencional, y que se escabullía como agente de la policía para alcanzar ahora al séquito de Arnoldo, el líder del partido que busca la igualdad del mundo.

Brincó, sorteó la lluvia de los atajados y tomó un taxi aún envalentonado por la bebida.

–Siga ese auto –dijo intentando la contundencia del gánster real.

Y siguió el Renault 12 que seguramente Ramírez Karp conducía en medio de música altisonante, pura vanguardia de los Tangerine Dreams, para alimentar su rebeldía. Lo siguió por varias avenidas sin saber dónde estaba, lo enfocó como a una presa iluminada por las farolas que creyó metafóricas, signo de la entrada a una nueva era que le anunciaba su total rejuvenecimiento; y al hacerlo pensaba en Diana. Adelantó la ruta gracias a la tozudez del conductor que le tocaba instruir, y atravesó por algunos caminos que los lugareños llamarían “atajos secretos” pero que todos conocen. Sorprendido por el tráfico, revoltijo de luces, lluvia, gotas y vaho en los cristales de su visión, el trayecto no le pareció pesado; al contrario, necesario ritual para merecer ser alguien frente a Diana. Si acaso ella estaría al otro lado de su arcoíris, si acaso aún vivía con Rogelio. Su persecución no fue discreta, pero no era necesario; entre derrapadas, bocinazos y mentadas de madre, fue uno más del avispero natural de la noche, ciudad de derrapadas, bocinazos y metadas de madre; y lo más que imaginó su mente enervada fue que los autos de la urbe, en perversa competencia, eran como los espermatozoides encaramados por lograr llegar hasta ella. Y al hacerlo pensaba únicamente en Diana.

El Renault entró en la vigilada puerta de un conjunto enorme, ya viejo, de departamentos de medio pelo, de esos que llaman dúplex, dos pisos, ni uno más, parte de un inmenso panal de edificios achaparrados, rodeados de jardines y farolas, unas fundidas y otras atizando a media luz la obsesión de los insectos. Ambiente

socialista, tal vez soviético: no faltaba más para un ciudadano de comuna como Ramírez Karp.

Pagó su taxi, caminó seguro, saludó al guardia que lo supo ebrio, pero elegante y, a los pocos minutos, con el corazón como terca bomba que se empeñaba en estallar entero como petardo, ya se había convertido en un ladronzuelo de vecindad. Brincaba hasta encontrar, sin ser visto, luces y rostros. Miraba con certeza su entorno y seguía sabio su camino. Había recorrido varios charcos entre ladridos clandestinos; salvado maceteros, rejillas y arbustos hasta encaramarse, guiado por una suerte y una pericia insólitas, a la par de una ventana donde pudo ver a Rogelio Ramírez Karp y a Diana –sí, a Diana, la adorada Diana– hilados por los gestos de una fuerte discusión. ¡Qué maravilla! Un pleito de Diana con el hijo-de-puta irremediable de Rogelio Ramírez Karp. El cine mudo se abrió a sus ojos para mostrarle a la estrella, aún jovial y atrevida, sin mácula, sin maquillaje; mujer que eleva la inteligencia de las mujeres por encima de lo común, porque nada se le niega, porque trabaja, zurce, cría y ordena mejor que cualquiera; porque se embellece tan solo con su sonrisa y el ingenio; porque habla y calla mejor que los hombres, pero insulta, alburrea, ataja, grita y jode si de joder se trata. Sustrai admiró su rugir, su gesticular... La observó, encorvado aún tras la maleza de los setos, los truenos y un frondoso epazote que le endulzaba el olor de su propia saliva envinada. La observó aventar el mandil por el coraje, y decir tres verdades inaudibles que calaron profundo en el rostro de Ramírez Karp. El Vasco Galiano le admiró el talle, los pechos engrandecidos por haber amamantado dos criaturas, el cabello invariablemente suelto, dominado por el rotar ágil del cuello. La vio dar vueltas a la mesita de picar cebolla y lucir los jeans, su blusa verde y masculina: sus prendas dibujaban aún formas fuertes, y observó sus piernas ejercitadas por apresurarse en mil deberes cada mañana y cada noche en los pasillos y callejuelas de esa “unidad habitacional” donde coexistía. Ramírez Karp, al gusto de su furtivo espía, abandonó ese cuarto para de-

jarla, a ella, a Diana, al borde de un aria que Sustrai, estaba seguro, podría escuchar si se esforzaba.

Comenzó el ataque: piedras pequeñas y guijarros diminutos contra la ventana. Luego silbidos de pájaro, graznidos y el ulular de algún mono tropical. Ella estaba capturada por la larga dimensión de un instante que fallece suspendido; encendía un cigarrillo contra el dolor de la mediocridad y la abulia. Después de soltar el humo se quedaba quieta entre los mares de la entropía.

La luz de la ventana hacía que Sustrai, ya no un joven sino un patético borracho, se sintiera desnudo y deslumbrado como si el sol saliera a reclamarle. Pálido de pena, observó cómo ella hablaba con los ojos brillantes, quizá marcados por la humedad del llanto reprimido, preguntándose por el inusual bullicio al otro lado del cristal. Sustrai se convenció de que lo miraba a él. Mejor aún. Ella abrió la estrecha persiana que aireaba esa parte de la cocina.

–¡Ay de mí! –dijo, o eso creyó escuchar Sustrai. Y él se volvió medio loco por un no sé qué que lo dejaba pasmado.

–Diana –la llamó con angustia.

–¿Quién es?

–Sustrai Oroitz.

Y de inmediato él recitó un poema, o creyó hacerlo, que ella debía reconocer... Parecía sonar a ese famoso y agresivo: “no tengo padre ni madre, / no tengo beso ni amante. / Vivo sin Dios y sin patria, / y sin cuna y sin mortaja...” De inicio, no parecía despertar sentido alguno en Diana, aun cuando él siguió hablando... Ella no le creía porque los sueños de juventud no aparecen bajo tu balcón a repetirse despacito ante tu risa; menos cuando la boca que te habla, la mano, el pie, el brazo, la cara y el cuerpo entero son otros. Diana había cambiado poco, pero Sustrai, aquel Sustrai ebrio, demostraba que el sabio de Éfeso tenía razón con lo de que nunca nos bañamos dos veces en el mismo río. Y Diana comenzó a reír; reía emocionada, mil veces más por la curiosidad de un pasado en plan de romper sus amarras, que por algún sen-

timiento amoroso. Le era imposible detener la fascinación que la invadía como los aromas de un mercado de rosas o frutas, o el golpe de luces de una postal que te lleva al huerto donde naciste.

–¡Avándaro! –Fingió su grito el Vasco con extraña simpatía–. ¡Avándaro! ¿Recuerdas?

–¡Ja! ¡Sustrai! –terminó reconociendo ella con la inefabilidad de un flechazo en su pecho–. ¿Qué carajos haces aquí? Tú ya eres gente importante ¿no? Chinga tu madre. Tu nombre lo oigo seguido en las grillas de los amigos o en los noticieros. Y ahora... ¿Qué pedo? Qué extraño es oírlo cuando lo pronuncias tú. Qué extraño... Siempre pensé que deberías cambiarte el nombre. Tu nombre, perdón, es una mamada.

–Bautízame, Diana, de verdad. ¡Bautízame! Pero dame la oportunidad de decirte algo.

Diana reaccionó por un instante con la seriedad suplicando a su boca entrar en razón. Miró atrás... y atrás dejó la idea de seguir riendo ante la embestida de un extraño desasosiego.

–No jodas. Estás pedo. A Rogelio no creo que le guste verte... La verdad, creo que le gustaría partirte la madre si te descubre –volvió a reír–. Y ¿cómo llegaste hasta aquí? ¿Cómo supiste dónde vivo?

–Me trajo un taxista. Uno inteligente, que para venir a hablarte, pues no hay barreras –aventuró con elegancia Sustrai–... Vamos, sal un momento.

–¿Sal? ¿A dónde? ¿No tienes miedo?

–Más bien frío. Bueno, creo que te tengo miedo... A ti, a tu mirada cuando te burlas, es a lo único que temo. Vamos, la noche me parece única y nos puede cubrir.

–¿La noche? De verdad que estás pedo. ¿Qué puede tener especial esta pinche noche?

–Vamos... Que tengo algo importante que decirte.

–Carajo, Sustrai. En serio. No mames. Hace siglos que no te veo. Mi familia te odia. Todos leemos en tu nombre y en tus éxitos la historia de un traidor; de un cobarde, un hijo de la chingada.

Te usamos de ejemplo con los niños de lo que es un enemigo; de lo que es malo... Y ahora vienes a... ¿a qué?

—A jurar; a jurarte a ti, que eres la única que importa —Sustrai completaba las frases de manera ansiosa, robando aire.

—Eres un animal, ¿qué vale un juramento tuyo? ¿Juramento, de qué, de mercader, de amante? ¿Juramento como el que una vez me hiciste antes de viajar a Francia?

—Esta vez vine a jurarte en serio, muy en serio; pero ven, sal, baja, para que lo escuches directamente... como... como un surro que terminará siendo algo chingón en tu oído.

*

El oído, a Diana le sirvió de poco. La boca le sirvió a Sustrai, primero, para tratar de absorber con cientos de besos a Diana debajo de un arbusto, porque ella salió a buscarlo con la excusa del “ahorita vengo, voy a la tienda por cigarros”. Él la capturó, mitad el patetismo del albañil que sonsaca los amores de la criada y mitad el gentil Romeo que reta a Júpiter a tener mejores desplantes y atrevimiento para acomodar a su antojo la entrega de Julieta: pasión que únicamente observa la oscuridad.

Diana dudó. Se confundió. Le pareció tan infantil. Tan reprochable. Tan ridículo. Tan raro. Tan increíble. Tan fuera de este puto mundo. Tan marciano. Tan de sueño. Tan atrevido... Comenzó a responder a sus besos. En un segundo todo cambió. Ella quería hacerlo. Descubría un sabor único en ellos, una secuencia a la que su boca no estaba acostumbrada; como el radio de un naufrago que, de pronto, encuentra la sintonía después de años de estática.

¿Hicieron el amor? No lo puedo jurar, pero no es importante. Lo que sé y ellos supieron mejor que nadie es que en ese día fueron jóvenes e idos, como el recuerdo: jóvenes con 20 pinches años... Y lo fueron a lo largo de varios minutos, a lo largo de un tiempo sin tiempo; lo que toma salir a la tienda a comprar unos Raleigh y fumarte el de vanguardia a la salud de los viejos y las familias estereotipadas, fumarte el lastre de haber perdido la ruta

de tu vida, la paja y la borra de tantas aburricones; fumarte la desgracia de tener necesidades burguesas y ganas de aprovecharte de los jodidos y los que son más débiles. En ese lapso, el Vasco y Diana fueron las felices víctimas de una metamorfosis arrebatada que los llenó de un nivel de pubertad que sólo se compararía con drogas caras o con la convicción de aquel bíblico magistrado, Nicodemo, el que le preguntaba, duro y constante a Jesús, cómo puede uno nacer siendo ya viejo. Y cuando Sustrai se metía entre la ropa de Diana, o lo intentaba a jalones entre las partes de Diana, entre Diana y debajo de la lluvia, estaba pensando en la duda que tanto atolondraba a Nicodemo cuando insistía y jodía con preguntar al Mesías si se puede acaso entrar otra vez en el seno de una madre y nacer.

—Juro por esa luna santa —dijo entonces Sustrai—; esa luna que platea las copas de estos pinches putos árboles...

—No mames, cabrón, ¿cuál luna? Que está nublado —le respondía ella—. ¿Qué no vez que me caen algunas gotas en la cara?

—¿Por quién voy a jurar, entonces? —insistía Sustrai.

—No jures, pendejo; o, si lo haces, jura por ti mismo si es que existes. Tus juramentos siempre han sido burlas y cuando estás borracho, ¿Quién les va a hacer caso?

Sustrai quedó sentado en la hierba rascando su nariz y con una sed intensa. De pronto estaba sobrio. Diana, encorvada y negándole su rostro, lo escuchaba como si fuera un silbido crónico.

—¿Sabes? —dijo—. Hoy pude estar ebrio, pero es el día más lúcido de mi vida. No ha habido otro. Pude estar ofuscado por el dolor de verme tal como soy, en un espejo chingón; pero estoy ligero; como si mi cuerpo no existiera. ¿Sabes? Me importa un bledo si está lloviendo: yo veo hoy la luna porque tú estás aquí y no te voy a mentir, no es cosa del destino, no hablaría de ese cliché de que tú y yo estuviéramos hechos el uno para el otro. No. Quizá no es cosa del amor. Es cosa de que contigo y ahora me doy cuenta de lo que ha sido mi vida y quizá de lo que será hacia adelante.

No me guardes rencor porque me fui. Me fui a Francia; pero fue otra cosa. No me odies, ni te enojés por haberte dejado aquí. Fui becado por el gobierno para estudiar en la Sorbona por ser valiente y también por ser un cobarde de mierda: como todos lo que nos fuimos en esa época. Digo “valiente” porque fui lo bastante sedicioso, rebelde, revolucionario, decíamos, como para preocupar a los hijos de la chingada que controlaban el país, a los del régimen, y pude hacerlos temer y pensar y decidir que debían cooptarme, darme mi biberón para que no los estuviera chingando: el asunto se resumía a que para ellos, lo más importante era que aceptáramos depender de un modo u otro del presupuesto, ¡su puto presupuesto! El dinero que lo puede todo, que a todos dobla y que ellos manejan. Pero también fui un cobarde porque acepté, porque renegué de las luchas y de nuestras estupideces de aquellos años, porque no tuve fuerza para seguir. Lo importante no es eso, Diana. Lo que hoy entiendo es que quizá tu voz es la única de quien habla con la verdad genuina, de alguien que es infinito; sin embargo, se siente frustrado. Es la voz de alguien que se arrepiente de lo que pasó después de un sólo y definitivo día, uno en particular que marcó su vida. Veo con claridad que para ti, y quizá para mí también, no había salida de ese destino. No la había... Piénsalo bien, Rogelio pudo ser yo; y yo pude ser él. Él pudo ser el cobarde que aceptara la beca. Seguramente lo hubiera hecho. La única diferencia entre él y yo, es que él no pudo agarrar la beca, la beca que yo sí recibí. No lo mandaron a Francia para que estudiara en las buenas escuelas explotando ese deseo que teníamos de encontrar el modelo de revolución que llevaríamos a casa; un modelo “educado” de revolución; una superchería, una revolución por vía de la decencia que se nos impregnaría en Saint Honoré, la Rue des Halles o en la de Colonel Driant. Era una trampa: nos convertían en la elite. Al hacerlo nos volvían también unos elitistas. La consecuencia era simple, obvia: nos hacían parte de ellos, lo que llamábamos tan irracionalmente unos “vulgares burgueses”. Nos convertían en unos “vulgares burgueses”. Quizá Rogelio no fue lo suficientemente valiente para

asustarlos, así que no les importó atraparlos, atarlos como a mí, con su dinero y los paseos seductores allá, desde la Gueuze a la Brasserie Balzac y le Champo: ellos lo llamaban “oportunidades de desarrollo para los jóvenes”... “para que desarrollen su crítica”. Sí, nosotros “los inexpertos”, ¿recuerdas que así nos llamaban; “los descarriados, los inexpertos”? Pero quizá a Rogelio le faltó mi cobardía para temerles y por eso se quedó y no aceptó... y luchó. No lo hizo por nuestras ideas de cambiar al país. Creo que se quedó por ti y luego te conquistó ¿no? No se quedó porque entendiera la trampa de las becas y toda la mierda que encerraban. Se quedó por ti. No te inquietes, conozco la historia y, si no, pues la supongo... Y sin mucho temor a equivocarme. Pero lo mejor de este rollo, Diana, lo que me queda claro ahora, es que no te conquistó por algo tan simple como decir: “es que te amaba y su vida tenía que ser junto a ti”. No. Bueno, seguro que le gustabas... y mucho ¿a quién no? Eras inteligente, vivaz. Eras sangre tan tersa y nueva. Y todavía eres una mujer muy hermosa. Me pregunto si él realmente te amaba entonces. Sí, imagino que sí, y tal vez todavía te ama. Pero no se quedó a verme partir y a buscarte, como lo hizo, con esas enormes ansias... No lo hizo sólo porque fueras la mujer más maravillosa, como tampoco hubiera sido una razón de amor la que me hubiera decidido a quedarme, si así lo hubiera hecho, mientras él partía. Porque... te insisto: él pudo estar en mi lugar, y yo en el suyo. Entre nosotros, y entre tú y Rogelio, el amor no es lo importante. Él podría haberte amado tanto como yo. Y ¿qué con eso? Lo que realmente importa es el poder. Él fue por ti, a conquistarte, a tenerte, por una sola razón: quitarme algo, para joderme, para arrebatarme algo, una palanca o un botón sobre mí. Hoy lo sé. Hoy sé que lo consiguió. Él lo tiene. Él, aunque no ha estado presente en mi vida por más de 15 años, sigue siendo el del poder. Yo tengo lana y puestos en el gobierno y gente a la que le chingo la vida. Pero él tiene el poder... no te sorprendas; no te molestes. Yo hubiera hecho lo mismo... En su lugar, sin duda que lo hubiera hecho: si lo hubieras amado, si él hubiera viajado jurándote que regresaría y pendejadas de

ésas, y si te hubiera dicho que te buscaría un lugar en su vida tan pronto se acomodara en alguna casa de estudiantes en París, en las habitaciones para los insurgentes del mundo, en las guardillas de des Ecoles... si hubiera sido él quien dijo tantas cosas para tratar de atraerte y luego fastidiarte con su falsedad, yo hubiera ido a arrebatarte, como él lo hizo. Rogelio y yo somos diferentes y somos iguales. Hoy veo que esto no ha sido más que un juego de poder; y él, quizás, lo ha ganado siempre. Pero... Pero... Tal vez su triunfo no es definitivo, porque el juego continúa; vuelve y continúa. Por eso, Diana, por eso el día de hoy es especial: cuando lo reconocí, cuando lo vi en un bar, maldito bar Comala donde fui a morirme sin saber bien por qué, pude entender y llegar aquí y lo hice para llamarte y jurar a tus pies y con eso, pude volver a nacer.

–Eres un cerdo.

–Aunque... el juego continúa. Hoy pude venir a recuperarme por un instante; a ser yo de nueva cuenta después de que él supo cómo arrebatarme lo mío y dominarme. Él ganó, no te inquietes. Está bien así. Vine a jurarte algo ¿verdad? Eso te dije desde el principio y por ello rogué que salieras para tenerte aquí conmigo y jurar: jurar bien como lo hacen los condenados que saben jurar cuando el destino no puede ser modificado. A eso vine y te hago mi juramento.

–Eres un maldito cerdo.

–Escúchame, Diana –insistió Sustrai buscando que su voz se escuchara más clara–. Cuando algún día tenga la oportunidad, voy a vengarme de Rogelio. Ese es mi juramento...

–Eres un desgraciado cerdo –lo interrumpió ella.

–No, Diana. Hay otros más cerdos que yo, pero déjame terminar... Te decía que algún día vendrá la venganza. ¿Por qué digo un día? No. El juramento es más sencillo: en el futuro tendré la oportunidad de chingarme al cabrón de tu marido. Chingarme a Rogelio...

–¿Cómo te atreves a decirme eso? ¡Qué me importa tu cobardía, tus estupideces! –ella abandonó su tono melancólico y se vol-

vió guerrera; hablaba acompañada de los silbidos que deja el llanto cuando se ha agotado—. Apareces de repente, hablas bonito, me haces reír, repites los poemas que alguna vez nos unieron, después de siglos sin una risa, me sacas de casa, me llenas de besos, me tiendes una trampa, me jalas, me lames como un... no sé, un perro fiel... y luego... me dices esto.

—Es lo que tengo que decirte...

—¿Después de hoy? ¿Por qué?

—Porque desde hace rato le estoy viendo la cara, clara como la de un pinche dios perverso; pinche geta como la de los putos griegos cuando jugaban a la guerra. ¡Verdad Rogelio! Le estoy viendo ese rostro de mierda, de pinche pervertido al pinche ojete de tu marido —así respondió Sustrai acomodándose sobre el pasto húmedo al luchar con la peor incomodidad, la que viene desde los cofres del ridículo—. Porque le estoy viendo el rostro, la barba y su maldita calma, esa pinche y jodida calma que aprendió a cultivar con los años...; y al verlo confirmo que hoy, sólo hoy, fue el día en que entendí este pinche juego.

La oscuridad lluviosa de un conjunto habitacional de casas dúplex se abrió a un destello de luz contra el rostro inconfundible, blanquecino apenas en el color de sus ojos y su cabello; qué petulante, ese rostro de Rogelio Ramírez Karp. Esta vez no estaba de perfil, sino perfectamente enfrentado, “valiente, muy valiente”, contra la pareja, mirando y desbordando la serenidad del diablo. Su barba filosa apuntaba directo contra la flama de su encendedor y a pesar de que parecía entretenerse en mantenerla viva, no dejó de ironizar un poco sobre la idea del juego que Sustrai se empeñaba en mencionar. Y no le fue difícil pasar de ahí a la broma para preguntarle a Sustrai, al El Vasco Galiano, herido sobre el pasto húmedo, que si acaso creyó alguna vez que no lo reconocerían tirado en la mesa del rincón de un bar como el Comala donde gritan que llegaron porque les dijeron que ahí andaba su padre borracho... Y le recalcó lo increíble que le parecía que todavía creyera que uno puede seguir un auto por la ciudad,

tan llena de tráfico, amarrones y bocinazos, sin que otros lo noten. Acaso crees todavía que el mundo es una película en blanco y negro, pendejo. ¿O acaso se puede entrar a este condominio, saludar al guardia, alertar a los perros, brincar las tapias y los charcos y olfatear las ventanas, sin que Rogelio Ramírez Karp lo note? Es más, quizá nada de esto que ha encendido la luz sobre las cosas, podría haber sucedido. Nada sucede sin que Rogelio, tan enojado como para ser cruel con la vida y verla todos los días con los ojos del diablo, lo haya deseado.

Rogelio fue breve, lacónico. Terminó encendiendo un cigarrillo, el último Raleigh que encontró escondido en la cajetilla blanda. Le dio la cajetilla vacía a Diana, como insultándola: basurero. Y le pidió serenamente que se diera un baño, un baño completo y cuidadoso, mientras él iba a la tienda a comprar más cigarrillos para fumar durante toda la noche.

-----0000-----

Torre uno dama

Tirada entre las ramas, la mujer y sus ropas parecen vibrar. Hilachos al viento... Su muerte es el zumbido de las moscas, asustadizas por el soplo fresco desde el horizonte, aire que intenta acallar el calor del caldo donde yace. Un triste encuentro en el camino. La mujer y sus vestidos están podridos. Hierben podridos. Palpitan con la vida de los animales y los insectos más pequeños; infinitamente pequeños como para ser captados por una foto de mala resolución. Un soldado usa el machete para apartar algunas hierbas y exponer ese rostro de ojos picoteados, su greña desprendida y una mano con la que seguramente intentó cubrir el golpe sobre su cráneo; el culatazo que la apagó. El soldado está triste, evasivo; ella parece feliz: una infinita calma en su boca, esconde una risa burlona. El soldado está inestable; no quiere estar ahí, no quiere mirar. La foto es, por igual esquivada; no quiere

enfocar y avanza como un reptil hacia arriba, arrastrando la mirada hacia la cabeza de ella, su negrura y la crueldad sobre su hueso parietal izquierdo, convertido en masacre para el lastimoso acto de pensar. Pero abajo, asomando del borde de la falda, surge la diminuta mano de su bebé, quien cubriéndose del sol, logró arrastrarse en sentido opuesto por breves segundos al nacer.

LA CRÍTICA

Despertó, y sería sencillo decir que aquel momento, en la vida de Sustrai Oroitz Altolaguirre tenía la traza de un ritual indio; hierbas y olor. Tan sólo faltaba una olla grande; marmoleada con las olas del tizne; un caldo jugoso, humano, desde donde el viejo sacara la cabeza aullando, aullando y aullando sin resignación. Tan sólo faltarían los aborígenes extasiados alrededor: los que invocan los beneficios futuros del sacrificio y extienden su danza interminable, de aquellas que se practican en las márgenes y las catacumbas en honor de un serio e impávido dios; el dios-cocodrilo. Eso sería muy sencillo de decir. Así lo soñó Sustrai. Así lo soñó entre las manos de los Insane-Kings del este del Bronx... Por el contrario, a sus ojos únicamente asomaba la pátina pacifista de los somníferos. Lo engañaban en cada recuadro con el verde grisáceo de la melancolía: verde o azul-verdoso como la modorra y verde como el bostezo incontrolable del hombre entumecido, crudo, entelerido de pies a cabeza; drogas atascadas en el rincón de su hígado, duro y calloso, por un brote de cirrosis en pie de lucha; verde como termina siendo un cuarto sucio, astroso, de techos endeble de lámina, con una cama de hierro impregnada del olor ácido del concubinato entre vejez, sudor, pelos, orines.

Al parpadear, entraron por su pupila, atropellándose, el azul y el blanco mal educados y furiosos... Lo primero que Sustrai vio fue justamente un elevado dolor en el entorno de paredes tatuadas con los mismos motivos: los de un espigado puertorriqueño, allá en sus brazos, que mecánico y estúpido se balanceaba en un banco. Lo segundo que hirió sus pupilas fue el rojo; aún agazapado y difuso, pero hirió certero cuando la mirada alcanzó el rostro del personaje que, quizá, leía unas notas, signo de su hastío o su genialidad. En los ojos de esa larga figura se concentraba la

sangre irrigada sobre un iris inflado, como las pinceladas de Francisco Ribalta. En ellos, en los ojos entumidos de trasnochar, cristal quebradizo por el insomnio, Sustrai encontró un signo de paz; la pausa del oleaje caribeño al filo de los huracanes; húmedo, con sabiduría, viene de Caguas y no reclama. Pero en esos ojos miró también un monstruo flaco, el Nachzeher de sus pesadillas de niño, ahora revivido, el que ríe encubierto, el que espera, el que más terror inyecta, el que tan sólo aguardando disloca.

Volvió a parpadear y distinguió un lavabo con vocación de alpinista a punto de desprenderse de sus tornillos y dejar un sórdido hoyo en la pared. Atrás, la nebulosa abría paso a un abismo de claridad inesperada y sobre la superficie incierta del lavabo, a contraluz, vivía una botella de agua o licor, convertida en doncella de balcón. Jaloneó... Imposible. Se descubrió atado y las paredes giraron ofensivas. Alcanzarla; no había modo. Las manos del viejo señor Oroitz, al rezar su Padre Nuestro y al retorcer las heridas del día, dolían con furia palpitante. Estaban irremediablemente asidas a un barrote de la cabecera con unas viejas esposas que presumían cadenas al máximo de su tensión crispadas en un eterno chasquido.

Cuando Sustrai Oroitz terminó de girar la cabeza, y logró despabilar pedazos de su pensamiento entorpecido por lo que le habían hecho tragar, oler, quizá absorber bajo la piel, reconoció que no tenía salida. No tenía whisky para beber, ni agua, ni lentes, ni aire limpio en las tuberías del cuerpo. Se relamió los labios como gato: sal. Tan distante de los años de su juventud, no pudo siquiera angustiarse como el felino virulento que alguna vez tuvo dentro de sí, enfrentando su primer día en el zoológico. Buscó mascar; rítmicamente. Desprenderse de los sedantes; por un instante se supo consciente y atrapado en un fuerte aroma de mar. Le cortaba el incómodo doblez del saco contra las axilas y la sed, la intransitable sed. El hombre del banquillo –que luego supimos que se hacía llamar Whitman– se percató de que su prisionero estaba ahí, despierto a mitades, y lo miraba con la cara de la car-

ne cruda cuando se asolea. Sorbió el moco, se incorporó con fastidio llevando un rezo largo que murmuraba y una ollita de aluminio en la mano para ofrecer de beber.

Con una señal religiosa, que escuchaba atento y repetía como autómatas, aquel individuo de caireles espesos como estopa gastada, parecía recibir instrucciones a distancia. Oía el inframundo que chispeaba como un radio dentro de su cabeza; tomaba su tiempo, rezaba y actuaba. No respondió a los balbuceos incoherentes del Vasco. No sería por conducto de aquél autómatas que podría averiguar dónde estaba, qué día era, cuánto tiempo había pasado, qué le habían dado a tragar, por qué estaba ahí atado con cadenas, oliendo el tufo percutido de aquellas ropas. No sabría la distancia exacta que lo separaba de la pequeña ánfora metálica con vapores de alcohol. No sabría quien lo ató, quien quebró el muro y puso en evidencia la caída del lavabo, quien lo mordió, quien vive, quien duerme y quien orina en aquel camastro de W. Winfield Co.

El hombre Whitman regresó sobre sus pasos, abrió la puerta, descubrió a la vista deslumbrada de Sustrai un barandal inseguro por el cual asomó medio cuerpo y dejó caer un silbido desolado. Regresó entonando una extraña cantaleta inaudible, sin escuchar preguntas; inclinó su silla, tomó el papel y se recostó apoyando la cabeza en la pared. Sustrai miró la puerta abierta: escuchó un temblor extraño de la escalera, un par de gritos agudos entre tropezones y quejas sordas. Aquel trote se convirtió en escándalo inquietante, metálico, bajo los pies de Sustrai, hasta que, sin que Whitman se inmutara, entraron al cuarto dos tipos forzudos: el primero un oso pardo y el otro... sólo calzaba una gruesa cara empetrolada para coronar el cuerpo de un gorila, algún desliz de ramera latina y basquetbolista negro, pensó ese racismo hecho de bruma en el Sustrai inerme. Aquellos dos maleantes iban acarreado el cuerpo grande y frondoso, ahora magullado, de Inanna Panditah: entre las últimas lágrimas de su estanque agotado, ella miró a Sustrai con todo el desprecio en su gañote, pero calló

tirada sobre la cama antes de poder recriminar con sus palabras. Ellos comenzaron a atarla.

–Come and see the pair together asleep on my bed –comenzó una suave cantaleta de aquel sin paralelo que llamaban Whitman–. It makes me furious to look at them. They are very fond of one another, but I do not think they will lie there longer than they can help...

Continuaba imparable. Sustrai, en medio de sus contorsiones obligadas, acuosas y borrachas, se sintió valiente como para interrumpirlo. Inútil. Balbuceó. Pasó a mostrar control sobre una fingida violencia. Algo le subía a la garganta. Paciente, baboso, pero al límite, los invocó a acercarse; para arengar como lo hace el sacerdote frente al blasfemo. ¿Cuál sería el sentido...? ¿Entienden? ¿El sentido? ¿Qué significaba este rapto, putos? ¿A dónde pensaban que llegarían? ¿Y la libertad de un importante delegado? Gusanos, gusanos de Nueva York. ¿Acaso no habían leído? Sí, los periódicos. Pero aún, ¿por qué se atrevían a ponerle las manos encima a una dama distinguida? Inanna... Inanna, más famosa que el alcalde, que varias primeras damas, juezas. Ella podría darles lecciones de humanidad, de valor, de protocolo. Gusanos. ¡Cuidado, insanos, juegan con fuego! Los tenemos ubicados. Si pretendían robar mis cosas, ese no sería el camino. ¡Están a tiempo! A tiempo de enmendar.

Sustrai se reclinaba luchando con sus amarras, nadaba valiente y ridículo al mismo tiempo. Les aseguraba que la señora que habían aventado a su lado no tenía conocimiento... No tenía idea alguna; ni la más puta idea de lo que ahí ocurría: con atacarla, cavan más profunda su tumba; ¡putos inadaptados, drogadictos, inútiles...! Jadeando, logró al fin quedar sentado vertical sobre la cama. Entregaba sus manos en postración y súplica grotesca hacia la cabecera metálica que las sostenía. Entonces se transformó en conciliador y habló de establecer un trato... Un acuerdo, ¡vamos! Hay un precio... Imaginaba. Un precio. Yo puedo pagar... Pero no.

–Say on, sayers! sing on, singers! –tal vez era la voz del Whitman desde su asiento al tiempo que aventaba el pocillo contra el rostro de Sustrai.

–Mejor no lo tocamos, ¿verdá Whitman? Mejor no –dijo agudo el tipo de enorme rostro, mostrando su fuerza al interponerse en el camino de otro proyectil que Sustrai supuso, por el olor, sería en una lata vacía de anchoas de Cantabria, las mejores del mundo, que no esperaba encontrar en ese camarote convertido en zahúrda y prisión...

La lata repicó hasta un rincón y el puertorriqueño, alargándose aún más como devorado por el techo, se concentró en Sustrai:

–Mira viejo, ¡cállate la puta boca! ¡La putísima boca! Aquí nadie quiere papeles, ni tratos, ni tus jodidas nalgas. ¿Verdá, Whitman? ¿Verdá?

Whitman seguía rezando, asentía y daba permiso a la perorata.

–Tú te mueres y ya. Ahora no queremos lo que te robaste; no. No queremos prendernos contigo, no. No queremos a la gorda ésta, y mira que Whitman se la acostaría de buen gusto... ¿Verdá, Whitman? ¿Verdá?

–Every hour the semen of centuries, and still of centuries –añadió Whitman tal vez.

Sustrai sintió la nebulosa combativa tomando todas sus articulaciones y entre ellas creyó oír que el grandote le explicaba una teoría compleja sobre la muerte:

–Tú te callas la puta boca, y mientras, esperamos los periódicos. Luego te matamos y ya. No nos pagan por lo que tú nos digas, lo que tú tengas o lo que tú valgas. Nos pagan porque te mueras; porque desaparezcas como dicen los news que desapareces. Que te fuiste a joder con la puta de Wall Street y te ahogaste en el muelle por bebido: te matamos bebido en el muelle. Que dicen en los news que te suicidas en el metro por miedo a que descubrieran la mierda de tu pasado... pues tú te suicidas. Entiendes. No hay nada que decir. Aquí la verdad la hacen los news. Sólo falta que ellos digan cómo. Así que deja de hablar.

Sustrai quedó embebedo, quizá fulminado, por el discurso que pensó estructuraba magistralmente su asesino. Era como recibir la palabra de un profeta lector del destino, desorbitado y vulgar, que no podía concluir su cábala por alguna falla burocrática en el sistema de comunicación con el archivo sagrado del sino de los Oroitz, venidos hace tantos años a nuestras tierras. Algo le impedía acabar la profecía de su estirpe amputada en su camino hasta la villa de Lasarte-Oria; algo faltaba para que pronosticara la boda de los primos, el número de divorcios, la prole que le auguraban, los nietos, algunos drogos o asesinos, y otros tantos alcaldes y comerciantes exitosos. Pero Sustrai, ante aquel vociferante captor, se sintió tan seco como su boca, como su existencia singularísima sin parientes, sin hijos ni nietos, sin nada. Al contrario, parecía evidente que el puertorriqueño esperaba que le mandaran una señal, un telefonema o un fax desde los cielos, conteniendo el mensaje tocado a ritmo de moiras y pitonisas, y descifrado por hechiceros o lectores de la fortuna. Aquí en Nueva York, sintió, las muertes se inventan: es como un apogeo oneroso de la democracia. La voluntad de las mayorías, conocida como opinión pública o el infalible shape by public survey, instruye incluso el sucumbir de todo hombre... Y Sustrai pensaba en esto con difícil esmero, con la prolijidad que exprimía rocío y riachuelos de sudor en su rostro, hasta que la agraviada Inanna lo interrumpió con una voz igual que el desgarrar de una tela fina.

—¿Qué carajos hiciste, Sustrai? ¿Qué hiciste?

—No... no... no lo sé —contestó dándose cuenta que estaba aún atravesado por las confusiones de las drogas—, ves que es cosa... solo cosa de esperar a los periódicos de la mañana para saberlo.

—¡Maldito! ¿En qué lío me metiste? Desde que me preguntaste si conocía a los Insane-Kings supe que me traías una desgracia. Luego te pones a hablar de un billete de lotería... Dónde está ese billete. ¡Dáselos! Claro: son puras mentiras. Es más, lo supe desde que llegaste a la oficina con la ropa desgarrada y la mano herida. Lo supe, y no fui capaz de hacerme a un lado... ¡Maldita sea!

—¿Te lastimaron? —preguntó Sustrai con el compromiso de parecer verdaderamente inquieto cuando una frase sincera, lamentando, sólo lamentando, no le venía al pensamiento.

—¡No imaginas lo que me han hecho, maldito! —gritó Inanna Panditah—. No lo imaginas. Mis padres me recordaban día tras día las razones por las que salimos de Karachi, por los abusos de una brigada incrustada por años en nuestro pueblo, brigada entera de diablos... Y me hicieron agradecer cada minuto que he pasado en esta tierra. Pero ahora no es lo mismo, ahora me arrepiento, me arrepiento de mi existencia y de la tuya. ¡Imbécil!

—¿Abusaron?

Inanna volvió el rostro, el de una dama que al ser ultrajada por una noche y al escuchar una voz siniestra a su lado, ennegrecía paulatinamente: sus ojos se apagaban como si nunca hubiera dormido desde que salió de ese mítico Karachi, de sus pesadillas en las costas del Mar de Arabia.

—¡Morboso! —escupió—. Llegaron cuando ya era tarde, y no pude hacer nada. Escuché cómo forzaron la puerta a unos metros... Por un instante creí que serías tú, que regresabas, quizá ebrio. Pero no. Eran ellos. Intenté llamar a la policía y el teléfono estaba cortado. Fue el horror. No venían por un papel premiado que hubieras dejado... ¡No! ¡Yo no pude hacer nada! Lo imaginas. Mis gatos comenzaron a correr desesperados por el departamento. ¡Eres un desgraciado! Reapareciste y ya no pude dormir. Primero tu presencia, tus insinuaciones. No podía dormir y menos esa noche. Lo supe desde que huimos corriendo por las calles. ¿Quién soy yo para vivir esto? Sabíamos que el mundo venía a aplastarme. Tú también, ¿verdad? Sólo era cosa de que supieran mi dirección, que lo averiguaran para que avanzaran contra mí, contra mis gatos. Y tú te largaste antes como la rata que eres. ¿Qué hiciste, Sustrai? Dime la verdad y no hables de la suerte y los premios por adelantado porque no sé qué creerte. ¿Qué había en ese portafolio? ¿Qué había ahí?

–Nada importante, te lo juro... Solo el billete porque algún mago, no sé, algún dios menor de esos ojetes que juegan lo hizo importante.

–Ellos están buscando... buscando algo más que el billete –continuó la mujer llorando–. El flaco, que se cree poeta, me arrinconó en el armario de la recámara aventándome una larga lista de nombres y basura. Me amarró la boca, amordazada con mis propias medias; tenía nauseas, me ahogaba. El otro y el maldito mastodonte revisaban la casa sin parar. Quebraron los jarrones; las estatuillas. Lo más caro, lo más grande. ¡La peor, la peor afrenta! Sacaron las cosas de mis cajones. Todo. Sacaron mi ropa y me pidieron que me cambiara. Fueron sacando calzones, brasieres, los vestidos... Me pidieron que me pusiera uno y luego otro: mi vestido rojo, el de noche, luego el negro... una pijama. Mientras, el flaco solo rezaba y rezaba versos incomprensibles. En cuanto terminaba de vestirme, gritaban que empezara a desvestirme. Aventaba la ropa que dejaba o me la arrancaban mientras reían, mientras babeaban y se excitaban. Sacaron ropa que ya no me queda. Incluso un vestido ligero, azul con tono de mar, como aquel con el que me conociste.

–No

–Sí, lo recuerdo. Aunque te parezca raro. Y también el Armani que me regaló mi ex marido cuando me propuso casarnos. Lo rasgaron obligándome a entrar en él. Cuando no lo podía cerrar, ellos me jaloneaban riendo, manoseándome. Luego fue lo mismo con las joyas, con mi maquillaje... No lo puedes imaginar.

–Quizá... quizá son... ¿travestis? –dijo Sustrai con la luz de la manía en los ojos.

–¡No! ¡Maldito Sustrai! Los vi excitarse y entre uno y otro momento se aprovecharon; se aprovecharon y también tenían ganas de masturbarse con la montaña de ropa que iba quedando a mis pies.

–¿Incluyendo el vestido azul?

–¡Mierda!

–Pobre vestido. ¿Por qué el azul?

La escalera volvió a vibrar terrorífica y junto con su espasmo sonoro, entró otro sujeto con típico rostro de asesino, maleante, caricatura de archienemigo de todos los superhéroes juntos, cargando la insignia de la chamarra con la media luna dibujada, una pirámide. Inanna tuvo miedo, pero Sustrai, al contrario, deseaba ver los periódicos, saber de los news. Y las noticias parecían llegar en versiones incompletas, difíciles de escuchar: el maleante, en frases cortas y un poco incoherentes, afirmaba que debían ir al muelle. ¿Morir en el muelle? Quizá. Pero también parecía que ellos debían preparar las cosas para que la pareja terminara sus días en el coche de ella, en el Mercedes de la indescriptible diosa Inanna Panditah... ¿por qué no? Arrojado al mar, con mucho alcohol encima y droga... as if they were dealing...

–Dame algo para cambiar tu destino –le dijo la voz del puertorriqueño rebotando en su sien.

–Un vestido... Un vestido de mujer –respondió el Vasco Sustrai–. Azul. Quizá.

Whitman intervino como una sorda zambullida en la estática, y bloqueó las orejas de Sustrai ya convertidas en enormes antenas yagis:

Till of a sudden,
May-be kill'd, unknown to her mate,
One forenoon the she-bird crouch'd not on the nest,
Nor return'd that afternoon, nor the next,
Nor ever apper'd again.

Los voluntariosos victimarios entendieron. Se pusieron a trabajar.

–No necesitamos nada de lo que tú, puto, nos puedas dar –dijo el más grande–. Ya lo tenemos.

Los liberaron, los arrastraron unos pasos como bultos de ropa. Los amarraron de nuevo, los envolvieron en unas grandes mantas y cuando Sustrai dejó de ver el duro, durísimo rostro de Inanna, pensó que el destino le guardaba un final lógico: una muerte en manos de dealers baratos, con los bolsillos repletos de stuff y un

prestigio arrastrado en el fango, versión en inglés de la misma medicina que él alguna vez infringió. Sin embargo, de suyo gentil en los momentos difíciles de la vida, sentía una tristeza reseca y salitrosa por los 20 y medio años que desperdició sin pegar su carne a la de esa enorme mujer por la que ahora sentía pasión y pena. Y se mordió con la misma sed de lágrimas por las bromas de su sirena, por su aroma, su cabello y su escote; por sus cuatro gatos ashera, Baalzephon, Agramon, Asderel y Balban, que bien conoció y que ahora podrían morir por el abandono, desprendidos de su madre, arañando los marcos de un lujoso e inquebrantable grupo de ventanas con barrotes como claraboyas de lujo en Nueva York, empeñados inútilmente en escapar de la inanición.

Y por igual dejó de ver la pequeña botella de alcohol que tal vez lo había acompañado amorosa por los últimos 19 y medio años. ¿Eran 20? Abandonarla en ese lavabo infectado por olas de sarro y negra roya; era triste, no como una paradoja, sino como justa retribución con la que pagaba a las parcas del Whitman y las del latino con cara amplia como un plato, así como los rostros del oso pardo y del matón... Les pagaba por siempre, con pedantería, y le quedaban en deuda por el valor de 20 y medio años de buen single malt, traído desde Glentauchers Distillery. Les pagaba con un vapor de mucho añejamiento que le daba el permiso para sentirse eximido de cualquier culpa posible que viniera de su pasado.

—Lo siento, en verdad —dijo entre mareos—... Lo siento. Como que me chingaron la memoria.

En ese instante sellaron algo más que su boca: sellaron su rostro con un gran pedazo de cinta plástica, gris como su cabello. Después durmió.

----0000----

Peón tres torre

La foto muestra cómo empujan a sus prisioneros en medio de una lluvia torrencial. El zacate a sus pies se convierte, con magia, en charco, en alberca. Son muchos los que avanzan. Nos sorprende: hay desorden, fastidio y grietas en la columna de gente peregrina que en ocasiones no se encuentra, se aísla, se atasca. Exprimida, la tierra muestra lo incapaz que es para sostener más agua. La arcilla está anegada. Cada pisada: un borbotón abocardado. Un prisionero, pequeño de tamaño, ha tropezado y el líquido pálido extruido con las pisadas eternas rodea su cuerpo extendido sobre la senda y sus ramales. La suposición es que el cansancio no lo dejará levantarse rápido; la fila de soldados pasará a su lado, como el ganado; los caballos y las vacas cuidan no pisar lo que se percibe vivo, la madriguera de las liebres o el panal caído; pero los soldados extenderán su paso para empinar el torso o el montículo pulido y brillante que forma su cabeza buscando aire, levantando fango. La imagen lo destaca, porque ninguno entre los prisioneros, todos adelantados, muestra ganas de volver para levantarlo; jarro, fardo perdido. Quizá les han pegado un fuetazo por la simple intención de volver una mirada. Pero no parece ser el caso. El agua, como en las viejas epopeyas y los textos religiosos, a muchos confunde, a todos enloda; y las mujeres y hombres atados se mojan igual que los mercenarios. Sus expresiones se diluyen en una masa de bruma, chapoteo, luz entrecortada. Al fondo, por la casualidad de un rayo de luz que quiebra sobre la montaña, se construye el arcoíris y eso ennegrece la manada.

LA CRÍTICA

TERCERA PARTE

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

Torre de rey a uno dama

18 de agosto de 1991

Recuerdo que caminaban aprisa, algo impropio entre dos distinguidos conversadores; entre los que merecían esa pausa imprescindible para emprender lo que debía ser, en su más lacónica presentación, un análisis profundo de la situación rusa. Cuando llegaron a la esquina de Malyj Novopeskovskij y la Protočnyj, cerca de la Smolenskaya, Sustrai sintió esa brisa aventajada, de rostro animal y cruel que empieza a asomar en las noches de Moscú a finales de agosto. “Es como la sabia, pensó recordando una voz lejana de James Simmons; es tibia y mortuoria para darle libertad de espacio a los nuevos seres: para que chupen y mastiquen la tierra por la que brotan sus tallos musculosos”. Una pequeña plaza se abría encajando los viejos edificios en la blancura del cielo. El aire mismo hacía sentir que Rusia estaba en uno de esos procesos bautismales, donde se perece bajo la espada o la estrangulación para dar pie al renacer... empezar de nuevo, reinventar para ser uno mismo. Pero el estilo ligero que Jorge Baldo imprimía a su caminar, propio de un espía de peluca y zapatillas en la corte prusiana, no daba tiempo para desperdiciar en contemplaciones. Sustrai lo tomó una y mil veces del brazo, no para dirigirlo y llevarlo a olfatear ese sentir que teje redes indescriptibles entre un cigarrillo caído y una supernova en explosión, sino para alcanzarlo e imbuir calma en su trote ágil y su mirada enfermiza.

—É'te, te lo juro... É'te no es un día cualquiera. Hoy se arma la gorda —repetía el cubano— ¿Cuánto tiempo da' para que haya mihile' en el aire?

Sustrai recordó el día, varios años antes —también era el verano—, en que llegó a Moscú como nuevo Embajador designado por el anterior Presidente, Germán Adonías. Todos lo reconocían

como un político sin apoyos, un pobre político y quizá un poeta, paupérrimo y postrado, venido a menos. Y la intrascendencia de aquella primera jornada de encuentro con Rusia contrastaba con la tensión del momento: hambre, ansiedad. Más aún, se debatía a bocanadas y jadeos contra los nervios de su amigo cubano. Recordó cómo los encargados de protocolo del Kremlin lo habían preparado para presentar cartas credenciales ante el jefe del Soviet Supremo aguardando lugar, por la magna suerte, entre el representante de Ghana y el de Angola. El jefe de protocolo ruso, Primotiev, le había dicho con tanta seriedad, con una voz siniestra de los Urales y con una erupción de amarga ignorancia soviética: “le esperaba más negro para ser diplomático; más negro para ser embajador”. Ése fue —ahora lo veía bien— su único contratiempo. Hoy, la historia era distinta.

Tuvo facilidad para entenderse con Rusia y los rusos: con una ciudad armada en círculos precisos como panal. Le fue sencillo entenderse con las avispas zumbadoras que habían pasado a ronronar amedrentadas por los últimos estertores del comunismo, pero muy distinto le resultaba asir el trote diario de Jorge Baldo, el cubano, su amigo; un atolondrado periodista de palabra gruesa, eterno humo en la faringe, que trabajaba como corresponsal de Radio Habana en Moscú. Alma que vivía montada indefectiblemente en la tenebrosidad de los embrujos que causaban sus presagios, silencios y sus boleros pitonisos.

Sustrai Oroitz lo seguía, alzando la vista, pero el cubano era como un gusano... gusano negro al fin. Era el hombre más terrestre del mundo. Conocía los rincones y zoclos, los más bajos, y sabía bien qué lado de las calles seguir, que esquina lamer. Oculto en los umbrales, sus pasos cuidaban cada baldosa; la acariciaba sin golpe de suela, sin un murmullo o siquiera una sonrisa blanca que atrapara miradas. Sabía de los subterráneos precisos para evitar cada cruce de automóviles, el invierno, la nieve... y se escabullía como gota de mercurio en las coladeras de una Unión herida. Llevaba 15 años en tierra rusa. 15 años que se estrellaban

en su mente con una suerte de atemporalidad; confundía lo de antes y lo que después había ocurrido con una facilidad que lejos de ser desconcertante, se traducía en mágica justicia poética. Inventaba su trayectoria; construía en cada instante las razones científicas para encontrarse ahí —cadenas de causas y efectos incuestionables— la lógica de ese día, de ese preciso minuto y de los atuendos, libros y objetos del caso, lo que encontrara en cada diálogo, ya fuera con un compañero, un funcionario del gobierno o, incluso un policía de esquina que le exigía documentarse en razón de su estirpe de roedor discordante con las murallas del corral soviético.

Hablaba, según él mismo decía, todos los idiomas que caben en una mente, pero lo hacía, sin variar, con un marcado acento caribeño; y era de los pocos extranjeros que se habían internado hasta lugares míticos como Altaisky krai, Krasnoyarsky o Dagers-tán. Podía relatar historias fascinantes sobre minaretes inmensos vomitando su dominio sobre pueblos de casas apachurradas entre la roca calcárea que baña el Caspio; sociedades del siglo XII donde el poder de los imanes y sus verdaderas batallas personales se ejercían en lo alto de aquellos templos de la predicación, sin que un hombre o mujer, entre los ya escasos que habitan a sus pies, sean capaces siquiera de percibirlo.

“Lo que importa es que la voz del imán se escuche, que prosiga con la llegada del siguiente rezo; ese es el tema” insistía cuando relataba cómo fue testigo, en la ciudad de Kasavyurt, de la brutalidad con que los inconformes habían desbarrancado al predicador más renombrado. Lo aventaron por la hornacina más alta, a la mitad de un quinto rezo de un día 27 del Ramadán, la Noche del Destino, ni más ni menos, nos decía. Aquel imán desdichado cayó cuidando las formas, sin gritar, mientras su asesino tomaba al vuelo su palabra, la seguía y la impulsaba hacia el horizonte. Nadie supo del destino del imán depuesto, nadie; y Jorge Baldo se atrevía a añadir que posiblemente no cayó nunca sobre la roca de eocene-terrigeneo-silíceo, elpreciado mineral que nu-

tre el Caspio y que tanto se vende a compañías extranjeras. Ni ahí, ni en ningún sitio, cayó aquel desgraciado; “nunca”, repetía como cantando, “nunca se desgajó el cráneo aquel hombre”, por esas cosas tan extrañas que suceden en las repúblicas al sur de la gran Unión, “¡ocurren, en verdad... ocurren... le’ digo que ocurren!”. Y tal vez aquel imán glorioso se habrá quedado rezando en su eterno deslizamiento por lo menos los mil meses que le destina El Profeta a los bienaventurados de tan glorioso día: “La Noche del Destino vale más de mil meses. Los ángeles y el Espíritu descenden en ella, como aquél, desgajándose con los ladrillos ochavados del minarete, con permiso de su Señor, para fijarlo todo. ¡Es una noche de paz, hasta el rayar del alba!”.

Y Sustrai seguía admirando los altos edificios amarillentos de Moscú aun cuando los había revisado en sus detalles tantas veces, viendo caer y resurgir los gorriones nerviosos por el viento y los presagios. Ellos se apresuraban para devorar los pasos de Baldo, la oruga, que huye como los bichos que saben evitar a las aves y sintiéndose caer también como Saladino Chamcha, el hombre de las mil voces, autodidacta, tan lejano en su mente traviesa.

–No es un día para andar paseándose por estos barrios –alcanzó a balbucear Sustrai en una curva de la Protočnyj–. Algo anda mal...

–Ni que lo diga, amigo –respondió Baldo sin volverse–, ni que lo diga... Pero en momento como é’te, se ha’e hi’toria, compa, se ha’e hi’toria. Y ¿qué e’ lo que má’ desea? ¿E’tar con lo que ha’en hi’toria, verdá? –y Baldo quebró la ruta con un agudo viraje que bien pudo confundir a Sustrai y dejarlo mirando a uno y otro lado, ansioso de localizar la extraña e inesperada claraboya que se hubiera tragado al cubano.

El sonido lejano de un alegre concierto llevó a Sustrai hacia unas escaleras, preámbulo de un medio sótano. La voz del amigo se estiraba ahora por un estrecho pasillo formando una letanía que explicaba cómo un reportero de Radio Habana puede, después de 15 años en las heladas y el falso reposo de Moscú, cono-

cer realmente a quienes harán historia; a los magos de los anales. “Bueno”, le aclaraba con ese marcado acento que, irrenunciablemente, se negó a cambiar durante su odiada égida: “bueno, al meno’ conoherá a lo’ que e’criben nue’tro de’tino”.

Sustrai cruzó las dos puertas toscas y jaspeadas que enmarcaban un vestíbulo, propio para dos sillas encaramadas en una conversación surrealista. Más allá, no necesitó más de un vistazo para sentirse de plano dentro de un curioso ambiente de prostíbulo que alguna mente creativa se habría empeñado de dotar de aromas, cortinas, muebles, alfombra, bebidas y un prolongado silbido que los distraídos podrían llamar “música”. Ahora no había mujeres ofreciendo los senos, ni sonidos exóticos, sino un vaho mugroso y caliente, y el barullo de 15 o 20 furibundos personajes que se arrebatan el único teléfono y brincaban desde el murmullo hasta el improperio en ráfagas tan avispadadas como sus pasos por el salón.

Ninguna conversación duraba. Circulaban copas pequeñas de vodka y vasos de sidra que se llenaban en un enorme perol colocado al centro de aquella sala. Pero ahora, cosa no antes vista, las bebidas eran abandonadas a medias en cualquier esquina. La sed, el aire caliente y la enfermedad, ahí, ya eran acervo colectivo y cualquiera chupaba el licor más cercano como lo hacían cinco o seis moscas atrevidas que disfrutaban los bordes melosos de los vasos. La televisión dominaba el centro del lugar, pero con las desconcertantes imágenes de la Orquesta Filarmónica de los Urales interpretando un capricho italiano de Tchaikovsky que se oía mal, que a nadie emocionaba. Unos hablaban de que el vicepresidente Yanaev tenía el carácter, las agallas y los apoyos para levantar al país y Sustrai no entendía bien el significado de aquel 19 de agosto, cuando esa mañana, tan quitado de la pena, se había limitado a informar a su país, dictando una escueta nota a su secretaria, que en la víspera de la firma del nuevo Tratado de la Unión, el país estaba en calma y podía esperarse una transición tranquila. Pero, al contrario, los tanques avanzaban por el sur de Moscú.

Otros convidados, mascando su ruso irascible, escupían críticas terribles al Primer Ministro Valentin Pavlov, por timorato, por cobarde, por voluble. Sustrai entendía que a Pavlov, en aquellos días, no se le mencionaba más que para aventarle mierda. Y a la distancia una señora con no menos de 120 kilos alzó los brazos desdoblado sobacos empapados y pestilentes: gritaba que la dejaran oír, que la dejaran oír, ¡puta madre! ¡Que la dejaran oír! Porque tenía a Vilnius en la línea.

¿Vilnius?—se preguntó Sustrai.

—En Vilnius todo mal, no sé quién puede confiar en lituanos —se escuchó la voz serena, en español armado con bloques de niño, del único invitado que reposaba en un sillón fumando cigarrros del Belomorkanal y abanicándose de vez en cuando con una hoja suelta del *Argumenty i Fakty*—; claro, en todo lugar, todo, todo está mal. Como decimos en Rusia: “todo lo han cargado las alas de todos los demonios”.

Sustrai descubrió que aquel hombre le hablaba directamente, que lo distinguía como una piedrita entre las lentejas y se afanaba por darle su apacible opinión de sabio antiguo, rey de los placeres acéticos del río Surgut. Era un hombre muy delgado, en el camino estrecho hacia la enfermedad; de cabello y barba crecidos y mal cortados, que contrastaban con la blancura de su rostro. Se convertía en una máscara tensa y brillante y, en ella, más allá de una vieja boina azul de marinero, llevaba incrustados a manera de jades del preclásico maya, unos ojos de serpiente que sobresalían capaces de inyectar gran pasión a cada palabra.

—Me presento, señor, mi nombre Sustrai, Sustrai Oroitz, Embajador...

—Yo sé quién es Sustrai, pero yo soy discreto. Gente dijo a mí que usted vendrá aquí. Yo soy Mikhail Nikolaievitch Toukhatchevski, pero amigos conocen que yo soy el doctor Tallím: sabio en política moderna; especialista en lo otro, en lo alternativo para explicar.

—Gusto.

–Gusto mío, Embajador, gusto del doctor Tallim. Yo soy apenado, yo siento que Embajador no entiende lo que pasa aquí. ¿Entiende qué aquí es gran estupidez? ¿Por qué tanques entran por sur de Moscú sin ayuda? ¿Por qué volverán pronto con la derrota?

–No entiendo nada desde que salí de casa –respondió Sustrai con soltura... “no entiendo nada desde que salí de niño, una mañana, a caminar por las afueras del Parque Vélez”–. ¿La derrota? ¿Por qué?

–Landsbergis es traidor –Sustrai sabía que se refería a la cabeza máxima del Consejo Supremo de Lituania–. Eso es lo que hay que saber. Movimiento de preservación... ¡muerto! Gran esfuerzo nuestro para salvar Unión ha muerto. Georgianos, lituanos; y revisionista Vytautas Landsbergis son quiebre de puertas de Breidablik, gran palacio de Balder, auténtico dios de luz y verdad. ¿Extrañan palabras mías? Él es hijo de Odin y Frigg. Pero ¡oh! ¡Blasfemia o paradoja contra dioses todos! Ese era último cerrojo de nuestro tiempo... y candado está ahora roto. Movimiento de Unión que puede preservar cosas con equilibrio... está muerto.

Sustrai entendió... poco... pero suficiente para darse cuenta de que estaba en una reunión de golpistas, tal vez gente del Pamyat, de los duros y toscos que se educaron en el mármol de la Kremlevskaya; un tanto fanáticos, de mirar bajo y habladurías filosas y constantes. Enemigos acérrimos de los liberales, sacaban las uñas con pasión al oír de glasnost, perestroika, autocrítica, productividad. Pensó en huir y dejar a Baldo con su necesidad fisiológica de asentarse en el culo del devenir histórico, convertido ahora en un corazón rebelde al oeste de Moscú, célula de anti revisionistas encargada de recibir a los ejércitos purificadores, al margen de la avenida Smolenskaya. También entendió que aquella era gente con miedo, con el miedo que les daban sus propios jefes: el ministro del interior, Pugo, y Kriuchkov, el nombre que nunca se atrevían a mencionar y que, como jefe de la KGB, había orquestado el golpe contra Gorbachov; él era la voz que ordenó,

sin que nadie lo reconozca, que los tanques echaran suertes y cruzaran el río Oka para avanzar por el sur contra Moscú.

En la radio se escuchaba, justamente, un discurso de Pugo, imposible de seguir. La televisión continuaba a su modo con un pianista virtuoso, empeñado en el Concierto número uno de Tchaikovsky. Entre tanto, el hombrecillo enfundado con la gorra azul, hablaba filtrando esencias al oído de Sustrai. Pudo perfilar, con sorprendente soltura, las condiciones en que los golpistas habían aislado a Gorbachov en Crimea. Recreó algo de su discurso sobre salvar a la patria de un diabólico Tratado de la Unión que entregaba la fortaleza del oso soviético a los caprichos de los pueblos ingenuos y tráfugas manipulables para los intereses extranjeros. “Sin apoyo de lituanos ni georgianos y mitad de ejército en contra, movimiento de preservación, gran preservación, alguna vez fuimos enormes, ya no volveremos a ser, muerto”.

—¿Sabe, Embajador, por qué este ruido?—terminó diciendo con un soplo pasmoso—. Nosotros vamos a gritar ¡traición! Vamos a decir que esto es salvar patria, comité de emergencia busca preservar unidad de URSS contra perversos extranjeros, ellos trajeron Perestroika, pero no, no es así...

—¿Entonces?

—Son augurios, ¡malditos augurios! Gorbachov es anticristo, como lo vio Nostradamus. Pero era destino nuestro, sí. Y era intentar salvar Unión contra engaños de Gorbachov. Como en Sísifo: rodando piedra cuesta arriba, la que nos va a aplastar con sus filos. ¿Sabe qué día es hoy?

—19... Agosto...

—Luna apunta sobre cenit en Acuario —continuó diciendo—; muy mal augurio. Yo advertí en eso antes. Luna en Acuario y en dirección a Piscis: señal que no se está en el cielo en 200 años. Nadie duda con señal de Acuario hacia Piscis. Es el cambio de tiempos. Gran cambio. Único, pero pocos lo ven. Señal de que Mercurio avanza: lleva mensaje nefasto; va junto con Ceres; 200 días, ni un día más ni uno menos, justo después de iniciado este

año de Yang chino. Llega carnero: sí, carnero; agua y tierra para que nuevas fuerzas, pasión y fuerza, salgan como flores en este día especial... Hoy.

Ese “hoy” de ecos tártaros era el día del inicio de una transformación igualmente presente en el universo y en los rasgos fruncidos del rostro de aquel hombrecillo con las ínfulas de un Grígori Rasputín tan común, tan ruso y tan cualquiera. Y en cada cambio de temporada, según decía, los exegetas, como él, son despreciados, sí. Los candados, como el de Kotzar y el de Actur, los únicos límites sobre el conocimiento profundo, se quiebran y surge el peor de los males: el descontrol. Los saberes, buenos y malos, se pervierten porque no hay quien los controle, los distribuya y los interprete. Quedan libres como el aluvión inconmensurable de los ríos que se desbordan: el lodo mezclado, las voces y sentencias a la vanguardia, el destino sucio, matando mentes, derruyendo jerarquías. ¿Entiende? Los conceptos más básicos del hombre se desgajan en la tormenta: no hay un “primero” y un “después”, no hay un “antes”, “ahora” y “mañana”, no hay un “arriba” y un “abajo”, no hay un “importante” y un “intrascendente”. No los hay. Y ése, ése será nuestro destino inevitable durante los próximos doce años. Los doce largos años de una amarga transición para reencontrar el orden.

Sustrai dio pie a la admiración; dramatismo de un último verso que cierra un soneto barroco frente a aquel delgado duende, seguramente oriundo de Surgut: no podía ser acusado ni de loco, ni de nefasto. No había espacio para desdeñarlo. Su mensaje era increíble, pero la palabra misma lo elevaba y lo hacía trascender. No parecía que hablara ni su cerebro, ni su estómago, ni su chacra ansiosa, montada sobre la vejiga, sino una presencia subyacente que lo poseía. Hablaba, o más bien predicaba con la fuerza que convierte a un hombre en universo, el “grano de arena” de Blake o la “cosa insignificante” de Eckhart... la que conoce a Dios.

—¡Ja! Usted entiende. Inicio de era de Piscis no es tiempo propicio, ¡imagine! No es para propuestas —reaccionó aquel hombre

alzando el vaso para refrescar la palabra—; sólo para resistir, pero resistencia está agotada; los tiempos piden estar tranquilos; y calma, voz que apacigua a lobos, es muy cara, porque poca, inexistente. Exegetas... ¿Dónde están? Sí, exegetas como yo —repitió dándose tiempo para otro trago— somos pausa, pero no nos quieren, nos asesinan o solo nos olvidan. Tal vez yo, como otros, quiera morir.

Su voz se alejó de la mente de Sustrai, aun cuando él le entregaba los oídos con obscenidad; y apenas supo que le hablaba de que, para avanzar en ese coup d'état, faltó repartir bien el dinero, la cobija y los placeres para convencer a los representantes locales, a los batallones y las milicias de sección... que faltó ofrecer comida, alcohol y pensiones a los jefes de las radiodifusoras, tal y como los exegetas de otra época hubieran hecho... que faltó ofrecer al menos unas prebendas sindicales a los trabajadores de la frontera con Europa, empeñados en pervertirse de ilusiones falsas. Pero antes que nada, faltó convencer y dar un hilo conductor —etéreo como extenso— a los predicadores de pueblo, a los magos y los brujos; a los chamanes, a los sacerdotes, presbíteros, padres e imanes que limpian de impudicia a nuestro pueblo, para que leyeran los augurios de otro modo y nos los transformaran con su enseñanza en una verdad distinta. Aquí, en esta tierra, trátase del último rincón de Amur o de las industrias de Kursk, hay que acercarse a los predicadores...

En las dos horas anteriores, el presidente de Rusia, Yeltsin, había llamado a la desobediencia civil y con eso había quebrado en la misma médula a los golpistas. Con ello quedaba también desarticulada la Unión y de paso Gorbachov, eliminado en su propia fama, con la llave yudoca más recordada en la historia. Y el parlamento ruso —“la Casablanca”— se convirtió en un símbolo de la resistencia. Sin más, se supo con certeza que los tanques que habían ingresado por el sur, volvían apenados sobre las huellas de sus orugas, aspirando su arrepentimiento, con avidez de clemencia, súplica de perdón ante la culpa por sus pocos y represivos cañonazos contra las televisoras... La sensación de derrota inva-

dió sin más aquel recinto de la Protočnyj: pobre nucléolo de desertores del gobierno, los devoró el fracaso.

Los golpistas reunidos en ese cuarto, ¿qué somos? Somos como una escoria de sal cuando los mares se retiran; así empezó a sentirse Sustrai Oroitz. Se veía atravesado por un contagio irreflexivo e inexplicable. Quería perder y perderse con ellos y “ha’é hi’toria” a la cubana, sin pensar y sin vivir trecho alguno que no fuera tan profundo como las puertas de Breidablik, con sus candados, gran palacio de Balder, ahora quebrantadas por los rayos de la luna. Seremos cosechados, pensaba su mente febril cuando se veía en un espejo de lenguaje, gritos y obscenidades rusas. Pero no había razón para tal desenfreno placentero. Él no tenía nada que ver. No pasaba de ser un simple espectador. Baldo lo había metido en semejante tortura sin sentido. Baldo, el amigo que le había ayudado tantas veces a colocar y vender vinos franceses entre la burocracia soviética, aprovechando la franquicia de la Embajada; Baldo, el que le entregaba reportes de prensa memorables que sustraía del periódico *Granma*, Órgano Oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, sugiriendo que los trasmitiera como investigaciones confidenciales obtenidas con grandes sacrificios —“nada es má’ confiden’ial, le insistía; nadie en el mundo lee el *Granma*, ni tu Embajador en la Habana lo lee, y e’o porque pien’an que ya ‘iempre ‘e ‘abe lo que ahí se e’cribe”—. Y Sustrai, a cambio, le regalaba con etiqueta de Top Secret columnas selectas del *Christian Science Monitor* que ellos leían —sí, a ese mismo tenor: inútiles por conspicuas—, pero que igual servían para atontar a dos o tres en el servicio secreto cubano.

Por un momento pensó en el inicio de su amistad con el cubano al que recordaba lejanamente en su juventud en las reuniones de los revolucionarios en los años sesenta. Lo recordaba friolento y presto para el trago y la risa. Luego lo redescubrió sabio y sereno. Pero “fue por la simple y llana fuerza que tiene la palabra”. Su amor común por pasajes selectos del *Ulises* de Joyce y por una obrita de teatro desconocida de Víctor Hugo Rascón Ban-

da, perdida en las publicaciones descuidadas y folletinescas que sólo reaparecen en las librerías de viejo; ésta se llamaba *Siete claves para enamorar a la tortuga* y Baldo la conocía. ¡Increíble casualidad! Así comenzaron a cartearse. Y por ello pudo entenderse en un idioma distinto, ni el ruso ni el cubano, y se pudo entender hablando sobre la palabra, la que, tarde o temprano, se monta al centro mismo de todo quehacer del hombre, y se transforma en su más genuina perdición, su obsesión, su más lograda lujuria. Remember your epiphanies on green oval leaves, deeply deep; copies to be sent to all the great libraries of the world, including Alexandria? *Sustrai discutía sin tropiezos de esos temas con Jorge Baldo* y eso, sólo eso, lo había motivado a escribirle cuando supo que viajaría a la Unión Soviética y reencontrarse con él en los cafés más mugrientos de Moscú, que en eso ambos se pintan solos, aun cuando, de seguro podía estar rodeado de mejores bebidas, más elegantes compañías y hasta las obras de arte que la burocracia soviética sabía agenciarse desvalijando los museos de la Unión.

Entonces, la matrona de inmensa figura abandonó, de golpe y porrazo, el teléfono con un furibundo grito de locura. Su maldición, canto de Roldán herido, no sólo llegó a Lituania, la última esperanza, sino que sobrepasó algunos océanos. Pero no gritaba por saber que nadie en Lituania, ni en Georgia, apoyaría el movimiento de preservación de la Unión. Gritaba frente a un grupo de milicianos que habían entrado, por igual de golpe y porrazo, a ese cuarto cortando el calor, cortando cartucho y maldiciendo a los traidores de la ley y a los comerciantes, mercenarios malagradecidos de la buena fe y la voluntad del pueblo de Rusia.

Sustrai, esta vez, los vio bien. Las botas militares, amarradas sobre los cabos de sus pantalones verdes, metieron frente a sí las astillas de las sillas surrealistas del vestíbulo. Rasgaron con violencia los rincones de la alfombra. Rodearon a los traidores, hilados en el temor sin eufemismos; hilados también por la temeridad que les suscitaba la posibilidad de un arma oculta, una pistola

cargada o un cuchillo de perdiguero furtivo entre aquellos trajes informes de conspirador. Los soldados no hablaban, como perros bien adiestrados. Los dirigía un alto y prepotente comandante, “mayor” –diremos– por sus insignias, su oscuro y abultado bigote de ballena y trazos rojos y negros de héroe sobre su rostro y sus antebrazos apenas asomando desde la cazadora. Usaba espejuelos destinados a demostrar que la facción del ejército que preservó la lealtad al régimen de Gorbachov, y ahora a Yeltsin, era la más entendida en eso de libros y libertades; la más culta entre la soldadesca. Pobres sardos, porque así, a golpe de clásicos de la épica, los arengaba.

Y Sustrai los vio aún mejor cuando revisaron a varios, entendiéndose con rápidos parpadeos; empujaron a la gorda matrona, la aventaron como saco sin pitas y ella, herida, fue a dar contra el perol de sidra, lo rompió y bañó a varios como si quisiera lavarlos y lavar sus pensamientos sediciosos. Sojuzgaron a dos que lloriqueaban, los cabecillas, e hicieron hincarse a uno –el habitante anfitrión del burdel– que insistía en explicar las razones, las razones, las razones... Acomodaban a los conspiradores con la agilidad y el desdén de un seleccionador de baratijas en los mercados de Líbano. ¡Pobres nuevos presos! Los ponían en grupos que apenas repelaban en tanto que no los enfrentara el cañón de una ametralladora Kalashnikov-M o un ladrido enorme que sorprendentemente salía de la diminuta boca del “mayor”.

Sustrai buscó al vuelo y localizó a Jorge Baldo: era el siguiente en presentarse ante un milico; temblaba como un niño y se buscaba en los bolsillos, sin encontrarlo, el carné de Radio Habana o al menos un ejemplar del *Granma*.

–*Документ!* –le insistía un soldado dueño de su alma en lo que claramente entendía Sustrai como “más te vale que tengas tus credenciales en orden y que expliques qué hace un negro como tú, jodido y puto, reuniéndose con estos retrogradas estalinistas...”

Los nervios traicionaban al cubano. Comenzaba a manosear como si hubiera caído al mismísimo río Cauto y la corriente se lo estuviera tragando, que seguramente así murió su hermana, tan inhábil que fue ella en esto de los idiomas y las palabras y las explicaciones, y por eso se la jodieron tantas veces y le hicieron los mil hijos, sobrinitos mugrositos de poco linaje que no salen de Bayamo y de los que el día entero habla tan sobrado este negro Jorge Baldo. Y por eso Sustrai comenzó a acercarse, viéndole correr el sudor caudaloso y desproporcionado por la mejilla y fijó ahí la mirada para enfilar sutilmente el rumbo. Pero desarmado y sin su identificación, Baldo balbuceaba ya muy mal, muy perdido, como nunca lo hubiéramos creído los que lo conocimos: ya no le salía ni el ruso ni el ucraniano, ni las modalidades sigurences de su vocabulario, porque aquéllas que hasta ese día se decían sus diosas, las palabras en checheno e ingusetio, se perdieron en el rudo tono de la isla... “jodé, jodé, hi’odeputa, con lo’ documento’, que ‘i lo hallo te lo meté’n el culo”. Y Sustrai pensaba en que “mi querido Baldo, Dios no te haya puesto en frente un sargento con servicios en la provincia de Cienfuegos, educado por uno de los muchos convenios de cooperación militar entre Moscú y La Habana, que te pondrá la bayoneta donde tú quieres guardar lo que te piden”.

—¡La puta! —se fue llorando el suspiro del cubano que alguna vez pareció haberlo visto todo y ahora moría pequeñito y atravesado por un paro cardíaco, y “¡la puta!” repitió al fondo el hombrecillo de barba larga que hacía pensar en Rasputín...

Aquel militar apretó con fuerza su arma convertida ya en arpón ballenero, pero Sustrai ya estaba cerca.

—¡Diplomático, diplomático; es mi chofer, mi chofer! —empezó a decir sin importarle si lo entendían y con un aire entrecortado y pedante, el que se usa en el mostrador de una línea área latina. Y así siguió echando palabrería, intentando cuanta lengua le venía a la mente que en todas lo de “diplomático” suena a lo mismo.

¡Oh, mi diosa palabra!-. El hombre, el negro, él viene conmigo –añadió al momento de extender su pasaporte.

Los milicianos tomaron la libretilla y la pasaron de mano en mano con sorna mientras Sustrai insistía en lo de “chofer, conductor, auto, chofer, manejar... él me lleva por las calles de Moscú que son complicadas...” Las miradas volvieron con rudeza contra Jorge Baldo hasta que aquellas filas de Atila se rompieron un instante dando paso al comandante de densos, tupidísimos, bigotes.

–¿De dónde son ustedes? –les preguntó concediendo para hablar en español y lo demás fue fácil porque hablando se entiende la gente: fácil explicarle como hace un embajador al que reconocían como un político ya sin apoyos, un pobre político y poeta del imperio de las ocurrencias, paupérrimo y postrado, un poco pen-dejo y acabado, aunque él sólo dijera que estaba venido a menos, pero al fin embajador extraordinario y plenipotenciario de su honorable país que evidentemente nada tiene que ver en este pinche pleito y jodida guerra entre cosacos y cherquesos, que alguna vez fue confundido por el jefe de protocolo ruso, Primo-tiev, que lo esperaba más negro para ser diplomático, más negro para ser de un país que fue colonia. Embajador, sí embajador; víctima que malamente usaron estos golpistas descarados, porque sin duda su país no puede tener vela en este entierro. Fue cosa sencilla hacerle entender que había sido engañando de manera ruin, que lo citaron a un Seminario Introdutorio de Información para Extranjeros sobre el Proceso del Tratado de la Unión, seguramente para buscarse apoyos en la ingenuidad de algunas naciones neutrales y distantes que actúan, sin tacha alguna, de buena fe... ¿Y no querrá que esto suba y suba hasta acabar en lío internacional?

–¿Viene acompañándolo?

–Sí, mi chofer...

–Váyase... Rápido.

Y las columnas de centuriones se abrieron: sin una risa, ni un desajuste entre las duras correas dedicadas a tensar las miradas.

Sustrai y Baldo caminaron pesado hacia la salida; sentían el hundimiento pegajoso y húmedo de la alfombra, el uno cargando su pasaporte y el otro su negrura, hasta que único entre aquellos ojos apareció el rostro suplicante del hombrecillo, delgado (barba, boina y gemas formando un ridículo helado o sorbete —llámele como quiera— en forma de cono de los chiquititos que venden en los parques); surgía ahora aterrado al no poder abrir los enigmas de su futuro, y balbuceaba muy tenue cosas incomprensibles sobre las puertas de Breidablik, gran palacio de Balder, el conocimiento profundo, los saberes, el carnero, la tierra, Acuario y Piscis.

—Viene conmigo —Sustrai habló con fuerza, un parpadeo y lo jaló del brazo—: viene conmigo. Es mi intérprete.

Salieron. Salieron como chiflón en casa de enfermo y cortaron la calle hacia la izquierda, entre el aire brumoso y húmedo que les anunciaba el anochecer. Sólo deseaban encontrar la Smolenskaya, seguidos del larguirucho hombrecillo de la barba que comenzaba a semejar un irreverente Gollum entre agradecido y malvado, alguien que se empeñaba, sin lograrlo, en leer su mano entre los astros de la suerte: “¡Ya estaba escrito! Acaso estaba escrito que un diplomático de país lejano me salvara así sin más, jurando de improviso que yo era su intérprete”. Pero Sustrai ya desconfiaba de toda fórmula para conocer lo que pasaría mañana. Por eso ha dicho, sin recato, que nunca supo qué ocurrió con los que ahí, en ese día en que se rompieron los candados, se habían reunido para conspirar. Su consuelo fue creer que la mejor suerte les habría llegado cuando, pobres ilusos, fueron capturados por los reformistas; porque peor hubiera resultado si, al contrario, ellos hubieran ganado.

Cuando caminaban por la calle, Sustrai alcanzó a preguntarle a Baldo:

—Nunca me has dicho de qué parte de Cuba eres.

—De H’antiago, mi amigo; no’oy de la Habana, tan ’ólo de H’antiago... Pero como di’en: “luego a Cueto voy a Mayari”.

Caballo cinco alfil

Esta imagen enfrenta la palma de la tierra, deseosa de recoger agua, mano seca y carcomida; una herida sobre la planicie que exhibe un mapa de estrías, rasgos de la fortuna en irremediable caída hacia su centro; cantera que no entrega pieza mayor que el polvo y los diminutos guijarros que el funcionario anhela... y ¡cómo los anhela el maldito! Al centro, la pirámide de vacío invertida, circular, oscura y craquelada como un tazón que nadie lavó por días. Los hombres y mujeres agotados encuentran así el lóbulo enorme de lo que parecería un cráneo al que le falta el ojo, el hueco en su geografía. Saben que han llegado. Es obvio. Es la mina clausurada que a falta de guardias y cuidado, cualquier escapado aventurero puede reabrir y revivir, si tiene la fuerza para ello. Los prisioneros serán la fuerza durante las próximas semanas, mientras puedan, mientras lo permitan el hambre, los rifles de los mercenarios y el miedo que con ellos causan. Al fondo y tras la loma –ellos no lo saben– el funcionario ordenará que se giren las compuertas del vaso de agua y un arroyo comenzará a inundar lo que ahora parece una agujero en un cuero quemado. De ahí han sacado el contenido, la mirada de mucha gente que se va diluyendo hacia la tierra. Es una foto alta que muestra una pesada incuria; habrá que inyectarle el cosquilleo de un trajín constante, como un hormiguero seco que invaden ahora las termitas. Sacarán las carretillas del cobertizo; construcción endeble mitad piedra, techada con madera, culpable del gris intenso que abunda a la derecha de la fotografía; mismo tono de las barracas lejanas que, como adornos de fondo, tendrán que tomar los prisioneros confinados desde ahora a la mina. La foto es única entre todas porque arriba, a derecha e izquierda, lejos y cerca, carece del más mínimo tono verde. El verde ha desaparecido. La foto se ahoga en el rosa tostado de la caolinita. Los hombres y

mujeres saben que ahí, al comer arcilla, se acaba el color que, a pesar de la mala vida, como último recurso, cargaban consigo.

LA CRÍTICA

Whitman era un hombre ligero; como el sabio visionario de la bahía. Sin embargo, estaba cargado de bultos de odio. No gustaba de nadie, y se comportaba con nervios a flor de piel como los venados ante la compañía humana. Si acaso levantaba los ojos, ejercía la mirada del que huye como un derecho. Traslucía la crueldad de miles de reencarnaciones, largas eras, secuencias sin ascenso. Se revelaba atorado; en la fila de los que buscan un nuevo avatar, de los que no pasan de ser piedra, gusano, excremento o shudra. Sustrai, el Vasco, supo que era ligero porque el barco, con la llegada de Whitman, apenas se balanceó: él pisó cuidadosamente la cubierta con un paso tan suave, como el descarte de un maestro crupier. Sustrai lo sentía, pero no podía verlo; oía el rumor de su pisada. A él y a Inanna Panditah les habían cubierto el rostro. Les pusieron sacos de tela ruda en la cabeza, mordaza y cuerdas desde el cuello hasta los brazos. Los habían tenido aventados en la primera bodega de proa, la más oscura; ahora, tiempo después, los acostaban en un área que parecía pasillo, antecámara, sin saber si era el día o la noche. Pero él imaginaba. Lo hacía flotando en el mar de somníferos que se empeñaban en engañarlo. Frente a ellos, aprendía, y por eso su imaginación era mejor que sus ojos al mostrar las partes del mundo: imaginaba y en ello veía la costa difusa y populosa de Bayonne, al suroeste de la manzana. Y su mente, lejos de sumirse a las tinieblas, crecía atizada por los soplidos de la angustia; temor a lo que escriben los periódicos cuando uno se muere... violentamente. Construía con precisión las rutas de camioneros hacia Port Ivory y veía su cuerpo tirado al costado. Sentía la placidez siempre fría del Elm Park y la Snug Harbour y su masa descuartizada en un basurero del muelle. Ahí, en ese punto de choque entre el mar y los islotes de la bahía, quizá, estaba abarloado el Mischievous Kelly, un remolque

viejo como el jengibre; un barco amarillento y pardo, cagado por sus propios derrames. Ahí tenían presos a Sustrai e Inanna. Y ambos pensaban en ese viejo carcamán, héroe de la bahía, sus fierros, escotillas y amarres. Sentían su leve bamboleo y escuchaban a detalle sus crujidos. Sustrai imaginaba por dentro y fuera sus metales corroídos. Los entendía a punto de ceder y dar la bienvenida a los boquetes en panal; oxidación de décadas, metrala para sucumbir.

Alrededor reinaba el ruido del esfuerzo. Los metales trabajando sus juntas apisonadas de zinc. Una suerte de jarcia fija gruñía desesperada por soltarse de cubierta. Un rechinado, imitando gemidos de prostituta aburrida, salía de la fila de llantas gastadas. Él las escuchaba y al hacerlo, las veía en forma y color. Ellas debían dar suavidad a la lucha del casco contra el muelle, pero la convertían en cópula de animales. Sustrai se molestaba... las oía; las oía bien y con morbo. También podía percibir los tablones de la pasarela. Por ahí subía gente al Kelly. Podía encontrar, en la negrura, las claraboyas brillantes, los pies recubiertos por botas blandas, los algodones salitrosos que forman el atuendo del marino.

Lo interrumpen: es la impertinencia de un celular. De golpe trotan los centinelas; los cuerdos y los esquizofrénicos. Movimiento. Todos irrumpen con ansiedad. Se detienen alrededor de quien contesta. Se da la señal, pero nadie habla. Ni siquiera Whitman, tan propenso a citar. Ellos rompen. Tienen manos para palpar y desgarrar, para abrirse paso. Hacia la bodega; hacia la puerta y la chapa de esa bodega. Sustrai e Inanna se arrinconan. Las manos toman las cuerdas, jalan, absorben. Mil y más manos contra su cabello, su piel, sus nalgas. Manos y cuerdas en la negrura. Los suben. Van a cubierta. Van por el veredicto: como digan las news. Sustrai siente el calor de un sol raquíptico. Lo hincan sobre cubierta de cara a ese sol de oriente.

Surge el sonido de un bote explorador. Se extiende su rezumar como una red de pescador. Un bote pequeño; quizá una lan-

chón adaptado para sondeo. Lo guía un sujeto de voz ronca. Una voz que al llegar al muelle asegura profesión de marino: amarra los cabos y los cables tan sólo con sus órdenes. Se siente el peso de un capitán; es altivo. Seguramente se dedica al transporte en la bahía y su negocio es fuerte, exitoso. Tras él, viene alguien. Alguien con pasos ansiosos; voz que delata incomodidad en el mar y unas manos entumidas, fundidas en su guindola. Su voz, a la distancia, lo muestra limpio, pero ridículo: una voz conocida aunque difícil de ubicar; Sustrai lo imagina ataviado con un auténtico pamama-hat, quizá un pantalón blanco; quizá una americana de color “caramellato” –como dicen los conocedores–. Quizá cree que va a un picnic playero; alrededor de la Little Red Lighthouse. Quizá un magnate del Club Náutico de Miami. Su voz, desde aquella lancha es voz espantada; voz que brinca y rebota quejándose del aire turbio que porta el hollín de diésel desde la Snug Harbor de Staten Island.

Sustrai siente cómo el Kelly subyuga con sus cuadernas al bote más pequeño. Escucha el coqueteo inevitable entre navíos. Escucha el temblor de una retorcida escalerilla. Escucha la voz del doctor Emile Buté que reconoce mejor ahora, aunque difusa, atolondrado por la sed, el hambre y el bamboleo del mar. Y escucha que el enorme agente de la DGSE aparece. Saluda sin excepciones. ¿Quién se cree? ¿El pagador? Quizá un turista perdido que admira los símbolos de la pirámide y la estrella de los Insane-Kings. Los estima como una exótica exhibición que merece sesión especial de su cámara. Termina el saludo; ¿es un ritual de confianza? Una muestra de quién es y quién será, a fin de cuentas, el jefe. Pero su voz cambia. Emile Buté pasa sorpresivamente al interrogatorio, sin preámbulos. Sustrai lo tiene al frente. Lo escucha claro; escucha incluso el raspar de sus finos zapatos sobre la cubierta de cubierta. El agente francés habla en su lengua natal; quiere dejar fuera al Whitman, también al inmenso puertorriqueño que apodan el Grasa y a los otros matones sin asideros; fuera de la jugada.

Pero ellos están lejos; no se interesan por cualquier bobada, por la patria gala u otra cosa; por el Quai d'Orsay, la DGSE y sus ardidés en torno a una pareja de aves de otoño. A la distancia, Whitman parece rezar; lo hace en voz baja. Algo que suena a poesía: es aquello de *When I heard the learned astronomer*. Un tono sarcástico; un tono que lo revela discreto, pero de mente clara. Sustrai se siente arrullado; podría intentar dormir. La presencia del francés se lo impide. Pero, frente a esa voz de lira, siente calma; la necesaria para contestar como lo hace el soberbio o el experto en su covacha de habilidades. Entiende, intuye: sólo Whitman es sabio; sólo él conoce la verdad de la bahía; de los cautivos; de la barcaza *Mischievous Kelly*. Whitman entiende de Emile Buté, de su atuendo elegante de *gandin*. Whitman reza quizá poemas mezclando pedazos como recortes de confeti. Su palabra podría invocar la lluvia; desatar un rayo; podría detener el migrar de las aves... sacar tesoros hundidos del Hudson o despertar esas visiones locales que algunos atribuyen al fantasma de Giovanni de Verrazzano. Bajo la negrura de su capucha, Sustrai Oroitz, escucha aquella voz que se empeña en esquivar sus propios titubeos.

De pronto, Buté pregunta. Usa las palabras como disparos, aunque toma la postura del ejecutivo aburrido: muy a su pesar, actitud de quien tal vez debiera descender a la cocina; preguntar por el estado fermentado de las patatas. Su voz ligera se desliza, inquiere: “me dicen que no quieres hablar; me dicen que nada te asusta, pero el tema es más simple: ¿dónde pusiste las fotos? ¿Crees que puedes sacar dinero por ellas? ¿Alguien te dijo que podías armar el próximo conflicto mundial? ¿Supones que nos importa? ¿Eres imbécil? ¿Has pensado algo; que sólo nos preocupas por lo ínfimo e insignificante que eres? ¿Crees que nos podemos dar el lujo de que alguien como tú crea que nos puede joder? ¿Que se puede joder a la DGSE? ¿Podrías imaginar que te conocemos desde siempre? Así es. ¿Entiendes que sabemos de tus ligas comunistas en la propia Francia? ¿Del Abakuá? ¿De tu

mierda como funcionario petrolero? ¿De tus trampas como político? ¿Imaginas que nos llama la atención que bastardos como tú puedan llegar a ser algo? ¿Puedes imaginar también que, quizá, llegaríamos a apreciarte? ¿Puedes creer que si dejas las cosas claras con nosotros podemos salvarte el pellejo? ¿O prefieres que estos rufianes sin alma, aquí a mi lado, te arranquen la piel vivo? ¿O quieres que primero destripen a la puta grande?”

—Estoy cansado —concluyó el doctor Buté regresando a su cuidadoso uso del español—; he viajado mucho y con prisa para llegar a este horrendo paraje. Así que dime dónde están las fotos originales. Tú sabes cuáles. El Documento ETIENNELLE traía unas fotos; no necesito aclararte más. Lo demás está en mis manos y no tuve siquiera que hacer tanto, Sustrai. Tu mujer es una buena y fiel señora que cumplió tus instrucciones, hayan sido éstas lo que hayan sido. Lástima de su memoria, porque repartió a uno y a otros, pero no pudo darme las fotos. Lástima. Pero si las puedo tener en mis manos y pronto, obtengo mi medalla, me felicitan y pierdo mi hambre de torturarte y de degollar a tu amante, la elegante puta que gime aquí a tu lado. Sería un espectáculo de sangre; algo que dejaría con envidia cualquier recuerdo de la crueldad de los decapitados de Shimabara... ¿No has oído hablar de eso? Es uno de los pasajes que más me emocionan; ahí se logró sacar la crueldad por la crueldad misma. Pureza total. Es algo en lo que los japoneses derrotan a cualquiera; en eso, sin rival, son únicos.

A Buté le importa poco que Sustrai esté amordazado y no pueda contestar. Sigue preguntando. Lo hace como si se tratara de una lectura evangélica. Hay que cumplir. Preguntar para satisfacer el ego del presbítero del seminario con la lección aprendida. Poco le importa el tiempo. Menos le inquieta si Sustrai o Inanna han comido; si respiran; si sus pies hinchados los hacen reventar; si lloran o sienten. No hace caso de Whitman y su sonsonete; versos volando, desplegando entera la envergadura de sus alas cuando se aborda la impalpable sustenance of me from all things

at all hours of the day. No se preocupa del viento tibio, de su invasión contra los tiempos del verano.

*

Buté levantó apenas, en ese instante, la bolsa de tela sobre la cabeza de Sustrai; no más allá de su nariz e hizo sentir en aquella piel el filo perfecto de su cuchillo Botero Black. De un tajo cortó la cinta adhesiva que cubría su boca y la arrancó llevando algunos bigotes ralos. Un largo “aaaaahhhhhhhh” se escuchó en toda la bahía; así lo presumió Sustrai al recuperar el aire que acarrea-ba su grito hacia las nubes. La calma huía.

—Quizá sacaste copias —dijo Buté—; pero no importa. ¿Entiendes que ellos quieren los negativos originales? Con eso me pagan; con eso se calman; con eso te salvas. Y Sustrai... Piensa bien antes de responderme. No soy paciente. Soy de los que creen que el último recurso, bien puede ser el primero. No acostumbro preguntar nada dos veces. Piensa bien: ¿dónde están los originales? Ya tengo aquí conmigo la llave que mandaste tan lejos y el expediente en mis manos. Como ves, sé hacer mi trabajo y puedo seguir haciéndolo. Necesito el conjunto de las cosas para que nos sintamos satisfechos: la llave necesita de los papeles y las fotos para que se pueda entender, como en una ecuación que de pronto se resuelve, lo que aquí ocurre. Así que, contesta rápido y bien: ¿dónde están, para que este mundo agitado que has creado retome su calma?

Sustrai quedó hincado y embozado; lo habían arrastrado como moraga de pescadería, dejando escamas... Él no podía ver el rostro de aquel hombre, viejo demonio a quien más temía, que ahora le hablaba; facciones enigmáticas de quien, al interrogar, brinca de lengua en lengua. Pero también escuchaba desde su bolsa de tela, un respirar pausado, distinto al suyo; oía el frotar de unos dedos quizá dentro del bolsillo. Escuchaba su corazón, armónico con el balanceo del Kelly. Escuchaba a Whitman rezar algo sobre centrifugal spokes of light round the shape of my head. Y se escuchaba a sí mismo, hablar desde muy adentro.

—Esas fotos y el cuaderno están... donde debe estar. ¡En la basura, porque todo esto es una gran mamada!

El doctor Buté, para ser puto, era violento. Lo atravesó con la rodilla. No lo hizo rodar; sólo azotar como cubetazo de agua sobre el pavimento en día de San Francisco.

—Cómo odio perder el jodido tiempo. Te conozco bien —pausó las palabras con un fingido tartamudeo—; tú... no... has... tirado... nada... porque... tú... nunca... tiras... nada.

A la mitad de un latido de dolor, Sustrai se sintió desaparecer. ¿Por qué? Porque al instante Inanna comenzó a retorcerse; una lombriz hinchada, pisada en su cola. Una sirena secándose y muriendo. Su reacción mostró que también oía e imaginaba. Veía, tal vez, su muerte. Veía un golpe certero sobre su barbilla; su perfecta barbilla.

—¿Quieres hablar, puta? —preguntó Buté al tomarla de los hombros. Metió las manos y el cuchillo bajo la bolsa y arrancó la mordaza.

Ella no gritó, ni suspiró. Entró en materia con el jadeo de la víctima de una pesadilla que despierta. Y dijo con rapidez, con holgura:

—Yo sé que buscan, un billete, un billete.

*

Sustrai apenas alcanza a escuchar aquella insinuación con un átomo de indulgencia. Ofende su inteligencia perdida, aún borracha; pero quizá... quizá le otorgue el tiempo de la sanación desde la cueva de enervantes donde se arrastra. Una cueva que hace crecer la oscuridad. Ennegrece su imaginación estrangulada por el vibratto de la incomodidad de las amarras y el empedrado bajo sus pies; razón secuestrada por la cerrazón negra, como la noche en el instante en que mueren los petardos de pueblo. Ahora lo llevan; de nueva cuenta convertido en cobija, arrastrando los zapatos para que se llenen de guijarros. Ignora. No sabe de su paso, ni de su destino. Pierde la orientación; no sabe si sigue a bordo del Kelly. Podrían haberlo hecho descender, pisar el quinto

Borough, la arena blanquecina, la gravilla, las placas de hormigón armado de un muelle.

Busca, pero está perdido. Intenta encender su radar bajo la escafandra. Inútil. Persigue infructuoso el calor del sol. El oriente. Está adolorido, perturbado. Lo devora su propia mugre, su desconcierto convertido en llagas de cinta, excoriación, sudor, una barba rala y decidida a magullar la piel donde echa raíz. Cree escuchar al francés preguntar si le siguieron metiendo lo que le tenían que meter a la sangre, a la cabeza... un grito de “¡carajo!”, una lamentación. Entonces pausa, eleva la antena de su mejor oído. Zumba la tierra; el silbato de un buque eternamente lejano; Sustrai se siente vivir en el caparazón de un escarabajo. Y al fondo, como si fuera un pasillo hacia la vida, logra percibir el sonsonete de Whitman diciendo eso de Just as you feel when you look on the river and sky, so I felt. Just as any of you is one of a living crowd...

–I was one of a crowd –intenta Sustrai.

–Just as you are refresh’d –escucha rezar a su lado a aquel perturbado criminal– by the gladness of the river...

–I was refresh’d –soltó al vuelo El Vasco Sustrai Oroitz en su locura.

–Hurried.

Hurried?

–Thick-stemm’d pipes...

–Steamboats.

Sustrai imagina que Whitman le sonríe. Lo percibe susurrando a menos de medio metro. Sabe que su boca se enciende con dientes blanquísimos capturando toda la bahía. Y qué rápido retoma el rojo fuerte de sus ojos, pincelada de Ribalta, hasta convertirse en el demonio flaco, el mismo Nachzeher revivido. Sustrai, al recordar esa mirada, intenta conciliar:

–¿Whitman?

–¡Whitman! –responde Whitman con simpatía.

¡Maravilla! En la penumbra de su noche personal, Sustrai se siente acogido; abrazado por un instante. ¿Cuánta esperanza cabe en un minuto de comunicación? En un guiño, una frase, un verso. Sustrai le pide ayuda. Usa la voz diminuta que se usaría para una hormiga; una hormiga en el piso de una estación de ferrocarril. Todos saben que hablas; necesitas convertir tu palabra en una pompa diminuta de jabón; que flote, que llegue sutil al oído de Whitman y reviente... Sustrai, en su ceguera, ruega. Dice que Inanna miente, que nunca tuvo papel o fotos o nada. Mira, Whitman... sólo un billete de lotería que le hice creer que estaba arreglado para ganar. Solo él puede decirle a Whitman donde están. ¿A cambio? Pide poca cosa: que le suelte las manos, que le quite el dolor de las sogas, el saco en sus axilas, las manos rasguñadas, la leche densa del cerebro y del pecho quejumbroso... ¡Que se la quiten! Sustrai ruega en tono menor. Cobarde. Ruega para que al menos le permitan ver y dejar de imaginar.

*

Whitman es un hombre muy ligero, como el sabio visionario de la bahía. Ligero de manos, de pies y de palabra. Sin peso, así que sus movimientos son imperceptibles. Pero los del doctor Buté son fuertes y pesados. Sustrai siente esos pies descender del barco. Y atiende a los de Inanna, libre de amarras, al avanzar hacia el otro bote, el de sondeo, para decir adiós al Kelly. La ve bien adentro de su mente. La ve hermosa, soberbia como mejor la recuerda, como alguna vez la vio en Frygies Rott Residence, un lugar maravilloso de magnates petroleros al norte de Houston; como la inmortalizaron en el cuadro vanguardista, de un estilo que llamaban Art Autre de París; magnífica obra que domina su despacho en la 2 Williams Street de Manhattan. La ve caminar burlona en la oscuridad de su intuición; tal vez del brazo de la maldad misma, de una pesadilla. Sí, un perverso que le parece puto y desquiciado... y entonces ¿por qué parece que la atiende galán? ¿Por qué? Hombre que predica erguir su bandera como enemiga del viento esperando vencerlo... ¡Jamás! ¡Qué ironía! Esperando que

el ejército se alimente de su arrebatado vibrar; esperando que su caer prohibido y su iracundo arreglar cualquier menester con estocadas de cuchillo sea el ejemplo para los valientes. El fantasma que dibuja ciego le parece un tipo que alguna vez vio voltear en todas direcciones mostrando una placa dorada de policía; dominar la muerte y la vida sobre un tren al este de París, adormilar con su mirada de víbora, su labio desbordado, sus manos de amasar. Lo ve y entiende en la imaginaria tan quitado de la pena. Lo ve como un mal tufo de vino rancio que impregna la fiesta y la tornaboda y el matrimonio por años y años; perene. Lo siente y lo reconoce enorme; asesino. Ahora lo imagina; figura bien su cuerpo obeso, su sudar impaciente. Lo siente acercarse a la lancha, dar órdenes como proxeneta de barriada, manejar un cuchillo de militar como si fuera un cigarrillo entre sus dedos y, muy quitado de la pena, acariciar a Inanna.

Al sentirlo alejarse, el miedo invade a Sustrai: el advenimiento de la soledad; quizá estar aislado con el Whitman y con el otro gorila, el Grasa, le provocan un hundimiento mayor en el terror; quizá el arribo de la muerte sea como un soplido en la sien cuando la sien queda hundida bajo una manta negra: la ignorancia de los gusanos de tierra o las gallinas ciegas. Whitman, Whitman, susurra nebuloso, tú me puedes ayudar... Sepárate de ellos. Vamos. Y mientras le reza, con tal de que le ayude, se encuentra a tono como para hablar, para soltar aquello que quieren, pero dejarlo al oído del Whitman, el que murmura sus poemas y anda con eso de *On the ferry-boats the hundreds and hundreds that cross; y sigue con lo de returning home, are more curious to me than you suppose.*

Sustrai quiere pararlo y rogar de nuevo. Quiere pactar. Algo a cambio de liberar sus amarras. Quebrar los nudos de sus manos como el Mischievous Kelly se empeña en hacerlo, contra llantas y correas. Coloca en su voz ligera las condicionales: Whitman, Whitman, si me quitas la máscara te digo a ti y sólo a ti a dónde mandé el documento y los rollos de fotos y la llave, las instruc-

ciones que di y aquello que necesitas; dónde están las ropas más elegantes y sedosas de la Inanna; te podría decir quién se quedó con las fotos; las tendré pronto. Es cosa de esperar un poco. Whitman, Whitman, mira, el francés cree que nunca mandé los dos rollos en el paquete... Cree que me los quedé. Es lógico. Pero fue parte de la locura. Tenía prisa y también lo envié a mi esposa. Lo metí al correo y, sobre las fotos, pedí que me las enviaran de regreso. No tenía tiempo de ir con un especialista para que me ayudara a entenderlas. En ese momento, poco había que ver en ellas y tenía que ganar unos minutos ¿verdad? Soy listo, ¿o no? No hay copias, ¿cómo? Si no había tiempo, no. Lo único que importa es que están volando en el correo y vendrán a mis manos. Vamos, Whitman, un favor... Hazme un favor.

—Others will enter the gates of the ferry and cross from shore to shore...

*

Sustrai fue Fausto ante su demonio privado: un alma en venta. Colocó el valor entero de un día como el más arriesgado apostador. Dijo a Whitman que las fotos volverían; volverían a sus manos si dejaban sus manos sueltas. Volverían a su vista si le permitían ver de nueva cuenta. Volverían y él diría a qué lugar, si le daban un lugar para descansar su alma. Lo puse en el correo y... y... y mi esposa que no sabe de estas cosas lo pondrá de nueva cuenta en el correo... A una dirección, acá, acá en Nueva York. ¿Quieres saber dónde? Mi hotel, obviamente. A mi hotel.

De improviso, Buté —que había estado siempre a su lado engañando su ceguera— arrancó con violencia la capucha. Sustrai estaba deslumbrado, inmerso en el doloroso proceso de verse revelado, como si hubieran mal filmado toda la costa de Richmond, la brisa misma del Port Ivory, del Parque Elm y el muelle Snug. A su lado, sentado con la complacencia de un vendedor de bienes raíces, el gordo Buté jugaba con el cuchillo. Lo guardó con parsimonia, se acomodó el panama-hat, se irguió para iniciar su trayecto. Sacudió sus pantalones de lino claro, hechos a mano en la

casa Brioni, color “caramellato” –como dicen los conocedores–, y aspiró satisfecho ese aire empetroado de la bahía.

–¡Eres un pobre, pobre imbécil...! Pero entenderás que, a partir de ahora, tenemos mucho que platicar, ¿verdad? –señaló displicente Buté mientras le colocaba sus lentes a Sustrai en falso tono de amistad. Una caricia, una palmada. En ese instante, el Vasco pudo volver a ver el mundo con excesos de claridad. El rostro de Buté le fue totalmente conocido, el mensaje antiguo, rancio, que esperaba, la imagen misma del demonio... Había una sorpresa, pero paradójica. Esa sorpresa que tiene nombre; y esta vez el nombre era “diablo”, quizá con alas como las de una cariatide. Un demonio que de cierto modo era su congénere desde hacía años, con un rostro conocido que había visto, varias veces, una en el pasado que sorprende y otra eternamente en el conocido mundo de los sueños.

Sabía que le temía, a menos que pudiera exorcizar su fuerza en alguna dirección como el rey medieval que tiene una bestia sobre su hombro, evita sus mordiscos severos y logra que salga a cazar las presas que él le indica. A pesar de la enorme luz que lo atacaba, pudo revisar las sombras y opacidades de esa imagen, sentirse herido y volver el rostro. Huir de los ojos de sangre; boca sin saliva. Pero sintió férreas las ataduras de sus manos. Sustrai buscó al Whitman con angustia, como si ahí radicara la esperanza. Estaba atónito por no tenerlo a su lado.

–Es un hombre único ese Whitman, como le dicen; tan delgado. Muchos, sin conocerlo, lo despreciarían –mencionó el doctor con sorna–: un bendecido, diría yo. Un mago. Las cosas giran a su alrededor de manera única. Es un sol que atrae sus planetas... a su modo. Pero no, no lo compararía con un sol porque sabe retirarse, desaparecer, apagarse: sabe que las cosas suceden en su ausencia. Imagino, mi amigo Sustrai, que a veces has intentado parecerle a él, al hechicero Whitman, hombre de Nueva York... Pero no estoy para confesiones. Siento que quisiste ser como él: encantador de las ausencias: por ello se te ocurrió también man-

dar las fotos por correo antes de tratar de ver y comprender su contenido. Algo curioso. No cualquiera. Será necesario que nos acompañes ahora de regreso a recoger esos rollos. Espero que ya hayan vuelto. El tiempo ha pasado. Ya es justo que estén de regreso porque entre tu gente, allá, en casa, no encontré nada. Lástima que tu esposa y su ojo de vidrio no tuvieran tan buena memoria para los nombres de los hoteles. En fin, deben estar ya de regreso.

Al ponerse de pie, allá en el horizonte amplio que formaba la proa del remolcador Mischievous Kelly hacia el norte, hacia la costa populosa de Bayonne en New Jersey, Sustrai y el doctor Buté, como si fueran dos viejos amigos en una película cincuentera, pudieron ver la silueta negra del hombre etéreo: Whitman. Permanecía ensimismado y, sin falla, sumido en su mundo acuoso. Si hubieran podido apagar los sonidos de la tierra, el rechinado de los muelles y las llantas, el oleaje del mar impertinente y esos silbatos de buques a lo lejos, hubieran podido entender que rezaba, una y otra vez, los versos que tenía clavados en el alma; eso de that I was I knew was of my body, and what I should be I knew I should be of my body.

----0000----

Torre por caballo

El rezo del día tendrá que ser curioso, aventurado y distinto, porque el misionero que vivía en la capilla al costado de la mina, delgadísimo hombre mitad rata y mitad zancudo, había perdido su sotana negra arrancada al viento de la guerra. Ahora viste ropa sucia de mujer: harapos. Pero así, dicen, reza más intenso. El mercenario le apunta con el rifle para que pose como modelo; para que levante una pierna blanca y enferma, muestre pelos, baile, ruegue, se inunde de ridículo entre brinco y brinco. Parece que le han pedido que otorgue la bendición al grupo. Una burla.

Que lo haga rápido, le habrán ordenado. Se lo exigen porque luego se nos quedan desfallecidos y se van sin boleto para el cielo o el infierno; pero más importante aún, porque igual y los llena de suerte para encontrar las gemas más valiosas que ahí habitan. Le piden que repita unos pasajes piadosos que se sepa de memoria, que los suelte, los vacíe como volcando el agua de un cántaro; en latín, si le es posible y si no que los invente, porque así suena más profundo... y más chistoso; en seguidillas largas, cantando, aun cuando el humor no sea el de andar alegre: nadie tiene el ánimo de apreciar la carrera de las gacelas después de la jornada de 20 o más kilómetros. Nadie, excepto el “funcionario”, aun de traje; sí, arrugado y sucio, ropa fina que se transforma en basura. Él ve con sorna la caravana de cautivos, lenta, unida y monstruosa; pata de un elefante gigantesco que podría perderse en lo alto, allá hacia el cielo que ahora anda encapotado. La humedad pulula convirtiéndolo en masa los atuendos y la tristeza gris de los rostros. Aun así, se distingue al grupo claramente. La muchedumbre compacta debe ser de unos cuarenta, quizá más. Frente a ellos, la mancha negra de la sotana, como lengua al piso, se acuesta, es sombra.

Dama tres caballo

Septiembre de 2001/diciembre de 1992

Recuerdo que decía: “la señora no está en casa”; “la señora está indispuesta”; “la señora está de viaje”; “la señora no puede atenderle”. Regina Martínez de Oroitz era una hechicera dibujada con detalle en un cuento de hadas: invisible para el mundo, a excepción de una criada de nombre Constanza (la eterna Constanza de la familia), servidora de años y tolerada con desapego... el desapego perenne que proviene del temor a la familiaridad y al conflicto.

A la par de la criada, Regina solamente acostumbraba relacionarse con un misterioso médico: un psiquiatra alternativo –se decía–; esotérico y profundo, muy profundo a pesar de su lenguaje, sin duda inexacto. Ella le reservaba sus mejores momentos, sus últimos estertores de intensidad; y, peor aún, a él llegaban la mayoría de sus riquezas desde el tiempo en que lo conoció en Rusia. Regina era una reina de cuento perpetuo, de esos que no terminan con el conocido “vivieron felices para siempre”, sino con “la gruta quedó abierta; desde entonces, el duende deambuló asustando a quien osara volver”.

Regina existía en su bosque, derrotada. Miraba seguido al espejo aunque no fuera para preguntarle nada. Algunos vecinos decían que, frente al médico santero, aún se emperifollaba por horas, entre vestidos elegantes y máscaras, cuatro capas de barniz sobre el rostro, joyas, arreglos, lentes de marca, peineta, zapatos altos... trabajo denodado, profesional, como en sus mejores días en que coqueteó con lo más célebre de la sociedad; remaba contra corriente y ganaba presencia, aunque no saliera de las cámaras altas de su casa.

“La señora fue de compras”, repetía la criada a sabiendas de que el vendedor, el prestamista, el usurero, el capellán, el tamale-

ro y el cartero que esperan propina, todos por igual, no tragan su mentira.

“La señora le espera”, era la frase especial para Mikhail Nikolaievitch Toukhatchevski, conocido como “doctor Tallim” y poseedor de un “Consultorio de Sanación, Sortilegio Nevado”. Su diván, en un excéntrico departamento de la parte alta de la ciudad, era frecuentado por damas pudientes y esposas de poderosos; viejas histéricas que no notaban que Tallim seguía siendo hombre de nervios eléctricos, ya calvo y avejentado, con la barba blanca en pico como un desgastado pincel. Sí, aunque se vería enfermizo, para ellas preservaba una gran intensidad: maestro en yoga, doctor en horóscopo, aprendiz en acupuntura, genio en consejos, su estridencia era vista como emulación táctica de las enfermedades, vacuna a partir de la simpatía. Desde esa tensión, como un cura que expía penas ajenas, atacaba los males de ojo, augurios y hechizos que engullían a sus pacientes. Su temblor cotidiano parecía entendimiento calculado... entendimiento del estado alterado de quienes no tienen los problemas diarios del vulgo, sino otros más elevados.

Sólo Tallim entraba en casa. Sólo él tiraba la colilla del cigarrillo negro para pisarlo con fuerza antes de cruzar el umbral (había dejado atrás los inconseguibles Belomorkanal, para pasar a quemar tabacos oscuros y apestosos de la casa Hongta). Y, otra vez, se pavoneaba en el vestíbulo, arreglaba la delgadísima corbata y con el maletín lleno de promesas, se enfilaba por la escalera como en los tiempos en que curaba a la señora allá en Moscú, allá tan lejos, en su Rusia natal. Respiraba hondo y subía hacia la salita alta desde donde Regina, a la mitad de su histeria, le habría llamado apenas hacía media hora. Esperaba encontrarla en prostración: la cabeza reclinada, el haz de la mano sobre la frente y un largo “¡ay! doctor” que se repite entre sollozos como maquinaria descompuesta. Pero no.

—¿Qué pasa? ¿Qué tenemos esta vez? —saludó el hechicero a una Regina severa que lo miraba con su ojo tenaz de mujer cíclope, mujer de la tierra.

–Estamos frente a algo único, especial; lo sé... –respondió ella sin variar la postura intensa y aguda en el sillón–. Sustrai, sí, Sustrai, que es un gran cabrón, un crápula sin compostura, está haciendo una fechoría: usted lo predijo.

–Señora Regina... Hemos ya hablamos de esposo –Tallim se paseaba sobre sus piernas flacas como un camello yemenita pidiendo avena–. Hemos hablado mucho. Entiendes de hombres maduros, más de hombres capricornio. Tienen órbita distinta, no predecible. Intensidades, del nivel básico de espíritu: ¡chacra venial! Más grave desde que inventan Tadalafil. Droga que da fuerza a la aleta de Capricornio.

–No doctor, esta desaparición es distinta. Lo sé.

–Abre mente... es normal, biología normal: buscan niña joven, como chango. Experimento de Oxford demuestra eso: ponen gorila con hembra y copula una vez, copula dos veces, no tres veces. Ponen hembra distinta y copula la vez tercera, no cuarta vez. Ponen otra hembra y copula cuarta vez. Placer superficial; es dejar herencia, dejar genes. No otra cosa. Tú tranquila, Sustrai es en Nueva York; seguro envuelto en mujer... Ya hemos hablado de esto al teléfono. Por ello no contesta... Ya. ¿Qué más? ¿Qué más? Quizá es extraña hidra, mitad mujer, mitad yerba... Como Circe o como bacante oriental... “Inanna”, ¿es su nombre? Pero tú has superado eso, cosas muy abajo, nivel del piso y los hoyos de ratones, bichos, hormigas. Hemos visto algo distinto en futuro tuyo. Cartas y oráculo dicen diferente: sorpresa allá en nivel alto, allá en éter zodiacal; mucho más allá de lámparas, en otro cielo, ¿sabes?

–¡Doctor! Esta vez no me fastidie –reaccionó violenta Regina–. Hoy no. Sustrai ha buscado coger y recoger con niñas desde que tengo memoria, se ha ido por semanas a las campañas, los argüendes, las convenciones... Sin decirme nada, sin que yo sepa si está en Nueva York, Alemania, o aquí abajo, en la alcoba de Constanza. Y no debo sorprenderme. Así debí entenderlo desde el primer día. Ha desaparecido de esta casa por meses. No lo culpo.

Él traga camote y yo trago camote. Es nuestro trato. Somos los glotones de un maldito tallarín largo y espeso que al final nos une.

—Reina mía...

—Lo que las esposas celosas nunca hemos entendido, ¿verdad, doctor? es que esa golfa con veinte años y tetas duras, es un recurso renovable... Y lo que los estúpidos de nuestros maridos no han entendido es que estos muros de ladrillo firme en nuestra casa y nuestras joyas, diamantes y prendas de mink son durables, perpetuos, como nunca lo han logrado sus jodidas erecciones... No doctor, no se engañe; no hay problema con los amoríos del señor Oroitz, menos con la vulgar meretriz. Yo soy la primera en pensar que está tratando de sacarle sus últimos servicios al pito montando esa... “hiedra”, ¿le llama usted? ¿De dónde sacó eso? ¿Qué importa? Sí, podrían estar juntos en Miami; tal vez con nombres falsos. En Bermudas o las Seychelles. Mi asunto es otro, algo más grande, de los niveles altos que usted dice, algo que estoy segura, doctor, me devolverá la vida que tenía antes del accidente. Esto es lo importante...

El doctor Tallím, un poco abrumado por el nuevo espíritu que veía bullir en su siempre alicaída paciente, no pudo más que recibir un paquete medio abierto de papeles que Regina le clavaba en el pecho. Venía etiquetado con el nombre de Sustrai. Contenía esa misteriosa nota, excitante por su numerología, su metafísica y cábala rúnica, que decía lo que Tallím leyó:

Regina, Amor, Importante que hagas exactamente lo que te diga. Divide lo que te mando en tres sobres:

El documento escrito, envíalo pronto al Senador Rogelio Ramírez Karp. Él sabrá entender. Será fácil encontrar sus datos.

Las fotos envíalas de inmediato por mensajería a la Post Office 73 Pine St - 10005 New York. A mi nombre.

Y la llave te la quedas en lugar seguro. Por ahora no sé qué hacer con ella.

Te quiero; destruye este papel y guarda el secreto con tu vida .

Después, recibió el Documento ETIENCELE y con él la secuencia de números escrita con la misma letra:

XSKU PXRK XOLJ P3JO WJOS LLWY KP3K
YMO3 KVWK XKK1 6OK1 60XK KVLJ P3NY SL

Y el mensaje: Cuando nació Abakuá

—¿Qué debo hacer? —Regina lo preguntaba con el ojo ensoñado del castor, y el viejo ruso trataba de recordar si alguna vez habían explicado qué era eso de Abakuá. ¿Debo enviarlo a donde él dice, ahora que se habla de que ha desaparecido en Nueva York? ¿Debo?

Después explicó los miles de intentos que había hecho por descifrar la clave, algo que tomó horas, días... porque ella recordaba pedazos de ese juego de negros obtusos, pero no cada detalle, cada estupidez entrelazada para llegar a una solución: le fue imposible, perdió. La frustración solo fue un añadido a la pesada carga de desasosiego que Sustrai le causaba desde que juntos, viviendo en Rusia, lanzaron su relación por un tobogán suave pero constante de recriminaciones.

—Quiero que le haga los pases, doctor; los pases —dijo Regina reencontrando el tono lastimero de su voz—. Sí, esos pases con que le vi con aquella invitación del embajador de Kazajstán, cuando usted predijo la llegada del mal, cuando usted me trató de prevenir... pero ¡maldición! doctor, yo no lo escuché... Cómo me arrepiento.

Tallim accedió. La repetición de los discursos sobre su dolor de mujer acabada, era su mejor fuente de preservación. Y, más aún, él no podría negarle nada a su benefactora, origen de su capacidad hechicera y piedra central de su éxito como chamán: recomendaciones, todas las recomendaciones habidas y por haber dependían de ello. Abrió el portafolio. Sacó inseguro las cartas; luego olió un par de botes pequeños de perfume; ¿o serían óleos

imbuidos de aruspicina líquida? Su gesto trataba de invocar la mayor concentración, aunque aún se preguntaba qué diría, qué se inventaría, qué sacaría esta vez de la manga... qué rollo en armoniosa fantasía proveniente del misterio del Gobi y sus 32 maestros cósmicos... ¿Cuál habrá sido, Tallím, la magia que hiciste en aquel entonces que la señora Regina lo recuerda tanto y lo seguirá recordando sin parar? Quizás... pero sólo quizás, porque el doctor no era gente de memoria fuerte, él le habló a Regina de los “Señores de la Llama”, los guardianes de la luz, regalo que recoge el libro *Los Ojos de Shambhala* en versión kazaja. Quizás.

¿Qué necesidad de recordar? Ahora le vendría algo a la mente y si no, lo improvisaría; porque nuestros pares, los que nos juzgan, poco a poco recuerdan menos. Mientras exploraba en busca de su calendario ortodoxo y de un elegante diccionario de símbolos, sumidos en lo profundo de los cueros del maletín, Regina lo guiaba con sus palabras:

–Quiero lo mismo que hizo con aquella invitación –doctor–; lo mismo que hizo hace 20 años. Quizá hoy pueda cruzar del otro lado; del otro lado del espejo.

*

Activada por el perfume de sus frascos, la memoria fluye; Tallím vuelve a ser hombre de aventuras y resucita como aquel desempleado de inicios del gobierno de la Federación, casi un paria que deambula por el barrio Rublyovka. Pronto aprende a ganarse cada bocado usando sus mayores habilidades: su misteriosa palabra y el gavetero interminable de citas esotéricas. Predice el futuro, juega al gitano. El suyo es un ascenso inusitado, pero no se deja sujetar por la soberbia, reconoce el apoyo brindado por la extraña pareja Oroitz: Sustrai que salvó su vida y Regina que le dio sentido. Él compañero de borracheras, y ella, bella dama que se fascina escuchando sus historias entrecortadas, gramaticalmente rugosas, sobre Talo, Carpo y Auxo, y las puertas del inframundo.

—Usted, doctor Tallím, no debe hablar de política... Hable de lo que sabe, de los signos del zodiaco, de los adivinadores y los profetas porque tiene un don... un don único que sólo puede provenir de una fuerza diferente.

Sustrai y Regina lo ven convertirse día a día en un nigromante respetado, hecho y derecho; un profeta incluso feliz; con pasión para explicar y brindar sentencia a partir de ojos de búho, minerales clásicos y huesos; por conducto del conocimiento profundo, la violación de los saberes, del carnero, de la tierra, Acuario y Piscis y la ruptura de los candado de las puertas de Breidablik, en el palacio de Balder, dios de la luz y de la verdad. La Rusia esotérica después de la represión soviética es un caldo de cultivo, gustoso y orgánico, un retorno violento del péndulo, para hablar de círculos de enseñanza, exegetas muertos, abuso de las claves que van a la piedra, a la tierra, a la portilla y el refugio... a la rosa y el crisantemo. A Tallím se le aclara el panorama y nada es mejor en semejante calma que impresionar... primero a las damas de la calle Tverskaya, pirujillas lindas que difunden su mito de Rasputín-curandero y manilarga con clientas desconsoladas que fácilmente compran el producto: coger y soñar con un futuro benigno, es lo mismo; escuchando a su adivino. Y probada la fórmula con ellas, sigue con las secretarias de la burocracia, las del control de los hilos del sistema, que tanto miedo tienen a perder sus prebendas: fuerzas básicas del proletariado en fermentación que lo escuchan tan necesitadas de explicaciones y garantías de eterna preservación.

A partir de ahí, sólo cultiva la complacencia con un trabajo exitoso; notable viraje del hombre que estuvo a punto de perecer, como parte de una revolución revisionista de educados por el Pamyat, empeñados en el retorno de las enseñanzas duras de Sokólnikov y Bujarin; notable contorsionismo de quien pierde entre sus manos el *Argumenty i Fakty*, su libelo hijo y temerario, fundado por él, redactado por él, difundido por él... El doctor Tallím manifiesta las artes de la diversificación al moverse entre

las esposas aburridas de varias embajadas, explicarles el amplio desarrollo en los últimos tiempos de la ciencia esotérica rusa, montada sobre los pies del siberianismo, el lejano budismo, los poderes sugestivos de algunas gemas, ramilletes de las inclinaciones musulmanas y ese fastidioso vacío de religiosidad que les dejaron tantos años de repudio al “opio de los pueblos”. Todo un estallido. Los cinco idiomas que pronuncia a trompicones lo ayudan, lo hacen más excéntrico; valorado. Sus profecías soltadas al vuelo con gran histrionismo, aplican a la política, pero también a la naciente bolsa de valores, los negocios y las franquicias. Tallím aconseja a un grupo de químicos y biólogos, ya sin laboratorio en razón de la caída de la Unión; los impulsa para que busquen la franquicia de McDonald’s, sobre la base de un augurio a partir del café, y ellos se hacen millonarios; infinitos millonarios.

Con sus argumentos, recorriendo sigilosamente la avenida Tverskaya, Tallím realmente sólo desea conquistar, sobre todas y cada una de ellas, a la más hermosa, a Regina Oroitz; comienza con la curación de los primeros encogimientos reumáticos de su dama benefactora: ¡por el frío! De ahí pasa a atender con dictamo, orégano, salvia, tomillo, menta, té de montañas, iris y rosa de botón, las excesivas jaquecas que el viento de Anega le provoca. Le enseña y reitera las noticias escondidas en su mano, la metafísica de sus fechas vitales traducibles en gloriosos éxitos para el poder y, más que nada, le otorga un sentido a su sensación de exilio: ella y su marido desterrado en la distante embajada en Moscú están para lograr algo trascendente; pero habrá que esperar. Al final, termina sentado en un sillón del estudio de la Residencia de Embajador donde encuentra a Sustrai bebiendo: beben juntos y juntos se pierden.

Tallím, untando cebo blanco, leyendo la baraja igual que el cristalino, comenzó a saber detalles de aquella pareja que ni Regina ni Sustrai, ya alejados el uno del otro, podían reconstruir. Una parte de la historia la obtenía de ella y otra de él... Sumaba. A ella la amaba y a él no lo traicionaría jamás por considerarlo su

salvador; tan salvador que no, nunca, alargaría la mano más allá de la parte baja de las piernas entumidas de Regina, para no insultarlo, para no ser un desagradecido... la deseaba. Pero en la gracia de oír, solo oír, no se reprimía. Beneficiario de todas las confianzas de ambos, por la mañana en las sesiones de espiritismo y por la noche en la intoxicación con Sustrai, construyó el rompecabezas inmenso de episodios relacionados con el asesinato y la conjura, la malignidad, la corrupción: un destilado de sustancia densa y turbia que Sustrai jamás creyó haber creado, pero que Tallím le perdonaba sin titubeo. Tal benevolencia le venía de aquel grito para salvarlo de los yeltzinistas que escupió de golpe Sustrai Oroitz alegando ante los militares anti golpistas eso de “¡Diplomático, diplomático; Tallím es mi interprete!” sin importarle si los milicos de la nueva Federación le entendían y echando por delante la prepotencia, la palabrería, la magia.

En tanto, se eleva efervescente el apego del sabio Tallím con la esposa del Embajador; sabe que la ayudará a salir de aquellas tierras Urales y la convertirá, por el camino de su deslumbrante belleza, en una reina de la mitología. Y a él, lo respetará como se hace con el jefe brujo de una tribu. Así, a Regina le promete transformarla a partir de las raíces de su nombre, enterradas en el tiempo. Desde Regina, pasando por el nombre del Embajador Oroitz que significa “raíz”, “fundamento”, llegaba hasta el Regs, que señala nuestro lado diestro, el que se usa para portar el báculo, la norma y la sabiduría al guiar.

—Ahora... lado tuyo, a la derecha —le dice en una cita médica a domicilio—... Soy seguro de que habrá cambio en cuerpo tuyo. Tú vas a regresar. Muy pronto.

Ella es pura esperanza.

Es marzo y con un Moscú helado tras la ventana de la recámara de Regina, Tallím se dedica a untarle por debajo de la bata de baño el aceite God'shon-Mamont, traído de Ust-Orda. Para luchar contra el constante entumecimiento de piernas y glúteos, nada mejor que un aceite que preparan los chamanes de la re-

gión Bhon, según se cuenta, con grasa de oso joven, cazado en verano, cuando su sangre está caliente.

—¿Volveré a mi país? —pregunta la señora de Oroitz.

—Algo hará volver a ti, bella, algo especial que siento en tu cuerpo —contesta el brujo alargando sus dedos para alcanzar el reuma que huye hacia la parte interna del muslo derecho de la mujer que considera su ama.

—Y ¿qué será eso especial? ¿Qué será, doctor?

—No sé yo. Pero saber es posible. Presta a mí... cosas nuevas que llegan a casa; algo descubre doctor Tallím.

Regina se puso de pie con la jovialidad de una niña inocente sin importar lo mucho que muestra, entre tetas y sombras del color saludable de las damas latinas perfectas. Se ajusta la bata expulsando hacia su curandero el aroma excitante del baño entre sales y menjurjes traídos del oriente. De inmediato coloca sobre la colcha papeles recogidos de aquí y allá. Brinca entre habitaciones acarreando regalos, todos de rigor, enviados por compromiso a la Embajada sin mayor cariño: los vinos europeos, las corbatas de Italia, los patés y las mermeladas de un sibarita. Y mientras, Tallím extiende sus narices percibiendo los detalles del aire; y se pregunta si aquello que captura son las 38 esencias de las flores del doctor Edward Bach o solamente el perfume del cuerpo de Regina convertido en listones volátiles.

Sobre la cama quedan papeles, botellas, algunos quesos, la correspondencia de la semana formando un mapa que Tallím recorre como general en campaña al apuntar aquí, escudriñar acá e ir deshojando el libro de las posibilidades. De pronto pilla una invitación de rigor, indispensable en la hipocresía diplomática.

—¿Esto?

—Una invitación. Una más... Una entre tantas invitaciones de mierda que se reciben por aquí, doctor... Mi marido dice que quiere ir.

Es la invitación del Embajador Zhuzbai Koce de Kazajstán, un excéntrico, más insólito que de ordinario en el día de su fiesta nacional. Su país se siente como un recién nacido o un joven vigoroso. Aquí, en Moscú, es su deber celebrar con gran revuelo y distinción: por eso el papel de la invitación resalta, brilla, brinca a los ojos del neófito, por el fondo azul que usa la bandera kazaja y al centro, luminoso, el sol de 32 rayos que refrenda la lozanía y el poder del mítico pueblo saka.

Tallim huele, detecta. Eleva una plegaria, expande las cartas sobre los 32 rayos: 22 cartas del tarot combinadas hábilmente con las Lenormand y Grand Lenormand, más los oros y los bastos, la sota y el caballo, y las maneja atrapando los gitanísimos arcanos mayores y menores al formar la Cruz Celta. Parpadea... Deambula al oeste y al norte de la cama por si acaso, en esto de la percepción paranormal, el feng shui y las rutas de los ángeles protectores también tuvieran que ver. Se concentra; reacciona. Alude al i-ching, a la simbología de la G y la L en la antigua cábala, a la quiromancia de sus ojos desorbitados y dibuja en el aire helado algunas runas. Habla del talismán que cuelga en su cuello, que él concibe con propiedades de radiestesia; y eso para no recurrir a la búsqueda de vidas pasadas, la bola de cristal, las monedas... Menciona las chacras, los refranes a modo; y reza a los imperios de la luna de ese 16 de diciembre. Pide alfileres y agujas prestadas para encallar su adivinación y finalmente coloca, a su lado, como colados a su desfile, una tabla de biorritmo, pequeñita y sutil, junto con líneas de tiempo, un péndulo, tizas y una mano de cuija que no se atreve siguiera a mirar.

—¿Percibe usted algo, doctor?

—En evento Kazajstán hay cosa profunda, mi reina. Muy profunda y penetrante. Cosa dolorosa que cambia vida. Fiesta es importante para futuro.

—¿Para volver a casa? Doctor... Prepárese, la fiesta es esta noche. Usted debe venir con nosotros.

–Yo no sé –responde Tallím–... Tú, quizás... Quizás no debas ir. Hay peligro. Cartas aquí... Tempérance et Diable.

–¿Qué? ¡Vale madre! Hay que ir. Si eso necesito para salir de Rusia... Hay que ir.

*

El resto de aquella tarde, Regina estuvo emotiva como nunca. Su arreglo fue esmerado como pocas veces, quizá sin igual desde su boda. Sustrai lo notó mientras él se plantificaba la pechera, a la que lo obligaba el protocolo de aquellos eventos. Ella esperó a verse única, divina para informar a Sustrai que su doctor, Nicholaevitch Tallím, los acompañaría a fin de ayudarle con sus jaquecas.

–No sé si la invitación contemple tanta gente...

–Ya me encargué de que tu secretaria lo arregle... Él nos espera en la sala. Como siempre. Está listo. Nos espera mientras se sirve un trago de la licorera.

Sustrai asintió sin mayor respuesta, pero de salida, en el umbral de su lujosa casa y tan pronto el doctor Tallím se les unió, comenzó a sentir la ofensiva matrimonial: ella habló del tormento que significaba vivir en un país como ése, de no soportar más, de las heladas y el abatimiento, la cefalea, el lumbago, el achaque y la tendinitis que le fascinaba mencionar. Ya en el taxi, insistió e insistió como un carrusel en el vacío en que ella no tenía la culpa de la estruendosa caída del ingeniero Salomón Rodríguez Gómez; de sus corruptelas y sus pendejadas. Y al mencionarlo no dejaba de decirle “cabrón” y “puto” al ex Presidente Adonías por mandarlos, sin respeto, a una Embajada... y una tan jodida, tan fría, como Rusia. Peores epítetos guardaba para el predecesor, el Presidente, a quien algún día había tenido en su mano, seducido, coqueto con la inteligencia de una vestal, cuidadora de algún templo de Artemisa, para asegurar apoyos para su esposo Sustrai.

–No insistas, Regina... Sabes que con esta Embajada salvé el pellejo, bien los sabes...

–Sustrai, lo he decidido. Te dejo. Este es el último evento al que voy contigo. Se acabó... se acabó para siempre.

–¿Qué me estás pidiendo? ¿Qué nos separemos? ¿El divorcio?
–Sustrai preguntó con el tono aterrador de una estatua expuesta con serenidad, engreída contra el viento –. Nuestro amigo el doctor te lo ha recetado...

Y el doctor de barba picuda bajó la mirada como una gaviota aplacada, nerviosa, que hurga bajo su ala.

–No me importan tus miedos y mentiras... No me importa que me puedan involucrar los adonistas; no me importa nada: la cárcel, la ignominia... que me tachen de puta y amante del vejete. Por mí, por mi gracia y mi fuerza, por el sino que tengo aquí escrito en esta raya de la mano... ¿verdad, doctor? Y porque alguna vez llegamos a tener el país agarrado de un lazo, por eso: ¡me largo! Tuvimos el país en un puño y por ti lo perdimos. Por mí, fuimos reyes y por tu culpa somos exilados... Soy mucha pieza para ti, Sustrai Oroitz.

Al llegar a la Embajada de Kazajstán, ya fuera del auto, Sustrai escuchó la última sentencia:

–Sé lo mierda que eres, Sustrai. Lo sé muy bien. Sé tu secreto. Crees que cuando estás borracho no se te suelta la lengua. Sé que tú traicionaste al ingeniero. Sé que tú entregaste las pruebas. Un día que amaneció borracho en casa, Tallím me lo contó todo. Él también se va de la boca.

El doctor Tallím hizo el ademán de retirarse, pero ella lo tomó del brazo y lo obligó a proseguir caminando entre ellos. Un protegido.

–Y lo peor, Sustrai – añadió la severidad descontrolada de Regina buscando con los ojos la confianza en algún asentimiento de Tallím, quien moría de vergüenza–, es que voy a venderte; voy a decir la verdad de lo que eres y con ello se irá mi imagen también, víctima de un marrano como tú. Pero eso será mejor...

–Good evening and welcome, your Excellency.

–Good evening, Ambassador.

–So glad to have you here –decía la voz de acentos marcados desde cada rincón de Asia central de un elegantísimo Embajador

de Kazajstán con pechera dorada, fistol de diamante y sable a la cintura.

—We are delighted to celebrate with Kazakhstani people... May I present Doctor Nicholaevitch Tallim. Good friend and a remarkable consulter. My wife... You already know her.

El resto de la noche, adosado al mesero de los vodkas, Sustrai se preguntaba “¿serán ideas de él?” y escuchaba claramente en sus recuerdos la voz de Regina diciendo: “Tallim es sabio y es lo único bueno que he encontrado en este país de mierda. Cuando salgamos de aquí, lo llevaré conmigo... Él no podrá negarse... Hoy, su consejo me es más indispensable que cualquier otra cosa”.

Sustrai no hizo más comentarios; no los tenía. Entre delegados y secretarios, funcionarios de alto rango y embajadores, artistas, escritores y varios periodistas que brindaban por el cumpleaños del nuevo país, Kazajstán, no cruzó palabra. Un par de horas para deambular en silencio esperando que el destino le dijera qué hacer con su vida.

El doctor Tallim se mantuvo también en silencio, sentado al lado de Regina que recibía una a una las alabanzas de cada dama y cada caballero en esa sala: por su belleza, por sus ojos de ensueño, por el rostro angelical de ese día, que la convertía en el ser señalado de la noche.

En su deambular ya ebrio, Sustrai comenzó a extrañar la forma en que la música, épica y monótona como pocas, lo acompañaba a uno y otro lado del salón de recepciones. Y Regina no fingía, por primera vez en un evento de esos no tenía la jaqueca insoportable. Sustrai tampoco fingía al sentir admiración por el estilo clasicista de los cuadros de aquella residencia y pronunciaba frases cortas, incomprensibles, algunas en francés cuando cruzaba con conocidos y desconocidos; sus interlocutores mal contestaban y se sonreían, y él los reverenciaba con la copa en la mano suponiendo haber escuchado una memorable broma.

De improviso, porque no había hora señalada para los invitados, apareció el Champagne Parrier Jouët. Los kazajos tiraban la casa por la ventana. Los meseros traían las botellas dentro de enormes cubetas de latón labrado. Las copas finas aparecieron como un milagro en las manos de la gente, pero cuando un mesero se aventuraba a abrir la primera botella, el filo del sable sobre su cuello lo detuvo. Hubo silencio y un abrumador suspiro surgido de los ribetes del gáznate de los invitados. Entre risas incompletas, deseosas de recuperar el aliento, el embajador kazajo, ya sin pechera y un poco pasado, blandía esa enorme arma a la par de una sonrisa descomunal. La gente reconoció en él al genuino salvaje, el animal de los viernes y de las praderas; el que cabalga hasta convertirse en caballo y mata a su caballo agotado para convertirse en uno más en la recua indetenible. Y el murmullo renació con la inconstancia de los granos de maíz explotando en una sartén ardiente. El mesero, muy nervioso, recibió instrucciones. ¡Ah! Un acto increíble. El embajador sabe abrir el Champagne con un sable, antiguo ritual del Cáucaso decimonónico. Sabe de la maleabilidad del plomo que se rinde ante dos sabias estocadas; sabe del vuelo exacto que tendrá que tomar su arma para dejar vivo el alcornoque, unido en una sola pieza y girando en los aires para hacer brotar la espuma de la celebración. Él sabe... ¡Bien, bien! Y el espectáculo es único, algo exótico que pocos tienen el privilegio de ver, repetían las voces. ¡Abrirá el Champagne como los viejos guerreros! ¡Con el filo del sable! ¡Sí, en un tajo certero! ¡Sí! ¡Abrirá el Champagne con el sable! Aquello se repetía en los distintos idiomas de uno a otro lado del salón, desde el alto y lejano oriente hasta el paso de la Patagonia. Y el silencio inundó la sala.

—Algo no bien —dijo a lo lejos la voz tartamudeaste de Tallim, pero sólo Regina lo escuchó.

Acompañando un silencioso suspiro omnipresente, el brillo de la enorme arma deslumbraba cada orilla haciendo cruzar haces de luz entre las cabezas de los invitados. El mesero sostenía la botella con ambas manos sobre la mesa, en la postración de llevar

la ofrenda. Se agachaba como un ave rastrera maldiciendo su profesión. Una prueba... la punta del sable besaba apenas la boca de la botella. Un movimiento tenue, girando, levantó herida la cobertura de plomo, la rejilla de alambre y dejó el corcho desnudo... Hábil, gesto hábil, y después: un canto grave. El sable rugió terrible en el aire formando un círculo completo y pegó...

¡Ahhhh! la espuma bañó las manos del mesero mientras los invitados viraban el cuello. Buscaban desesperados el origen de un grito agudo que empezaba a brotar lentamente de los labios de Regina que se tapaba la sangre de la cara y se arrancaba el filoso cuello de botella de la órbita de un ojo perdido, perdido para siempre. Tallím, ayudado por meseros y galantes invitados echó sobre sus hombros aquel cuerpo ensangrentado para salir de inmediato al hospital que los agentes de la policía diplomática le indicaron. Sustrai quedó pasmado bebiendo por horas y escuchando mil docientas maneras de ofrecer disculpas por parte de un kazajo.

Los reporteros locales trataron de relatar el hecho, pero la Federación se encargó de apagar el tema y sanar las críticas por falta de información sobre un terrible hecho de sangre ocurrido en la vida diplomática de Moscú, que quedó como un simple raspon, resultado de un accidente menor. Compraron voces y manuscritos, negaron afirmaciones de los invitados como rumores y hasta mandaron notas con tufo de amenaza a quienes percibieron irredentos para callar la historia de aquella noche. Quizá los reportes a las capitales de varios países se enviaron apenas aludiendo al lamentable percance: un accidente indeseable durante las festividades del día de Kazajstán. Pero ninguno con detalle y sin falla acompañados de la nota de recomendación que decía: el gobierno ruso ha solicitado que este accidente aislado y sin consecuencias mayores, desvinculado de cualquier contenido sustantivo en las relaciones, sea olvidado: no hay mayor cosa que lamentar.

Parte indispensable del esfuerzo del Ministerio Ruso fue mandar las cartas suficientes para que, previa obtención de todas las distinciones posibles, condecoraciones y membresías a cuanta legión, orden o cofradía de las naciones centrales que le fuera posible ingresar, Sustrai Oroitz y su esposa Regina, ahora convertida en una mujer cíclope, regresaran a casa con bien. A la brevedad. A la brevedad... Era lo menos que los dirigentes del mundo podían hacer por ellos.

----0000----

Peón cinco dama

Cuando entre los trabajadores comenzaban a prevalecer las quejas de hambre, insoportables como es el hambre de insoportable, aquellas que superan el gemido de uno o varios, los sollozos contestándose, o un aislado grito rebelde, se ponía a las parejas casadas a que eligieran. Marido y esposa juntos: ¿quieres beber? ¿Quieres comer? ¿Quién le da su sangre al otro? Tomaban el machete y juntaban los brazos. Preferían abrir primero el brazo de la hembra para hacer correr un riachuelo de su savia y obligar al macho a lamer. Cuando forzaban la cara del hombre animal contra la herida, se ponía rebelde. ¿Quién sabe de dónde sacaba energía? Forcejeaba iracundo como bestia de donde no pisa la gente y, entonces, le rompían la cara con un par de culatazos. Le pedían a ella, la hembra y esposa, que le besara los labios floreados, le sanara las heridas comiendo de su boca abierta. La postura era insuperable para hacer recuerdos de las que se acostumbran en las bodas: la pareja, su amor... y al fondo, los comensales como testigos de aquella unión fuerte que se entrega, oferta ante algún dios: quizá Cristo, Jehová o Alá... No importa. Las bocas rojas se conectan, las lágrimas, igual. El funcionario deja aparte lo que hace y pide emocionado, con ínfulas de especialista en ambientación, que el fondo sea la montaña o el río..., a veces un

llano de pastura plana, curvado, que si bien no recuerda los campos perfectos de Devon u Oxfordshire, sirve para el juramento de fidelidad frente a las gracias naturales de un paraíso de revista. Incluso pide que le acerquen los palos de golf que le han venido cargando, sus lujosos palos de golf, y que aparezcan en la toma, ahí, casualmente abandonados. Él y ella en su luna de miel, luna de sangre, los mejores campos de la selva, los más notables; ella y él dispuestos a mostrar el dinero, porque una primera per-
nada debe valorarse y, en ello, se invierte buen dinero hasta encontrar el lugar ideal de intimidad, de amigos, de paz, de conexión con el altísimo, y sólo ahí jurarse amor eterno.

–No hay nada que hacer –dijo Sustrai como un ebrio obnubilado–, ¿verdad? Nada... Es como si el mundo se hubiera vuelto absurdo, usted me engañó y ya...

–Ajá.

–Estoy mal, señor...: enfermo, sin valor alguno. Soy una intrascendente y malherida ratita en su ratonera. Un bicho acabado. Me abrí de capa. De acuerdo. Nada que hacer. Enfrento mi suerte. Ahora veo su rostro y sé que usted es algo así como mi destino: un terrible destino, la garra del demonio mismo.

–No.

–Usted gana, señor... señor... como se llame.

–Emilio Buté. Doctor Emilio Buté. Puede llamarme... Buté; solo Buté, si así lo prefiere.

Sustrai sintió la paramnesia atacando como largo cuchillo.

–Usted... Usted, señor Buté, es maldito. Me engañó como a un chino... Pensé que era otra persona... Y pensar que su voz... Su voz me era conocida. Pero me faltó memoria; me faltó recordar bien. En cambio creí que era el correoso pandillero... El insane que vive citando poemas. Le dije lo importante; le dije lo que me hubiera servido, ¿verdad?, para negociar. Ya no tengo nada... Hablé con el rostro cubierto, como un imbécil... Bajo el velo de la ignorancia y me quedé sin fichas...

Sustrai balbuceaba con la mirada al sol, descubierto y sentado sobre una piedra del muelle, obsesionado con quitarse los zapatos inundados de dolor, dolor de piedras.

–¿Sabe? Empiezo a creerlo –le respondió Emilie Buté–. A creer que usted no puede existir. Durante algún tiempo me he resistido a la idea de ver las cosas de esa manera: verlas como si usted no fuera una persona, sino una idea. Me he resistido diciendo: no es

tan increíble... extraordinario. Sustrai no es tan prodigioso; aún no lo he conocido en su esplendor. Pero ahora lo encuentro, Sustrai Oroitz, y lo primero que usted me dice es que es la pobre víctima de un engaño que yo prepararé... No se moleste en llorar tanto: aún tiene algo; tiene su vida, amigo Sustrai, y la de la señora Panditah.

—Ella insiste en que usted tiene un billete de lotería premiado.

Maravilloso argumento para ganar tiempo... y en cambio usted ahora juega el papel de la víctima; y se queja. Fascinante —exclamó el francés—; pero esto ya lo he visto antes. No se da cuenta que Inanna, con su palabra logró que no la acabaran los Insane. Nadie, nadie más que usted, la metió en este embrollo... Hablando, la señora Panditah contribuyó a salvar también su vida. Debería estar agradecido.

—¿Agradecido? En absoluto. Yo no he hecho nada... Soy inocente. No merezco esto. No lo merezco. Está bien, tomé por un momento un papel pequeñito con unos nombres que, quizá, no dicen nada... Qué digo “tomé”; si solo recogí algo que me encontré. Me tardé en devolverlo... Lo estoy devolviendo. Claro... Bueno, ahí se habla de que hay gente importante, gente de gobierno... Cómplices..., provocando las guerras... gente en África, robando, pagando... Y luego esa gente juega el papel de ingenuo y... claro, el papel de salvador en estas reuniones de países.

—Usted tomó el papel y algo más, aunque ya importa poco. Ese papel, papel pequeñito, como lo ha llamado, y mire que era una carpeta completa, ya lo recuperé. Está en mis manos. No me costó conseguirlo aunque mucho me inquietó lo que usted escribió sobre él: eso del Abauká... extraño mensaje, maldito mensaje que costó sangre descifrar, pero ya lo logré: me convierte usted en el mandadero de sus venganzas personales. Le doy la satisfacción de haberlo logrado. A cambio usted me entregó un fuerte halago... un halago a mi cuchillo, mi filoso cuchillo, que de algún modo usted ya lleva encajado por tanto tiempo. Eso me halaga...

—El cuchillo, sí —dijo Sustrai temblando—; la fuerza y el filo de un cuchillo con el que piensa perforarme también ahora que no me queda nada para hacer un trato.

—Todavía necesito el negativo de las fotos.

—¿Y la llave? Acaso no... Quizá la llave..., porque...

—No me haga reír. La tengo conmigo. Usted lo sabe. Ahí su paradoja. Si yo podía descifrar el mensaje, terminaría con la llave y con todo en mis manos. Entendí el mensaje que usted me mandó. Lo que me hace pensar: ¿qué le haría suponer que yo, específicamente yo, alguien a quien difícilmente recuerda, poseedor de un hermoso cuchillo como éste, podría terminar tras sus huesos y arreglando sus porquerías?

—No sé, una botella al mar. Quizá desde que noté que esos pa-peles llevaban una etiqueta que los hacía materia exclusiva de la DGSE. Quizá... Quizá desde entonces. Ello me fascinó y también me atropelló con el miedo de mis recuerdos. Por eso los lancé lejos de mí, allá con la ayuda de un mesero del Fifty-five-Wall. Él los envió en paquete; a mi esposa. Ella se encargó de hacer lo mismo de regreso... hacia mi hotel. Uno odia las cosas, les teme, pero el morbo hace que se apegue a la posibilidad de reencontrar los peores miedos.

—Su esposa... Sí. Lástima de su mala memoria. Ojalá y haya cumplido.

—¡Sí, las fotos van a llegar! Es cosa de paciencia —el Vasco Galiano, aterrado, fracasaba; quería gritar el nombre de Regina o insistir en que era asunto rápido; su muerte, la llegada de las fotos, la caída del sol sobre Manhattan...

Se veía al borde de caer en un abismo de silencio. Devorado. Podía palpar con el mareo la grotesca caída, el desbarrancar de él y sus pensamientos como las piedras que se van insultando a manotazos al desfiladero. Pero... pero no. No se rendía y hablaba con lo primero que le venía al alma, lo primero para salvarse:

—La explicación es otra, muy diferente —sentenció al vuelo—; es otra cosa y déjeme tratar de explicarme. Los maoríes tienen una

manera de ponerlo cuando te quieren imbuir de lo profundo de una idea... Cuando es algo con sentido fraternal, cercano, trincado a su espíritu, te recuerdan que sus volcanes, los hoyos humeantes y espectaculares que tienen por allá... y que son muchos, muchísimos... pues he aquí que saludan... sí, saludan a tus volcanes. Saludan a los volcanes que hay en cualquier parte del mundo. Es bonito ¿no? A los volcanes del mundo, que parecen diferentes a la vista, los une la lava interna; y a todos... a todas las cosas de este mundo, las une algo real, pero subterráneo. Algo que no acabamos de percibir. Quizá entre usted y yo, señor Buté, aunque rechace lo que soy, hay algo similar... Piénselo.

—¡Ah! —Buté se mostraba aún más irónico que intrigado—. ¿Cómo entra su muerte, su muerte de mártir, inútil y pervertido, en esto de los volcanes?

—No es algo tan evidente, ¿verdad? Quizá, si me muero, poco importa. Yo ya bailé. Bailé lo que me tocaba. Los volcanes hablaron un rato debajo de mí. Estuvieron en contacto con mis pies, con mis piernas y subieron a mis manos... Pero ya no siguen en eso, ya cambiaron de tema... Tal vez así sea... Yo ya no asusto a nadie, ¿verdad? Desde hace mucho que no asusto a nadie. Y lo que yo decida no es relevante... a menos que usted me diga algo distinto.

—Le diré algo distinto —adelantó el francés—. Déjese de historias sobre ser importante o no; sobre cambiar al mundo. Un día... Un día creemos que somos el centro del Universo, como pasó con usted. Pero no ha habido hombre grande o pequeño, Napoleón, los duques de Marlborough y Wellington, el que me mencione por igual, que no desaparezca y peor aún, que en algún momento de su desaparición se dé cuenta, así de golpe, de que no importa para nadie. Los hombres nos quedamos mudos algún día; otro día nos quedamos ciegos, sordos, y nos pudrimos; ¿no le basta con eso?

—¿O sea que es cosa de esperar que nos llegue el día y yo le doy los negativos y el alma y mi pensamiento... porque de cara a esa gran muerte, lo que nos venga será frívolo, fútil?

–Quizá.

–En el largo plazo todos estaremos muertos ¿no?

–¿Cosa de esperar? Sí.

–Mientras esperamos, somos intrascendentes y cuando llega eso que esperamos, se acaba y también somos intrascendentes.

–Diviértase en el camino, Sustrai, diviértase.

–Me dan ganas más de luchar contra sus verdades. Me dan ganas de apostar por ahorcarme ahora mismo para no esperar...

–No tiene con qué.

–Mi cinturón, quizás serviría.

–Nuestro cinturón es demasiado corto para suicidarnos, mejor le será esperar el día de su infortunio.

–Esperar, sólo esperar otro día. Creí que ese día de mi infortunio había llegado con usted, con su cuchillo, con su llama de asesino.

–Tal vez aún no –dijo el tranquilo Buté–: en efecto ya no es importante. Lo único interesante aún es que usted, Monsieur Oroitz, junto con Madame Panditah hayan podido inquietar una pequeña parte del mundo durante algunas horas... algunas horas.

Panditah, Inanna Panditah. Sustrai intentó mirarla con cariño, a lo lejos, entre los resplandores. Ella lo odiaba a muerte desde la otra orilla del muelle, convertida en una sutil y pulcra agresión contra el contorno; desde sus pies hasta el cuello inclinado como sauce, rodeada por la custodia de los Insane, toda ella lloraba. Y Sustrai le envió un pensamiento; una gota de nostalgia por su eterna belleza afrodisiaca, aunque viviera desde hacía días –por tu culpa, Vasco de mierda– en el túnel de su peor desalineo, Vasco mugroso, evocación del quiebre y el orden trasgredido. Sustrai recibió a cambio la furia silenciosa, ahora tan sencilla como piel femenina que pierde su maquillaje.

–Dígale a sus amigos que no tengan a la señora Inanna tan cerca del borde –reclamó Sustrai–... ¿Sabe? Ella no sabe nadar, lo supe hace muchos años cuando me llevó a un lago enorme, al

norte de Texas; algo majestuoso, la propiedad de su finado esposo.

–Descuide, ella vendrá con nosotros de regreso a la ciudad –y el doctor Buté hizo una señal para que la acercaran al bote pequeño, el sondeador.

–Es peligroso no saber nadar.

–Descuide. No la soltarán.

–¿Ve? Aún me preocupo por ella. No soy un desalmado.

–Ayúdeme, amigo Sustrai, ayúdeme a recuperar esos negativos y los dos llegarán a tierra.

–Somos sus prisioneros –reconocía Sustrai lamiendo las puntas del cuello de su camisa ahora que veía, como un destino inquebrantable, que el asunto había previsiblemente llegado hasta aquel enemigo francés, tan evidente, hombre de gestos finos y gran vientre. Se sintió incluso tentado, ansioso por abandonar sus creencias de incertidumbre sobre el espionaje europeo e inventar: sabía que el mundo de la inteligencia y la contrainteligencia estaba lejos de parecerse al estoque de D'Artagnan, a Hitchcock, al pragmatismo de M-16 en películas de John Glen, pero tampoco le cuadraba que fuera algo tan pedestre, tan recurrente y obvio como el nervioso Buté.

–¿Me lo pregunta, señor Oroitz?

Sustrai pensó en cómo podría debatir con ese monstruo sin un trago, compañero de su inventiva. Cuando te encuentras con el Mefisto, mente armada con los filos de la sutileza y el ingenio, la traza del mundo da cabida a una curvatura cuidada, imperceptible, pero exquisita, que parece el espectro de una resbaladilla.

–No lo sé... ¿Tendría acaso derecho a desatarme con las mil y más preguntas que me angustian?

–Hágalas.

–¿O a decir lo primero que se me ocurra?

–Es su día, Sustrai.

—¿A dónde nos lleva? ¿Qué pasará con nosotros? ¿Nos dejarán en paz los locos del muelle? ¿Qué pasará con ella? ¿Cuál es la verdad?

Pasaron unos segundos antes de que Buté se dignara contestar.

—Venga, amigo Sustrai. Vayamos al bote. Suba... Sobre su futuro, puedo decirle poco. Sobre los Insane-Kings, no tenga temor; desde un principio les pagamos nosotros y la cuenta está saldada por mucho que ese joven, al que le dicen Whitman, no sea persona confiable; es una bestia que sólo escucha sus estrellas. Lo lamento, no tuvimos mejor opción con los problemas de hoy: las cosas han cambiado tanto. Se acabaron las guerras que valían la pena y nos fuimos a la mierda. Ahora hay que justificar cada acción en razón de estúpidas leyes; derechos del ciudadano. Hay que recurrir, más que a lo que se conoce y es bueno, a lo que está a la mano y es barato.

—No sé nadar, le aclaro. Desátame, por favor.

—Yo tampoco sé nadar. ¿Y qué con ello? Dicen que el Duque de Gravina tampoco, así que no es tan importante.

—Fuimos de esas generaciones perdidas. Nuestros padres solo supieron ponernos lejos de los ríos y mares, quizá porque veían que la modernidad había traído puentes y buques más seguros. No sé. Quizá también fuimos hijos insignificantes. No querían invertir en nuestra salud física. ¿Se imagina? ¿Cuánta gente cree que se hubiera salvado del Titanic...?

—Suba pronto —Buté parecía menos atento mientras Sustrai pisaba el bote sondeador antes de luchar con su bamboleo. Requirió, estando atado de manos, de la ayuda del piloto. También así subió Inanna. Al apoyarlos, brotó una sonrisa podrida de aquel marinero de voz autoritaria, que, cuando gritaba, hacía temblar al mismo clima.

—Sólo pido un último favor; por humanidad. Deme un trago, un sándwich. Algo. Y algo para Inanna también.

Ella reiteró su odio con un suspiro. Mientras, Buté dudó como un mastín llamado por dos amos, pero reaccionó con energía:

—¿Sabe? No puedo. Me quedé sin tragos —el francés mostró su peor rostro, el del vampiro para reanudar el camino hasta enfrentar a Sustrai, un Sustrai tan disminuido, y hacerle una obscenidad con el dedo medio contra el rostro—. ¡Perdona! Habría jurado que tenía una zanahoria que darte, pero sólo hay nabos. ¡Ja! Aprovéchalo.

*

Sustrai se llenó de rabia, rabia como el rubor de sangre nutrida que cargaba aun con sus fuerzas. Sus siguientes frases fueron como las señales del béisbol donde muchos signos surgen y pocos cuentan. Supo que no podía deshacerse del miedo que eternamente le causaba Buté, que no lo haría parte del rumor del motor de aquel pequeño bote que esperaba la señal para devorar el agua y comenzar a dar los saltos suaves del delfín.

Se sentó un momento hurgando aún con las manos atadas entre su ropa, rascándose como si un bicho lo ofendiera. De pronto, con una señal le hizo saber a Inanna que él volvía a tener control sobre las cosas.

—Quizás, Buté —saltó la voz de Sustrai; un nuevo Sustrai armado con toda su arrogancia—; pero como ya le quedó claro desde hace rato, yo recuerdo también su rostro. Lo recuerdo bien desde hace muchos años; arriba de un tren donde un pobre herido me habló de usted y su cuchillo: la llama que cree que va limpiando el camino; es un monstruo... Así como usted siempre ha recordado mi rostro, yo también recuerdo y recuerdo constantemente el suyo. Quizás insista en creer que el Documento ETIENCELLE es basura. Quizás...

—No estoy aquí para escuchar eso. No me importa.

—Pero bien sabe que lo que diga ese informe y lo que hay en esas fotos serán... serán quizá la gran verdad si por razones del momento en que se lean, se difundan... ¿qué sé yo? Las cosas en el momento y lugar adecuado pasan a ser la gran verdad. Quizás a usted le convenga que, por un momento sean pruebas muy “verdaderas”.

—¿Para qué? —preguntó la sorna en erupción del agente de la secreta—. ¿Para que sus volcanes y los volcanes de otros dementes como usted se unan? No necesito ese tipo de estupideces; no las necesito.

—Usted no tiene la menor idea de lo que contiene y lo que hay en las fotos ¿verdad? Y lo peor es que no le preocupó... Ni siquiera tuvo curiosidad por él. Y se considera un hombre leído, alguien culto...

—El documento lo conozco...

—¿Las fotos? Las fotos no las conoce. Pero en usted, cerdo, esas fotos no cambiarían nada. Lo sé.

Sustrai, más allá de sus años cargados como ladrillos, más allá de esa sed que le era crónica y dejaba en las comisuras la pátina de las salinas que causaron las guerras viejas entre los pueblos, empezó a preguntar sabiendo que jalaba hebra de largo aliento, atada a lo lejos hasta donde estaba el pececillo de la curiosidad de su enemigo.

—Usted no entiende de qué estamos hablando —continuó talarando, y eso que él no era hombre de taladros, fierros y tornillos—. Usted está más perdido que nosotros, es una víctima de lo que no alcanza a comprender. Nada, ¿verdad? Nada. Y se piensa libre...

El bote estaba listo para avanzar; tan sólo faltaba que el gordo Buté lo abordara.

—Entonces explíqueme —se adelantó el francés con su fastidio—; explíqueme si acaso hay alguna verdad que ahora le funcione.

—Es asunto de volcanes, tal vez —la voz de Sustrai era la de un anunciador de las subastas de Sotheby's—; sí. Cuando le hablé de eso, usted no me entendió porque no sabe de qué trata el informe, el llamado Documento ETIENCELLE. Se trata de que sí, en efecto, la palabra es sí y muchas veces sí, le hicieron un hoyo a la tierra y a la gente y a los niños y se lo hicieron ustedes. El informe comprueba que hay gente que llevan a las minas abandonadas, todas aquellas que supuestamente han sido clausuradas. Ustedes las

Llevar a punta de fusil y avanzan días en medio de la selva. Los empujan amenazados de que perderán a sus hijos y los hacen trabajar para sacar de nueva cuenta las gemas que pagan los ejércitos de mercenarios que ustedes supuestamente combaten. ¿No lo sabe? Lo mandaron a recuperar algo que ni siquiera conoce. Por causa de esa herida esta historia de los diamantes no encuentra su fin: hilos de muerte y amenazas, tráfico, niñas vendidas y violadas. Sangre.

—Y mis volcanes ¿tienen que estar agradecidos de este saludo? —dijo Buté buscando apoyar su enorme pie para abordar con tal temblor que el piloto tuvo que acercarse para ayudarlo.

—Deben estar agradecidos de usted, Buté. Tantas veces me han acusado de bajo y corrupto, de ser un falso idealista, de vender lo que más quería. Un idealista falso. Luché junto con los compañeros de izquierda, los de mi país y los del mundo y a todos los vendí cuando pude por igual. Sí, los de este lado del espectro somos mierda... Pero al menos, nunca hice las porquerías que hacen ustedes, los del otro lado. Con eso de que no se sienten limitados por la hipocresía de nuestra moralidad y nuestras ideas sociales, se pasan, se atreven a cualquier osadía y no sé bien si hay una raya, pero realmente se la comen; se pasan y a mí sí me hacen pensar que los volcanes del mundo tendrían derecho a quemarlos, a quemarlos vivos, malditos. Somos traidores porque ponemos algo al frente para traicionar. Usted y su gente avasallan y sienten que no hay contradicción porque inician en la porquería y siguen en la porquería y se superan en la porquería. Matan gente, la esclavizan y luego venden a los hijos e hijas de sus clavos. Pero sí... son coherentes.

Sustrai aprovechó su momento de euforia. Manos libres. Había cortado la cinta plástica de sus muñecas con un sacacorchos plegable que, quizá por casualidad, estaba aún en la bolsa secreta para plumas de su saco, donde los Insane no pensaron jamás en buscar. Tal vez dijo: “gracias Monique”, pensando en la puta del ayer o el pasado cercano; quizá sólo lo intuyó porque no había

tiempo. Empujó al piloto. Sagaz. Le clavó el hombro en el trasero y el efecto de la casualidad mandó al hombre al mar; Buté y su panama-hat salieron a rodar al muelle. El bote de sondeo comenzó a girar en la bahía entre bramidos del motor y otros tantos de Inanna que ya no podría reprimirse más.

—¡Imbécil!

—Si el Documento es verdad, podemos comenzar nuestra labor —gritó El Vasco sin escucharla convertido en profeta de brazos que se cuelgan de las nubes. Así, manipuló los controles del bote, un sencillo Pacific Craft que no cualquiera conduce, hasta hacerlo avanzar, cocodrilo zigzagueante que decide atacar al cebú herido.

—¡Qué cosa tan maravillosa me inyectaron...!

Al frente, Buté se apoyó en los Insane, sacando extremidades de su deforme masa. Ellos parecían buenos marinos. Pronto, abordaron el Mischievous Kelly, que para ser un remolque tan viejo escupió y tosió como un toro bravo con la casta querendona, dispuesta a brotar con chorros de aceite y humo. Whitman sobre la redonda quilla sintió cómo el carcamán desperezaba sus hélices y se abalanzaba a una persecución; una fascinante cacería.

Se escucharon dos disparos, acompañando el estruendo de fierros y llantas nerviosas en movimiento. Buté ordenó que no hubiera disparos y el Grasa guardó el arma. Sustrai, a la distancia, se decidió a tomar con seriedad el timón a la mitad de su discurso y dirigirse a Bayonne, a los patios de inspección de gasolinas y aceites del sur de Bergen Neck. El trayecto era corto a través del Kill van Kull, pero para cuando Sustrai ya lograba controlar su bote, las llantas del Kelly, ruidoso y envalentonado le mordían la popa.

—¡Imbécil! —repetía con más fuerza Inanna y Sustrai no hacía caso.

Buté alcanzó la proa del Mischievous Kelly y buscó un asidero a un palmo del joven Whitman que lo observaba con insoporta-

ble tranquilidad, en medio del nauseabundo resorteo que causaba un viejo dragón marino en su última locura. ¡A toda máquina! Ahí, como si se hubiera erigido en el conquistador del mundo, Buté atajó las miradas del Vasco con una amplia sonrisa. Sustrai aprovechó su engreimiento para mostrarle el dedo medio elevado como falo; la respuesta surgida de su hambre, su sed y sus pies adoloridos. Buté respondió de nuevo con el mismo signo. ¡Avale, Fag! Sustrai señaló entonces a Inanna, su Zvezda, su Taringa o Gina; la mostró muy bien a los ojos de Buté.

—¡Recuerda que no sabe nadar, maldito! ¡Y trae atadas las manos!

Su grito se diluyó con la imagen de Inanna cayendo del bote empujada por un Sustrai Oroitz frenético, algo que los propios Insane detestaron como una fruta ácida. Las manos, una boca y las mechas rubias surgían luchando en el agua. Después un soplo de ballena y apenas sus dedos, los ojos de la muerte y la cabellera flácida de nueva cuenta...

Emile Buté ordenó detener el barco. Los rugidos del Mischievous Kelly, complicado animal en eso de dar giros, fueron feroces, desgarradores al luchar contra la querencia cuando ya se hacía vencedor de la carrera. Pero la piedad aún quedaba en el alma del amanerado francés, agraviado, que ordenó rescatar a la dama y miró a lo lejos a Sustrai, el Vasco, elevar de nueva cuenta los brazos y repasar, mientras huía, su colección personal de obscuridades manuales, surgidas de brazos, codo, lengua y nalgas.

----0000----

Caballo dos dama

Los pies de los mineros están blancos, bañados con la leche fangosa del riachuelo donde se hunden para emprender, en cucullas, el último lavado de la piedra. Ya en tierra seca, con sus charolas limpias en mano, los pies se alinean para ser revisados y ese caliche cristaliza perfecto: queda agrietado como la serpiente que renovó apenas su piel arrastrada: así, la cal oculta las heridas, las enfermedades, la comezón: piel de momia, piel perene de polvo... piel de hombres de tierra clara, harina diluida que surge de tanto quebrar y moler y repasar la piedra para escudriñarla, para revisar sus escondrijos y sacarle sus tesoros. Tierra trampa. Junto a los pies de perla craquelada están las botas oscuras y rabiosas de los soldados que muerden la gravilla con una oruga ancha; exponen su peso y su ansia. En cambio, los pies blancos están en calma, formados, quietos, clavados, escondiendo dolor, pena... la imposibilidad de emprender otra jornada del cepillado cuidadoso de la arena. Parecen ser ya parte de la capa de suelo blando que han estado penetrando: una extensión, como un escurrimiento hacia el cielo que florece a veces diferente con el residuo de color de alguna camisa o un sayal que no se ha manchado completamente; algún harapo sin bolsillo, algún pedazo de mezclilla o mantón que preserven los negros atrapados, alguna ropa que los milicos no hayan decidido desgarrar para estar seguros de que su dueño no se atrevió, por estúpido, a guardarse un guijarro con posibilidad de ser piedra eterna, diamante, tan eterna como es pasajera la desgracia de la gente. Ahí en fila los revisan uno por uno, según les dicte el humor. ¿Para qué? Si no irán a ningún lado. Su ropa, la revisan; su barraca, la revisan; también sus mantas, sus pelos, su culo, sus axilas, su mierda... cuando quieran la revisan. Nadie saca un diamante, nadie saca el tesoro de esa tierra sin que lo sepan los soldados y el funcionario. Nadie porque del gran hoyo, de la teta convexa que han ganado a la montaña, nadie nunca..., nadie sale jamás, ni caminando, ni corriendo, ni siquiera imaginando.

24 de marzo de 1994

Recuerdo que Sustrai conocía al Coronel Domingo Moreno. Lo conocía mejor por su apodo: El Goznes; su incondicional. Era un militar mañoso, con fama de marihuano. Acabó su carrera como uno de los custodios del candidato presidencial. Cuando Sustrai piensa en El Goznes, se queda medio soñando, atrapado en una transparencia inevitable, atado como un nervio con la carne cruda, y ese nervio lo lleva hasta la vieja y quebradiza construcción que formaba el Hospital General de Tijuana. Ahí murió el candidato; y Sustrai estuvo presente; que para acompañarlo y verlo por última vez. Pero siempre que lo piensa, olvida sus pasillos, su interior; y se encuentra el hospital por fuera, de noche: muros de oscuridad apacible y ceremoniosa, limpia y moderna, aunque no tuviera más chiste que una construcción chaparra y sin estilo. Ése fue el ángulo que Sustrai tuvo al observar el recinto, luces y ambulancias, por horas, mientras estuvo encaramado en una camioneta Blazer 93 de mucho lujo. Ahí, en esa camioneta, fue donde se reunió con el Coronel Domingo Morales.

El coronel llegó a semejante trabajo por recomendación de Sustrai que conocía bien al candidato; pero tan sonada recomendación no sirvió para salvar la vida de alguien a quien presumía próximo, un hermano, en cuanta reunión se paraba: como su amigo, su amigo más allá de la política y cualquier interés pasajero o mundano.

Frente a las narices del coronel, el candidato recibió dos balazos en una populosa colonia de Tijuana. Y la verdad, toda aquella población, toda entera, lloró fuerte al muerto, como chubasco, dejando caer en plenitud la perturbación y el agravio longevo de los pueblos muy pobres y muy olvidados, los que usan el tufo perene de sus lamentos para, al menos, gravar la memoria de

aquellos distinguidos por su entrañable elegía, contra quienes se empeñan en ignorarlos: queja enorme, lagrimeo convertido en un zumbido que Sustrai recordaba nítidamente por su ritmo religioso, por su amargura, por su sonido a construcción de ladrillo en ladrillo que ataja cualquier escape. Nadie se evade de sus voces graves y misteriosas, incluyendo los que recurren a la cerveza y el son, por ese deambular misterioso a sotto voce y a la altura de las pantorrillas dispuesto a saltar.

Sustrai recordó su paso liviano cuando allá en Tijuana, pidió encontrarse con el fiel Goznes, un hombre inconfundible por chaparro y cacarizo. Pidió encontrarlo en aquella elegante camioneta que tenían asignada para acompañar los traslados del candidato, ahora baleado en mala lid. Al acercarse al auto, Sustrai reencontró en su garganta esa voz severa, pero conciliadora, a dos milímetros de la broma, que le surgía de alguna neurona del área de Wernicke; un tono que tenía bien afinado para hablar con los miembros del ejército dedicados a cuidar a los políticos de alto relieve. Abrió la portezuela y trepó ágil al asiento trasero de la Blazer 93.

—Mi Coronel Moreno, ¿podría pedirle aquí al Teniente que nos espere afuera mientras conversamos?

—Por supuesto, licenciado... Ya oyó, Carranza. Aguántenos un rato allá fuera. Yo lo llamo.

—A la orden, mi coronel —respondió el chofer de la camioneta, un Teniente prieto como el aguacate, quien en un único movimiento abrió la puerta, desabrochó el cinturón, brincó afuera y cerró para quedar como estatua, con la mitad del cuerpo encendida al calor de los faros del vehículo.

—Entonces, Goznes —susurró Sustrai en el oído del militar en el asiento de atrás, tomándole la retaguardia—. ¿Qué pasó? ¿Cómo se nos vino encima este desmadre?

—No sé bien qué decirle, licenciado —respondió el Coronel Moreno—. Perdóneme. Perdóneme. Estoy... Qué puedo decirle. Estoy

destrozado. De repente, se nos adelantó un mocoso. No supimos ni por dónde...

—¿No guardan algo fuerte que beber en este pinche carro?

—Claro que sí, licenciado. Hay una botella de ron con un vasito en el brazo de ese asiento.

Sustrai encontró la botella, despreció el vaso y dio su primer sorbo.

—Entonces; ¿un mocoso? ¿El que tienen agarrado? ¿Ese fue el único que disparó?

—Sí señor. Dos tiros. Fue muy rápido. Como le digo, se nos adelantó sin que viéramos por dónde venía. Yo mismo lo agarré. No sabía bien a bien qué hacer con él. Y perdone que pregunte, pero ¿era de los nuestros...?

Sustrai pensó largo antes de entender que Moreno se atrevía a hacerle una pregunta... quizá la primera que aquel hombre mismo le había hecho en su vida.

—Usted se portó como un héroe, Goznes —interrumpió Sustrai—, como un héroe. No dude de eso. Así que no pregunte pendejadas.

Sustrai tomó su tiempo para sacar el celular y hacer una llamada rápida. Sin saludos ni preámbulos, confirmó los datos que quería hablando hacia la ausencia oscura de un incógnito receptor:

—Queda confirmado, el muchacho fue el de los disparos. Sí, ambos disparos. No hay duda.

Cerró el celular con violencia y se dedicó a jugar con el botón del saco; hacerlo lo hacía verse elegante.

Pasaron los minutos. El coronel se estremecía nervioso ante el silencio.

No pudo más:

—¿Ya vio, licenciado? —terminó por preguntar el Coronel Domingo Moreno con los ojos muy abiertos, decidido a devorarse una noche interminable. Al hablar, se frotaba el cuello con un masaje irredento que mostraba el enrojecimiento de sus venas inflamadas—. ¿Ya vio? Todo el pueblo, todo entero anda allá afue-

ra con veladoras rogándole a Dios por el candidato. Todos rezan parejito y da terror, mucho terror oírlos cuando rezan así. ¿Y si se salva?

—Ojalá —respondió Sustrai—, Dios lo oiga, coronel. Se lo dice un hombre que no tiene religión. Hoy pido que sus plegarias nos hagan el milagro. Todos en el país lo deseamos. No sabe usted qué afrenta a la nación ha sido esta tropelía. Años de retroceso, años... décadas, si no es que siglos...

El Coronel Moreno quedó absorto, inclusive sacudió un poco la cabeza mientras Sustrai acercaba la nariz a la ventanilla vaporosa que defendía su rostro de los fríos que anunciaban una madrugada fría. Era cierto, las veladoras sobre la escalinata que subía al hospital se erigían como un doble e interminable camino hacia Dios. Desde el interior de aquella camioneta, destellando reflejos en cada cristal, en cada charco, hebilla, antejo o lámina de las que usan allá como techo, la imagen parecía convertirse en una pintura, una clase teologal imposible de seguir como difíciles son las enseñanzas de los místicos. El rumor de un rosario, rezado con tanto interiorismo, podía sentirse dentro, bajo la piel... inevitable.

—Pero, licenciado —el coronel volvía a intentar que Sustrai le explicara el mundo, aunque fuera un único mundo, el de aquella noche, y mostrando en cada cráter de su rostro la enorme angustia de un animalito acorralado—. No entiendo bien... ¿Y si se nos va salvando? Luego la gente es milagrosa. ¿Si se nos salva, no andamos en un buen lío?

—Vamos, Goznes —murmuró Sustrai recuperando la imagen del cogote abrumado y sudoroso del militar, revisando el radio conectado al oído derecho donde destacaba la espiral de un cable enrojecido por los fulgores de la noche—. No ande diciendo esas cosas. Lo único que ahora importa es la vida del candidato. Él es un gran político, un hombre del pueblo, un conciliador, de esa gente que hace falta en nuestro país. Difícil encontrar otro como él. Pero el sistema todavía no lo ha querido entender. Hay tanta

gente atrasada, tanto imbécil retrograda que no quiere el cambio en esta nación. Gente, mi coronel Goznes, que se empeña en seguir clavándole las patas al dinosaurio para que no despegue, para que no nos abandone...

El Coronel Moreno pretendió volver el rostro, pero prefirió no dar muestras de que estaba lejos de comprender las imágenes elegantes de Sustrai.

—Ya va a ver cómo mañana —continuó Oroitz controlando la velocidad de su argumentos— los periódicos lo dirán y usted se sentirá orgulloso de servir a tan prominente figura. A ver, ¿quién le ayudó con aquel asunto de drogas en el que se metió su hijo? ¿Quién lo sacó de los líos que a usted mismo le causan tantos vicios que se carga?

—Usted, licenciado Sustrai —respondió el militar convencido de que le ponían una respuesta accesible—; yo a usted le debo lo que soy. Siempre se lo he dicho, pero...

Sustrai elevó su mano para interrumpirlo. Luego elevó también la pequeña botella de ron y dio dos sorbos sonoros.

—¿Cómo es usted, Goznes? —insistió dando amplitud a sus sentencias—. Ahora quiere halagarme cuando le disparan al candidato, a su mero y verdadero padrino. No se preocupe, lo entiendo. Pero usted no está desamparado... Claro, el candidato lo protegía y es bueno tener alguien importante que nos proteja... Pero nadie va a decir que fue su culpa, Goznes; nadie dirá que usted no lo cuidó bien; ya ve que él tenía muchos enemigos. Era chamba dura la que la sección cuarta tenía; pero bien claro se sabe que usted hizo su trabajo, que le fue fiel, que le fue sincero, que todo en la vida se lo debe a él; que él le apadrinó el matrimonio, la entrada a las Guardias, al Diplomado de Estado...

El Coronel Domingo Moreno parecía un papel borroso, lívido. Miró a uno y otro lado con inseguridad e hizo varios intentos por ajustar las palabras al raudal de pensamientos inconexos que lo agobiaban.

—¡Pero!... ¡Pero eso lo hizo usted, señor Sustrai! Yo al candidato lo conocí después, por usted...

Habló con angustia como si el cuerpo por dentro se atropellara al salirse en un soplido, y los reunidos en el hospital y afuera del hospital quisieran ver el espectáculo de su mutación.

—Lo de mi boda —continuó—, lo de las Guardias fue porque usted me ayudó... Y si estoy aquí es por usted, por sus indicaciones. Y luego usted... usted me dio el plan, usted, ¡me ordenó que lo matara! ¡Usted me dio el arma!

—¿De qué está hablando, Goznes? ¿Qué arma? Deme eso.

El coronel sacó la escuadra Browning, 9 milímetros, vieja como aterradora, “para que deje pocos residuos y en un caso extremo de que lo atrapen lo de la parafina no sea definitorio”. Así comenzaron las frases, irrepetibles, las mil expresiones que construían el templo de la locura de Lasègue y Falret. El coronel meneaba el arma, como si fuera un juguete roto, o un recibo, un certificado de deudas, un citatorio a entregar la casa, la mujer, los hijos y la vida. Pretendió bajar la voz, pero le parecía inútil. Y explicó algo largo y enredoso; un circunloquio que se atascaba entre suspiros secos como la arena. Lo repitió ante el mismo Sustrai, el Vasco, el de la mirada perpleja que fingía no encontrar una pisca de lógica dentro de aquella camioneta; explicó cómo fue que justamente Sustrai le ordenó ponerse el guante... y esperar y esperar el momento más canijo del tumulto, del mitin, hasta pegarse a un costado del candidato: “no le será difícil siendo uno de sus guardaespaldas”, me dijo usted, licenciado. Y lo de que era mejor para la patria porque si no nos jodían los extranjeros y los comunistas de Chiapas. “Le da el tiro en corto, porque así se genera confusión”, suelta el arma, se hace a un lado, los federales intervienen, agarran a varios, nadie sabe, nadie entiende y todos inventan. Lo que importa es lo que la gente quiera creer y no lo que ocurre. Lo que saldrá en los periódicos es lo que la gente quiera “leer. “La gente lo quiere, lo prevé, lo está esperando”. Usted ayuda, grita, se concentra en asistir al candidato. “El pavor irrumpe, la masa se monta en el ruido del desmadre, Goznes, y el jefe Cuevas grita y da órdenes”. La gente corre, dos o tres apala-

brados señalarán a unos y a otros, provocarán más rollo; “para que nadie lo señale, Goznes...” Pero nada de eso ocurrió...

El Coronel Domingo Morales encontró una última bocanada de aire limpio para repetir sereno, con una extraña calma:

–Licenciado, no pude cumplir las órdenes que usted me dio, no pude dispararle al candidato porque ese escuincle que tienen agarrado se me adelantó y disparó primero.

–Coronel Domingo Morales –dijo Sustrai con una enorme y agresiva seriedad–, no lo puedo creer de usted. Usted no está en sus cabales. ¡Qué cosas inventa! Llame al teniente. De inmediato.

–¡Don Sustrai, don Sustrai! No me haga esto; se lo pido... Le suplico. Yo no pienso decir nada, no voy a hablar, estoy comprometido... Pero no me haga creer que las instrucciones que usted me dio eran un sueño...

–Goznes, creo que le pedí que llamara al teniente Carranza.

Y Carranza entró a la primera señal de su superior para ocupar su lugar y poner su cara de aguacate sin gesto.

–Coronel Domingo Morales –ordenó Sustrai–. Le exijo que repita delante de mi teniente, palabra por palabra, lo que ha estado diciendo. Lo exijo y no va a usted a fallarme, porque una cosa de estas puede iniciar un terrible rumor. En ustedes, señores, confío para que juntos juzguemos.

El coronel quiso hablar y los titubeos le asaltaron. Decidido, volvió el rostro para buscar a Sustrai que lo esperaba con siniestra tranquilidad. Lo vio reclinar el cuerpo hacia atrás extendiendo las manos como si quisiera llevar los oídos del teniente Carranza, ya convertido en una pesada piedra, hacia la voz automática, entorpecida de aquel militar. El Goznes quedó igualmente petrificado cuando el rumor de los rezos más allá de los cristales de la camioneta comenzó a elevarse. Mejor calló.

–Encienda el radio, mi Teniente –volvió a ordenar Sustrai.

La voz del locutor que llegó a sus oídos atravesaba, sin duda, el espesor de una congoja pastosa que impedía la violenta explosión de su dicho. La serenidad artificial lo trituraba al expresarse.

Quizá lloraba sin mostrarlo. Y esas lágrimas se habían colgado de los volcanes deformes en las mejillas del Coronel Domingo Morales que sentía aquel mensaje como una profecía. La verdad es que cada ciudadano en el país vivió con creces ése que sería uno de los momentos más recordados, de esos que en cada tertulia y en cada reunión y en cada casa y en cada uno de esos instantes de reflexión que se tienen para encontrarse con uno mismo, antes del sueño y en la ducha, en cada esfuerzo por enjabonarse la conciencia, tanto de pobres como ricos, importantes como mediocres, permitía que se preguntaran y se respondieran sin cesar dónde fue que la noticia de aquella muerte los atrapó. Sustrai, el Goznes y Carranza lo escucharon sudando en una Blazer 93 nueva y lujosa tan cerca de los hechos y tan inmersos en el lodo extenso que significaba ser uno más de los millones que oían a la distancia sin poder hacer nada:

Hablaba de que hacía unos segundos, los doctores de este hospital, quienes se encontraban haciendo una muy difícil operación neurológica, inaplazable por el crítico estado en que el candidato llegó ante ellos, nos habían informado que el estado del licenciado había pasado a ser el de “técnicamente muerto”. Sabíamos lo que eso significaba. La bala que disparó un hombre llamado Juan, atravesó el inicio de las conexiones de la médula espinal, lo que hace imposible su recuperación. El sentimiento de agobio y de dolor por la pérdida de esta gran figura pública, así como el sentimiento de ira y el reclamo de justicia embargaban a toda la nación...

—¿Sabe qué, mi Coronel Morales? —comenzó a exponer serenamente Sustrai—. Allá en los países que entienden de estas cosas, allá en Europa, creo que en Inglaterra, vivió un filósofo que tenía mucha claridad sobre lo que uno puede creer que es la verdad de los acontecimientos. ¿Me sigue, mi coronel?

—Sí, señor —musitó Morales.

—¿Y usted, Carranza?

—Lo que usted ordene, licenciado.

—Pues bien, señores, ese filósofo se llamaba Wittgenstein, y escribió un libro muy claro, sencillito y sin espacio para tener dudas sobre lo que uno puede decir que es verdad y lo que es mentira. Él nos enseñó que este pinche y jodido mundo toma forma en las palabras que usemos para describirlo. La muerte del candidato pasa ahora a ser lo que ustedes escucharon en el radio. Ni más ni menos. Es triste, ¿verdad? Pero la filosofía instruye que así sea.

Morales buscó los ojos del teniente Carranza que miraba al frente sin ver nada y parecía no respirar.

—Todos los hechos —insistió Sustrai extendiendo su botella hacia el asiento delantero—, todo lo que ocurre termina siendo palabras.

—Sí —respondió Morales aceptando el trago.

—Usted me entiende, mi coronel. Y, más le digo, el tal Wittgenstein nos enseñó que si podemos echarnos una frase, una formulita lógica sobre algo que ocurre... es decir que si nos sale un discursito bien armado en el que se relaciona una cosa con otra y nuestras palabras salen bien claras al expresarlo, entonces tenemos un hecho, ¿verdad?

Morales volvió a sentir miedo y Carranza un destello de súplica esputado en un parpadeo.

—Si pudieran ustedes —expuso Sustrai con un tono incisivo— hacer una sola frase, sencilla y clara, sobre los hechos que ocurrieron, ¿cuál sería esa frase? Y que salga bien, lógica... sin dudas.

—No sé bien que quisiera usted, licenciado, que yo dijera.

—¿Qué tal empezar con... hoy, Juan Tirruel...? ¿Qué hizo el tal Tirruel?

—Ahí dijeron que mató al candidato.

—Y usted lo vio con sus propios ojos, mi coronel —Sustrai empezaba a mostrar una sórdida melancolía—. ¿Entonces? ¿Qué podemos decir? Que hoy, Juan Tirruel...

—Que hoy, Juan Tirruel mató al licenciado.

—Mi teniente Carranza. ¿Usted también puede repetir la frase sencilla?

—Juan Tirruel lo mató, señor.

—Carranza es inteligente —sonrió Sustrai—. Muy inteligente. Y así señores, ésa es la frase. Es una frase lógica, con sentido y por lo tanto es la realidad. Y si es lógica es la verdad. ¿Ustedes dirían que se apega a los hechos? ¿Su frase describe los hechos?

—Sí. Pero lo que usted antes me había pedido que hiciera...

—No lo entiendo... ¿Está usted loco, o solamente confundido? Usted no disparó: los testigos vieron al tal Juan disparar. Usted no hizo nada, usted es un noble agente de seguridad y ahora viene con un arma en la mano, medio drogado, a predicar que usted y yo estábamos confabulados en algo... Mi coronel, lo entiendo. No es fácil lo vivido. Pero regresemos al filósofo que le platiqué: una cosa es lo que podemos poner en esa frase sencilla y otro asunto es lo que pensamos. Ese gran filósofo encontró que un pensamiento es real cuando puede ponerse en una frase y describir la realidad, mi coronel. A usted le cuesta mucho describir algún pensamiento que no sea ese, ¿difícil verdad? Recuerde, los límites de su lenguaje, Coronel Moreno, son los límites de su mundo.

—¿Lo otro no ocurrió?

—Los límites de su lenguaje, Coronel Moreno, son los límites de su mundo

—Pero ¿ocurrió?

—Lo que usted debe preguntarse ahora es qué pasa con el mundo de pendejadas que cada día inventamos para tratar de hablar sobre nuestra forma de hablar. Cuando nos ponemos a hablar de cómo hablamos es cuando nos equivocamos. ¿O no, Carranza?

—Yo no he entendido nada de lo que ha dicho o querido decir mi coronel —se defendió como un bólido el teniente Carranza—. Y nada me consta. Nada.

—Bien, Carranza, usted sí lo tiene claro. Por eso es mejor callar. Sobre las cosas decimos lo que pasó o no pasó, pero sobre el len-

guaje, y más que otra cosa el lenguaje que no describe algo, mejor nos callamos. Eso nos enseñó el filósofo.

–Creo que sí lo entiendo, licenciado.

–Más me importa que lo sienta, y ¿sabe por qué? El mismo filósofo mostró que lo que tiene que ver con el lenguaje y no con las cosas, no se dice, simplemente aparece; tarde o temprano “aparece”. ¿Usted me sigue, Carranza?

–A donde usted me ordene, licenciado.

–Mi Coronel Morales, usted no debe buscarle más a este asunto, porque lo que vio y puede expresar bien, con lógica, es la realidad. Lo demás, lo que cree que oyó es solamente ruido. Andar preguntando por eso, ya no es parte de este mundo. Incluso deja de ser pensable. Ni siquiera es expresable. Por eso usted no puede hablar de ello, aun cuando lo intente.

Morales y Carranza sonrieron. Estaban cercanos a un extraño suspiro.

–Y además –continuó Oroitz–, tampoco tiene sentido que se ande preguntando sobre si usted hizo bien o hizo mal en relación con eso que escuchó. Sólo existen los hechos: usted agarró al muchacho malo, usted trató de ayudar al candidato, usted hizo bien.

–¿Cómo dice que se llama ese filósofo que nos saca de esta bronca?

–Wittgenstein, mi coronel. Recuérdelo bien. Él lo puede sacar de muchas broncas.

–Vítquestan. Está, bueno. Y si me preguntan, le puedo hablar a la gente del filósofo.

–Como usted lo desee. De eso se trata. Adelante.

–Entonces, es como si dijéramos que yo hubiera soñado lo que alguna vez hablamos usted y yo.

Sustrai Oroitz llevó la mano a la portezuela de la camioneta para romper con aquello. Bajó del auto, pero volvió el rostro hasta estar seguro de que lo escucharían con claridad.

–Sí, Goznes, es una buena forma de expresarlo. Incluso está más allá del sueño. Yo le diría que usted, Goznes, soñó el sueño equivocado.

Al caminar hacia el hospital, Sustrai volvió a sacar el celular para hacer una llamada en soledad. Ya nadie lo escuchó preguntar a qué hora tendría la oportunidad de volver a hablar con Juan Teruel, ni sobre lo que le diría. Ni el Goznes Moreno ni Carranza alcanzarían a oír cómo contestaba a las preguntas insidiosas del oculto personaje que se comunicaba con él por aquel teléfono. Le explicaba la treta, unos u otros dispararían y los que llegaran tarde generarían la confusión, no era plan fatuo eso de tener dos o más atentados al unísono contra el mismo objetivo; termina por parecer que el atentado lo preparó la aldea entera. Los sudorosos militares no pudieron saber que Sustrai, para tratar con Juan Teruel, se negaba a usar las paradojas del filósofo inglés o alemán que tan buenos resultados le habían dado en varias ocasiones. Prefería, ahora que tuviera su segunda reunión con el asesino, reforzar las raras ideas que Teruel tenía en la cabeza y aderezarlas mejor con un poco de Borges, de la Biblia y San Agustín. Sí, Borges, la Biblia y San Agustín podían servir para el prisionero.

—Quizás, le puedo hablar de los insurgentes y los radicales de la revolución, o seguir con lo de una conspiración fraguada en el extranjero. O podemos hablarle del mismo Ernesto Messina y el Partido Unión Americana. O le hablo de los elegidos y la llegada del profeta Mormón. No me preocupa, hace un par de meses que está convencido. Entre unos y otros, él se traga la culpa. Tan sólo tenemos que empujarlo un poco más.

----0000----

Caballo por dama

Uno creería que lo ocultan en los dientes: en los sucios dientes. Ahí sería el lugar para guardar el guijarro que alberga el diamante. ¿Por eso los revisan? No. Observar su boca abierta sirve para un asunto lejano a la dureza de las gemas: lo hacen para descubrir al febril, al acabado, a la víctima del *falciparum* u otro

miasma. La fila de prisioneros en el crepúsculo apunta al escrutinio y hace pensar en un insecto unido, compacto. No por los múltiples pies o la cabeza al frente erguida en son de queja o grito, sino porque cada esclavo inclina su torso agotado. Lo hace contra la espalda de su antecesor creando el ondular de la oruga. El soldado revisa la boca sin meter los dedos. Captura cada quijada con la pinza de su índice y pulgar, y asegura que el paladar, la lengua, los labios y las encías están libres de pústulas. A cada negro, mujer u hombre, le hacen masticar un machacado de hierbas, amargas como el jengibre; y escupir en una pileta que pronto volverá al río. Agua, luego enjuague. En la foto, la fila de mineros cautivos se pierde hasta el charco, como si ellos surgieran desde ese caldo, emulando la evolución de las especies: desde el plancton larvario hacia el monstruo crecido que escupe y hasta el más erguido que abre las fauces para ser revisado; desde una bacteria pútrida en el arroyo hasta el soldado y su moderno fusil de aleación indestructible. No es fácil elegir entre esa gente, porque con la timidez del sol de la tarde, ellos tienen cefalea, salen de la faena con escalofríos aterradores y calambres, y llevan consigo el ardor de sus manos, calientes y laceradas de tanto escarbar, moler y lavar piedra. Pero el soldado tiene que intentar saber quiénes, entre ellos, están infectados. ¿Quiénes? Él y su escaso criterio separan a discreción. Buscan a esos; los que albergan estallidos de pus en los tejidos de la boca. Será para que duerman en otra barraca, para que trabajen río abajo. Él corta en partes al gusano; lo desmiembra. Unos a diestra... otros a la barraca chica de la ladera. Su actitud muestra que no encuentra nada en las bocas y solo silba para señalar un enfermo entre los enfermos, cuando siente más repulsión, ansia, fastidio. Poco a poco aprende que podría dividir al gusano de gente en cien o más pedazos, matarlos a todos, pero por una razón inexplicable, el grupo de gente permanece unido, comunicado en sus partes que han dejado de ser las de los hombres.

Torre por torre en uno dama (jaque)

Septiembre 2001

Si realmente quieren oír sobre eso, probablemente quieren saber dónde nací y cómo fue mi asquerosa niñez y lo que hacían mis padres antes de que yo naciera y todas esas cosas como de novela inglesa. Pero yo, la verdad, no tengo ganas ni memoria para meterme ahí y seguramente acabaría afectando gente; diciendo lo no bueno de quien no debo; diciendo lo que no quieren oír. Creo que más les interesaría saber cómo salí del agua del Kill van Kull: más interesante que cuando salí de niño de Parque Vélez; pueblo de asco, o cómo salió mi padre de Lasarte-Oria, allá en España y cómo emigró y se fue a Irún y luego hasta acá a poner una mueblería y hacer negocios vendiendo favores de gánster en Parque.

No estoy para extender aquí una autobiografía ni esas cosas, sino quizá para platicar lo más reciente que me ha ocurrido desde que hui, desde que avancé hacia los patios de inspección; sí, dando tumbos en una lancha; una que yo no llamaría rápida y que no sabía manejar, porque no sé nada de navegar... No es lo mío. Pero aquella lancha, estoy seguro, me salvó la vida. En eso pensaba, y en mi esquila de espuma que quería se borrara rápido porque bien sabía que el francés y los otros irían a buscarla. Quizá quieran saber cómo había ganado un poco de tiempo porque vi de reojo cuando el Mischievous Kelly reculó y viró sobre su eje para recuperar a Inanna, inerme, como una bandera ensopada en las batallas del Mediterráneo oriental. Así la sacaron, como una toalla escurriendo, jadeando en el frío.

Yo continué mi camino a toda marcha; me acerqué a un puerto desolado... Sí, me prendí de una escalerilla, sin amarras ni nada de eso. Ahí dejé más huellas. Mis pisadas marcadas sobre los tablones oscuros de un muelle mohoso con días sin usar. Luego

encontré puro tambo tirado, pura porquería en el muelle. Pero no me iba a esconder ahí. No. El pinche francés me iba a buscar debajo de cada bote o mampara; seguro. Así que avancé con lo que me quedaba. Estaba adolorido y cansado. Tuve que limpiar mis zapatos de guijarros, me acuerdo. Busqué un taxi, un bus o un alma caritativa. No traía dinero; ni papeles ni nada. Pura desesperación. No traía mi botella de licor que se robó seguro el lánguido caribeño que recita; pinche Whitman. Nada con que seguir adelante, pero lo intenté. Así, bastante me costó alcanzar alguna calle principal de Bayonne para huir. Agotado, adolorido.

No creo que les importe mucho si tengo hermanas o hermanos, si mi madre, cuando yo era niño, coció y tejió para medio mundo; para sacarnos de Parque Vélez y llegar a la capital. Mi padre nos había dejado algo, pero su mala imagen nos obligó a mal vender sus cosas y sus propiedades y ¡cómo se mató, la vieja, para darme estudios! Aunque luego yo me pagué la carrera vendiendo apuntes... También exámenes viejos y hasta madrazos en peleas de bobalicones. También vendía hostigamiento; sí, mis amenazas e insultos preparados con sangre y rabia, cuando mis compañeros necesitaban que yo me enfrentara y retara con petulancia a sus enemigos. Lo hacía bien, sobre todo la parte de ser un brabucón y amenazar sin que importe si les iba a cumplir... Pero eso no lo voy a platicar, porque más quieren saber cómo salí vivo ese día. Cómo la libré ese maldito día moviéndome desde el sur, todavía en New Jersey, hasta el Holland Tunnel para regresar a Nueva York; y lo que hice después. Eso interesa más y no mi historia igual que la de cualquiera.

Cuando encontré una calle me puse a pedir ayuda, pero no había gente. No me recogió una viuda rica, ni el Ejército de Salvación aunque tenía el aspecto para acabar en un Senior Center o en el mismo YMCA y ponerme a dormir en un jergón de hule espuma orinado como los que hay en el YMCA. La verdad, vacilé un poco desesperado porque no conocía y no sabía hacia dónde ir. Luego oí el motor de un auto. Era un camión mediano. Lo paré

haciendo señas. Era un repartidor de mensajería; le rogué, le grité y no detuve mis aspavientos. Hasta creo que me hincué enfrente, obstruyendo la calle. Cuando se detuvo le dije que me habían asaltado; que me llevara a la policía, que con eso tenía. Oyó lo de la policía y seguro se dijo “este no es un ratero, ni un delincuente; este dice la verdad; este quiere ir con la policía”. Me abrió la puerta y le puse cara de perro agradecido. Imaginen lo que era para él levantar a un viejo... un viejo exprimido, con su traje sucio; mal afeitado, alguien jodido pero con origen respetable. Eso era yo. No le provocaba miedo, únicamente pena.

Ustedes no quieren saber de cómo aprendí a actuar en mis relaciones personales; cómo aprendí a hacerme el suficiente, el fanfuche, el elegante si lo necesitaba; cómo deje de pelear y comencé a usar a otros para que pelearan por mí y los que yo convencía de usar mis servicios. Ustedes se aburrirían mucho de eso porque es un proceso que algunos vivimos, que nos hacemos dueños de nuestra forma de ser y logramos que nuestras maneras no nos dominen. Eso pasó conmigo y lo fui mejorando con el tiempo hasta que me sirvió para parar al señor del camión de mensajería y pedirle ayuda y convencerlo de que yo merecía que me ayudara. Le generé confianza y pronto estaba descansando en el asiento de su camión; quizá hasta dormitando a mis anchas mientras él recorrería toda la Bahía Alta; yo sin pensar que el francés de la secreta se la había pelado. Seguro creía que había hecho su buena acción del día y no se imaginaba nada. ¡Qué maravilla! Sin que lo supiera, él había ayudado a que juntos nos hubiéramos jodido el pinche francés. Y yo tranquilo descansando en un cómodo asiento de camión.

Ustedes no deben querer saber cómo aprendí a juzgar a la gente; a hacerme hábil en valorar quién me iba a servir, quién me iba a ayudar, quién no me convenía y mejor no lo trataba. Ustedes están en otra cosa: en el chofer del camión que pronto pude darme cuenta de que era alguien sin importancia: un tipo deprimente, gordo o más bien cuadrado como un colchón al que

le costaba girar el cuello para verme, pero un sujeto lleno de dos cosas: aburrición y bondades reprimidas. De seguro regresaría a casa con otro rostro, porque tuvo un día distinto y le contaría a su mujer; una matrona de porte italiano con cabello largo y descuidado y triple panza de senos, estómago abultado y gran vientre caído, lo curioso de haber dado con un pobre viejo que lo asaltaron y lo fueron a botar a los muelles de Bayonne. No le conté nada, él se lo estaba imaginando. Y en una horas le diría a su mujer: lo dejé en la estación de policía, pobre hombre, para que presentara una denuncia y no le hicieran caso, porque es difícil hacerle caso a alguien extranjero, que llega a la ciudad y lo asaltan y le quitan todo... Lo dejé en la comisaría 24 que me queda de camino cuando llevo las cajas de sector oeste al final de la jornada.

Fue lo que le quedó más cómodo al chofer con cuerpo de colchón sonriente que me deseó suerte. Y seguro fue feliz cuando yo y mis heridas y toda mi mugre nos bajamos de su camión porque ya no lo molestaríamos y le podría contar a los amigos de taberna que había ayudado a un tipo de traje elegante que estaba fregado, sucio, como si lo hubieran arrastrado para asaltarlo. Seguro lo subieron a la cajuela de un auto y se lo llevaron a Jersey y le pondría un poco de historia: “lo acompañé, lo ayudé a presentar cargos porque tenía acento extranjero y se lo habían jodido por no conocer la ciudad, tanto pinche maleante que hay por ahí; por eso les digo que mi trabajo es peligroso”. Por supuesto que, en cuanto bajé del camión y le di las gracias, me fui para otro lado y no entré a la estación de policía. Me quedé en la puerta y luego me puse a caminar pensando: por igual en unas cosas que en otras, pero ya más relajado. Ya traía el alma bien asentada en el cuerpo. Me preocupaba menos de mi ropa o del dolor que me venía de los zapatos. Pero ya estaba tranquilo y a ratos hasta me olvidaba del francés y de los Kings y hasta de Inanna Panditah que seguro ahora me odiaba más que nunca, y nunca me acosté

con ella, mierda; y le estaría contando ahora todas mis fechorías al francés.

Ustedes no la pasarían bien si les contara cómo me hice aficionado a eso de las mujeres porque es algo que tarde o temprano suena muy pretenciosos; muy machista. Y la verdad es que se parece a mi gusto por el alcohol. Un día te lo tomas con calma y entonces lo ves normal: decirle a una que le invitas una copa, decirle a otra que es muy guapa, luego lanzarle a una algo sobre sus curvas, decirle que serías muy feliz si la pudieras besar. Eso se desarrolla sin que te des cuenta; es cosa de cruzar rayas como el día que decides tomarte otra ronda antes de regresar a casa y luego te animas a invitar a los amigos hasta muy tarde y luego ya decides que no es tan grave si no llegas a dormir o si no hablas del tema con tu mujer y pones cara y no le das importancia. Son puros pasos cortos, pero al final son largos y pareces un completo crápula y hasta te admiran por tu seguridad; también acabas siendo un alcohólico y te perdonan porque eres un ser distinto que se atrevió a lo que otros quisieran atreverse, pero no dan ni siquiera el primer paso.

Eso... ya no es algo que podamos platicar. Todos quieren saber el final; no les importa la trama. ¿Cómo acabaste? ¿Qué pasó finalmente? Por ello, sólo les digo que esa tarde, ya tranquilo, comencé a pensar de forma sensata, porque llevaba rato que pensaba pura pendejada porque me habían dado algo, seguro me habían estado inyectando mientras dormía o algo así. Pero con la ciudad encima se me bajó ese efecto y empecé a pensar mejor. Al principio no se me ocurría bien a bien a quién recurrir. Nada... Ni qué hacer, pero tuve el tiempo de respirar como muchas veces no lo hacemos: pausado, intencionalmente, como si fuéramos a saltar a una fosa profunda. Me senté en un sitio y luego en otro, y aunque el viento de la tarde comenzó a jorobarme me planté más tranquilo y dije: “déjate de estupideces, sólo hay que hacer el siguiente paso”.

Fue entonces que busqué en los bolsillos a ver qué hallaba. No es cierto que me habían dejado sin nada. Sí, me habían dejado sin

cartera y sin dinero; sin mis tarjetas de crédito. Pero buscando, lo primero que encontré fue el gastado boleto de la lotería del estado de Nueva York como para ganarse toda la plata del mundo. Pero también, por ahí fue que estaba la tarjeta de Monique, incluido aquel teléfono de la Ladies Escort Agency; whatever your imagination wants and more. Me hizo sonreír y también tener coraje porque finalmente no me la cogí, ¿verdad? A ella no y eso me podía provocar un poco de enojo, pero el enojo bueno, el que te hace intentar y pelear por algo. Sí, vi su tarjeta con coraje pero también mucho detenimiento, y entonces hasta le tomé cariño a la puta de Monique que seguro tenía otro nombre. Desde entonces pensé que usaba un nombre falso. Esa tarjeta era lo único que tenía en los bolsillos. Bueno, lo único importante; porque había otra cosa: el pinche sacacorchos del hotel, el mismo que Monique no pudo encontrar y que tanto me había servido para escaparme; y con eso se acababan mis posesiones para que vean lo pobre que estaba. Lo pobre que está cualquier persona cuando empieza desde abajo a subir la cuesta. Me pareció una cosa tan célebre que tampoco los pendejos de los Insane-Kings hallaran ese tirabuzón en el fondo de la bolsa secreta del saco pero ahí estaba, ahora, en mi mano, para darme valor y ganas de hacer algo.

Ustedes no quieren saber de cómo me daba valor cuando tenía problemas en la escuela o en el trabajo entre los ingenieros petroleros que se burlaban de mí como diciendo que yo no entendía nada de sacar riqueza de la tierra; nada de ingeniería. Pero eso no importa. Lo que vale es que, con mi arrugado billete de la lotería, con el sacacorchos y con la tarjeta de Monique me recordé que las cosas son así: unas veces vas hacia arriba y otras hacia abajo. Eso es lo que te enseñan objetos tan simples como esos, cuando no tienes otra cosa entre las manos. La vida es simple: a veces bien y a veces mal, pero nunca te condena para la eternidad. Y ese día, no sé bien si por ese pensamiento o por otros mejores, pero algo me animaba; quizá la desesperación, pero el caso es que me animé y comencé a actuar con sensatez. Muy frío. Muy inteligente.

Entré a una cafetería de la calle sesenta y cinco y me atreví a pedir un quarter para hacer la llamada. Sí, vamos, qué es un quarter, si voy a cenar aquí: no tengo cambio. Me lo prestaron y me vi de pronto con el auricular y escuchando la voz de una matrona; gentil, dulce. Me dijo que se llamaba Sunny.

Pregunté por Monique y me dijo que estaba fuera; que tenía mucho trabajo esa tarde... Sí, que tenía un día pesado. Me dio risa y pensé que tenía un tipo pesado encima; un tipo enorme como el chofer de la camioneta que me sacó de los tiraderos de Bayonne. Le dije que quería una cita con ella, con Monique. Me ofrecieron a otras: a Charlotte y a Divine, pero insistí que me habían recomendado a Monique y que la quería a ella. Quizá más tarde, pedí, pero tiene que ser hoy porque viajo, mentí; y hasta mencioné a un amigo francés, muy especial y exquisito que la había recomendado.

La matrona cedió; se dio cuenta que realmente quería con ella, con Monique. Así que al final arreglé que la cita sería tarde, a la una de la mañana. Me dio mis instrucciones: rentar un cuarto en el Hotel Caulfields, un hotelucho que quedaba hacia el norte, hacia Hamilton Heights. Me dijo que usara el nombre de Jim Steele, nombre clave, y esperar ahí.

Por supuesto me escapé del café sin pagar el quarter y me puse a caminar hacia el norte.

Es increíble lo que puede uno encontrar en una tarde vagando y con hambre. En la avenida Ámsterdam me conseguí una lata de refresco que no se habían acabado. No me importó si la había bebido un sidoso, un marrano con influenza. Luego, cerca de Columbia, me salió rogarle a los estudiantes y me hice de varios sándwiches y hasta empezó a gustarme la vida de homeless. Me convertía en alguien más joven.

Toda la tarde, hice mis movimientos con calma y me fui recuperando. Creo que volví a ser persona; se me fue quitando la depresión y me sentí valiente; incluso, diría, me sentí pendenciero, como un adolescente. Y así, como si me llenara de energía a cada

paso, llegué hasta el Hotel Caulfields; ya era muy tarde. Vi sus luces siniestras hechas con tubo de neón, en guerra con la calle que era muy oscura. Me acerqué sin que me vieran. Me asomé. Comprobé que era un lugar feo y decidí quedarme afuera en una sombra a esperar que diera la una de la mañana.

Fui paciente. Y mucho, porque ella se tardó en llegar a nuestra cita. La vi bajar del taxi con la jeta de una hiena y luchando por encontrar un buen parado con sus altos, altísimos tacones. Tuve suerte: un regalo de los dioses. Antes de entrar al hotel se detuvo a prender un cigarro. Y yo, mientras, agazapado en la sombra. La dejé terminar de fumar y entonces... la atacué. Una mano a la boca, la navajilla del sacacorchos al cuello y, ahora sí me vas a oír, Monique, o como te llames. No sé bien de donde saqué tanto valor. Le quité el bolso que venía cargado de tarjetas del club de acompañantes, perfumes, el celular, pastillas, las tarjetas de crédito, una libreta, condones y dinero: un chorro de dinero porque su día de hartó trabajo había sido excelente. No así el final. La llevé a mi rincón oscuro donde también le saqué algunas palabras: no conocía al francés pero sí a Whitman. ¿Quién te contrató? Ferra, le pregunté varias veces y ella sólo negaba con la cabeza. Le mencioné al francés y le mencioné a uno que repite y repite poemas de Whitman. Entonces asintió. ¡Pinche Whitman! ¡Tan callado! Quizá era él quien pagaba, quien cobraba, quien llamaba... Y Monique, tan pronto la soltara, iba a ir con el pinche Whitman a rajar.

Finalmente encontré la pistola; la mini pistola que había sacado en mi cuarto de hotel. La encañoné y eso que tenía miedo de que tuviera algún seguro, clave o maña, como decimos nosotros, para activarse y funcionar... Mierda de pistolita; pero servía. O quizá no estuviera cargada. Pero la cara de ella era clara. Me la había chingado. Estaba aterrada mientras le apuntaba. Después de un rato decidió hablarme en otro tono. Salió con un comentario ensayado, dulce: algo de que se había quedado con ganas, muñeco, me dijo... Y luego habló de pasar el rato juntos, ya sin estorbos. Seguro eran palabras de cuando trabajaba para clientes

sádicos, pero le respondí con sandeces: insistiendo que a mi edad ya no hay gusto por conquistar, o agarrar nalgas como las de ella. Lo nuestro, lo de los vejetes como yo, es la puñeta bocarriba, lenta, despacito, con películas porno. O que nos la chupen un buen rato. Ya no damos para más... así que, ¡camina! Quedó en silencio y lo siguiente fue tomar un taxi, que ella pagó. Yo no tenía la más remota idea de a dónde ir. Lo puse a rodar y juntos bajamos otra vez por las calles de Nueva York hasta donde sea. Acabamos en otro hotel; uno que vimos al pasar por la calle cuarenta y tantos. Se llamaba Ernie's o algo así y en una de sus habitaciones del piso cinco quedamos sentados frente a frente esperando y escuchando el sonido eterno de un ventilador. Por primera vez la noté tremendamente agotada; dispuesta a lo que sea con tal de que la dejara recostar. Yo no estaba mejor que ella, pero me aguantaba. Tenía odio y coraje.

De pronto le dije que se acostara en la cama; que se metiera entre las sábanas. Ya se iba a meter cuando le ordené que así no, que se desnudara primero. La maldita se rió, creo que de mí o de todo lo que alguna vez me había pasado en la vida. Me dijo algo de que yo era un perverso. Me volvió a tratar de “muñeco”, de “muñequito lindo y travieso”; yo tenía edad para ser su padre o quizá su abuelito. La encañoné y se puso seria y se sacó la ropa; toda la ropa porque se lo ordené varias veces. Brasiere, calzón, todo. Se metió a la cama muy sexy y hasta le dio de palmadas al colchón a su lado para que me acostara con ella: muy simpática.

Claro que no lo hice. Acomodé las luces para que no le molestaran, pero que pudiera verla y me quedé callado en el sillón. Estaba hermosa; otra vez guapísima o más sensual que nunca, ahora que la veía totalmente sobrio, yo... Y ella llena de miedo, pero las circunstancias no eran para meterme a la cama. Me miró un rato... mucho rato. Entonces me insultó, me dijo “fuck you” y se dio la vuelta.

Yo esperé y esperé, pensando. Y eso que no quería pensar, porque estaba terriblemente jodido y terriblemente cansado. Me quedé en el silencio. Bueno, ese extraño silencio que existe cuan-

do creemos que estamos en silencio y que se llena con algún lejano claxon, el ventilador, unos pasos y el agua que escurre cuando algún huésped, de esos con próstata inflamada, le jala al baño. Pero aguanté. Fueron 14 minutos y 33 segundos así. Quieto. Creo que apenas podía sostener el arma, pero pude esperar sin doblarme. No me fue difícil darme cuenta de que Monique se había dormido. Le susurré un par de cosas y no contestó. Entonces arranqué el cable del teléfono para que no pudiera usarlo cuando despertara y así ganar tiempo; y luego tomé una bolsa y puse ahí el cable y la ropa de ella; también para ganar tiempo. Me guardé todas sus pertenencias en los bolsillos: las pastillas, las tarjetas, el celular, una agenda, sus papelitos... hartos papelitos y hasta los condones. Luego me asomé por la ventana del baño que daba a una callejuela inmundada. Botes de basura y cajas viejas, humedecidas por la lluvia. Aventé la bolsa y me salí del cuarto. La dejé sin nada, ni dinero, ni ropa, ni llaves... Nada. Fue como mi venganza por las horribles horas que había tenido desde que la conocí. Me fui entonces a otro hotel... aunque fuera cerca. ¿Cuál problema? Encontré uno que se llamaba Summer End, cerca de Riverside. Nadie me vio entrar. Pagué, me di un baño y me dormí, tan tranquilo, tan quitado de la pena, hasta bien entrada la mañana siguiente. Dormí como bebé.

Quizá quieran saber de mis perversiones, pero son como las de cualquiera... Son cosas jodidas de malpensado. He pecado con la mente y con mis omisiones. Creo que así somos los hijos de la chingada modernos: pecamos pensando y siendo negligentes. Viendo cómo otros se dan en la madre y se avientan por abismos cuando pudimos avisarles que cuidado, que por ahí se iban a matar. Pero no somos tan activos como la gente pervertida de antes. Por eso ya no somos divertidos. Yo no soy bisexual ni me he metido con animales. No soy alguien con perversiones que tengan chiste. Por eso no platico de esas cosas. Lo que han de querer saber es que, luego de dormir a mis anchas lo que quedaba de esa noche en la que sí descansa, me fui a una cafetería ya muy avanzado el día... Me senté en un rincón oculto y pedí harto de desa-

yunar. Me moría de hambre y, mientras comía, me puse a examinar las cosas de Monique. Algunas de sus tarjetas tenían su nombre real (bueno, parecía que ese era su nombre real): Sasha F. Kavinsky, lo recuerdo muy bien. Y al leer su nombre, se me convirtió en una mujer real... No sé, como Inanna o Regina; también Diana que es lo más real que ha existido en mi vida; gente de verdad. Que se quiebra y te dice “estoy jodida” como yo se lo he querido poder decir a muchos... Pero no puedo. Pero con saber su nombre, pues pude pensar un poco más claro: ella no me importaba ahora que tenía historia, alguna historia rara de emigrantes jodidos que venían, seguro de Ucrania o algo así; esa mujer, ¿por qué no?, estaría ahora mismo buscando cómo hablar con el maldito Whitman. Quizá habría gritado a las mucamas para que vinieran a ayudarla para tener teléfono y llamar a Whitman. Les habrá dicho que el cabrón de su novio o su cliente o el pervertido que la levantó, la había asaltado. Quizá estuvieran llamando a la policía y describiéndome como un perverso que levanta prostitutas, las amenaza, no las toca, sólo las mira y nada, y luego las deja sin ropa en su cuarto. Por eso digo que, hoy, los cabrones pecamos más con omisiones, con pensamientos y sacando las manos de donde va a pasar algo malo. Somos malditos putos que nos hacemos de lado cuando un auto va a atropellar a alguien. Quizá ella solo estaría hablando con Whitman porque las niñas como Monique le tienen miedo a los policías. Quizá ya le estaba diciendo lo que podía sobre mí, pero ya era tarde. Quizá juntos planeaban como chingarme. Pero lo hacían llenos de coraje porque esta partida de ajedrez se las había ganado. Yo por mi parte sabía también que el Hotel Marriot Marquis y sus malos tragos estarían sitiados por la policía y los hijos de Whitman y los Kings y sus putas; como un panal con su montón de abejas soldado zumbando alrededor y seguramente ellos sólo pensaban en ver que me apareciera para joderme.

Entonces me vino la idea: agarré su celular y me puse a buscar en el directorio. Ahí estaban los teléfonos de Sunny; de Charlotte y Divine, y de otro montón de gente, de rameras apetecibles y de

clientes que no reconocí. Algunos sonaban como gente importante; quizás hasta banqueros o políticos. Pero en la W no estaba el nombre de Whitman... Eso me molestó y hasta me provocó miedo. Apagué el celular porque ella y Whitman, quizá también el francés, sabían que yo tenía ese teléfono conmigo y podían llamarme. Pero sabíamos que Whitman no se llamaría Whitman. Yo sentía que si sonaba el celular iba a ser como si me pudieran ver y me pudieran localizar y pudieran venir en bola a atraparme y matarme. Tenía miedo de verdad.

Lo pensé un largo rato; pidiendo varios cafés cargados; uno tras otro. Decidí ganar tiempo y me fui a Brooks Brothers para comprarme ropa buena. Le conté al dependiente que estaba de viaje y me habían perdido mi maleta: dos días usando lo mismo, se imagina. Me miró. Casi se atraganta con sus litros de compasión. Era un tipo de esos que llaman metrosexuales. Toda su ropa perfecta, deprimente. Hasta la corbata la usan tantito de lado, pero intencional, para que parezca casual y así sean perfectos. Los lentes de marca, octagonales y con armazón de carey; quizá no estaba miope, pero no le importaba... él quería unos lentes así y los tenía. Y cuando me puse triste por lo de mi maleta perdida y le dije que eran días usando la misma ropa, se puso casi histérico... Era como si le contara una historia de niños violados, o de masacres en los Balcanes. Se puso de mi lado y sacó puros sacos y camisas de lo mejor, de súper moda. Al final saqué la tarjeta visa de Sasha Kavinsky y la aceptó así que sentí, a la distancia, que yo me estaba chingando a Monique y al Whitman y a todos... y de pasada al francés comprando ropa con su dinero; ropa que nunca soñé.

Creo que saliendo de la tienda fue que me di cuenta... Pensando de manera más tranquila. Haber comprado con su tarjeta me demostraba que yo me podía joder al Whitman o él me jodería a mí. Y de golpe me acordé de un nombre que había leído en el celular de Monique: Jim Steele, el nombre que me habían pedido que usara al registrarme en el hotel de putas del norte.

Prendí el celular y recorrí los nombres hasta encontrar el de Steele. Al hallarlo, ya estaba parado en una esquina. Había claxonazos y bullicio y no estaba seguro de lo que debía hacer. Jim Steele era como el nombre de un agente secreto, seguramente inventado; más falso que un viaje a Júpiter. Pero no podía tolerar que pudieran ellos llamarme primero. Y antes que otra cosa, pensaba en Inanna, en su imagen mojada oscureciendo los intensos colores de su cabello, su ropa, su maquillaje. Al ahogarse en la bahía, haría ese veloz camino hacia la muerte, quizá como sirena deslumbrante: lo haría a partir de la juventud, esa que te despierta Guerlain y los productos de avanzada de Elizabeth Arden, hacia la tumba misma: hacia la fantasmagoría. Ojos de mapache, de zombi, de vampiro cuando se corre el negro de las pestañas. Tenía por ella; mitad por la culpa, porque yo la aventé al mar para salvarme; pero también porque ella me prestó su casa para refugiarme unos días; también era por humanidad porque los Insane-Kings me parecían alacranes u hormigas, de esas que devoran un insecto en segundos. Tenía miedo por Inanna y sabía que no se merecía lo que le estaba pasando y ustedes preguntarán si estaba enamorado, pero no, nada de eso... no era por eso. Creo que era por pura culpa aunque trataba de no pensar... Pero ustedes saben: te quieres olvidar de ella y vuelven las imágenes, su casa en Houston, sus colores pastel para mostrarse, su paso de diosa o de vedette, de prostituta carísima, no lo sé... Pero su imagen vuelve y vuelve y al ver el celular y al pensar en el maldito Documento ETIENCELLE: y en el billete de lotería ella aparecía y aparecía. Por todo ello, no me quedaba salida: tomé el celular y llamé y al llevar aquel aparato a mi oído sentía que me abría con alguna especie de cuchillo picando contra mis oídos.

La verdad es que temblaba; temblaba mucho en medio de la calle, pero mi ropa era súper elegante y eso me salvaba de las miradas de la gente. Sonó muchas veces. Seguro del otro lado estaban dudando. La voz que me contestó era inconfundible, pero para sacarlo de su tranquilidad no lo dejé hablar. Le dije de golpe algo que sonó a “I was one of a crowd”. Y creo que me contestó

sin tomarse tiempo con algo que parecía ser como “Just as you are refresh’d”. Pero no sé si fue así. Lo que era seguro es que hablaba con el pinche Whitman. Pero yo le había llamado... Un yo que estaba muy bien vestido, con corbata de Hermes, parado en la Séptima Avenida. Todo un chingón. A partir de ahí me solté sin parar: le eché un rollo en un inglés que me salía enojón, rasposo; le dije que le dijera al francés que primero que nada se fuera a joder a su puta madre y que bien entendía que él quería unas fotos y que yo quería mi vida y quería salvar a la señora Inanna, así que nos veríamos para el intercambio. Ella libre y yo libre. Ambos para siempre. Ustedes creen que las fotos llegarán a mi hotel, pero no es cierto. Están en otra parte y se las voy a llevar: será cuando yo quiera, quizá mañana o un día después; quizá por la tarde, ¡cabrones! O mejor por la mañana cuando esté el sol muy alto; sí, yo les diré cuándo y yo decido cuándo y les dije “motherfuckers” varias veces y no dejé hablar a Whitman. Lo dejé callado, jodido. Lo interrumpí todo el tiempo y lo volví a interrumpir cada vez que parecía que intentaba hablar conmigo. Lo interrumpí muchas veces. El lugar será el Zoo... Llevan ahí a Inanna y la sueltan. Sí, en el Zoo de Central Park y, para más seguro, donde están los leones marinos o quizá junto a los ciervos o donde los puercos de Guinea... pero le insistía que prefería en el lago de los leones marinos que conozco y me había gustado; ese lugar oloroso, ruidoso y rodeado de gente, de niños gritones que escapan de sus padres y maestros para darle algo de comer a esos animales grandotes y aburridos. Será hasta que yo les diga cuándo y será en compañía de los leones marinos. ¿Entiendes? Cerré bien: con eso de “no se atrevan a llamarme, yo les voy a llamar”.

Cerré también aquel aparato y me quedé mirándolo en todas direcciones, convencido de que no podría llamar pronto a los Insane o al francés de mierda. Primero tendría que esperar a que el paquete realmente volviera a mis manos. Quizá Regina lo habría enviado de inmediato. ¿Y lo habría hecho por paquetería exprés? Cosa de uno o dos días desde que lo tuvo... Pero quizá no. Tendría que economizar recursos y esperar. Tendría que

mantenerme discreto; no mostrarme a nadie, porque era vital que nadie me reconociera. Tenía que... No sé... Quedarme agachado, así, resguardado entre la gente y las paradas de autobús...

Quizá ustedes siempre han querido saber más cosas sobre cómo me sentía en ese momento y cómo puede uno, así de repente, convertirse en un paria de toda una ciudad... Sobre cómo se resuelve esa situación. Cómo llega uno a estar así, sin nada que hacer. Sin un lugar a donde ir. Pero la verdad es que no sé bien qué decir acerca de eso. No tenía nada en mente. Solo me quedaba esperar para ir al correo de la calle Pine con mucho cuidado. Solo recoger el paquete y luego llamar.

Ustedes se preguntarán si estaba planeando algo por hacer. La verdad que no. Las cosas me iban saliendo y solo tenía que esperar. Además: la verdad es que uno no sabe lo que va a hacer hasta que lo hace. En el fondo, sin falla, ha sido así. Luego todo es un simple cúmulo de recuerdos. Aquel que te diga: “yo recuerdo que iba a hacer tal cosa” o que asegure que planeó algo es, en el fondo, un pinche tramposo. Uno recuerda lo que hace y ya, porque no hay de otra. Pero la verdad es que tampoco quiere andar planeando. Uno no debe andar diciendo a la gente lo que piensa, porque luego sólo se queda extrañando cosas: no realmente lo que pensó, que se olvida... Se queda extrañando cosas. No sé. Se queda extrañando a la gente misma.

Así que me quedé viendo en todas direcciones. Girando y girando. Luego apagué el celular para que no hubiera llamadas y me puse a caminar. Sí, solo a caminar: buscando y buscando que, quizá, me apareciera de golpe algo, algo.

----0000----

Dama por torre

La fila de piedras está en primer plano. Tras ellas, sus profetas. La verdad es que queda demostrado que las mujeres son mejores para encontrar gemas grandes; y el funcionario, en un rato como

ese se vanagloria diciendo que ha valido la pena el sacrificio, los gritos, la caminata, la sangre, los golpes y las amenazas. Hasta los muertos dejados atrás y sin enterrar, y los niños robados otro tanto... han valido la pena ante piedras tan grandes y valiosas, piedras que prometen y pronto cumplirán. Una roca en bruto, difícil de describir a la distancia, parece mostrarse apenas al interior de una mano ajada y con sangre: tiene volutas simétricas como nalgas y es larga y narizona. Se parece a la mujer sucia que la ha encontrado. Ella tiene nalgas grandes y una nariz ganchuda que corona el desproporcionado alargamiento de su cara. Agotada, como alma muerta, la mujer de junto, no parece más una minera, sino una silla apolillada; es pequeña y muestra tres piedras diminutas a la cámara. Su orgullo, aunque no lo expresa. Debe alcanzar para que compre, como le prometieron, a su hija de vuelta. Otra tiene el rostro negro y opaco como la leña quemada y sostiene lo que parece carbón entre sus palmas blancuzcas y reblandecidas de tanto tallarlas contra la malla, el fango y la pala. Las demás mujeres muestran por igual lo que han rescatado: similar a sus carnes, a sus deformidades y sus gestos de ocaso y esperanza fría. Con esto, el funcionario feliz comprueba que de un modo u otro, como pasa con las mascotas que pasean los aristócratas en Francia, las joyas se parecen a sus dueñas. El ríe con la idea y ríe más pensando en lo que las piedras valdrán cuando las lleven a Europa, cuando las pulan, les saquen sus mejores formas y las marquen, exentas de registros, precauciones y otras formalidades. Serán joyas registradas como legítimas, producidas en supuestas minas formales que garantizan buen trato. Él tiene la fórmula para que las joyas al pulirse, no sólo brillen y se vendan, para que también dejen de parecerse a esa gente tan mancillada, gente jodida con rostros de muerte.

Torre por dama (jaque)

5 septiembre de 2001

Recuerdo que Buté, con frecuencia, se decía enfermo; y resucitaba; quizá estaba enfermo de una larga dolencia crónica, una que le mantenía las entrañas agazapadas, entumidas... Tripas delirantes: no duelen pero confunden, marean y le hacen flaquear sin quebrarlo. Lo fastidian escalón por escalón, bajando hacia ese reino sin sonrisa.

A partir de la dolencia, aprendió el arte de su defensa: astucia para resistir la caída. Se enconchaba con esos ojos de no mirarte; cultivaba ese pensamiento (o quizá una completa vida virtual en paralelo) dulce por único, apetecible por irreal. Así, elevaba su barrera: su escudo contra el poder que le llegaba convertido en intrigas comunes para analizar y repensar, algo que él transformaba, rumiaba y digería, hasta la abulia. Palabra mágica, veta indefectible del aburrimiento que se bebe sin gestos por un sueldo. Sin embargo, el tema de Sustrai Oroitz... Sí, “¡un dilemme!”, era diferente; era su renacimiento a la diatriba, su cura, su elixir, su copa de Chartreuse.

Buté, el funcionario de la DGSE, espía de poca acción, renacía: “comme une nouvelle histoire d'amour”, comentaba con el carraspeo de su voz grave... verde. Ese asunto de Oroitz alineaba de súbito sus pasiones. Obligaba a explorar aristas y relaciones inusitadas. Generaba un verdadero suceso médico: una entelequia balsámica, de las que se agradecen y hacen bullir sonrisas, ruborizar mejillas; inenarrable necesidad de actuar. Apelaba al fanatismo, ya fuera por la verdad tangible; por los pelos de la burra; por el asidero que se atrapa en el puño. Su pasado de ostracismo se convertía en tolerancia y concordia; no odiaba, sólo quería avanzar, avanzar y resolver. ¡Gran caballo equipado de montura y ojerías en los cinchuelos! La mirada al frente; brioso el corazón y con ánimo de empuje en cada arranque.

Aquella mañana, en el Café Amanecer, donde citó al viejo doctor Tallím, al de la barba puntiaguda, Emile Buté portaba el ímpetu de sus veinte años. Y esa vez, en el ardor de su mirada, no se escondían pensamientos apasionados por el ojetete de algún adolescente:

–Soy un hombre espiritual –le explicaba al ruso–; un heredero de masones y eso me hace tolerante con todas las posibilidades.

Buté revelaba cómo se había levantado: así como poseído y a la deriva de un soplo fuerte que habría tirado su colcha y volado sus papeles; despertó sacudido por una presencia: “l'éclairage mystique”. Así que comenzó a exponer con la suavidad que tiene un rapidógrafo o plumilla atómica de diseñador, que se desliza sobre el papel basik:

–Lo que usted me ha platicado sobre Sustrai Oroitz –dijo rogando por una atención especial–, su forma de beber y su forma de tratar a la pobre señora Regina; eso me conmueve: me invoca ir a la acción. Es mucho lo que hay dentro de mí y, para que me entienda, quiero mencionarle a un monje desconocido pero importantísimo en mi manera de ver el mundo: Opicino de Canistris. Usted me preguntará ¿por qué Opicino? ¡Merde! Porque es un personaje único. Él sí nos explica dónde está el problema. Nos lo explica a usted y a mí que somos gente sensible. A usted, que tanto ha estudiado estas cosas...

Y el ruso Tallím miraba con temor.

Buté insistía con lo del monje, con Opicino y con ningún otro. Así le venía en gana; ¡pinche Emile Buté, tan descarado! Y la paradoja en ese verano del 2001, en que todo se nos estaba descarrilando, en que el mundo se nos venía como descontrolado, era que le hablaba a Tallím, al mismísimo doctor Mikhail Nikolaievitch Toukhatchevski, como si entre ellos existiera un acuerdo de siglos que venía a concretarse con el inicio del tercer milenio. Le aventaba argumentos como si lo conociera de alguna reencarnación; del acuerdo entre la oruga y el escarabajo de un bosque en Pangea.

También le hablaba de Opicino como de un asunto de vida o muerte, tan o más importante que los papeles, la llave y los negativos que buscaba rescatar... pero con sus frases de jerga convertía al monje, por igual y sin previo aviso, en una trivialidad. Comenzando con fórmulas fatuas como para entablar cualquier conversación, de pronto Buté frenaba al mundo, posponía los movimientos de traslación y rotación para hacerle entender, sin forcejeos, que Opicino era cosa muy, muy seria:

–*¡Regardez, mais regardez attentivement!* –decía confabulado con la taza–. Yo soy el continuador de una verdad poco desarrollada; una enorme verdad que el mundo de los intelectuales se empeñó en negarle a Opicino... –casi gritaba–. Un desprecio intolerable que, fuera de cualquier pedantería, ni yo me perdono. No es permisible semejante injusticia.

Tallim puso sus cejas en alerta ante una ecuación compleja.

De inmediato Buté salió con el sermón pulcro y redondeado que no le era ajeno, propio en la exclusiva de un melómano: ademanes de músico que entona sus falanges regordetas y amañadas para arremeter contra el teclado... o artilugios de una soprano a la mitad del aria:

–Lo importante a saber es que Opicino estuvo a punto de morir –continuó–. Pero renació de una grave hemiplejía que lo tuvo coqueteando con la muerte por varios meses. O sea que él sí descendió varias veces al infierno para traernos sabiduría; como los héroes antiguos. También, por esa enfermedad, perdió el uso de la mano derecha, la que guardaba todas sus habilidades. He ahí lo importante: con la firmeza y voluntad que sólo tendría hoy un deportista bizarro, un loco tesonero, un empecinado que no sabe hacer otra cosa que lanzar la pelota, cachar o correr, se empeñó en usar la mano izquierda: “yo cocino, yo como y yo escribo con ella..., o muero; pero muero con la mano izquierda”. Así se habrá repetido mil veces, sometiendo sus neuronas y huesos a una terapia extrema, recorriendo termas y entregado a curanderas y masajistas; aprovechando lodos salitrosos para luchar contra los calambres que le causaba el ejercicio desproporcionado que se

impuso para convertirse en zurdo, certero y habilidosísimo funambulista de mano izquierda cuando no lo era. Aprendió a escribir y a dibujar, como dicen, con la otra, con la siniestra; y escribió y dibujó mejor, pero, mucho mejor aún: aprendió a usar el otro lado de su mente. Ahí está también la clave de su iluminación. Si bien perdió su trabajo de secretario del Papa, pasó a entregarle sus servicios al mismo diablo. Así que dedicó cada minuto a redactar y dibujar, sólo como ejercicio y sin objetivo explícito que no fuera agarrar a la verdad por lo huecos, una colosal obra de filosofía e historia; hecha con la parte siniestra de su mente. Entendió como nadie los designios de su guía trasterrena, algo que deberíamos desarrollar hoy, con las ciencias actuales; y si lo hiciéramos sacaríamos de las sombras un mundo único de sabiduría.

—¿Y eso...?

—Opicino pudo encontrar verdades increíbles desde la geografía, enfrentando valiente su cara al mismo rostro de los mapas... Sí, los mapas. Todo en esta vida termina siendo ubicación, espacio, lugar: estar ahí en el tiempo y el espacio que corresponde; izquierda y derecha, arriba y abajo, norte y sur. Todo es locus. La geografía, mi amigo, es la más importante de las correlaciones entre nuestro espacio y nuestro destino. ¿Dónde, si no es en los mapas? Ellos revelan la visión del alto espíritu desde su verticalidad. Así se encuentra la forma en que nuestro tiempo y nuestro espacio físico determinan las grandes fuerzas del devenir.

—¡Putal! —alcanzó a esputar Tallim desde su asiento. ¿Fascinado? Quizá. No sé. Su aliento luchaba con una corriente de café caliente que bajaba a su propio infierno.

—Lástima que no lo traigo conmigo —insistía Buté mostrando un ampuloso y falso enfado— pero si viera usted los mapas que hizo este monje iluminado lo vería clarísimo. Era el vórtice de una gran ciencia que se negaron a continuar. Dios, nuestro Señor, pensaba ese verdadero sabio, formó el mundo para explicar y condenar a todos dentro de su interpretación: ese es el verdadero significado de la palabra destino. Lo que ocurre es que nos

empeñamos en verlo de una manera única, parcial e insuficiente; y no abrimos nuestra mente. El destino eterno está ahí escrito; en la geografía. Lo que estaba pasando se explicaba con las formas que exhiben los continentes, los valles y las colinas. Él, en sus manuscritos que tanto hemos tardado en encontrar, descifrar y valorar, nos explicó cómo Europa; sí, el continente, Europa, forma un personaje, en unos casos masculino y, en otros, una fémina real y mitológica; tiene sus piernas bien definidas... o según se vea pueden ser sus brazos. El caso es que una extremidad surge larga, que es Italia; y la otra, encogida vibrante y pronta a correr, es Grecia. Este personaje está siendo seducido por una mujer musulmana que se forma semidesnuda, semiechada y vulgar en el norte de África. Está seduciéndolo, provocándolo para la cópula... para el *commiscemini*.

—¿El qué, cabrón?

—El *commiscemini*... Cabrón usted, porque cabrón es un tipo como usted, Doctor... que sabe de estas cosas y me engaña con la falsa modestia de los orientales. Mire.

Buté alcanzó de un manotazo una servilleta y sacó pluma para empezar su extraño arte de cartógrafo: desfigurado, lejos del Pedro C. Sánchez, el descubridor de mundos, que tanto le fascinaba.

—Esperar, esperar... Tallím sabe de monje Opicino y de dibujo.

—¡Ah! Entonces recuerda como entre España y Marruecos está la que él llamaba la Vulva Oceani. El hoyo de esta gran prostituta, al que apunta al rostro del hombre. Hembra terrible que tiene aquí una rodilla elevada con sus ropajes moriscos formando Túnez...

—Pero libros que hablan de Opicino dicen África es monje... Monje lleno de piedad que da beso.

—Eso era la vía para ocultar la verdadera perversión. Era para dar papilla moralista a los de la época.

Tallím reía y blasfemaba a ratos; y dudaba igualmente al tratar de dilucidar entre mujer, monje... pero añoraba los dibujos como una droga; la del artista que envidia el ritmo, la contorsión, el

dicho, el rostro, el gesto y la personificación exagerada en su rival de teatro.

–Opicino tenía razón –Buté retomó a su víctima e hizo girar la servilleta–. Sus mapas aunque no los vemos con claridad son una fuente interminable de sabiduría. En verdad lo son. Lástima que hubiera vivido en una etapa de tanto oscurantismo. Él es uno de esos pocos a quienes sí les debemos eso de “se adelantó a su época”, y no lo digo así, a lo estúpido, porque usted y yo ya seamos conversos... Lo digo porque los que tienen el don de la profecía son necesarios; sí, como los soldados de vanguardia, los que exploran la montaña. Opicino, nuestro maravilloso monje, pudo descubrir el mensaje geográfico del mundo conocido para el hombre del siglo catorce. Y en esos mapas vio con claridad la médula misma de nuestra historia, el pleito eterno e irresoluble; sí, la guerra entre la masculinidad occidental y la feminidad seductora de Oriente. Imaginan lo que hubiera podido hacer con más mapas y conocimientos geográficos a su alcance. Lo que hubiera hecho con unas fotos de satélite. Piénselo, amigo, hoy podemos ir más lejos. Acá, por ejemplo en América, las cosas se ponen más interesantes. Primero hay que romper el paradigma y dejar de creer que, por orden divino, el norte queda arriba. No... hay que trabajar los mapas de muchas maneras: descubrir las formas geométricas en los campos y en los sembradíos de trigo; revisar inundaciones, tonalidades a lo largo del año y si es necesario aprovechar hasta las tendencias de los nubarrones que cada temporada nos cubren. Son señales de un mundo superior que nos habla, nos capta con una visión elevada. Unos dicen “extraterrestre”, otros lo atribuyen a marcas de la tierra por fenómenos meteorológicos que dejaron su energía latente por tantos siglos. Es lo mismo, es la grafía real del destino.

–Bien... Bien, señor Buté –cedió la taciturna muralla del arcano doctor Tallím.

–Usted es de los que saben encontrar sentido a las vidas; usted es de los que no sólo trabajan, comen... fagocitan, diría yo. Usted es de los que se preguntan si hay más. ¿Hacia dónde está el ca-

mino? ¿Cuál es mi función en este tiempo? Usted es de los que tienen la llave del milagro que ha tenido que surgir para que el gran Tallím, y yo por igual... para que esto que nos rodea esté ahora aquí, en este mundo, en este momento y en este espacio: aquí en el pinche Café Amanecer.

–Estoy... sorprendido...

–Yo, aunque no me crea, doctor, me he impuesto la misión de avanzar un poco más. Por eso vine a este continente, por ello estoy aquí, escribiendo en mis diarios y apuntando lo que veo entre la gente diferente de acá. He analizado con cuidado la geografía de esta tierra, sus ríos y cordilleras, porque hay que llevar la sabiduría de Opicino a un nivel superior.

–Esto, doctor Buté, es así como ultrasonido en mujer, ¿verdad?

–Eso, eso es preciso, muy preciso –Buté encontró las palabras con esfuerzo y comenzó a dibujar–. Ultrasonido, aplicado al útero, al útero de la madre tierra. Piense en el mundo, el otro rostro del mundo, saliendo apenas a darnos un poco de sí. Es correcto, como un ultrasonido porque la verdad no viene con detallitos y colorcitos como en los planisferios de las escuelas... Hay que explicarla, pinche Madre Tierra, hay que entablar el diálogo con las arrugas, el salpullido y los furúnculos de su piel, hay que abrir la mente.

–Y en ultrasonido de mujer –Tallím balbuceaba–. Diga a mí, señor: ¿cuando nazca niño, si acaso nace, va a ser niño o niña; puto?

–¡Oh! Doctor. Habla usted en broma, pero sus palabras encierran la verdad, como sólo usted puede hacerlo. Déjeme mostrarle y verá; justamente por ahí, por ahí va la cosa... usted me está entendiendo. Acá en América estamos jodidos y ¿por qué? –Buté comenzó a dibujar de nueva cuenta.

–No, no, deja rayas para luego –lo interrumpió Tallím–. No hay tiempo. Sólo dice a mí, en este lado de océano... ¿quién coge a quién?

Sus risas fueron como aplausos lentos de feria en ranchería, y la mano de Buté fue hacia una servilleta con furia:

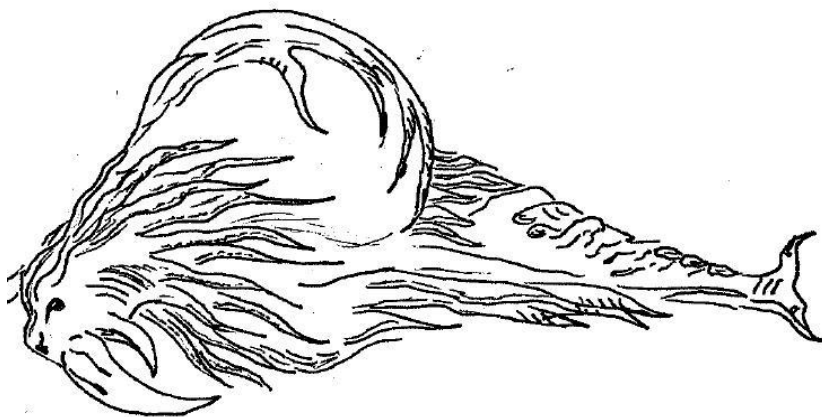
Fue reclutando las pupilas del doctor Tallím, gracias a una pluma que construía demonios. Al dibujar, todo en él, silla, cintura y mente se alejaba, dejando al frente su mano convertida en garra, guiada por una suerte de endemoniada ligereza que podía volar sola.

—Al norte, en lo que llaman Norteamérica, mire bien: son dos dragones terribles volando al unísono. El dragón de cuello largo podría ser Estados Unidos, que se extiende por la nueva Inglaterra hasta formar su hocico voraz en New Brunswick y Nova Escocia, salivando por recibir su bocado: la isla del Príncipe Eduardo. Tiene sus alas hacia el oeste que coinciden con la península de Michigan y continúan hacia el lago Munuscong. La península de Quebec, con New Foundland y Labrador forman el rostro del segundo dragón, el más atrevido y feroz. Con los ojos en Smallwood y la boca presta a abrirse en toda la cordillera. Véalo bien: toda la isla Baffin es un dragón muerto, cayendo hacia las fauces del dragón estadounidense.



Y ¿qué hay en las garras que bajan del norte? Esos que se empeñan en nombrarse un cuerno de la abundancia, los pueblos tropicales del sur, no son más que un pajarillo hambriento en su nido que estira lloroso el cuello para gemir mientras las garras más filosas se encajan en su piel.

Y todo Sudamérica —continuó el dibujo de Emile Buté—: no es más que un ave embarazada. Patas de buitre largas escurriendo por Chile y Argentina hasta formar sus garras entumidas en la Patagonia, patas de hembra cansada de sostener su enorme panza repleta de recursos, hijos del semen del norte, a punto de brotar y perderse. Sus plumas en las alas, largas filosas, apenas le alcanzan para cubrir la barriga hasta las playas de Paranagua jalando y jalando antes de reventar...



—La hembra brasileña... ya la dejaron con panza. ¿Quién?

—Amigo Tallim —el francés retomó su forma de burdo juglar—. Es evidente que la embarazaron, a la hembra brasileña. Sólo es cosa de fijarse en Florida y entender quien tiene el pito en alto...

Mikhail Nikolaievitch Toukhatchevski yacía ahora sonriente en las garras de Buté. Hablaba entre carcajadas con soltura, admirando el falo que representaba aquella península y que el fran-

cés resguardó para el final de su obra de arte, plumilla sobre servilleta; galardón de la mañana en una feria de arte contemporáneo. Se sentía presto a jugar; como se juega al póker cuando las reglas son claras y cada llamada, cada apuesta o pase es parte de una artimaña de astucia que subyuga la suerte y la regresa a su cueva. El gran armatoste de los destinos merecía claudicar ante pretensiones menores. Con gente como esa, con enemigos que entienden de la gran jugada, vale la pena apostar.

—Usted convence a Tallím, convence de lo que sea. ¿Qué quiere de mí? Sólo diga, amigo, ¿qué quiere? No pidió que Tallím viniera para hablar sólo de Opicino.

—Claro, claro... Hace muy poco tiempo, no más de dos días —la voz de Buté se volvió lánguida y devota de algún demonio—, usted conoció un expediente que su viejo amigo Sustrai Oroitz envió a su esposa, la señora Regina. Sé que usted lo leyó, que lo tuvo en sus manos y sé que lo hojeó y que esa gran nariz que usted tiene sobre la cara se detuvo a olerlo. Sé que ese papel y las instrucciones que junto a él viajaron, no está en la casa de los Oroitz... Pero también sé que el documento, y todo lo que había a su lado, es como todo lo que le acabo de platicar, pero aún más profundo. Es un asunto que hace que todos mis dibujos, que hasta este momento le parecían bromas, se vuelvan una verdad jodida, maldita, pesada... de esas que le quitan el sueño a los que importan. Es un papel que no puede ni debe andar caminando con pies ligeros por ahí.

—Papel que es malo en manos que no entienden.

—Usted mejor que nadie, amigo Tallím, sabe que estamos en épocas difíciles; algunos lo explican diciendo que es el cruce de Acuario a Piscis, un duro proceso que tarda de 10 a 12 años del calendario zodiacal: usted salió de Rusia hace años y ha sentido lo que este proceso significa. Lo ha sentido en su propia carne... muy adentro de su carne y nadie lo engaña. Ahora que tuvo todo en sus manos, ¿no sintió que esa etapa llegaba a su fin?

–Transformación personal mía comienza hace 10 años. Exacto hace diez años. Cuando conocí señor Oroitz y, después, a esposa Regina. No quiere que doctor Tallím es traidor... ¿O...?

–Quiero que me ayude y los ayude a ellos –insistió Buté–. Se trata de un gran cambio que pocos entienden y que resulta nefasto en manos de los que no están preparados. Otros hablan de candados de sabiduría que han sido violados; y con ello surgen los males, las perversiones y el descontrol. Pero usted entiende lo que es mejor.

Y Tallím asentía.

–En Rusia yo era político sin importancia. Aquí soy doctor sin importancia. En Rusia bebía, todo el tiempo. Aquí bebo todo el tiempo. Igual. Pero aquí soy feliz. Yo agradezco a Oroitz y a señora Regina.

–Lo sé doctor.

–En Rusia, yo escribía y leía *Argumenty i Fakty*, mi gran folleto... Aquí a veces leo papeles bellos, útiles, como ese Documento...

–Sabe qué –dijo de golpe Emile Buté–; yo atesoro un *Argumenty i Fakty*. Gran cosa en mi colección; redacción sorprendente, convocando a pelear sin dudas ni resquemores: como se debe. En verdad, en verdad me enorgullece platicar con su creador.

¿Es verdad? No... Increíble. ¿*Argumenty i Fakty* hasta este extremo de planeta?

–Yo lo obtuve en Francia. Llegaba como parte de los envíos cotidianos de los agentes de la DGSE en Moscú. Pocos lo valoraban. Pero yo, que he tenido en mis manos cartas originales de Alfred Mahan con explicaciones sobre cómo leer los mapas, escritos de Mercator, cosas en verdad serias... puedo asegurarle que tengo una opinión distinta: quizá como coleccionista de perlas sobre papel, puedo apreciar ciertos trabajos. El suyo merece un lugar especial.

Buté se imaginaba el panfletario cuadernillo de Tallím; quizá lo tuvo en sus manos y quizá no... pero le era fácil pensar en sus

primeros momentos de apasionado lector, cuando visitaba a los anticuarios de un cuarto piso de la rue des Rosiers, cuando tal vez pudo palpar mapas de Juan de la Cosa, cartas del general Marlborough, un oficio original de la fundación de Air Bleu, la mítica empresa del aviador Didier Durat y tantas otras maravillas que, quizá tuvo, quizá no... por falta de su mal habido presupuesto. Y Emile Buté se lamía, como perro cansado de la caminata, los dedos de la mano.

—Creo que en una parte de su folleto —continúo el francés con pasión—, usted escribía indirectamente sobre las enseñanzas de Opicino. Sin saberlo del todo, ¿verdad? Pero lo hacía cuando pronosticó grandes glorias para la causa, por vía de los espasmos de la URSS escupiendo disidentes innecesarios: por la boca de los Cárpatos, decía usted. Es cierto, una boca de labios gruesos...

Y Buté siguió hablando impulsado por una nueva premura que empezaba a rasparle el hígado. Deseoso de sacarle prenda al doctor Tallím, porque los tiempos obligan, se concentró en poner en evidencia que, en eso de perlas y escritos sin paralelo, el Documento ETIENNELLE era especial y como especial, él lo quería. Alcanzó a confesar que sería delicioso recuperarlo muy pronto; importante para su patria y para muchos otros jefes y Presidentes, encargados de la seguridad, figuras claves y maestros de la inteligencia. Pero eso no importa. Delicioso para sus manos. También, ténganlo por seguro, sería algo que despertaría la osadía de periodistas cebados por las peores historias fatalistas: la tierra del apocalipsis; y no por otra cosa, sino porque los guijarros más pequeños e irrelevantes del mundo son fuente de una paradoja monumental: la codicia que avasalla la mejor imaginación colocada en medio del marasmo de negros que no tienen ni dónde caer con su hambre. Estamos para apoyar a los pueblos afligidos de su propia catástrofe, la que se infringen a sí mismos cuando no han mínima concordia entre tuaregs y acholis... Bueno, esos quizá no. El francés no sabe de tales cosas, de razas y regiones, y no distinguiría un pigmeo de un masai o un bosquiano. Pero en fin, lo que imagina que se encuentran entre las grafías y los números

del documento robado haría las delicias de cualquier organización que se empeñe en defender los derechos de los pueblos cuando un dictador los mata, un mercenario los esclaviza, un vecino arrastra y usa sus mujeres, amarra y vende sus hijos, las milicias del este los hacen abandonar sus aldeas y los paramilitares del oeste los obligan a trabajar minas abandonadas. Buté imaginaba el beneficio de la prohibición en la venta de diamantes de sangre cuando prevalecen excepciones y se saben aprovechar. Algunos habilidosos, usando el río revuelto de la injusticia, podían llevar mercenarios, mano de obra y explotar algún agujero del norte de la zona de control; cruzar los límites como si fueran hombres de bien, conciliadores, asesores, pacificadores, y revender las piedras como si fueran legítimas; una sólida red de corrupción basada, no en robar gemas, sino en robar gente, llevarla a los confines de la avaricia y abusar pagando a los fusiles para que empujen la mil veces violada voluntad de los aldeanos.

Pero eso tampoco importa mucho: lo más valioso para Buté, y por ende para Tallim, debía estar en ver un nuevo paso hacia el mapeo completo y real del oso, el enorme oso, que habitamos nosotros como pulgas, piojos y bacterias, en lo más recóndito de su piel. Geografía pura, todo es geografía pura, decía el francés; e insistió en que el conjunto de papeles que Tallim había conocido en casa de la señora Regina habla de las partes más perversas, infecciones pustulentas, de este gran dibujo de la tierra: granos, culos, las secreciones de su entrepierna, la escatología libre y hedionda del gran monstruo que es el planeta, cuando se enferma, cuando gesticula de dolor: rabia y contorsión, cuando la han mancillado a fuerza de barrenas, de explosiones, de pruebas de dolor innecesarias. Sólo por eso y tan sólo por eso vale la pena encontrarlo... sólo por su explicación de cómo la sanguaza del herido bulle a mal sanar la herida, cómo la resina del árbol se arremolinaba para tapar ahí donde se quebró la rama. Sólo por eso...

Tallim podía ser un maestro del ocultismo. En un segundo de silencio pasaron por su espíritu miles de momentos definitorios y no reveló ninguna de sus cartas. Tenía claro que los saberes, buenos y malos, se pervierten con facilidad cuando no hay quien los controle, los distribuya, los interprete. Creía completamente en lo que el francés le explicaba. Lo creía y con eso le bastaba. Sabía de la maldad que encierra aquel que pretenda quitar los diques al aluvión incontrolable de los ríos que se desbordan: es terrible que el mundo del saber se encuentre mezclado, todo a la vanguardia: sin un “primero” y un “después”, sin un “antes”, “ahora” y “mañana”, sin el “arriba” y el “abajo”, sin encajar el bisturí que separa lo “importante” y lo “intrascendente”.

–Señora Regina llamó –dijo con seriedad–. Quería adivinar sobre significado de papel, de fotos y llave extraña como cabeza de perro. Ella cree en mensaje con peso, mensaje especial. Yo trato de averiguar, pero no... no puedo... Fracaso enorme, aun cuando intenté.

La voz de Tallim dejó de ser aquella de un chamán avezado, pausado y dueño de la situación. Explicó cómo pudo oler y detectar, cómo elevó la plegaria, cómo usó cartas y combinaciones de los mejores adivinadores y descifradores, pero no, tan sólo fracaso. A pesar del evidente enojo y desesperación de Buté, el adivino mencionó la Cruz Celta, algunas técnicas chinas, chacras y runas. Sin embargo, no... no pudo entender.

–Nada, nada sirvió y tuvimos que cumplir instrucción –concluyó.

–¿Cuál instrucción?

Tallim dudó unos minutos, miró el dibujo de mapas adulterados sobre su servilleta mostrando aves, dragones, demonios y garras y se convenció de nuevo: confesó que el envío tenía algo en clave, algo en la portada del Documento ETIENCELLE... Unos números y letras...

–Y palabra “Abakuá”. Recuerdo bien: “Abakuá”.

Después explicó con cuidado que Sustrai le pedía a su esposa mandar ese papel con tantos números y claves al Senador Rogelio Ramírez Karp porque él, tal vez sólo él “sabría entender”. El ruso conjeturó algunas explicaciones: quizá Ramírez Karp es Abakuá, porque algunas letras coincidían; quizá Ramírez Karp sabía cómo leer en lengua Abakuá, una lengua de África o de alguna isla de Polinesia o el Caribe; quizá nada de nada y todo era un signo menor, un código de una biblioteca donde el papel estuvo guardado; quizá era la clave para detonar una bomba, porque eran bastantes números y letras; quizá...

–Y ¿qué más? –preguntó Buté.

Lo demás eran negativos de fotos; negativos difíciles de entender como aquéllos de un mar profundo de cuerpos fantasmales; imágenes de luces, claros y oscuros y negro; mundo alrevesado, alimento para los que miran desde adentro de nosotros... como burbujas y gases en rebeldía, como sacadas de la portada de un disco de música alocada y sicodélica... Y por supuesto, esa llave diferente como de película de espías. Pero el doctor Tallím no contestaba.

–Lo demás... Fotos, sólo tira de película para fotos que no tenían nada.

–¿El Senador Ramírez Karp tiene los negativos?

Al doctor Tallím le parecía un exceso que le cayera el peso de esa pregunta, pero pronto reconoció la inteligencia y la exageración del francés entorilado en preguntar y preguntar. Preguntar por los mapas y preguntar el pasado, y preguntar por la llave y por el significado de las puertas de Breidablik, por el gran palacio de Balder, auténtico dios de luz y verdad.

Entonces, sólo reconoció que las instrucciones de Oroitz habían sido muy claras, sobre todo lo que tenía que hacer la señora Regina, tan hermosa su ama Regina: sí, así es, Sustrai había pedido que los negativos se enviaran de nuevo a Nueva York, sí a Nueva York donde está el señor. “A su nombre”, pedía que se pusieran en un sobre y se enviaran hasta sus manos y con mucha

celeridad. “Aprisa, aprisa”. Tallím recordaba bien eso y que la señora Regina pidió a la muchacha Constanza que saliera pronto a llevar los sobres con una empresa de paquetería especial para que no hubiera tardanza. Y le preguntó si recordaba la dirección y la verdad que no, que era en Nueva York; eso sí... Y donde él estaba; claro. Tranquilo, amigo francés. Sin duda, las prisas y la forma de colocar las cosas del señor Oroitz, de mencionar lo que es importante y su habilidad innata para imponerse, hacen que cualquiera cumpla cuando él pide algo, sin chistar, sin darse espacio a alternativas, y la señora cumplió. Sin dudas y muy bien... Ella siguió cada palabra y cumplió.

–Señora Regina cumplió. No se quedó con nada... Todo lo entregó como ahí decía.

–¿Y la llave, amigo?

–¿Llave? –Tallím sudó una extraña gota por la gruta lunar que formaban sus venas en la frente–. Sí, sí... Yo creo. Debe... Llave debe estar con fotos, seguro viaja a Nueva York junto con fotos. En paquete. Así fue, así pidió señor.

–Amigo mío, usted es un viejo sabio. Debe poder entender por qué Sustrai Oroitz pidió que las cosas regresaran a Nueva York. ¿Alguna opinión?

Viendo el dibujo de Buté sobre la mesa, el doctor Tallím pensó que quizá una raya desde el ojo del dragón hasta el alma del pájaro entre sus garras podía significar un poco de afecto: la lástima por su víctima, el síndrome de Estocolmo, la extraña fraternidad que se puede construir entre un asesino depredador y su presa, entre un ave de rapiña con uñas como navajas y la piel delgada, a punto de ceder y desgajarse en borbotones de sangre; sentía que esa era la mirada del buitre frente a sí, la que degustaba su pena para entenderla y para robar el halo de vida que, de uno u otro modo, tendría que surgir cuando sus vísceras explotaran.

Tallím sonrió con un nerviosismo que no había tenido desde sus tiempos de vagabundo en Rusia. Se excusó para alejarse hacia el baño: obligatorio, necesario, dijo. Cruzó entre mesas y miró

con su sonrisa idiota. Superó la caja y la cara del dependiente que lo sabía distinto entre los comensales. Y Tallím miró de nuevo con esa misma sonrisa irrefrenable antes de escabullirse por una puerta que lo llevó al minúsculo cuartito donde habían acomodado un lavabo y un excusado en su eterno diálogo. Hizo ruido con el agua y buscó abrir la ventana.

Buté, el silencioso Buté, él y toda su corpulencia entraron de improviso. De inmediato, el francés encajó su codo contra la boca del viejo ruso que quedó empequeñecido, silencioso, impedido de acudir a su mejor grito, convertido en un hilo de angustia temblorosa, amasado contra la pared del fondo de aquel gabinete.

—No me has respondido, estúpido farsante —le dijo al mostrar contra su rostro el Botero Black con camuflaje que sabía balancear entre sus dedos de pastelero—. Te pregunté qué significado tendría ese paquete viajando entre las nubes; allá arriba de nuestro continente... Un avión grande, de los que se usan para carga y paquetería. Lo importante es saber qué significa eso en la pinche geografía de los pueblos, en los atlas, en el mundo y en tus sudadas nalgas. ¿Qué hubiera significado para un hombre tan inteligente en esta tierra como Opicino? ¡Oh, gran Opicino! ¿Qué hay detrás de que nuestro mapa tenga una línea recta entre aquí y allá...?

Encajó el cuchillo. Aquí... aquí era en el bajo vientre de Tallim, e hizo correr el filo hasta allá, hasta donde las costillas se lo permitieron.

—Bueno, bueno, bueno —dijo sacando rápido el cuchillo húmedo y ennegrecido frente al ruso inerme de ojos grandes y vencidos—, qué fastidio. Si la cara es Nueva York —y aquel filo hizo círculos juguetones en la frente del moribundo—, y el culo es tu casa, pinche mago apestoso... Y si el avión va viajando, viajando —el Botero filoso se abría de nuevo camino entre las ropas de Tallím caído—... Pues el tesoro que andamos buscando debe estar a

la altura de este bolsillo. ¡Ah! Tesoro mío, llave... llave querida, llave tan diferente; limada a perfección, rostro de bestia.

Emile Buté salió del baño ágil. No miró a nadie y nadie lo miró. No fue hasta llegar al auto, sentado junto al chofer de larga greña y anteojos oscuros que ni siquiera giró para mirarlo... No fue hasta que revisó el cuchillo; terminó de limpiarlo con un pañuelito de papel sacado con esmero de la guantera, porque a pesar de que lo había restregado con cuidado allá en las ropas del muerto Tallím, quedaban residuos rojizos cerca del mango... Fue meticoloso y al final tiró el pañuelo por la ventana. Sacó la llave robada, miró su rostro de lobo, la puso sobre su mano como si esperara que tuviera vida y pudiera brincar, la observó con cuidado y juró de nuevo que era perfecta, por extraña y por tener una geografía tan compleja. La guardó de nuevo.

—Allez, allez! Nous n'allons pas rester ici tout la journée.

~~~~0000~~~~

Rey dos torre

La violada. La arrastran frente a la barraca de mineros como muerta. Unos preguntan si está muerta y otros especulan: probable que aún no, pero quizá pronto muera. Por la foto, ojos cerrados, quijada con sangre y atrapada en el último instante antes de la resignación, es imposible saberlo; pinches fotos que dejan lo que miran tan atascado, tan sin moraleja: a veces lo vivo parece muerto y no nos cuentan si lo muerto resucita o así se queda. Pero eso es irrelevante. Lo sabemos. Creo incluso que aquellos que preguntan, lo hacen por retórica: porque cuando se llega a eso de que una sirve para que un soldado la use, la rompa, la penetre, la sacuda, la aplaste, la madree, todo es más fácil si, de una vez, la deja muerta. Más fácil para explicarse que no sea necesario pensar mucho si los hombres, al final, morimos y sólo es cuestión de que a unos les llega primero y a otros luego. Los que pre-

guntan solo ocultan su deseo: que sea verdad. En un caso u otro, nunca se investiga nada: por eso muchos preguntan si está muerta, pero nadie, nunca, ni por asomo, pregunta por lo ocurrido, nadie... Y el único que podría estar preocupado, el funcionario, tan solo pensará si le fuera indispensable, en las muchas o pocas piedras que la suerte tan bendita de la violada pudo haber encontrado en un corto rato. Por eso es que acercaron la toma y no vemos más que la violada, su sangre, las inflamaciones del rostro, la mordida en su pómulo. La foto es de una mujer que ya no rascará la tierra, y nadie rascará su piel negra. Si uno se fija bien, con calma... parece, en el estilo y con cada célula tan de suerte inflamada, una foto de comida para llevar, magia de hormonas y genética, cómodo paquete, colores vivos y el sabor de la salsa rebosante salpicando.



## Alfil por peón

Whitman, lo recuerdo como un edificio antes de ser demolido. Verlo así, de lado, era atravesarlo: estructuras, columnas, pilotes y quizá alguna ventana de cristales pulverizados a pedradas; pero al final de la observación, cruzo al otro lado, montado en la misma luz de la mañana, como si el trayecto sólo hubiera tenido la sutil distorsión de un fantasma. En conclusión, era como no verlo y quedar sin nada tangible entre las manos. La palabrería, eso sí, la palabrería subsistía cuando uno topaba con Whitman: su rezo perpetuo, un canto oriental –ni sonoro ni ruidoso, sin esplendor o desenlace–, que nadie podía juzgar porque quizá eran versos, quizá era rap, un veda o nada; sólo palabras pronunciadas en voz baja sin aguardar respuesta. Tal vez sólo repetía slogans de dentífricos, quizá de toallas sanitarias o de servicios de mecánica. Pero quizá era un poeta y uno de los grandes... Un dios de la voz y la profecía. Quizá. Todos piensan, sin reflexionar mucho, que se trataba de un recitador perpetuo del poeta Whitman porque le dicen Whitman; no por otra cosa. ¿Desde cuándo lo apodan así? ¿Quién lo bautizó? No lo sé pero desde siempre, desde que salió de la cárcel, cargó con ser Whitman para cualquiera que lo veía. La verdad es que unos se quedan en la vida cantando canciones de los rockeros y artistas de moda, de Michael Jackson, de los Back Street Boys; otros caminan con el sonsonete de la cumbia, el reggae o la salsa. Los más embriagados, los que probaron drogas fuertes, se pueden quedar en un ritmo breve y hacerlo eterno o en una única secuencia de cuatro compases, un melisma corto o una redova estúpida; y Whitman probó cuanto preparado hubo... Pero su palabra y sus citas de poeta no parecen repetirse nunca.

No era fácil saber la edad de Whitman. Su cuerpo es de adolescente; en cambio, su cuello y manos son de un pavo despluma-

do, con pellejos amplios. Su rostro, frecuentemente tapado por una greña de rulos grasientos, indomables, hace más difícil la tarea de indagar en sus arrugas: ¿cuándo naciste, prieto? ¿Cuándo? Tarea imposible. Lo que es cierto es que hace mucho tiempo lo reclutó la Mamba Tiesa como a muchos otros: entre la escoria lodosa de los que no veían luz en su destino. Cuentan que él y la Mamba se parecían, aunque no fueron muy cercanos; se usaban como cualquiera en estas calles; los basureros, las bancas, la postería y las bocacalles. Cuentan que trabajaron asuntos juntos, que huyeron hacia el mismo lado, hacia la misma salida de trastienda, en muchas escaramuzas y que Whitman pudo iniciarse como un cazador, sabueso activo y pependenciero. De la Mamba, seguro aprendió las pericias y algunos negocios de comerciante, pero nunca pretendió suplirlo. Se instruyó y obedeció. Ejerció la libertad de los lugartenientes locales entre los Insane-Kings, pequeños cónsules, algo menos que prefectos de barrio en la cacariza banda que alguna vez regenteó la Mamba antes de ahorcarse. Aun así el diminuto Whitman difícilmente pasó más allá de ser un informante; sabelotodo rentable en materias de delincuentes, de artistas del caliche y la tatacha-fu, del caroleno que sea quien sea llevamos dentro y que también había por allá en las esquinas y los parques del suburbio Cedar Knolls. Con su insaciable memoria cósmica y una inteligencia de inversionista, recibía frases, juramentos y sentencias de muchos en Harlem y Kingsbridge; acumulador de datos que vendía con extrema avaricia, como despachadora de cerveza cara, Whitman le ponía mucha espuma, mucho sabor, pero también insatisfacción. Recibía una llamada, respondía apenas con unos datos, pasaba dinero, conseguía mujeres y droga, desaparecía. En esos años sólo hay memoria de que trabajó a ratos de cantinero, de mesero, también cuidador de baño, saca-borrachos, mandadero, corre-ve-y-diles, cargante y cobrador, o cosas similares en los bares y tugurios clandestinos del norte, en la zona de Port Morris y Clason Point. Luego: un error... y la cárcel.

Los testigos decían que había estado un par de eternidades en la correccional estatal de Sing Sing en Ossining, pero no creo que haya sido por tanto tiempo, aunque aquel lugar marcó su vida como un hierro caliente sobre la piel de carnaza del ganado joven. ¿Por qué lo encerraron? Dicen que por disparar contra un texano pedante. No lo dudo, Whitman sería asesino culposo de cantina, de los que se calientan, agreden, sacan un arma, disparan y luego no saben explicar por qué. Lo mandaron a la prisión a pagar y reformarse. Salió, pero pronto reincidió baleando a otro texano por casualidad o por caliente: a un tipo de dinero, aburrido y pretencioso que mal llevaba sus vacaciones bajo el sombrero vaquero.

Me dicen que tan pronto entró la segunda vez a la correccional de Sing Sing, le diagnosticaron la sífilis, previsible en su caso. Lo rellenaron de antibióticos baratos y variopintos por inconstante en sus síntomas; unos días de fiebre y otros de hipotermia; días de estupor propio de la catatonia de Studer y momentos de euforia reactiva, de una verdadera fibromialgia que lo convertía en un poseído en manos del más revanchista de los demonios. Lo inyectaron con hartas terramicinas de amplio espectro, de las que ya hoy están prohibidas, y le vino la enfermedad de Menière que lo hacía llorar y rugir y desmoronarse entre gritos y espasmos, recordando sus peores insultos con parloteo acompañado de vómito. Lo aislaron y lo trataron con decisión... con más variadas drogas... Y me insisten en que lo hicieron adicto a todo, a los antihistamínicos y los anticolinérgicos, a las compresas calientes y frías, a los sedantes y los baños de hielo, junto con otros menjures, hierbas y vapores; lo volvieron muy ansioso y delirante, desesperado por lograr un poco más de dulce o papel para masticar, tabaco o leche de magnesia. Cuando se compuso un poco, le pidieron que dejara aquello. Así, fácil: “déjelo”. Le ordenaron que no probara más la sal y se negó; como tampoco se controló en el consumo de azúcar, café, de las colillas de cigarros, o los rescoldos del arroz de cada día que sacaba ansiosamente de las cacero-

las mugrientas de la cocina de la correccional. Dicen que en esa época era tan raro; un junkie universal ansioso, peleonero como entelerido.

Pero, también era un valiente. Whitman dijo un día “basta”, sin más, y frenó su carro de aficiones. Detuvo el cuerpo, completo, en un punto plano de su camino. Frenó las ansiedades, los síndromes explosivos y le cerró el paso al delirio. Quedó en blanco, callado e impávido, con su enorme control y su estoicismo. Logró lo que nadie y lo hizo de la noche a la mañana. Parecía que al resistirse, su mente estaría en silencio, pero no. En cuanto paró, le vino un caso sin paralelo de afectación auditiva que surgía de la enfermedad de Manière: una hipoacusia acompañada de un largo e intenso zumbido, un agudo vibrar de intolerable timbre que volvería loco a cualquiera. Se le metió el diablo en forma de un abejorro cerebral. A Whitman le sonaba el alma dentro de la cabeza con un medido, pero intenso chillido; desde entonces y eternamente. A partir de ese odiado día, sin mayor explicación, no volvió a conocer nunca el silencio.

Dicen que Pitágoras se agarró de esa idea de que el silencio es la primera piedra del templo de la filosofía y así comenzó a construir su pensamiento. Whitman no sólo careció de una primera piedra. Sus juicios, tirados de un día para otro en el suelo, no tuvieron otro sustento que un mar informe y gelatinoso: el del zumbido que lo atacaba sin pausa. ¡Pobre Whitman! Llegaron a pensar algunos: de golpe adquirió su mirada de fumador de marihuana aferrado al viaje, una alicaída manera de sostener su cuerpo como rama blanda, marchita, o dama al borde del desmayo. Y con esa fisonomía se presentó en la enfermería y serenamente insistió, ante el médico y sus enfermeros, que nunca más le dieran un diazepam; nunca una pastilla o un jarabe, nunca nada. “Verán que estaré tranquilo; lo prometo”, y se retiró sin escuchar respuesta. Llevando el arco de su violín interno en cada neurona del cerebro, caminó directo a la exigua sala de lectura de la cárcel donde quedaban algunos libros viejos que organizaba un re-

cluso distante, enemigo de todos. Sacó sin preguntar el libro más cercano y comenzó a leerlo en un tono bajo que compensaba el doloroso estirar del quejido de gato alojado en sus oídos.

Dicen que eso convirtió a Whitman en lo que es hoy. Delgado y ligero como las palabras. Penetrante como una buena frase que se suelta al vuelo con éxito; incisivo como una letanía e insufrible como una pesadilla, obsesión de las que fascinaban a Lacan. Recitaba sus versos al leerlos, los memorizaba como mejor podía y los repetía en el patio, durante la comida y en la noche. Los demás lo detestaban. Pero no podían atacarlo, no podían acabarlo de una vez para retomar el silencio, porque su prédica, su interminable murmullo era, sin lugar a dudas, una invocación, y la terapia que él se había prescrito y todos lo sabían. Pero lo odiaban como se odia al aire acondicionado, ruidoso y mal ajustado en las casas del verano... ¿Entonces? Era ilógico intentar acallararlo; el mejor Whitman venía con su interminable palabra, con su sonido convertido en rezongar, con su guerra asesina contra el silencio y eso inhibía la violencia en su contra.

Él no es el tren que enloquece a los pobres ciudadanos que viven junto a la vía cuando el chasquido de fierros y vibraciones los estremece cada 15 minutos, ¡maldita sea! No, en las estaciones suburbanas hay tregua para que asome y salude el silencio; ese lienzo básico que se requiere para colocar, sobre él, un ritmo, una secuencia melódica y, con suerte, una historia... Prevalece al menos ese espacio inicial para que el sonido, entrecortado por sus mutismos, se convierta en plática coherente. Por el contrario, la omnisciente presencia del chillido sin variación no tiene descanso: nos acaba, y acabó con Whitman remodelando su vida en una muy larga condena enclavada en un contrato imposible de deshonorar: el que termina siendo aullido resentido, sin tiempo para el sollozo, sin tiempo para respirar; una condena que en unas cuantas horas mutó en algo peor que cuantos hubieran sido sus años de cárcel a los que lo sentenciaran después, donde el tiempo se muerde la cola; boca de futuro y cola de muchos pasados.

Frente a su demonio personal, el correoso Whitman apenas ha tenido la alternativa de desarrollar su grito, como un dique, convirtiendo la palabra de los libros que toma de los estantes, en un hilo infinito que no puede darse el lujo de cortar; ¡jamás! Si deja que la palabra de Lorrie Moore tome su pausa para pensar, siente que morirá infectado por un virus en vibratto dentro de sus nervios, y, peor aún, sucumbe si tan solo concede espacio a Doctorow para respirar entre suceso y suceso de las grandes batallas que narra... No, no puede parar en los versos de Sherwood Anderson, Boyle y, por supuesto, Whitman; los alarga, los memoriza y no tiene perdón si falla, no en la exactitud de sus referencias y sus significados, sino en la yuxtaposición de líneas, una tras otra sin parar para existir. En el rebate contra el aullido, solo la prédica; en la subyugación del invencible trinar de una cuerda tensa, sólo la palabra, la palabra, la palabra. Sí, sin pauta, sin ritmo, sin altibajos, sin clímax ni descenso... La palabra. Ha acostumbrado su aliento a esa nueva forma de permanecer modulando el eco que no claudica, sin esperar el sentido. Ahora los Insane-Kings conocen la nueva voz imperecedera que los instruye sin descanso, sin altibajos, a veces imperceptible pero inagotable; y entre sus palabras tienen que saber que Whitman los llama y, entonces, ellos repiten “hoy me habló Whitman, me llamó como lo hacía desde Sing Sing; y me dio un dato, me dijo qué hacer, quizá no entendí bien, pero era obvio que me pedía que recogiera su dinero, que fuera por su mercancía, que atendiera su negocio, que levantara las cajas y las pusiera en manos del comprador, y también me pidió que asaltara y que golpeará, que matara a ese o a aquel”.

El nombre de Whitman ha crecido; lo sustenta una voz única e interminable que reconoces desde que inaugura su habla; no en la primera palabra, ni la primera locución, sino en la más incipiente peculiaridad; río de sonido que captura. Te hace morder el anzuelo de mil trabas con esa voz grave que viene desde las entrañas de un teléfono, locución que sientes continua y fluida como cuando abordas un tren en movimiento. Con tu primera dis-

tracción se hincha, te embalsama como las olas de miel suave devoran a las moscas y, con esa misma coreografía, el deshinchado coronel de los Insane se da el lujo de construir las más temibles quimeras.

Me cuentan que Whitman salió de Sing Sing por buena conducta o, más bien, inexistente conducta. Para entonces, la Mamba ya había muerto, así que el afilado y diminuto Insane se reenganchó por donde mejor le dio brecha su interminable palabrería que ya muchos consideraban bonita, sofisticada, enigmática e incluso seductora. Desde entonces se le dio como natural atender prostíbulos y ayudar en lo que pudiera necesitar la industria del látex, el video y la crema miel-de-venus. Las películas porno y él coinciden en ese interminable parafraseo sin mucho sentido que se repite y repite con la promesa del sin-descanso como un verso alargado innecesariamente. Las películas parecen interminables, pero estallan con una eyaculación; Whitman nunca termina. Por ello, se ha acomodado, atolondrado siempre por su batalla de sin-silencios, apoyando producciones innobles, tiendas para el sexo, casas de citas, el trafique de aparatos difíciles de describir y la culminación de contratos para travestis y transexuales, cámara y gemido, videos de desvaríos sexuales al igual que de niños o monstruos, hardcore y milfs, asiáticas o superdotadas; viejas, ancianas, primerizas o grasientas, proxenetas, recatados monjes que se descocan... En aquello adquirió de súbito una magnífica fama y destacada habilidad profesional. La principal virtud de Whitman ha sido que, entre sus rezos y más rezos, no se mete con las chicas o los engendros por deseo: sólo en ocasiones, como misión disciplinaria, terapéutica quizá, invariablemente controlada y sin orgasmo, eterno bamboleo con eterno gemido de los súper poderosos que pueden durar y durar... Y mejor aún, sólo lo hace si lo ordena alguna matrona o un regenteador. Y eso, las pingas de la ciudad, primordialmente las del norte, lo aprecian.

Algunos de sus mejores amigos siguen en el negocio de robar, pero Whitman alberga ya muchas dudas y lo expresa diciendo,

entre mil metáforas, que la rapiña planeada y legendaria le resulta vulgar, algo para gente desesperada. No entiende la utilidad de arriesgar, de ser como pandillero de película, de sacar armas y sentir la adrenalina de los balazos. No entiende un desenlace... ¿por qué un finiquito para las aventuras de su vida como aquel de Bonnie and Clyde? Éxito en el robo, altibajos, sucesos... Todo eso le parece difícil de asimilar. Prefiere su estilo de trabajador constante, fluido y driblador: más se saca, y con menos riesgo, al mandar una mujer por delante, seducir, arreglar la extorsión, pagar una cuota y recibir un premio; acumular deudas y compromisos, monedas de cambio, favores e intereses que dan larga vida al proyecto delincencial. El negocio queda, así, entre amigos, entre camaraderías hechas con el engrudo que se multiplica solo, engrudo de deuda moral, chantaje y extorsión.

Se supone que en medio de sus buenos negocios, Whitman conoció a Sunny, la muchacha hispano irlandesa, grande como caballo Holstein, que había nacido con el nombre Soledad. Desde entonces empezaba a despuntar como la mejor piriuja de congal que ha nacido en varias décadas y hectáreas. Con ella se aventuró a producir cortos de pornografía muy al grano y muy baratos, justo cuando esa industria, en su versión VHS, nació y cuando se abrió el primer espacio para un productor atrevido: directo al pene y directo a los agujeros del cuerpo. Recuerdo que son filmaciones o quizá joyas imposibles de encontrar, todas con un sonido angustiante, casi un género sin igual de sexo doloroso y aullante, pero sin fin. Desde entonces, Whitman no participaba en las películas; su físico de aceite escurrido no le servía y mejor conseguía gorilas provistos por Dios de enormes aparatos para el desarrollo de su creatividad. Dicen que de ahí salió su mejor ayudante, su mano derecha, un puertorriqueño enorme y superdotado que se conoce ahora como el Grasa, excelente fornicador: sucio, sudoroso y brillante. Con dos pastillas de parmabutil se queda haciendo gestos únicos, de gladiador y funciona como pistón imbatible.



La verdad que Sunny envejeció varios años trabajando apenas algunas semanas con Whitman tras la cámara y el Grasa tras ella, pero poco importó. Hubo dinero y renombre, la experiencia y la cercanía con el proxeneta natural del barrio, que le permitieron crecer en autoridad y, para ella, pasar del trabajo de trinchera en el Liliuokalani Foppish Bar, a ser su reina y, poco a poco, su administradora, quizá su accionista. Lo de poner una Ladies Escort Agency, fue idea exclusiva de Sunny para independizarse, y Whitman poco tuvo que ver porque el negocio de las call girls para ejecutivos es en esencia un intento por democratizar el acceso a culos bien formados, surgidos de niñas sanas que por pura juventud estaban dispuestas a trabajar varias horas extra y alcanzar una gama de clientes mayor. Si el tímido no va al prostíbulo, la puta va a su sala de tele.

Como es de esperarse, Sunny maneja sin mayor ayuda los intrínquilos de ese negocio, pero los Insane son un lujo apreciable en muchos momentos críticos de los intercambios mercantiles, y Whitman está ahí dispuesto a apoyarla. Ellos cobran deudas con agilidad en cualquier rincón de la ciudad; sacan propina y de vez en cuando golpean en algún bar a un listillo que cree que Charlotte, Monique, Divine o Mabella les trabajan el pene con la boca por puro gusto a su mal sabor. Entonces Whitman hace llamadas, Whitman dice cosas raras, blasfema, recita y predica. Alguien sale lastimado y la maquinaria vuelve a funcionar. Pero también dicen que Whitman no parece divertirse; ni con esto de ayudar a las putas de Sunny ni con nada: escucha y escucha el sonsonete sin fin en su cabeza que ha pasado a ser la más larga sinfonía de John Cage o Erik Satie.

El trabajo de proxeneta es seguro, fácil de hacer: una nota intimidatoria, un gesto en la calle, una invitación especial a los oficinistas que dejan un table cargado de imágenes e ilusiones, un cuarto de hotel, unas medias, una chica y su liguero, unas fotos entrando, otras más al salir apresurado, descamisado pero sonriente, una llamada al celular, varios días de calma y otros de

presión y angustia, una esposa furiosa y los hijos sin aliento, una corbata abandonada como prenda, un chantaje, una clave de computadora o la combinación de una caja fuerte, una fórmula, un secreto, la muerte política de algún político, la debacle empresarial de un joven con futuro en la corporación, una promesa, una súplica, un grito en medio del ruido inaudito de la esquina de Broadway y Ann Street donde es tal el bullicio que nadie te puede oír. Y al final, una frase contundente y sencilla que explica, como un verso de Whitman, para volver a empezar a vivir:

Among the men and women the multitude,  
I perceive one picking me out by secret and divine signs,  
Acknowledging none else, not parent, wife, husband, brother,  
child, any nearer than I am,  
Some are baffled, but that one is not--that one knows me.

Pero, ¿qué hace distinto al fétido y enjuto Whitman? ¿Qué extiende su poder con el girar de la pasta de una pizzería cuando la maneja un experto? ¿Su silencio? No. Mejor papel juega su facultad para establecer la constante de su ruido, su zumbido mental imperecedero donde cualquier asunto cabe. Nadie recuerda que Whitman hable en firme: una orden, un exabrupto, un grito, un precepto o al menos su voluntad... Nada más allá de su recitar perene. Nunca ordena con la firmeza del dragón militar que pide, calla, espera y castiga; nunca un “sí” o un “no”. Se fundamenta en su *laissez faire*, *laissez passer* en el mar de su inconsistencia. Y después, sólo se acompaña con su muy buena suerte. Si la Mamba Tiesa había sido un genio para usar el ímpetu y el interés del otro, por ínfimo que fuera, Whitman no llega siquiera a eso, pero desde esa antesala lo controla todo. No habla realmente. Es tan solo la perorata tenue y aturdidora. A su rincón llega el Grasa con una idea, la suelta y Whitman lo mira y recita... quizá un verso, quizá más; y el Grasa sale convencido de que debe actuar imbuido de la enorme confianza que da una misión que se emprende por convicción personal y plena, absoluta e irrefutable coincidencia con su líder. El Grasa actúa. Whitman concede.

Por ello, cuando reciben la llamada de Sustrai en su celular, el Grasa, el enorme tipejo con cara de albóndiga y también aquel de rostro de asesino, maleante, caricatura de archienemigo de quien estuviera al frente, esperan que Whitman actúe. Ellos se juntan en una bodega de Parsons Street, en Clason Point, y ven que su líder toma el teléfono y comprueba que la llamada proviene del celular de Monique, de quien ya han tenido noticia; pobre piruja abandonada, desposeída de sus ganancias, desnuda entre los pasillos de un hotel pañoso, suplicando la oportunidad de hacer una llamada... Después, el deleznable jefecillo de los Insane, reza, conecta sus manos y responde la llamada. No deja hablar a Sustrai —eso cree porque Sustrai también habla sin parar—; habla él con su entonada letanía y se impone —o al menos eso pretende—. “¡A qué fregón, el Whitman! Así subyugas al puto vejete de Sustrai, ¡qué gran negociador! Lo paras en seco con hartos sobreentendidos. ¡Eso es negociar con cabrones!” Y sienten los Insane-Kings que vuelven a estar por encima del rehén que tramposamente se les ha escapado en la bahía de Bayonne. Whitman no lo deja decir nada, la apabulla y repite sus palabras y sus versos imposibles de entender, y modula su voz como lo hace un sacerdote enojón con el pecado, impositivo, y al final suelta el celular con desdén para, sin detener el ritmo de su larga expresión, instruir como un autómatas: les explica que habrá intercambio, la puta Inanna a cambio del paquete; que dejen de vigilar el hotel Marriot Marquis porque ahí no pasará nada, ahí no llegarán las fotos, ni el viejo Sustrai se aparecerá por ahí. Les aclara sereno que habrá otra llamada para decir la hora y que será en el Zoo, donde los leones marinos se acuestan o donde los ciervos o los puercos defecan, y les dice que será mañana por la tarde, quizá, o un día después, carajo; quizá apenas abran las rejas del zoológico o más en la tarde, cuando esté el sol muy alto y haga calor; quizá entre las jaulas de los animales donde hay niños y carriolas; será entre toda la estúpida gente y los estúpidos niños gritones...

Whitman cierra diciendo “traigan a la puta Inanna; y avisen al francés”, y se acurruca en su rincón para rezar. El Grasa conti-

núa haciendo los planes y la estrategia. Pide que estén al pendiente del jodido celular y que otro vaya al jodido Zoo y se mezcle entre los jodidos niños... que camine entre sus gritos, sus cantos, risas y bostezos, para encontrar el mejor lugar donde apostar a los mirones, porque el viejo Vasco Galeano no es ningún imbécil y no nos dice la hora para que no podamos planear una emboscada. Hay que encontrar un lugar sutil cerca de los leones donde podamos estar, quizá por largo rato y que no nos vea aunque eso sea, quizá, imposible. Debe ir alguien que Sustrai no conozca, pensaron ellos: Whitman no puede ser; tampoco el Grasa ni el alto con rostro de fideo. Y el elegido es, sin mayores titubeos, George “El Pantera”, un mulato bien hecho que, tras recibir la orden, vuela a elegir un puesto de vigilancia... Pero “vístete distinto, Pantera, para que parezcas otra persona, un estudiante limpio que busca un rato de distracción de sus clases de economía política”. El Pantera se cambia la gorra y se pone una más consabida de equipo posh, de equipo que sabe ganar. Pronto lo seguirán otros de los Insane que hay que reclutar de los barrios del norte y el este: el Grasa irá por ellos tan pronto hable con el francés; irá por Snowball y Lovei Minaret que serán útiles para atrapar a Sustrai. El Grasa prepara así a su equipo de vigilantes y cazadores, y mientras, Whitman estará atento a la llamada; permanecerá rezando entre las hamburgueserías de la calle 42 a un salto de iniciar la carrera y caer al Zoo, y con la visión amplia que le da devorar refresco y papas para dedicarse a imaginar.

Whitman es inexpugnable; el sonsonete de su voz oculta sus reacciones: su ira o su melancolía. Me pregunto si hará lo mismo con su imaginación. ¿Tendrá acaso imaginación? ¿Podía ver la agilidad de “El Pantera” confundiendo con los murciélagos del zoológico ahora que se puso una gorra de los Piratas de Pittsburgh, listo para esputar su sonido grueso y alertar a los Insane? ¿Podrá dar la voz de alerta cuando perciba a Sustrai entrando al Zoo, una tos cuando lo vea, un doble tosido si nota que lleva los documentos bajo el brazo? ¿Podrá imaginar lo importante que es

saber si Sustrai llega con el paquete en sus manos o si lo ha dejado oculto en alguna otra parte con lo que haría más largo el juego de los robos, los raptos y las entregas entre criminales? ¿Los pensamientos de Whitman notarán el caminar pedante de Snowball, ataviado con camisa de marca sport que consiguió molesto, cómoda y holgada, ropa que usaría un papá divorciado que lleva a su hijo al Zoo para aprovechar y enamorar divorciadas calientes y mal entretenidas? ¿Verá cómo camina oriundo hasta colocarse entre la jaula de los gansos y aquélla otra de los tamarinos cabeza de león y los titíes? ¿Whitman será capaz de tanto... de imaginar que su enemigo, Sustrai el Vasco Galeano, se ha ocultado largo tiempo en un hotel cercano a Riverside que se llamaba Summer End, que no sale, apenas come y se recupera de achaques en espera del momento justo para caminar hasta la oficina de correos de Pine Street, a la que llama cada cuatro horas para saber si ha llegado un paquete a su nombre? ¿Lo verá con su cara feliz cuando por fin le respondan que sí, que ha llegado y lo verá con el catalejo de una mente abierta y tolerante para las imágenes lógicas en ese momento de tensión para decidir el intercambio? Para Whitman la espera de horas y días para recibir la llamada no es un problema, la eternidad es parte de su esencia, la inexistencia del dinamismo en las acciones que lo rodean no le parece ajena a su naturaleza. ¿Habrá imaginado durante ese tiempo, mientras comía y cenaba y volvía a comer las mismas hamburguesas con la misma salsa crockpot y los mismos quick pan nachos, con el mismo sprite de cada día, que Sustrai no era de su misma estirpe y difícilmente soportaba la espera? ¿Habrá podido percibir a su enemigo rodando en la cama para distinguir el día de la noche, la mañana de la tarde, los días hábiles y los inhábiles sin salir del cuarto de hotel para no arriesgar a ser reconocido en una ciudad de 15 millones de habitantes, sin pedir nada sofisticado para alargar el alcance de los centavos que le quitó a la puta Monique? ¿Imaginará Whitman a su enemigo, al fin, con las fotos en la mano, tomando el valor de prender de nuevo el celular

de Monique para dar la voz de aviso: ahora es cuando, ahora haremos el intercambio, será esta tarde, será como dije en el Zoo, será sin trampas? ¿Lo podría percibir al salir del hotel con su pausado caminar de flaneur a recoger lo suyo como marcan las reglas del eficiente sistema de correos de Nueva York, nunca dejar un envío por más de cinco días? ¿Lo verá tomando ese tesoro que tanto problema le causa, acarrearlo bien apretado contra el pecho y encaminarse por toda la quinta hacia el parque central y el Zoo para entregarlo a cambio de...? ¿A cambio de la otra puta, de Inanna, mujer de senos grandes y gelatinosos? ¿Podrá Whitman, tarareando su interminable recua de voces, apostado por horas y algunos días en uno u otro Burger King, en los puestos de pretzels o hotdogs, percibir la conjunción que ocurre a su alrededor? ¿Podrá?

-----0000-----

### Alfil uno alfil

Esos perros son la suma de todos los perros: de los terrieres más los ovejeros y algo de ojeroso rastreador. Son hocico, solo hocico... luego patas. Comen mejor que los hombres, que los esclavos; la misma bazofia que los hombres. Pero en relación a su volumen y a su estómago de perro, comen mucho mejor. Quizá mejor que sus amos. Resisten la porquería; no les hace daño. Pueden rebelarse, ladrar, vociferar... sin pausa en el día o la noche. Si lo hacen, no será porque les repugne ese caldillo de mijo, sopa espumosa, fermentada. Se rebelan porque son perros. Si son perros, tienen que ladrar y lanzarse contra la gente. Tienen que morder y tensar la reata que los sostiene, sacudir y sacudir a tiro-nes la cerca de palo. Jalar y jalar inútilmente. Son la obsesión, la intolerancia. Tienen que joder y joder; contaminar el viento, la faena. Tiranizar la atmósfera, el día y la noche. Ahí, en la mina, se habla entre ladridos de perros. Se trabaja con la música de esas

gargantas reseca, suicidas, indetenibles; aullidos agudos, regalos de la parte más lastimosa del espectro. En la imagen hay dos perros. Suponemos que la mina cuenta con más. Con dos basta. Uno es pequeño y pinto: tiene el color de una paleta vieja de pintor paisajista; negros, ocres y mechones blancos entre lunares de enfermedad. Jadea. El otro es más tosco y alisado: el perro medio de entre los perros; del color promedio de los perros, del tamaño medio de todos los perros; por ser estándar es también horrible, asqueante, congojado, dispuesto a estallar. Ambos se complementan. Se ayudan como patriarcas del fastidio. Suelen pasarse la estafeta de la locura. Cuando uno cede, el otro brama de inquietud, dolor, rabia, tormento. Cuando uno ataca el otro respira, cuando uno tira, el otro espera, acumula fuerzas para cargar. Al momento de la foto, el más pequeño despunta por su esfuerzo y quiere volar hasta el límite. El otro se acucilla, puja, defeca, observa: incorpora a su actitud el promedio de toda su estupidez.

Recordar y raspar. Frotar arrugas del pómulo. Las visiones contra el corazón, contra lo que más duele. Sentirlas de plano; sentirlas sin intermediación. Tocar en la oscuridad... Frente a los que recuerdan, los relojes del mundo, van dejando su baba. Son caracoles: cryptosina. Paso a paso tratan de hacer que el tiempo, en su avance, no fastidie con dolores de alumbramiento.

Emile Buté revive y raspa. En aquel vacío, no se atreve a revisar las manecillas florecientes en su pulsera... Lo suyo es más intangible. El presente, como destello que nos ubica –el hoy, el aquí–, le es motivo de traviosos temores. Su mundo está exento de números y apelativos en un reloj, de caras y trazos arábigos o romanos, digitales o analógicos. Hostiga mejor en los momentos de la tarde con métodos profanos de medición; lo hace a la manera de Mercalli: fuma, carraspea, hiede y percibe. ¡Ah! Es la oscuridad de la bodega –una cigarra de brasa diminuta en la punta de su cigarro–. Así, evita sentirse asustado en el irrefrenable carruaje del tiempo, entre lo pasado y lo que vendrá. Mejor toma bocanadas con el control del hipnotista; una a una. Vive en intervalos que se acarician. Y mientras, desliza el arma sobre el pecho llagado. Es su filosa navaja de servicio: un Botero Black con camuflaje; un Botero, una joya, tiara de la efectividad. Lo aprieta bajo la solapa del herido, del acuchillado. Quizá motive aquel corazón con ansias de ganar el hielo. Desprende, desprende ya –le canta–; sal de la obligación de latir; sal del cuerpo tendido.

Prende la luz usando un interruptor cercano a su oreja: se fascina con el parpadeo de las luces fluorescentes, jalones de avispa zumbando hasta capturar al fin la bodega de archivos.

Sentado en el piso, revisa el cuchillo. Lo relimpia. Fuma. Levanta y revisa un celular que yace junto a la mano del cuerpo inerte a punto de morir. Pronto. Cuestión de unos minutos; cues-



tión de emanaciones. Guarda el teléfono y pule de nuevo la hoja. Ahora refleja su rostro; su sudor. Buté recela deslumbrado, se aleja un poco para no mancharse con el lento charco de sangre: ola negruzca que se estira hacia sus nalgas. Fuma. Levanta la vista. Levanta por igual el Documento ETIENCELLE. Mira su portada; indaga sobre las grafías escritas por la mano de Sustrai Oroitz:

XSKU PXRK X0LJ P3JO WJOS LLWY KP3K  
YMO3 KVWK XKK1 6OK1 60XK KVLJ P3NY SL  
Cuando nació Abakuá

La víctima es Mauricio; Mauricio Segovia, asistente en el Senado. Así lo muestra un gafete oscuro –insignia de su partido de izquierdas–; grande, obscuro como amplia cagada de cuervo. Es moreno y delgado. Yace boca arriba, pecho y estómago empapados, enrojecidos. Qué distinto ahora que lo ha retratado la congaja: estúpida carga por tardarse en soltar la vida. Parece que ya no respira, pero piensa. Tendrá aún el rostro de Buté muy profundo entre los ojos... ojos enamorados. Lo imaginará maldiciendo a los que acusan al francés: “Ya no opera; ya no sirve”, decían sus enemigos. ¡Qué equivocados! Ellos creen que solo deambula, un fantasma capaz de deslumbrar de súbito... Como los interruptores. Como un susto, un petardo... pero intrascendente; con un poder mágico de teatrillo pueblerino. “Buté; Buté sólo es enorme como su palabra”; es panzón, voluminoso, desparramado y obeso. Pero, ¡ah jodidos! cómo les cuesta hallarlo cuando actúa. Ahora ríe. Él es escabroso como la cópula de los sapos gordos. Ahora seca su sudor. “No, dice Buté: no soy gordo... soy preciso como un rayo”... “Lástima de desperdicio. Lástima de mi Mauricio, mi morenito precioso que tan mal acabaste. Si tan solo te hubieras esforzado más en entender qué significan estos enigmas tan fuera de moda, tan ridículos, tan latosos”.

Extiende la mano para palpar el cuello del muerto. ¿Ya es el muerto? Debe serlo. Quizá, falta un poco. No le gusta rematar un fiambre; es de sardos. Lo haría verse inexacto; trémulo, mocosos... Uno se mancha si vuelve a empitonar al que parece frío, pero aún piensa. Quizá lo sorprenda un chisguete de sangre sobre su camisa limpia... Mejor espera.

Fuma. Se arrecula para no manchar el traje claro: una de las prendas que cada semestre le envía la casa Brioni... Espera. Recuerda. Si los torcidos mafiosos de Nueva York, los Insane-Kings, hubieran hecho su trabajo; si hubieran recuperado las fotos; si hubieran sido matemáticos como su Botero... acto sagaz, robo rápido... ¿Qué pasó? La DGSE lo instruyó así... correctamente. Si hubieran tenido la gracia de la flama; magia del fuego que crece, quema y recorta su halo en segundos... él no tendría que arregangarse; manchar y desmanchar la navaja enhiesta.

Las claraboyas de la bodega de archivos, girando como turbinas, lo observan y entre gemidos rítmicos entonan con su pensamiento.

Buté mejor apaga la luz y disfruta de nuevo la absoluta oscuridad. Se ilumina por dentro. Como el diablo.

La voz de las claraboyas permanece: ellas saben que en años pasados se podía confiar en las instituciones, en los paradigmas del “joder”, del “aniquilar”, del “chingar y abusar”; testigos de metal. Se podía ceder tranquilo a la presencia de las anarquías; se podía operar con bandas de informantes rapaces, organizaciones criminales derechas y bien formadas; no con gente como los Insane... Pero ya no. Antes se podía leer un libro de principio a fin sin interrupciones o tener una puta por la noche entera. Los cabrones te hacían un trabajo y lo terminaban. Las pandillas de facinerosos tenían sectores del mercado, la plaza, la barriada, y terminaban siendo profesionales. Ahora, nadie. No hay quien lea completo un capítulo de las memorias de Charles-Tristan de Montholon, ni siquiera un extracto de la *Revue militaire française*. Hoy, en esta pista de vivezas irredentas, todo termina en los

reflejos de una computadora portátil, ventanas y alertas, encabezados, gritos, galletitas, timbrazos de celulares, sentencias breves y criptográficas, alephs que encierran infinitas suposiciones; que surgen y mueren dejando el sabor endeble de un tequila tasting. Nada completo; nada culmina: dispositivos agrediendo la memoria, centro de un ineludible sollozar por la falta de concentración, por la derrota del ocio aristocrático. Buté se estira.

Las claraboyas ríen; modelan el silbido de sus aspas, apercibidas de que él añora aquellas maneras de reiterar autoridad. Quisiera dejar al mundo en silencio para los paseos de los verdaderos monstruos, “comment il faut”: el dinero, la rabia poderosa, el engaño y el torcido cohecho, con sus pies anchos y pesados. Pero... “la mediocridad pordiosera de la burocracia nos ha rebasado”; así se explica el francés con un gesto podrido en la penumbra: los gobiernos ya no entienden; los funcionarios se pasman. Sin el temor a los tiempos de guerras serias y sin genuino pavor a tanques y bombas enemigas, ya no sienten el escozor para invertir, “comment il faut”. Ahora se teme a enemigos tan fantasmales como el calentamiento de la atmósfera o las oleadas de visitantes morenos, aún sin cristianizar. En aquellos tiempos, había presupuestos secretos; partidas de uso vario, cajas fuertes con el reflejo de ladrones a hurtadillas, estetoscopio en mano, sobre su gruesa lámina de acero; cajas grandes encaramadas dentro de los armarios de las casas presidenciales bajo mil y más chapas con rotores de cinco diferentes combinaciones. También en las oficinas más altas de los cuarteles... se llenaban con fajos en varias monedas extranjeras, mazos voluminosos, que sabían existentes y nadie cuestionaba. Servían para sobornar y contratar la sangre, sangre de otros: roja y espesa; de la que cuesta confesar que nos bebemos cuando nuestra propia vena cae enferma. Hoy, se teme. Maldita comezón que llega como el viento. Y ya no es miedo a esa sangre, sino a la finta... negra por su azul profuso. Se teme en exceso a los leguleyos de la cuenta pública, la inmundicia señalada de una “observación”, expedientes infinitos donde ha quedado por escri-

to; una puta investigación hostigada por la sociedad civil. Hoy hay que justificar, dice el doctor echando vaho sobre la hoja de su navaja; hay que encontrar el rubro en cada reglamento para un gasto, para contratar un informante, un chivato, una ramera ladrona o un matón... hay que localizar el epígrafe oficinesco hasta para derrochar la vida.

Al arremedar el cuello del saco, Buté piensa en la estupidez de colocar párrafos en los presupuestos o en los archivos oficiales: algo como “gastos por figoneo” o “contratación de servicios de amedrentamiento”... “presupuesto para labor profesional en el subcapítulo de la desaparición forzada”. Su murmullo transmuta en un largo silbido. Una nube imaginaria sobre su pelo ralo le invoca despertar:

Hay sonido en los corredores, pero ninguna razón para la premura.

Los contadores educados en el Institut d'Études Politiques –piensa–, aún confían en una suerte de equidad divina: Buté deambula en la mítica sensación de un déjà vu a la mitad de una de sus frases: “Dios no quiere hombres iguales: no solo se aburriría, sino que perdería razones para prohibirles copular desafortunadamente en un eterno fair play”.

Se pone de pie.

La DGSE pidió a Pangés usar a un grupo de delincuentes de barrio, subarrendados como repartidores de comida barata, pésimos, bandidos improvisados, para que recuperaran su paquete perdido: la llave, el Documento ETIENCELLE... las fotografías... la mierda. Entre prisas y sus insectos de angustia en el cuello, carcomieron el proceso. Debían actuar en segundos y sin pensar; pero más que nada, eran novatos, imbéciles.

Camina hacia la puerta.

“¿Reaccionamos bien?” se pregunta Buté. No, seguramente no... Ahora él transita por el mundo matando gente para recuperar lo que otros perdieron y otros más no supieron reencontrar: lo que otros, los Insane, difuminaron por el mundo como lo ha-

cen los brutos que se agitan y resoplan temblando frente a los vidrios donde se cortan las líneas de cocaína: les falta la ligereza de los maestros contorsionistas, gordos pero elásticos... como Emile Buté. Oh, qué gran gordo soy. ¡Como un rayo! Como un alfil negro, un elefante negro: ahora se dedicará a limpiar. Estoy convertido en una barredora, en un trapo que se arrastra sobre los mantelitos de la mesa levantando el mar de porquería.

Los ruidos persisten. Alguien busca. Quizá solo un miembro del personal de limpieza que por casualidad... Pero no, desde hacía muchos años que Buté se había prohibido hablar, pensar o aceptar la casualidad. Todo tiene motivo; todo tiene mil motivos en uno.

Buté mata el cigarrillo. En sus oídos está el mensaje de Pangés desde Nueva York después de perder su carpeta de pasta lujosa como encino, con un contenido tal que no podía ir a la policía: rogó en medio del terror: verdaderos gemidos, casi incoherentes y gesticulaciones de cirquero; ¡que Emile Buté me ayude! Sí, que se encargue de esto el viejo Buté; tiene experiencia, él sabe cómo manejar estas cosas. Pero no le hicieron mucho caso. Tuvo que esperar con rostro abotagado, rojizo y muerto de la pena, mientras el sistema: “Bande de clowns insupportables”. “Encuentren a un tal Sustrai Oroitz”, les dijo Buté de inmediato. Y ellos dudaron. Buté les insistió pidiendo que no desperdiciaran su energía: “reintenten con Oroitz; encuéntralo... ¡Descubran y desentierren al Vasco Galiano!” Su análisis, lleno de verdades, indicaba que no había otro: “Sustrai con el botín”; Sustrai corriendo como zorro con su presa, tendría su queso oculto en su habitación, en su portafolio. Ordenó que insistieran en seguirlo, en revisar el suelo que el pillo pise milímetro a milímetro, paladear el plato que deja, olfatear sus huellas; preguntar cuidadosamente una a una a las personas con las que se hubiera cruzado... Pero no esperaba que su señal desatara la jauría irredenta y torpe. Pronto le dijeron que la banda de vagos, los Insane, había fallado. Primero atajaron a Sustrai en la calle, con malicia y arranque de enjambre, pero la

multitud, no sé, el ruido y la desmesura; quizá la tenacidad del viejo Vasco para afianzarse a sus cosas los obligó a abortar.

¿Escapó? Increíble. Se oculta. Buté ordenó entonces desatar otro plan: más severo. Los Insane son como campanas de enorme peso: tardan en balancearse; después resuenan incontrolables. Buté ordenó agilidad, vigilar el hotel, moverse con presteza. Hablar con taxistas, estrangularte el cuello a dos o más para hacerlos cantar; indagar con los conserjes y maleteros, torcerles los dedos hasta que conversen con suavidad y soltura... Pero son unos inútiles: después de horas, apenas ubicaron la oficina de una señora Inanna, amiga de Sustrai, en 2 Williams Street... ¡Vamos, no se detengan! Los Insane se silencian como juguetes baratos con pobre batería. Un pitazo, ¡al fin! Alguien les mencionó que Sustrai podría estar comiendo en un lugar exclusivo, desbordante en prestigio, el Fifty-five-Wall, carísimo... La señora Inanna engulle ahí sus sopas de Clam Chowder y sus entremeses; nunca un plato mayor. ¡Bah! Una mazmorra de aficionados —piensa Buté pavoneando su panza sibarita—; ¿cómo es que algunos se deslumbran con recetas nimias de payasos innovadores como David Bouley o el partisano Vitto-Monti?

Ordenó que lo atajaran al salir, sin miramientos, pero ahora recuerda con precisión que mencionó el maletín a los Insane-Kings; habló de sus esquinas dobladas, la forma en que Sustrai lo estaría atesorando. ¡Maldición! Ellos, rapaces al bulto, habrán abalanzado sus fauces contra ese portafolio que Sustrai cargaba como bebé en una masacre balcánica; sólo en el maletín pensaron. Se cebaron, y al final, dejaron a su presa huir: una vez que mordieron el cuero, su cacería se detuvo y añadieron la imprudencia de los mandriles: sus dedos se regocijaron en los compartimentos de objeto viejo que nada importante contenía... nada más allá de una novela larga y caudalosa de un escritor chileno de moda. ¡Estúpidos! Se han quedado mirando y volteando las cuentas de cristal que pusieron frente a sus ojos. Y lo peor: tardaron en reaccionar, disiparon horas valiosas en darse cuenta de su

error. Era evidente que el Vasco Galiano había dejado lo robado, la llave, los negativos en el restaurante con algún encargo.

Buté ordenó sembrar el camino del Vasco con pirujas de tetas picudas, cardos entre flores para atajar su escapatoria: alguna en su cuarto, dos o tres en las antesalas de los círculos donde pueda presentarse, más en sus paseos y traspiés; que lo único de importancia era, ahora, prenderlo; interrogarlo directamente. Buté tendría que viajar... Ir a Nueva York... Pero antes... Antes le quedaba pensar sobre el paradero de su botín: primero supuso una salida fácil, ideada por la mente de Sustrai; el Vasco habría pedido, quizá, que le guardaran el sobre en el Fifty-five-Wall, previa una generosa propina a mozos y capitanes. Pero los Insane corrieron de nuevo, exprimieron a los meseros y supieron que todo se había metido en un sobre para desaparecer por las mirillas de una oficina de correos; envió de servicio exprés. Era tarde para interrumpir su viaje.

En la bodega, alguien intenta abrir la puerta de la sección de archivos desclasificados. Buté pondera su mirada de sur a norte como viejo artillero.

Buté enciende de nuevo la luz.

Aún duda en hacer caso a lo que escucha. El recuerdo lo hechiza. Más aun la forma en que él, entre sus maldiciones, aplaude a su enemigo Oroitz. En su intento por aprehenderlo, le parece iluminado que el Vasco usaría la presteza del US Postal Service para que el Documento ETIENCELLE, los negativos y la llave viajaran... El francés reculó entonces a siniestra en pos de la aventura: Sustrai era muy sagaz. Enviaba el sobre a una dirección irreconocible y con instrucciones que los meseros del restaurante no podían entender; quizá al extranjero; a un amigo, a alguien incondicional. Así ganaría tiempo. Era posible que a casa; lugar lejano, pero controlable. Se daría más tempo en la travesura de sus esperpentos. Vas un paso atrás —se decía Buté—. Y, quizá, nadie era mejor para entramar y desenmarañar la picardía de Sustrai que su abandonada mujer; ignorante, herida, eternamente

herida, Regina Martínez. Por ello esperó un poco, la pausa del reptil agazapado, latente... Esperó un poco... No tomó el primer avión a la Gran Manzana como muchos lo hubieran previsto... Él estaba más cerca de ella... Si se quedaba, quizá, recogería el tesoro. Pensó un momento... La vieja mansión de Regina donde, dama de monótono mirar, llevaba años acurrucada para esclavizar sus arranques. Puso gente a vigilar el correo... Nada... Quizá nada... Se sentía un paso atrás. Quizá nada, quizá nada, pero tenía que esperar.

Le reportaron que un hombrecito, patizambo, un hombre con el cuerpo de una pieza de rompecabezas, entraba y salía después de realizar entrevistas y hechizos a Regina: un curandero conocido como “doctor Tallím”: fundador, dueño, accionista del Consultorio de Sanación, Sortilegio Nevado. Había que charlar con él y Buté pidió que lo citaran en un café de jubilados y comensales alicaídos; un lugar neutro donde se sintieran hartos de parlotear sobre el cambio social, la paradoja humana entre la voluntad del pueblo y el garrote del sistema opresor. Tal vez podría ablandarlo con algunas historias entrañables sobre Opicino de Canistris, personaje fascinante, cabe decirlo. El Café Amanecer fue el sitio donde lo encontró y donde quedó descuartizado el tal Tallím, pensando en Opicino; y con él sus cigarrillos Hongta: su imagen de hombre cercenado, a pesar de todo, se mantenía coherente, sin los quiebres del cristal de una vida rota.

Ahí mismo, de la boca de Tallím, supo que el Documento ETIENCELLE había pasado a manos del Senador Ramírez Karp y que Regina era mujer de mala memoria respecto al sobre que contenía las fotos. El asunto se reducía a buscar un asistente, encontrarle el punto más débil, seducirlo y ya. Ahora lo tenía a su lado, como amante de pasión, amante de tragedia y junto a su cuerpo hermoso estaba el tesoro que había estado buscando y que Ramírez Karp había despreciado con la instrucción de archivar, tan sólo archivar.



Ahora, tenía el paquete en su poder, la llave por igual, excepto los negativos: ¡maldición! Lo más importante. Quizá Sustrai se dio cuenta de su valor, de los rostros que ahí, entre sombra y sombra, quedaron atrapados. Quizá no los envió y los preservaba en sus bolsillos. Así que buscó un flanco débil en el Marriot Marquis para cazar a Sustrai. Los Insane le dijeron que podrían aprovechar a un botones, güerillo irlandés, que aceptaba sobornos. Sin embargo, ese diminuto Spiru rebuznaba... Prefirió usar entonces una mucama con problemas migratorios: mujer diminuta, con ciruelas de negrura en las mejillas. Ella abrió las puertas de la conserjería; ella aceptó usar las escaleras de servicio para la circulación de los Insane, vestidos como proveedores y técnicos, duchos en la reparación de elevadores.

Quizá ya era tiempo de regresar, pero ¡maldición! Él era el diablo y el diablo no puede dejar de preguntarse cuando lee por ahí escrita la palabra:

Abakuá

La puerta resuena con atrevimiento.

–Tous, quand je les tue, sont coupés d'une belle manière...– se repite Buté pensando en el doctor ruso. Y al instante el joven Mauricio, ahí presente, parece responder a lo profundo de sus oídos de francés y empeñarse en murmurar su nombre con grado, fueros y privilegios:

“Mauricio, Mauricio” se escucha en las diminutas líneas del aire. “Mauricio, ¿qué chingada madre estás haciendo? ¿Dónde estás, carajo? ¿Qué quieres?”. Palabras de la inconsciencia, hasta que el francés confirma que es otra voz, tras la puerta que lleva al pasillo: la voz de la autoridad hacendaria que encapota a un Senador convertido en amenaza.

Emile Buté finge fastidio: ya se había tardado. Guarda el cuchillo y abre la puerta. Es enorme, es el Senador Rogelio Ramírez Karp, con sus nervios amplificadas. Los ventiladores de la bodega de archivos del Senado atestiguan su parpadeo, la forma en que su voz repite insistentemente el nombre del Mauricio... Pero ca-

Ila al ver el fiambre: la muerte y la incuria sangrienta; ambas juntas.

–¡Putra madre! ¿Qué pasó aquí?

–Murió.

–¿Qué? Así, no más... ¿Murió? Estamos en el Senado... Un lugar... ¿Y quién lo...?

–Falla del corazón. Supongo –remarca deambulando el doctor Buté–. Todos los casos que he visto así son falla del corazón. Conversábamos sobre algo importante: una carpeta que usted no quiso leer a profundidad. Fui un poco... incisivo y, de pronto, se desvaneció. Me siento culpable. Lo presioné mucho. Un paro cardíaco... Seguro. la víscera más esencial se detiene. Así. Terrible. Deja de latir.

–No chinge... ¿La sangre? ¿La camisa?

–Como buen amigo... y mire que en los últimos días he sido lo más cercano a su corazón, a su entraña, a sus nalgas. Hice mi mejor esfuerzo. Intenté revivir al pobre Mauricio. Cuando el CPR y esas cosas de andar soplando en la boca fallan, bueno, pues queda intentar lo que hacían los antiguos: incisiones directas al corazón... Pero no soy tan hábil. Evidentemente no las hice bien. Se requiere mano muy diestra. Claro, de por sí las probabilidades eran pocas.

El Senador se encriptó adentro, muy adentro de un espasmo. Mientras Buté le cerraba la salida.

–Lo entiendo; una lástima –confirmó Buté–. Mauricio ya no nos acompañará más.

– ¡Hay que llamar a los de seguridad...! ¡Una ambulancia...! ¡Hay que movernos!

–Ya lo he hecho –Buté arrebató el celular del senador y aviva su burla mostrando el celular de Mauricio–. Los llamé. Lo hice con el teléfono que traía el propio Mauricio. Yo no uso esas cosas. Me desespera que me interrumpan cuando trabajo. Usted, Senador, lo entiende ¿verdad?

–¿Pero qué pretende? ¿Quién es...?.

–Yo no podía dejar a Mauricio. ¿Abandonarlo aquí para que muera solo...? Como perro; como una rata, ¿así dicen ustedes, verdad? Eso no. Sería injusto.

–¿Entonces... mejor clavarle algo en el pecho?

–Mire, Senador –Buté pierde de improviso la compostura y pasa a transformarse en un dragón de aliento plumizo—... Deje de preguntar estupideces. Ese joven está muerto; se ha ido. ¡Ya! Y lo hizo después de llamarle a usted, pero antes de decirme lo que importa: algo sencillo.

–¿Qué quiere?

–¿Ve este papel que le valió madre? A mí me importa mucho... Por eso vine a recogerlo, como persona honorable; como alguien que sabe dar y recibir. Es muy valioso. Y sobre su presencia de algo tan valioso en esta porquería de bodega, me importan dos cosas: ¿junto a él, venían unos negativos?

–Yo no tengo idea de qué es ese papel y menos de unos negativos... ¿cuáles negativos? ¿De qué habla? Esto es... una locura.

–Está bien. Está bien. Y mi segunda pregunta... Quiero saber el significado de la anotación en la portada. Quiero saber sobre el paquete y me dicen que únicamente usted, Senador, puede entenderlo porque hace años conoció a quien escribió esto. A Sus-trai Oroitz... Quiero que lo comparta conmigo.

–¿Anotación?

–¿Sabe qué, Senador? Déjeme decirle algo: el presente que vi-vo me molesta; me inquieta. En ocasiones me causa terror; algo insoportable. Ese, creo, es mi defecto. El presente.

En un descuido, Rodolfo Ramírez Karp retrocede veloz. Toma crispado la escalera metálica interna que llevaba al ático de archivos previos a 1992. Su paso repunta infundido de un temblor descarado y ahora sonoro y cascabeleante.

–Desde niño ha sido así –grita Buté y su Botero Black se muestra a la altura de sus dientes–. El presente me molesta: es exactamente lo que significa Jesús y Dios y todos esos que son “lo

bueno”. Ellos viven los siglos del “antes” y los siglos del “después” en un mismo instante “presente”. Yo soy lo contrario. Cuando pienso en lo que me rodea, en verdad que entiendo lo que he vivido. Lo que ya pasó. Lo pienso, lo explico y lo disfruto. Por igual, me siento bien al soñar con lo que vendrá: al futuro lo convierto en consecuencia de mis actos.

Buté decide no subir tras el Senador. Camina debajo de esos pasos y raspa violento su cuchillo contra la rejilla de metal: contra el encaramado mundo de celdas de acero. Resuenan como un güiro que acompasa la angustia. Ramírez Karp corre unos pasos. Sin salida, regresa.

—En una y otra parte del espectro —Buté señala con el cuchillo al momento de hablar—, adelante y atrás en la línea eterna del tiempo, la calma permea sarcástica; para pensar, las cosas se fijan, unas en una historia, lo que ya viví; otras en una conclusión lógica, lo que vendrá. Pero lo que está ocurriendo ahora, eso no deja de moverse. Es desagradable.

Hinca el cuchillo en la rejilla; sobre su cabeza. Ramírez Karp salta.

—¡Alguien! ¡Ayuda! ¡Ahora!

—El presente me exaspera, me parece insoportable. Y, es paradójico, la gente repite en cada momento que es lo que más le agrada. Escupen frases inaceptables como: “vive el presente”, “disfruta tu momento”, “olvida el pasado”, “no sueñes con el futuro, no te hagas ilusiones, castillos en el aire, porque lo que cuenta es ahora”. Ahora... ¿este efímero tesoro de arena que se escapa de las manos...? Son enormes estupideces. Sólo lo que ya pasó es estable. O lo que vendrá, porque se ajusta a nuestro pensamiento y nuestros deseos antes de pudrirse en esta banda de luz; ¡maldición!, en este umbral que estamos viviendo como montados en un tren: el vagón del tiempo. Qué desabrido es avanzar en un recorrido indetenible; ni siquiera se puede acelerar, tampoco frenar.

–Y yo... ¿yo qué...? ¡Yo no sé nada!

–Mauricio ya no se mueve –reitera Buté recorriendo la bodega repleta de viejas cajas a la sombra del alto pasillo donde Rogelio trastabilla–. Él ya no tiene miedo. Ha quedado grabado. Como quedó la llamada que él le hizo hace unos minutos, mientras mi navaja le levantaba apenas el pellejo del cuello; precioso, precioso color apiñonado. Él rogó que, en el futuro, usted, Senador, llegara aquí. Eso se cumplió. Usted se aparece. Bien. Pero ahora que lo veo de frente, huyendo como un ratón... como una maldita rata de laboratorio, me siento molesto, pierdo mi ilusión. Así que regresemos. Usted... Usted tuvo esto entre sus manos –eleva el Documento ETIENCELLE.

–¿Yo?

–¿Traía unos negativos?

–¡No, lo juro!

–Pero ahí no acaba la cosa: quiero que ahora lea este detalle. ¿Qué es eso del Abakuá? ¿Cómo se escribe en esa lengua? ¿Es una secta? ¿Qué significa? ¿Cómo se usa? ¿Por qué recibió usted esto?

Rogelio Ramírez Karp, en lo alto de esa bamboleante balaustrada, es una sombra con el color de un vestido de perlas. Parece llorar desgranado, buscar aire en su estrecho hueco de cajas con apariencia de madriguera.

–¡Déjeme ir! Esas eran reglas viejas, extrañas. Muy raras ¡Yo no sé de eso! Por eso no le hice caso.

Botero Black asoma picoteando sus suelas. Ramírez Karp corre.

–No son cosas útiles. ¡Son mamadas! Las usaban los cubanos... ¡Tonterías! ¡Puras tonterías! Nos hacíamos los misteriosos. Yo no sé por qué alguien como el maldito traidor Oroitz, sí Oroitz, me envió eso a mí. ¡Eran juegos! Nada más que juegos...

El filo del cuchillo cae sobre el interruptor. Mata la luz. El Senador siente la negrura convertida en misiles precisos en su cabeza.

–Vayamos al pasado –murmura Buté en la total oscuridad y su voz se acompaña de ecos negros–. ¿Cómo era el lenguaje del Abakuá?

El aire se inunda con aceite viejo y pardo. Pasan los segundos marcados por el sollozo de los ventiladores. Nadie habla. De pronto, el chasquido de las pisadas del Senador al bajar lo delata. Su respiración cae encaramada contra las últimas cajas de la bodega.

La luz lo sorprende. Buté sabe exactamente dónde queda cada apagador. Es el iluminador. Ramírez Karp está desorientado.

—¿Tenían reglas...?

Buté lo mira a milímetros. Luchan. Varias cajas desparraman una lluvia de párrafos, sentencias, firmas, dictámenes, minutas completas y borradores de la sinapsis zigzagueante que vive la nación. La escalinata del balcón resiste mientras el doctor Buté vence a su enemigo y lo aprisiona contra el metal. Un codazo ablanda al legislador; después una garra en la garganta. Juntos caen al piso.

—¿Cómo eran esas reglas? Explíqueme... Poco a poco.

—Me ahoga.

—Dígame. ¿Cómo empezaba?

Buté afloja su garra prendida del cuello de su víctima. El vómito revienta contra el piso tapizado de dictámenes. Sentencias embadurnadas.

—¡No ensucie la historia! Vamos, Senador, deje de sufrir. ¿Qué significa? ¿No me diga que no intentó leerlo?

—Imposible... Déjeme... Déjeme ir —Rogelio lloriquea amansado como un trapo.

—O... no ha podido. Vamos intentémoslo juntos —en el piso, ambos embarrados como ropa mojada, Buté vuelve a clavar su rodilla en el origen del dolor—. ¿Qué hace falta?

—¡No sé, no sé, no sé! Apenas recuerdo. Ah... Lo primero era —duda pero su esfuerzo es real—. ¡Una fecha! Quizá. Se necesitaba una fecha... La clave para entender es una fecha.

—Y en este caso —apunta el francés con su cuchillo contra la nuca de Rogelio—, ¿de qué fecha se trataría?

—Debe... Me ahogo... Debe ser... cuando se envió el mensaje. Sí... No sé bien —Buté gira sobre el Senador practicando una de

sus llaves de Systema, el arte marcial que mejor domina—... ¡Ah! Sí, sí... ya voy. Ya voy. Tranquilo. Lo que recuerdo es que... Cuando salía, cuando ya no se podía cambiar nada. Esa era la fecha. La del envío. Ya... Pero si no hay fecha, así clara... se usaba un cumpleaños. Pero no puedo saberlo. Si no me llegó ninguna otra cosa... el momento del envío. Eso era lo común. Pero era un juego.

—Aquí podemos discutir la fecha —apretó Buté—... Para eso estoy yo; para ayudarlo. Pero usaremos el maldito día en que Oroitz robó el papel... Mejor cuando lo metió al correo. Muy bien. ¿Qué hacemos luego?

El Senador se serena un poco. Busca en los recovecos de su mente.

—La cosa era... sí: una lista doble. Letras y números... Se puede hacer con cualquier cosa. Con simples tirillas de papel... No recuerdo bien. Bueno. Creo. Eran sólo 39 símbolos. No hay mayúsculas. No se usaba la “eñe” porque no sirve en inglés. Primero iban los números, del uno al nueve más el cero. Luego las letras básicas y la coma, el punto... y un guion para los espacios. 39 símbolos. No más... El día de la fecha... la que sirve como clave, define cuántos lugares hay que recorrer cada letra. El día dice cuántos lugares hay que recorrer el alfabeto: 15, 10 lugares —Rogelio duda.

—Demasiado simple. No puede ser. Un burdo sistema de sustitución. Lo que yo veo aquí parece algo más complicado —sencillamente Buté.

—Había algo más. Sí. El año define si se aumenta o se disminuye. Año par, implica ir hacia adelante. Año non, se retrocede.

—¿Y luego? Sigue siendo elemental ¿Para qué sirve el mes?

—Es lo diferente. Algo que inventaron los ingleses, los de inteligencia. Servía cuando no hay mucho tiempo para cifrar. Es un detalle que confunde a los que analizan el mensaje: un mes de 30 días, al igual que febrero, según recuerdo... hace que las letras pares regresen un lugar sobre el carrusel. Pero sólo las pares. Un

mes de 31 hace que las letras nones regresen un lugar; independiente de la dirección que define el año. Era muy simple, rápido, pero así se rompe con la estadística, rompe incluso con mucho de la coherencia.

–Interesante –Buté voltea con fuerza a su víctima sobre el piso y encaja su rodilla en el vientre–. Entonces, puedo creer que se trata de una aplicación poly-alfabética pero parcial...

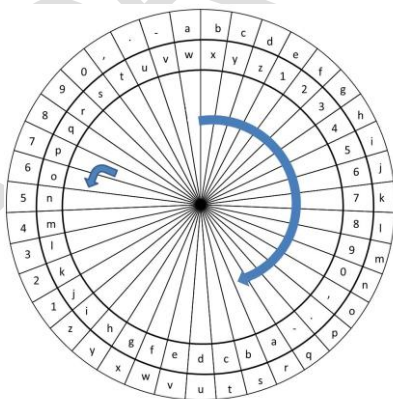
–No tengo idea.

–¿El último cambio, definido por el mes en la fecha inicial, se aplica sólo a la mitad de las letras? ¿Verdad?

–A las pares... o a las nones, según lo que dura el mes...

–No sería una fórmula inquebrantable, ni mucho menos, pero supongo que ignorar ese detalle le quita mucho tiempo a los de la vieja escuela que se ponen a contar letras y trabajan analizando frecuencias. Una buena maniobra. ¿Ya intentó saber lo que dice?

–No lo entiendo. Imagino que Sustrai olvidó las reglas. Todo me pareció estúpido; un juego estúpido, de niños.



Buté se prende de un expediente entre los desparramados y arranca las hojas al azar; sobre su reverso apunta las letras que le han indicado en 39 espacios equidistantes. Trabaja sobre el piso ahogando con las rodillas a su víctima, cuchillo en boca, escuchando el jadeo de un hombre vencido, mil veces vencido. Su Mont Blanc avanza con pericia de minero. Su inteligencia... la de



un natural de las guerras de trinchera. Decide probar primero con la fecha del robo; o mejor la del envío. El día 28 de agosto, un mes ocho, implicaría que el Vasco, aquella tarde en el Fifty-five-Wall habría tenido que recorrer un trecho de 28 lugares hacia atrás por ser año non y la “A” la habría convertido en la letra “L” y la “X”, primera letra del mensaje en el número “9”. Pero... antes de regresar ese trecho de garabatos hambrientos de significado, había que decidir cuáles eran víctimas de la pomposa aplicación poly-alfabética que presumió conocer. El mes sería “agosto” con 31 días, así que esa primera letra y cada letra non en sus tirillas hubiera brincado un lugar para confundir a los voyeristas, pedantes que creen que las fórmulas de frecuencia y estadística son la luz en esas cuevas de trampas y tropiezos. La X pasa a ser el número 8 y la “S” una “B”... El detalle obliga a rehacer la lista....

–Parece que no funciona. Basura, pura basura.

–Quizá su fecha de nacimiento –solloza el Senador Rogelio convertido en piltrafa–. Era algo común.

–Claro, Senador; cómo iba usted a saber cuándo lo envió... Vamos, ¿cuándo nació Oroitz? ¿Cuándo?

–Yo no lo sé –gime Rogelio convencido de que su costilla está por ceder–... Esas cosas no las recuerda... Nadie...

–En su agenda, usted debe tener el dato. No me diga que no.

–No... Jamás. El tipo, el puto de Oroitz desapareció de mi vida hace tanto... No lo puedo saber...

Buté gira de improviso como un león marino y quedó sentado en el Senador, en el Senado mismo, en toda la gama de papeles como un ridículo rey. ¡Una epifanía!

–¿Cuándo nació usted, Senador? Por estas fechas, ¿o no es así? Está por celebrar, ¿verdad? Quizá esto es un regalo de cumpleaños. Sustrai le ha enviado un regalito de cumpleaños porque de seguro él sí recuerda su cumpleaños, Senador. Tan ingrato que es usted. Haber olvidado así al amigo. Pero en cambio él... Obsesión tras obsesión. Él no lo puede olvidar.

Los sentones que Buté aplica, a la par del arte de levantar el rostro de Rodríguez Karp y estrellarlo contra el piso para reventarle la nariz como un fresa blanda le aseguraron obtener la fecha sin error. Un 11 de septiembre de 1947. Sensacional.

Al usar la fecha del nacimiento de Rogelio, la luz refleja con su cascabeleo el sentido de un momento cimero en su historia personal: todo aquello que Buté ha venido a encontrar y lo percibe como el final de su recorrido. Recorre letras, sube y regresa, suma y resta. La primera palabra puede ser un “mi” –hace sentido–; después un guion y a su derecha se forma la palabra “ven...”; “vengan...” “venganza”: “mi-venganza”. No hay duda. La fórmula oculta, abandonada en su uso por más de 30 o 35 años, funciona. La pluma de Buté comienza a correr con ansiedad. Parece fácil. Tan fácil. El que no sabe, es como el ciego y qué maravillosa luz llega al que conoce las claves del camino y las tiene en su poder. Después de “venganza”, palabra de peso, le viene con obviedad un verbo “es” y otras grafías, quizá un par de errores por ajustar, pero el francés no está para detenerse mucho en su carrera. Luego surge la palabra “diablo” y al final quedaba claro y desgraciadamente, maldita sea, tan decepcionante y tan cruel:

“Mi-venganza-es el-diablo-francés-la-llama-que-quema-la-escoria”.

Buté rueda hacia un lado. Tirado, su respiración se asemeja a la de Rogelio Ramírez Karp: el vencido. Uno al lado del otro esperando que los ventiladores atestigüen una suerte de igualdad.

–Y... ¿y bien? –Ramírez Karp habla primero–... ¿Qué significa?

–Esto es como la cuija.

–¿Eh...?

–Tenga significado o no, me enfrenta con la mierda, me describe. Así es la cuija. Jodida.

–Pero ¿funcionó? ¿Me puedo ir?

El maldito Sustrai tenía razón, tendré que ir a cazarlo. Así piensa Buté debilitado a pesar de sus logros y sus presas del día. Ramírez Karp está más jodido que él y no podrá huir; pero al

doctor francés, encaramado de espaldas en el piso, se molesta por la ilusión perdida.

—El maldito Oroitz me ha tenido en la mente tanto tiempo y se atreve a usarme. El maldito conoce al mismo diablo.

Antes de encontrar el significado de las palabras caminaba un túnel iluminado con promesas; ahora lo aprisiona la bodega del Senado, papeles sin sentido, altas horas de la noche, y se sabe tirado en el suelo y con algo tan pedestre entre sus manos. Sustrai lo ha usado. Sí. La ilusión del Vasco Galiano es la que prevalece: qué él se joda al Senador... y nada más.

—¿Qué dice el mensaje ese? ¿Descubrió algún secreto? ¿Me dejará ir?

El Senador Ramírez Karp no sabía nada del mensaje; nada. Es evidente. No había podido descifrarlo porque no sabía la fecha; el escítalo indispensable para conocer. Creía que Sustrai había mandado algún dato importante para los mundos de afuera... los que pelean con armas grandes, barcos y bombas; quizá para los mercados, las tasas de interés... o para los periódicos de cobertura internacional. Pero no... El maldito Sustrai espera que Ramírez Karp se lleve un gran chasquido sabiendo de antemano que él, el hábil y centellante Buté, el petardo que a todos sorprende como una flama, un rayo o una centella, lo atacaría como dictan los textos antiguos de la India. Debe atacar desde hace tanto tiempo y así, con su filosa y fiel llama; su cuchillo Botero Black. Me ha convertido en su títere; en juguete ex máquina para alguna querrela, para alguna cuenta pendiente o ajuste entre babosos... En verdad lo entristece y le recuerda por qué desde que tiene memoria ha odiado tanto pensar en el presente, la maldita línea de luz esquivada que es nuestro presente.

—¿Qué dice el mensaje? Ya que lo ha descifrado, ¿me... me dejará ir? Le juro —la voz de Ramírez Karp, acostado sobre su espalda, era curiosamente cada vez más débil—... no diré nada de la muerte de Mauricio... Sé callarme. En verdad lo sé hacer. Sé te-

ner miedo... Y tengo miedo. Lo juro. ¿Me dejará ir? ¿Me dirá qué decía el papel?

Buté se pone de pie recogiendo los papeles del piso. Rompe las tirillas que usó para descifrar el mensaje. Arranca el pedazo de papel donde ha escrito la respuesta del enigma y la mete a su boca para mascar con fuerza y sin asco. Desprende la primera página del documento y la hace trizas según su deber más profesional. Los pedazos también llenan sus fauces. Traga finalmente su bocado con esfuerzo.

—La respuesta, Senador, a sus preguntas es “no”... No en ambos casos. Usted no se va porque vine a hacer lo que vine y lo tengo que matar. Y no le puedo decir la tontería que había escrita ahí, porque me da pena y porque le haría el único favor que Sustrai Oroitz espera que le haga... Y eso no me gusta; no me gusta para nada.

Después de ese momento el doctor Buté decide no pensar en otra cosa que no sea el tiempo que tendría que dedicar a limpiar su cuchillo. Lo hará esperando que el Senador tenga a bien soltar rápido su alma; ojalá y más rápido que su asistente Mauricio —tan hermoso Mauricio—, para irse pronto a volar más allá de los aburridos ventiladores de la bodega de archivos que custodian la historia del Senado.

----0000----

Caballo por alfil

El fusil, el tubo, el ala, el guante, el dedo, el gatillo... Yo no sé de armas, pero poco importa; porque ésta creo que pocos la podrían mencionar con nombre, menos sabrían de sus generales, su estilo, fábrica o nación. No es que aquel que la sostiene haya borrado su forma reconocible, su número; no es que lo oculte; no. Tan sólo que ese guante que usa quien la carga, ya pasó a ser metal negro con ella; acero como la propia chaca: tenaza de ten-

sores y artilugios para disparar; máquina. Es una toma cercana, ojo de científico; dedicada a recorrer detalles: las estrías de un rifle que son omnipresentes cuando nos encañona. El golpe de adrenalina que su cañón desata nos vuelve atentos como el más fino sismógrafo: leemos el arma a detalle y en segundos: sus raspaduras, su historia de campaña en campaña, o en armarios, mochilas, barracas, trincheras, bocacalles de la guerra urbana. El arma está rasgada por caídas, otras balas en contrasentido, o por la aburrición de un dueño que la hizo suya, como el perro al poste... alguien puso su marca. A un costado, la imagen del rifle se pierde con su culata entremezclada en una suerte de ropajes sueltos, grises y arenosos que usa el soldado sin rostro. Al otro, se ve perfecto el final, el agujero, el círculo negro, pero no es amenaza. Quizá broma, bufonada del portador de nuestra vida, que decide prestárnosla por un rato más largo. Si quiere. En la imagen, el ojo del cañón es hermoso como una luna, cuarto creciente; elegante banana. Abajo, como serpientes suaves de piel fría, están los dedos de la otra mano, la que no tiene guante. Es la mano de una mujer pequeña o de un niño. Acaricia, tiembla. No mata.

10  
Peón cuatro rey

10 de septiembre de 2001

Los becerros berrean y llenan el ambiente del Zoo, los loros cantan a la izquierda y los patos parpan a la derecha. Hay sapos que croan en esta época del año y aportan su parte para llenar el espacio de la fuente confundidos entre un sonido informe que devora el himplar de “El Pantera”, igual que una sierra oxidada que atiborra los auriculares de los celulares de los Insane. Si te concentras, escuchas los bramidos de unos ciervos y tras ellos el suspirar de Snowball y Lovei Minaret. Pero el ruido que domina al aire parece ser, si nos concentramos, ese conjunto de gritos de los niños a la par del balbucear baboso de los bebés y el parlotear irredimible de las madres que discuten estupideces sobre la moral en las escuelas. También se distinguen los clics de las cámaras de fotos y, muy lejano, el suspirar pausado, pero penetrante, de la señora Inanna Panditah colocada al borde de la jaula de los lé-mures.

Whitman se encamina hacia ese encuentro desde la esquina del gran parque llevando consigo el sonido de sus entrañas que lo acompaña; carga una pistola, sus poemas y el aire temerario para esputar voces y balas. Acelera. Su imaginación le hace ver el punto justo en el que, entre varios, podrán atajar al Sustrai. Esa misma capacidad para visualizar lo que vendrá y podrá desviar su paso, le hace suponer una sorpresa. ¿Por qué Sustrai no deja el paquete en algún sitio y desaparece con la esperanza de que lo dejen en paz... de que se muera la carga de tiempo que pesa sobre ellos y que los tiene enfrascados en estas persecuciones sin sentido? ¿Por qué? Whitman intuye una respuesta: quizá encontrará a la policía en el Zoo, llegando activa, convencida de que el maldito Sustrai les ha dado, cual carnaza, a los Insane-Kings y entre ellos al más violento, tan violento como huidizo; les ha dado al Whitman. Pero Whitman no teme a la cárcel y Sustrai sí.

A la entrada del Zoo, el Vasco Galiano como le apodan está sentado en una banca con el celular de Monique en la mano. Whitman, aún afuera toma el suyo que vibra y suena furioso. Lo abre y escucha mil ruidos: los gritos de los niños a la par de susurros, rebuznos y gorjeos, ¿por qué no, si está loco y aturdido por años? Aullidos, graznidos, trisos y rugidos, así como algún gemido de Inanna. Escucha todo y entre ese todo vienen los gritos de Sustrai: “suelten primero a Inanna, después sólo caminará el francés, el maldito francés que conozco bien como irredento y maniaco asesino; sé que está haciéndose el tonto a la entrada de la cueva de las serpientes, lo estoy viendo; se sentará en la banca del lado sur de la entrada donde yo estoy y ahí recibirá el paquete”. Whitman transmite las instrucciones al Grasa y “El Pantera” que le informan de regreso: “Sustrai viene con las manos vacías, no trae ningún paquete consigo”. Quizá es una locura acercarse, pero el francés, desde su atalaya, insiste: Buté quiere ver de cerca, una vez más al Vasco, quiere oírlo de cerca y entenderlo. Lo odia. El doctor Buté asiente a uno y otro costado, como si concediera en la subasta de los vientos que vienen de los cuatro puntos cardinales; el riesgo es poco mientras ellos tengan la entrada copada. Así, el jefe de los Insane apenas puede ordenar a Snowball y Lovei Minaret que dejen caminar a su rehén. Inanna comienza a caminar angustiada, pasa frente a la banca donde Sustrai parece tan tranquilo, pierna cruzada, celular en mano, elegante, hasta semeja un inversionista esperando que las acciones del índice Nasdaq crezcan mientras disfruta pervertido admirando a las niñas verdes, vibrantes y efusivas de seis o siete años. Ella saca la lengua. Sustrai no lo registra ni se ofende. Tras ella va Snowball. Sustrai marca el celular y ordena a Whitman: “detén a tu gorila, al de camisa azul”. Whitman ordena y “El Pantera” da una señal. Ahora sale Lovei Minaret tras ella, pero Sustrai lo percibe y ordena lo mismo. El insane se detiene, percibe el lugar donde se ha sentado el Vasco Galeano y regresa como lo haría un león ofendido, sin dar la espalda.

Emile Buté avanza y toma su lugar junto a Sustrai.

—¿Qué le hace pensar que no vengo armado?

—Usted siempre viene armado... Un cuchillo, si no me equivoco. Y además ¿qué le hace pensar que yo no vengo armado también? —responde Sustrai y muestra la pequeña pistola de Monique.

Nunca ha matado a nadie. No tiene lo que se necesita para eso.

—¿Huevos? Quizá no —exclama acelerado Sustrai, aclarando—... O quizá usted no lo sabe.

—¿Dónde están los negativos?

Los tendrá pronto, y con fotos impresas.

—Amigo Sustrai. Estoy cansado. No haga tonterías. No tiene a donde escapar. Usted mismo eligió esta jaula —añadió Buté—. Imagina lo fácil que es cubrir la salida.

—No sólo lo imagino. Estoy seguro de ello y creo que me sería tan difícil salir como lo será para usted. Por eso lo cité aquí, para que usted compartiera mi ratonera; mi horrible trampa.

—Quizá yo le tengo otra sorpresa —comenta Buté—. Como le dije antes. Me siento decepcionado. Ya me usó una vez. No lo haré dos veces.

—Quizá yo todavía tenga sorpresas de mi lado —responde Sustrai.

Es entonces que junto a ellos llega a sentarse un hombre notable por su altura, pero imperceptible en el ambiente de un zoológico: zapatos largos como lanchas y la actitud de un jefe indio de mucho prestigio al que le han pedido hacer justicia entre los robos, travesuras y sinsabores de un mercado.

—Mi estimado amigo —interrumpe Sustrai con aire arrogante—, quiero que conozca a Mister Krisnksting. Seguramente usted ha oído sobre su gran prestigio; pero, si no es así basta que sepa que él preside una importante convención entre muchos, muchos países sobre las desgracias que están ocurriendo en África. Y él estará encantado de que yo le entregue, frente a usted, pinche espía francés, el paquete que había venido a recoger. Mister



Krisnksting estará encantado de hacerlo público delante de todos y acabar así con estas estupideces. Yo quedaré libre porque ahora, usted tendrá que perseguir a este honorable señor y aquello que él significa y no creo que le sea tan fácil lidiar con un personaje de máximo prestigio...

—Sé bien de lo que me habla. Lo conozco bien, Sustrai —interrumpe Buté sacudiéndose la modorra que le causa el momento—. Bienvenido al zoológico, señor Krisnksting.

—Gracias, Buté —responde el noruego sin volver la mirada entregada a los niños, las focas y los leones marinos, imposible observarlo sin pensar en una gran zanahoria.

—Ha sido excelente que el señor Sustrai Oroitz lo haya invitado a este memorable sitio de reunión; los niños animan a cualquiera verdad. Me gustan los niños.

—Cierto —dice Krisnksting comprando el tono de burla contra el Vasco—, uno olvida la calidez humana y el bullicio infantil de estos lugares. Yo se lo agradezco al delegado Sustrai. Es una buena forma de cerrar un lío que nunca debió suceder. Entre niños. Con la pasión que tengo por los niños. Han sido mi debilidad.

—¡Ah! Ya veo —musita angustiado Sustrai—, ustedes ya han hablado.

—Por supuesto. Imagino que le pareció viable traer a Krisnksting aquí para salvar su pellejo, pero nuestro amigo noruego ha accedido gentilmente a entregarnos las fotos porque son fotos que no le gustan; lo comprometen. Así que ha decidido no hablar con la asamblea sobre su contenido. Nada ha ocurrido y regresamos a donde estábamos hace unos días, Sustrai: usted es... ¿cómo se dice? Sustituible, sin importancia, eliminable. Como se lo dije hace tiempo, nunca una persona, por mucho que las circunstancias lo hagan crecer, puede poner en riesgo los sistemas. Krisnksting está con nosotros, denos el paquete de una vez... ¡Entréguelo ya!

—Pero, no puede ser...

Sustrai mostraba en cada parpadeo su decepción. De nueva cuenta, frente al francés, había querido engañar y salía engaña-

do. Krisnksting el noruego incorruptible, estaba del lado de su enemigo. Sudó con la serenidad de sus años en estas lides, pero su rabia sonora no lo vencía.

–Mister, mister –se les presenta de pronto un niño pequeño, no más de diez años, que lleva en la mano un sobre para entregar a Sustrai–, here is the package you asked me to keep... Ms Inanna says she is fine.

Sustrai, contrario a ese sueño, cuidadosamente planeado, mira el sobre de fotos con angustia. Apenas le satisface saber que Inanna, la inconfundible mujer medio diosa que cualquier niño reconoce, ha escapado: su señor y algún magnate tan severo, quizá un Zeus o un tycoon de la industria informática, u otro menos llamativo como aquel Mister Rott que tanto la quería, nos la guarde por muchos años. Ahora Sustrai sabe que las cosas están mal y que la sonrisa siniestra de Krisnksting, Noruega ramplona, y Buté, Francia corruptora, lo aprietan como un cascanueces sobre aquella banca.

Sustrai no lo pensó, extendió el brazo, atrapó el sobre. Dudó. Lo mostró un minuto al viento deseoso de que volara y le marcara un camino a seguir hacia arriba, hacia las nubes y los aviones. Pero el sobre, con sus fotos de obscenas escenas de destrucción, no quería separarse de su mano. Lo extendió a Buté quien sólo revisó que estuvieran completos los negativos... y de Buté a la mano del noruego que con calma se levantó asegurando con un gesto que lo destruiría para tranquilidad de todos.

Las fotos podían ser lo menos importante. Quizá la llave, si no fuera cierto lo que el doctor francés había asegurado tantas veces, valdría su vida. Buté, sereno como un demonio sobre la banca, llevó la mano al bolsillo y la mostró en todos sus detalles: inconfundible a pesar de sus viajes, a pesar de las ropas que la albergaron y los gotones de sangre que alguna vez la mancharon, notable como las finanzas entre los pobres, las corbatas de los ricos magnates entre los overoles, llave extraña y satinada con punta de hocico. Si acaso Buté explicó algo sobre cómo la obtuvo, Sus-

traí difícilmente lo escucharía con seriedad: la muerte de Tallim, el ruso de nombre impronunciable, Nikolai-no-se-que-cosa Touka-la-madre, le era en el fondo un placer muy paladeable. Y saber que anduvo en bares y que antes de ser acuchillado le tocó sermón con la historia de Opicino de Canistris, era como un orgasmo. Así que Sustrai tuvo que reír y el doctor Buté con él y Whitman y los otros se extrañaban de su risa, la risa de los dos hombres solos en aquella banca, pero creían que el chiste debería ser bueno porque nunca antes –verdad Sustrai– se habían podido reír juntos: el francés lo remarcaba: ni cuando se olieron como perros bravos hace tantos años en una estación de tren o en los cruces, esos esotéricos, que hay en las pasarelas y las avenidas de mucha gente donde alguien deja de ser alguien y se vuela “ese”... el que me es importante. Sustrai, entre risa y risa se lo quería explicar a Buté al tiempo que le decía que siempre, siempre, siempre le había tenido miedo. Al francés, le salió lo francés como papel al viento.

–Donc, la peur? Je ne crois pas.

Sustrai le disparó por un costado. El ruido fue un petardo. El humo patético... Uno puede olvidar casi cualquier cosa, pero no el olor a pólvora cuando estalla. ¡Ah que arma tan pequeña y tan fregona la de Monique! Un solo tiro y sí, funciona. El rugido de la bala (quizá fue un gran grito de los niños, padres, chivos y aves al unísono) inundó los oídos de Whitman que se había colocado con certeza para cubrir la entrada. A su lado estaba Lovei Minaret convertido en tacleador a campo abierto... Pero Sustrai corría en sentido opuesto.

La asonada de niños, padres y carriolas se movía hacia la salida amedrentando los ladridos de Whitman, el Pantera y otros de sus hombres, convertidos en las rocas de un río furioso. Ellos remaban contra la gente asegurando que cada rostro no coincidiera con el de Sustrai. Krisnksting se esfumó entre ellos y Emile Buté fue el único en notar que Sustrai llevaba vuelo y gran pericia para el momento. Lo había planeado bien, el maldito Vasco. A lo

lejos pudo ver al viejo, ágil para sus años y sus achaques, montar el carrusel de elefantes, hipopótamos, gacelas y hasta cocodrilos, elevarse sobre la jirafa, la más alargada de las imitaciones de animales estilizadas al gusto caricaturesco de los niños, y dar el brinco para alcanzar el techo de las construcciones del fondo. Sabía por dónde encaminarse y pronto su silueta se diluyó entre los árboles del parque central. Su plan de escapatoria, su plan alternativo estaba funcionando.

A pesar del dolor, Buté sintió gran simpatía por el viejo y al verlo sufrir para prenderse de las ramas como un chango inexperto, reía. Su risa alcanzó los oídos de Whitman a su lado. El flaco cabecilla había llegado con dificultad y babeaba frenético. Algo grave pasaba en su mente. Con la mirada preguntaba un “¿dónde?” largo y reiterativo como las ondas bajo el mar. Y Buté sólo tuvo que señalar el lejano movimiento de las ramas verdes con su mano débil, encharcada en el espeso rojo. Whitman entendió bien la ruta que había seguido y corrió para alcanzarlo. Tras él, como buena manada de lobos, tres o cuatro de los Insane se aventuraron en la ruta que llevaba hacia la parte sur del parque.

Buté siguió desparramado sobre la banca, ya sin fuerza para taparse la herida del vientre. Le hacía gracia pensar que se desvanecería antes de responder a los policías sobre lo que había pasado. Lo sabía. Tranquilo. Le hacía gracia que tenía que mentir y que no tendría fuerza para inventar otra mentira, otra mentira más.

----0000----

Torre dos alfil

Huir, huir, ya vienen los otros, los alertados. Abandonar y correr rápido. La foto es desorden, carrera y asonada; movimiento angustioso y alguna broma poco chistosa. La tomó un camaró-

grafo corriendo, o quizá montado apenas en un camión de provisiones. Se detuvo apenas para volver el rostro, apuntar la cámara, obturar sin pretensión alguna. Los milicianos corren, recogen cajas y atuendos. Buscan acomodo en los escasos vehículos; no sabemos cuántos llegaron para cargar con ellos, sus armas y el tesoro escarbado. Por el polvo, podríamos deducir que los camiones ya están en movimiento. No ofrecen pausa para esperar a los retrasados, menos para levantar a los escuálidos mineros que se quedan atrás como herramientas abandonadas, con palanganas entre los dedos. Al fondo, bajo el velo de su hambre, esos ojos rojos en cara de mazapán observan el abandono. Quizá los ilusiona quedarse así, detener la faena, echar las nalgas al piso, porque quizá pronto llegarán las fuerzas gubernamentales a recogerlos y les entregarán comida, los sacarán de la mina, escucharán sus quejas y su historia. Será difícil que les respondan sobre el paradero de sus niños, ya vendidos semanas atrás. Pero quizá no llegue nadie y nada les ilusiona ya, y la carrera y los gritos les parecen un fenómeno natural más, como la lluvia, el latigazo, el sol o el vuelo de los buitres. El funcionario no se encuentra... y eso que uno, entre tanto movimiento, lo busca en las esquinas de la foto con su frente blanca y su pelo brillante como si fuera un acertijo. No está. Es posible que se haya ido antes, para vender mejor las piedras encontradas, para distanciarse de los milicianos, para calcular los tiempos y hacer una matemática relación entre lo que esperaría sacar en diamantes, trabajando unos días más, y el riesgo de que una patrulla aislada tope con la mina. O es posible que se moviera según un plan más detallado donde los amigos le decían cuándo llegar, cuánta gente trabajando, cuántos días de actividad y cuándo denunciar al gobierno local por propia voz de funcionario occidental para que lleguen los soldados. Mientras él, de seguro descansa montado en el NASSIT Ferry hacia Freetown y negocia los precios por tantos días de calor y desproporcionado sacrificio.

Sustrai admira el cielo cruzado por figuras geométricas que, si fueran el diseño de una fruta, quizá creeríamos “deliciosas”; la perversión es, con frecuencia, sabor... sabor en su inicio, amargura al cierre; ese atractivo de caquis o pérsimos que al ser cortados a lo ancho exhiben una estrella, una perfecta estrella de mar; líneas adornadas por el espacio de diminutas semillas; el estallido. Sustrai recuerda el horizonte con esa simetría perfecta: en el punto inicial, las dos explosiones que asesinan la ciudad entera fueron estrellas maravillosas. Esas primeras líneas, brazos de un genio que se extiende perezoso al salir de la lámpara, estuvieron ahí, en sus ojos, apenas un instante. Las nubes verticales de denso humo, en cambio, claman por la eternidad: hollín petrolizado, glotón, lento, que sube y se disipa como jugando a las vencidas con la tapa del aire. Se dobla en borbotones, se avejenta; humo de alas y combustible, germen desde la semilla de los aviones del 9/11, los dos suicidas, que ya han clavado sus estocadas, uno a uno en los edificios del World Trade Center, símbolos de la mecánica vidriosa y reflejante que los ganadores de la historia construyeron en esta nueva Babel. Y ahora Sustrai admira el colapso de esa obra, desmayo descomunal con el deseo de que se quede así, en su esplendor terrible, por algún tiempo..., por suficiente tiempo; pero sabe muy claramente que, como dicen los que andan deseosos de contradecir el minuterero, “la fijeza es siempre momentánea”. Y mientras lo repite, su nariz comienza a llenarse con los primeros olores del denso talco de la molienda, como anuncio de que aquello que ve, igual a una hoguera de chapopote, no es una fotografía; está vivo, muriendo. La voz de la tierra es rasposa: uno de los edificios comienza su convulsión sonando a felino; a partir del sometimiento dispersa aquel dragón de pol-

vo... La torre, serena, se acurruca desde las piernas de un herido que sucumbe lento, erizando su contorno, aflojando el tono de sus tobillos, de las rodillas, compungido en su retorno hacia la tierra, hacia el origen que pretendió desafiar. Frente a su rendición, Sustrai se siente tan extraño, diferente, como entrando en la tienda de campaña de otra época donde los colores, la lógica, las razones, se trastocan. Quizá su circo se acabó... Sí, su temperamento debía ser el de un hombre cansado, pero no lo parece. Lleva rato siendo el perseguido, en el río del miedo, luchando sin instrumentos. Lleva días entre saltos por una selva de cristal, lámina y cemento, después de hacer el gangsteril intercambio de las fotos que, quizá, le permitió salvar la vida de Inanna. ¿Una mujer sin edad, con senos y nalgas de diosa y poderosa como pueden ser las diosas, enriquecida por el petróleo del señor Rott, a cambio de cuántos? ¿Niños vendidos? ¿Esclavos? ¿Violadas sangrando en la impunidad? Ella lo merecía, se repite el Vasco con demencia, aunque lo que ahora pasa frente a sus ojos sea el mismo fin del mundo y, con él, el fin de Inanna y Regina; y el fin de Diana, su amada Diana Basay, líder urbana, grandiosa, líder de los vulnerables, líder ahora y gracias a Sustrai, líder de las víctimas. Pero ahora nada de eso importa y es el fin de todo, cuando todo pierde sentido. Ahora, reconvertido, pasmado frente a las torres, ha olvidado el cansancio: algo indescriptible que lo fija erguido al piso, bautizado de mugre, dejando atrás su apariencia de lagartijo escurridizo que se ocultaba en las grietas y que espera lo salve la suerte, el calor de un nuevo sol. Al ver esa primera torre caer, el Vasco Galiano crece con los tamaños de un faro; reta las olas, extasiado, altivo en algún punto de la avenida West Broadway —excelente panorama—, quizá imbuido de litros de segregaciones: su adrenalina y la de los neoyorquinos que corren revirando en cada claro para tomar su fotografía, para llevarse la memoria, en los ojos, en la conciencia: “yo estuve aquí” se repiten con voz aguda, voz amarilla, “lo vi, soy mi morbo y mi morbo vale el riesgo. Me cago de miedo, pero yo vi el humo; me

meo, pero lo sentí en la piel, y quise atraparlo para contarlo... Vi la torre caer, me cago, y vi la causa. Si me perdí el primer avión suicida, no importa, los terroristas lo planearon bien para cebar mi sadismo: me dieron una segunda oportunidad, me alertaron con un fuego y me instaron a estar pendiente del otro; a dejar atrás mi cotidianidad ineludible, mi pendeja y engreída mañana de trajín, de rey diminuto que va a chambear para hacer millones, de café Starbucks en café Starbucks que ahora apaga su sabor entre el humo. Suspendo mi vista en alto, con el rostro alzado, fanático, testigo universal, hasta que el segundo avión se encaja y se coge a la otra torre". La incredulidad de los testigos se trastoca en aceptación de su debilidad. Sólo entonces, corren. Pánico. Se alejan, aunque no quieren. Entienden, a pesar de sus intentos, que "la fijeza es siempre momentánea", "la fijeza es una puta cosa momentánea" por lo que les recomiendan que sigan alejándose, mientras Sustrai se preserva en posición, firme, tan diferente del gastado espía que fue durante la noche, escondiéndose de unos y otros, de Whitman y sus Insane; y por igual, de la policía. Seguro lo estarían cazando, mientras tenga en mano la pequeña pistola que partió al francés, caricatura de aquel primer disparo de su infancia, imborrable fogonazo que cruzó a su padre y se quedó anclado –ojo de rana roja– en la pared. Sustrai solamente ha hecho dos disparos en la vida, uno allá en 1954, el otro apenas hace unas horas. Los dos fueron certeros, de arranque displicente, pero final duro: uno caliente y otro frío. Aquel alambrió al Gitano del Parque Vélez; éste dejó al francés allá en el zoológico contando ovejas lentas en su inmovilidad; el primero fulminó al padre para que un futuro largo olvidara su legado; este dejó al francés para que su pasado se lo coma, con Gastón y Tallim y Regina, pobre Regina, y tantos otros huéspedes de su infierno... Y a Sustrai, el segundo balazo le quitó el gusto amargo del primero, pasta de harina y sal entre los dientes que en cada momento lo ha seguido. Aquella vez, su mano infantil, pequeña, mano de juguete que tomó un revolver enorme, helado, de cañón



largo..., arma brillante y severa; ahora su mano grande y artrítica se pega al juguete de la Escort Lady, Monique; juguete tibio y pastoso, como si tuviera vida y pudiera tomar sus propias decisiones. El Gitano murió como la piedra, en un quiebre, un martillazo; el francés como toro que recuesta suave, reblandecido a lo largo de horas, necesitado de la puntilla. Cuando niño, Sustrai limpió el arma, la dejó caer, pero empezó a llevarla desde entonces en su diario viaje hacia la noche. Ahora, al dar ese carpetazo al circo de su vida, la pistolilla de opereta de una prostituta le parece un animalito perezoso, acurrucado, que quiere convertirse en parte de su mano. Saca el arma y la muestra sobre su palma. A nadie, en los ríos de histeria, le preocupa. La muestra. A nadie. Sacude sus dedos y la dejar caer sobre el pavimento; el mismo que se tamiza con la tierra más volátil y liviana que viene en vanguardia desde el World Trade Center: ahí, pronto tendrá que mimetizarse con un mundo incoloro, velado de grises indiferentes. Las huellas de los apanicados duran poco como marcas en la acera; todo se cubre del vómito del concreto pulverizado; él mismo se tiñe de tierra gris como una foto atacada por años de sol. Sustrai, poco a poco, entrega su imagen, pierde el rostro para los espantados, para los que corren y gritan, para los policías, para todos y para nadie. Ignorante, Sustrai, ¿de qué se preocupa? Ya nadie lo busca. Debería saber que la muerte del doctor Buté, a pesar de haber ocurrido unas horas antes, pasará a formar parte del archivo interminable que acumula lo irresoluble. El departamento de policía de Nueva York, el Precinct 19, no puede investigar su caso; la puerta de la jefatura que le corresponde se llena de cientos de preguntas, pero preguntas diferentes. Ya no hay cabida para quienes debían declarar sobre lo que vieron y oyeron en el zoológico, ¡por el amor de Dios! ¡Que no estén molestando con eso! ¡Que no ven lo que está pasando! Mejor se irán, para no estorbar, porque se les vino encima el desmoronamiento de la ciudad y de varios siglos de hacer las cosas a la manera de los que saben; los muertos, los aplastados, los bomberos, los voluntarios,

los deudos, los histéricos, los reporteros, los sabios, los camarógrafos, los heridos, los arbitrios, los que creen, los que organizan... Nadie entiende. Al doctor Buté lo aventarán a su eternidad, pequeñito, pequeñito –y mira que era un hombre grueso como un león marino–, envuelto de pies a cabeza en plástico fuerte. Quedará pudriéndose varios días en el rincón de la oficina del forense, en Bellevue, confundido entre muchos otros, pocos reconocibles, sin excepción borrosos, quemados, aplastados, confusión de nombres, pieles, carnes, tamaños y edades... sexos, historias; hasta que algún empleado menor de su consulado, acepte por sus credenciales que es francés y lo identifique y lo registre como una víctima más de los atentados, un pobre turista; esa es la solución más sencilla, la que menos fastidio deja para el devenir de los vivos... su cuerpo correrá por un río de números: 3000 y más víctimas que tanto nos cuesta diferenciar. Todos felices. La pequeña pistola de Monique, tan ínfima, también queda aventada, convertida en una muesca en el ángulo de una coladera. Sustrai la mira desvanecerse e imagina que el doctor Buté se desvanecerá igualmente, perdiendo su color, velándose en el azul desaseado de los rencorosos. Cuando piensa en él, lo ve jugando a las culpas con aquel policía negro que muchos años antes, en un invierno de los setentas, murió en un tren del este de París, desangrado entre carros, tratando de decir algo a sus oídos; algo que sonaba al Mahābhārata con su sentencia tan plástica sobre el dolor asesino: “la llama del conocimiento quemará la escoria del mundo”. Así que las miradas de Buté, las diferentes miradas que se guardan en archiveros de su imaginaria y las de aquel cadáver le parecen idénticas. Las entiende. Las despide. Les sonríe. Les reconoce que entramos al mundo por puras ventanas de inaprehensible inmediatez. A pedazos, a golpes de recuerdo vivo que cambia, se amolda y acomoda: con visiones, pautas, slides, que se impregnan y, con el polvo del tiempo, poco a poco comienzan a diluirse: los olores... los olores y el gusto de algunas comidas nos ayudan a regresar; pero “la fijeza es siempre mo-

mentánea”. Ante su turbación, la nariz y la lengua nos motivan para volver a recibir —qué digo recibir si se trata de reinventar— el mundo; son apéndices traidores y nos dan la historia torcida; confunden el carrete de lo existido, con uno nuevo que van armando “nuevo”, embobinando “nuevo”, lleno de sus invenciones. Oliendo, ahogado en la tierra que avanza por las calles a borbotones, Sustrai se reconoce cegado. Las torres demolidas le impiden ver más. Envuelto en la nube, sabe que el entorno, de nueva cuenta, se le escapa. Ya no tiene luz más allá de la masa arenosa que no es acopio de las cosas que se ven, sino únicamente ardor en los ojos. Sin distancia, adentro de los ojos. Ya no distingue la columna de humo al fondo, ni la ola de incertidumbre de los hombres de la ciudad convertidos en gritos. Ya no distingue su imagen del día, la más famosa en años, ya no ve. Ya no encuentra el fuego dejado por los aviones, ni los frisos de los edificios, ni los autos, sin colores; ya no alcanza los brillos de las cornisas, las ventanas, las farolas. Ya no sabe bien a bien de qué lado queda el mar, dónde el amanecer, el punto donde cayó el arma de Monique o la secuencia dejada por sus pasos. Embrollado, los otros fantasmas lo esquivan, en ocasiones lo tocan, lo rozan, lo empujan... se diluyen en la neblina, remando en el río de la histeria. Y como los hombres que caminan por días y más días el desierto interminable, raya parda murmurando la palabra “nada”, “nada”, “nada” y retorno azul, ola azul infinita para el surfista, Sustrai comienza a pensar para adentro; a buscarse dentro de su piel. Ve momentos de su vida, un carrusel de imágenes; carrusel que le viene del temor, quizá el enorme espanto frente a ese dragón de polvo que, mientras, devora el espacio a su paso y ríe. ¿Volverse? ¿Correr? Está confundido y prefiere mantenerse erguido, abriendo sus sentidos... Inútil. En su nube, el Vasco desaparece y con él su capacidad de entender. Será desde entonces más fantasma del fantasma que quiso ser, pero uno pintado de ignorante, de payaso; ya sin mucho de qué preocuparse, sin risa ni noches para jugar con los sustos que produzca. Uno que se apaga y se pierde de

las cosas; fantasma gris, transparente y bobo: tan irrelevante que no se entera de aquellas historias por las cuales vale la pena convertirse en fantasma. No acompañará a quienes lo busquen esotéricos, porque no muchos quisieron mostrarse preocupados por su ausencia, la que llegó antes que la de varios miles y miles de desaparecidos en el recostar de las torres gemelas. Así no vale la pena ser fantasma, perder el mínimo de singularidad. Caer entre los que solo le dan mil y más vueltas a las mismas escenas que sustentan sus obsesiones. Ellas lo marean, lo hacen tambalear y buscar un asidero en los aparadores de cristal de las tiendas vecinas convertidos en charolas de hornear, espolvoreadas, buenas para dibujar una carita feliz arrastrando su polvo, buscando la luz del interior que sus habitantes encienden aterrados de la noche que se les viene. Y al tocar la fría superficie de los aparadores que se resisten a reflejarlo, Sustrai asegura que ya, muchas veces, se ha prestado a eso, tonta tarea de recordar buscando un mundo diferente: encontrar el juego de juegos, relámpago de sorpresa frente a su propia sonrisa, los colmillos amarillos por eso de quemar cigarros y un reclamo allá detrás, dicho con su mismo tono y su misma voz, que bien sabe es la voz y el tono del Gitano muerto que lo observa desde el pintoresco paisaje que encierra su pupila cegada; y junto a él, en la puerta de ese local, trasformada como se transforma el queso en su podredumbre, la abuela dispensaria, muerta de frío, que le habla bajito y le extiende la mano con una paleta que hacían en la Parque Vélez con el sabor de la leche quemada. Desesperado, busca distraerse de esa voz: no escucharla. Se palpa el cuerpo, encuentra apenas el tirabuzón para descorchar vinos que lo acompaña fiel, pero ha perdido su suerte: aparece el billete de lotería comprado en Lexington y que ese día, por la noche, se debe jugar para hacer millonario a uno entre muchos apostadores; ahora es ilegible. Aparecen las pastillas, las tarjetas, el celular, la agenda, los papelitos y los condones de Monique que ahora le parecen blasfemia si no pueden envolverle la verga a los fantasmas; no encuentra el Ebastel que más falta le

haría para abril la garganta, la nariz, el pecho, las ansias. Quizá tal droga ya no sea útil para el humor flemático de un ser convertido en sombra y espectro, en espanto; ya sin color, sin el mínimo tono en la piel blanca, incapaz de percibir el verde, el amarillo, el rojo de la sangre, ¿qué más da? Será así un fantasma ignorante de la composición de la luz, o de la transformación que ese día se le impuso a la vida misma: los teóricos tendrán que coincidir en que el mundo ya no será igual, y él no lo sabrá bien a bien, y aun los que lo crean tan igual que antes, con el mismo sol saliendo por las mañanas y las mismas migraciones de animales y bichos, unos y otros comiéndose en el mismo orden que la naturaleza les dictó y con los ciclos del agua, y el clima y las estaciones, tendrán que decir que a partir de ese día, ese preciso día, todo se jodió. Pero lo que más le dolerá al pobre Vasco Galiano quien envuelto en el polvo ha venido a engrosar las filas de los espectros inútiles, los que no tienen sentido y tendrán que ocultarse a rumiar en algún sitio abandonado, sin tocar el paso de las cosas, será que no podrá entenderlo. Incapaz de ver los colores, no sabrá cómo brilló al salir la sangre de Regina y Constanza, tan cerca una de la otra, sangre sobre sangre, allá en casa, escurriendo desde el baño, empeñada en alcanzar la escalera que nadie alcanza abierto en canal desde la arteria circunfleja interna hasta la carótida por un cuchillo Botero Black que apodaban “llama”, “mi llama de servicio”. Peor aún, se perderá el brillo que guarda con tanta lucidez la escena del Whitman rezando. Sí, rezando. Se lo perderá y le dolerá porque en su frío corazón de sombra blanquecina, guardó perene un gusto por la palabra repetitiva y versada del puertorriqueño, y no podrá escuchar la forma en que el poeta articule aquella poesía tan afamada: Afoot and light-hearted I take to the open road, Healthy, free, the world before me, The long brown path before me leading wherever I choose... Sustrai nunca supo el nombre de Whitman, eso le molestará un buen tramo en su paso por el tiempo como fantasma, y no supo nunca a ciencia cierta si estaba podrido de la cabeza o guardaba una inteligencia

superior, algo único entre los anormales de este planeta. Quizá esa inteligencia le hizo vestirse bien, actuar bien, convencer como mejor podría y llegar a la puerta del banco de Astor Place, usando corbata, mostrar la llave de banquero, cabeza de lobo, llave extraña, no en su mano, y echarle una perorata incuestionable al temeroso empleado, y regresar con las manos llenas a donde lo esperaban sus compadres, George “El Pantera”, el Grasa, Lovei Minaret y Snowball. Sería tarea de otros fantasmas escuchar reír a los Insane y ese día miren que de verdad Whitman rio mucho, pero Sustrai se quedó con las ganas, igual que se quedó deseoso de sentir su voz, tocar lo arenoso de su parloteo cuando repetía aquello de Henceforth I ask not good-fortune, I myself am good-fortune, Henceforth I whimper no more, postpone no more, need nothing, Strong and content I travel the open road... mientras se lanzaba como dardo a recorrer las calles de angustia del 2001 y mostraba sus manos que cargaban una ofrenda pequeña: era como un tesoro de cultura amazónica, mitad símbolo de su postura religiosa y mitad símbolo de la ansiedad que a ellos, los apodados Insane-Kings, les causaba enorme placer, como manada de chimpancés alocados por haber vaciado la caja de seguridad del señor Pangés. Sustrai se perderá esa pintura, ¡qué lástima! Si ya no puede ver colores y eso que la ciudad poco a poco permitió que se asentara tanto polvo y la luz volviera a teñir las cosas animando a la gente a barrer las calles como si hubiera vida. Pero eso no sirvió para Sustrai, el fantasma Sustrai, porque tantas ganas tenía de saborear el nacer de la pureza en manos de los podridos, que no pudo disfrutarlo: no pudo atestiguar cómo comenzó a ser tan frecuente en Nueva York durante algunas semanas, fenómeno provocado por las torres caídas, que tantos hombres de empresa y riquillos de aquí y de allá se movieran rápido hacia los bancos. Era gente asustada, temerosa de las reacciones irreflexivas de los gobiernos, de decisiones para confiscar o simplemente del cierre preocupante de las instituciones. Los dueños de las cajas de seguridad iban sin tanto recato, mostrando sus rostros au-

ténticos o enviando a sus testafierros a buscar el contenido de lo que habían depositado. Y Whitman abría las manos a los compañeros y ellos mostraban sonriendo lo más blanco de sus dientes, esplendorosos de verdad en la nueva ciudad. Lo hacían al ver las manos del poeta cargadas de primorosos diamantes. Luz sobre las tinieblas, luz sobre la noche. Allá en el medio de un parque, los ojos de los Insane se hacían uno con el Whitman y el Whitman se hacía uno con ellos y con el sol; un sol enorme que sacaba toda su fuerza para hacerlos brillar.

----0000----

Las negras abandonan

**FIN DE ALFIL**  
**LOS TRES PECADOS DEL ELEFANTE**  
Londres, 2015

LA CRITICA



LA CRÍTICA